NEREA FRANCO

Hasta que la piel despierte

BILOGÍA FANTASMAS I



Hasta que la piel despierte

BILOGÍA FANTASMAS I

NEREA FRANCO

Primera edición digital: abril 2026
Título original: Hasta que la piel despierte
© Nerea Franco, 2026
© Editorial Romantic Ediciones, 2026
www.romantic-ediciones.com
Diseño de portada: Marta de Diego
ISBN: 979-13-992114-5-0

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



Para los que siguen creyendo que existe algo maravilloso ahí fuera,
pese a que el mundo se empeñe en mostrarles lo contrario.

«El tiempo que fue sigue latiendo,
vivo, dentro del tiempo que es,
aunque el tiempo que es no lo quiera o no lo sepa».
Eduardo Galeano, *Patas arriba*.

NOTA DE AUTORA
Prólogo
1
Carta de presentación
2
Acto de bienvenida
3
Lo familiar y lo extraño
4
El rey de las cercanías
5
El minúsculo cambio
6
Se acabó el problema
7
Vaciar la cabeza de preocupaciones
8
De ventanas abiertas y puertas también abiertas
9
Esa no es la manera
10
Siempre a la misma hora
11
Una llama que no deja de insistir
12
Tu caparazón y el mío
13
Regalos que hablan de mí
14
Preguntas que insisten
15
Haz que la noche cuente
16
Malditas expectativas

17
El poder de las palabras
18
Un cactus lleno de espinas
19
Punto de quiebre
20
Delimitar fronteras
21
Una madriguera y muchas confesiones
22
De puntos finales y puntos de partida
23
El cuerpo tiene memoria
24
Culpa
25
Dejemos las cosas claras
26
Un nuevo comienzo
27
Un paso a la vez
28
Pequeñas victorias
29
Un sutil equilibrio
30
Allí donde todavía me palpitabas
31
Tal vez algún día
32
Período de adaptación
33
Burbujas, mariposas y barrigas llenas de cosas bonitas
34

Una revelación
35
Cercenando distancias
36
Despertar
37
Sutil calidez
38
Caer
39
Volar
40
El lado bello de la vida
41
¿Cómo se pone a dormir lo que ya se ha despertado?
42
Una obra en construcción
43
La primera vez que te vi desnuda
44
Abrirse al mundo
45
Abrirme a ti
46
Ya no hay vuelta atrás
47
Creando nuevos recuerdos
48
Muros que se saltan en una sola dirección
49
Aquí estoy yo
50
Verte de todas las formas
51
Ojos que miran distinto

52
Tres palabras para ti
53
Si no es con él, no será con nadie
54
Las mejores Navidades de mi vida
55
Escribiendo un nosotros
56
Sola
57
Dejar de estar dormido
58
El mundo dejó de girar
59
Qué va a quedar de mí
60
Me dolías
61
El chico de al lado
62
La otra parte de la historia
63
Completamente desnuda
64
La mujer que eres
65
Muffins sanadores
66
Suicidio emocional
67
Contraste
68
Mirar al miedo a la cara
69

Señal de alarma
70
Exposición
71
Fantasmas
72
Una voz inagotable
73
El principio del fin
74
La piel despierta
Epílogo
AGRADECIMIENTOS
Referencias a las canciones

NOTA DE AUTORA

Al final del libro podrás encontrar la lista completa de canciones que inspiraron y pusieron banda sonora a esta historia. Pero, si me permites un consejo, hay tres momentos especiales que sé que disfrutarás mucho más si los acompañas con la música que me ayudó a darles vida. En el capítulo 36, Solamente tú. En el 43, Elastic heart. Y en el 73, The One That Got Away.

PRÓLOGO

Esta historia comienza por el final. Tal vez no es el mejor modo de contar una historia, pero es el mío y tiene un porqué. Mi psicóloga me dijo una vez que existe un término en psicoanálisis llamado «punto de capitón», usado para designar *algo* que viene a resignificar todo lo anterior, a otorgarle un nuevo sentido. Es como el broche de oro que actúa de manera retroactiva. Yo lo definiría como un despertar, un abrir los ojos y, finalmente, ver.

No lo comprendí hasta que tuve un hijo. Tampoco ocurrió apenas nació, cuando su dependencia era total y todo era nuevo para él, pero también para mí. Fue una tarde alrededor del cuarto mes, un día como cualquier otro en que lo vi dormirse entre mis brazos. Para aquel entonces ya nos conocíamos, me devolvía sonrisas con intención e interactuaba conmigo. Esa fue la primera vez que reflexioné acerca de la confianza que debía de sentir para dormirse tan plácidamente en ese resquicio de mi cuerpo como si fuera el lugar más seguro del mundo. Y entonces pensé en las personas que tendrían que haber sido mi lugar seguro, los brazos que envuelven en un abrazo cálido, la piel que transmite paz con el palpitar de un corazón y que, en cambio, fueron agujero, punto de inseguridad.

Todo lo que justifiqué hasta ese día con excusas pobres, como circunstancias adversas, golpes de la vida, sueños que no llegaron a ser y enfermedades incapacitantes, se me cayó encima como una pared de cimientos débiles que se derrumba ladrillo a ladrillo y, una vez que cesa el polvo de flotar en el aire, deja claridad. Un espacio abierto, despejado, por el que se cuela la luz.

Se me cayó mi propia versión de mi infancia, esa que había sostenido con uñas y dientes, con la coraza puesta y las garras en alto, porque era más fácil hablar de tiempos difíciles, problemas económicos y recursos limitados que aceptar que las personas que deberían haberme amado y cuidado, habían sacado ventaja de la vulnerabilidad propia de mi edad y la habían utilizado a su favor.

¿Qué ocurre cuando el adulto se aprovecha del niño? ¿Cuándo coge esa inocencia infantil y la utiliza como moneda de cambio? ¿Qué sucede cuando esa confianza ciega en las figuras que deberían velar por su bienestar es ultrajada?

Miré a mi hijo dormir aquel día, respirando pesadamente, acurrucado en mi pecho, y me pregunté: ¿Habré dormido yo alguna vez tan serenamente entre los brazos de mi madre? ¿O de mi padre? ¿Habré sentido la confianza necesaria para cerrar los ojos y quedar a merced de ese otro?

¿Se habrán hecho ellos estas preguntas alguna vez? ¿Se les habrá ocurrido pensar en el impacto de sus acciones sobre esa bolita de piel y huesos, indefensa e inocente, para quien sus brazos un día constituyeron el único rincón seguro en el mundo?

La niña que habita en mí llora su pérdida, la caída del velo de los ojos; la destrucción del cuento, de la ficción sujetada en la mente con cuerdas que tiene como personajes a padres amorosos y mundos crueles, donde no hay más villano que un camino pedregoso, una sociedad excluyente y enfermedades desgastantes.

Cuánto trabajo ha debido de hacer esa niña en su recorrido hacia la adultez para sostener viva y funcionando la ficción. Cuántas batallas encarnizadas tuvo que haber librado. El gasto de energía debió de ser altísimo. Intentar tapar la realidad con los dedos, rechazarla y cerrarle la puerta en las narices para apretar muy fuerte los párpados y crear en su interior, en ese espacio llamado mente, una distinta. Bendita negación, gracias por existir. Debió haberle costado mucho no flaquear y dejarse llevar por esos pensamientos que, en ocasiones, asomaban sus garras con intención de rasgar la pantalla y desmantelar la película. Esos que le susurraban al oído que el amor no es un bien del que sacar beneficios, ni una posesión, ni un dominio.

¿Cuánto tardé en dormir con la tranquilidad que mostraba mi hijo, refugiada en brazos amorosos, después de haber sido decepcionada por aquellos primeros? ¿Cómo algo tan mundano y universal como el sueño puede convertirse en jungla, en odisea, en sendero trabajoso y empinado?

¿Qué nivel de confianza tiene que brindarte una persona para dormirte a su lado? Dormir; apagar la consciencia. El momento de mayor vulnerabilidad de una persona; cuando pierde completamente el control sobre sí misma.

Me pregunto si la claridad con la que veo mi pasado ahora es tan repentina como la siento o es, en realidad, producto de una transición lenta pero que hoy se manifiesta en todo su esplendor. Como la última pista que te abre los ojos para descubrir al asesino, pero que, indefectiblemente, necesita de las piezas anteriores, porque por sí sola hubiese resultado insuficiente.

Mi hijo fue la puntada final, el que reacomodó en un solo acto, tan corriente como es el dormir, tan complejo y arduo como es hacerlo confiando en que ese otro te va a sostener, todas las fotos de lo que fue mi vida, de lo que hicieron con ella; de lo que yo hice con aquello que moldearon como plastilina manos ajenas. Pero hubo pistas, claro que las hubo. Huellas en forma de personas, de sonrisas genuinas, cálidas, consistentes; de brazos sólidos que hicieron tambalear ese cuento mentiroso que me repetía, mostrándome que existía algo diferente a lo conocido. Rastros de otra cosa que no llevaba las palabras miedo y dolor anudadas a la piel.

Veo las instantáneas moverse hasta observar mi historia con otra lupa, bajo otro foco; más triste pero también más real. Con unos ojos que me fueron prestados para poder percibir lo que los míos no se animaban hasta armarme de la valentía suficiente. Mis pupilas pardas estaban embarradas con capas y capas de daño; se habían acostumbrado tanto a la oscuridad que la luz les resultaba un elemento extraño.

Ahora lo miro dormir relajado, con su moflete derecho aplastado contra la piel de mi pecho, su estómago bailando en una cadencia sostenida y la cortina de oscuras pestañas vencidas por el cansancio, y trago saliva. Parece fácil, ¿verdad? Debería serlo. Para mí no lo fue.

Así comienza esta historia, la de una mujer que abre sus ojos al mundo como si lo viera por primera vez. La de una niña que hace lo que puede con la nada que tiene, que mete los pies en la fantasía

para dejar de pisar su realidad. La de una adolescente que habita en lo ajeno porque ni siquiera sabe que existe algo llamado propio.

Así comienza esta historia, que ahora puedo llamar mía.

1

CARTA DE PRESENTACIÓN

Eva

Salí de casa con el tiempo justo para llegar al trabajo a horario. Tomé la línea D en Plaza Italia, como cada día, y me dispuse a encontrar un hueco en el que mi bolso y yo pudiésemos permanecer inmóviles durante las siguientes diez paradas. Esa mañana no podría bajar en la estación anterior, comprar el té con leche, vainilla y crema batida para llevar, que tanto me gustaba, y alcanzar mi destino dando un paseo. Si lo hacía, llegaría tarde, y aquella no era una opción.

En mis seis años de trabajo en la empresa solo había llegado con retraso en dos ocasiones, y ambas se debieron a causas externas: un accidente en las vías del metro —que me había mantenido casi dos horas encerrada en un vagón atestado de gente— y la cerradura de la puerta de casa, que había decidido trabarse un viernes por la mañana, justo cuando debía acudir a una reunión a primera hora.

Definitivamente, la caminata a paso lento con bebida caliente entre las manos quedaría relegada. La primavera se hallaba a la vuelta de la esquina, por lo que amanecía más temprano, anochecía más tarde y la temperatura era de lo más agradable para disfrutar de la ciudad al aire libre. Me gustaba el momento en que las calles del centro aún no estaban inundadas de personas con prisa moviéndose de aquí para allá, cuando recién comenzaban a desperezarse los comercios y oficinas y los sonidos a mi alrededor estaban lejos de alcanzar la categoría de asfixiantes.

Bajé del metro en Catedral y crucé Plaza de Mayo en dirección a Puerto Madero. Allí, frente al Dique 3, en una hermosa torre de treinta pisos de altura, pasaba un mínimo de ocho horas diarias trabajando como secretaria del director financiero. Llevaba cuatro años y medio en ese puesto y, para ser sincera, se me daba bien. Soy una persona resolutiva, eficiente, amable y tengo facilidad para

las palabras, por lo que no me resultaba difícil cubrir las tareas que el cargo requería. El sueldo era bueno, el ambiente inmejorable y las vistas desde el piso diecinueve, sencillamente sublimes; lo mejor de todo. Cuando estaba sobrepasada de trabajo no tenía más que girar el rostro hacia la ventana y perderme en la estampa que amalgamaba cielo y río para recargar energía y volver a respirar con serenidad.

Había aterrizado en la empresa seis años atrás gracias a mi amiga Vera. Ella no trabajaba allí por aquel entonces, pero conocía a alguien que sí lo hacía, por lo que había actuado como puente conector entre ambas partes.

La Cala es una compañía joven dedicada a la publicidad y su casa matriz se ubica en Madrid, España, aunque cuenta con sucursales en varias ciudades del mundo. Ingresé como cadete realizando tareas de lo más diversas: sacar fotocopias, preparar la sala de reuniones o llevar a cabo cualquier tipo de trámite; sin embargo, rápidamente me hice conocida como «la chica del café».

Mi nombre verdadero no le importaba a nadie mientras continuase dibujando toda clase de firuletes en sus tazas con la espuma de la leche. Sabía hacer a la perfección flores, hojas, corazones, cisnes, telas de araña, arabescos y hasta mariposas. También las iniciales de sus nombres que, a diferencia de ellos, yo sí había tenido la delicadeza de aprenderme. Aquel detalle los hacía sentirse… importantes; halagados. Lo que no sabían era que esa habilidad que les resultaba simpática, para mí era una técnica aprendida a base de repetición en el único empleo legal, «en blanco», que había tenido hasta ese momento. Del otro… del otro prefiero no hablar.

Mi currículum constaba de una solitaria hoja que incluía los datos personales, el nivel de estudios alcanzado —secundario completo y un puñado de cursos sobre computación y contabilidad— y mi experiencia laboral en una cafetería en la que solo me había faltado amasar y preparar las delicias comestibles que se exhibían al público en los amplios mostradores. Por lo demás, había pasado por todos los puestos: atención al cliente, caja, contacto con proveedores y distribuidores, limpieza y, por supuesto, preparación del café.

De ese modo, al poco tiempo de ingresar en la compañía, me convertí en la famosa «chica del café». Yo era invisible y, que conste, no me molestaba. Al fin y al cabo, ese era uno de los motivos por los que había venido a parar, con un bolso lleno de efectivo y unas pocas pertenencias, a la gran ciudad. Nada ansiaba más por aquel entonces que pasar desapercibida, ocultarme a la vista de todos, mezclarme entre la muchedumbre que día a día llenaba de vida las calles.

No voy a mentir y decir que la adaptación fue fácil, porque no lo fue. En un principio, me sentí abrumada por tanta grandeza, tanto ruido, tanta gente; desubicada hasta el punto de preguntarme a cada rato qué hacía yo allí, lejos de… de lo único que conocía. Aunque sabía de sobra la respuesta, debía recordármela constantemente, repetirla como un mantra para mis adentros y, en ocasiones, también en voz alta, para grabarla a fuego en la mente, la piel, el cuerpo entero. Pero, por encima de todo lo demás, me sentía sola. Profunda y dolorosamente sola. La única persona que había movido cielo y tierra para ayudarme, que había tirado de todos los hilos a su alcance para conseguirme un empleo y una residencia temporal en tiempo récord, se hallaba a unos setenta kilómetros de distancia. Parece poco, ¿verdad? Pues no lo era. Yo no podía volver allí y ella, Vera, mi ángel de la guarda, no podía venir a verme, por lo que no nos separaba una escasa hora y media en autobús, sino un abismo que muy raramente podíamos franquear a base de conversaciones clandestinas. ¿Quién iba a pensar que poco menos de diez meses después ella correría la misma suerte; que estaría a mi lado construyéndose una vida desde los cimientos?

Mi realidad era cristalina como el agua: estaba sola. No conocía a nadie y el entorno en el que debía comenzar desde cero se me presentaba demasiado agobiante. Mi futuro era un camino de puntos suspensivos excesivamente incierto como para detenerme a pensar en él, pero, al menos, tenía un horizonte. Algo que fabricar con mis propias manos, con mis propias ganas. Me tenía a mí y con eso me bastaba.

Poco a poco había comenzado a habituarme al ajetreo característico de esta urbe, y el nuevo empleo me había ayudado a

establecer rutinas. Tenía horarios que cumplir, tareas que aprender, y el tiempo libre lo destinaba a buscar un hogar permanente.

Lo hallé a las pocas semanas. Un apartamento pequeño, minúsculo, en el barrio de Palermo, en el que la luz entraba a raudales por la ventana y las molduras en los techos altos le otorgaba un encanto sin igual. Me había enamorado nada más verlo, por lo que había desembolsado el dinero que traía a cuestas y me había construido un hogar. Mío. Solo mío. Creado por y para mí a la medida de mis gustos y elecciones.

Al año y medio de mi llegada a la empresa, pasé de trabajar en el piso dos al diecinueve cuando, por cuestiones del azar, me topé con un hombre que supo ver en mí algo más que una buena mano para la decoración de bebidas calientes. Abel, el señor de cabello renegrido peinado hacia atrás y semblante serio, que más tarde se convertiría en mi jefe, había llegado en el momento justo, como un ángel caído del cielo —uno muy exigente y estricto—, para darme la oportunidad de crecer y desplegar habilidades que ni siquiera sabía que tenía.

Para una chica como yo, sin estudios superiores y con una experiencia laboral más bien escasa, el puesto de secretaria del director representaba una mejora considerable. La persona que había ostentado ese título por catorce años estaba a punto de jubilarse, y él necesitaba a alguien ordenado, diligente, capaz de llevar a cabo múltiples tareas a la vez y a quien no le importase quedarse hasta cualquier hora si el trabajo lo requería.

Así pues, allí estaba yo, seis años después de mi aterrizaje forzoso en la capital, entrando a la empresa por la imponente puerta acristalada, saludando a Javier, el guardia de seguridad del turno mañana, y enfilando hacia los ascensores para empezar mi jornada.

Por cierto, Eva. Mi nombre es Eva Martínez.

Pasé la mañana entera respondiendo correos electrónicos y revisando documentos procedentes del departamento de *marketing* y, cuando me disponía a tomarme mi hora de almuerzo, apareciste. Con tu pelo negro bien corto, tus rasgos angulosos y esa mirada penetrante, espesa. Tenías ese aire de «yo no pertenezco al mundo, el mundo me pertenece a mí» que aún hoy desprendes con tu andar

cargado de seguridad. Bajaste del ascensor junto a quien, segundos después, se presentó como Álvaro Levinton, y caminaste en mi dirección con tu traje de marca adhiriéndose a tu metro ochenta y cinco, esos ojos claros que destilan intensidad y… no me pasó nada.

No hubo mariposas revoloteando en mi estómago, ni escalofríos subiendo por mi columna vertebral. No hubo piernas convertidas en gelatina ni impulsos de cubrir esos labios carnosos y definidos con los míos. Eres dueño de una belleza imponente, de esas que encierran misterio y magnetismo a partes iguales, que arrastran miradas allí por donde pasan. Las mujeres caen rendidas a tus pies sin que tengas que hacer más esfuerzo que aparecer en la estancia, he tenido el placer de comprobarlo. Para mí eras un hombre atractivo, sí, como tantos otros, como aquel que se ubicaba a tu lado.

Con el tiempo llegué a pensar que lo hacían a propósito. Eso de salir juntos del ascensor y caminar como si estuviesen desfilando en una pasarela o filmando un comercial de trajes de etiqueta y relojes imposibles de pagar con un sueldo promedio.

Me resultaba divertido ver a las féminas estirar sus cuellos hasta transformarse en cisnes humanos y aplazar las tareas entre manos para ver el espectáculo que suponían dos hombres de belleza superior a la media andando hacia la oficina. Ese escueto trayecto que parecía ejecutado para arrancar suspiros con perfume de mujer llegó incluso a tener nombre propio en los pasillos de la empresa: «Los maromos en acción».

Aquel primer día te paraste frente a mí y, a diferencia de tu compañero, invadiste mi espacio personal. Apoyaste tus manos grandes y pulcras sobre el escritorio y te reclinaste hasta que tu rostro y el mío estuvieron demasiado cerca. Las mejillas se me enrojecieron al instante en una reacción involuntaria del cuerpo.

Esa fue tu carta de presentación: avasallar, meterte en mi espacio sin respetar límites ni distancias. Mi instinto quiso retroceder, sin embargo, no se lo permití. Me mantuve en mi sitio, sosteniéndote esa mirada de cristal que parecía aún más profunda al estar amparada por esas cejas densas y negras como el petróleo.

No me gustó tu descaro, esa proximidad impuesta que pretendía provocar… o seducir. Dos palabras que creí que te definían, pero que luego entendí que solo se quedaban en la superficie. Adiviné rápidamente que ese era tu modo de moverte en el mundo. Estabas acostumbrado a que la atención se posase sobre ti. Eras demasiado consciente de lo que causabas al entrar en una habitación y lo usabas a tu favor. Una fachada imponente, actitud de sobra y la seguridad de aquel que sabe que siempre consigue lo que quiere.

—Buenos días… —Dejaste la frase en el aire, alzando una ceja inquisitivamente, invitándome a completarla con mi nombre.

—Eva —solté en respuesta, y tuve que reiterarlo en un tono más alto cuando acercaste tu oído a mi boca en un gesto que indicaba que no me habías escuchado—. Eva Martínez —precisé.

Una ráfaga de perfume caro me golpeó y volví a sentirme invadida. No me gustaban las cercanías y a ti te gustaba demasiado jugar a difuminar fronteras.

—Eva —repetiste, omitiendo mi apellido, con una pronunciación estudiada, *sexy*, cargada de anticipación, como si tu lengua flotase etérea entre cada letra y aquello fuese solo una muestra, una introducción, al placer infinito que podrías regalarme si me dejara arrastrar por ese susurro.

Mi nombre en tus labios sonó a preliminar, al preludio de lo que tus manos podían llegar a hacer sobre mi piel. Debías utilizar a menudo esa estrategia para meterte en camas ajenas; esa voz líquida que exhalaba sexo y que, seguramente, te funcionaba. A mí me pareciste tan… ensayado, tan acostumbrado a los mismos movimientos mecánicos y ficticios como modo de vincularte con el género femenino, que mi cara debió reflejar el hastío.

Sin quitarme los ojos de encima, dibujaste una sonrisa torcida, canalla, turbulenta; una sonrisa que exudaba diversión. Y fue ahí, justo en ese instante y por culpa de ese gesto cansino que no pude retener, que me convertiste en tu objetivo. Pasé a ser el centro de tu diana. Tu entretenimiento personal en horario laboral. Un desafío. La reacción que no entraba dentro de tus parámetros. Yo era la chica que no te hacía ojitos, la que no suspiraba de manera soñadora

cuando le dirigías la palabra y no caía desmayada cual damisela del siglo XVIII al verte aparecer.

—Mi nombre es Ciro Ferraro —te presentaste, retirándote hacia atrás hasta erguirte en toda tu altura, pero sin dejar de aferrarme con la mirada—, y vas a verme mucho por aquí.

Una advertencia. Un aviso. El disparo que marcaba el inicio del juego.

Un simple gesto. Una mueca mal disimulada. Ese fue el principio.

2

ACTO DE BIENVENIDA

Ciro

Una semana. Había pasado una puta semana desde que tuve que juntar mis pertenencias, armar la maleta y abandonar mi vida en Alemania para regresar a Argentina con carácter urgente. Una semana y ya me sentía asfixiado. La falta de libertad me sentaba francamente mal. Yo no estaba hecho para asumir responsabilidades, contraer compromisos a largo plazo o permanecer en el mismo lugar por un período de tiempo prolongado. Sin embargo, en esta ocasión, debía hacerlo. No tenía opción. Mi hermano y mi abuela me necesitaban y no podía abandonarlos. Ellos eran la única familia que me quedaba; yo era la única familia que les quedaba y, por lo tanto, no pensaba fallarles. Tocaba apechugar.

—¡Santi, llegamos tarde al colegio!

Mi grito se propagó por la estancia y, en respuesta, sentí un rotundo suspiro desganado, al que le siguió el chirriar de la silla al ser abandonada de malas maneras, y el resonar de unos pasos lo suficientemente fuertes como para dejar en claro su enojo.

Mi hermano apareció por el pasillo con el mismo gesto irritado de los días anteriores, un bigote de leche a medio limpiar, los cordones de los zapatos desatados y el pelo revuelto con el sello indiscutido de la almohada. Cogió el abrigo del perchero porque, aunque estábamos a mediados de septiembre y el invierno ya no golpeaba con la misma fuerza, los días aún eran frescos, en especial por las mañanas. Se lo colocó sin mutar un ápice su semblante airado y volvió a suspirar con fastidio cuando me dispuse a anudarle los cordones. Esos suspiros sonoros eran su forma de expresar su disconformidad con la nueva situación y, fundamentalmente, con mi modo particular de manejarla.

—Abróchalo —ordené, señalando el cierre con un movimiento de cabeza.

—Pero…

—Abróchalo —repetí, en un tono que no admitía discusión, y lo vi obedecer tragándose la furia.

Le tendí la mochila, que arrancó de mis manos con brusquedad, mientras me fulminaba con la mirada y se dirigía a la escalera. Bajamos hasta la cochera inmersos en un profundo silencio que parecía hacerse más grande con el correr de los días.

«Yo tampoco elegí esto», tenía ganas de decirle. «Yo también desearía que el accidente no hubiera ocurrido y que la vida continuase igual que antes». Pero mi abuela Sandra estaba internada, acababa de ser operada y tendría que someterse a una larga rehabilitación para volver a manejarse de manera autónoma. Mientras tanto, yo debía hacerme cargo de Santiago, y a él le tocaba aguantarme. Así de simple.

El problema radicaba en que apenas nos conocíamos. Éramos dos extraños a los que las circunstancias habían llevado a vivir bajo el mismo techo.

Cuando mi hermano llegó al mundo, yo tenía veintisiete años, ya vivía en el exterior y rotaba de país en país, de ciudad en ciudad, permaneciendo el tiempo justo y necesario hasta que la rutina empezaba a resultarme agobiante y el cuerpo me pedía un cambio de aire. Entonces cogía mis cosas y, sencillamente, continuaba el viaje. Otro destino, otro trabajo y experiencias nuevas para disfrutar y llevarme impresas en la carne.

Nací en el seno de una familia con un buen pasar económico, y eso me ha permitido formarme en los mejores colegios, sacarme —no sin esfuerzo— dos carreras en simultáneo y aprender varios idiomas. A mis veinte años ya hablaba inglés, francés, alemán e italiano a la perfección, y había tenido la suerte de vacacionar en diversos lugares turísticos junto a mis padres. También había pasado unas cuantas temporadas en Alicante, de donde eran oriundos mis abuelos maternos.

La semilla ya estaba plantada. Las ganas de conocer el mundo habían nacido en el mismo instante en que me subí a un avión por primera vez y, desde aquel entonces, no habían hecho otra cosa más que crecer. Con una madre argentina, un padre italiano y raíces

españolas, a veces pienso que era inevitable no desear experimentar culturas, tocar con la planta de mis pies numerosas tierras y llenarme las retinas de los colores y escenarios del mundo, cuando llevo la diversidad escrita en mi propia sangre.

Tuve unos padres amorosos, cálidos, presentes, que me criaron libre. Me dieron herramientas para tomar mis propias decisiones y alas para volar tan lejos como quisiera. Creo que supieron desde muy temprano que el chico que coleccionaba banderas de países y pasaba horas encerrado en su habitación haciendo girar el globo terráqueo, jugando a cerrar los ojos y dejar caer el dedo sobre uno de los tantos nombres que aparecían en esa esfera, para luego buscar todo tipo de información acerca de aquel lugar, viviría su vida entre aeropuertos, millas de vuelo y lenguas ajenas.

Mi padre murió antes de verme despegar. Un cáncer fulminante nos lo arrebató muy joven, a sus escasos treinta y ocho años, sin darnos tiempo siquiera a asimilar la enfermedad.

Cuando terminé la universidad y una empresa española me puso sobre la mesa una nada despreciable propuesta laboral, titubeé. La tentación de partir y empezar a convertir en realidad aquello con lo que tanto había soñado era grande, pero la sensación de culpabilidad por dejar a mi madre sola alcanzaba la categoría de aplastante. Sin embargo, ella, fiel al modo en que me había criado y conocedora de los deseos que desbordaban todas las capas de mi piel, me impulsó, con una sonrisa en los labios, a embarcarme en la travesía. Unos años después, cuando conoció a Antonio, un hombre bueno y atento en el que halló un compañero de vida me invadió un alivio inmediato. Yo venía a visitarla cada vez que tenía oportunidad, y las ocasiones en que ella se había montado en un avión para salir a mi encuentro no habían sido pocas, pero el saberla acompañada y feliz me produjo una calma sin igual.

La llegada de Santiago fue la frutilla de la torta. Recuerdo la sonrisa abierta de mi madre por Skype el día en que me dio la noticia del embarazo, y aquella otra que parecía acapararle las mejillas y los ojos —como si su cara no fuese lo suficientemente vasta como para contenerla dentro de sus contornos— la tarde en

que abandonó la clínica con el pequeño de ojos azules y mofletes regordetes entre sus brazos.

Giré el rostro con una punzada de tristeza mordiéndome el pecho y miré a mi hermano. ¡Qué pequeño era! Qué poco tiempo había tenido para disfrutar de los abrazos de aquella mujer que lo había deseado y amado como nadie, de sus besos pegajosos y de ese olor a tierra mojada y hojas verdes que parecía llevar a cuestas por pasar horas y horas con las manos sucias, cuidando su adorado jardín. Qué puta es a veces la vida que arrebata sin razón ni permiso, en lo que dura un parpadeo, todo lo que nos es conocido. Tira de la alfombra bajo tus pies hasta dejarte perdido, desamparado, incluso roto, sin saber qué hacer o cómo seguir. Yo había quedado huérfano, sí, pero tenía la mente y el corazón plagados de recuerdos, imágenes, canciones, aromas, risas y escenas a las que volver cada vez que lo necesitase. En cada ocasión en que el dolor se transformase en agujero, podría recurrir a ese pasado abarrotado de sonidos, ecos de voces y carcajadas, montones de «te quiero» susurrados al oído, para rellenarlo y sentirme reconfortado. En cambio, Santi, no. Había perdido a sus padres con solo cuatro años. Cuatro escasos años que no eran ni remotamente suficientes para llenar su cuerpo de experiencias compartidas. No había podido ir a la cancha con su padre —amante del fútbol en general y de San Lorenzo en particular—, ni había podido gritar los goles de Argentina en un mundial, sentado a su lado en el sillón del *living*. No había podido conocer el mundo de su mano ni…

El portazo que soltó Santiago al cerrar la puerta del auto —otra expresión de su descontento con la situación— me arrancó de mis cavilaciones. Inhalé con fuerza y exhalé el aire en pequeñas cuotas. Me asfixiaba, no tenía ni puta idea de cómo lidiar con un crío de seis años decidido a no ponerme las cosas fáciles, llevar las riendas de un hogar, cuidar de mi abuela —una mujer que no había nacido para hacer reposo y quedarse quietecita en el lugar— y adaptarme a un nuevo trabajo.

No sabía cómo haría para ensamblar tantas piezas disímiles, pero lo que sí sabía con seguridad era que no debía olvidarme, bajo ningún concepto, de que mi hermano tampoco la estaba pasando

bien. No podía negar que éramos dos desconocidos, que nos habíamos visto solo un puñado de veces que podían contarse con los dedos de las manos y que debíamos aprender a vincularnos para hacerlo funcionar, pero, en ese momento, yo era lo único que tenía y no estaba dispuesto a fallarle.

Puse el auto en marcha y emprendí el camino hacia la escuela. Cinco minutos después, estacionaba frente al enorme portón blanco entreabierto que daba la bienvenida a los alumnos y recibía otro portazo de despedida.

—¡Vendré a buscarte a la salida! —grité mientras lo veía desaparecer en las instalaciones.

Varias madres se voltearon en mi dirección y me dedicaron una sonrisa. Arranqué el auto y me alejé sin más. Ya sabía las intenciones que escondían tras ese gesto sugerente; había tenido que padecerlo toda la semana: caídas de párpados, sonrisas insinuantes, roces que parecían casuales pero estaban cargados de premeditación, miradas espesas, portadoras de un mensaje que conocía demasiado bien, porque yo era experto en ese juego. O lo había sido, cuando mi vida era solo eso: mía. Sin niños ni adultos a los que cuidar, sin responsabilidades serias a mis espaldas, sin agendas ajenas a las que atenerme. Solo yo y un trozo de mundo en el que perderme.

Ahora tocaba anteponer las necesidades de otros a las mías, adaptarme a rutinas y horarios preestablecidos y compartir espacios. No estaba yo para juegos de seducción, aleteos de pestañas y sexo rudo en habitaciones de hotel.

Pisé el acelerador y conduje por las calles de la ciudad con la radio encendida y la voz de Sia abriéndose paso a todo volumen hasta llenar el habitáculo. Pasé parte de la mañana en la clínica, escuchando a mi abuela restar importancia a las indicaciones del médico con chasquidos de lengua, movimientos de manos y reiteradas oscilaciones de cabeza en señal de negación. Partí con la promesa de volver por la tarde junto a Santi.

Llegar a la empresa me llevó unos tediosos cincuenta minutos, un atasco infernal e infinidad de bocinazos. Bajé del auto y, con paso

rápido, me dirigí al punto de reunión con Álvaro, el director creativo, recientemente llegado desde España.

Nos conocíamos desde hacía diez años. Habíamos trabajado juntos en la sede central en Madrid, y a pesar de que luego nuestras vidas tomaron rumbos distintos, no perdimos la comunicación.

Un mes atrás se había puesto en contacto conmigo para ofrecerme el trabajo. Necesitaba una persona de confianza para manejar los contratos, permisos y demás cuestiones legales para la nueva campaña publicitaria, pero yo todavía no tenía intenciones de abandonar Berlín, por lo que rechacé el ofrecimiento. Más tarde, con la realidad cambiada y un aterrizaje forzoso en tierras argentinas con vistas a prolongarse indefinidamente, fui yo quien levantó el teléfono para llamarlo.

—¿Aún sigue en pie la propuesta?

Y allí me encontraba, en la cafetería del piso veintiocho de La Cala, poniéndome al día con Álvaro y familiarizándome con las funciones que debía llevar a cabo.

—Vamos —dijo, ajustándose la corbata. Miró la hora en su reloj de pulsera y se acomodó los gemelos antes de ponerse en pie. Sonreí para mis adentros; seguía igual de acartonado que una década atrás—. Debemos reunirnos con Abel Bustos, el director financiero. No me gusta llegar tarde. —Alzó la barbilla en dirección a los elevadores y lo escolté sin mediar palabra.

Ambos teníamos la misma edad, treinta y tres años, pero su seriedad y sus modales burgueses, algo anticuados, lo hacían parecer bastante mayor. Si te dejabas llevar por su apariencia externa, lo que veías era un hombre formal, sobrio, que jamás lucía una arruga en sus prendas y cuyo cabello nunca se encontraba fuera de lugar. Proyectaba una imagen de extrema profesionalidad y raramente sonreía, pero en cuanto lo conocías un poco y empezabas a rasgar las capas superficiales, hallabas una persona con un altísimo sentido de la lealtad, que cuidaba de los suyos como un lobo lo hace de sus crías; un sujeto con la cabeza bien puesta y divertido a su peculiar manera. Alguien con un interior mucho más colorido de lo que podía aparentar a simple vista.

Bajamos del ascensor y recorrimos el espacio que nos separaba de la oficina del director. Y allí, a unos metros de la puerta, como un acto de bienvenida, estabas tú. Sentada detrás del escritorio, con tu postura erguida y tu piel pálida; con tu cabellera rubia rígidamente recogida en una cola y tu impecable *manicure* a juego con el pintalabios. Parecías una muñeca de cristal demasiado delicada como para no romperse y, lo reconozco, algo de esa imagen frágil, de ese aire tímido casi infantil, me hizo preguntarme si en verdad lo eras. Si esa apariencia inocente era un reflejo de tu personalidad o una simple fachada.

Mi macho alfa interior no pudo resistirse. Me incliné sobre tu mesa de trabajo como un león lo hace sobre su presa cuando está a un paso de saltar sobre ella para devorarla: masticándome los centímetros hasta maquillarte las mejillas de rojo. Sentí tu cuerpo tensarse bajo el influjo de mi mirada, pero no te alejaste. Me gustó que no lo hicieras, aunque todas tus fibras te gritasen lo contrario. Me divertía tu incomodidad, así que redoblé la apuesta.

—Buenos días… —solté y te taladré con la mirada. Esperé tu nombre, tu voz, tu respuesta.

—Eva —pronunciaste en un susurro.

La imagen de mujer extremadamente sensible, como si el viento pudiera derribarte de un soplido, se volvió más fuerte. Parecías hecha de un material incapaz de resistir inclemencias.

Tu voz delicada, suave, de un tono demasiado bajo para el oído humano, me dio la razón; eras así de inocente. Me encontré pensando si serías igual de tímida y vergonzosa en la cama o si entre la intimidad de cuatro paredes mostrarías un costado más atrevido. Yo estaba lleno de preocupaciones y responsabilidades, sí, pero no dejaba de ser un hombre. Uno al que le resultaba demasiado sencillo, instintivo, jugar a provocar. Me gustaba tanto o más que el sexo en sí. El momento anterior, el de las miradas, las insinuaciones, el coqueteo; la piel preparándose para pasar al acto, los músculos tensándose ante un mero roce, la fantasía llenando todos los huecos de tu cabeza hasta desbordar y convertirse en excitación pura saliéndote por los ojos.

Me aproximé otro palmo, poniéndote a prueba, obligándote a repetir esas tres letras a las que parecía costarles un mundo abandonar las profundidades de tu garganta. Dijiste tu nombre una vez más y yo, impulsivo como era, tuve que reproducirlo, construirlo en mis labios y otorgarle sonido para poder saborearlo.

—Eva.

Lo sentí en la lengua: caliente, escurridizo, etéreo, como tú. Lo disfruté al exhalarlo como ese último aliento, impaciente y erótico, extremadamente deshonesto, que escapa de los labios justo antes de arrancarse la ropa y morir en el cuerpo del otro.

Pero entonces, algo en tu cara cambió. Una mueca minúscula, casi imperceptible, pero que yo presencié en primera plana gracias a la cercanía. Algo del orden del fastidio, incluso del disgusto, que intentaste sujetar dentro —probablemente para mantener la investidura de secretaria perfecta—, pero que no pudiste controlar y terminó por escabullirse. Una leve contorsión en el gesto que se clavó como una daga en mis ojos. Y más abajo también… En mi pecho; en mi ego. Como si la situación te aburriese. Como si *yo* te aburriese.

Encajé el golpe silencioso y sonreí, con la firme convicción de hacerte caer en mis garras. Sin proponértelo habías prendido una chispa que, con el tiempo, no haría otra cosa más que crecer y avivarse hasta descarriarse por completo.

—Mi nombre es Ciro Ferraro —solté, mirándote a los ojos, para que te quedara cristalinamente claro—, y vas a verme mucho por aquí.

Ahora comenzaba el juego verdadero. Y yo no estaba acostumbrado a perder.

3

LO FAMILIAR Y LO EXTRAÑO

A los seis años

—¡Mamá! ¡Mamá!

Entré corriendo entusiasmada. Había esperado todo el día ese momento. Llevaba un tesoro escondido en la mochila y no veía la hora de enseñárselo. Los ojos me refulgían de la emoción y me costaba contener la ansiedad dentro del cuerpo. Atravesé la cocina vacía y automáticamente el estómago me rugió de hambre; hacía demasiadas horas que no comía. No me importó; seguí mi camino hasta su habitación, donde sabía que la encontraría.

—¡Mamá! —repetí, incapaz de permanecer callada por más tiempo.

Quería contárselo, mostrarle aquello que guardaba a mi espalda, ver la sonrisa aflorar en su cara como lo había hecho en la mía por la mañana, cuando la maestra Jimena había dicho mi nombre en voz alta. ¡El mío!, entre los diecisiete alumnos que éramos en la clase. ¡Qué suerte había tenido! Las manos se me transformaron en puños al recordar ese momento y tuve que apretarlos con fuerza para no gritar de gozo.

Mis pasos atolondrados resonaron en el suelo y a punto estuve de hacer añicos el velador, que se bamboleó de un lado a otro antes de recobrar la estabilidad, al chocar bruscamente con la mesita de luz por culpa de mi atropellada e incontenible agitación interna.

—Shhh —rechistó mi madre y sacudió su mano en el aire para hacerme callar—. ¡Qué son esos gritos! ¡Esta no es una casa de locos!

—Lo siento —me disculpé.

Abrí la boca para explicarle el motivo de mi excitación, pero volvió a agitar el brazo como si estuviera espantando un mosquito molesto. Esa fue la señal para que mantuviera los labios sellados y la dejase

disfrutar sin interrupciones de la novela de las siete. Ni siquiera quitó los ojos del televisor, tan solo fingió que yo era un adorno más en la habitación y continuó absorta en el mundo de la ficción, inmersa en vidas ajenas que nada tenían que ver con la nuestra.

Mientras esperaba a que terminase el programa para poder emitir sonido, me dediqué a contemplar la estancia. El dormitorio de mis padres siempre estaba sumido en la oscuridad. No sabía la razón, pero mi memoria no registraba otra cosa más que persianas bajas, cortinas cerradas y, en ocasiones, como ahora, un único resplandor proveniente de las imágenes que se sucedían dentro de la pantalla. Un juego de luces que chocaba con la negrura reinante y recortaba siluetas, como la de mi madre, desparramada sobre la cama, o la mía, parada a un lado, aguardando inquieta.

La novela llegó a su fin y sus ojos rodaron sin emoción alguna hasta los míos. Me apuré a quitarme la gastada mochila de la espalda y abrí el cierre, que no dejaba de trabarse. Me costó unos cuantos tirones lograr un hueco suficiente por el que sacar el objeto que me había tenido nerviosa y con ganas de llegar a casa durante todo el día. Cuando al fin lo tuve entre mis manos, la sonrisa fue instantánea.

Lo blandí en el aire como quien sacude orgulloso la bandera de triunfo, con una felicidad que se prendía con fuerza a mis comisuras y las alzaba irremediablemente.

—¿Qué es esa porquería?

La pregunta de mi madre, y el gesto despectivo que impregnó su rostro, frenaron de raíz el movimiento oscilante de mi brazo. Sujeté la sonrisa antes de que se perdiera del todo.

—Un libro.

Las palabras cayeron de mi boca como un susurro casi inaudible.

Me miró con desdén y negó, como si yo fuese un caso perdido. Su mano se estiró en busca de ese conjunto de hojas, cuyas tapas contenían en su interior una historia que aún desconocía y una decena de coloridos dibujos. En un impulso protector, lo alejé antes de que pudiese alcanzarlo y lo estreché con firmeza contra mi pecho.

No insistió. No tuvo que hacerlo; sabía que al final ganaría. Devolvió la mano a su sitio original, sobre el regazo, y con un

«Vamos a ver lo que dice tu padre cuando llegue» dio la conversación por concluida. Entonces sí sonrió, pero fue una sonrisa que no se asemejaba en nada a aquella que yo había esbozado un instante atrás. La suya rebosaba altanería y desprecio, expresiones que ya me había acostumbrado a recibir como respuesta, pero que no dejaban de punzarme el estómago como si me pinchasen con una punta afilada. Giró el rostro hacia la pantalla y volví a convertirme en invisible. Ya le había robado demasiados minutos de su tiempo.

Me abracé al cuento con más intensidad y viré sobre mis talones, conteniendo las ganas de llorar. Entré a la habitación contigua y me dejé caer sobre el colchón luego de quitarme las zapatillas. Las punteras estaban llenas de raspones, la tela tan raída que era cuestión de días que comenzara a agujerearse y la suela de una de ellas, la izquierda, había vuelto a desprenderse por la parte delantera. Tendría que pegarla una vez más.

Me senté con las piernas recogidas y apoyé la espalda en la pared. Contemplé la cubierta del libro y una nueva sonrisa, tenue pero genuina, nació en mis labios. Comencé a pasar las páginas con un cuidado casi obsesivo y me perdí entre imágenes, colores y tinta hasta que el mundo exterior dejó de existir y se redujo a ese objeto que mis manos sostenían.

No sabía leer todavía, solo reconocía algunas letras aisladas dentro de aquel universo de trazos. Pero no me importó; mi cabeza se valió de los dibujos coloreados en cada hoja, los enlazó unos con otros e imaginó historias hasta que las paredes y techos fueron perdiendo nitidez, se tornaron difusos, meros borrones, y ya no me encontraba en un dormitorio que olía a humedad y cuya pintura se caía a pedazos, sino en un sitio mágico repleto de personajes asombrosos.

El portazo se oyó fuerte y claro. Me estremecí al instante y tuve que cerrar los ojos y obligarme a respirar para que el corazón dejase de brincarme a lo loco. Oí el murmullo a lo lejos; las paredes eran finas y mis padres no eran especialmente discretos. Sus voces se mezclaban como los ingredientes de una ensalada y, aunque no podía escuchar con precisión lo que decían, la experiencia me

gritaba al oído que me apurase, que no me quedaba demasiado tiempo.

Examiné la estancia sintiendo los temblores abrirse paso bajo mi piel. Era inevitable. Ya sabía lo que venía, lo había vivido cientos de veces y, sin embargo, no podía controlarlo. Mi mente tenía muy claro lo que ocurriría a continuación y, aun así, las sensaciones volvían a ganar terreno; se apoderaban de mi cuerpo hasta anularme por completo.

Salté de la cama y mis ojos asustados viajaron de un lado a otro, como si en ese movimiento desesperado pudiesen descubrir un rincón nuevo, un hueco en el que no hubiesen reparado antes.

No había nada.

Nada.

Un pequeño tablón de madera sostenido por caballetes, que hacía las veces de escritorio; una silla destartalada; un armario minúsculo al que le faltaban las puertas y una cama tan vieja que apenas lograba sostener el deteriorado colchón, que perdía parte de su relleno cada vez que me subía a él. Paredes desiertas. Dos solitarios estantes sobre los que habitaban únicamente partículas de polvo, y un ventanal grande y antiguo que daba al diminuto balcón, igual de vacío y triste que el resto del dormitorio.

Oí los pasos de mi padre, torpes y pesados, acercarse. Los segundos se diluían y yo continuaba paralizada. Actué sin pensar: hice lo único que mi mente infantil me permitió hacer en aquel momento en que las prisas y el temor lo ocupaban todo.

Cuando la puerta se abrió y sus ojos nublados por el alcohol me encontraron, me convertí en una tabla rígida a la que las palpitaciones desenfrenadas le azotaban el pecho.

—¿Dónde está? —preguntó con una calma fingida.

Su aliento fétido se estrelló contra mis fosas nasales y quise responder, juro que quise hacerlo, pero las palabras se me encallaron en algún punto de la garganta. No logré hallarlas y mucho menos sacarlas a la luz. Quedaron dentro de mí, ahogadas por esa marea ingobernable que se desataba cada vez que el crujir de sus zapatos me avisaba de su proximidad. Se adentró en la

habitación, que pareció encogerse con su presencia… O tal vez fui yo quien me encogí hasta transformarlo en un gigante.

—¿Dónde está? —insistió, imprimiendo a su voz una severidad que no auguraba nada bueno.

Permanecí callada, esta vez, por pura supervivencia. Si algo había aprendido en mis escasos seis años, era que no debía provocar a la fiera, y que cualquier sonido que escapara de mi boca podía ser utilizado en mi contra.

Comenzó a revolverlo todo con su habitual rudeza. «Todo» es un eufemismo generoso para describir las pocas prendas que colgaban dentro del armario y las telas, desgastadas como babas, que funcionaban como sábanas. No había más espacios en los que hurgar. No había recovecos secretos ni escondites disimulados detrás de los muebles.

Volcó el contenido de mi mochila hasta que el cuaderno y los tres lápices que descansaban en su interior quedaron esparcidos por el suelo. Finalmente, levantó el desvencijado colchón. Contuve el aliento. Giró el torso hacia mí y sus ojos de fuego me quemaron. Sus dedos toscos, de uñas descuidadas y sucias, amarraban el libro como si fuesen los tentáculos de un pulpo.

Empezó a temblarme la mandíbula descontroladamente. Las lágrimas se apiñaron detrás de mis párpados y deseé tener el valor para arrancárselo de las manos de un tirón y echar a correr. Pero no pude. Nunca podía.

—¿De dónde has sacado esto? —Abrí la boca para responder, pero no me dio oportunidad. Los gritos estallaron como pompas de jabón en el aire y su figura, de complexión robusta, adoptó una postura amenazante—. ¡Esta basura te llena la cabeza de tonterías! —Las palabras parecían trabársele entre la lengua y los dientes. Salían enlentecidas, torpes, como si se le enredasen unas con otras al transformarse en sonido. Aun así, no dejaba de lanzármelas a la cara con el rostro desencajado, mientras sus brazos se sacudían en movimientos acalorados e inconexos—. ¡En esta casa hay que trabajar!

Su voz se tornó imprecisa cuando todo el peso de su cuerpo se inclinó hasta casi rozar su nariz con la mía. Me encogí tanto que, si

hubiese podido, me habría fundido con el piso. Seguía gritando, sus labios se movían y proyectaban al exterior una retahíla de frases, pero yo no era capaz de escuchar otra cosa más que mi propio miedo.

—¡Acá se vive en la realidad, no en la fantasía! —Golpeó el libro como si fuese el pecado concentrado entre dos tapas. Luego, volvió a clavar su mirada etílica, vacía de amor, en mis pupilas, y sentenció —: Leer es un lujo para los que tienen demasiado tiempo libre.

Adiviné la intención en sus facciones antes de que la realidad se impusiera una vez más. Un «no» tan débil como lo era yo en aquel entonces resbaló de mis profundidades, pero su mano alzada les puso un bozal a mis cuerdas vocales. Tuve que sujetar las ganas de gritar con hilos de acero y presenciar en silencio un nuevo espectáculo. Otro más para almacenar en el baúl de mi memoria.

Las páginas, llenas de vida y color, se desintegraron entre sus dedos hasta convertirse en un mar moribundo de papel a mis pies. El azul eléctrico de la portada se apagó como el sol cuando lo engulle la noche y la historia que la tinta contaba, esa que aún no había podido descubrir, dejó de ser imaginación en forma de letras para transformarse en polvo.

Destrozar todo lo que llegaba a mis manos era su modo de lastimarme. Una manera cruel de recordarme que la única posesión allí era yo. Que las estanterías seguirían vacías, que el escritorio continuaría despejado, y que en ese pequeño cuarto desangelado no había lugar para otra cosa más que una existencia básica.

Ni siquiera me había permitido explicarle que aquel libro no era mío. Que yo solo era el primer eslabón de una cadena. Que ese objeto del que se había deshecho sin escrúpulos era parte de una tarea escolar para aprender a leer «en familia». Que cada alumno debía tenerlo por un período de tres días, disfrutarlo junto a sus padres, y luego pasarlo al siguiente estudiante de la lista. Yo era la primera. ¿Cómo iba a explicar que aquel ejemplar con olor a nuevo que me habían confiado se había transformado en un puñado de papelitos rotos, listos para tirar a la basura? No tenía dinero para reponerlo, y de solo pensar que tendría que inventar una excusa creíble para contarle a la maestra, me moría de vergüenza.

—¡No quiero volver a ver otra mierda de esas en mi casa!

La advertencia me llegó envuelta en el aroma a vino barato que mi padre llevaba impregnado a la piel. Lo vi alejarse con paso vacilante en dirección a su habitación, inconsciente de que entre aquellos fragmentos desparramados había pedazos míos.

Me acerqué a la puerta con una tristeza ya conocida presionándome el pecho. Necesitaba cerrarla y llorar en soledad, expulsar el nudo de angustia que me oprimía el estómago. Quería apretar los ojos y desaparecer, volverme invisible para poder escapar de ese mundo hostil que parecía ensañado conmigo sin decirme la causa, sin decirme qué era aquello tan malo que había hecho para merecer un trato semejante.

Oí el inconfundible rechinar de los resortes del colchón de mis padres —igual de decrépito que el mío— al recibir el peso de ese hombre que acababa de dejarse caer, prácticamente desmayado, para roncar sin interrupciones hasta el día siguiente. Seguramente, al despertar, no se acordaría de nada; en cambio, en mí, había dejado otra marca permanente.

Cogí la manija y me apresuré a empujar la madera, pero un instante antes de que encajara en el marco, la vi. A ella. Observándome con su mirada altiva y esa sonrisa cargada de todo lo que una madre nunca debería dedicarle a un hijo. Vi la victoria bailándole en las esquinas de los labios. Y ya no pude resistirme más.

El llanto me envolvió, profuso y doloroso, anárquico, ronco y destemplado, como solo puede serlo aquel que emerge de las entrañas. Colmó de ruido el silencio, incapaz de mantenerse escondido, aun con la puerta cerrada. Una puerta que era pura ilusión, el espejismo de una intimidad inexistente, porque ella estaba ahí parada, al otro lado, regodeándose en mis sollozos.

Los ojos me ardían, el cuerpo me dolía de tanto convulsionarse y fui dejándome caer hasta acostarme en el suelo, sobre esa alfombra de papel que, incluso rota, me cobijaba más que unos brazos.

No sé el tiempo que pasé allí tirada, lamentándome… o consolándome. Tal vez fueron unas cuantas horas o unos pocos minutos; no puedo precisarlo. Solo sé que fue otro sonido, extraño,

ajeno, uno que no cuadraba en aquel entorno, el que me sacó de mi letargo.

—Chist, chist…

Al principio pensé que era producto de mi imaginación; mi mente abotargada haciendo de las suyas. Sin embargo, el ruido se repitió una vez más. Y luego otra. Me senté despacio, un tanto desconcertada y alarmada, mirando a mi alrededor para encontrar la fuente de aquel rumor suave que parecía desvanecerse por momentos, pero volvía a capturar mis oídos un instante después.

—Chist, chist… —escuché nuevamente.

Y entonces lo vi. Una cabeza castaña, un rostro flacucho con los pelos desordenados y unos ojos tímidos, estudiándome con interés al otro lado de la ventana.

Me quedé mirándolo, cautelosa pero también intrigada, sin saber muy bien qué hacer. Me abracé las rodillas y permanecí allí, agazapada, manteniendo la distancia, con las extremidades aún entumecidas. Notaba la fatiga en cada uno de mis músculos, los hombros tensionados, la rigidez de mi mandíbula apretada.

Cada vez que tenía lugar una situación como la que acababa de vivir con mi padre, quedaba exhausta, como si me hubiese robado la vitalidad hasta dejar solo un conjunto de huesos inertes.

Nos estudiamos durante un rato, arrebujados en el mutismo y sin amago de abandonar nuestras posiciones. Yo, en mi retazo de suelo empapelado; él, detrás de la enana pared de cemento que separaba nuestros balcones.

—Hola. —Su voz, infantil y algo titubeante, rompió el silencio. No respondí, simplemente me sequé los restos de las lágrimas que mantenían mis mejillas húmedas y apelmazaban mis pestañas—. ¿Estás bien?

Tragué saliva sin quitarle los ojos de encima. Su rostro reflejaba una preocupación genuina que no supe cómo interpretar. Continué callada, contemplándolo con recelo y con los resabios del miedo todavía cosquilleándome la piel. Frunció la nariz de un modo gracioso al ver que no contestaba.

—Me llamo Luca —se presentó—. Soy… —Las letras parecieron perdérsele por el camino. Se aclaró la garganta y volvió a intentarlo

—. Soy tu nuevo vecino.

Mis padres y yo vivíamos en un apartamento que, años atrás, mi madre había heredado de mi abuela: un PH antiguo que formaba parte de un complejo de viviendas de dos plantas, el cual reunía ocho apartamentos exactamente iguales en torno a un gran patio central. El nuestro era uno de los cuatro que se ubicaban en el primer nivel. El de al lado, aquel en el que ahora residían unos iris oscuros que me examinaban con atención, había permanecido vacío durante meses. Su antiguo inquilino, un hombre viudo de unos setenta y cinco años, había decidido mudarse a la capital para estar más cerca de sus hijos y nietos.

El niño del balcón aledaño, al esperar una reacción que no llegaba, comenzó a hablar como si le hubiesen quitado un tapón de la garganta. De repente, toda esa timidez inicial quedó sepultada bajo un torrente de palabras que encadenaba una tras otra, casi sin detenerse a tomar aliento.

Me contó sobre su traslado al barrio, el porqué de la mudanza, el colegio que había tenido que dejar y aquel al que asistiría desde la semana siguiente, el nuevo trabajo de su madre y otras tantas curiosidades. Yo lo miraba perpleja, y a él no parecía importarle mi silencio.

Me costaba seguir el hilo de su monólogo. Él estaba entusiasmado y yo, demasiado cansada. Hacía muchas horas que no comía, y la tensión a la que había estado sometida empezaba a dar paso a la flacidez. Me sentía floja, laxa, como si me estuviese derritiendo. Mi cabeza procuraba mantener la atención, pero por momentos se desconectaba y solo veía unos labios arrojando sonidos a los que no lograba otorgarles sentido.

En algún punto, el soliloquio dio paso a un nuevo silencio y automáticamente sentí la falta. Me di cuenta de que su voz me había acompañado, logrando que me sintiera menos sola y evitado que me perdiera entre los pensamientos nocivos, que solían invadirme cuando la tormenta amainaba y retornaba la aparente calma. Ficticia, superficial, porque debajo, en las profundidades, seguía habiendo turbulencia. Esa voz ajena me había mantenido a salvo de

mi propio caos mental, alejándome momentáneamente de mis problemas.

—¿Vienes? —El niño estiró su mano por encima del pequeño muro, en una clara invitación, y añadió—: Tengo libros… muchos.

Sus ojos se llenaron de un brillo cálido y una sonrisa pícara se dibujó en sus labios, que mordió con impaciencia mientras su palma esperaba en el aire a que aceptase lo que me ofrecía.

«Tengo libros… muchos».

Dos cosas comprendí en ese instante: que aquel chico, que no debía ser mucho mayor que yo, había oído todo lo ocurrido con mi padre, y que, con esa simple pregunta y su palma extendida, me estaba ofreciendo mucho más que una mera salida transitoria.

No sé por qué lo hice. No sé por qué confié en un desconocido. Tal vez porque ya había perdido toda confianza en aquello que conocía. Quizá porque lo familiar me resultaba tan extraño que me sentía una intrusa en mi propia vida. El caso es que ese niño de sonrisa pícara y mirada afable me impulsó a levantarme del piso. Entonces, me acerqué al balcón y cogí su mano.

Ese fue el comienzo. Esa fue la primera noche que dormí fuera de casa.

4

EL REY DE LAS CERCANÍAS

Eva

—¿Qué haces así vestida?

En cuanto Fernando abrió la puerta y posé un beso en su mejilla, la voz de Vera me alcanzó alta y clara. Fruncí el ceño y bajé la vista para repasar mi atuendo: una camisa de seda negra, unos pantalones anchos color *beige* de cintura alta y zapatos de tacón también negros. No había nada fuera de lugar en el conjunto que llevaba puesto.

—¿No vienes de la clase de yoga? —prosiguió—. No me digas que ese es tu uniforme para hacer actividad física porque me caigo de culo acá mismo.

Puse los ojos en blanco y le sonreí con complicidad a mi amigo, antes de adentrarme finalmente en el apartamento y encontrar a Vera despatarrada en el sillón, con dos copas de vino a medio llenar y un bol de maníes sobre la mesa ratona.

—Sí, vengo de la clase de yoga —admití—, pero he pasado por casa para ducharme y cambiarme. Sabes que no uso zapatillas más tiempo del estrictamente necesario, y no puedes caerte de nalgas…

—De culo —me corrigió veloz.

—De nalgas —reiteré, inclinándome para saludarla con un beso—, porque ya estás sentada.

—Algún día voy a lograr que esa boquita suelte una palabrota —dictaminó con convicción mientras estiraba la mano para coger un puñado de maníes.

—Puedes intentarlo, pero dudo que lo consigas —repliqué con una sonrisa, acercándome al perchero para colgar el bolso y sacar de dentro el neceser con todos los elementos para pintarme las uñas —. ¡Ustedes sí que saben disfrutar de la vida! —comenté divertida, viendo a Fernando alzar las piernas de mi amiga y tomar asiento a

su lado para luego apoyarlas sobre su regazo y empezar a masajearle los pies.

Constituían una estampa bonita, cálida, que rezumaba familiaridad. Él, con sus camisetas lisas y sus pantalones vaqueros; ella, con sus remeras cortadas a mano y sus *shorts* deshilachados. Siempre sonriéndose, buscando el contacto del otro.

Vera gimió de placer y lanzó garganta abajo un buen trago de vino. Me quité los zapatos con esa confianza que solo sentía con ellos y comencé a esparcir sobre la mesa el esmalte, algodón, limas y demás materiales para pasar la siguiente hora embelleciendo mis manos y pies.

—Lo que pasa es que tu concepción de «disfrutar la vida» difiere un poco de la nuestra —acotó el morocho, perfilando una sonrisa burlona, mientras clavaba sus ojos azules en mis utensilios perfectamente alineados, sin dejar de dibujar círculos con el pulgar en el talón de mi amiga.

—Nosotros nos relajamos con unas copas de vino para nublar la consciencia y ella juega con sus pinturitas.

Me fingí ofendida ante el comentario socarrón de Vera, cuyo pelo lacio desparramado le tapaba la mitad de la cara, pero la sonrisa me traicionó y expandió mis labios. Ya estaba acostumbrada a sus bromas; formaban parte de nuestro vínculo y constituían un elemento infaltable en los jueves de cena.

No importaba cuán agotador o intenso hubiese sido el día ni la cantidad de horas trabajadas, todos los jueves, sin excepción y con rigurosa asistencia, nos juntábamos por la noche para compartir una deliciosa comida casera. Aunque lo de «deliciosa» solo aplicaba cuando le tocaba tomar el mando de los fogones a Fernando, quien demostraba una maestría sin igual a la hora de ejecutar platos simples pero llenos de sabor. Yo no cocinaba mal, no obstante, tampoco era una fiesta para las papilas gustativas. Me defendía y, si debía ser sincera, desde que vivía sola y contaba con dinero en el bolsillo, me había esmerado por aprender. Me gustaba comer bien, sano y rico. Sin embargo, Vera era un tema aparte. Ella se batía a duelo con las hornallas y solo en contadas ocasiones salía vencedora. El resto de las veces era el muchacho de pies descalzos y

cabello ensortijado quien terminaba por recoger la posta y, en unos pocos minutos, nos alegraba el estómago con alguna de sus especialidades.

Me pinté las uñas de manos y pies entre música suave, risas distendidas y charlas amenas sobre trabajo, planes para el fin de semana y series que, según ellos, no podía dejar de ver. Los escuchaba con atención debatir fascinados sobre tramas intrincadas, personajes que parecían amorosos y de repente mostraban su verdadera cara, vuelcos impensados en la historia y finales de temporada que te dejaban la intriga clavada durante meses. Yo ni siquiera tenía televisión; me parecía un artefacto absolutamente prescindible. En mi tiempo libre siempre prefería tener un libro entre las manos a perderme en una pantalla.

—¿Cómo vas con los preparativos para la exposición? —inquirí con verdadero interés, mientras comenzaba a recoger mis bártulos para devolverlos al interior del bolso.

Fernando es fotógrafo y tiene su estudio en la calle Malabia, a unas pocas manzanas de mi casa —y también de la suya, ya que vivimos a tres cuadras de distancia—. Trabaja por encargos, aunque en su tiempo libre suele perderse por la ciudad, cámara en mano, para retratar «aquello que me despierta algún tipo de emoción», según sus propias palabras. En mi lenguaje y en el de todos los que conocen su obra, esto significa captar el alma humana y exponerla sin velo. De hecho, fue así como nos conocimos.

Yo había llegado a la capital hacía tan solo un puñado de días. Todavía dormía en una habitación de hotel y me sentía como un pez fuera del agua, moviéndome en un entorno que me resultaba agobiante, ruidoso… inabarcable. Me encontraba en pleno proceso de acomodamiento, meciéndome constantemente entre una sensación de soledad que me oprimía el pecho y una ilusión desconocida ante la hoja en blanco que representaba mi futuro y la inmejorable oportunidad de escribirlo a mi antojo. Eran tiempos difíciles. Acababa de dejar atrás una vida que, mala o buena, era la única que conocía, para embarcarme en otra en la que caminaba a ciegas.

Aquella tarde había salido a dar vueltas por el barrio sin rumbo fijo, con el simple objetivo de empezar a orientarme entre sus calles y habituarme a los sonidos, el tráfico, el flujo de gente. En definitiva, barrerme de los hombros los temores e inseguridades que me generaba la gran ciudad. Había hecho una parada técnica en una panadería algo escondida, de la que emanaba un aroma a canela delicioso al que no había podido resistirme. Media cuadra después, con una bolsa de papel entre las manos, mis pies se detenían frente a una vidriera en la que un foco alumbraba una única fotografía. No puedo explicar lo que sentí, pero sí puedo decir que, aún hoy, al contemplar esa imagen, experimento el mismo aguijonazo en el pecho, idéntica sensación de desamparo. Algo parecido al desahucio que no deja de impactarme, de sacudirme la piel. Me moviliza cada vez como si fuera la primera.

Era un retrato en blanco y negro de un niño que miraba a la cámara con ojos ausentes y en cuya mejilla yacía inerte una lágrima. Una sola gota que encerraba aceptación, abandono, resignación y una falta de vitalidad tan cruda que chocaba de manera violenta con todo lo que activaba en mi interior. Me recuerdo contemplando esos ojos muertos, ese rostro inanimado que parecía hecho enteramente de dolor, y sintiendo una impotencia animal. Deseaba meterme dentro de la imagen y arrancarle esa desesperanza que llevaba prendida a la carne como si hubiese nacido con ella. Era demasiado joven para cargar tanta tristeza encima, para llevar escrito en los ojos un destino que se sabía oscuro e inevitable.

La fotografía era brutal y, a la vez, terriblemente bonita. Descarnada porque no tenía un ápice de mentira. Era realidad pura y dura. Sin adornos. Sin disimulo. Punzante, espesa, inmoral, desoladora. Te hacía querer desviar la mirada, pero, al mismo tiempo, te mantenía anclado a ella de un modo fiero, como si unos dedos invisibles te aferrasen con fuerza la barbilla, impidiéndote volver el rostro, obligándote a reparar en esa verdad incómoda que preferirías desconocer. ¿Cómo se puede captar belleza en el dolor?

No podía soltarme del influjo de esas pupilas. Había algo que me retenía paralizada en aquella acera, una especie de reflejo en el que me reconocía, en el que veía a esa niña que ya no era, pero que

seguía viva en mi interior. Di un paso al frente y, en un acto inconsciente, alcé la mano para atrapar su lágrima. Quería borrarla, volver el tiempo atrás y devolverle a ese crío la infancia que le había sido arrebatada. Ansiaba deshacer las heridas que lo habían convertido en un adulto de manera prematura y le habían mostrado solo la parte fea del mundo.

Justo en ese instante oí el «clic» del disparador. Giré el rostro y me encontré con el suyo, al otro lado del objetivo.

—Lo siento —se disculpó, bajando la cámara y descubriéndome sus iris del color del mar profundo—, no pude resistirme. Nunca puedo hacerlo ante la belleza.

No fue necesaria aclaración alguna. Supe de inmediato que no se refería a mí sino a la estampa que tenía delante, de la que yo formaba parte, con mi índice acariciando un dolor ajeno que sentía como propio. También supe con certeza que aquel retrato suspendido detrás del vidrio era de su autoría.

—Mira. —Se acercó a mí y me enseñó con orgullo la foto que acababa de tomarme—. Esto —acotó, señalando mis ojos en la pantalla, plagados de sentimientos, incrustados en los del niño, como si estuviese mirándome en un espejo— es exactamente lo que busco lograr con mi trabajo.

Me contemplé por un instante en aquel pequeño rectángulo y tragué saliva.

—Estoy desnuda.

Así era como me veía. Expuesta. Con las emociones desbordándome la piel, escapando por la punta del dedo que perseguía aquella lágrima sin alcanzarla.

—Lo estás —convino y me dedicó una sonrisa suave.

Dejé ir un largo suspiro y sentencié:

—Ya has visto mi alma, me siento en inferioridad de condiciones. —Fingí una mueca apesadumbrada y su sonrisa se ensanchó—. Deberías restaurar el equilibrio.

Y lo hizo. Pasamos el resto de la tarde en aquella galería. Él puso su alma y el café; yo, los oídos, los ojos y los *muffins* de manzana y canela que aún esperaban calentitos dentro de la bolsa. Me habló de su pasión por la fotografía, me contó la historia que había detrás de

cada uno de los retratos allí exhibidos y cómo el tiempo parecía escurrírsele entre los dedos cuando sus manos sostenían el peso de una cámara. Ese día gané un amigo y sentí que la soledad que llevaba a cuestas se encogía unos cuantos centímetros.

Vera y yo nos entretuvimos poniendo la mesa mientras Fernando, desde la cocina y sin abandonar su función de chef, respondía con entusiasmo a mi pregunta. Cenamos escuchando sus ideas para la próxima exposición, que tendría lugar en el MALBA, y luego la conversación mutó hacia temas menos atrayentes.

—Oí que tienes un nuevo compañero de trabajo —lanzó mi amiga con voz juguetona, sin venir a cuento. Me tanteó con la mirada y yo le devolví una serena, intentando ocultar la ligera tensión que se había posado en mi estómago.

—No es un compañero.

No lo eras.

—Ajá —asintió despacio, cogió la copa de vino y se la llevó a los labios. Después, la devolvió a su lugar y comenzó a mordisquearse las uñas en ese hábito arraigado del que no podía desprenderse. Torció una ceja sin dejar de instarme con la mirada a aportar más datos.

—Es el abogado que va a encargarse de la nueva campaña —puntualicé, aunque por la mueca que dibujó Vera, no era eso lo que le interesaba saber.

Continuó escudriñándome, a la espera de que exhibiese los detalles jugosos, pero al no obtener más que silencio, resopló con teatralidad y decidió dejarse de rodeos.

—¿Está tan bueno como dicen? —soltó finalmente.

Se llevó la mano a la frente y negó con vehemencia en un ademán que venía a significar: «No te haces una idea de lo que he tenido que soportar». Luego añadió:

—Ya sabes cómo es la oficina. —Lo sabía—. A la tribuna femenina no se le escapa nada. Tengo la oreja en llamas de escuchar lo bien que le sienta el traje, los músculos que debe esconder debajo, los labios carnosos y co - mes - ti - bles —puso énfasis en cada sílaba—, los ojos más verdes —alzó el dedo índice— ¡que las costas del mar Adriático! —soltó en un chillido y fingió una arcada que nos hizo

romper a reír—. En serio, ¿a quién se le ocurre hablar de esa manera? —prosiguió envalentonada—. Está para lamerlo de pies a cabeza, para encerrarlo en el cuarto de limpieza y tirar abajo las estanterías, para que te ensarte hasta que te duelan los órganos…

—¡Vera! —chillamos Fernando y yo al unísono, arrugando la nariz en un gesto de desagrado, pero sin poder parar de carcajearnos.

—… para morir estacada a la cama con su cuerpo encima como si fueras una *brochette* de carne y hueso…

—¡Vera! —volvimos a gritar, esta vez con más ímpetu.

Las mejillas se me tiñeron de un color morado incendiario que llenó mi rostro de calor. Estaba acostumbrada a su lenguaje soez y esa descarada impertinencia con la que se deslizaba por el mundo me generaba envidia y pudor a partes iguales. Por momentos, deseaba ser un poco más como ella: desvergonzada, directa, atrevida, soltando sin tapujos lo que le venía a la mente y hablando de sexo con la misma liviandad con la que se habla del clima. No obstante, en otras ocasiones, su desfachatez me producía ganas de sellarle los labios con cinta adhesiva y esconderme al mismo tiempo bajo una piedra.

—… pero ¿«los ojos más verdes que las costas del mar Adriático»? —repitió con semblante alucinado—. ¿De verdad? ¿De dónde ha salido esa mujer? ¿De las páginas de una novela del siglo XVIII? ¿Del diario íntimo de una adolescente virginal que sueña por las noches con el príncipe azul?

Volvió a negar, emitió un suspiro cansado y liquidó el poco vino que quedaba en la copa.

No lo admitiría en voz alta, pero era verdad. Tus ojos me habían parecido de un verde imposible. Sin embargo, en mi opinión, su belleza no radicaba en el color sino en ese aire salvaje que destilaban. En realidad, todo en ti gritaba la palabra «indomable» y estaba segura de que era ese detalle el que atraía a las mujeres como polillas. El reto. Las ganas de domar lo que nació para ser libre. De poseerlo. De hacerlo suyo. Es una cualidad tan atractiva como peligrosa porque, ¿qué ocurre cuando intentan hacerlo? ¿Atrapar lo que, por definición, no puede ser sujetado? Hay dos opciones: o fracasan en el intento y acaban con el corazón roto, o lo

que les queda entre las manos es algo por entero distinto a lo que un día les resultó tan atractivo que desearon retenerlo. Al fin y al cabo, un pájaro no es el mismo surcando el cielo que encerrado en una jaula.

—¿Y qué me dices de tu nuevo compañero? —desvié la conversación.

No tenía intención alguna de relatar lo avasallante que me habías parecido ni lo incómoda que me había sentido en tu presencia. Ni siquiera merecía la pena recordar ese primer encuentro ni tu cara de satisfacción, con esa sonrisa torcida cargada de victoria, cuando Abel me llamó a su despacho para poner «mis servicios a tu disposición».

—¿El señor Levinton? —El tonillo burlesco no me pasó desapercibido. Le dediqué una mirada inquisitiva—. Es un imbécil —dictaminó y sacudió el brazo, zanjando la conversación.

—¿De verdad? —indagué completamente sorprendida—. No me dio para nada esa sensación.

Por el contrario, Álvaro me había parecido un hombre de lo más amable, educado y profesional. Todo lo opuesto a ti, Ciro.

—Tu «sensación» se equivoca. —El rostro de Vera se contorsionó en una mueca de desagrado—. Es… es… —la mandíbula se le contrajo mientras su mente parecía ocupada en buscar adjetivos—, irritante, seco, engreído y tiene un palo metido en el c…

—¡Vera! —Fue Fernando quien la detuvo esta vez. Yo me limité a reír.

—Ese hombre no sabe lo que significa la palabra «amabilidad» y dudo que alguna vez haya sonreído en su vida —sentenció, y pese a que a mí me había dado una impresión totalmente distinta, preferí no llevarle la contraria.

Vera y yo somos radicalmente diferentes. Ella es descontracturada, simpática, audaz y tiene una facilidad innata para relacionarse con la gente. Posee una personalidad fuerte, hipnótica, que se refleja en su llamativa forma de vestir, en la actitud positiva —aunque no ingenua— con la que enfrenta el mundo y en esa lengua que expresa siempre lo que piensa sin guardarse nada. Le importa muy poco lo que el resto opine de ella —a mi criterio, un rasgo atractivo y poco común— y encara la vida, el día a día,

siempre con una sonrisa. Yo, en cambio, suelo ser callada, retraída y los vínculos de cualquier tipo me implican un esfuerzo significativo. Tal vez, por esa razón, la conducta cortés, correcta aunque distante, de Álvaro, me resultó cómoda, mientras que Vera la experimentó prácticamente como un agravio. Quizá, por ese mismo motivo, tú me importunaste; porque yo sabía moverme con holgura en las distancias, pero las cercanías me anulaban. Y tú eras el rey de las cercanías. Me lo habías dejado bien claro con una mera presentación que pregonaba, alto y claro, que no acatabas límites ni normas impuestas por otros, que dictabas tus propias leyes.

Regresé a casa poco antes de la medianoche y me metí en la cama luego de ponerme el pijama y lavarme los dientes. Tomé la novela romántica que descansaba en mi mesa de luz y la abrí por la página en que la había dejado la tarde anterior. No pude leer siquiera dos párrafos. No lograba apartar de mis pensamientos ese anuncio que me sonaba a amenaza y me provocaba una presión en el bajo vientre.

«Mi nombre es Ciro Ferraro y vas a verme mucho por aquí».

Deseaba equivocarme. Anhelaba con todas mis fuerzas que se tratara únicamente de una sensación errónea, pero mi intuición me decía que mis días de oficina ya no serían tan tranquilos como lo habían sido hasta entonces.

No estaba lista para el huracán que desatarías, Ciro. No lo estaba en absoluto.

5

EL MINÚSCULO CAMBIO

Eva

La mañana del viernes llegué a la empresa con una sonrisa y mi vaso de Lar's a medio tomar. Javier me dedicó un golpe de barbilla, su particular manera de dar los buenos días, que devolví del mismo modo, mientras atravesaba el lujoso *lobby*. El elevador me esperaba ya con las puertas abiertas y viajé sin paradas hasta mi destino porque a aquellas horas el edificio estaba prácticamente deshabitado. Qué distinta se vislumbraba la jornada laboral con una caminata a la luz del incipiente sol matutino y el regusto a vainilla todavía en el paladar. Como no tenía trabajo atrasado, aproveché el privilegio de ser la primera en llegar y saqué mi cuaderno del segundo cajón del escritorio. Perdí la noción del tiempo.

—Buenos días, Eva. —Brinqué en el asiento de la impresión.

¡Por favor! ¿De dónde habías salido! ¿Cómo no te había oído llegar? Tu cuerpo se hallaba excesivamente inclinado hacia adelante y tu cara residía justo enfrente de la mía. Cuando logré focalizar la mirada, me choqué de lleno con tu sonrisa descarada.

Ya empezábamos…

—Buenos días, señor Ferraro —modulé con desgana y me figuré poniendo los ojos en blanco, aunque en la realidad conseguí mantener las formas.

—Puedes llamarme Ciro —insinuaste y, con la misma insolencia que habías mostrado el día anterior, te tomaste la libertad de coger mi mano, que me había llevado al pecho del susto, y la bajaste hasta depositarla sobre el escritorio.

Fue una conducta natural, casi mecánica, que no arrastraba intención alguna más que quitarme el sobresalto de encima. Aun así… ¡Qué desvergonzado eras! ¡Ni siquiera me conocías! Reforzaste, en décimas de segundos, la idea que me había hecho de ti: eras de los que no pedían permiso, por lo que debía andarme con cuidado.

—Te veías muy concentrada —proseguiste como si nada y rotaste el ángulo de tu cabeza para espiar las notas garabateadas sobre el papel—, ¿qué hacías?

Cerré el cuaderno de un manotazo y lo devolví a su sitio. No, si además de todo eras un chismoso. Contuve las ganas de soltarte el «Métete en tus asuntos» que me vibraba en la glotis y el «Tú puedes llamarme señorita Martínez» que me subía directo por la tráquea. En su lugar, esbocé un: «¿Lo puedo ayudar en algo?» estrictamente profesional. Las dos opciones anteriores hubieran sido un infructuoso gasto de saliva.

Por suerte, luego de entregarte el expediente solicitado, no volví a saber de ti. A las cinco y treinta en punto de la tarde me despedí de los pocos compañeros que aún quedaban en la oficina y apreté el paso hasta la estación del metro porque el cielo encapotado no auguraba nada bueno. El servicio meteorológico había pronosticado fuertes tormentas para todo el fin de semana, pero los densos y plomizos nubarrones que se habían tragado la luz solar hablaban de la inminente llegada de la lluvia.

Para cuando abrí la puerta de casa era más agua que persona. La ropa se me adhería al cuerpo como si me hubiera calzado un traje de neopreno ajustadísimo, los pies chapoteaban dentro de los zapatos con cada maniobra y mi pelo chorreaba gotones gordos que aterrizaban sobre el felpudo de bienvenida que rezaba «Be brave, Little one».

Me lo había regalado Fernando el día que me mudé del hotel al apartamento y, por ese motivo, aunque tenía sus años ya y estaba descolorido y un tanto maltrecho, me negaba a cambiarlo por otro. Era especial por el mensaje, porque me recordaba inexorablemente a mis primeros tiempos en la capital, a esa sensación de orfandad y pesadumbre, de estar a la deriva, que había experimentado nada más llegar, pero también porque me impedía olvidar que había logrado construirme un norte.

Me quité los tacones, los dejé en el umbral y fui directo a la ducha. El frío estaba empezando a calarme los huesos. Deshacerme del atuendo pegado a la piel no fue tarea fácil, pero en cuanto me acomodé bajo el chorro caliente, todas mis articulaciones corearon

un gracias. Pasé un cuarto de hora en el baño y luego me preparé un té mientras decidía qué cenar esa noche. Era temprano todavía, pero con el clima reinante y una colección de truenos y relámpagos saludando al otro lado del vidrio, lo único que me apetecía era meterme bajo las mantas y perderme en la lectura.

Saqué unos cuantos ingredientes de la nevera y me entretuve un largo rato troceando verduras, que luego llevé al horno con una buena porción de pollo. Mientras aguardaba a que la cena estuviese lista, preparé el clásico budín de limón que sabía que a Vera le encantaba y que podría servirme de postre si me entraban ganas de algo dulce por la noche.

Tal como habían vaticinado en los noticieros, llovió todo el sábado y la mayor parte del domingo, por lo que me dediqué a limpiar a fondo la casa, terminar el libro empezado y arrancar uno nuevo. Prácticamente me la pasé vegetando en el sillón y disfrutando del olor a pino del desinfectante que siempre queda nadando en el aire después de refregar con brío cada superficie.

El lunes llegué a la agencia renovada y de muy buen humor porque el diluvio ya era agua pasada y entre las pomposas nubes blancuzcas que naufragaban las alturas se filtraban unos cohibidos hilos de luz. Esa semana, la primera completa tras tu llegada, descubrí cinco cosas:

1. No tenías horarios fijos. Entrabas y salías de la empresa cuando te daba la gana, aunque siempre, tu aparición se anunciaba con bombos y platillos. En cuanto comenzaba a expandirse ese murmullo propio de los secretos cuchicheados al oído y todos los demás sonidos característicos de una oficina —como el incesante golpeteo de los dedos sobre el teclado del ordenador, el ronroneo del bolígrafo al bailar sobre las hojas o los gruñidos toscos de la máquina fotocopiadora al ser activada— quedaban en pausa, sabía que tú habías hecho acto de presencia. Era como una apnea colectiva; una suspensión transitoria de la respiración de la planta diecinueve al completo.
2.

Lo primero que hacías al llegar era pararte delante de mi escritorio, aunque no tuvieras nada relevante para decir, y soltarme el «Buenos días, Eva» que sonaba igual de líquido, juguetón y sensual que el del primer día. Juro que no sé cómo lo hacías, pero esas tres palabras parecían chorrear textura, como un torrente de miel que cae entre tus dedos y te deja la piel pegajosa. Era… voluptuoso, impúdico, una propuesta indecente encubierta que me inundaba el rostro de calor cada vez que la oía. No podía remediarlo. Odiaba ese saludo y a ti te divertía porque, pese a que mi expresión permanecía inalterable, los tonos cobrizos que adoptaban mis mejillas eran imposibles de disimular.

3.

Mi número de interno de repente sonaba el doble de veces que antes de tu llegada a La Cala. La combinación de los dígitos uno, cinco y dos debía estar desgastada de tanto presionarla.

4.

Las palabras «distancia» y «espacio personal» no entraban en tu vocabulario.

5.

Los días de trabajo pacífico definitivamente habían acabado.

Adiós. Chau. Fin.
Se acercaban tiempos de cambio.

***

El martes de la semana siguiente subí a la cafetería a media tarde. Necesitaba apartar los ojos de la pantalla de la computadora por un rato y dejar de escuchar el incesante *ring-ring* del aparato telefónico que iba a acabar con mis neuronas fritas. No sabía con certeza qué ocurría, pero había demasiado movimiento en la empresa ese día, un constante y bullicioso fluir de personas.

Me encaminé hacia la única mesa libre, con el cuaderno en una mano y la infusión en la otra, tomé asiento y me dediqué a admirar

las vistas. Eran imponentes, bellísimas, y me daba la sensación de que siempre tenían algo nuevo que ofrecer. Variaban según el color del cielo, la intensidad de la luz o el modo en que los rayos de sol lamían el paisaje y las esculturales siluetas de los rascacielos aledaños.

—Señorita Martínez, buenas tardes. —Una voz grave, varonil, sumamente formal, pero que exudaba calidez, interrumpió mi escrutinio. Aparté la mirada del agudo azul que presumía el firmamento aquel día y la dirigí hacia el sonido—. ¿Le importaría que ocupara esta silla? —Señaló con los ojos el asiento que se ubicaba justo frente al mío. Era el único vacío en toda la estancia—. Este sitio es un caos hoy.

Esbocé una sonrisa suave y con un gesto de mano lo invité a sentarse.

—Sí, no sé a qué se debe tanto alboroto —comenté, paseando la vista una vez más por la abarrotada cafetería. Había incluso gente de pie, grupos de hombres y mujeres acodados cerca del ventanal o junto al mostrador.

—Pregúntele a su amiga, seguro que ella se lo puede explicar —rezongó el señor Levinton por lo bajo, con un tono que pretendía mostrar fastidio, pero en el que me pareció atisbar cierto orgullo.

Él era quien llevaba la cuenta en Madrid y por ese motivo, ahora que la marca quería introducirse en el mercado argentino, había venido a trabajar con el equipo regional. Con Vera específicamente. No estaba al tanto de los pormenores de aquel vínculo, pero sí sabía que no habían empezado con buen pie. Esperaba que eso cambiara, que la fuerza de la naturaleza que era mi amiga se adaptara a la templanza de Álvaro y viceversa, porque, les gustase o no, tendrían que verse las caras nueve horas al día, cinco veces a la semana.

Conversamos unos pocos minutos mientras nos acabábamos sorbo a sorbo las bebidas. Fue una charla cordial en la que le pregunté cómo estaba resultando su estancia en el país y si había podido acomodarse ya. Él me sorprendió contándome que, en realidad, había nacido aquí, pero que al finalizar los estudios se había marchado a España a trabajar. El hombre tenía un currículum impresionante, aunque eso ya lo sabía porque Vera se había tomado

muy en serio la tarea de investigarlo. «Hay que conocer al enemigo», había dicho, luego de dedicarle un rosario de palabrotas por ser tan remilgado, presumido y exasperante —sus expresiones, no las mías. Yo solo cito textualmente—. Y pese a que no cambió de parecer en cuanto a su personalidad intratable, después de la exhaustiva búsqueda de información, noté algo similar al respeto o la admiración por la carrera que Álvaro había logrado labrarse.

—¿No hay código de vestimenta en esta empresa? —soltó de repente y sin venir a cuento, clavando esos ojos, que oscilan entre el azul muy oscuro y el gris, en un punto determinado. Me giré para averiguar el motivo de su irritación, aunque la voz de Vera me dio la respuesta antes de que su silueta se plantara delante de nosotros.

—Otra vez con el maldito código de vestimenta —bufó—. ¡Qué monotemático, por favor!

—¡Pero es que debería estar prohibido venir con esas pintas!

Me mordí la sonrisa. Eran el agua y el aceite. Él, tan clásico, gentil, serio y protocolario. Apenas lo conocía todavía, pero tenía la impresión de que era un sujeto reservado, de tradiciones arraigadas, al que le gustaba el trabajo bien hecho y que no le tocaran las narices; de esos que van a la empresa a hacer lo que tienen que hacer y luego se marchan a casa. Y ella... bueno, ella era un poco diferente. En el modo de plantearse y llevar a cabo sus tareas diarias, en la manera de conectar con su equipo de trabajo, en la forma de expresarse, a lo bestia y sin rodeos, y hasta en el modo de vestir. Vera era una experta en romper esos esquemas que el señor Levinton se afanaba en mantener intactos.

Y allí estaba, parada con su camiseta de Los Ramones, sus botas acordonadas y un pantalón a cuadros en tonos «no tradicionales». Casi podía sentir al chico del traje impecable, cabello repeinado y zapatos brillantes como espejos tragarse la bilis.

—Ay, Eva —se lamentó—, ¿dónde han quedado las formalidades? Antes la gente se quitaba el pijama para ir a trabajar, ¿sabes? —Negó y bosquejó una mueca afligida que le pintó dos hoyuelos en las mejillas—. Y tú, ¿qué? ¿Te has unido a su causa con esos vaqueros agujereados? —Ese disparo fue para ti que, no sé por qué,

te hallabas clavado al lado de mi amiga, con esa sonrisa sinvergüenza que sacabas a pasear cada dos por tres.

—¿Sabes dónde han quedado? —replicó la morocha—. ¡En el siglo pasado! A ver si te modernizas un poco que pareces salido de una película de los ’40.

—«Siempre nos quedará París» —te metiste con él, lanzando, con aire soñador, la frase de la famosa película.

—Si es que ve la vida en blanco y negro —se quejó ella y rodó los ojos hacia arriba, mientras ponía cara de «Mira lo que tengo que soportar».

—Parece irritado —le susurraste cerca del oído, aunque lo suficientemente alto como para asegurarte de que Álvaro también lo oyera.

—Indignado es lo que estoy —rebatió el aludido.

—Ah, ¿sí?

—Sí.

—Ah, ¿sí? —El rostro de Vera se inclinó desafiante hacia adelante, hacia él, que respondió con actitud altiva.

—Pues, sí.

Fue curioso. Esa acción de mi amiga me recordó demasiado a ti. Con el trascurrir de las semanas me iría dando cuenta de que eran tan similares en algunas cosas.

—Si tanta indignación le produce mi ropa, señor Levinton, debería informárselo a sus ojos, que cada vez que me doy la vuelta los encuentro clavaditos en mí.

¡Qué arrojada era al lanzar tan alegremente semejante insinuación! La miraba mucho, eso era cierto, y, por descontado, la forma en que se dirigía a ella no tenía nada que ver con el modo en que me hablaba a mí… o al resto de los colegas. Sin embargo, no me quedaba claro todavía si era porque ella lo sacaba de sus casillas o si se trataba de algo más.

Apreté mucho la boca para que no se me fugara la sonrisa y, por el rabillo del ojo, vi la tuya acentuarse.

—¡Es que es bastante difícil apartar la vista de ese amarillo chillón! —arguyó el otro, sin dejarse amedrentar.

—Sí, claro. Vamos a echarle la culpa al amarillo.

Por suerte, Vera decidió dar por finalizada la contienda o, al menos, ponerla en pausa, para rodear la mesa y venir a sentarse a mi lado. Me aparté un poco, dejándole lugar en el asiento, y, sin perder un segundo, se lanzó orgullosa a contarme lo bien que había salido la presentación que acababa de dar.

—Al señor Levinton le ha explotado ese cerebro cuadrado que tiene —dijo, como si él no se encontrara delante—, deberías haber visto su cara.

Sonrió maliciosamente y continuó detallándome el espectáculo que había armado hacía unos instantes dentro de la sala de reuniones, lo que, por cierto, explicaba el revuelo en la agencia y la presencia de tantos rostros desconocidos.

—Siento interrumpir la animada charla —tu voz otra vez—, pero… —«Que no lo diga, que no lo diga, que no lo diga», pensé—. Eva, te necesito.

¿Cuántas veces había escuchado esa frase ya? ¿Cuántas más tendría que hacerlo? Empezaba a percibir la diferencia, ¿sabes? Cuando en verdad precisabas mi ayuda y cuando requerías mis servicios por mera diversión o simplemente para fastidiarme. Era una leve inflexión en el timbre de voz, una diminuta pausa que tiraba para un lado o para el otro. En este caso, el pedido era auténtico, así que me puse en pie, me alisé la falda y cogí el cuaderno que no había tenido oportunidad de abrir.

—Te veo después —me despedí de mi amiga y me incliné sobre la mesa para coger el vaso descartable—. Hasta luego, Álvaro.

—Adiós, Eva. Fue un placer compartir el café contigo.

Le sonreí en respuesta, tiré el recipiente vacío al cesto de residuos y enfilé hacia la salida.

Apenas presioné el botón del elevador sentí tus pisadas aproximarse, pero en vez de frenar a una distancia prudencial y esperar la llegada de nuestro medio de transporte, me rodeaste para pararte frente a mí.

—Conque a él lo llamas Álvaro, ¿eh?

La ceja burlona se disparó hacia arriba y el verde brillante se incrustó con fuerza en mis ojos. Un amago de sonrisa escoltó a esa voz caldosa que daba la sensación de derretirse al entrar en

contacto con tu lengua. Le mandé la orden a mis músculos para que permanecieran en su lugar, pero, al parecer, los únicos obedientes fueron los oculares, que se quedaron bien agarrados a tu mirada; los demás… los demás decidieron optar por el desacato. Mi estómago hizo un giro extraño; eran los nervios ante esa desconsiderada necesidad de hacerme sentir incómoda solo porque te resultaba entretenido.

—¿Tienes algo en contra de mi nombre? —continuaste y aquel color cristalino descendió a mis labios, aumentando mi malestar—. ¿Alguna dificultad para pronunciarlo, tal vez? Si quieres puedo enseñarte a hacerlo. Mira, pones la lengua así…

Las puertas de la cabina se abrieron justo cuando tus dedos se alzaban en el aire en dirección a mi boca. No sé si tu intención era tocarme, pero no me quedaría a averiguarlo.

—Creí que tenía una inquietud concerniente al trabajo, señor Ferraro.

Esquivé tu imponente figura, que me bloqueaba el paso, y me introduje entre los cuerpos trajeados que aguardaban al interior del habitáculo. Me situé en el fondo y tú te colaste dentro un instante después.

—La tengo —susurraste demasiado cerca de mi oído, demasiado pegado a mi anatomía.

Procuré separarme unos centímetros, pero no había mucho espacio libre que digamos, por lo que tuve que concentrarme en la nuca del sujeto que tenía delante mientras tú respirabas en la mía. Me llevé la mano al cuello, notoriamente tensa, como si así pudiera atrapar el calor enquistado en esa porción de piel y retirármelo de encima, pero no surtió el efecto esperado.

Era una lucha continua mantener las formas contigo y no soltarte tres cosas bien dichas, pero es que tenía la convicción de que hacerlo tampoco daría resultado, porque era justo eso lo que esperabas conseguir de mí: munición para tus provocaciones.

¿Me estabas olisqueando el cabello? ¿Pero qué pasaba contigo?

«Ahí tienes tu respuesta —pensé—. Al señor Levinton puedo llamarlo Álvaro porque no necesito marcar constantemente las

distancias, él sabe mantenerlas; porque si le doy la mano no se agarrará del codo. En cambio, tú… contigo no sé a qué atenerme».

Salí despedida del ascensor en cuanto alcanzamos nuestra planta y me apuré a resguardarme detrás del escritorio. Ingenua, sí. Un objeto como muralla no serviría para alejarte. Era como creer que podría detener una ola gigante con la palma extendida o salir airosa de un aguacero ataviada únicamente con un paraguas. Pero al menos estaba en mi territorio, entre mis cosas y con tu aliento lo suficientemente alejado como para que el ritmo cardíaco pudiera recobrar la normalidad.

—Lo escucho —enuncié con brusquedad.

Tomaste un bolígrafo del portalápiz y, sin siquiera sentarte, expusiste el problema, luego de esparcir sobre la madera unos cuantos papeles. A cada rato tu mirada se deslizaba hacia el reloj con nerviosismo, como si te corrieran las prisas y necesitaras reducir la velocidad de las agujas.

La mayor parte del tiempo eras un incordio, con esas sonrisas vanidosas y las frases del mismo tenor, pero había momentos, como aquel, cuando dejabas de lado los juegos, en que parecías perdido, mareado, una peonza que gira, gira y no deja de girar.

Abrí la boca para pedirte que hablaras un poco más lento, porque esa impaciencia que mantenía tus ojos en constante movimiento y que te hacía golpear rítmicamente la lapicera contra la mesa, se te escapaba también en las palabras, que saltaban de tus labios amontonadas y revueltas.

—Lo siento, tengo que irme —dijiste de repente, enderezándote y llevándote la mano a la cabeza para comenzar a frotarte la frente, el pelo, el cuero cabelludo, indiscriminadamente. Exhalaste un largo suspiro y te apretaste el puente de la nariz antes de juntar las hojas desparramadas y marcharte a tu oficina sin más explicación, supongo que para recoger tus pertenencias.

Me dispuse a seguir con mi trabajo.

—Eva… —Te oí decir un instante después con cierta vacilación.

—¿Sí?

—El cabello suelto te sienta de maravilla.

Retomaste la marcha y te alejaste por el corredor.

¿Recuerdas que dije que había empezado a distinguirlo? El tono. El minúsculo cambio. La verdad y la mentira en tu voz.

No había rastro de diversión en aquel comentario.

6

SE ACABÓ EL PROBLEMA

A los siete años

Llegué del colegio con la mochila abrazada al pecho y enfilé directo al baño.

—¿Adónde vas?

La voz acerada de mi madre me detuvo a mitad de camino. Me giré en el momento exacto para verla abandonar su palco preferencial frente a la pantalla del televisor y acercarse a mí con la intención de bloquearme el paso.

—A ducharme.

Intenté pasar por su lado, pero no me lo permitió. Suspiró agobiada, como si estuviese cansada ya de «mis escenitas» y de repetirme día sí, día también el mismo discurso, procurando que, de una vez por todas, me entrara en la cabeza.

—No hay tiempo —zanjó, tomándome por los hombros y empujándome hacia la cocina—. Tienes que almorzar para irte con tu padre.

—Tengo el pelo sucio —fundamenté, caminando en contra de mi voluntad y tomando asiento en la silla plástica, frente a un tazón de sopa a medio llenar—. Me pica la cabeza.

Había pasado toda la mañana rascándome y la maestra había tenido que interrumpir la clase para atarme el cabello en una cola porque lo llevaba demasiado desaliñado. Luego me había pedido el cuaderno de comunicados y había escrito una nota por la que, seguramente, me caería encima una buena bronca. A mis padres no les gustaba recibir notificaciones. No les gustaba nada que les demandara atención, tiempo y que tuviera que ver conmigo.

—Tienes piojos —bufó, retrocediendo unos pasos para tomar distancia, sin disimular la aversión que se le impregnó, como una máscara entallada, a la piel de la cara.

«Pulgosa», resonó con fuerza en mi mente y el eco de las risas me pinchó la carne. «Piojosa», se acopló otra voz, y sentí sobre mí los dedos apuntándome.

—¡Qué raro! —escupió mi madre con ironía—. Tú siempre trayendo problemas a esta casa, parece que disfrutas jodiéndonos la vida a tu padre y a mí. —Continuó leyendo el mensaje escrito por la maestra y, al terminar, cerró el cuaderno y lo tiró sin cuidado sobre la mesa—. Con lo bien que estábamos solos… —masculló por lo bajo.

—¿Puedo ir a ducharme ya? —insistí, omitiendo todas aquellas palabras dañinas que parecía tener siempre listas, en la punta de la lengua, para regalarme. Había logrado quitarme el apetito y lo único que deseaba era meterme bajo el agua para calmar la picazón y dejar de sentirme sucia.

Había tenido un día particularmente difícil en la escuela y no me apetecía nada empeorarlo.

—¿No piensas comer? —Enarcó una ceja y me miró. No respondí. Hice el amago de levantarme, pero me frenó alzando la palma—. Quédate quieta. —Sus ojos no me dieron derecho a réplica y la oí alejarse para regresar, segundos después, con un cepillo en la mano.

—No quiero que me cepilles el pelo —me quejé cuando sacó el elástico que lo mantenía recogido y comenzó a tironearme sin delicadeza—. Está sucio, quiero ducharme —pedí por tercera vez, apartándome de sus manos.

—¡Quédate quieta, te dije! No hay tiempo para baños, tu padre debe estar por llegar y yo no tengo todo el día para ocuparme de tus caprichos —renegó, dándome otro tirón—. Si te comportaras como una niña normal en lugar de revolcarte como un cerdo sobre la arena en los recreos, no tendrías este nido de pájaros asqueroso en la cabeza.

No era mi culpa; no lo era, aunque ella dijera lo contrario. Me pasaba los recreos dentro del aula o en un rincón apartado del patio, terminando las tareas que no había podido completar en clase. Ni siquiera me acercaba al espacio de juegos porque allí no era bienvenida; pero no me importaba, porque prefería no atrasarme con las actividades escolares a perder el tiempo junto a otros niños.

—¿Cómo puede ser que tengas semejantes nudos? —prosiguió, perdiendo los nervios, cuando las cerdas del cepillo quedaron enganchadas entre la maraña de hebras, comenzando a forcejear con demasiado ímpetu para liberar el objeto.

—Me duele, ¡me estás lastimando! —chillé sin poder controlarlo, llevándome la mano a la cabeza que, con cada tirón, se inclinaba un poco más hacia atrás.

—Te aguantas —rebatió con sequedad, sin cesar en su empeño y sin alzar un ápice el volumen de su voz.

—Me duele, mamá —pedí, conteniendo las lágrimas. Sentía los pinchazos en el cuero cabelludo y cómo su escasa paciencia iba desapareciendo cada vez que jalaba y se llevaba consigo mechones enteros de mi pelo rubio—. Basta —supliqué con un hilo de voz, maldiciéndome internamente por no haber guardado silencio, cogido la cuchara y tomado la sopa.

—¿Basta? —replicó, con ese tono en apariencia calmado que me erizaba el vello de punta a punta porque sabía lo que escondía debajo—. Perfecto, basta.

Oí el cajón abrirse, el tintineo de los cubiertos y, luego, el sonido de unas tijeras al rebanarme el cabello. Sentí el filo rozarme la nuca y cerrarse sobre mis hebras hasta desprenderlas, haciéndolas caer a mis pies.

—¡Listo! Se acabó el problema. No más piojos, no más nudos.

No pude reaccionar. No conseguí responder. Solo pude llorar.

7

VACIAR LA CABEZA DE PREOCUPACIONES

Ciro

La salida de mi abuela de la clínica fue… no sé siquiera cómo describirla. Creo que no quedó un solo médico sin pasar por la habitación para despedirse de ella. Incluso vino parte del personal de limpieza y una joven del área de administración se acercó a agradecer por el «espectacular ramo de flores», textuales palabras, que le había preparado para la boda de su hermana. Evidentemente, mi abuela había hecho algo más que reposo durante su estadía.

Ya he mencionado que quedarse quieta no está entre sus virtudes. Ella no puede disfrutar de un buen libro y una bebida helada bajo el sol de primavera o, yo qué sé, pintar mándalas durante horas, no. La mujer tiene que andar de aquí para allá todo el maldito día. Moviendo muebles, cocinando, podando el césped, trasplantando plantas, lo mismo da; cualquier actividad es buena con tal de mantenerse ocupada. «Ya tendré tiempo para descansar el día que me muera» es una de sus frases favoritas y la primera que soltó al llegar a casa en silla de ruedas, con la pierna derecha escayolada, luego de haber sido arrollada por una motocicleta e intervenida quirúrgicamente debido a una fractura de tibia y peroné, mientras pretendía coger los ingredientes de la nevera para comenzar a preparar la cena. Mal empezábamos. Bastante me costaba ya controlar a un niño como para, encima, ahora tener que lidiar con dos.

Aquello iba a acabar conmigo, estaba seguro. Y yo que pensaba que su regreso traería algo de calma al hogar; que su presencia funcionaría como amortiguador en mi relación con Santiago, evitando los choques constantes. Iluso de mí. El chiquillo seguía con sus motines y caras largas y la señora de la casa no había hecho más que atravesar la puerta y ya estaba demostrándome que no sería una paciente fácil. No es que me pusiera las cosas difíciles

adrede; sabía que en el fondo su intención era ayudarme, quitarme tareas de encima para que no tuviese que ocuparme de todo. Pero la realidad era que ahora su deber consistía exclusivamente en descansar, tomar la medicación en el horario convenido, asistir a las citas programadas y respetar a rajatabla las indicaciones de los profesionales.

A joderse. Tendría que olvidarse por una temporada de esa floristería tan mona en la que trabajaba a media jornada desde hacía años y quedarse mirando el techo y dejándose cuidar. Era lo que tocaba si pretendía curarse pronto y recobrar su tan ansiada autonomía.

Los primeros días siendo tres bajo el mismo techo fueron algo caóticos. Miento… el «algo» sobra por completo. Fueron caóticos a secas. Desorganizados. Un perfecto desastre.

Mi abuela estaba contenta de tenerme allí, pero se sentía una inútil y no paraba de despotricar contra la vida sedentaria, los conductores imprudentes, el enloquecido tránsito porteño y los médicos que, según ella, eran todos unos exagerados.

Mi hermano odiaba que estuviera allí, no perdía oportunidad de recordármelo con la mirada asesina, los portazos, la indiferencia, el tono áspero en cada condenada contestación y la bendita desobediencia. Se las ingeniaba cada día para encontrar nuevas formas de hacerme llegar el mensaje.

Y yo…, yo quería darme a la fuga cada cinco minutos. Poner la manida excusa de salir a comprar cigarrillos, aunque no fumase, y no regresar. Quería mi libertad de vuelta y, en cambio, tenía un cuadro bien detallado de actividades y horarios pegado a la puerta del refrigerador.

A eso se había reducido mi vida. Y, para colmo, notaba que me estaba costando más de lo normal adaptarme al trabajo en La Cala. Si soy sincero, el problema no era la labor en sí; era yo, que no lograba organizarme. Tenía demasiadas cosas en la cabeza de las que estar pendiente y, por lo tanto, se me hacía difícil concentrarme en lo que hasta hacía poco ejecutaba con total fluidez.

Procuraba ser veloz y avanzar con las tareas durante las horas que pasaba en la agencia porque, si había algo que odiaba, era

acumular pendientes, pero, me gustase o no, no tenía libertad de movimiento, dependía de agendas ajenas. Tenía un crío al que recoger cada día a una hora fija y un hogar del que ocuparme, por lo que cualquier asunto laboral incompleto debía aguardar hasta la noche para ser retomado. Llevarme trabajo a casa estaba convirtiéndose en algo habitual. Dormir poco también.

Me refregué los ojos, cansado, y apagué el ordenador; ya era tiempo de ir a la cama. Enjuagué la taza de café y la guardé en la alacena antes de enfilar hacia la habitación. Por fortuna, la casa era de una sola planta, espaciosa, sin desniveles ni escalones, y el pasillo que conducía a los dormitorios tenía la amplitud suficiente como para que Sandra pudiera desplazarse sin problemas de una estancia a la otra.

Me detuve frente a su puerta entreabierta y le eché un vistazo. Dormía a pierna suelta y había dejado la luz de noche encendida. Los frascos de pastillas, un cóctel de analgésicos, anticoagulantes y protectores gástricos, reposaban sobre la mesilla. Le rellené el vaso con agua para que no tuviera que levantarse de madrugada, abandoné un beso en su frente y apagué el velador. Luego me dirigí al cuarto de Santi, que también descansaba abrazado a su inseparable conejo.

Así, calladito y con los ojos cerrados, hasta parecía un angelito. Pensé en acercarme y hacer exactamente lo mismo que acababa de hacer con mi abuela: darle el beso de las buenas noches y cubrir su pequeño cuerpo con la manta. Pero preferí no tentar a la suerte, por lo que lo contemplé unos segundos desde la distancia y finalmente me alejé.

Entrar en mi dormitorio era como introducirme en una cápsula del tiempo y viajar directo a la adolescencia. Casi que podía ver al muchacho que se quemaba las pestañas estudiando durante el día y por las noches fantaseaba con salir de una vez al mundo, con descubrir todas las maravillas que este tenía para ofrecerle. El chaval con las hormonas efervescentes y unas ansias locas por devorar experiencias.

Todo estaba tal cual lo había dejado antes de comenzar a rodar por los cuatro puntos cardinales. A mi madre no se le había ocurrido

montar allí un gimnasio luego de mi partida o guardar mis pertenencias en la baulera y transformar el sitio en una provechosa biblioteca. No. Lo había mantenido sin modificaciones para que yo tuviera un lugar al que siempre regresar, un lugar que reconocer como mío.

Programé el despertador y gruñí al comprobar que solo faltaban cinco horas para tener que levantarme y afrontar un nuevo día. El panorama se presentaba desalentador.

Me desmayé antes incluso de tocar la almohada.

***

Sonreí en cuanto puse un pie en la oficina. Ahí estabas, atravesando el espacio con una pila de carpetas que parecía pesar una tonelada y, sin embargo, tus curvas se balanceaban con la misma gracilidad que si transportaras una rosa. Era tan alta que te tapaba el torso completo y casi acariciaba tu mentón.

No me viste llegar. En realidad, creo que siempre te percatabas de mi presencia; era difícil no hacerlo. Incluso yo me daba cuenta del cambio brusco en el ambiente, como si todos los invitados a una fiesta sorpresa se hubieran callado de repente al enterarse de que el agasajado está a punto de aparecer. Se producía una mezcla extraña entre un silencio demasiado obvio y un chismorreo mal disimulado. Pero tú seguías con lo tuyo sin siquiera desviar la mirada. Y si la montaña no va a Mahoma, entonces…

—Deja que te ayude. —Te intercepté a medio camino.

—No es necesario, puedo so…

No te dejé terminar y te quité la carga de las manos.

—¿Dónde lo quieres?

—Por aquí está bien. —Señalaste la esquina izquierda de tu escritorio sin mucho entusiasmo y lo rodeaste para tomar asiento.

—¿Puedo ayudarte en algo más, Eva? —indagué con voz melosa, luego de depositar el pilón con cuidado, y alcé una ceja, sugerente. Era la misma pregunta que siempre me hacías tú, pero en esta oportunidad, era yo quien la formulaba con un tono mucho menos inocente.

Vi el esfuerzo que hacías para no poner los ojos en blanco y me choqué los cinco mentalmente.

—No, gracias, señor Ferraro, que tenga un buen día.

Se me escapó una carcajada mitad sorprendida mitad fascinada.

—¿Esa es tu manera de pedirme amablemente que me vaya? No me parece muy educado de tu parte.

—Lo siento, yo… No quería…

—¿No querías…?

Tu interno sonó justo en ese momento para darte una salida y, si bien procuraste ser discreta respondiendo en voz baja y retirándote unos centímetros hacia atrás, percibí con claridad el «Buenos días, señor Alonso» y la sonrisa suave hecha de pura amabilidad.

¿Estabas sonriendo? ¿A un puto teléfono? ¿A mí no me sonreías jamás en vivo y en directo y al idiota de contaduría le regalabas sonrisas a través de la línea? Y, desde luego, tampoco usabas conmigo aquel tono. Eras correcta, sí, cordial, pero siempre distante. Seca. Me dedicabas el trato justo y necesario, ni una palabra más.

Ya había visto a ese charlatán merodeando por tus alrededores en más de una ocasión; podía notar sus intenciones a la legua. Al menos no lo llamabas por su nombre. Todavía me resonaba el «Álvaro» de días atrás, también con sonrisa y café incluido. Si te digo la verdad, aquello me había tocado un poquitito el ego. Encontrarte en la cafetería en compañía de mi amigo, advertir lo cómoda que parecías en su presencia y hasta el modo en que te dirigías a él. Evidentemente, no utilizabas la misma vara con todos. Mi orgullo herido no se había aguantado las ganas y había tenido que soltarte el reproche incluso antes de subir al elevador, aunque en tono desenfadado, claro. ¿Por qué él podía ser «Álvaro» y yo, pese a mis insistencias, seguía siendo el «señor Ferraro»?

Tampoco había podido contener el comentario que te lancé al despedirme, porque ese día llevabas el pelo suelto y nunca te había visto con el pelo suelto hasta entonces. Siempre estaba recogido en una cola o amarrado con un broche a uno de los lados. Y te quedaba de maravilla, eso era verdad. No había sido una estrategia para arrebolarte las mejillas, como tantas otras veces, aunque hubiese logrado justamente ese efecto.

—Enseguida se lo alcanzo. —Diste por finalizada la comunicación telefónica y te volteaste hacia la estantería como si yo no estuviese allí, parado esperando… algo.

Te miré la nuca despejada. No habías vuelto a dejarlo libre desde aquel martes, eso también lo había notado. Me di media vuelta y me encerré en el despacho.

Pasé la jornada con el culo en el asiento, revisando cláusulas, pautando reuniones y escuchando las pretensiones de Vera, que no se andaba con chiquitas.

—Necesito que me consigas el obelisco y el Puente de la Mujer.

—*También* —maticé.

—Sí, claro. Los demás lugares ya los doy por descontado.

Para el lanzamiento de campaña, la mujer no solo deseaba movilizar un ejército de bailarines, actores, actrices e *influencers*, sino que pretendía montar un *show* en pleno centro porteño, concentrando todas las miradas en los puntos emblemáticos de la ciudad.

Me gustaba su forma de pensar, siempre a lo grande, y el modo apasionado de expresar sus ideas, a veces con palabras, otras veces con demostraciones a pequeña escala de lo que su profusa mente imaginaba y pretendía llevar a la realidad. Era buena. Era jodidamente buena en lo que hacía.

—Vete, anda, y déjame hacer unas llamadas.

Soltó una palmada ilusionada y regresó a su santuario creativo con una sonrisa radiante en el rostro.

Marqué tu número interno de inmediato.

—Eva, ¿puedes venir un momento a mi oficina?

No sé cuántas veces al día repetía esa secuencia. Uno, cinco, dos. Uno, cinco, dos. Uno, cinco, dos. En algunas ocasiones, te llamaba porque en verdad te necesitaba, como ahora, y en otras…, lo reconozco, por mera distracción.

¿Qué quieres que te diga? Me divertía colorearte los pómulos. Importunarte. Ver cómo intentabas conservar esa carátula de secretaria modelo, aun cuando por momentos te lo ponía difícil. Como cuando te miraba a los ojos fijamente o me aproximaba demasiado, igual que había hecho aquel día en el elevador. ¿Y sabes

por qué lo hacía? ¿Por qué continuaba haciéndolo? Porque, aunque te empeñaras en aparentar indiferencia, tu cuerpo reaccionaba.

Eran segundos, Eva. Segundos de vaciar la cabeza de preocupaciones. Segundos de sentirme yo otra vez. Un hombre soltero coqueteando con una mujer sin tener que pensar en prescripciones médicas, hospitales, turnos, tareas escolares, niños a cargo para los que eres un estorbo, listas de compras e itinerarios perfectamente programados.

—No es necesario que cierres la puerta —bromeé en cuanto te tuve delante de mi escritorio. Siempre lo hacías. Siempre cerrabas—, ¿o es que quieres quedarte a solas conmigo?

Y ahí estaba otra vez. *¡Boom!* Tu cara vestida de rojo. Tu cuerpo reaccionando. Era tan fácil…

No tenía idea, Eva. No tenía ni la más remota idea.

8

DE VENTANAS ABIERTAS Y PUERTAS TAMBIÉN ABIERTAS

A los siete años

Pasé al otro lado del muro con los ojos hinchados y las piernas temblorosas. Encontré la ventana abierta, como cada día desde aquella tarde en que había decidido tomar su mano y saltar a su balcón por primera vez. Empujé el marco entornado hasta que mi cuerpo cupo en el hueco y me adentré en la habitación. Los gritos que llegaban a través de las paredes eran inhumanos. Parecían fluir con el viento y burlar todos los obstáculos existentes entre mis oídos y ellos. Sentía que no importaba cuánto me alejara; siempre encontrarían el camino para llegar a mí.

No sé qué había desencadenado la discusión esa vez, pero no era relevante, porque cualquier razón parecía lo suficientemente buena como para desatar la guerra.

Luca se hizo a un lado y me metí bajo las sábanas, buscando un calor que se llevara las sensaciones que me hacían tiritar como si me hallase desnuda en plena tormenta. Se levantó, presuroso, y volvió a la cama con el *walkman* entre las manos. Me miró y me regaló una de sus bonitas sonrisas antes de tapar mis oídos con los auriculares para llenarlos de música. Suspiré aliviada en cuanto el sonido rítmico de la batería, ensamblado con la vibración de las cuerdas de una guitarra y las notas características de una armónica, penetraron en mi interior y me eyectaron de la realidad. Instantes después, una voz algo chillona comenzó a cantar letras sobre el desamor, corazones lastimados y miradas grises que escupían dolor.

Lo miré a los ojos y articulé un «gracias» silencioso antes de dejarme arrastrar por el sueño. Desperté en medio de la noche y tardé unos segundos en adaptarme al discreto haz de luz que emanaba de la lámpara de escritorio. Luca le había colocado una

camiseta encima para atenuar su intensidad. Sabía que no me gustaba la oscuridad total. No la soportaba. Sentía que avivaba los fantasmas que habitaban en mi interior y recrudecía los miedos hasta convertirlos en monstruos gigantescos capaces de acabar conmigo.

Me quité los auriculares y noté el cuerpo de Luca cambiar de posición. Alzó los párpados despacio y bostezó mientras sus ojos se encontraban con los míos en la penumbra.

—¿Mejor? —Indagó con la voz un tanto ronca por el sueño. Cogió el reproductor portátil, que yacía sobre las sábanas, y lo apoyó en el suelo.

—Un poco —respondí, masajeándome con disimulo el estómago —. ¿Qué hora es? —Me incorporé de golpe y los nervios comenzaron a punzarme las tripas. No podía llegar tarde. No podía…

Busqué el reloj con la mirada, pero la escasa iluminación no me permitió distinguir las agujas.

—Tranquila, es temprano todavía. —Su voz me calmó y sus dedos engancharon un mechón de mi pelo corto para colocarlo detrás de la oreja.

Seguía sin acostumbrarme a ese nuevo peinado, a llevar los hombros despejados y que el viento me lamiese la nuca con cada soplido. Amaba mi melena larga, que las hebras rubias me acariciasen la cintura y las ondas rebeldes saltasen al son de mis movimientos. Ahora no dejaba de sentirme rara, desnuda, como si me faltase algo.

El pelo corto acentuaba mis ojos grandes y los hacía parecer enormes, desproporcionados dentro de un rostro huesudo y una piel demasiado pálida. Cada vez que chocaba con mi reflejo en un espejo, ventanal o vidriera, me entraban ganas de volver el tiempo atrás. Me reprendía por no haber sabido mantener la boca cerrada. De haberlo hecho, aún conservaría mi cabellera larga. Pero no, tuve que quejarme y hacerla enojar.

—Son solo las tres de la madrugada, podemos dormir unas cuantas horas más. —Mi panza hizo un ruido extraño que me devolvió a la realidad y desvié la vista avergonzada—. O podemos

comer algo, ¿tienes hambre? Estoy seguro de que mi mamá ha dejado guardado un postrecito para ti, de esos que tanto te gustan.

Me sonrió y, sin esperar respuesta, se dirigió de puntillas a la cocina. No se equivocaba, Claudia había dejado un plato con dos porciones de tarta de verdura y un pote de aquella mezcla de chocolate y vainilla que me hacía salivar con solo verla. Cuando regresó a la habitación y mis ojos tropezaron con la comida, el hambre le ganó la partida a la vergüenza. Había almorzado una rodaja de pan tostado untada en manteca y no había podido cenar por culpa de… de… lo mismo de siempre. Gritos, llanto, portazos y el estómago cerrado a cal y canto. Además de una nevera vacía porque «las compras no se hacen solas».

Me crucé de piernas en el piso y comencé a devorar la comida como si alguien fuera a arrebatármela de un momento a otro. No tardé ni cinco minutos en acabar incluso con las migas. Antes de continuar con el postre, miré la estantería y luego a Luca; no hizo falta que lo pidiera en voz alta. Se acercó a aquel rincón mágico, mi preferido en todo el mundo, y recorrió con el dedo índice los lomos de los libros hasta dar con el elegido. Me mostró la portada y asentí entusiasmada: *La aventura de Callum*. Amaba ese cuento. Era la historia de un niño huérfano que emprendía un viaje por todo el mundo en busca de una familia para acabar encontrándola en el punto de partida. Arrastraba consigo una maleta cargada de cacharros a los que se amarraba con fuerza porque eran su única pertenencia, pero, con el discurrir de los días y a medida que avanzaba la travesía, iba aprendiendo a deshacerse de ellos y a llenar la valija de experiencias.

Nos acomodamos uno al lado del otro sobre la cama, con la espalda apoyada en el cabecero, y mientras disfrutaba del dulce, cerré los ojos y me dejé guiar por su voz. Tenía un efecto calmante en mí, como un bálsamo que al contacto con la piel la alivia, curando sus heridas; como una parada para descansar luego de un viaje largo y agotador.

Volví a quedarme dormida y desperté antes del amanecer. Me fui sin hacer ruido después de quitarle el libro abierto del regazo a Luca y colocarlo en su sitio. Crucé a mi balcón, entré en el dormitorio y

comprobé que todo seguía tal cual lo había dejado antes de irme. Nada fuera de lugar, ningún indicio de que mis padres hubieran entrado para constatar mi presencia.

No sabía cómo sentirme. Algo en mi interior me decía que era mejor así, que debía alegrarme porque podía escabullirme por la ventana siempre que así lo deseara sin ningún tipo de inconveniente. Saltar una pequeña pared, pasar un pie, luego el otro y marcharme de un espacio al que jamás había sentido como mi casa. Pero, en el fondo, bien adentro, en un rincón carente de luz al que nadie más que yo tenía acceso, dolía. Dolía que les diese lo mismo si dormía o no bajo su techo. Dolía ser tan invisible que les resultase indiferente mi ausencia. Dolía que mi presencia no les hiciese falta.

Era triste. Pesaba ser visible únicamente al momento del estallido para luego convertirme en humo. Allí, mi existencia era indispensable. Me volvía palpable, tangible, un ser de carne y hueso sobre el que volcar la ira y las frustraciones.

Me aproximé a la puerta y asomé la cabeza por la rendija. De la habitación de mis padres escapaba una claridad artificial, un destello movedizo que dibujaba sombras alargadas y algo tenebrosas que se creaban y escurrían con igual rapidez. El televisor encendido y silenciado me permitió ver la figura de mi madre sobre la cama, descansando, tapada hasta el cuello con el acolchado. Los ronquidos de mi padre rompían el silencio imperante y sus pies descalzos y sucios sobresalían por entre la puerta abierta del baño.

Siempre había sido igual. En aquella casa no existía algo parecido a la intimidad. Todo estaba expuesto a la vista de todos en su brutal crudeza: los gritos, las discusiones, las lágrimas, los efectos del alcohol en el cuerpo, las secuelas de una noche de excesos, la desnudez, la tristeza, el miedo. Todo. Las puertas eran meros adornos, telones siempre descorridos.

No era la primera vez que hallaba a mi padre en esas condiciones, que me topaba con escenas indigeribles para una mente de siete años. Tampoco sería la última.

Tragué saliva y me acerqué despacio. Lo encontré tirado en el suelo, con la barbilla y la camiseta manchadas de vómito. Encendí la

luz del pasillo para no despertarlo, aunque seguramente no lo hubiera conseguido ni siquiera prendiendo todas las lamparillas del barrio. Humedecí una toalla, me arrodillé junto a él y comencé a higienizarlo. Quité los restos amarillentos de su rostro, cuello y torso con especial cuidado. Luego, pasé un trapo a su alrededor hasta dejar los azulejos envejecidos del piso lo más limpios posible. Quise echar un poco de desodorante de ambiente para mitigar el olor rancio concentrado en la estancia, pero el recipiente estaba vacío. Tampoco tenía perfume o algo parecido, así que tuve que conformarme con el sutil aroma a lavanda, casi imperceptible por haber sido rebajado tantas veces con agua, del limpiador de piso. Hacía frío, por lo que tomé la manta de mi cama y lo tapé como pude. Coloqué mi almohada bajo su cabeza y besé su frente con cariño. Allí acostado, dormido, relajado, sus expresiones se suavizaban. Las arrugas que solía mostrar su ceño constantemente fruncido se evaporaban y sus párpados caídos se llevaban la dureza que parecía habitar en sus ojos. Sentí pena por él. Una lástima profunda y enraizada a la piel por lo que el alcohol hacía en su cuerpo, por el hombre en que se convertía cuando este entraba en él, robándole su esencia.

Me tomó años, muchos, más de dos décadas, comprender que yo también llevaba arraigadas las costumbres de mi familia. Esas que depositaban culpas y responsabilidades en el lugar incorrecto.

Ellos me culpaban a mí. Yo culpaba a la bebida.

Era más fácil para mi cabeza infantil señalar como el villano del cuento a las botellas y las sustancias dañinas que contenían, porque la alternativa era demasiado desoladora.

Hoy, aunque duela, elijo la verdad.

9

ESA NO ES LA MANERA

Ciro

Llegué a la empresa a cualquier hora. Esa mañana había tenido que pasar por el banco y llevar a mi abuela a control. Luego, tras mucha insistencia, la había dejado en la floristería con la condición de que no hiciera el más mínimo esfuerzo. Sabía que no iba a hacerlo, pero nunca estaba de más recordárselo. Ella solo quería un poco de compañía y entretenerse charlando con los clientes y con Mara, la empleada que solía atender la tienda por las tardes, pero que, ahora, debido al accidente, se hallaba trabajando doble turno.

Tu intachable presencia detrás del escritorio fue lo primero que vi al bajar del elevador. Para ser sincero, no sé si fue lo primero que vi o lo primero que buscaron mis ojos, pero sí puedo asegurar que eras, cada día, el lugar hacia el que caminaban mis pies.

—¿Te tomas un café conmigo mientras me ayudas?

No me anduve con rodeos. Ya era tarde, había trabajo que hacer y pensaba insistir con la misma pregunta hasta que dijeras que sí. Almuerzo, café, refresco o un *snack* sobre la mesa rodeados de papeles, lo mismo daba; lo único que quería era que dejases de rechazar todas mis propuestas. Estaba empezando a tomarlo como algo personal. Y no es que quisiera pasar tiempo contigo, no, es que tenía la hombría herida. Si con Álvaro habías podido sentarte en una cafetería y compartir una infusión, ¿por qué conmigo no? Está bien, lo reconozco, el asunto se me había quedado clavado como una espinita de pescado y me tocaba bastante los huevos. Se trataba de una cuestión de principios.

—Lo siento, no puedo. Tendrá que esperar.

—¿El café? —cuestioné esperanzado.

—La ayuda.

Y menos de un minuto después, te vi coger la cartera y marcharte.

El reloj marcaba la una.

***

Los días continuaban pasando y los «no» se seguían sucediendo. Lo bueno de todo aquello era que, con cada negativa, el reto se tornaba más interesante. Lo malo —para ti— era que a insistente no me ganaba nadie. Venía de familia; ya tendrías el placer de comprobarlo.

—Toma tus cosas. Necesito que me acompañes a un almuerzo de negocios.

Había que probar con otra táctica. Si la invitación cordial no surtía efecto, entonces, era hora de quitar la diplomacia de la ecuación. Al fin y al cabo, era una exigencia laboral, no podrías eludirla.

Apenas levantaste la vista hacia mí, sin dejar de teclear en el ordenador.

—No puedo, lo lamen…

—No te estoy dando a elegir, Eva, forma parte de tu trabajo. Solo te lo estoy informando.

El ágil movimiento de tus dedos se frenó de modo súbito y ahí sí que me miraste. Sentí tus ojos descender por un pequeñísimo segundo al inicio de mi pecho, a los botones desabrochados de mi camisa, aunque regresaron con rapidez a mis pupilas. Seguramente, a tu impoluta apariencia le parecía una aberración ese tramo de piel al descubierto y que me importaran un comino las formalidades. Odio las corbatas, sí, lo reconozco. No entiendo de dónde sale esa necesidad de llevar una soga apretada al cuello. No le veo la gracia ni el atractivo estético. Gracias, pero prefiero respirar tranquilo.

—Pues, yo le informo que no voy a ir —rebatiste, sin alzar la voz, al tiempo que estirabas la mano para agarrar una carpeta delgada que te tendía Vera. Ni siquiera había reparado en su presencia.

—¿Quieres que notifique al señor Bustos que te estás negando a cumplir tus funciones?

Sí, lo sé, lo sé. El chantaje propio de un niño que amenaza con delatar a su compañera ante la maestra si no le da lo que quiere. Patético.

—*Mi jefe* —pronunciaste con calculada lentitud. Fue una forma diplomática de recalcar que yo no era tu superior y, por lo tanto, no estaba en posición de darte órdenes— sabe muy bien que entre la una y las dos no estoy disponible, pero si a usted lo deja más tranquilo… —ladeaste levemente la cabeza y te encogiste de hombros—, adelante, nadie se lo impide.

Te calzaste el bolso al hombro y te despediste con un «Hasta luego».

El reloj marcaba la una.

Me quedé en silencio saboreando otro rechazo hasta que tu amiga, que no sé por qué seguía allí, habló:

—Esa no es la manera, campeón.

No era la primera vez que me decía aquello, de hecho, me había repetido la misma frase en más de una ocasión, aunque continuaba sin entender a qué se refería.

—¿La manera de qué?

—De conquistar a la chica.

—¿Conquistar? —La mujer estaba loca—. ¿Quién habló de conquistar?

Me miró con cara de «Eres tan estúpido que deberías hacerte ver». Bueno, al menos eso es lo que yo interpreté con la vuelta entera que dieron sus ojos antes de girar sobre sus talones y echar a andar hacia la escalera.

—No tengo tiempo para esto —resopló mientras se alejaba—. Hazme caso, cambia de estrategia. —Y desapareció de mi vista.

10

SIEMPRE A LA MISMA HORA

Ciro

Con el correr de las semanas comencé a acumular misterios. ¿Adónde ibas todos los mediodías con tanta prisa? ¿Por qué no habías vuelto a dejarte el cabello suelto? ¿Había sido por culpa de mi comentario o era pura casualidad? De todas maneras, era una lástima; las ondas que dibujaba tu melena larga eran una puta preciosidad. ¿Y qué contenía aquel cuaderno con el que te había visto en más de una ocasión? Sí, ese… el de los colores pasteles y un cordón montañoso con los picos nevados decorando la cubierta. No podía determinar si aquel paisaje pertenecía a una fotografía o si se trataba de un dibujo reproducido con fidelidad porque, en cuanto me veías aparecer, lo relegabas con rapidez al segundo cajón de tu escritorio. Tampoco lograba adivinar qué anotabas con tanto esmero, aunque debía ser algo importante y que te provocaba cierto entusiasmo, pues, mientras el bolígrafo bailaba sobre el papel, los extremos de tus labios se mantenían doblados ligeramente hacia arriba. Siempre. Sin variantes.

Demasiada intriga, ¿no te parece? ¿Y qué hace una persona con tantos enigmas? Exacto. Procura resolverlos.

Te seguí, sí. No me pude contener. Dicen que la curiosidad mató al gato, pero yo necesitaba saber qué escondías. ¿Por qué el horario de almuerzo era inamovible? ¿Por qué no podías saltártelo siquiera un solo día? ¿Era una excusa para perderme de vista o en verdad tenías algo tan importante que hacer en esos sesenta minutos? Otra mujer en tu lugar habría deshecho sus planes con tal de quedarse a solas conmigo en mi despacho, pero, claro, tú no. Tú cogías la cartera del perchero y salías escopetada siempre a la misma hora. ¿Y qué demonios llevabas dentro de aquella bolsa plateada que te colgabas a la altura del codo y aferrabas con celo?

Caminé a una distancia prudencial sin quitarte los ojos de encima y me refugié al interior de una heladería cuando te vi detenerte en la esquina. Aproveché para escudriñarte a través de la vidriera; llevabas una blusa color crema, que se adaptaba de manera exquisita al contorno de tus pechos, y una falda a rayas, que terminaba justo por encima de las rodillas. Una hebilla en forma de trébol recogía varios mechones de tus dorados cabellos a uno de los lados. Antes de que el semáforo te permitiese reanudar el paso, ojeaste el reloj y cambiaste el peso del cuerpo de un pie a otro, señal inequívoca de que tenías prisa.

A cada segundo que pasaba estaba más intrigado. ¿Tenías novio? ¿Era eso lo que ocultabas? O, mejor aún, ¿un amante? No te imaginaba corriendo para echar un polvo rápido al mediodía, pero ¿quién sabe? Las apariencias engañan, ¿no?

La tuya lo hacía.

Tus piernas se bambolearon cuando te pusiste otra vez en marcha y admiré la elegancia natural que destilabas sin siquiera esforzarte, incluso al andar sobre esas agujas finísimas en calles empedradas. Reemprendí mi labor de agente secreto y, dos manzanas después, tu mano se alzó en el aire en un saludo al que le siguió una sincera sonrisa. Tu acompañante, un sujeto alto y delgado al que no logré verle la cara, se acopló pronto a tu ritmo y, tras un instante de deliberación, pareció decantarse por un restaurante italiano emplazado en la acera de enfrente.

¿Lo dudé? No. Crucé como un rayo y me adentré en el local, que era más amplio de lo que por fuera aparentaba. Los localicé enseguida en una mesa retirada que, gracias a su ubicación, confería cierta intimidad.

Estabas colgando el bolso en el respaldo de la silla cuando me sentiste aterrizar a tu lado. Creí que te daría un infarto porque te agarraste el pecho y emitiste un gemido ronco que, contra todo pronóstico, me excitó.

—Pero ¿qué haces aquí? ¿Estás loco?

Saqué a relucir mi sonrisa gamberra. Empezaba el juego.

—Veo que te has olvidado las formalidades en la oficina.

—¡Y tú te has olvidado los modales! —replicaste, aún aturdida por mi presencia—. No, cierto, ni siquiera sabes lo que es eso.

—¿Ahora me tuteas? —Apoyé los codos sobre la mesa y el mentón en el dorso de mis manos entrelazadas. Empiné la ceja, desafiante.

—Yo no te… —Tomaste aire para tranquilizarte, lástima que a mí me gustara tanto verte perder los papeles. Las aletas de la nariz se te dilataron de una manera adorable—. ¿Qué hace aquí, señor Ferraro? Por si no lo ha notado, estoy acompañada.

Chasqueé la lengua.

—Tienes razón, disculpa, qué descortés de mi parte. —Me giré hacia el hombre con la mano tendida—. Buenos días, soy Ciro Ferraro. ¿Y tú eres?

Me observaste con la boca abierta por mi descaro.

—Enzo —tartamudeó el aludido.

Tenía unos ojos grises muy grandes y la mirada envejecida, como si hubiese vivido mucha vida. Y pese a la estatura —debía de medir un metro ochenta aproximadamente— y la piel cuarteada, subsistían en su rostro unas líneas infantiles, unos hilos de inocencia, que no me permitían dictaminar su edad con exactitud.

—¡Esto es increíble! —protestaste por lo bajo y te echaste malhumorada hacia atrás, con los brazos cruzados.

—Eva, no seas grosera —te regañé con fingida seriedad—, deja al chico continuar. —Tus ojos me dispararon dagas letales, pero yo me estaba divirtiendo como nunca haciéndote refunfuñar—. ¿Decías? —Volví a volcar mi atención en él.

—Me llamo Enzo —repitió, sin añadir ningún dato, y estrechó mi mano, aunque con cierto recelo. Su tacto rugoso, duro inclusive, me recordó al papel de lija.

—Bien. Ahora que ya nos conocemos todos, cuéntame…, ¿qué relación tienes con Eva?

—¡Pero qué desvergonzado eres! —chillaste indignada y tuve que reprimir una sonrisa.

—¿Hermano? —Te ignoré adrede.

Despegaste la espalda del respaldo y te inclinaste hacia él.

—No tienes que respon…

—¿Hijo? —Arriesgué, sin darte tiempo a terminar.

—¡¿Hijo?! ¿Cuántos años crees que tengo?

Tu nivel de irritación trepó unos escalones.

—¿Novio? ¿Pretendiente? ¿Amigo con derechos? —Escupías fuego por las pupilas—. Se me acaban las opciones, mujer, aunque… ahora que lo miro bien, ¿no crees que es demasiado joven para ti? —Se te desencajó la mandíbula—. Dime, Enzo, ¿qué edad tienes? —El chaval contemplaba el intercambio con cara alucinada.

—¡Tú no estás bien de la cabeza!

Te imaginé saltando sobre mi cuello y apretándolo con brío.

—Relájate un poco, Eva, te saldrán arrugas si sigues frunciendo el ceño de esa manera.

—Pero ¿qué…?

—Buenos días. —El camarero hizo su entrada con un bolígrafo y una libreta espiralada entre las manos—. ¿Ya saben qué van a ordenar?

Cogí el menú, que descansaba sobre el mantel a cuadros rojos y blancos, y le eché una ojeada rápida.

—Sí, yo quiero…

—El señor se va —te apuraste a recalcar.

—El señor se queda —rebatí, sin levantar la vista del listado de opciones.

—Solo está bromeando —insististe.

—¡Oh, no! Hablo muy en serio.

—Puedo volver más tarde, si lo desean —ofreció el hombre, procurando salir del apuro.

—No es necesario —zanjé—. Yo quiero los espaguetis a la carbonara y una copa de vino tinto. ¿Tú, Enzo?

El chico continuaba confuso, pero, aun así, logró balbucear el plato y la bebida elegidos.

—Señorita…

Tres pares de ojos volaron hacia ti.

—Esto es increíble —bufaste, derrotada, al ver que no me movería de allí. Esbocé una pequeña sonrisa triunfal y agité los dedos contra la mesa en señal de impaciencia—. El *risotto* —ordenaste finalmente— y un jugo de naranja.

Me permití estirar un poco más lo labios al advertir que, esta vez, no te resultaría tan fácil librarte de mí. Cuando el camarero se alejó con el pedido apuntado, te apremié con la mirada y volví al ataque:

—¿En qué estábamos? Ah, sí, números —recordé—. Dime que al menos supera los veinte.

Algo en tu rostro me dijo que ya habías aguantado suficientes tonterías y me invitó a cerrar la boca. Me contemplaste un par de segundos con una seriedad que desconocía, diferente a la que utilizabas dentro de los límites de la empresa, y luego dejaste caer los ojos sobre el tercer ocupante de aquella mesa.

—Enzo, ve sacando los apuntes, ¿quieres? —Tu voz, dulce como el caramelo derretido, se tornó firme de golpe al dirigirse a mí—. Si piensas quedarte, guarda silencio y compórtate, porque tenemos mucho para hacer y el tiempo no nos sobra.

Estudiar. Estudiar era lo que hacían en esa escasa hora entre bocados de pasta y sorbos de gaseosa. Con el tiempo descubriría que llevabas más de cuatro años acudiendo puntualmente a esa cita, que tu grado de compromiso era igual o mayor que el que destinabas al trabajo y que, si por algún percance o imprevisto no conseguías asistir, Vera te reemplazaba. Enzo tenía cada día un plato de comida asegurado, el que él escogiera, en el sitio que él seleccionara, pero, a cambio, no debía abandonar sus estudios. Descubriría también que muchos años atrás, alguien había hecho algo similar por ti, y cada vez que pensabas en ello, la emoción te embargaba.

Pero entonces ignoraba todas esas cosas y solo fui capaz de recolectar unos limitados detalles. Como las manos del chico, igual de ajadas y maltratadas que su tez. Eran manos que hablaban de esfuerzo, sacrificio y trabajo duro. Como el modo voraz de engullir los alimentos, de exterminar hasta el último rastro de salsa de la vajilla. Me pareció reconocer un indicio de aquello también en ti, aunque más aplacado, como si esa apetencia desenfrenada se hubiera amansado con los años. Como la paciencia con la que le explicabas, las veces que hiciera falta, las ecuaciones y funciones logarítmicas apuntadas en su cuaderno. Por los contenidos que

estaban analizando, deduje que Enzo debía de tener diecisiete años, tal vez dieciocho, si había repetido algún curso.

—¿Puedo enseñarte un truco? —insinué al ver que se ponía nervioso ante un problema que se le resistía.

Era la primera acotación que me atrevía a hacer desde que el muchacho había desplegado el material de estudio sobre la mesa. No quería importunarlos; ya bastante estúpido e inmaduro me sentía luego de imponerles mi presencia y comportarme de manera pueril, por lo que me había limitado a comer en silencio. Pero las matemáticas me gustaban, se me daban bien y, a lo mejor, ya que seguía allí y no me habías pegado una patada en el culo —todavía—, podía ser de ayuda.

—Míralo de esta manera…

Cogí un lápiz, aparté la copa y el plato vacío, y me explayé lo mejor que pude. Mantuve la vista clavada en las hojas por temor a encontrar en tus ojos una reprimenda por meterme en asuntos que no eran de mi incumbencia, aunque podía sentirlos sobre mí.

—Elige postre, Enzo —te oí decir cuando logró resolver el ejercicio final—. Hoy corre por su cuenta. —Cabeceaste en mi dirección y sonreí. Me lo merecía.

Cuando salimos del establecimiento, la barriga me pesaba y tenía unas ganas tremendas de echarme a dormir una siesta. El sol se escondía detrás de unas nubes pasajeras, cubriendo momentáneamente de sombra las aceras. Me despedí del joven, que se quedó apostado a tu lado a la espera de… algo.

Tú lo miraste como si no supieses de qué iba la cosa, aunque un ligero temblor en los labios te dejó en evidencia.

—¿Qué me has traído hoy? —consultó, al cabo de unos segundos, sobrepasado por la ansiedad.

—A ver…

La bolsa plateada entró en juego. Al fin iba a saber lo que ocultaba la bendita bolsa en su interior. Sacaste un táper lleno y se lo tendiste, al tiempo que él te entregaba uno vacío. Lo abrió por uno de los extremos para espiar el contenido y la sonrisa fue automática.

—¡Brownies de limón! —exclamó con la mirada encendida. El gris opaco de sus iris refulgió como el chispazo de una cerilla al intentar iniciar un fuego.

Fue extraño, pero por unos cortos segundos, todo lo que lo hacía ver mayor se desvaneció, para dejar al aire al adolescente que en verdad era. No se había alejado más de tres pasos cuando ya desgarraba un pedazo del dulce con los dientes.

—¡Te veré mañana! —gritaste, jovial, antes de darte media vuelta. Él respondió con un alzamiento de brazo, debido a que tenía la boca llena.

Emprendimos el camino de regreso a La Cala en un completo mutismo que, aunque me resultó agradable, no tardé en romper. Ya sabes… mis ganas de obtener respuestas.

—Conque esto es lo que haces todos los mediodías. —Busqué conversación. Continuaste avanzando en silencio—. ¿Eres maestra o algo así? —Probé suerte una vez más. Me miraste de reojo y, de inmediato, devolviste la vista al frente. Tardaste un rato en responder.

—No, no lo soy.

—¿Y por qué lo haces entonces?

—¿Y por qué no? —alegaste con tono agrio.

Te habías puesto a la defensiva otra puñetera vez. Como siempre. Me había excedido, lo reconozco, pero ¿cómo podía ser tan difícil sacarte una serie de palabras?

Luego lo entendería, Eva… Entendería por qué te aferrabas con celo al silencio.

—Tenía curiosidad, ¿de acuerdo? —admití—. No te enfades conmigo.

Estaba acostumbrado a que te comportases de manera esquiva, incluso a tu indiferencia, pero por algún motivo, oír algo similar al disgusto en tu voz y saber que la causa era yo me hacía sentir fatal.

—No te enfades, por favor —insistí.

Tus tacones dejaron de sonar como martillazos contra el asfalto para frenar y voltearse hacia mí.

—De acuerdo.

—¿De acuerdo? —reproduje con demasiada exaltación. ¿Así de fácil se te pasaba el enojo luego de que te siguiera por la calle, me negara a abandonar un almuerzo al que nadie me había invitado y montara un espectáculo delante de tu acompañante?

—De acuerdo. —Reanudaste la marcha.

Lo tomé como lo que probablemente no era: una oportunidad para seguir indagando.

—Parece un buen chico.

—Lo es.

—¿Puedo preguntar cómo lo conociste?

Farfullaste una especie de gruñido.

—Si digo que no, ¿me dejará disfrutar el resto del trayecto en silencio?

—Probablemente no —me sinceré.

Esta vez, el bufido vino precedido por unos ojos en blanco. Creí que no contestarías porque ya se avistaba a lo lejos el cristal azulado característico de la empresa y podrías librarte de mí, como tenías por costumbre hacer, escondiéndote tras la montaña de carpetas que siempre reposaban sobre uno de los márgenes de tu escritorio. Pero lo hiciste.

—Robó mi cartera.

Ahora quien se detuvo de manera súbita fui yo.

—¿Robó tu cartera y aun así lo ayudas?

Me miraste con expresión solemne. Con cierta gravedad, tal vez.

—A veces, las personas se ven obligadas a hacer cosas que no desean por necesidad, ¿sabes? El mundo, para algunos, no es un lugar sencillo.

Si hubiera prestado atención me habría dado cuenta de que no solo hablabas de él, de que detrás de tus actos y tus respuestas sucintas había una historia… mucha historia. Demasiada historia.

11

UNA LLAMA QUE NO DEJA DE INSISTIR

A los ocho años

—¿Ya te vas? ¿Qué hora es?

La voz cavernosa de Luca, ahogada por el sueño, me hizo girar el rostro en su dirección. No había forma, por más sigilosa que intentara ser, casi siempre acababa despertándolo. Eran contadas las ocasiones en que podía escurrirme de su habitación sin interrumpir su sueño. Me movía despacio sobre el colchón hasta que mis pies hacían contacto con el suelo y luego caminaba en puntillas conteniendo la respiración, pero, la mayoría de las veces, antes de que mis manos alcanzasen el marco de la ventana, sentía su cuerpo desperezándose a mi espalda, un sonoro bostezo o su voz adormilada diciéndome que todavía era temprano para marcharme.

—Son apenas las seis —dijo, estirando los brazos sobre su cabeza —, todavía es temprano.

Apoyé mi palma en la pared y sonreí. Lo conocía tanto…

—Sigue durmiendo —lo insté y me volteé hacia el ventanal para proseguir mi camino—, tengo que irme.

—¡Espera! —Su mano atrapó con delicadeza mi muñeca cuando ya tenía un pie en el balcón y tiró suavemente hasta lograr que me volviese. La marca de la almohada le cruzaba el cachete derecho y sus ojos buscaban los míos con la pregunta contenida en el marrón intenso de sus iris—. En tres días es mi cumpleaños, quiero que vengas.

Desvié la mirada y negué. ¿Por qué lo hacía? ¿Por qué insistía si ya sabía la respuesta?

—Sabes que no puedo. —Quise soltarme de su amarre, pero no me lo permitió.

—Pero, Ev…

Sostuvo la súplica en la punta de la lengua y aunque ponía empeño en aferrar las palabras dentro para no soltarlas, podía leerlas perfectamente. El reproche, la decepción, la frustración; todas las mismas emociones que me atenazaban a mí, con las que lidiaba día a día, se coagulaban en su gesto contraído.

—Pero ¿qué, Luca? —bramé, llena de impotencia.

Me hacía daño no poder darle una respuesta distinta, no ser capaz de alterar las circunstancias que regían mi vida y tener que adaptarme a una realidad que dolía siempre pero que, en situaciones particulares como aquella, como el cumpleaños del único amigo que tenía, escocían aún más.

—Es solo una tarde… —Finalmente lo dejó salir. Aquello que le taponaba la garganta y que pugnaba por ser pronunciado.

Luca entendía mejor que nadie mi situación. Sabía cómo era mi vida, lo que acontecía en ella y cómo transcurrían mis días. Era paciente, no solía hacer preguntas y cuidaba de mí sin agobiarme. Me prestaba su espacio, su compañía y respetaba mis silencios del mismo modo en que me llenaba de palabras o de música cuando lo que necesitaba era acallar mi mente y los pensamientos que allí se desataban. Él era la mano tendida, el refugio, la sonrisa reconfortante luego de la tormenta, la mirada que devolvía la humanidad al cuerpo. Esa por la que dejaba de ser objeto para volver a ser persona; un corazón que late y siente y no solo el reservorio de fracasos y hostilidades ajenas. Él solía entender y aceptar, pero, en ocasiones, en contadas ocasiones como aquella, se frustraba, estallaba y sacaba a la luz lo que reprimía el resto del año. Yo sabía que, en realidad, no estaba enfadado conmigo sino con la situación y la imposibilidad de modificarla, aunque también sabía que, en el fondo, bien lejos de la superficie, su cabeza tan solo dos años mayor que la mía, pensaba que la niña que tenía frente a él podía hacer «algo más» para cambiar ese estado de cosas.

Ahora, con la experiencia que me han dado los años y la claridad que otorga la distancia, puedo verlos. Los pequeños actos de rebeldía. Minúsculos, tal vez fugaces, incluso inútiles, porque obtenían como resultado más gritos, más llanto, más malestar. Pero estaban ahí. Me brotaban del pecho como una chispa encendida que

busca transformarse en fuego, en incendio. Una llama que no deja de insistir, que lucha por no apagarse, que se rebela contra aquellos que se afanan por hacerla desaparecer.

—Una única tarde —insistió y su voz salió envuelta en un ruego que me atravesó la piel—, ¿no puedes…?

—No —lo corté y me zafé de su agarre, o fue él quien quitó sus dedos de mi piel, derrotado, no lo sé. Vi cómo la desilusión se apoderaba de sus facciones y la tristeza acaparaba sus ojos. Deseaba con toda mi alma poder darle una respuesta diferente, pero no…, no era posible—. No puedo —repetí en un susurro, porque me dolía más a mí que a él fallarle cuando él me daba tanto—. Pero por la noche vendré a saludarte —anuncié ilusionada, esbozando una sonrisa pequeña que no me devolvió.

Me fui de allí con las lágrimas nublándome la mirada.

***

—Papá…

Hacía dos días que los nervios me pateaban el estómago. Dos días en los que no había dejado de ensayar en mi mente el mejor modo de abordar la conversación. Cuarenta y ocho horas en las que no había podido concentrarme en la escuela y en las que evité cruzar a su balcón, porque de solo pensar en volver a toparme con su rostro apenado y cubierto por láminas de desencanto por mi culpa, me moría de angustia.

Desde que salí de casa de Luca aquella noche, no hice otra cosa más que pensar, dar vueltas y vueltas sobre lo mismo e incrementar el enfado que se erguía impiadoso en mi interior. No quería resignarme; sabía cuál sería la respuesta y, aun así, me negaba a aceptarla. Quería ser una niña normal por una vez en la vida, ¿por qué tenía que ser todo tan difícil?

Mi padre me miró sin siquiera verme y me dedicó un levantamiento de barbilla que interpreté como la señal para empezar a hablar. Había comenzado a anochecer y un viento fresco levantaba las hojas secas de aquella esquina que ya era mi segunda casa —igual de destemplada y cruda que la primera— y jugaba a hacer

remolinos con ellas. Expulsé el aire con fuerza y trencé los dedos de mis manos, procurando esconder de su vista los temblores que parecían no tener intención de ceder. No quería que viera lo que provocaba en mi cuerpo, pero tampoco podía controlarlo. Me excedía. Estaba inquieta, agitada, por lo que inhalé y lo solté de una vez.

—Mañana… —La voz me salió cuarteada, como si le faltasen unos cuantos ingredientes para terminar de formarse. Tosí, aclarándome la garganta, y lo intenté una vez más—. Mañana me han invitado a un cumpleaños.

Me retorcí las manos, nerviosa, y bajé la mirada a mis pies. Volví a alzarla justo a tiempo para ver su indiferencia. Sus ojos vagaban por cualquier parte, excepto por mi rostro.

—Es por la tarde —articulé, expectante y esperanzada.

—No.

Dos letras y el agua comenzó a amontonarse detrás de mis párpados. Ilusa de mí. Qué tonta me sentí allí parada, delante de aquel hombre al que me unía la sangre y que ni siquiera era capaz de mirarme a la cara al contestarme, no por vergüenza sino por falta de interés. Qué pequeña me sentía…, qué impotente y cómo dolía.

—Sabes que no puedes —añadió con hartazgo.

—Solo son dos horas —insistí, ingenua, arañando el último resquicio de ilusión que se negaba a bajar los brazos y acatar esa negativa sin luchar primero— y después puedo…

—No me hagas repetírtelo —me cortó con dureza, levantándose del escalón en el que se hallaba sentado y que ya debía tener marcado el contorno de sus nalgas. Recogió con brusquedad su chaqueta de *jean* y el resto de los elementos situados a su alrededor y tiró de mi brazo sin ningún tipo de delicadeza para emprender el camino de vuelta a casa.

Estaba empezando a enfadarse. Notaba los signos en su mandíbula agarrotada, la agitación que le inflamaba el pecho y la rapidez de sus pasos, que apenas podía seguir. Él tenía una facilidad pasmosa para irritarse y yo, para pronunciar siempre las palabras correctas para detonarlo.

Me llevaba prácticamente a rastras, aferrando mi mano con fuerza para que no pudiera soltarme. El viento me pegaba en los ojos empañados y desviaba el rumbo de las lágrimas que habían logrado burlar las barreras de contención. Sentía la bronca crecer en mi vientre, expandirse y fusionarse con el resto de las sensaciones que habían llegado para quedarse hasta formar un engrudo pegajoso e indiferenciado. Nervios, desilusión, tristeza, impotencia, indignación, asociados con una furia que no dejaba de bullirme en la panza y que subió a mi boca con la violencia de una arcada.

—Necesito dinero, quiero comprarle un regalo —espeté de malos modos y me solté de un tirón, frenando mi marcha en medio de la acera, obligándolo a detenerse conmigo.

Ni «por favor» ni modales. Estaba cansada de no obtener nunca nada. Ya no me importaba que me viera llorar ni mostrarle el dolor que me causaba porque no podía ocultarlo. Solo deseaba conseguir algo. Si no podía asistir al festejo, al menos quería llevarle un obsequio. ¿No es eso lo que se hace en los cumpleaños?

Había visto un colgante en la tienda que quedaba frente al colegio. Una baratija, no podía aspirar a más. Pero en cuanto mis ojos se posaron en esa tira de cuero de la que pendían unas baquetas cruzadas, automáticamente la imagen de Luca apareció frente a mí. Estaba segura de que le encantaría. Imaginaba su sonrisa al verlo, esa que florecía libre y con un punto de picardía, y se contagiaba a sus pupilas, llenándolas de brillo.

Mi padre se giró para destinarme una mirada de advertencia, volver a coger mi brazo, esta vez con más firmeza, y reemprender la marcha. Estaba intentando contenerse. Su ira escalaba posiciones, pero también lo hacía la mía con cada «no» que recibía, con cada zarandeo que me hacía trastabillar porque mis pies parecían flotar sobre el suelo.

—¡Quiero comprarle un regalo! —repetí, alzando la voz. No iba a dejarlo estar. La maraña de emociones que me vibraba dentro no me lo permitía.

—No hay dinero para gastar en tonterías —sentenció y no sé si se debió a que tildara de «tontería» aquello que para mí era importante o a que, en el fondo, sabía cuál sería el destino de ese fajo de

billetes que llevaba atado con una goma en el bolsillo delantero de su pantalón, pero el caso es que exploté.

Yo nunca pedía nada, vivía llena de carencias, pero no quería volver a ver la decepción en el rostro de Luca. Quería, por una vez, ser yo quien le diera algo a él.

—¡Sí, hay! —chillé, con el sabor amargo de las lágrimas tocando mis labios. El cuerpo me ardía de rabia y rencor—. ¡Es mío! ¡Yo me lo gano!

Era evidente que no sabía lo que hacía y que quien hablaba entonces no era yo sino la ira. Tal vez porque, en aquel momento, éramos lo mismo. Si lo hubiera meditado, aunque más no fuera un solo segundo, jamás habría soltado esas palabras, me las habría tragado hasta asfixiarme con ellas, hasta empujarlas bien abajo, bien profundo, a un lugar de donde no pudieran escaparse.

Se detuvo tan súbitamente que no me dio tiempo a frenar y choqué con su espalda antes de que su mirada glacial me convirtiera en una muñeca de cera. Dejé de ser invisible; dejé de ser la nada para transformarme en el todo sobre el que verter la peor cara de sí mismo, el volquete en el cual derramar su basura interna.

Me quedé sin aliento, clavada al piso, con el miedo disparándose en mi interior, corriendo loco por mis venas, esperando ese golpe que sabía que un día llegaría porque no podría ser retenido para siempre.

—¿Qué acabas de decir? —Se acercó tanto a mi rostro inerte que, en un acto aprendido a base de repetición, retrocedí. Los hombros se me hundieron y me abracé a mí misma, como si con en ese movimiento pudiese protegerme. No podía—. ¿Tuyo? —me espetó con esa ferocidad que le secuestraba la mirada y que ya conocía demasiado—. ¿Tuyo? —Escupió una vez más, alzando el volumen de su voz—. El día que dejes de vivir bajo *mi* techo, de comer la comida que yo te pongo en el plato y de vestirte con la ropa que yo te consigo, ahí, recién ahí, vas a tener *tu* dinero para usarlo como te dé la puta gana. ¿O te crees que tener un colchón donde dormir, algo para comer y unas paredes que te protejan de la lluvia y el frío sale gratis?

«Protejan», qué desatinada elección de palabra. Si tuviese que definir la casa en la que crecí, lo último que diría es que allí me sentía protegida.

—Pendeja desagradecida, en *mi* casa no se crían vagos —prosiguió, cada vez más enfadado, con ese discurso que ya me sabía de memoria. Había crecido escuchando las mismas frases en bucle, como una canción que termina y vuelve a empezar en un círculo infinito: «En esta casa se trabaja», «en esta casa no se crían vagos» y demás variantes de la misma fórmula—. Tus caprichos me tienen hasta los huevos. —Me aferró del brazo, clavándome los dedos en la piel, y echó a andar—. Un día vas a lograr que pierda la paciencia y voy a enseñarte lo que es bueno, a ver si te dejas de idioteces y empiezas a respetar a tus mayores. Me parece que soy demasiado blando contigo…

Me evadí. Mis extremidades inferiores seguían volando al ritmo que él imponía, dejándose arrastrar casi sin tocar el suelo, procurando permanecer en pie para evitar la caída. Pero mi mente sí que cayó en picada, se fue de allí porque era mejor la sensación de vértigo al cerrar los ojos y ser succionada por el vacío que continuar en esa realidad, oyendo su voz, dejándome alcanzar por las lanzas que eran sus palabras.

Vi el colgante alejarse, como si estuviese suspendido de una cuerda imaginaria y unos brazos fuertes y musculosos tiraran de ella hacia arriba hasta retirarlo de mi alcance. Y yo elevaba mi rostro hacia esas baquetas de madera que cada vez se hacían más pequeñas, que cada vez estaban más lejos. Clavaba la mirada en ellas y estiraba mi mano para atraparlas, solo que no llegaba a hacerlo. Las plantas de mis pies se despegaban del suelo buscando ganar altura, robar centímetros, achicar la distancia, pero era inútil, la brecha entre mis dedos y ese cuero que imaginaba decorando la garganta de Luca seguía siendo demasiado grande.

Vi el colgante alejarse hasta convertirse en un punto negro diminuto para luego desaparecer. Una cosa más que me era inalcanzable. Apreté los párpados con vigor y vi su rostro desilusionado con más nitidez que si efectivamente lo tuviese

enfrente, no porque fuera a faltarle un regalo de mi parte sino porque le faltaría yo. Él me quería a su lado y yo iba a fallarle.

Abrí los ojos cuando la marcha enérgica se detuvo y las garras de mi padre soltaron mi piel; justo a tiempo para ver, entre las aguas turbias que me encharcaban la vista, la fachada de *su* casa, ese lugar que, según él, me protegía del frío y las inclemencias externas, pero que yo sentía como el sitio más gélido, solitario y ajeno sobre la faz de la Tierra.

Esa noche no crucé al otro lado del balcón, no me colé por su ventana ni busqué cobijo bajo sus sábanas. Esa noche no me resguardé entre unas paredes que sí concentraban calidez. No me lo merecía.

12

TU CAPARAZÓN Y EL MÍO

Eva

La primera vez que entré en aquel lugar fue por pura casualidad. Era mi segundo día en el puesto de secretaria y, por lo tanto, en ese piso. No llegué allí por despistada o por confundir una sala con otra. Vamos… me conoces. No necesitas que te diga que incluso antes de estrenar el cargo ya me había aprendido los nombres de los que serían mis nuevos compañeros, sabía a quién pertenecía cada oficina, dónde se ubicaba la sala de reuniones, la coqueta aunque poco utilizada cocina y hasta el baño de damas. Tenía pleno dominio del espacio —o eso pensaba— y me movía por la planta con tal naturalidad que más de uno hubiera creído que llevaba décadas ocupando aquel escritorio.

Pero esa tarde de temperatura estival se aunaron la desgracia y las prisas y, con dos botellas de *champagne* —de esos que tienen nombre y apellido francés y cuestan los dos riñones, la vejiga y el bazo— convertidas en un amasijo de vidrios y líquido desparramados por el suelo, un cliente acongojado y un jefe con cortes en cuatro de los cinco dedos de la mano izquierda, reparé en que no tenía idea de dónde se encontraba el botiquín de primeros auxilios ni la fregona para enmendar semejante estropicio. Así que me alejé por el largo corredor hacia la única puerta que no contaba con un letrero de metal grabado que indicara lo que se ocultaba en su interior. No me preguntes por qué, pero estaba convencida de que allí se ubicaba el cuarto de la limpieza. No lo era.

Cuando presioné el interruptor de la luz y el olor condensado a libros centenarios, a biblioteca longeva, me golpeó la pituitaria, aun antes de que mis ojos se adecuaran a la claridad, supe que aquel sería un rincón al que volvería con frecuencia. De repente, me sentía como si hubiese atravesado un túnel y desembocado en otra época, otro edificio, uno mucho menos moderno y armónico. Lo primero

que pensé fue que no encajaba con el resto de la empresa, como si un decorador de interiores se hubiese encargado de remodelar cada estancia al detalle, pero hubiese dejado olvidado ese reducido cuartucho que no debía medir más de tres metros de largo por dos de ancho, aunque parecía bastante más pequeño por el inmenso caos que reinaba dentro. Todo lo que yacía en su interior era viejo, estaba oxidado y cubierto por múltiples capas de polvo.

La mesa renqueante. Las estanterías antiguas, apenas capaces de soportar el peso que cargaban. Las cajas en el suelo, tan sucias que era imposible distinguir las inscripciones que llevaban en las solapas superiores. El tubo titilante y ruidoso que casi no alumbraba. Los textos… cientos de ellos, apretados sobre esas estructuras escacharradas y dispuestos sin ningún tipo de orden. Tratados antiquísimos. Hojas sueltas aquí y allá. Ejemplares amarillentos de tapas ajadas y lomos descoloridos. Carpetas decrépitas que debían contener en su seno los primeros contratos.

Daba la impresión de que nadie había entrado allí en años y eso…, eso me encantó. Así que regresé. Por la tranquilidad que me transmitía. Por la discordancia con lo que había fuera. Por lo que guardaba en sus entrañas. Pero, en especial, por ese aroma inconfundible, singular, del tiempo contenido entre portadas.

Estaba sentada sobre la mesa, tenía la cabeza gacha y mis ojos no paraban de danzar por los renglones cuando, de pronto, la puerta se abrió. Frenaste con demasiada brusquedad, confuso, no sé si por el lugar, por mí, o porque, al igual que yo en aquella primera ocasión, esperabas hallar otra cosa entre esas paredes. Hubo un instante de silencio, un intervalo mudo solo roto por el inquebrantable silbido de esa luz que, como todo lo demás en el recinto, parecía agonizar.

—Así que aquí es donde te escondes cuando encuentro tu escritorio vacío.

Ladeaste una sonrisa de esas prefabricadas a las que ya me tenías acostumbrada y cerraste la puerta. El aire pareció volverse más espeso; mi respiración, más irregular.

—Yo no me escondo —contesté, quizá demasiado deprisa.

Sí lo hacía. Constantemente, aunque no necesitaba un cubículo anticuado, una mesa ruinosa y un grupo de estanterías prehistóricas para hacerlo.

Te vi bajar la mirada a mi regazo y aferré el cuaderno con más fuerza.

—Ya veo.

Sonreíste canalla, astuto, triunfador. Te había dado demasiada información con ese apretón.

—¿Sabes? —Tus ojos se desengancharon de los míos para vagar por la estancia, acompañando a tus pies. Te movías despacio, escrutando con interés y una chispa de suspicacia todo lo que nos rodeaba—. No te pega nada este lugar.

Sentí tu voz a mi espalda. No te veía, pero el tenue rumor de tus zapatos al avanzar por el estrecho espacio libre que rodeaba la mesa, me daba una ligera idea de tu ubicación. Era apenas un pasaje angosto en el que cabía una única persona y que había que atravesar con sumo cuidado para no llevarse por delante ningún saliente y provocar un derrumbe. Podía imaginar ese verde exótico, seguramente oscurecido por la poca iluminación, revolotear como las alas inquietas de un colibrí por los estantes, el desorden, los manuales seniles, las virutas de polvo.

—Ah, ¿no? —susurré sin volver la vista, pero con el oído atento.

Me ponía nerviosa tenerte merodeando en un perímetro tan pequeño que, hasta entonces, no había compartido con nadie.

—No. No es tu estilo.

Me mordí la lengua. Me mordí la lengua uno, dos, tres…

—¿Y cuál sería mi estilo?

Se escapó. Era difícil mantener la boca cerrada contigo. Sabía que no debía entrar en tu juego, que no tenía que hacer caso a tus provocaciones porque de ese modo te salías con la tuya y *ipum!*, de cabeza a la piscina. Justo donde me querías.

Te noté más cerca, aunque, esta vez, no fueron tus pasos los que delataron esa proximidad que siempre se me antojaba excesiva, retadora, desafiante. Fue tu mirada, que me tocaba aun cuando tus manos no lo hacían, que me calentaba la nuca y se esparcía hacia abajo, hacia adentro, como el rastro de cera de una vela derretida.

La manga de tu camisa me rozó el codo de manera casi imperceptible y tuve que prepararme para lo que sabía que vendría. Otro de esos momentos incómodos que me descontrolaban las células y que a ti tanto te gustaba propiciar. Otro duelo de miradas. Otra pulla lanzada con la voz hecha de lascivia. Otra granada entre los dedos dispuesta a dinamitar mis imperiosas distancias. Tú eras experto en ese juego y yo, una novata que solo podía resistir.

Alcé el mentón cuando atisbé la punta de tus zapatos. No me equivocaba, tus presuntuosas pupilas ya aguardaban la llegada de las mías.

—Mmm… —Fingiste meditarlo—. No lo sé, algo más distinguido, sofisticado… —el tono pretendía ser burlesco, pero no lograba disfrazar la crítica que rellenaba cada adjetivo—, con clase. —Inclinaste la cabeza otro tanto y el corazón se me detuvo. Tu nariz estaba tan cerca de mi cuello que, cuando expulsaste el aire para completar tu análisis, se me revolvieron las puntas del cabello—. Todo lo que no tiene este sitio. —Permaneciste otro segundo en esa postura y volviste a alejarte para reconectar nuestros iris, calibrando el impacto de tus calculados movimientos.

Mantuve a raya mis músculos faciales para no dejar al descubierto el escozor que me produjo confirmar lo que ya sospechaba. Te habías formado una imagen de quién era yo basándote pura y exclusivamente en mi apariencia, en un conjunto de elementos estéticos.

Así era cómo me veías: una cáscara intacta, inmaculada; un exterior sin contenido. Probablemente, así era cómo me veían muchos ojos analfabetos, esos que, con solo mirar el empaque, creen conocer lo que encierra dentro, o los que en base a la portada se figuran la historia completa sin molestarse siquiera en abrir el libro.

No podías ver más allá de mi ropa, mis uñas prolijamente pintadas, mi cabello arreglado, el maquillaje delicado y mis modales correctos, del mismo modo en que eras incapaz de ver en esa diminuta habitación algo diferente a un cuarto sin ventanas, oloroso, caído en desuso y lleno de cachivaches de la Edad Media.

Estaba segura de que me considerabas una niña pija, estirada, distante, fría incluso, de esas que miran a los demás con aire de superioridad, pero no tenías ni idea. No conocías el trasfondo, no sabías que esas distancias a las que me aferraba con tesón nada tenían que ver con contemplar el mundo desde un pedestal. O que detrás de esa imagen cuidada con esmero existía otra con la que jamás me había sentido identificada. Que ahora me gustaba lo que veía en el espejo porque después de mucho, muchísimo tiempo, podía elegir todo aquello que en épocas pasadas me había sido impuesto.

De repente, me quitaste el cuaderno de las manos en un ejercicio ágil y certero que no pude predecir, y lo alzaste para retirarlo de mi alcance.

—Esto es lo importante, ¿verdad? ¿Aquí es dónde te ocultas?

Me sacudió la seguridad detrás de esa pregunta y la necesidad de que no conocieras la respuesta.

Me levanté de un salto y me acerqué, sin prestarle atención al hecho de que tus prendas y las mías se pegaban a la altura del torso. Lo sentía, sí, pero no era lo primordial en ese momento, porque lo que viajaba por mis órganos era mucho más potente.

Extendí el brazo, separé los tacones del suelo y me estiré todo lo que pude, aun a sabiendas de que no conseguiría recuperarlo. Eras más alto que yo. Más fuerte.

—¿Qué escondes aquí, Eva?

La diversión se coló en cada una de tus palabras y se me encogió el estómago, porque aquello era solo un juego para ti, pero para mí, se parecía demasiado a la realidad. A una realidad tan antigua como todo lo que dormía en ese recinto.

Entonces dejé de concentrarme en el objeto rectangular que se zarandeaba entre tus dedos y te miré. Te miré los ojos: vivarachos, revoltosos, exaltados por haber despertado una reacción en la chica que siempre mantenía las formas. Te miré las cejas: levemente erguidas, al igual que los pómulos. Te miré los labios: alargados, entreabiertos, dejando asomar una hilera perfecta de dientes blancos; la sonrisa hueca y creída que crecía en ellos. Y hablé:

—Puedes descubrirlo ahora, saciar tu curiosidad en contra de mi voluntad, o tener paciencia, ganarte mi confianza y lograr que te lo muestre porque realmente desee hacerlo.

¿De dónde nació la fuerza para que me saliera la voz? No lo sé. ¿Por qué arrojé esas palabras y no otras? Tampoco estoy segura. No pensaba abrirte ningún resquicio de mí, seguiría siendo a tus ojos ese caparazón intachable que te recibía cada mañana con un saludo cordial al otro lado del escritorio. Mis muros estaban más afianzados que nunca. Pero lo cierto es que el brillo de tus ojos se apagó, la sonrisa petulante languideció y tu rostro adoptó una expresión grave que desconocía y que, sin embargo, me pareció lo más sincero que había visto de ti hasta el momento.

Devolviste la libreta a mis manos y te marchaste sin hacer ruido.

Algo se desactivó en mi interior con ese acto, y fue allí cuando me pregunté, por primera vez, si lo que yo veía no era también una cáscara, la cara externa de un universo mucho más complejo.

13

REGALOS QUE HABLAN DE MÍ

A los ocho años

—Hola, Claudia.

Pasaban de las once de la noche cuando llegué a su casa. Había esperado a que mi padre se largara rumbo al bar y mi madre cayera dormida antes de saltar el pequeño paredón que nos separaba. La habitación de Luca estaba vacía, en penumbras, y se escuchaba el agua correr al otro lado de la puerta. Me encaminé hacia la cocina, desde donde me llegaba una tenue música y el golpeteo de la vajilla al ser acomodada.

Encontré a mi vecina abriendo y cerrando alacenas, con un trapo floreado al hombro y las mangas largas de su vestido color crema remangadas hasta los codos. Estaba preciosa, más arreglada que de costumbre, porque aquel día no era uno cualquiera. Llevaba el pelo oscuro semirrecogido con un pasador dorado y unos mechones caían sueltos a ambos lados de su cara. En cuanto me vio, interrumpió el tarareo de la canción que sonaba en la radio portátil para salir a mi encuentro.

—Hola, mi amor. —Me saludó con la dulzura de siempre y una amplia sonrisa. Me envolvió en un abrazo que duró unos segundos más de lo normal, porque con ella sí eran normales los abrazos. Claudia parecía tener siempre sus brazos dispuestos a encerrarme entre ellos y las manos listas para acunar mi rostro—. ¿Cómo estás? Te estaba esperando —añadió, regalándome otra de sus sonrisas y dejándome sentir el tacto de sus dedos, todavía húmedos de lavar los platos, al posarse en mis mejillas.

—¿Y Luca? —indagué impaciente.

Había pasado el día entero pensando en él, preguntándome cómo lo estaría pasando, si estaría divirtiéndose con sus compañeros y sus abuelos, que habían venido de lejos para unirse al festejo de

cumpleaños. Claudia se carcajeó ante mi ansiedad y, con una palmada al respaldo de la silla, me invitó a tomar asiento.

—Está terminando de ducharse —dijo, acomodándose frente a mí —. No sabes cómo quedó después de correr, jugar y bailar durante horas.

Su cara se contrajo en un gesto exagerado de asco que pretendía hacerme reír, pero que solo me recordó lo que me había perdido. Bajé la vista mientras intentaba tragar el nudo que ceñía mi garganta y la alcé justo a tiempo para ver aparecer a Luca con el pelo mojado y el pijama puesto. La sonrisa se me dibujó instantáneamente.

—Hola —pronuncié, poniéndome de pie de manera apresurada, con esa mezcla de impaciencia y nerviosismo que me había acompañado a lo largo del día y de la que, recién ahora, al tenerlo delante, comenzaba a liberarme.

Se mantuvo en silencio unos segundos, contemplándome fijamente como si cientos de ideas estuvieran nadando en su mente a la vez y no supiera a cuál darle prioridad.

—Hola —me devolvió finalmente y, pese a que solo fueron cuatro letras, pude leer en ellas las pinceladas de resignación que salpicaban su voz.

Estaba dolido y enfadado, y aunque intentaba no demostrarlo —probablemente porque en el fondo sabía cómo eran las cosas en mi casa y que, si hubiese sido por mí, no me habría perdido su cumpleaños por nada del mundo—, su rostro reflejaba esas emociones sin tamices. Terminó de confirmármelo cuando desvió la mirada y pasó por mi lado, ignorándome por completo, para poner la ropa sucia, que llevaba hecha un bollo entre las manos, en la lavadora.

—Me voy a dormir, estoy cansado —dictaminó, y sentí sus palabras impactar directamente en mi rostro como un cachetazo inesperado.

—¡Luca! —lo reprendió su madre, igual de perpleja que yo, mientras veíamos su silueta alejarse hasta perderse en la habitación.

Algo debió ver Claudia en mi rostro porque enseguida recompuso el semblante, empezó a moverse con fluidez por la cocina y me

rodeó el cuello con su brazo para llevarme hacia la nevera.

—Mira lo que te he guardado —me susurró al oído como si fuese un secreto, esbozando una sonrisa pícara de esas que tanto me recordaban a las de su hijo porque parecían contener decenas de travesuras entre sus contornos. Abrió la puerta de la heladera y sacó del segundo estante una torta pequeña, idéntica a la que descansaba a su lado, de mayor tamaño, ya cortada y con varios trozos faltantes—. Para que puedan soplar las velitas juntos.

Su sonrisa se ensanchó y a mí la soga que me apretaba la garganta me comprimió un poco más la piel. Las lágrimas salieron sin permiso y no sabía si lloraba por la reacción de Luca o por el gesto tan bonito de la mujer que no dejaba de mirarme de esa forma en la que nadie más lo hacía. Tal vez por ambas cosas.

«Así deberían mirar todas las madres a sus hijos», recuerdo que pensé. «Así desearía que me mirara mi madre».

Había hecho una torta especialmente para mí, porque sabía que mis padres no me dejarían asistir al cumpleaños. No había separado un trozo de aquella ya empezada, sino que había horneado otra distinta, entera, bonita, con su propia vela de color negro, el preferido de Luca. Ni siquiera la había probado, pero estaba segura de que además de chocolate contenía vainilla, mi sabor favorito en el mundo, porque, repito, esa torta era un mimo para mí más que una atención para su hijo.

—Hey… —Dejó el plato sobre la mesa en cuanto notó mis ojos enrojecidos y atrapó mis manos entre las suyas. Se acuclilló para quedar a mi altura y me miró con esa ternura a la que no terminaba de acostumbrarme—. No le hagas caso, está contento de verte —me animó, llevando mis manos hasta sus labios para posar en ellas un beso—. Es solo que le gusta hacerse el duro —resolvió, restándole importancia a lo sucedido minutos antes en aquella cocina. Barrió con sus pulgares la humedad de mis pómulos y me miró expectante. Exhalé con fuerza y asentí sin hablar, dispuesta a que la imagen del rostro compungido de Luca no me agriara el ánimo ni me estropeara la noche. Quería cantarle el feliz cumpleaños, darle lo que había hecho para él y que terminásemos tirados sobre la alfombra con dolor de panza de tanto comer chocolate—. Toma. —Puso el pastel

sobre mis palmas, cogió una caja de fósforos del primer cajón y, con un alzamiento de barbilla, me instó a entrar en movimiento. Caminó detrás de mí y, apenas accedimos al dormitorio, apoyó un cuchillo, dos platos, un par de cucharas y un puñado de servilletas de papel sobre el escritorio para luego retirarse, no sin antes destinarle una mirada de advertencia a su hijo.

—Feliz cumpleaños —dije en cuanto nos quedamos a solas. Me arrodillé a un lado de la cama, donde se encontraba acostado boca arriba. Me miró de soslayo, primero a mí, luego a la llama que danzaba a la espera de ser soplada y, dejando al descubierto toda su desgana con un revoleo de ojos, finalmente se incorporó—. Tienes que pedir un deseo —le recordé, obligándome a mantener en pie la sonrisa que amenazaba con abandonar mi cara al ser consciente de que no me quería allí.

—¿Para qué? Si no se cumplen —espetó con esa misma mezcla de fastidio, enfado, tristeza y desilusión que había llegado tres días atrás para colonizar sus facciones y no parecía dispuesta a darme tregua.

Me dolió el revés, pero más lo hizo el comprender que se sentía de ese modo por mi culpa. Era lógico que en ocasiones se frustrara, que se disgustara cuando las cosas no salían del modo en que él deseaba que lo hicieran. Al fin y al cabo, era un niño; dos años mayor que yo, pero niño al fin. No podía pretender que fuera pura comprensión y paciencia o que tuviera la madurez de un adulto para entender y reaccionar ante la lógica macabra que regía en mi casa. O, mejor dicho, en la casa en la que vivía pero que jamás sentí como mía.

—Luca… —supliqué en un susurro, sin saber qué más decirle. Necesitaba que lo dejase estar, que la tensión que se apoderaba del ambiente se desinflase como un globo para volver a respirar con normalidad.

Se limitó a apagar la vela de un soplido, creo que para terminar con aquello lo más rápido posible. El silencio nos engulló con más fuerza. Parecíamos dos desconocidos que no sabían cómo vincularse cuando, en realidad, él era mi lugar conocido, lo más parecido a un hogar que había tenido nunca. No me había sentido así de incómoda

a su lado ni siquiera cuando su rostro aniñado asomó por encima del paredón que separaba nuestros balcones la primera vez.

Me di la vuelta para apoyar la torta sobre el escritorio, aunque lo que en verdad precisaba era rehuir su mirada un momento, dominar la tristeza que me pellizcaba el pecho y soltar el aire retenido para encontrar la calma. Vi la pila de regalos, bolsas de colores y papeles desgarrados a un costado de la cama y sacudí la cabeza para alejar los pensamientos intrusivos que debía echar a patadas de manera urgente si no quería que se instalasen y tomasen el control. «Tu regalo es igual de bueno que cualquiera de esos objetos», me repetí mentalmente. «No importa que no lo compraras en una tienda o que no tenga un envoltorio bonito», insistí, machacándome las neuronas, para apartar otras voces que me murmuraban lo contrario.

—Tengo algo para ti —esbocé nerviosa, volviendo a pararme frente a él y sacando del bolsillo posterior del pantalón el improvisado paquetito. Se lo tendí sin mirarlo porque, aunque me doliera aceptarlo, sentía vergüenza. Las voces que pretendía acallar hablaban alto y me gritaban que eso que había envuelto en una hoja de carpeta simulando un sobre no tenía valor, no era suficiente; que *yo* no era suficiente—. Es una tontería… —me justifiqué de antemano y me sequé las palmas sudadas en los laterales del *jean*.

Despegó las solapas del folio rayado sobre el que había dibujado el número diez con lápiz negro —la cantidad de años que él cumplía — y sacó la pulsera hecha con cordones. La retuvo entre sus dedos unos segundos antes de bajar la vista hacia mis zapatillas para, finalmente, enganchar sus ojos a los míos.

—Gracias —fue todo lo que dijo. Un seco, cortante y dolido «gracias». Luego, la hizo a un lado sobre el colchón y volvió a acostarse, esta vez, dándome la espalda.

Advertí una nueva oleada de lágrimas agitar mi interior y presionar para encontrar salida. No sabía qué hacer. Me quedé allí parada, con mi tristeza y la suya latiéndome en el pecho y sintiéndome, por primera vez, fuera de lugar entre aquellas paredes.

—Luca… —imploré, notándome más vacía que nunca.

Yo podía convivir con la falta, con la carencia de cosas, porque tenía una imaginación desbordante que me ayudaba a llenar huecos

con solo cerrar los ojos; aunque fuese un recurso cojo, un tanto fallido, porque más tarde o más temprano, tocaba volver a abrirlos. Ellos podían quitarme todo. Incluso las ganas; incluso el control de mi propio cuerpo. Pero no quería que me lo quitaran a él. Luca era lo único bueno que tenía y no podía perderlo por su culpa.

—Estoy cansado —zanjó, y supe que ya no tenía nada más que hacer allí.

Esa noche lloré sin descanso, pero al día siguiente… al día siguiente él devolvió la sonrisa a mi mundo. Su rostro asomó al otro lado de la ventana y su mano tendida me mostró una muñeca vestida con una pulsera acordonada.

14

PREGUNTAS QUE INSISTEN

Eva

Bajé del metro en la estación Las Heras y consulté en el móvil la dirección exacta antes de enfilar hacia la derecha.

—¿Quién me manda a mí a hacerle caso a esta mujer? —me repetí en una exhalación lo que llevaba pensando todo el trayecto—. Esto no va a salir bien —presagié en voz alta, y el joven que pasaba por mi lado con la funda de una guitarra colgada al hombro me miró con cara extraña.

Me parecía perfecto que, de una vez por todas, Vera y Álvaro hubieran decidido dejarse de tonterías, hacer una tregua y comenzar a comportarse como los adultos que en verdad eran. Por el bien de la humanidad y, en especial, de la salud mental de las personas que trabajaban a su lado, era indispensable ponerle fin a esas cruzadas verbales que sacaban a relucir a todas horas, en cualquier momento y lugar. Lo que no comprendía era por qué tenían que incluirnos a ti y a mí en el plan. ¿No podían sencillamente salir a cenar solos y limar asperezas? ¿Hablar como seres civilizados con una copa de vino de por medio? ¿O es que, en el fondo, temían acabar matándose si un tercero no oficiaba como mediador? El alto el fuego estaba muy bien como concepto, pero yo misma dudaba de que pudieran mantenerlo y no caer en viejas costumbres. Suspiré resignada, tendría que asegurarme de que no corriera sangre aquella noche.

Aminoré la marcha cuando doblé la esquina y avisté tu silueta frente a la entrada del local. Creí que sería la primera en llegar porque todavía faltaban varios minutos para las nueve, pero allí estabas, apoyado en el tronco de un árbol con la vista clavada en el reloj.

Para ser sincera, lo que me tenía inquieta era el hecho de tener que compartir tiempo contigo fuera de la empresa. No estaríamos a

solas, lo sé, pero… aun así. Desde el episodio del cuaderno, algo en mi forma de verte había cambiado y no estaba segura de que aquello fuera bueno. No, definitivamente no era bueno.

Quería seguir creyendo que esa imagen de seductor nato que te empeñabas en mostrar era todo, que no había nada debajo. Pero es que… me habías devuelto la libreta. Cerrada. Existía un límite que habías decidido no cruzar.

¿Era posible que lo que yo veía también fuera una cáscara?

Aquella pregunta regresaba una y otra vez a mis pensamientos.

Continuabas lanzándome provocaciones, acercándote más de lo necesario y pronunciando mi nombre de esa manera erótica que me hacía poner colorada; sin embargo, para ser justa, debía reconocer que no habías vuelto a presentarte sin invitación en un almuerzo, a inmiscuirte en mi intimidad ni a indagar en el contenido de aquel cuaderno.

Exhalé con fuerza. Lo mejor sería dejar de darle vueltas al asunto, por lo que apreté las correas de mi cartera y salí a tu encuentro. En cuanto sentiste el golpeteo de mis tacones, alzaste la mirada y me sonreíste como si en verdad te alegraras de verme.

¿Te cuento una confidencia? Yo tenía escudos contra ese hombre de sonrisas mentirosas, entrenadas frente al espejo y destinadas a arrastrar mujeres a la cama; pero ante el otro, el verdadero, el de las sonrisas auténticas… ante ese estaba indefensa.

—Hola —esbocé con timidez, deteniéndome a cierta distancia.

Perdí la vista en las letras luminosas que resaltaban el nombre del restaurante para escapar de tu mirada. Se notaba que era un sitio caro, refinado y que había sido elección de Álvaro.

Formulaste un «Hola» de vuelta y mi voz interior suplicó para que Vera apareciese pronto y me librase de una situación incómoda.

Como si un ser divino acabase de oír mis ruegos, la llamada de mi amiga llegó en el momento justo para brindarme una salida.

O eso creía.

15

HAZ QUE LA NOCHE CUENTE

Ciro

El teléfono nos sonó prácticamente a la vez. Te alejaste unos pasos para atender la llamada y te oí esbozar su nombre, Vera, el mismo que brillaba en mi pantalla con la entrada de un mensaje.

> VERA: No llegaré a la cena y si ha captado la indirecta, tu amigo tampoco. De nada. ?? Ahora, deja de comportarte como un imbécil y haz que la noche cuente. Ah, y ve pensando el modo de compensarme. Me debes una muy grande.

Me quedé contemplando el móvil como un tonto, sin saber cómo reaccionar ante la desfachatez de esa mujer, hasta que volvió a vibrarme en la mano. Era ella otra vez.

> VERA: Deja de perder el tiempo, idiota, que el reloj corre y la chica huye. Tic-tac, tic-tac…

Sonreí y me pincé el labio porque estaba loca como una cabra. No sé cuál era el propósito de aquella artimaña ni qué intenciones creía ver detrás de mis constantes provocaciones, pero se equivocaba. No era más que un juego. Estimulante, sí. Adictivo. Me encantaba arrebolarte las mejillas y ver cómo intentabas mantener esos modales de duquesa de Sussex pese a que cada átomo del cuerpo te pidiera otra cosa. Me gustaba sacarte de quicio y hacerte perder la compostura. Desmelenarte, como diría mi abuela.

Alcé la mirada, todavía con la sonrisa bailoteándome en la boca, y te vi inquieta, con el tronco ladeado hacia el lado contrario al restaurante y el aparato aún entre los dedos. Tu amiga te conocía bien, estabas a un paso de huir y tus siguientes palabras me lo confirmaron:

—Vera no va a venir, así que yo me marcho. Hasta luego, señor Ferraro.

Tardé un par de segundos en mandar la orden a mis pies para que salieran detrás de ti.

—Espera, Eva, espera. —Te toqué el brazo para llamar tu atención; ni siquiera llegué a aferrar tu muñeca. Fue apenas un roce, pero te alejaste con demasiada vehemencia, como si te hubiese atravesado un chispazo de electricidad—. ¿Qué ha ocurrido? —pregunté con cara de circunstancias. Tocaba hacerse el tonto.

—No lo sé, un problema con la moto.

—Pero ella está bien, ¿verdad? —Me darían un Globo de Oro por mi actuación.

—Sí, sí. No ha podido explicarme lo sucedido porque estaba en plena calle y se la oía atareada, pero se encuentra bien.

Me corrijo. El galardón se lo llevaría la desvergonzada esa que tienes por amiga. Tuve que tragarme las ganas de soltar una carcajada.

—Bueno…, ya que estamos aquí no vamos a desaprovechar la reserva, ¿no?

Entreabriste los labios para expulsar una excusa y unas hebras de pelo rubio se colaron en ellos, mecidas por la brisa serena que silbaba aquella noche. Me costó sujetar el impulso de acercar los dedos, engancharlos a esos filamentos dorados y apartarlos de allí, robándote una caricia a su paso. Me costó también retomar la palabra mientras mis ojos perseguían fascinados la secuencia ejecutada por tu propia mano. Creí que tendría un orgasmo cuando esa uña pintada del mismo tono que el labial pellizcó ligeramente la carne antes de lograr su cometido. El mechón retornó a su sitio, aunque a mis pupilas dilatadas les tomó un poco más de tiempo hacerlo.

Un juego. Sí. Imbécil.

—Además… —me aclaré la garganta y proseguí. Tenía la boca seca—, Álvaro debe estar al caer. Quizá ya esté esperándonos dentro —mentí con alevosía. Luego apelé a esas formas intachables que rigen tu conducta, a esa aplicada cordialidad que llevas por bandera —. ¿Piensas dejarlo tirado? Eso sería muy grosero de tu parte, Eva,

el hombre se ha tomado muchas molestias para conseguir una mesa en este sitio.

Te vi dudar y supe que había acertado de lleno. Un pelotazo clavado justo en el ángulo.

—Es solo una cena —reforcé, por si acaso—. No muerdo, lo prometo. Excepto que quieras que lo haga…

Ni el suspiro ni los ojos en blanco que, esta vez, exteriorizaste, consiguieron arrebatarme la sonrisa.

***

Los Corales de Mirasol era un restaurante clásico, sobrio, distinguido, señorial… Igualito a Álvaro. Por eso se sentía tan a gusto allí, entre tanta madera oscura, cubertería y cortinados de terciopelo. Lo había descubierto pocas semanas atrás, en una cena de negocios, y luego me había arrastrado hasta el mismísimo corazón del barrio de Recoleta para hacerme probar «la especialidad de la casa». Debía reconocer que la comida era excelente, pero, en mi humilde opinión, todo en su interior era demasiado… presuntuoso. No era para nada mi estilo. Tal vez, por esa razón, el *maître*, que había comprobado nuestra reserva, asignado la mesa y entregado el menú, repasaba mis pantalones tobilleros, mis zapatillas informales y mi camisa de *jean* con un recelo mal disimulado. En cambio, tu falda tubo por las rodillas, las sandalias de tacón a juego y la blusa de cuello alto encajaban a la perfección.

CIRO: Ni se te ocurra aparecer por aquí.

Tecleé con rapidez a mi amigo, por si la «indirecta» de Vera no había sido lo suficientemente directa. Después, guardé el móvil en el bolsillo, di un trago a mi agua sin gas y pronuncié, como quien no quiere la cosa:

—Parece que, al final, solo seremos nosotros dos. Álvaro tampoco vendrá.

Tus pestañas largas, que hasta entonces aleteaban al ritmo de tus ojos curiosos, frenaron su vuelo por la estancia para detenerse en mí. Centré la vista en la carta para escapar de esa mirada astuta y

enfadada que, sin embargo, sentía incrustada en cada ángulo de mi rostro. Estaba seguro de que sabías que te había ocultado información, un engaño piadoso, por eso esperaba que mi estrategia funcionara. Ya estábamos dentro del local, no armarías un espectáculo delante del resto de los comensales y no alzarías la voz para echarme una buena bronca, ¿verdad? No serías capaz.

—¿Me acaba de mentir en la cara? —modulaste con una voz contenida que, no obstante, arrojaba fuego. La servilleta blanca de tela se arrugaba como un acordeón entre tus puños.

Opté por salirme por la tangente.

—Ay, Eva, Eva… —Hice un mohín y saqué a relucir mi tono guasón—. ¡Mira dónde estamos! A punto de disfrutar de una deliciosa cena con tres copas y más cubiertos de los que nuestras manos pueden sujetar. Aquí no hay escritorios, ni despachos, ni jefes, ¿no opinas que ya es hora de abandonar las formalidades? Puedes llamarme Ciro.

—No ha contestado mi pregunta —replicaste con sequedad.

—¿Habrías entrado si te lo hubiera dicho?

—No.

—Ahí tienes tu respuesta.

Me dejé caer sobre el respaldo, aunque no sucumbí ante tu mirada hosca que me contemplaba como si tuviese acceso directo a mis pensamientos. El silencio nos atravesó unos minutos largos, y justo antes de quebrarlo, te pasaste la lengua por los labios. Fue un gesto que me hizo comprender de inmediato que estabas meditando con minuciosa precisión tus siguientes palabras. Me sorprendí preguntándome si esa contención que aparentabas llevar bien arraigada alguna vez se te salía de control; si, en ocasiones, dejabas de dominarte y te rebelabas, te emancipabas de «lo correcto» y te volvías un poco loca.

—¿Cree que no sería capaz de levantarme ahora mismo y largarme de aquí?

Evidentemente lo tenías. El acceso directo a mis pensamientos, digo. Sí, eso era justo lo que creía, por todo aquello de la mesura, el respeto, la cortesía y la buena educación que he mencionado hace un momento.

Me cerraste la boca cuando, apoyando las manos sobre la mesa, te pusiste de pie, dispuesta a marcharte. Mi cuerpo actuó más rápido que mi mente y posé una mano sobre la tuya para retenerte.

—Creo que eres capaz de tolerar mi presencia una hora —dije, dejándome de estupideces.

Había una especie de resistencia en tus ojos, ¿sabes? Estaba allí todo el tiempo. Como si se obligaran a mantenerse amarrados a los míos pese al deseo furioso de apartarse. Daba la impresión de que necesitabas demostrarte algo a ti misma, que luchabas permanentemente contra una fuerza interna. No sabía de qué se trataba todavía, ignoraba que era la respuesta a la pregunta que acababa de hacerme tan solo un instante atrás. Porque esa mirada que se negaba a desviarse, esa mano que seguía debajo de la mía aun cuando las ganas de retirarla de un tirón eran palpables, eran tu rebelión contra lo aprendido. Tu eterna batalla contra el pasado que te había enseñado que el contacto era dañino, peligroso; que a toda costa había que evitarlo.

Volviste a tomar asiento sin esbozar sonido y tu palma se liberó para abrir la carta y empezar a explorar las alternativas. Yo me aguanté una vez más la sonrisa. Me dediqué entonces a hablar de cualquier cosa para distender el ambiente y llamé al camarero después de un tiempo prudencial para hacer el pedido.

—Aquí hacen unas vieiras que están de muerte, te lo aseguro, tienes que probarlas —declaré cuando un joven, igual de elegante que las instalaciones y todo lo que había dentro de ellas, exceptuándome a mí, se acercó solícito a nosotros.

Aquel era el plato por el que Álvaro prácticamente me había obligado a asistir a ese rincón selecto de Buenos Aires y el que atraía, según él, cada día a cientos de turistas de diversas partes del mundo. El que sí o sí debías degustar si ponías tu culo en una de sus mesas. Así que ordené dos especialidades de la casa y una botella de vino tinto.

—Yo quiero una hamburguesa con papas fritas y gaseosa —te oí decir muy decidida mientras estirabas el brazo hacia el camarero para devolverle la carta.

Creo que se me descolgó un poco la mandíbula. Menos mal que todavía no habían traído el vino porque, de haberle dado un sorbo, lo hubiera largado cual aspersor por la nariz. ¿Te hallabas en uno de los lugares más exclusivos de la capital y eso era lo que se te ocurría pedir? Tenía que ser una broma. O tu forma de llevarme la contraria, no lo sé. No creía siquiera que tuvieran ese combo en el listado.

—¿En serio? —murmuré, cargado de asombro, al tiempo que releía con velocidad las opciones—. Pero qué tienes, ¿cinco años?

Efectivamente, allí estaba. Dentro del maldito menú infantil.

—¿Qué pasa, señor Ferraro? ¿No le gustan los niños?

—Es una pregunta capciosa, ¿verdad? Si digo que sí me llamarás pervertido.

—No sabía que los alimentos podían consumirse según la edad —replicaste con calma, pero a la defensiva—. A los treinta, ¿qué opciones tengo? ¿Y a los setenta? ¿Únicamente podré comer gelatina y puré de calabaza?

—Es probable —afirmé divertido. ¡Cómo me gustaba picarte! —. La dentadura postiza solo te permitirá ingerir cosas blandas. Dile adiós a la carne, a las manzanas y a los frutos secos. Y olvídate de la sal, tu corazón no podrá resistirlo.

Exhalaste un bufido delicado. ¡Sí, delicado! ¡Hasta eso hacías con elegancia! Y tus siguientes palabras me sentaron como una patada en los huevos.

—¿Le molesta que no ordene lo que usted quiere o que mi elección no esté a la altura de un sitio refinado como este?

Fruncí el ceño automáticamente y demoré unos segundos en procesar el planteo. ¿Eso creías? ¿Que yo, justamente yo, el chico que se presentaba en «un sitio refinado como este» con un pantalón agujereado y deportivas podía tener algún tipo de objeción a lo que fuera que eligieses? Es solo que me había sorprendido porque…, pues, te pegaban mucho más las vieiras.

Ay, Eva, cómo demoliste a martillazos la imagen que tenía de ti.

—Escoge lo que quieras, Eva, por Dios, solo ha sido una sugerencia. —Cerré los ojos, frustrado, y el mensaje de tu amiga se me vino a la cabeza: «Deja de comportarte como un idiota y haz que la noche cuente»—. ¿Sabes qué? A la mierda los moluscos. —

Alcé la vista hacia el camarero—. Yo quiero lo mismo que ella. Y trae todos los aderezos que tengas. —El hombre me dedicó un golpe de cabeza en señal de asentimiento y se alejó a paso firme.

—No me gusta que elijan por mí —dejaste en claro un momento después.

Elegir. Aún no sabía que ese verbo era la clave. El que definía tu historia. El que marcaría la nuestra.

—Bien. Apuntado queda. —Te miré con intensidad para que supieras que no tendrías que volver a repetírmelo—. Tengamos la cena en paz, por favor.

Y la tuvimos. Cenamos prácticamente en silencio. De hecho, creo que fue la comida más silenciosa que he tenido estando en compañía. Y ¿sabes qué descubrí? Que no todos los silencios necesitan ser rellenados. Que la ausencia de palabras da lugar a otras cosas, abre otros sentidos. Que, en ocasiones, le damos demasiada importancia al lenguaje oral mientras lo demás… lo demás se nos escapa.

Cuánto se me ha escapado contigo, Eva, por centrarme en las palabras.

Pero esa noche no. Esa noche me la llevé entera en las retinas.

16

MALDITAS EXPECTATIVAS

A los siete años

Mi madre ya estaba en la cocina cuando entré a la carrera, trastabillé con la pata de la silla y la mochila saltó de mi hombro para aterrizar en el piso. Era un buen indicio que se hallara allí y no encerrada en la habitación, ¿verdad? Tal vez…, tal vez lo recordaba.

Me amonestó con la mirada y exhaló un bufido cansado antes de seguir enjabonando un vaso. Yo me apresuré a recoger el bulto y colgarlo meticulosamente en el respaldo del asiento. Podía culpar a las zapatillas, que no daban más de sí y habían vuelto a despegarse, pero en realidad sabía que el único responsable de mi atropellado ingreso era el excesivo entusiasmo que llevaba dentro.

—¿Podemos comer hamburguesas hoy? —pregunté con voz ilusionada.

—¿Hamburguesas? —consultó sin girarse. El sonido de la esponja refregando la porcelana heredada se aliaba con el chorro de agua para crear interferencia. Habló un poco más fuerte—. ¿Y qué más quieres? ¿Te apetece alguna otra cosa?

—Papas fritas, sí, muchas —respondí sin dudar—. Tengo hambre.

Me froté la panza para respaldar mi declaración.

—Oh, tienes hambre… ¿Y con qué deseas acompañar el menú? ¿Jugo de naranja? ¿Gaseosa? ¿Limonada?

Sonreí tanto que hasta se me escapó un jadeo.

—¿Puedo elegir?

Su voz cantarina se transformó.

—Claro que no. Hay guiso.

Tendría que haberlo sabido. Qué ingenua había sido al creer que aquel día sería distinto a los demás. Qué crueles son las expectativas y qué difícil es erradicarlas. Yo nunca podía escoger. Esa suerte solo le pertenecía al hombre de la casa porque «él es quien trae el

dinero». Ya me conocía el sermón de memoria: «El día que ganes tu propio dinero podrás escoger lo que te dé la gana».

—¿Otra vez? —Probablemente no debería haber soltado esas palabras, pero la desilusión era tal que se me escurrieron atolondradas hacia afuera.

—Si tienes alguna queja, ya sabes…, arréglate con tu padre. —Ella siempre sabía pronunciar la frase correcta para hacerme callar —. Qué te crees que es esto, ¿un restaurante?

Y yo, pese a todo, nunca sabía mantener la boca cerrada.

—Pero hoy…

—No empieces, Eva. Lo comes o lo dejas.

Arrojó mi almuerzo sin ningún cuidado sobre la mesa, se limpió las manos en el delantal que llevaba anudado al cuello y se dio media vuelta para continuar con sus quehaceres.

Ese «o» daba la impresión de que existía algún tipo de elección. Era un engaño. Cuando el hambre apremia no hay opción posible; así que, me senté con desgana, empuñé la cuchara y observé la ración que tenía delante. El contraste entre el color del alimento, situado justo en el centro, y el blanco de la vajilla, rodeándolo como si se tratara de un islote embutido en medio de la inmensidad del mar. Un reducido montículo acordonado por un voluminoso vacío.

Mi madre parecía medir mis porciones con milimétrica rigurosidad, como si, con la ayuda de un compás, trazase un pequeño redondel perfecto sobre la superficie del plato y luego volcase dentro la cantidad justa de comida.

—¿Puedo comer un poco más? —tanteé al acabar.

¿Por qué insistía? ¿Por qué lo hacía si esa perorata también la tenía aprendida? La había oído cientos de veces, noche tras noche, año tras año. ¿Es que era tonta? ¿El mensaje, pronunciado sin adornos ni rodeos, no me llegaba? ¿O eran esas testarudas y obstinadas expectativas que se negaban a rendirse? ¿Que esperaban algún día escuchar una respuesta diferente?

—Ya está bien, Eva, no querrás volverte gorda. —¿Cómo era posible que doliera cada vez, pese a conocer de antemano el discurso? —. No me mires así. —Escurrió el trapo mojado en el

fregadero y luego lo extendió sobre la mesada—. Lo hago por tu bien, te estoy cuidando. De grande me lo vas a agradecer.

Mi padre salió en ese momento de la habitación. Por el modo en que entrecerraba los ojos y se frotaba la frente, podía adivinar que la marca de la almohada en la sien no era lo único que aún guardaba de la noche anterior. Debía tener una resaca considerable. Se sentó a la mesa sin decir una palabra y cogió el cubierto con la mano izquierda. El plato, a rebosar de comida, no tardó ni medio segundo en estar dispuesto justo frente a él. Entonces sí mi madre tomó asiento y le destinó las preguntas triviales de cortesía, que mi padre respondía invariablemente con monosílabos y gruñidos. Yo, por mi parte, me quedé con la vista empantanada en la montaña de arroz ahogado en salsa rojiza, evaluando las diferencias. Apenas se atisbaban los bordes blanquecinos del recipiente. Los trozos de papa, zanahoria y demás ingredientes se esparcían sobre este abarcando casi toda su extensión.

Vi cómo esa cordillera comestible iba perdiendo altura a medida que «el hombre de la casa» engullía cucharadas sin descanso. Vi cómo su plato se rellenaba sin objeciones. Vi cómo su barriga se hinchaba y el ombligo sobresalía por la ranura que dejaba su camiseta levantada. Me pregunté una vez más, como llevaba haciéndolo desde hacía meses, por qué nunca comíamos juntos, como suponía que hacían las familias; por qué no compartíamos siquiera ese momento. Incluso a fines prácticos parecía más lógico que hacerlo en tres tiempos diferentes.

—Prepárate, en diez minutos nos vamos —soltó la voz masculina mientras arrastraba la silla hacia atrás y abandonaba la estancia.

—Recoge antes de marcharte —indicó ella, siguiendo sus pasos.

Me levanté y emprendí la tarea. Abrí el grifo y dejé el agua correr al tiempo que obligaba a las lágrimas a hacer el camino inverso.

«No seas ansiosa, Eva, todavía quedan muchas horas por delante. Solo tienes que esperar un poco más —me convencí y esbocé una sonrisa para darme ánimos—. Ya verás, esta vez se acordarán».

Pero no lo hicieron. Tercas… Tercas y desalmadas ilusiones.

La noche devoró glotona los últimos vestigios anaranjados de la tarde y las sobras del guiso del mediodía me recibieron recalentadas

sobre la mesa al regresar. Ni las toqué. Me aguanté el hambre, la decepción y las ganas de llorar y las empujé bien adentro, al fondo de los intestinos, junto a la malvada esperanza, para que no volvieran a salir a flote. Esperé en silencio y con mirada ausente a que ese señor al que me unía el ADN diera por finalizado el banquete nocturno y se largara hacia su cita diaria con la boca de una botella. Esperé también a que ella se resguardara en su escondrijo de cortinas cerradas y olor a encierro, y se enredara entre los guiones melodramáticos de una telenovela. Aguardé un poco más incluso, hasta que cayó en la tierra de los sueños y las doce campanadas del reloj cucú de la vecina de abajo anunciaron el fin de aquel día y el inicio de uno nuevo.

«Ya no hay nada que esperar —resolví y me puse en movimiento —. Nunca lo hubo».

Salté al balcón lindante. La habitación estaba inusualmente oscura. Silenciosa. Vacía. La lámpara de noche, apagada. Fruncí el ceño. Aquel foco siempre permanecía encendido, era como un faro situado en costa segura. Me daba la sensación de que, con su luz, me indicaba que allí tendría un lugar al que regresar cada vez que quisiera.

Pensé que, a lo mejor, no se hallaban en casa; no obstante, abrí la puerta con cuidado, por si Claudia se encontraba durmiendo en la habitación de al lado.

—¡Feliz cumpleaños!

Los gritos me llegaron entremezclados; las voces, desacompasadas, aunque llenas de júbilo. Solo la tenue llama de una vela alumbraba el interior de aquella cocina en la que descansaban una torta, un paquete y un manojo de globos.

Entonces sí lloré. Lloré porque ellos se habían acordado. Porque mis padres no lo habían hecho. Porque, por primera vez en siete años, sentía que la niña de los ojos saltones y los pies descalzos le importaba a alguien.

Lloré pensando que había nacido en el lado incorrecto de la pared.

17

EL PODER DE LAS PALABRAS

Eva

Finalmente, no fue esa la noche en que cenamos juntos los cuatro por primera vez —los cinco, en realidad—, sino la siguiente, luego de la exposición de Fernando. No sé por qué motivo apareciste allí, ni por qué lo hizo Álvaro, pero sí sé que incluso antes de que el último de los asistentes se retirara y la sala quedara vacía, ya nos encontrábamos votando a mano alzada entre *pizza* o pastas.

El evento había sido tan maravilloso que prácticamente no hablamos de otra cosa durante la cena, lo que, con toda probabilidad, ayudó a que el ambiente fuera distendido y no se generaran discusiones tontas e innecesarias. Tal vez, la tregua de la que había hablado Vera estaba empezando a hacerse realidad.

Fer se sentía eufórico, y mi amiga y yo, terriblemente orgullosas. El ramo gigante de rosas rojas que le habíamos regalado daba buena cuenta de ello. Es que no era para menos; habíamos vivido junto a él todo el proceso, lo que se conoce como el detrás de escena, y sabíamos no solo el tiempo que había invertido en planificar al milímetro aquella noche sino la ilusión, las ganas y, en especial, la pasión que descansaba detrás de cada fotografía exhibida.

Cuando abandonamos el local, caía una llovizna suave y había refrescado lo suficiente como para arrepentirme de no haber cogido un abrigo… o un paraguas. Sin embargo, la verdad era que había salido del apartamento con prisa y en el *clutch* que llevaba como complemento apenas cabían las llaves, el móvil y algo de dinero.

De repente, aun no entiendo cómo, todos nuestros amigos desaparecieron y me quedé a solas contigo. Contigo y con las veinticuatro rosas de tallo largo, porque, al parecer, «la moto no es el mejor vehículo para que lleguen sanas y salvas». Esa fue la excusa que el fotógrafo balbuceó justo antes de poner las flores

entre mis manos, colocarse el casco y aferrarse a la cintura de Vera. Ella simplemente me guiñó un ojo —gesto, por cierto, desubicado— y echó a rodar calle abajo. Álvaro fue el único que al menos tuvo la decencia de despedirse.

Permanecí en el lugar hasta que las luces traseras de su Volvo de alquiler se transformaron en dos canicas minúsculas. Tu voz me sorprendió cuando estaba a punto de decirte adiós.

—Toma.

Te quitaste el saco con celeridad y me lo tendiste.

—No es necesario, estoy bien.

—No seas cabezota, Eva, tienes frío. —Señalaste con los ojos mi piel erizada y te acercaste con la intención de rodearme la espalda con la prenda.

—Le he dicho que estoy bien.

Mis pies no se movieron de su sitio, pero mi torso se inclinó un palmo hacia atrás, buscando mantener los límites entre tu cuerpo y el mío, aunque estos solo estuviesen trazados con un lápiz imaginario dentro de mi cabeza. Intenté no sonar brusca, no obstante, creo que no lo logré. No era terquedad, Ciro, simplemente necesitaba preservar la distancia.

—Al menos póntelo hasta llegar al auto —insististe.

—Yo no tengo auto.

Parecía tonta, lo sé, pero es que la idea que pasaba por tu cabeza definitivamente no cabía en la mía. No me metería en un habitáculo pequeño, cerrado, contigo.

—Pero yo sí, Eva, y voy a llevarte a casa.

—Claro que no. —Estaba fuera de discusión—. Hasta luego, nos vemos el lunes —me despedí y empecé a caminar.

Las gotas de lluvia, delgadas como alfileres, me alcanzaron en cuanto abandoné el tejado que nos amparaba. La iluminación fue menguando a medida que me distanciaba del restaurante y la vía, poco transitada a aquellas horas, me impulsó a estrechar con más fuerza el ramo y la cartera contra mi vestido para apurar el paso.

—Te estás mojando —recalcaste lo obvio con tono cansino, como si estuvieses haciendo acopio de toda tu paciencia porque la niña caprichosa no entendía razones.

—Es solo agua. —El agua no suponía peligro.

—Vas a enfermarte.

—Correré el riesgo.

—Esto es insólito. Si mi abuela estuviera aquí, te llevaría de la oreja —me pareció oírte mascullar, entre otras tantas cosas, aunque no puedo dar fe porque ya me había alejado unos cuantos metros—. ¡Eva! —gritaste entonces, pero no me detuve; por el contrario, cogí más velocidad—. ¿Puedes parar un segundo? —volviste a probar suerte, elevando el volumen—. Eva, para. —Cerré los ojos y respiré hondo cuando sentí tus pisadas apresuradas aproximándose—. ¡Para, por favor!

Frené de golpe y me giré, dedicándote una mirada marcial. ¿No podías simplemente marcharte? ¿Dejarlo estar? ¿Dar media vuelta y caminar en la dirección contraria?

—Llévate esto al menos —suplicaste con los ojos, con la voz, ofreciéndome por segunda vez tu abrigo.

—No lo necesito, de verdad.

—¿Por qué todo tiene que ser un «no» contigo? —Tus manos se agitaron en el aire en un gesto que fue más agobio que irritación. «Porque no me puedo permitir un sí», respondió mentalmente mi ansiedad—. No estoy proponiéndote una noche de lujuria, Eva, solo quiero llevarte a casa porque está oscuro, es tarde, y por si no te has dado cuenta, llueve.

No era mi intención, de veras; no era mi intención ser grosera, antipática ni impertinente. Mi parte lógica comprendía tu planteo y sabía que era lo más racional dadas las circunstancias, pero, a esas alturas y con los nervios en aumento, yo solo quería irme de allí.

—Lo he notado, gracias; aun así, prefiero ir sola.

—¡Ayyyy! Eres… eres…

—Sí, lo sé. Soy como un cactus lleno de espinas, me protejo del mundo.

Las palabras me desbordaron los labios antes incluso de reparar en lo que estaba diciendo. Enmudecí, no sé si por la sorpresa que me produjo mi propio exabrupto o por el cambio radical que percibí en tus ojos. En cualquier caso, ya era tarde para devolver aquella

declaración al interior de la garganta; en definitiva, eso es lo que era, ¿no? Así me había considerado siempre.

Hubo una milésima de segundo en que tu semblante se bañó de confusión para luego tornarse profundamente serio. Con una lentitud que me hizo contener el aliento y consciente de que no lo aceptaría, te colocaste el saco sobre la camisa mojada y abrochaste uno a uno los botones, sin quitar tu mirada indescifrable de la mía.

—¿Sabes que la protección no es la única función de las espinas? ¿Que las espinas de los cactus son hojas que se han modificado para adaptarse al ambiente, para soportar altas temperaturas y reducir la pérdida de agua? ¿Y sabes que también brindan humedad y sombra?

Te miré descolocada; tú continuaste:

—Si lo piensas, es una estrategia de supervivencia. —Tragué saliva—. Además, las espinas surgen de las areolas, exactamente el mismo lugar del que nacen las flores y los vástagos. ¿Has visto alguna vez las flores de un cactus, Eva? Son hermosas. —Ladeaste el rostro y esa insólita seriedad se mezcló con la intensidad constitutiva de tus pupilas—. La próxima vez que te definas como un cactus, recuerda que han evolucionado para no morir, y que también contienen belleza.

Me quedé allí parada, inerme, viendo cómo las costuras de tu traje gris y el sutil rechinar de la suela de tus zapatos se perdían al doblar la esquina.

Pensé en el poder de las palabras, en su brutal capacidad de producir heridas, de marcar el alma, de permanecer en el tiempo, de burlarse de él casi como si fuesen inmunes a su paso. Muchas veces, a lo largo de mi vida, me pregunté cómo algo en apariencia inofensivo, un simple conjunto de sonidos articulados puede causar, en ocasiones, efectos tan devastadores. ¿Cómo algo incorpóreo, imposible de atraparse con las manos, puede tener la consistencia de docenas de piedras sobre la espalda?

En mi experiencia personal, aquel dicho popular que reza: «Las palabras se las lleva el viento» es completamente erróneo. «Ojalá se las llevara», me encontré deseando una cantidad incalculable de veces. «Ojalá viniera una ráfaga violenta, un tornado, un huracán, y

barriera con ellas hasta arrastrarlas lejos de mi memoria». Pero no había ocurrido, se habían quedado clavadas como esquirlas en la piel y había tenido que aprender a convivir con el pellejo ajado.

Las palabras son armas peligrosas que, si parten de bocas desconsideradas, ignorantes o incluso ingenuas, pueden producir daños irreparables.

«Recuerda que han evolucionado para no morir y que también contienen belleza».

Esa noche lluviosa de sábado me enseñaste que son capaces de abrir grietas, sí, pero también tienen el inmenso poder de sanar.

18

UN CACTUS LLENO DE ESPINAS

A los trece años

Llovía con furia. Noté la frescura del agua en cuanto puse mi pie descalzo en el balcón y me apresuré a saltar al otro lado sin importar lo resbaladiza que estaba la superficie que me sostenía. Un trueno explotó abrupto en el cielo y los hilos líquidos se transformaron en velo que estorbaba la visión. Las manos me temblaban, no por culpa de la helada noche. Llevaba el frío agarrado al pecho y la lluvia creciendo en el alma. Los gruesos gotones, empujados por el viento, impactaban en el enorme jersey que me vestía y los segmentos de piel desnuda. Apenas se distinguía una lánguida luz a través de la ventana moteada; por esa razón, tan pronto como mis dedos húmedos lograron deslizar el ventanal y me adentré en el dormitorio, me quedé lívida.

—¡Oh! ¡Lo siento! —me excusé mientras procuraba cubrirme los ojos y me giraba hacia la pared—. No sabía que estabas… ocupado. No debí…

—¿Puedes explicarme qué hace una chica entrando a tu habitación por la ventana en mitad de la noche?

El tono despectivo con que aquella desconocida formuló la pregunta me sentó como un cachetazo. No había sido mi intención interrumpirlos y lo último que deseaba era causarle problemas a Luca. La saliva se me coaguló en la garganta. Me sentía tan abochornada que ni siquiera atiné a moverme. Clavé las uñas en mis palmas y cerré los ojos como si así pudiera echar a patadas la escena que acababa de presenciar. Decir que el rubor había tomado el control de mis pómulos es quedarme muy corta. Debía volver sobre mis pasos y salir de allí, pero temía alzar la mirada y chocarme con más carne al aire de la que podía soportar.

—Vete.

La voz de mi vecino me hizo reaccionar. Afirmé, agitando la cabeza como una autómata, y me moví atolondradamente.

—Sí, lo siento. La próxima vez tendré más cuidado.

—¿Próxima vez? No habrá próxima vez —terció, con la misma actitud de desdén, la joven a mi espalda.

—Tú no, Ev. —Las plantas de mis pies se adhirieron al piso—. Tú.

—¿Yo? —bramó alucinada.

—Sí, tú, vete.

Me giré muy despacio.

—Pero estábamos en medio de algo… Ella…

—Ella puede entrar por mi ventana cuantas veces quiera. Vístete; hemos terminado. —Recogió una remera rosada del suelo y se la arrojó sin ningún cuidado.

Contuve el aliento. Me sentí mal por aquella chica que se había quedado paralizada con la prenda apretada al pecho. Continuaba recostada sobre la pared en la que… bueno…, en la que los había encontrado enredados y con las manos ocupadas.

No pude evitar notar la diferencia abismal entre su figura y la mía. Debía de ser unos años mayor que yo, pero sus pechos eran grandes, importantes, sobresalían sobre la copa del sostén; su cintura era pequeña y sus piernas largas y delineadas. Tenía unas formas bonitas; toda ella lo era. Guapa. Llamativa. Lo opuesto a mí.

—Yo… yo mejor me voy —balbuceé. No quería crear problemas.

—Tú te quedas.

—¿Con que ahora te gustan las niñas con aire de desahuciadas? —escupió herida, una vez abandonado el estado de estupor. Comenzó a pasarse la camiseta por los brazos y me miró con asco antes de acuclillarse para abrochar la hebilla de sus sandalias.

No era tan pequeña. Tenía trece años, tan solo dos por debajo de Luca, aunque aparentaba menos. El comentario me dolió a pesar de que estaba habituada a las burlas relacionadas con mi apariencia, pero lo que en verdad me incomodó fue saber que ella también se había percatado de esas diferencias. Que había observado mi cuerpo aún no desarrollado que me daba un aspecto aniñado, la chatura de mis senos y la delgadez amorfa de mis piernas en particular y de mi silueta en general.

—¿Crees que te debo algún tipo de explicación? —replicó él con actitud indiferente.

—Solo digo que puedes conseguir algo mejor —terció, tachándome de poca cosa.

—¿Algo como tú?

Las cejas de mi vecino se dispararon hacia arriba y una sonrisa desdeñosa le deformó los labios. No me gustó que le hablara de ese modo, aunque lo hiciera para defenderme. Ella estaba dolida por el desaire y yo estaba acostumbrada a que hablaran de mí en esos términos, como si no me encontrara delante.

—Eres un imbécil.

El odio se concentró en su rostro y agachó la mirada para ocultar que se le había puesto vidriosa.

—Ya conoces la salida.

Lo siguiente que escuché fue un portazo y luego la voz adormilada de Claudia desde la habitación contigua preguntando si todo estaba bien.

—No debiste tratarla así —lo amonesté mientras lo veía embutir su torso desnudo en la remera descolorida de Pearl Jam, esa que utilizaba para dormir—. No debiste dejar que se fuera sola a estas horas, tendrías que haberla acompañado a su casa.

—¿Qué pasó? —inquirió, ignorando mi sermón y acercándose hasta pararse frente a mí. Hizo ademán de colocarme un mechón detrás de la oreja, pero me aparté en un impulso.

Alzó las palmas en señal de paz y esbozó un gesto que pedía permiso. Solo después de que mi mirada lo autorizara volvió a estirar con lentitud sus dedos y quitó las hebras mojadas que se me habían pegado a la cara.

—¿Qué ha ocurrido, Ev? —insistió, suavizando el tono.

No respondí. Casi nunca lo hacía. Para qué si nada cambiaba, si era siempre lo mismo. En su lugar, hundí con más intensidad las uñas en mi carne y desvié la vista al suelo. Él salió del cuarto y regresó segundos después con una toalla entre las manos.

—Toma, estás empapada.

Rebuscó en los cajones y me tendió un pijama de dos piezas, limpio y seco, que ya me había prestado en otras ocasiones.

—¿Tienes hambre? —Tampoco contesté. Odiaba sentirme su obra de caridad, pero la verdad es que no tenía otra persona a la cual recurrir—. Voy a buscar algo de comer —zanjó sin esperar respuesta —. Puedes cambiarte mientras tanto.

Me deshice de las prendas mojadas en cuanto cerró la puerta. Las apilé sobre la silla y, antes de empezar a secarme, bajé la mirada a mi cuerpo. No podía quitarme de la cabeza la imagen de Luca y esa chica enroscados contra la pared; una de sus piernas envolviendo la cintura de él; sus sexos apretándose debajo de los pantalones; la mano de él sobre los pechos de ella; la piel buscando más piel y un enjambre de lenguas, dientes y mordiscos jugando a poseerse.

Me pregunté si algún día yo sería capaz de despertar esas sensaciones en alguien, de provocar deseo…, de sentirlo; si podría confiar lo suficiente en una persona como para dejarme tocar y besar de ese modo, o si ya estaba demasiado rota. Tal vez, el mundo del contacto no estaba hecho para mí. Quizá estaba condenada a ser solo una observadora, a mirar desde la distancia, a anhelar caricias que jamás llevarían mi nombre porque mi piel no podría soportarlas.

Me vestí pensando en aquello y a los pocos minutos Luca volvió con un plato en una mano y una botella de jugo en la otra.

—¿Qué libro quieres leer hoy? —preguntó luego de apoyar mi cena sobre la alfombra.

Negué, me senté en el suelo y le di un bocado al sándwich. Un Keith Moon, completamente transpirado y con las baquetas en alto, me miraba desde su ubicación central en la pared. A su lado, un poco más a la derecha, John Bonham exudaba pasión en una actitud de absoluta entrega.

—¿Prefieres música?

Volví a negar. Se acomodó frente a mí, recostó la espalda sobre los cajones del escritorio y estiró las piernas. Yo replegué las mías.

—Hay una canción nueva que…

No lo dejé terminar.

—¿Crees que hay algo mal en mí? —Frunció la nariz, extrañado.

—¿A qué te refieres?

Bajé la vista a mis dedos y jugueteé con el dobladillo del pijama.

—¿Por qué… por qué no puedo tolerar que me toquen?

—¿Quieres que alguien te toque? —indagó entre divertido y asombrado—. ¿No eres un poco pequeña para eso?

Le dediqué una mirada exasperada.

—Tú a mi edad ya habías tocado unas cuantas cosas. —Su sonrisa descarada despuntó y le pintó los ojos de picardía.

—Eso es cierto —acotó sobrado.

—Y no, no quiero que nadie me toque. Solo… solo me pregunto por qué soy de esta manera.

—¿De qué manera? ¿Como un cactus lleno de espinas que se protege del exterior?

Sus palabras viajaron sin rodeos y se atascaron en la base de mi garganta. Me abracé las piernas instintivamente.

—Estoy bromeando, Ev. No hay nada malo en ti. —Sonrió abiertamente y empujó el plato en mi dirección, instándome a comer —. Relájate, quieres. No debes preocuparte por eso ahora, solo tienes trece años. —Y con un movimiento de mano dio por terminado el tema.

Lo escuché hablar sobre música el tiempo que tardé en engullir el sándwich, hasta que su voz perdió fuerza y se transformó en una banda sonora de fondo.

—Vamos a la cama, te estás quedando dormida.

Elevé los párpados con esfuerzo y lo vi agachado justo frente a mí. Su rostro a varios centímetros de distancia, sus ojos oscuros observándome fijamente. Me costó ponerme en pie, sentía las rodillas entumecidas y los músculos pesados como si estuvieran hechos de plomo; nada que ya no conociera. Al menos, la escena que me había encontrado al llegar había funcionado como distracción para no pensar en lo ocurrido al otro lado de la pared.

Nos acomodamos sobre el colchón, cada uno en su lugar, manteniendo la estricta separación entre nuestros cuerpos. No fue sino hasta que me tapé con la sábana y la manta, a pesar de que no era una noche especialmente fresca, que sus palabras regresaron para machacarme con su franqueza. Creo… creo que esos metros de tela eran otro modo de acentuar un espacio que me resultaba necesario; otra forma de evitar el contacto. Como si la distancia por

sí sola no fuese suficiente y precisase añadirle otras capas para asegurarme el máximo aislamiento posible.

Un desierto.

Una isla.

Impenetrable.

«Un cactus lleno de espinas que se protege del exterior».

Giré el rostro hacia Luca. Él tenía razón, estaba revestida con un traje de púas afiladas y puntiagudas que me mantenía alejada del resto. ¿Cómo iba a sentir, si en lugar de piel tenía pinches? ¿Si había desarrollado durante años ese revestimiento que me cubría de la cabeza a los pies, justamente para mantener apartados los peligros?

La pregunta se transformó entonces en certeza; claro que había algo mal en mí, y esos besos y esas caricias que todavía no me interesaban, pero que ya anhelaba porque intuía que jamás podría tener, se convirtieron en estrellas lejanas.

No volví a ver una chica en su habitación, pero desde aquella madrugada no dejé de preguntarme qué se sentiría sentir.

19

PUNTO DE QUIEBRE

Ciro

Abrí los ojos y el verde flúor del reloj despertador me dio el primer revés del día. Las siete y treinta y tres.

—¡Joder, joder, joder, llegamos tarde!

Salté de la cama como si me hubiesen pegado una patada en el culo y corrí al vestidor en busca de un traje. No me daría tiempo a ducharme. ¡Genial! Tenía una reunión importante por la mañana y la idea de desayunar tranquilo y pasar mi cuerpo por agua y jabón acababa de esfumarse de un plumazo. Tendría que bastar con una buena lavada de cara y un chorro extragrande de perfume. No entendía cómo había sucedido. La alarma estaba programada para sonar todos los días a la misma hora, ¿o es que había sonado y yo la había apagado sin siquiera darme cuenta? No tenía ni la más remota idea.

—¡Santi, Santi! —entré a los gritos a su habitación, con una pierna adentro y la otra fuera del pantalón, procurando no morir de una caída bochornosa en mi carrera hacia la ventana. Alcé la persiana sin ninguna amabilidad, descorrí las cortinas y una luz cegadora inundó con violencia mis retinas—. ¡Santi, despierta! ¡Nos quedamos dormidos!

En menos de diez minutos mi hermano debía ingresar al colegio y, sin embargo, allí estaba, con la boca entreabierta y el cachete aplastado, babeando la almohada. Lo destapé y sacudí su silueta larga y delgada al tiempo que escaneaba la estancia en busca del uniforme escolar. Su respuesta a mi zarandeo fue un gruñido molesto y media vuelta para darme la espalda.

Suspiré, armándome de paciencia. Mi hermano y yo teníamos pocas cosas en común, pero una de ellas era el gusto por permanecer en la cama hasta bien entrada la mañana —o el mediodía—. Odiábamos madrugar y tener que hacerlo nos ponía de

mal humor. Cada día era una nueva lucha para arrancarlo de entre las sábanas y dejarlo a horario en la puerta de la escuela, en cuyo trayecto yo me ganaba bufidos, silencios o rabietas; en ocasiones, las tres cosas en indiferente orden. Nunca cinco escasos minutos habían dado para tanto. Y lo peor de todo es que cuando la noble tarea de despertarlo quedaba en manos de mi abuela, le costaba su tiempo, sí, pero no recibía una sola queja ni expresión de desagrado. Las rebeliones y levantamientos de armas estaban exclusivamente reservados para mí.

Habían pasado casi dos meses desde mi llegada y mi vínculo con él seguía igual de tenso. Estancado. Estábamos en un punto muerto y no sabía cómo poner primera para comenzar a avanzar. Sentía que me culpaba por el vuelco que había dado su vida, por el accidente de mi abuela, su transitoria incapacidad para valerse por sí misma y, por ende, para cuidar de él. Me veía como un ente hostil con el que estaba obligado a convivir y no perdía oportunidad de demostrarme sus ganas de perderme de vista, de quitarme de la ecuación.

—¡Santiago! ¡Arriba! —ordené, con tono dictatorial, y volví a agitar su estilizada figura. Era tardísimo; no tenía tiempo para jueguitos matutinos—. ¡Tengo una reunión impostergable! En tres minutos te quiero listo en la entrada —anuncié y salí disparado hacia el aseo para terminar de adecentarme.

Oí su resoplido exasperado a mi espalda, que se encargó de hacerme llegar a costa de dejarse los pulmones, y por si acaso, lo reforzó con un «te odio» igual de alto y claro que, no voy a negar, me punzó el pecho. Continué vistiéndome, atento a los sonidos provenientes de la habitación del pequeño revolucionario, cerciorándome de que, aun enfadado, se había puesto en marcha y no había esperado a que abandonase su cuarto para volver a echarse en la cama, como en ocasiones anteriores.

Cuando llegué a la cocina lo encontré sentado a la mesa, un tanto desaliñado pero embutido en la ropa correcta, aguardando su tazón de leche con cereales de colores. Sus piernas se balanceaban, perezosas, haciendo que los cordones desatados de sus zapatos se arrastraran por el piso. Tenía la vista perdida en un pájaro que se

había posado sobre el cerezo japonés al otro lado del ventanal, en el jardín.

La imagen me hizo sonreír con ternura. En los pocos momentos, como aquel, en que no sacaba las garras, recordaba que solo era un niño pequeño, flacucho y desgarbado, que había pasado de vivir felizmente con su abuela a depender de un extraño con el que compartía sangre, pero con el que no sentía afinidad alguna. Era triste, pero era real.

En cuanto reparó en mi presencia, sus facciones se revistieron con ese fastidio que parecía tener siempre reservado para mí: mirada irritada, ceño fruncido, labios apretados y hombros tensos. Esto me provocó una mezcla de cabreo, culpa e impotencia. Quería que dejase de ponerme las cosas difíciles y, a la vez, deseaba desesperadamente encontrar la fórmula para comunicarme con él de un modo distinto a la discusión y el choque constante. Pero no hallaba la manera. Me topaba una y otra vez con una pared que no sabía cómo derrumbar y, para ser franco, su actitud combativa terminaba por sacarme de quicio. Sentía que eso era lo que esperaba de mí y, en consecuencia, se lo daba. Él me desafiaba, me provocaba hasta que entraba en su juego y yo, haciendo gala de mi paciencia, mi madurez y mi nata habilidad para relacionarme con la población infantil, lo regañaba, reforzando la idea de que su hermano mayor era todas esas cosas feas y malas que él ya creía que era. La vestidura de villano me caía como anillo al dedo, y si bien cada día me levantaba diciéndome: «Hoy voy a hacerlo mejor», finalmente no lo lograba, volvía a incurrir en los mismos errores. No quería que aquel modo de vincularnos se convirtiera en un hábito, pero no sabía hacerlo distinto. Necesitaba un puto manual de instrucciones.

Me acerqué a él para atarle los cordones y peiné sus mechones con los dedos en un burdo intento por acomodarlos.

—Hoy desayunamos en el auto —sentencié, paseándome por la cocina para coger la caja de cereales y una banana y salir con prisa hacia la cochera.

—Pero…

—Pero nada, Santi. Ahora mismo tendrías que estar entrando al colegio —lo corté, señalando el reloj que adornaba mi muñeca al tiempo que le tendía la mochila.

—Puedo quedarme en casa con la abuela. —Alzó los hombros en un gesto desdeñoso—. Total, ya es tarde.

—No, no puedes. La abuela no está bien todavía y yo tengo que llegar a tiempo al trabajo.

Con un cabeceo lo insté a moverse, y recién después de obsequiarme un gruñido y un rostro hinchado de malhumor, se puso en movimiento.

Le ofrecí la fruta antes de poner el auto en marcha, pero la rechazó sin decir una palabra. Perdió la vista en la ventanilla, ignorándome por completo, como si solo fuese un chofer desconocido encargado de trasladarlo de un lado a otro y con quien no estaba dispuesto a compartir más que un mero espacio. Prendí la radio e inhalé una bocanada de aire antes de incorporarme al tránsito y a un día que había comenzado torcido. Esperé unos minutos, observando su entrecejo arrugado por el espejo retrovisor, y volví a probar suerte, ahora con los Froot Loops. Los cogió receloso, sin mutar una pizca su expresión enfadada, y volví a sentir ese ahogo que llevaba enganchado al pellejo desde que el avión había tocado suelo argentino. No lograba deshacerme de esa sensación que cargaba a cuestas como un abrigo sobre los hombros hecho enteramente de concreto.

Mi vida se había transformado en una sucesión de rutinas, responsabilidades y horarios fijos que, unos meses atrás, me habrían resultado impensables. Y a eso se le sumaba la eterna cara mustia de mi hermano, que no dejaba de recordarme que no me quería allí. ¿Por qué no podía simplemente sonreírme como lo hacía con mi abuela, su amigo Julián o Mabel, la vecina? ¿Por qué conmigo siempre se comportaba de un modo diferente, en pie de guerra, listo para el siguiente *round*?

—Me falta la leche —puntualizó, componiendo un puchero.

—Mañana nos levantamos más temprano y te los preparo con leche en tu taza del bicho azul —prometí, saltándome un semáforo en rojo y ganándome unos cuantos insultos y bocinazos. Las agujan

marcaban más de las ocho y daba la sensación de que esa mañana toda la población había decidido salir con el auto. El tráfico estaba más cargado de lo normal y yo todavía debía cruzar media ciudad para llegar al centro.

—¡No es un bicho azul, es Stitch! —chilló, como si mi desconocimiento fuera una ofensa imperdonable—. ¡Y no sacaste los aros amarillos! —me recriminó, oteando el interior del envase, con una mezcla de pena y enojo.

Mi hermano adoraba desayunar esos cereales. Le encantaba ver flotar las rueditas de distintas tonalidades en la leche, pero, por alguna extraña razón, aquellas de color amarillo debían ser eliminadas antes de que tocasen la taza porque, palabras suyas no mías, «contaminan el desayuno». De modo que cada mañana me afanaba en la tediosa tarea de seleccionar las permitidas y apartar las prohibidas antes de que él se sentase a la mesa y llevase a cabo una inspección meticulosa de mi labor. Una vez finalizada y aprobada, procedía a ingerir el dichoso alimento.

—¡Come los demás colores, Santiago! —respondí a un paso de perder la paciencia—. ¡Llegamos tarde! —reiteré, y a continuación expliqué con mesura—. No puedo ponerme ahora a separar cereales; estoy conduciendo.

—Entonces no quiero nada.

Arrojó la caja abierta sobre el asiento sin el menor cuidado, volcando parte del contenido sobre el impecable tapizado negro, y clavó la mirada en los edificios que íbamos dejando atrás a medida que avanzábamos.

Tuve que morderme la lengua para retener dentro todas las opciones de réplica que cruzaron mi mente porque cada una de ellas terminaba de la misma manera: en otra jodida discusión. Hicimos el trayecto restante en completo silencio y mi saludo fue ignorado y sacudido por un violento portazo.

Cuando mis pies lograron pisar las instalaciones de la empresa, ya eran pasadas las nueve y cuarto, y llevaba un malhumor a cuestas que no me cabía en el cuerpo. Había quedado atrapado en medio de un atasco y el tránsito se había detenido por completo durante más de media hora. Luego, se reanudó la circulación, aunque a un paso

tan lento que, con seguridad, hubiera llegado antes al trabajo caminando.

Subí al ascensor como una tromba y en cuanto abrí la puerta de la oficina, reparé en que me había dejado olvidados los documentos en el auto. Arrojé el saco sobre el respaldo de la silla sin miramientos y entre maldiciones volví sobre mis pasos. Ingresé una vez más en la caja metálica y bajé los veinte pisos que me separaban de la cochera. Cogí los papeles y repasé con la mirada el interior del vehículo para comprobar que, esta vez, tenía en mi poder todo lo necesario.

No había ingerido siquiera el primer café del día y ya estaba deseando que llegara la noche. Como si fuera una broma de mal gusto de un grupo de críos aburridos, el elevador se detuvo en cada una de las malditas plantas inferiores, acogiendo y expulsando personas, hasta que llegué a pensar que no alcanzaría nunca mi destino. Abrí la carpeta que sostenía entre las manos para centrarme en algo distinto a las ganas de emprender a golpes contra el habitáculo del demonio y cuando, al fin, la pequeña pantalla marcó el número diecinueve, prácticamente salté fuera como si estuviese huyendo de la mismísima parca.

Un golpe me frenó en seco y cerré los ojos mientras sentía el líquido caliente caer en cascada sobre mi ropa. Deseé gritar y no haberme levantado de la cama en la misma proporción.

—Lo siento. Lo siento mucho —se disculpó la chica que acababa de impactar de lleno su vaso descartable contra mi camisa blanca, al tiempo que se llevaba la mano libre a la boca, visiblemente consternada.

—¡Me re cago en la puta madre! —chillé sin querer ni poder evitarlo, bajando la vista para valorar los daños.

Las hojas de los contratos se habían transformado en un enorme lamparón castaño y yo era un estropicio andante que parecía recién salido de un contenedor de basura. Estaba mojado, sucio, con medio cuerpo teñido de marrón y olía al puto café que no me había podido tomar. Mi malhumor ascendía sin escalas y sentía en el centro del pecho un calor que nada tenía que ver con la temperatura de la bebida derramada.

Dejé atrás a la rubia de administración y su retahíla de disculpas, antes de que el enfado trepara por mi garganta y eyectara algún tipo de frase desagradable de la que luego me arrepentiría. Encaminé mis pasos hacia ti. En aquel momento, creí que lo hacía por razones puramente prácticas: no podía ir en esas condiciones a la reunión, tenía prisa y precisaba ayuda. Con el tiempo me fui dando cuenta de que, en verdad, el motivo era bien distinto. Necesitaba tu calma, que me transmitieras por unos segundos esa serenidad que solía regir tus movimientos para olvidar el día de mierda que había tenido hasta entonces y, sencillamente, respirar antes de continuar. Cambiar el chip. Empezar de cero. Buscaba contagiarme una pizca de ese sosiego que vivía dentro de ti y que a mí tanto me faltaba, pero te encaré tan mal que obtuve todo lo contrario.

—Necesito una camisa nueva y una copia de los contratos.

—Buenos días para usted también, señor Ferraro.

Me pusiste en mi lugar sin siquiera levantar la vista de la pantalla. No dejaste de teclear y, como sucedía siempre que reclamaba tu atención y no la obtenía, insistí. Con la diferencia de que, esa vez, no lo hice jugando a provocarte para pintar de rojo tus mejillas, sino de una manera completamente errónea.

—En menos de tres minutos lo quiero todo en mi escritorio —exigí sin modales y con una brusquedad que no merecías.

Me giré con la intención de penetrar en mis dominios, pero tu voz, igual de suave y delicada que siempre, aunque portadora de una firmeza que no había oído antes, me impidió avanzar.

—Usted no es mi jefe y yo no soy su secretaria personal, señor Ferraro.

Aquella fue la primera vez que odié cómo sonaba mi apellido en tus labios. Hasta entonces, el jueguito en el que yo rompía barreras llamándote «Eva» y tú ponías distancia con tus «señor Ferraro», me había resultado de lo más seductor; estimulante incluso. Pero ese día lo pronunciaste con una seriedad que eliminó todo rastro de diversión. Es cierto que yo no me había dirigido a ti del modo correcto, por lo que, para ser justo, ameritaba una contestación con

ese grado de aspereza. Aquella fue la primera vez, también, que mi boca calló tu nombre.

Inhalé con fuerza. Perdí la cuenta de las veces que había recurrido a idéntica maniobra aquella mañana para no perder los gramos de paciencia que me quedaban. No necesitaba eso. No necesitaba que justo ese día dejases de lado la indiferencia que tenías por costumbre regalarme y levantases armas, porque las mías estaban cargadas y ansiosas por repartir disparos.

Me volteé hasta tenerte enfrente, aunque nos separaban unos cuantos metros. Habías alzado la mirada y me recorrías con ella despacio, de abajo hacia arriba. Frenaste en mis ojos y algo debiste percibir de la vorágine que azotaba mi interior porque, sin articular palabra, asentiste. Fue un sutil movimiento antes de que cogieras el teléfono y volvieras a centrarte en tus labores.

Me encerré en el aseo y contemplé mi calamitoso reflejo. Tenía que ser realista; te llevaría bastante más de tres minutos cumplir con mi estúpido requerimiento de conseguir una camisa nueva. El móvil llevaba un buen rato sonando en mi bolsillo, prácticamente desde que había bajado del auto. Álvaro, Vera y el señor Bustos debían estar puteándome en doce idiomas diferentes, intentando localizarme sin obtener resultados y preguntándose en dónde diablos me había metido. Llevaba más de media hora de retraso; debía dejar mi malhumor de lado para cumplir con mis obligaciones y debía hacerlo con una mancha considerable en el torso y salpicaduras en la entrepierna. ¡A joderse! No existía otra opción más adecuada.

Le obsequié un suspiro a mi imagen y fui al despacho en busca del saco. El celular interrumpió sus vibraciones solo unos segundos, para volver a iniciarlas un instante después. Bufé cansado, irritado, con ganas de darme una ducha extralarga, ponerme ropa limpia y beberme una jarra tamaño balde de café bien fuerte. Aún no eran las diez de la mañana…, ¿cómo podía tener el humor tan agrio cuando el día recién acababa de comenzar?

Saqué el aparato del bolsillo y atendí la llamada conteniendo un resoplido.

—Estoy entrando —ladré, con el pomo de la sala de reuniones en la mano.

—Buenos días, ¿hablo con el señor Ciro Ferraro?

Me detuve súbitamente.

—Sí, soy yo.

—Me estoy comunicando del colegio de su hijo Santiago, necesit…

—No es mi hijo, es mi hermano —bramé con rudeza, dejando salir la bronca que llevaba acumulando desde que había abierto los ojos y viendo cómo el día gris comenzaba a teñirse de negro—. A estas alturas ya deberían tenerlo claro, hace más de dos años que forma parte de «la familia del Sagrado Corazón» —escupí con sarcasmo.

—Lo siento, señor. Soy —titubeó—, soy la nueva secretaria. Llevo dos días en mi puesto y todavía no he tenido tiempo de conocer a cada uno de los alumnos ni a sus familias.

Cerré los ojos, sobrepasado. Estaba comportándome como un energúmeno y desquitándome con quien no lo merecía.

—No, discúlpeme usted a mí, no debería haberle hablado de ese modo. ¿Qué ha ocurrido? ¿Santiago está bien?

—Sí, él se encuentra bien, pero… —me llevé la mano a la cabeza. Esa pausa no auguraba nada bueno—, se ha involucrado en una pelea y ha golpeado a uno de sus compañeros de clase. No quiere contarnos lo que ha sucedido, pero la madre del niño en cuestión ha puesto el grito en el cielo y exige hablar con el pad… —se corrigió a tiempo—, con el adulto responsable de Santiago. ¿Podría acercarse a la escuela para charlar con la directora acerca de la conducta de su hermano?

—En cuarenta minutos estoy.

Corté la llamada y, sin más preámbulos, me encaminé a los ascensores.

Si hubiera pasado por mi oficina, habría encontrado una camisa lista para estrenar, una carpeta con los documentos solicitados y un café con una carita sonriente dibujada en la superficie con la espuma de la leche. Ese detalle me habría arrancado una sonrisa y mejorado considerablemente mi mañana. Pero, por desgracia, no lo hice. Salí como una exhalación pensando en las mil maneras de asesinar a mi hermano.

Me puse el saco y lo abotoné, intentando ocultar la jodida mancha marrón que ocupaba la mitad de mi pecho y que continuaba húmeda, adhiriéndose de manera molesta a mi piel.

Tardé cincuenta y cinco minutos en llegar. Casi una hora en la que llamé a Álvaro para explicarle la situación, maldije al pequeño de la familia por meterse en problemas y a los putos cereales que, con un frenazo brusco, habían volado por los aires tapizando las alfombras.

Santiago salió de la escuela envuelto en un mutismo que, sin duda, tenía como fin tocarme los huevos y con la cabeza en alto, como si estuviese orgulloso de haberse negado a pedirle disculpas a su compañero agraviado. El crío no sentía ningún tipo de remordimiento por su conducta y mucho menos por haberme hecho salir del trabajo, desatender mis responsabilidades y enfrentar, una vez más, el caótico tráfico porteño.

Había tenido que soportar —yo, no mi hermano— la regañina de la directora del establecimiento, la cara de perro apaleado del otro niño, que se notaba a la legua, era una puesta en escena bastante mal ejecutada —le faltaban horas y horas de ensayo al que tenía toda la pinta de ser el rey del mambo para componer el personaje de víctima—, y la entusiasta y fallida propuesta de su madre para pautar un «encuentro lúdico» fuera del horario escolar con el objetivo de «mejorar el vínculo entre las criaturas», que no era más que una cita encubierta. No, si lo único que me faltaba a mí era llenar mi agenda de citas «lúdicas» y convertirme en el centro de los chismes de las madres del colegio.

En días como aquel deseaba pisar el acelerador, encarar la autopista en dirección al aeropuerto de Ezeiza y tomar un avión con destino a mi antigua vida. Esa que incluía todos los fines de semana un nuevo circuito para recorrer, rincones escondidos que descubrir, polvos a cualquier hora del día y una espalda liviana de equipaje.

—Quiero ir a casa —demandó, todo digno, el aspirante a Rocky Balboa versión miniatura, luego de entrar al coche y casi convertir la puerta en giratoria.

—Y yo quiero un hermano dócil que no me dé dolores de cabeza —repliqué, con la vena del cuello a un paso de reventar.

Necesitaba serenarme antes de volver a mezclarme entre la caravana de vehículos en la que pasaría inmerso, probablemente, la siguiente hora. Tenía la sensación de que me había pasado el día conduciendo y cogiendo aire para no estallar.

—¿Qué significa «dócil»? —preguntó, metiéndose un puñado de Froot Loops, que yacían desparramados sobre el asiento, en la boca. Sí, sí. Los mismos que horas antes había rechazado argumentando la ausencia de leche y la contaminación a manos del color amarillo. Esos que había revoleado en medio de un capricho.

El crío estaba decidido a provocarme un infarto, así que no respondí e hice la única cosa en mi poder que no involucraba derramamiento de sangre: respiré. De poco sirvió.

—¿Me vas a contar por qué golpeaste a Martín?

—Matías —me corrigió, sin quitar la mirada del inmenso parque que se recortaba al otro lado del cristal.

—¿Me vas a contar por qué golpeaste a Matías? —repetí, ahora con el nombre correcto.

—No.

Si no hubiera tenido que estar atento al tránsito, habría cerrado los ojos y soltado un grito. La bilis estaba empezando a infectarme los órganos y mi garganta hacía un esfuerzo sobrehumano por contenerla dentro. Discutimos todo el jodido viaje de vuelta al trabajo en el que fui incapaz de sonsacarle el motivo de la pelea, aunque estaba seguro de que había uno de peso. Mi hermano no era un niño violento, más bien era reservado y un tanto serio. Parecía un adulto metido a presión en un envase pequeño. Nunca había tenido un problema de esas características y, sin embargo, era la segunda vez que me llamaban de la escuela en el corto espacio de dos semanas.

No me dijo el porqué del empujón que había terminado con su compañero de culo en el suelo y con él sentado a horcajadas arrancándole los pelos, pero no dejó de repetirme a los gritos sus tres frases célebres: «Quiero irme a casa», «Quiero cambiarme de escuela» y «Si me hubieras dejado quedarme con la abuela, no habrías tenido que ir a buscarme». No, si encima la culpa de que zurrara al muchachito iba a ser mía.

—¡Pero me cago en todo! ¡Baja del auto, Santiago! —chillé fuera de mí, tras apagar el motor, introduciendo medio cuerpo en la parte trasera para cortar de cuajo el motín que mantenía a mi hermano aferrado con todas sus fuerzas al asiento delantero.

—¡Suéltame! —Sus dedos se clavaban en el cuero y sus extremidades inferiores pataleaban intentando deshacerse de mí—. ¡Quiero irme a *mi* casa!

Hice caso omiso al adjetivo posesivo, aunque algo en mi pecho se removió, molesto o dolido, no lo sé. Esas dos simples letras eran otra forma de recordarme que yo estaba allí de prestado, que no era más que un viajero en tránsito al que aquel techo bajo el que ambos vivíamos no le pertenecía en absoluto. Ese era *su* hogar, *su* sitio, pero no el mío. Era otro modo de mantener distancia, de visibilizar y engordar la línea que nos separaba; de subrayar el hecho de que su hermano mayor había irrumpido en su vida, su cotidianeidad, sus paredes seguras, para descompaginarlas y romper lo que hasta ese entonces había sido pura estabilidad.

—¡Basta ya, Santiago! ¡Suficiente!

No fue un grito propiamente dicho, pero el tono elevado, áspero y cargado de hartazgo, le avisó que mi paciencia había tocado su límite. Depuso armas. Dejó de zarandearse como un desquiciado y salió del auto agachando la cabeza. No tenía una visión directa de sus ojos, pero sabía que estaba esforzándose por no llorar.

Tomé su mano y no opuso resistencia. No sé si aquel signo representaba algo bueno o malo, pero estaba demasiado cansado y enojado como para ponerme a desentrañar significados ocultos. Tenía veintisiete años más que él, pero idénticas ganas de encerrarme en mi cuarto y no volver a abrir los ojos hasta que me bañase la luz de un nuevo día.

El silencio ingresó con nosotros en el ascensor y nos acompañó todo el trayecto hasta la oficina, como si fuese un integrante más de esa familia destartalada que componíamos. Era probable que no volviese a dirigirme la palabra durante un tiempo y aunque yo era el adulto de esa relación, en ese instante prefería mantenerme callado porque no me veía capaz de expulsar nada más que mierda por la boca.

Me sentía frustrado, perdido, completamente desubicado, intentando caber en un traje que no estaba hecho a mi medida porque, a pesar de que lo intentaba, las costuras se abrían y los agujeros se notaban. Quería huir despavorido de ese papel de hermano mayor, nieto responsable y hombre de familia para el que no me daba la talla y aterrizar en alguno de esos suelos en los que me movía con fluidez. Cualquier aire distinto al que respiraba en aquel momento me valía.

—Tengo que trabajar —gruñí en un tono que no admitía réplicas, abriendo la puerta de la oficina y haciéndome a un lado para dejar pasar al crío enfurruñado que caminaba detrás de mí—. Te quedas aquí sin hacer lío hasta que yo vuelva, ¿está claro?

No respondió. Ni siquiera me miró.

—No estoy jugando, Santiago —aclaré, duro—. Tengo cosas importantes que hacer, no puedo pasarme el día corriendo detrás de tus caprichos.

Cerré la puerta y, sin siquiera pensarlo, mis piernas se deslizaron hacia ti. No sabía qué hora era, qué había ocurrido con la reunión, si se había llevado a cabo o si habrían cambiado el horario para que yo pudiese acudir. No podía confiar en que mi hermano permaneciera quieto y no se diera a la fuga con el simple propósito de fastidiarme. Tenía cientos de tareas que realizar y no sabía por cuál de ellas comenzar porque estaba mareado, desorientado, inconexo. Mi cabeza estaba lejos de allí; no dejaba de saltar de una preocupación a otra como si se tratase de una cama elástica de problemas: la charla con la directora de la escuela, el segundo llamado de atención por la anómala conducta del niño a mi cargo, sus berrinches continuos, la creciente y punzante sensación de ser la causa de su malestar y mi propia desazón por no saber manejar una situación que me quedaba grande.

Estaba fuera de mi eje, la mente me corría a una velocidad inalcanzable y tenía el cuerpo plagado de sentimientos negativos que habían ido sumándose, grano a grano, a lo largo de la mañana. Así, en ese contexto, dentro de ese pellejo alterado y bullicioso, me crucé con tu imperturbable calma.

Llevabas un vestido color tierra abotonado por el frente y un cinto marrón, a juego con los zapatos. Estabas perfecta, como siempre. Ni un solo pelo fuera de lugar; el maquillaje suave, impecable; tu modelito planchado estupendamente bien. Impoluta. Inmejorable.

Te encontrabas de pie, inclinada sobre la pantalla, transmitiéndole una serie de datos a quien se encontrara al otro lado de la línea telefónica. Sonreías como jamás lo habías hecho conmigo; como lo hacías todo el tiempo con los demás. Anotaste algo en el margen de una hoja con esos movimientos sumamente femeninos, sosegados, que te caracterizaban y a mí tanto me gustaban porque siempre me hacían pensar en la delicadeza de la seda o el tacto aterciopelado de una pluma. Pero ese día no. Aquella mañana me resultaron irritantes porque fueron puro contraste. La antítesis de lo que me hervía por dentro.

—¿Dónde están las copias que te pedí?

Mi tono severo te sobresaltó y la sonrisa se te cortó de raíz mientras colgabas el teléfono. No me habías visto llegar y, para cuando alzaste la mirada, ya había invadido todo tu espacio. Tus ojos contrariados me contemplaron y abriste la boca sin atinar a responder.

—Las jodidas copias, Eva. —Te apremié con un levantamiento de cejas y acerqué mi rostro al tuyo hasta que tu perfume y el mío se mezclaron.

Diste un paso atrás al instante. Fue la primera vez que retrocediste ante mi cercanía, aunque eso no me detuvo.

—Y, como podrás darte cuenta, sigo hecho un desastre —aseguré, señalando la mancha, ya seca, que me pintaba medio torso— porque no has sido capaz de conseguirme una maldita camisa.

Me miraste confusa, descolocada ante lo grosero que me estaba mostrando.

—Dejé todo sobre su escritorio hace un rato —lograste pronunciar en un balbuceo.

—Tarde, Eva, tarde. —Te corté, sin dejar de comportarme como un cabrón. Echo la mirada atrás y solo siento vergüenza—. Necesito esas copias ya.

Moviste los labios nerviosa y tuviste que intentarlo varias veces antes de que tu voz se dignase a aparecer. Cuando finalmente lo hizo, salió débil, agujereada por la vacilación.

—Voy a buscarlas.

Intentaste pasar por mi lado para dirigirte a mi despacho, pero te bloqueé el paso.

—No me escuchas, Eva. Las quiero ahora. —Empecé a revolver con urgencia y sin sutileza alguna los dosieres y folios que había en tu escritorio—. ¿Dónde están los documentos originales?

Unas cuantas hojas cayeron al suelo en mi desesperada e infructuosa búsqueda.

—No lo sé… yo…

—¿No lo sabes?

Tu nerviosismo creció y tus dedos volaron hacia los mismos papeles que yo había desordenado un instante atrás para enmarañarlos aún más. No hallaste nada. Te giraste hacia la estantería, colmada de archivadores, que se levantaba justo detrás de tu mesa y que siempre destacaba por su minuciosa y exigente organización, y comenzaste a sacar legajos, uno detrás de otro, sin orden ni sentido, presa de la tensión.

Era imposible que encontrases lo que buscabas porque mirabas sin ver. Debí haberme dado cuenta de lo que estaba provocando en tu cuerpo con mi conducta irrespetuosa y avasallante, pero el cúmulo de frustraciones que arrastraba desde bien entrada la mañana me mantenía ciego, enfebrecido, incapaz de razonar.

De tus manos alteradas resbaló una carpeta que impactó contra el piso. Te agachaste a recogerla y, en el apuro por devolver cada lámina impresa a su lugar, volvió a escurrírsete de entre los dedos. Bufé exasperado, escupí un «tiene que ser una broma» que tensó tus hombros, y mutilé la poca distancia que quedaba entre nosotros. Te erguiste, sacudida por la misma premura que estaba guiando todos tus movimientos, y chocaste con mi cuerpo. Quisiste retroceder y no pudiste; estabas acorralada entre el mueble y mi metro ochenta y cinco. No había espacio para el aire entre mi piel y la tuya.

—¡Es tu trabajo! —te espeté, perdiendo la poca paciencia que me quedaba—. ¿Cómo puede ser que no sepas dónde están?

En un movimiento brusco, alcé la mano para coger una carpeta a tu espalda y tu respuesta me dejó mudo. Cubriste tu cabeza con los antebrazos y te encogiste tanto, Eva, que no pude reaccionar. No supe hacerlo. Me quedé muy quieto viendo tu figura replegarse y temblar.

Algo dentro de mí se rompió en ese instante.

¿Estabas tiritando por mi culpa? ¿Yo era la razón por la que tu vello se había erizado y respirabas a trompicones? ¿Te habías asustado de mí? ¿Pensabas que sería capaz de golpearte? Me tenías… ¿miedo?

Sentí un dolor que no había experimentado antes, que me dejó paralizado y, a la vez, removió cada una de mis células. Quise decir algo que te arrancara el temor del pellejo y al mismo tiempo se llevase esa sensación opresiva que estrangulaba mis entrañas, pero no conocía las palabras… ni las acciones. Estaba inerme ante una situación que me resultaba demasiado violenta.

De todas las emociones del mundo, el miedo es lo último que desearía provocar en una persona; sin embargo, es justo lo que acababa de despertar en ti.

Poco a poco deshiciste el escudo, bajaste los brazos y alzaste la mirada. Fue como si me clavases un puñal en cámara lenta, introduciendo el cuchillo despacio, milímetro a milímetro, hasta robarme el último aliento. Debajo de todo lo que me contaban tus ojos había… ¿vergüenza? No, no podía ser.

Diste un paso al costado al ver que no me movía y pronunciaste un «lo siento» antes de salir corriendo.

Yo no pude moverme.

20

DELIMITAR FRONTERAS

A los diez años

—Lo siento.

Me colé por su ventana con las piernas laxas y esa sensación de flacidez que, por desgracia, ya me era familiar y se adueñaba de mí en el momento inmediatamente posterior, cuando el subidón de adrenalina y el estrés comenzaban a menguar.

La situación era cada vez más violenta. Lo notaba. Crecía y se ensanchaba como una hiedra trepadora que va ganando terreno, escalando paredes, vallas y techos hasta que un día te encuentras rodeada y no ves más allá de sus hojas. El golpe seguía sin recaer sobre mi cuerpo, pero los destrozos iban en aumento, los gritos reventaban tímpanos y gargantas y sus ojos se revestían, con cada nueva explosión, de una mayor frialdad. Era como si al mirarme no viese a su hija sino un enemigo a aniquilar. Y yo leía allí, en sus pupilas, sentimientos cada vez más desagradables y desbocados.

Mi padre no era tonto, si todavía no me había llenado la cara de moretones era porque así le convenía. Marcada no le servía. Había una imagen que mantener, y un rostro desfigurado era sinónimo de pérdida de ganancias. Sin embargo, sabía que ese golpe retenido con esmero no tardaría en llegar. Era solo cuestión de tiempo.

En ocasiones me preguntaba si no sería mejor que lo hiciera de una vez, que dejara caer sobre mi piel esa furia intensa que le nacía en la médula y terminaba con muebles y objetos hechos añicos. Que finalmente liberara sus impulsos y me hiciera experimentar en la carne aquello que no dejaba de imaginarme. Tal vez me daría cuenta de que no era para tanto. O quizá no; quizá fuera peor. Pero al menos mi cabeza dejaría de figurarse cientos de posibilidades, cada cual más brutal que la anterior, y mi cuerpo ya sabría a qué atenerse.

—Yo también lo siento.

Luca descorrió las sábanas y me amoldé al hueco que me cedía entre la pared y su silueta. Cerré los ojos y me dejé mecer por la calma. Allí, bajo ese techo, sobre ese trozo de cama, me sentía a salvo. Sus dedos comenzaron a masajear suavemente mi cuero cabelludo y mi respiración poco a poco se fue ralentizando. Procuré centrarme en el tacto sutil de esas yemas que ejercían en mí un efecto sedante. No me gustaba demasiado el contacto físico; él lo sabía. Me sentía más cómoda en la distancia, manteniendo espacios intermedios entre mi piel y la de otros; trazando líneas imaginarias que me daban la sensación de estar protegida.

En mi familia no existía nada similar a una muestra de cariño. Las caricias espontáneas, los besos de buenas noches, los abrazos a la llegada del colegio o gestos tan simples como revolverme el cabello eran impensables. Actos que podía ver dentro de una pantalla de televisión o escenificados entre mis compañeros de colegio y sus padres, entre mi propio vecino y su madre, pero jamás al interior de la casa en la que yo vivía. Allí la cercanía solo significaba peligro. Había asociado a una edad muy temprana la proximidad con el riesgo y la posibilidad de salir herido, por lo que las fronteras marcadas y los contornos definidos eran para mí el equivalente a seguridad. A respirar tranquila. A desprenderme la tensión de los hombros.

Sin embargo, con Luca regía una lógica distinta. Se mantenía cerca, pero sin invadir. Respetaba mis silencios. Su cuerpo y el mío no se rozaban bajo las sábanas y solo rompía ese límite tácito en contadas ocasiones, cuando entendía que yo lo necesitaba. Como en ese instante. Como cuando acercaba los auriculares a mis oídos, me apartaba mechones de pelo de la cara o barría restos de lágrimas de mis ojos. Y siempre lo hacía con movimientos pausados y dedicándome una mirada anticipatoria a modo de aviso, contándome con los ojos sus intenciones, desmontando así la sensación de amenaza. Además, con él no aplicaban las mismas reglas que con el resto del mundo, porque desde aquel primer día en que me había ofrecido su palma alzada y yo había decidido cogerla, sus manos significaban generosidad, ternura, algo muy alejado, incluso

opuesto, a lo que me despertaban las que vivían en el apartamento contiguo. Y ni hablar de las de Claudia, a las que ya me había acostumbrado a tener encima porque, para ella, envolverme en un abrazo, pellizcarme el cachete o rodear mis hombros eran actos tan cotidianos como respirar.

—Ev… —Su voz cálida me sacó del letargo—. Mírame.

Abrí los ojos y expulsé lo que no dejaba de deambular por mi cabeza.

—Quiero poner un cerrojo.

Su mirada se achinó y la nariz se le arrugó en un gesto reflexivo que duró unos cuantos segundos. Probablemente, debería haberme dicho que no era una buena idea, que aquello no traería como resultado la intimidad que yo ansiaba y mucho menos un cobijo de lo que se hallaba al otro lado de la puerta. Pero Luca no tenía por costumbre decirme que no a nada, así que su cerebro ya estaba buscando el modo de darme lo que quería.

—Puedo hacerlo —afirmó, todavía con el rostro contraído.

Era un niño de doce años, sí, pero también la figura masculina en una casa vieja en la que, cada dos por tres, se estropeaba algo. Y era hábil con las manos.

Me senté sobre el colchón y él se incorporó hasta quedar frente a mí. Guardé silencio unos instantes mientras lo veía alborotarse el pelo en un ademán distraído. Llevaba el cabello algo más largo de lo habitual y cada vez que se lo rastrillaba con los dedos, las puntas parecían empinarse hasta formar una cresta.

—Mi madre siempre está en casa —pensé en voz alta.

—Excepto los jueves.

Sabía tan bien como yo que la existencia de mi progenitora se reducía a una habitación de persianas bajas, un televisor siempre encendido y la anestesia que le regalaban las novelas. Solo salía de esa madriguera los jueves, el día de la compra.

Lo observé con el pecho revuelto por la expectativa. En mi mente de diez primaveras ya veía materializado aquel pestillo que no sabía cómo colocar y tampoco tenía dinero para comprar, pero que ya no era una opción sino una necesidad. Debía tenerlo. Debía dividir los espacios y establecer una raya que no pudieran traspasar. Debía

lograr que la puerta dejase de ser un mero accesorio para cumplir su función de separación y al fin tener un retazo al que llamar «mío», donde no tuviesen la posibilidad de penetrar cuando les diera la gana con la intención de arrasar y destruir, y en el cual yo pudiera sentirme a salvo.

—Yo me ocupo —sentenció con determinación y a mí los labios se me curvaron hacia arriba.

El jueves siguiente, al llegar de la escuela, la casa se encontraba exactamente igual que siempre. Mismas paredes marchitas, mismo olor a humedad, idéntico aire de abandono... Excepto por un detalle. Un diminuto y gigantesco detalle: un pestillo de metal brillaba aferrado a mi puerta.

Sonreí. Sonreí sin saber que no volvería a hacerlo en mucho tiempo.

21

UNA MADRIGUERA Y MUCHAS CONFESIONES

Eva

Vergüenza. Vergüenza era lo que desprendían mis tacones con cada pisada mientras huía como una cobarde a resguardarme en el aseo. La situación me superaba; las emociones lo hacían. Un hilo de lágrimas con sabor a pasado, que jamás pensé que volvería a soltar, espolvoreó mis mejillas. Las sensaciones, las mismas exactas sensaciones que creía superadas aparecieron, intrusivas y fulminantes, en un contexto que nada tenía que ver con aquel en el cual se habían desarrollado mi infancia y adolescencia, y me golpearon tan fuerte como un puñetazo que llega sin previo aviso. Sorpresivo. Súbito. Diseñado para dejarte *knock-out*.

Cerré la puerta tras de mí, trabé el pestillo para que nadie más pudiera verme en esas condiciones, y me dejé caer sobre la madera. El cuerpo me latía entero, revuelto como si acabase de dar cien vueltas en una montaña rusa. Ya sabía cómo era, conocía a la perfección los síntomas que estaba experimentando y los que vendrían inmediatamente después: aumento del ritmo cardíaco, sudoración, respiración descontrolada, dilatación de las pupilas, pitido en los oídos, contracción muscular y liberación de un combo hormonal explosivo para descender luego, en caída libre, a la fatiga, los músculos laxos, unas extremidades, más que relajadas, desfallecidas, y el exceso de pensamientos.

Se producía un enroque, como si todo ese alboroto corporal del que todavía sentía el eco se transportara hacia arriba y siguiera su trabajo en la cabeza. Cuando finalmente mi organismo entraba en reposo, la mente tomaba la posta y comenzaba a moverse a toda máquina.

Bajé la tapa del inodoro y me senté a esperar el pasaje de un estado a otro. El cambio del desbarajuste físico al psíquico. Mi respiración poco a poco se fue estabilizando, dejé de notar el

corazón a un paso de saltar por mi boca hacia el vacío, pero no cesé ni por un segundo de sentirme avergonzada.

Saqué el móvil del bolsillo y busqué el número que necesitaba. Pulsé la tecla de llamada con dedos temblorosos y después de unos cuantos tonos, saltó el contestador. Corté y volví a intentarlo con idéntico resultado. Probé una vez más. Nunca lo hacía. Jamás llamaba porque la época aguda, de pesadillas recurrentes y malestar constante había acabado hacía años… o eso creía.

—¿Eva?

El tono extrañado me confirmó que esa llamada resultaba igual de inaudita para ella que para mí.

—Sí, soy yo. —La línea quedó en silencio los segundos que precisé para formular la pregunta—. ¿Puedo pasar esta tarde por el consultorio? A la hora que sea —recalqué—, me adapto. Realmente lo necesito.

No fue fácil para mí pronunciar esas palabras. Eran más que un simple pedido, eran la aceptación de que aquello que creía haber dejado atrás, seguía teniendo poder sobre mí. Una época superada que no lo estaba tanto.

Corté la llamada con un horario pautado y la sensación de fracaso instalada en el pecho. Sentía que había vuelto a la casilla de salida, que acababa de retroceder a zancadas en un camino que había transitado despacio, con pasitos cortos, y por el que me había supuesto un gran esfuerzo avanzar.

No comprendía por qué había reaccionado de manera desmedida ante una situación que ni por asomo se asemejaba a las vividas en el pasado. Tú no constituías una amenaza para mí. Eras provocador, impertinente; un jugador nato. Te gustaba saltarte los límites, causar impacto, desafiar continuamente. Te habías comido el espacio entre nosotros desde el primer día, aproximándote siempre un poquito más de lo estrictamente profesional. Tu cercanía me enfadaba sobremanera. Me irritaba y aburría al punto de tener que contenerme para mantener las formas, pero también, y muy a mi pesar, ese comportamiento descarado y retador producía «efectos» en mi cuerpo que no podía controlar. El refrán: «Perro que ladra no muerde» parecía hecho a tu medida y, por ese motivo, me resultaba

inentendible lo que había sucedido tan solo un instante atrás. Tenerte a un palmo de mí me generaba muchas cosas, demasiadas, incluso contradictorias, pero el miedo no era una de ellas.

Sin embargo, algo había enviado una señal a mis neuronas desencadenando una regresión al pasado. Una vuelta violenta a esa parte de mi vida de la que había huido descalza, hecha trizas y con las manos prácticamente vacías. No sé si fue tu tono de voz, seco y más alto que de costumbre, o el hecho de que me tomaras por sorpresa. Generalmente, te veía acercarte y en esos segundos que tardabas en llegar a mi lado, mi cabeza ya se preparaba para lo que vendría a continuación: tus talones pisando los míos, tu boca demasiado cerca de mi oído, las telas que nos cubrían rozándose y una frase inédita destinada a subirme los colores. Solía tener una fracción de tiempo para acomodarme a la idea de tu presencia penetrando en mi espacio; pero ese día no. Cuando quise darme cuenta, cuando tus palabras me alcanzaron, ya estabas pegado a mí. Tal vez, ese intervalo que me faltó fue lo que me desestructuró, y simplemente me asusté ante una inmediatez que no vi venir, para la que no estaba preparada.

Me dolió reconocer que los recuerdos no los llevaba en la mente sino en el cuerpo, sobre los hombros, cargados a la espalda, en los movimientos aprendidos de mis músculos que habían repetido una secuencia que creía caduca: los brazos en cruz protegiendo la cabeza, ojos bien cerrados, mentón pegado al pecho y una retracción que me hacía volver chiquita.

Capítulos ya escritos de mi vida intentaban colarse a empujones y robar protagonismo a las páginas por escribir. Pero el retorno de los fantasmas del pasado no era lo único que me mantenía anclada a la tapa de un inodoro durante mis horas laborales, sino otro detalle que me sacudía y torturaba de igual manera: tus ojos. Tu mirada humedecida, esa que se había velado al chocarse con el temor que invadía la mía.

Unos golpes en la puerta me obligaron a salir, no sin antes recomponer un poco mi rostro. Volví a mi puesto de trabajo ataviada con una máscara de profesionalismo, que se desmoronaba en

cuanto la rozabas, y me topé con el charco de papeles que habíamos dejado atrás en el apuro por eyectarnos de la escena.

Recogí las hojas y procuré poner mi atención en las tareas por hacer. No lo logré. Mi mente se empeñaba en regresar al verde aguado y brillante en que se habían transformado tus iris al ver mi figura empequeñecida.

Las lágrimas reaparecieron y, como si continuara todavía con un pie en aquel pasado rebelde que se había atrevido a irrumpir en mi presente, me resguardé bajo el escritorio junto a la lapicera que tenía entre las manos, por el solo hecho de mantenerlas ocupadas. La oficina estaba desierta a esas horas, por lo que me olvidé del mundo, los quehaceres, las responsabilidades y cerré los ojos, dejando fluir eso que mi pecho no conseguía contener.

Apelé a la racionalidad. Ya no tenía por qué sentir miedo; las circunstancias que me rodeaban no eran las mismas de antaño. Había cambiado de casa, de barrio, de ciudad, de vida. Había puesto kilómetros de por medio y me había asegurado de no dejar huellas de mi paradero. Mi único contacto con aquella parte de mi existencia era Vera, pero ella pertenecía a la porción buena, sana, a los recuerdos lindos que no pesan ni se atragantan. Pero lo más importante de todo es que había cambiado yo. Me había rehecho a base de empeño y trabajo duro. Ya no era la misma de aquel entonces.

«Y, sin embargo… —susurró una vocecita en mi cabeza— ahí estás…, escondida bajo un mueble igual que hacía la niña que juras haber dejado atrás».

Quise rebatir su argumento, pero no hallé ningún alegato de peso. Había parte de razón en esa afirmación. Con extremidades más largas, ropa formal y en buen estado, las uñas siempre pintadas, otro puñado de primaveras encima y más carne repartida a lo largo y ancho de mi cuerpo, acababa de recurrir a la misma endeble guarida. Un conjunto de maderas unidas por clavos que hacía las veces de techo y paredes, dentro de las cuales podía acomodar el montón de huesos que era.

No obstante, decir que aquella cría asustadiza y la Eva de veintiocho años eran la misma cosa, sería mentir. Aunque ese

preciso día se parecieran más que nunca. Pese a que, en ese instante, bajo esa cubierta de nogal y barniz, sus pieles se tocasen.

El desconsuelo en tus ojos volvió a azotarme, y el deseo de apretar el botón de *rewind* para destruir de raíz esos minutos —o segundos, no lo sé— que lo habían cambiado todo, creció bajo mi pellejo como un rascacielos que apunta a acariciar las estrellas.

Quería devolverles la picardía y ese halo salvaje, indomable, con el que me miraban a diario, aunque me pusieran nerviosa y toda la gama de morados jugara a apropiarse de mis mejillas. Prefería mil veces sentir sobre mi tez su depredadora intensidad a esa expresión descolocada y llena de angustia que los había bañado esa mañana. No quería, bajo ningún concepto, que creyeses que te tenía miedo y, menos aún, que empezaras a mirarme con lástima. No podría soportarlo.

Pensar en aquella opción me produjo un escalofrío y me abracé a mí misma, frotando con ímpetu la piel erizada de mis brazos.

—Hola, ¿estás bien?

Abrí los ojos de golpe y con solo tres palabras caí de lleno en el pasado. Si un rato antes me había sacudido, ahora me engullía como el lobo malo del cuento a la pequeña de capa roja. Fue como rodar por una pendiente cuesta abajo, sin hallar una roca, rama o tronco a los que aferrarme para frenar el brutal descenso. Viajé a una habitación desconchada, a un ventanal, a un piso bañado de papeles. O, tal vez, fue el pasado el que viajó a mi presente para adentrarse en él con el mismo interrogante, pero distintos ojos.

Me pregunté si tendría su misma edad. Si ese niño de mirada azul que aguardaba una respuesta también me tendería su mano y me prestaría su mundo para cuando quisiera escaparme del mío. Habían pasado más de dos décadas, veintidós años, y yo, por un instante, bajo aquel escritorio, volví a ser esa niña de mejillas húmedas que se abrazaba las rodillas para consolarse a sí misma. Una niña desvalida y llena de miedo en el cuerpo de una mujer.

—¿Por qué lloras? —indagó con una vocecita extremadamente dulce y reparé en que no había respondido a su primera pregunta. Me apresuré a limpiar la humedad de mis ojos y, antes de que pudiera abrir la boca, agregó—: No sientas vergüenza, yo también

lloro a veces. —Se encogió de hombros y se sentó a mi lado, compartiendo madriguera.

Me gustó que no escondiera sus emociones, que las aceptara con naturalidad, y que a esa edad tan temprana ya tuviese meridianamente claro que derramar lágrimas frente a otro y permitirle ver tus sentimientos no es, en ningún caso, un signo de debilidad. Pensé que, a mí, con una existencia mucho más larga, con veinte años más a mis espaldas, todavía me costaba comprender, interiorizar y poner en práctica esa verdad, porque durante toda mi infancia me habían enseñado que cualquier cosa que dijese, mostrase o hiciese, podía ser utilizada en mi contra. El entusiasmo, la ilusión, la alegría eran aniquilados por completo; las palabras, la tristeza y las gotas que mis ojos soltaban, ignoradas, rechazadas o devueltas en forma de gritos, reproches, amenazas. Mis emociones no tenían entidad alguna. O eran invisibles o bien desencadenaban todo tipo de reacciones negativas, por lo que, en la medida de lo posible, procuraba mantenerlas dentro. Encerradas. Mías, para que nadie las viera. Desaprender lo aprendido era una tarea en proceso. No me resultaba nada fácil confiar en las personas, abrirme a ellas y mostrarles algo tan íntimo como el motivo de mis lágrimas. Por esa razón, admiré la facilidad de ese niño para, en una sola frase y un alzamiento de hombros, transmitirme el mensaje: «No te escondas, no es malo ni vergonzoso llorar, todos lo hacemos, es parte de la vida».

—¿Por qué lloras? —insistió, sin dejar de mirar al frente.

Estábamos sentados de cara a la estantería y la puerta de la oficina, en esos momentos vacía, de mi jefe. Sacó del bolsillo del pantalón una pelotita y se puso a jugar con ella, haciéndola rodar por el piso, pasándola de una mano a la otra. La reconocí al instante; era tuya. Un mapamundi en miniatura, bastante deteriorado por el uso y el paso de los años, que constituía el único efecto personal que guardabas en la oficina. No había fotos, ni plantas, ni tazas personalizadas o cuadros con frases motivacionales. Solo esa esfera arañada por el tiempo sobre un aséptico lapicero.

Sabía que el niño ubicado a mi lado era tu hermano, lo había visto en alguna ocasión, pero nunca habíamos cruzado palabra. No tenía

idea de por qué estaba en la empresa en horario escolar, con el uniforme puesto, y desconocía la razón por la que había llegado, solo, a mi cueva provisional.

—¿Te portaste mal y te retaron? —aventuró.

Sacudí la cabeza de un lado a otro y no pude evitar sonreír.

—¿Alguien te hizo daño? —arriesgó de nuevo.

Volví a negar y tragué saliva, antes de pronunciar en voz alta lo que realmente me angustiaba.

—Yo le hice daño a alguien.

Arrugué la tela del vestido entre las manos y lo vi asentir por el rabillo del ojo. Detuvo el deambular del pequeño balón y se quedó pensativo, como si estuviera sopesando mis palabras. El silencio se nos unió durante algunos segundos, y cuando ya creía que no volvería a hablar, susurró:

—Yo también.

Giré el rostro, sorprendida por su confesión, y lo encontré con la cabeza gacha. Veía solo su perfil, pero podía notar los rasgos infantiles contraídos: el ceño fruncido, la boca apretada y un surco en la frente que no debía estar ahí. Se mordía compulsivamente el interior de los cachetes. Parecía enojado.

—¿Quieres contarme qué pasó?

Me miró de reojo, no con desconfianza sino con cierta cautela, y finalmente negó. Volví la vista al frente, a esa estantería de carpetas alineadas en la que ya no quedaba rastro del desorden que habíamos instaurado.

—¿De qué te estás escondiendo?

Cuadré los hombros, aunque supongo que no es difícil asumir que si una mujer se encuentra sentada debajo de su elemento de trabajo es porque está ocultándose de algo.

El juego se reanudó, pero ahora haciendo rebotar la pelota contra el suelo una y otra vez. El celeste de los océanos y las manchas de colores que discriminaban continentes chocaban con el mármol, frenaban un momento entre sus manos para, a continuación, volver a iniciar la secuencia.

Pensé en el mapa de mi vida que marcaba solo dos lugares, dos pequeños puntos conocidos entre los que se había desarrollado la

totalidad de mi existencia. El resto del mundo quedaba aún por explorar. Viajar no había sido para mí una posibilidad hasta entrada la edad adulta. Con un sueldo que me permitía ahorrar algo de dinero cada mes habría podido darme el gusto de surcar el cielo y recorrer otros territorios, pero no lo había hecho, aunque no descartaba la opción en un futuro. Mis prioridades habían sido otras. Había elegido conocerme yo, descubrirme y construir una existencia en la que pudiera moverme con holgura, donde me sintiese cómoda cada día.

No había montado jamás en un avión, pero a lo largo de mi niñez y adolescencia me había subido a las solapas de muchos libros y había volado entre sus hojas. Había vivido muchas vidas, escalado montañas enormes, manejado coches de carrera a velocidades imposibles, tocado la punta de la torre Eiffel con los dedos, paseado en globo entre las nubes con un perro, un conejo y un mago como acompañantes, y hasta bajado una cuesta empinada a toda marcha en una bicicleta turquesa sin frenos. Los libros dan alas a quienes tienen los pies anclados a la tierra. Supongo que internarme debajo de un mueble no era la única manera que había aprendido para evadirme de la realidad.

—Te cuento un secreto…

Los ojos se me llenaron de lágrimas. Él asintió con verdadero interés, devolvió la bola al interior del bolsillo, como si desease eliminar cualquier tipo de distracción, y, por primera vez desde que se sentó a mi lado, enlazó esa mirada que recuerda a las profundidades marinas con la mía. Fue inevitable evocarlo a él, al niño de mi infancia, no porque ese azul oscuro que ahora me observaba se asemejara en algún punto a la noche cerrada en que parecían convertirse sus iris marrones bajo el tenue foco de la lámpara de su habitación, sino por el aura de intimidad que nos envolvía. Me incliné un poco más sobre su oído y murmuré con la garganta hecha un nudo:

—Le tengo miedo a los fantasmas.

No hubo risas ni burlas por lo que acababa de revelarle, únicamente torció los labios y se rascó la nariz mientras volvía a asentir con seriedad. Traté de imaginar qué tipo de idea estaría

formándose de mí, una mujer adulta parapetada tras una muralla de madera protegiéndose ¿de qué? ¿Del pasado? ¿De un dolor antiguo pero actualizado? ¿De una vida extinta? ¿De personas que ya no formaban parte de su presente o de una Eva que creía haber dejado atrás pero que parecía alcanzarme, rozarme la espalda con las yemas? No lo tenía claro. Posiblemente de todo a la vez.

Me costaba figurarme lo que estaría aconteciendo dentro de aquella cabecita. Sus ojos se achinaron y su semblante adoptó un aire meditabundo. Comenzó a mirar hacia todas partes, como si se le hubiese perdido algo importante y le urgiera encontrarlo. Fijó la vista en un punto y, finalmente, lo vi gatear los centímetros que nos separaban del bajo de la estantería y rasgar el suelo con los dedos. No entendí lo que estaba haciendo hasta que distinguí la esquina de una hoja atrapada debajo del mueble que, evidentemente, al recoger el desorden, me había pasado desapercibida.

Logró liberarla luego de varios intentos, lo que trazó una sonrisa de triunfo en su rostro antes de regresar a mi lado para, con una atención casi quirúrgica, empezar a plegarla. No le dije que esa carilla impresa con decenas de caracteres formaba parte de un documento y que, por lo tanto, debía retornar a su sitio original: el interior de una carpeta. Estaba tan concentrado en la actividad que no tuve corazón para interrumpirlo.

Siguió ejecutando dobleces como si le fuera la vida en ello, y yo no reconocí la figura de que se trataba hasta que cogió la lapicera que dormía junto a mi muslo y pintó los detalles que faltaban. Me quedé lívida.

—¿Te asusta?

Alzó la escultura y la sostuvo frente a mis ojos. Había construido un fantasmita con sus propias manos, frunciendo sucesivas veces un papel y dibujándole una expresión que pretendía ser atemorizante, pero que no llegaba a serlo.

Tragué saliva y me ordené mentalmente no llorar. Moví la cabeza de lado a lado, negando.

—¿Ves? —Se encogió de hombros—. No debes tener miedo. Tú eres más grande y fuerte.

¿Lo era? La pregunta quedó rebotándome dentro del cráneo. Había crecido, sí; no solo había acumulado años en el calendario y mi cuerpo ganado consistencia, sino que había trabajado mucho en terapia y fuera de ella, buceando en mis profundidades para fortalecer la mente y edificar una Eva distinta, más sólida, más… mía y menos un producto de los otros. Entonces, ¿por qué sentía que esa estabilidad acababa de tambalearse? ¿Que eso construido era tan resistente como un castillo de arena lamido por las olas del mar?

Si el contacto no hubiera representado una dificultad para mí, le habría llenado las mejillas de besos a ese niño por intentar consolarme. Pero como no está en mi naturaleza demostrar tan abierta y efusivamente mis sentimientos, mucho menos si se trata de desconocidos, solo atiné a sonreír. Admiré una vez más esa capacidad suya de simplificar cosas que a mí me parecían sumamente complejas. Bendita inocencia y maldito el día en que la adultez o las circunstancias de la vida nos la arrebatan para llevársela lejos.

Puso su obra terminada entre mis manos y las envolvió con las suyas. El roce fue breve pero suficiente para templarme por dentro. Volvimos a mirar hacia el frente en una muda compañía con la que cada vez me sentía más a gusto.

—Me peleé con Matías.

Rompió el silencio. Quizá porque al abrirme primero, al confesarle mis temores y el motivo por el que me hallaba agazapada en esa extraña trinchera, sintió que él también podía hacerlo. Compartir. Soltar. Dejar salir lo que llovía por dentro. Ahora fui yo quien lo miró con total atención.

—En la escuela me molestan. —Su voz salió pequeña, amarga, como si le hubiese costado un mundo expulsarla al otro lado de la garganta. No me pasó desapercibido el plural. Me pareció atisbar enfado, pero también una tristeza latente; algo que llevaba tiempo macerándose en su interior—. Se burlan de mí porque me gusta hacer figuras con papel y aprender palabras nuevas del diccionario. No me dejan jugar con ellos porque dicen que soy raro. —El azul oceánico de sus ojos se revistió de súplica—. ¿Lo soy?

—¿Has buscado esa palabra en el diccionario?

—No, pero sé que significa algo malo.

—¡Claro que no! —Me miró receloso, rastreando algún indicio de mentira en esa afirmación que acababa de lanzar con una convicción arrolladora—. ¿Quieres que la busquemos?

Vaciló. Deseaba descubrir que lo que yo aseveraba era en realidad así, pero, al mismo tiempo, temía confirmar su propia idea de aquel término. Finalmente, ganó la curiosidad y aceptó.

Saqué el móvil del bolsillo del vestido, porque en ese momento no tenía un ejemplar físico a mano, y con solo teclear unas pocas veces, obtuve el resultado. Lo sujeté justo en el centro para que ambos pudiésemos examinar la definición. Acercó su rostro a la pantalla y comenzó a leer en voz alta con una fluidez que yo a su edad no tenía ni por asomo.

—Raro: Extraordinario, poco común o frecuente. —Hizo una pausa—. Escaso en su clase o especie.

Me miró de reojo, buscando una reacción que no tardé en mostrarle. Sonreí con la boca y con los ojos. Sonreí de verdad.

—A mí me parece que eres bastante extraordinario.

La sonrisa que me devolvió es de las cosas más bonitas que he visto en toda mi vida. Se me quedó pegada al pecho y a las retinas.

Me pregunté por qué un niño del que ni siquiera sabía el nombre, que era un completo extraño para mí, podía generarme esas sensaciones en la piel, en la tripa, mientras yo no había sido capaz de provocar nada parecido en mis padres a pesar del vínculo de sangre que compartíamos.

—No hay nada de malo en ti, no dejes que nadie te diga lo contrario. A las personas les entusiasman cosas diferentes —expliqué—. Algunas disfrutan jugando al fútbol, otras leyendo libros y otras bailando salsa; las posibilidades son infinitas. Lo que a ti te gusta —alcé la silueta de papel que guardaba entre mis manos como un tesoro— no te hace raro, te hace único. A mí, por ejemplo, me encanta comprar velas con todo tipo de fragancias. —Omití el porqué. No le dije que la casa en la que viví de pequeña siempre olía a humedad, a algo feo, rancio y demasiado potente que se te metía por la nariz y ya no te soltaba. Que por esa razón ahora adoraba

llenar mi diminuto apartamento con perfumes bonitos—. Y, en ocasiones, también…

Callé de repente.

—¿Qué? —preguntó, abriendo mucho los ojos, con una fusión de impaciencia e intriga. Otra vez me sobrevino el impulso de besarle los cachetes. Yo no tenía contacto con niños en mi vida cotidiana, pero aquel en particular era adorable.

—No vale reírse —advertí, sabiendo que iba a hacerlo.

¿Me estaba haciendo la interesante? Evidentemente, sí. Ahora era yo quien quería consolarlo, poner sonrisas en su rostro como la que me había regalado un instante atrás. Porque yo sabía lo que se sentía cuando se burlaban de ti, cuando te señalaban con el dedo y te dejaban de lado como si fueses portador de un virus letal. Sabía lo que era estar sola en todos y cada uno de los recreos, no tener amigos, ni siquiera un aliado en el lugar que debía ser una segunda casa. En mi caso lo fue; las mismas carencias, el mismo vacío.

Negó con vehemencia.

—En ocasiones me gusta prender muchas velas —hice una mueca exagerada— y apagar todas las luces, porque me da la sensación de estar flotando entre las estrellas. Entonces las cuento en voz alta.

Tampoco le dije que de niña hacía exactamente lo mismo con las grietas y manchas que adornaban el techo y las paredes de mi habitación. Las enumeraba imaginando que eran astros brillantes sobre mi cabeza.

—¿Ves? —Alcé las manos con las palmas hacia arriba—. ¡No por eso soy rara!

Me miró, haciendo un esfuerzo por mantener los labios quietos, pero no pudo aguantarse.

—Un poquito sí —soltó con esa vocecita dulce que era una caricia para los oídos y explotó en una risa que me vibró dentro.

Me llevé la mano al pecho fingiéndome herida y su risa se agitó aún más. El escritorio funcionó como caja de resonancia amplificando el sonido y yo pensé, no sin cierta tristeza, que jamás había reído de ese modo en mi infancia. Recordaba sonrisas, sí, pero ni una sola carcajada. Esas las conocí de grande.

El silencio fue acomodándose nuevamente entre nosotros, aunque esa vez fui yo quien lo quebró con una pregunta.

—¿Por eso te peleaste? —tanteé—, ¿porque se burló de ti?

Sacudió la cabeza de lado a lado y exhaló un largo suspiro.

—Siempre se burlan de mí. —Otra vez el plural y ese encogimiento de hombros que hablaba de una situación cotidiana a la que ya se había habituado—. Matías estaba molestando a Camila. Le quitó los anteojos y los arrojó al piso —dijo lleno de indignación —. ¡Es mentira que lo golpeé! —Su voz era una mezcla de enfado y súplica en la que predominaba el temor a que no le creyera—. Solo lo empujé cuando iba a pisarlos para que no los rompiera, pero se trastabilló y cayó al suelo. Y entonces me senté sobre él para darle tiempo a Camila a recoger las gafas y salir corriendo —explicó compungido, como si realmente necesitara que confiase en sus palabras—. Mi hermano quiso obligarme a pedirle perdón, pero no lo hice —afirmó con un deje de orgullo—. Ni siquiera me preguntó si era cierto lo que le había contado la directora, si en verdad le había pegado. Solo me preguntó por qué. —Su voz se tiñó de una amargura—. Dio por sentado que lo había hecho. Le creyó a un chico al que ni siquiera conoce en vez de a mí.

La última frase cayó de sus labios como una losa hecha de decepción y tristeza. Me sentí mal por él, pero también por ti. Me imaginé tus horas previas a nuestro desafortunado encuentro y comprendí un poco más tu malhumor, tus prisas, esa acerada seriedad en la que no te reconocía. Una camisa empapada de café a primera hora de la mañana, justo antes de una reunión de vital importancia; la imposibilidad de asistir a esa junta que llevaba semanas pautada por, en palabras de Álvaro, «un problema personal de último momento» que, ahora me enteraba, no era otra cosa que la convocatoria de las autoridades escolares por un asunto de puños de tu hermano pequeño.

—¿Le explicaste todo esto que acabas de contarme? —indagué con tiento, aunque sospechaba la respuesta.

Negó con un movimiento.

—Estoy segura de que, si lo hicieras, no dudaría ni por un segundo de que todo lo que dices es verdad.

—¿Para qué? Si no le interesa saber la verdad, solo quiere un hermano *fósil* que no le traiga dolores de cabeza.

—¿Un hermano qué?

—«Fósil» o algo así. No sé lo que significa —masculló ofuscado y volvió a hacer ese gesto de izar los hombros para dejarlos caer de forma cansina.

Supuse que el término al que se refería era «dócil», pero antes de que pudiese abrir la boca se adentró en un monólogo que me pareció pura catarsis. En cada palabra que expulsaba sentía su necesidad de vaciarse, de echar fuera lo que le ardía dentro.

Debajo de aquel mueble me contó que quería cambiarse de escuela para asistir a clase junto a su único amigo, Julián, un niño de su edad que vivía en su misma calle. Me confesó también que deseaba aprender a tocar la guitarra, porque le gustaba el sonido de ese instrumento más que el de cualquier otro. Despotricó en tu contra por negarle ambas cosas.

Me habló de su abuela accidentada con una adoración infinita y de su hermano con un enfado manifiesto. La frase «No le importo» fue la estrella de su discurso, aunque hubo otras igualmente destacables: «Estábamos bien sin él», «No sé para qué regresó», «No veo la hora de que se vaya». Sentí que ese cúmulo de reproches abiertamente pronunciados encubría otros sentimientos más complejos, con los que le resultaba más difícil lidiar. Bajo todas esas quejas, detrás de esa bola de rabia que lanzaba sin parar, había un niño muerto de miedo. Un niño que había perdido demasiado pronto a sus padres, que acababa de hacerse consciente de la fragilidad de su abuela, esa mujer que era su sostén en el mundo y cuyo hermano, en condiciones normales, vivía a cientos de kilómetros de distancia. Estaba claro que su enojo no se debía a tu retorno sino al temor de que volvieras a irte. Debajo de esa máscara de furia, recriminaciones y disconformidad radicaba una súplica tan simple como inconfesable: «Por favor, no te vayas».

Pensé que no debía de ser fácil para ninguno de los dos. No te conocía demasiado. En realidad, no te conocía en absoluto, porque nuestro vínculo se limitaba a esos escasos segundos diarios de provocación e indiferencia y contadas coincidencias en la cafetería.

Aunque sí me había enterado de algunos detalles de tu vida por Álvaro y por los inevitables rumores de oficina. A diferencia de lo que creí en un principio, no habías venido a Argentina por motivos laborales sino por una situación familiar que requería tu presencia de inmediato. Sabía que vivías en el exterior hacía años, que tus padres habían fallecido y que la única familia que te quedaba eran tu abuela y el cuerpito menudo de sonrisa dulce y ojos insondables que estaba sentado a mi lado. No tenía más información que esa y los datos que acababa de aportarme el crío, del que aún no sabía el nombre, pero seguramente no había sido fácil abandonar tu trabajo, tu casa, tus vínculos, tu vida entera en otro país de un día para el otro, para hacerte cargo de vidas ajenas, aunque solo fuese temporalmente, aunque se tratase de tu propia familia. Eso no lo hace menos difícil.

Yo no estaba allí para juzgar ni era quién para dar lecciones, así que me dediqué a prestarle mi oído y mi compañía. Cerramos una conversación insólita, en un sitio insólito, de un modo también insólito: acabamos por el principio.

—Me llamo Santiago.

—Yo, Eva.

Y con una sonrisa que guardaba en su interior todo lo que habíamos compartido, finalmente nos pusimos de pie y abandonamos nuestra guarida.

—¿Vas a contarle a mi hermano lo que pasó en el colegio? —inquirió antes de cruzar la puerta de tu oficina.

Negué con determinación.

—¿Le contarás que temo a los fantasmas?

Imitó mi movimiento y sus cabellos negros, algo más claros que los tuyos, se agitaron con el vaivén de cabeza. Luego sonrió misterioso, como si acabase de recordar un secreto, bajó la vista hacia esa figura de papel cuyos bordes sobresalían por entre mis dedos y volvió a alzarla hasta encontrar la mía.

—Ahora ya no.

Me fui de allí con una sonrisa.

22

DE PUNTOS FINALES Y PUNTOS DE PARTIDA

Ciro

—Ciro…

La palma de Álvaro sobre mi hombro me hizo reaccionar. Seguía plantado detrás de tu escritorio, con los papeles desperdigados por el suelo y el alma hecha pedazos. Estaba en *shock*. La escena que acabábamos de protagonizar me había dejado noqueado, totalmente fuera de juego. Tú habías sentido miedo, pero el golpe lo había recibido yo. Brutal. Certero. Sorpresivo. Como una barra de metal que no ves venir y que impacta de lleno en tu cráneo, desestabilizándote, sacudiéndote, haciéndote besar el piso que un instante atrás sostenía tus pies.

Me sentía de ese modo: derrotado, caído. En un solo segundo mi perspectiva había cambiado por completo: yo no era el hombre que te provocaba cosquillas en la piel sino pánico; no te ponía nerviosa en un sentido positivo, sexual, sino que te asustaba; mis acercamientos no te parecían halagadores ni placenteros; por el contrario, te generaban rechazo.

—Ciro, ¿qué…?

—Ahora no.

Giré sobre mis talones, sin darle tiempo a decir nada más, y me perdí por las escaleras. No tenía muy claro hacia dónde ir, solo sabía que necesitaba respirar, alejarme de todo y de todos, soltar el cóctel explosivo que había germinado en la boca de mi estómago y no dejaba de expandirse a lo largo y a lo ancho, invadiendo cada uno de mis tejidos.

Bajé los diecinueve pisos en una carrera que fue pura descarga, y cuando el poco viento que soplaba aquel día me acarició el rostro, me di cuenta de que no era eso lo que necesitaba. No me servía la visión del río, cuyas aguas parecían un espejo, ni el calor del sol apuntándome a la cara. La pulsión me pedía otra cosa.

Descendí una planta más, alcanzando el primer subsuelo, y serpenteé por las cocheras hasta meterme en el auto. El volante me sirvió de punto de anclaje en el que hincar la impotencia que se propagaba por mis venas.

Estabas en todas partes, Eva. Tus ojos almendrados, cargados de espanto, me atormentaban como un ánima que se resiste a abandonar el mundo de los vivos. El agujero negro en que se habían transformado tus pupilas, expandidas por el miedo, me tragaba igual que lo habían hecho con el tono caramelo que las circundaba. La memoria de tu silueta replegada, intentando defenderse de la amenaza que yo constituía, simplemente me resultó insoportable. No lo pude tolerar. La bomba molotov reventó.

El primer grito salió salvaje, monstruoso, una herida abierta por la que se escapaba la culpa. Al segundo le siguió un tercero, y a esa ráfaga desesperada de ruidos animales se unieron los golpes, que no dejaron de resonar de igual manera: en su forma bruta, irracional. Sentía la vibración del volante bajo mis palmas cada vez que estas impactaban en él con la pura necesidad de liberar, de *liberarme* de esa mirada que me perseguía, de esa impotencia inédita, desconocida, jamás probada en mi carne, que no paraba de doler. El interior del vehículo se convirtió en el reservorio de mi parte más primaria, una que no sabía siquiera que existía y de la que me habría horrorizado si hubiese habido espacio para un horror distinto al tuyo. Ese que yo había provocado en tu cuerpo y que mi mente no cesaba de reproducir.

Gritaba, aullaba, la garganta escocía y el pecho también lo hacía. Los sonidos indómitos, ensordecedores, no lograban extirpar lo que me quemaba por dentro: tu imagen, tu existencia temiéndole a la mía.

Mi cabeza empezó a correr, a volar, a atar cabos, y muchos de los momentos que yo había creído parte de un juego, pero que para ti no lo habían sido en absoluto, cobraron sentido. Esa necesidad tuya de instaurar distancia, tanto con la piel como con el lenguaje; el modo en que tu cuerpo se tensaba cada vez que me acercaba en medio de esa rutina de coqueteo y provocación que me resultaba de lo más divertida y estimulante; tu constante empeño por poner

oxígeno de por medio, y el mío, de asesinarlo a machetazos para poder rozarte, olerte, respirarte.

Pienso en lo violentada que debías haberte sentido en cada una de esas ocasiones; lo invadida y estéril ante un hombre que se anotaba una victoria cada vez que lograba arrebolar tus mejillas, sin reparar en el inmenso detalle de que estaba fallando en leer todas las señales. Todas las interpretaciones erróneas en un lenguaje que se jactaba de conocer al dedillo.

Nunca pasó por mi mente la posibilidad de que esa danza de aproximación y alejamiento, de avance y retroceso en la que nos mecíamos, fuera algo distinto a un flirteo entre dos adultos a los que consideraba en igualdad de condiciones. No se me ocurrió pensar que esa tirantez que se apoderaba de tu cuerpo era algo más que una inocente incomodidad por una cercanía que no habías pedido y que yo te imponía al comportarme como un cromañón. Jamás imaginé que, con mi conducta, esa revestida de seguridad y firmeza, esa que rebosaba confianza en mí mismo y con la que solía acercarme al público femenino, pudiese encender una señal de alarma en tu cerebro.

Estaba acostumbrado a encarar mujeres con esa actitud enérgica y dominante porque jamás me ha gustado sentarme a esperar a que las cosas simplemente sucedan. La pasividad nunca ha sido lo mío. Si deseaba algo, iba en busca de ello, abierto a la posibilidad de un rechazo, aunque esto último casi nunca ocurría. Y la razón principal, no voy a mentir, es que siempre he disfrutado del juego previo: del placer que conlleva una mirada sostenida unos segundos de más, un roce, unas palabras susurradas al oído que enciendan el cuerpo, poniéndolo a tono para lo que viene a continuación.

Cuando te vi por primera vez, no creí que fueras distinta a todas aquellas mujeres con las que había coqueteado antes y que habían acabado sudando en mi cama. O tal vez sí. Quizá fue justamente esa razón la que me llevó a no cejar en mi empeño, a insistir con una tozudez que no empleaba en otros menesteres y que me impedía retirarme. Volvía una y otra vez a ti, Eva, sin saber el motivo, pero sin poder evitarlo.

Dejé de gritar y machacarme las manos cuando advertí que el líquido corrosivo que surcaba mi torrente sanguíneo no se drenaría con unos cuantos golpes y una afonía. Tenía que hallar otro modo de apagar aquello que se había prendido con fuerza a mis partes blandas como si llevara un pegamento extra resistente, y aunque no conocía la manera de hacerlo todavía, estaba dispuesto a hurgar hasta encontrarla.

El silencio desbancó a la oleada de alaridos por un racimo de minutos en los que me esforcé por volver a respirar. El hombre que bajó de aquel auto no era el mismo que había ingresado en él.

Ahora lo sé. Fue ese día el que partió mi vida en dos, el que marcó la diferencia en una historia que empezaríamos a llamar «nuestra». Ni antes ni después.

Conocerte no fue un flechazo, un rayo demoledor que penetró mis articulaciones y se enterró, rotundo, en el centro del pecho. Mi corazón no dejó de bombear al ritmo de siempre para frenarse en seco ante tu presencia ni empezó a correr desatado como un atleta persiguiendo la victoria. Las agujas de los relojes no quedaron enquistadas, deteniendo el tiempo, y el mundo no dejó de girar en su lento pero incesante movimiento. No sentí un calor abrasador incendiarme el pecho ni las alas de algún insecto batiéndose a lo bestia entre las costillas. La oficina no quedó en silencio cuando tus ojos se enlazaron con los míos, como ocurre en las películas románticas, y no fantaseé con nuestras manos anudadas, una casa con jardín, perro y valla, tú vestida de impoluto blanco y unos críos con el color de tus cabellos sentados sobre mis rodillas.

Me estoy expresando mal. Tenerte frente a mí por primera vez no desató ninguno de esos tópicos televisivos. Ahora, conocerte…, lo que vino después de ese nefasto día, fue como una incisión diestramente ejecutada que dejó mi corazón al aire.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron en el piso diecinueve, vi a lo lejos tu escritorio vacío. Aparté rápido la mirada, como si las retinas me quemasen, y fui directo a mi oficina.

—¡Me cago en todo!

Nada más entrar advertí que, tal y como suponía, mi hermano no estaba allí. Lo que sí estaba era la camisa que te había pedido esa

mañana, la carpeta con los documentos y un café helado con una cara sonriente hecha de espuma. Si creía que no podía sentirme peor, estaba equivocado. Ese detalle terminó de rematarme: yo alzándote la voz, volcando sobre ti mis propias frustraciones, y tú intentando mejorar mi día con gestos como aquel.

Quise golpearme la cabeza contra la pared por ser tan imbécil, agarrarme a tu cintura y pedirte perdón hasta que no te quedase más remedio que disculparme. Me dejé caer en la silla y contemplé los tres elementos pulcramente ordenados frente a mí. Tenía la garganta hecha un ovillo.

Paseé la vista por la oficina y volví a ponerme en pie. ¿Adónde se había metido? ¿Habría salido del edificio? La desesperación me recorrió en forma de escalofrío y empecé a caminar sin rumbo fijo. Revisé los baños sin obtener resultados, me adentré en las oficinas aledañas —en esos momentos vacías— y saqué el móvil del bolsillo con la intención de llamar a Álvaro. «Tal vez está con él», pensé; al fin y al cabo, era la única persona del trabajo que mi hermano conocía.

Estaba a punto de alcanzar los ascensores cuando, de repente, escuché un sonido. Me quedé muy quieto y agucé el oído para detectar de dónde provenía. Volví a sentirlo, un golpeteo rítmico no demasiado elevado, pero sí lo suficiente como para captar mi atención. Devolví el teléfono al interior de mis pantalones y me aproximé con sigilo.

El ruido procedía de tu espacio de trabajo —aunque el escritorio continuaba desierto— o de la oficina de Abel. No lo sabía con seguridad, pero se originaba en esa zona.

—Te cuento un secreto…

Tu voz me frenó en seco. ¿Estabas escondida debajo del mueble? El corazón comenzó a bombearme con una fuerza demoledora. El repiqueteo que me había llevado hasta allí cesó y tus siguientes palabras me rompieron en pedazos.

—Le tengo miedo a los fantasmas.

Tardé unos segundos en metabolizar lo que acababas de decir en un murmullo prácticamente inaudible.

¿Qué te había pasado, Eva? ¿Qué te habían hecho? ¿De qué fantasmas hablabas? ¿Qué había ocurrido en tu vida para que reaccionaras de esa manera y ahora te hallaras acurrucada detrás de un escudo de madera?

El dolor se te escurría por entre las letras que exhalabas, y yo deseé acercarme y abrazarte, decirte que todo estaría bien, aunque me faltaran todas las piezas del rompecabezas. Pero pronto recordé tu miedo, tus ojos cristalinos, tu silueta contraída y pensé que lo último que querrías sería lidiar otra vez con mi presencia.

Hubo otra razón, más profunda y egoísta, que me impelió a permanecer estático. Un motivo en el que, por aquel entonces, no reparé, pero que ahora veo con claridad: si me hubiera aproximado a ti y hubiera vuelto a percibir miedo en tus ojos, no lo habría soportado.

Una decena de preguntas se apiñaron en mi mente y volví a sentirme terriblemente mal, no solo por el suceso desagradable de ese día, sino por todos los momentos anteriores en los que, jugando a provocarte, te había hecho sentir incómoda.

—¿Te asusta?

Fue su voz, una dulce y amable, distinta a esa salpicada de irritación que solía emplear para dirigirse a mí, la que ahora me sorprendía y aliviaba en la misma medida.

Mi hermano se encontraba sano y salvo, aunque había desobedecido mi orden de no moverse de la oficina. Tenía suerte de que ya no me quedaran ganas de discutir, de otro modo le habría caído encima una buena bronca.

—¿Ves? No debes tener miedo. Tú eres más grande y fuerte.

No entendía nada. Absolutamente nada. ¿De qué estaban hablando? Y, más importante todavía, ¿por qué lo hacían debajo de un escritorio?

La situación era surrealista: mi hermano y tú jugando a las escondidas, y yo convertido en estatua, oyendo una conversación ajena.

Sabía que estaba mal lo que estaba haciendo. Debía salir de ahí de la manera más discreta posible, pero en cambio, me quedé inmóvil, silencioso y atento como un cazador furtivo. Tal vez, si me

hubiera ido, no se me habría resquebrajado un poco más el corazón y no me habría enterado de unas cuantas verdades dolorosas que desconocía. No obstante, me habría perdido la risa que le arrancaste, que se contagió a mis labios y me llenó los ojos de agua.

Esos minutos que permanecí allí como un ladrón, robando palabras que no me pertenecían, pasé por una docena de emociones. Sentí una envidia intensa por esa facilidad tuya de comunicarte con mi hermano como yo no sabía hacerlo. Lo hacías parecer tan simple y, sin embargo, a mí me costaba horrores conectar con él. Llevaba meses encerrado en un laberinto en el que no hacía más que toparme con muros que no lograba sortear. Y allí estabas tú, sentada junto a un niño al que no conocías, escuchándolo con interés y diciéndole todas las frases correctas. Él se abrió como jamás lo había hecho conmigo, sin reticencias, con confianza, cuando menos de una hora atrás, a mí me había lanzado un «no» rotundo en plena cara para, a continuación, aislarse en el silencio.

También experimenté esa envidia en sentido inverso. Admiré la capacidad del pequeño con el que compartía sangre de crear, en unos pocos segundos, una intimidad contigo que yo deseaba y que tampoco conseguía. Estabas tan cómoda en esa madriguera con él… Se te notaba en la voz, en la fluidez del diálogo y en las sonrisas que no veía, pero sí intuía. Conmigo no habías compartido más que un puñado de palabras forzadas y un estado permanente de incomodidad que, ahora sabía, no tenía nada que ver con la tensión sexual. Volví a recordar lo ocurrido y se me revolvieron las tripas. Mi mente se resistía a creer que yo te generaba algo tan… tan espantoso como lo es el temor.

¡Qué mal lo estaba haciendo todo! ¡Qué mierda de hombre me sentía! Fallando en comunicarme con las dos personas con las que más anhelaba hacerlo.

La ambivalencia me arañó el pecho. Sentí celos de ese vínculo de doble vía, sencillo y espontáneo, que había nacido en ese singular búnker y del que yo no era más que un espectador clandestino, pero, a la vez, sentí también un profundo agradecimiento hacia ti

por escuchar a mi hermano, prestarle tu tiempo y decirle cosas tan bonitas como que sus gustos no lo hacen raro sino único.

—A mí me parece que eres bastante extraordinario.

No podía ver su rostro, pero estaba seguro de que sonreía, al igual que lo hacía yo.

Me noté triste, impotente y torpe. No había tenido tacto, ni siquiera la delicadeza de preguntarle a Santi por qué deseaba con tanto énfasis cambiar de colegio. Sencillamente, había desestimado su petición considerándola otra de sus tácticas de resistencia destinada a hacerme la vida imposible y había dado por concluido el asunto. No creí que bajo esa insistente demanda hubiera un fondo de sufrimiento. ¿Cuánto tiempo llevaba sintiéndose así? ¿Días? ¿Meses? ¿Años? ¿Por qué no me lo había contado? Yo podía no tener ni la más remota idea de cómo vincularme con él, pero bajo ningún concepto quería que sufriera. Santiago ya tenía demasiado dolor a cuestas en su propia historia como para añadir más padecimiento. ¡Tenía solo seis años, por el amor de Dios!

—No hay nada de malo en ti, no dejes que nadie te diga lo contrario.

Abordaste una situación compleja con delicadeza, inteligencia y sensibilidad. Le mostraste tus propias rarezas para que se sintiese un poco menos solo y pusiste una risa en sus labios que me recordó que era un niño, algo que con frecuencia olvidaba.

Me había acostumbrado tanto a las peleas, los ceños fruncidos y las réplicas constantes a todo lo que yo decía o hacía que, por momentos, perdía de vista que había veintisiete años de diferencia entre nosotros y esperaba que se comportase con la madurez de un adulto cuando ni siquiera yo lo hacía. Quería dejar de discutir y escucharlo reír hasta que le doliera la panza. Ansiaba que tuviese cientos de amigos; que fuera feliz.

La carcajada, cuyo eco todavía resonaba en unas oficinas solitarias, se convirtió en mi misión; la diana a la que apuntar; el objetivo por el que luchar de allí en adelante.

—¿Por eso te peleaste? ¿Porque se burló de ti?

—Siempre se burlan de mí…

Cerré los ojos con una punzada de dolor clavándose en mi pecho y me pregunté cómo había podido estar tan ciego. No tenía idea de lo que ocurría en la vida de mi hermano y ahora no podía poner de excusa la distancia. Yo era la persona que debía cuidarlo, quien se suponía que debía protegerlo de cualquier daño que pudieran ocasionarle, y no solo no lo hacía, sino que, al parecer, yo mismo lo causaba.

—¡Es mentira que lo golpeé! —pronunció enfadado—. Mi hermano quiso obligarme a pedirle perdón, pero no lo hice. Ni siquiera me preguntó si era cierto lo que le había contado la directora, si en verdad le había pegado. Solo me preguntó por qué. Dio por sentado que lo había hecho. Le creyó a un chico al que ni siquiera conoce en vez de a mí.

Quise morirme en ese instante. Me llevé la mano a la cabeza y me mordí el labio para no gritar de impotencia, porque tenía razón. ¿Cómo pude ser tan idiota? Recordé la conversación en el auto al salir de la reunión escolar y volví a lamentarme:

—¿Me vas a contar por qué golpeaste a Martín?

—Matías.

—¿Me vas a contar por qué golpeaste a Matías?

—No.

Por qué. Un maldito por qué. Sabía que mi hermano no era un niño violento, que no solucionaba los problemas a golpes y, aun así, no había puesto en duda la versión oficial. Le había colgado el cartel de culpable sin siquiera escuchar de su propia voz la explicación de los hechos.

—¿Le explicaste todo esto que acabas de contarme? Estoy segura de que, si lo hicieras, no dudaría ni por un segundo de que todo lo que dices es verdad.

Tus palabras me acariciaron el alma. Después de lo que había sucedido entre nosotros, del miedo que yo te había despertado, estabas dándome un voto de confianza.

Claro que le hubiera creído. El problema radicaba en que, a diferencia de ti que te mostraste cálida, paciente y comprensiva, yo me había comportado como el imbécil de siempre. Lo había juzgado, regañado y obligado a pedir disculpas por algo que no había hecho.

Mientras tú le ofrecías un espacio de escucha y contención, yo hacía todo lo contrario, mostrándome impermeable.

Me había ganado a pulso todo lo que dijo Santiago de mí bajo aquel escritorio. Sentí su furia, su tristeza, sus reproches, punzarme la piel y colarse dentro. Podría haberme alejado para no oírlo, pero necesitaba hacerlo. Me lo merecía. Me merecía ese golpe de realidad para dar un volantazo y cambiar radicalmente el modo de acercarme a él. No iba a rendirme con mi hermano. Tampoco contigo, Eva.

Esa fue la única seguridad que me llevé esa tarde a casa.

Abandoné mi lugar de manera sigilosa cuando escuché el «Vamos, te acompaño a la oficina», y esperé agazapado en el aseo a que Santi se adentrara en mi despacho.

—¿Tienes hambre? —pregunté en cuanto crucé la puerta.

Asintió despacio.

—Vámonos a casa.

Salimos tomados de la mano y en completo silencio. No tenía fuerzas para soportar las horas de trabajo que me quedaban por delante y, francamente, era lo último en lo que podía pensar luego de todo lo que había ocurrido.

Ese día representó, a la vez, un necesario punto final y el más hermoso punto de partida.

23

EL CUERPO TIENE MEMORIA

Eva

Pulsé el timbre del consultorio a las seis en punto. La lluvia caía con violencia y las gotas golpeaban el paraguas con saña. Había sobrevivido al día de oficina, aunque eso no significaba que hubiera sido una tarde productiva. Pasé las horas calentando el asiento y releyendo las líneas de un *dossier* sin entender de qué se trataba, ya que mi cabeza no dejaba de regresar una y otra vez a la misma escena, al miedo, a ti.

La palabra miedo y tu nombre en la misma frase me resultaba antinatural, sin sentido, fuera de toda lógica. Como un engendro producido por error en un laboratorio o una mutación genética cuyo producto es algo impensado para la mente humana. No debían tocarse, como dos rectas paralelas; sin embargo, una desafortunada sucesión de eventos las había hecho coincidir.

Paula me recibió con su habitual sonrisa y una taza de té caliente que me supo a cielo. Me sacudí las gotas del cuerpo y abandoné el paraguas empapado en el sitio reservado para ello antes de ingresar en esa estancia que conocía de memoria. Un sencillo escritorio blanco, un sillón de un solo cuerpo tapizado en cuero, un diván morado y un conjunto de cuadros salpicando las paredes; un puñado de plantas de interior, envueltas en bonitas macetas de madera, y tres almohadones peludos a los que solía aferrarme cuando la sesión se me hacía demasiado dura.

Paula era mi psicóloga prácticamente desde que había puesto un pie en la capital. Una vez resuelto el tema del trabajo y la residencia fija, lo siguiente en mi lista de prioridades fue comenzar terapia. Lo necesitaba más que cualquier otra cosa. Podían faltarme muebles en el apartamento y prendas de ropa en el armario; podía vivir con el dinero justo durante unos meses, pero ese espacio en el que volcar todo lo que traía a cuestas me resultaba indispensable.

Había llegado con muy poco equipaje entre las manos, pero demasiadas cargas a la espalda. Me costaba horrores avanzar porque no podía dejar de mirar hacia atrás. Literal y figurativamente hablando. Llevaba tantos temores encima que cualquier sonido me sobresaltaba, cada rostro sumido en las sombras me hacía apretar el paso, correr o ampararme entre otros cuerpos, y en cada esquina mi cuello volteaba en todas direcciones con el objetivo de vigilar los alrededores.

Inicié terapia con una frecuencia de dos sesiones semanales en las que, al principio, hablar me suponía un desafío difícil de sortear debido a mi naturaleza introvertida, casi hermética. Pero una vez dado el primer paso, ya no pude parar. Hablar me dolía y ayudaba en la misma medida. Había ocasiones en las que salía deshecha, tan desarmada y triste que incluso barajaba la opción de no volver. Pero lo hacía. Volvía. Deseaba con todas mis fuerzas liberarme de las cadenas del pasado, construir vínculos sanos que no tuviesen como base el temor o la necesidad, y poder mirar al frente sin miedo a que esa vida de la que había huido me alcanzara.

Los tiempos más duros ya habían quedado atrás y, con los años, esa frecuencia había ido descendiendo, primero, a una sesión semanal, y luego, a un encuentro quincenal. Sin embargo, ahí estaba yo después de una llamada de emergencia, tomando asiento en el sitio de siempre, pero en un día y a un horario que no me correspondían.

Bebí un trago de té para templar mi cuerpo y me lancé de lleno a narrarle lo que había sucedido. Lo solté todo: la angustia, la sorpresa, la vergüenza al ser consciente de mi reacción, la tristeza al advertir la tuya, el enojo al descubrir el influjo que ese pasado continuaba teniendo sobre mí, el temor a no poder librarme nunca de sus garras. Y el miedo. Ese que se había reproducido de manera exacta en mi interior, tan fiel al de aquel tiempo opaco y lejano que había sido como poner marcha atrás y caer a toda velocidad en aquella habitación.

—Entonces, a ver si entendí bien… —vocalizó Paula, intentando poner en orden la cascada de información que le había lanzado casi

sin parar a respirar. Juntó sus palmas y achinó los ojos—, ¿estás preocupada por Ciro?

Lo disfrazó de pregunta, pero fue una afirmación.

—Claro.

Asintió despacio con gesto reflexivo y luego musitó:

—Acabas de contarme que después de haber rehecho tu vida, de años de estar en paz, tranquila y sin sobresaltos, has vuelto a sentir pánico. Que tu cuerpo revivió un pedazo de pasado que creías superado, con todo lo que eso conlleva —empezó a enumerar—: temblores, sudoración, aumento de la presión sanguínea, bomba de hormonas. ¡Vamos! La parte más instintiva del cerebro activada, ¿y a ti lo que te preocupa es cómo se siente Ciro?

Abrí la boca para responder, pero no supe qué decir. En realidad…, sí lo supe.

—Es que deberías haber visto su rostro, sus ojos. No dejo de pensar en ellos. La expresión que se le dibujó no me la voy a olvidar en la vida. Se le contrajo el gesto en una mueca de dolor que me rajó al medio. —Cerré los ojos y exhalé para quitar esa imagen de mi mente—. Sentí en mi propia piel la pregunta que surcó su mente, ese «¿Me crees capaz de golpearte?» que me dolió más a mí que a él. Porque no es así —confesé—; no lo creo. Solo… solo mi cuerpo actuó, fue un acto reflejo y cuando tomé consciencia de la postura que había adoptado, ya era tarde, ya lo había lastimado. Lo hice sentir profundamente mal —afirmé angustiada, furiosa—. Y no quiero que se sienta de ese modo, porque no se lo merece. No es justo culparlo por unos miedos que otros, no él —recalqué—, han metido en mi pecho a la fuerza y porque en mi mente se disparó una escena arcaica capaz de ponerme todos los pelos de punta, pero de la que Ciro no fue actor ni estuvo detrás del telón. Ni siquiera sabe que existe todo aquello, porque él no pertenece a ese horrible pasado y yo, hoy, lo he puesto en ese lugar. Lo vestí con un traje que no le corresponde —espeté con rabia.

—Deja de castigarte, Eva. No es tu culpa lo que ocurrió hoy ni lo que has vivido en el pasado.

—Estoy…, estoy…

—¿Estás…?

—Enojada —admití y las lágrimas comenzaron a salir de su guarida—. Decepcionada. —Las aparté sin delicadeza—. Creí que era más fuerte.

—¿Qué significa «ser fuerte»? ¿Hacer como si el pasado no existiera? ¿Seguir hacia adelante como si todo aquello que te hace ser quién eres nunca hubiese ocurrido?

—No, pero…

—¿Cómo has venido?

—¿Qué? —Me descolocó el cambio de tema.

—¿Que cómo has venido hasta aquí?

—En metro —contesté, sin entender adónde quería llegar.

—¿Cuántas veces has tenido que cambiar de vagón porque te sentías observada?

Negué sin pronunciar palabra.

—¿Cuántas voces te han hecho girar la cabeza para comprobar que no se trataba de la suya? —Continué negando—. ¿Has corrido las dos cuadras que separan la estación del consultorio porque te sentías perseguida? —Mi cabeza seguía moviéndose de un lado a otro—. ¿En cuántos negocios has tenido que ingresar solo para sentirte segura y volver a respirar con normalidad? ¿En cuántas esquinas has frenado para mirar hacia todos lados?

—En ninguna —reconocí, comprendiendo el punto.

—Entonces podemos quedarnos tranquilas, no has vuelto al punto de partida. —Sonrió y de inmediato agregó—: ¿Te acuerdas de que hace unos meses me contaste que habías entrado a una tienda de artículos de decoración y te habías puesto a llorar como una niña porque olía a una mezcla de vainilla y chocolate que automáticamente te transportó a los postres que preparaba Claudia?

Asentí y tragué saliva.

—¿Recuerdas que me dijiste que fue instantáneo, que nada más sentir esa esencia habías tenido que abandonar el lugar porque no podías parar de llorar? —Era verdad. El vendedor me había mirado con un desconcierto absoluto mientras yo me tapaba la cara, muerta de la vergüenza—. ¿Y qué te había tomado por sorpresa porque ni siquiera estabas en un restaurante o degustando un postre, sino en un contexto completamente distinto?

Volví a asentir.

—Pero…

—Pero el cuerpo tiene memoria, Eva. El cuerpo aprende y recuerda. Los recuerdos no están solo en la cabeza. A mí no me preocupa que un elemento del presente te haya despertado sensaciones pasadas; eso va a ocurrirte en ocasiones. El problema es la culpa, que siempre te la echas encima. Lo hiciste entonces y vuelves a hacerlo ahora.

24

CULPA

A los diez años

«Respira, Eva, respira», gritó la parte de mi cerebro que todavía se mantenía en pie. Lo intenté, pero el aire no me llegaba, no me alcanzaba, no lograba atraparlo y meterlo dentro.

«Te dije que sacaras el pestillo antes de que tu padre llegara».

«Te dije que lo harías enojar y no me hiciste caso. Nunca haces caso y estas son las consecuencias».

Mi madre tenía razón, debería haberlo sacado a tiempo. No tendría que haberlo puesto, en primer lugar. No sé en qué estaría pensando para hacer semejante estupidez. Me sentí tonta, pequeña, culpable.

¿Por qué no podía dejar de comportarme mal? ¿Por qué no podía aceptar la realidad tal y como era en vez de empeñarme en cambiarla?

Porque no.

Había algo en mi interior que no me lo permitía, que se alzaba contra ese estado de cosas aun sabiendo cómo acabaría la partida.

Anclé las manos debajo de los muslos para dejar de sentir los temblores y continúe tratando de aspirar oxígeno. Contemplé las ruinas desde mi fallido escondite: la puerta reventada, la ropa tirada por el suelo, el colchón caído hacia un costado y una lluvia de vidrios desparramados, como copos de nieve, sobre los fríos azulejos. Donde antes se hallaba la ventana ahora había un agujero, un marco lleno de astillas y puntas irregulares por el que se filtraba el viento de la madrugada; un hueco igual de afilado y negro que el que llevaba dentro. ¿Algún día podría rellenarlo o seguiría abriéndose hasta partirme a la mitad?

Los coletazos del miedo todavía hacían eco entre mis entrañas, el estómago me dolía y a pesar de que mi cuerpo descontrolado no

paraba de tiritar, tenía la ropa empapada por la transpiración. Mi rostro mojado no distinguía entre lágrimas y sudor, y la puerta… la puerta volvía a ser un mero decorado.

Los restos del pestillo yacían muertos, como yo, a pocos centímetros de una bola indiscriminada de prendas, y sus destellos metálicos me recordaron todo lo que había fracasado en conseguir: un retazo de intimidad, un refugio, un lugar al que llamar «mío».

Miré hacia arriba y descubrí que el techo de mi guarida ya no estaba; el tablón que hacía las veces de escritorio había volado por los aires hasta aterrizar a un lado de los cristales rotos. Solo quedaba una niña descalza y asustada en medio de dos caballetes de madera. Lo que hasta entonces había sido una habitación bastante precaria parecía ahora un contenedor de desechos, una tierra inhabitable asolada por un terremoto, ciclón o cualquier otro desastre natural.

«Cómo te gusta ponerlo nervioso. Siempre buscando atención».

Me quedé dormida, acurrucada en aquel rincón, con las palabras de mi madre resonando en mi cabeza y una idea que crecía a medida que yo lo hacía. Cada cumpleaños que alcanzaba, cada aniversario que sumaba a mi corta vida, más me costaba erradicarla.

Aún hoy, cuando pienso en esos brotes de violencia, no recuerdo los acontecimientos con lujo de detalles, solo sensaciones. Pero hay algo que sí evoco con claridad: la sonrisa victoriosa de mi madre.

Ella marcaba el inicio y el final del espectáculo. Su sonrisa y ese «yo te dije» constituían el fin de la escena, la despedida de los actores, esa reverencia que ocurre inmediatamente antes de la bajada del telón. Se acercaba a ver, como un morboso ante un accidente, lo que había quedado en pie luego del desastre. Cuánto me tocaba reparar después del paso del arrasador tsunami.

Tenía tan solo diez años, pero estaba tan cansada de reconstruir(me). Lo había hecho tantas veces… Y ella no ayudaba a remover escombros ni ponía sus manos a disposición, como en esas misiones humanitarias, para levantar lo devastado. Tan solo se asomaba, evaluaba los daños, hundía la puñalada final llamada «culpa» en mi cuerpo y se marchaba a dormir como si nada hubiera pasado. Como si segundos antes no hubiese estallado una bomba de

furia. Como si su hija no se encontrara en la habitación de al lado temblando de miedo.

Pero ¿qué pasaba con el comienzo? ¿Con el origen de la explosión? Allí también estaba ella. ¿Cómo si no ese hombre de aliento etílico que trastabillaba cada dos pasos iba a reparar en un pestillo en medio de la oscuridad de la madrugada? ¿Quién lo ponía al corriente de mis «faltas» o «malas conductas» justo en esos horarios en que el alcohol había aniquilado las inhibiciones?

Pasé años, décadas, negando esa idea, utilizando todos los mecanismos a mi alcance para desmentirla, porque me resultaba tan atroz y antinatural que de ningún modo podía ser cierta. La pequeña de ojos enormes, huesos marcados y costillas clavadas a la piel luchaba sin descanso por hacer encajar lo que se supone que debe ser una madre con la mujer de carne y hueso con la que convivía. Pero tenía todas las pruebas, irrefutables, delante de los ojos.

En ocasiones, la escuchaba contarle a mi padre mi último acto de rebeldía, la oía decirle lo desobediente que era o lo mal que me portaba. En otras oportunidades, simplemente sentía los pasos pesados acercarse y ya sabía lo que vendría a continuación, como también sabía que ella había hecho previamente su trabajo de informante.

Ella desataba la tormenta y luego… luego se acercaba a contemplar su obra. Y yo me quedaba a solas con la culpa, estremecida por el llanto y el miedo, cargando con la sensación de haber podido evitar lo sucedido y no haberlo hecho.

25

DEJEMOS LAS COSAS CLARAS

Eva

—Permiso.

Abrí la puerta y asomé el rostro; te sorprendiste al verme allí. No habíamos cruzado palabra desde el suceso del día anterior y sospechaba que estabas evitándome. Solo te había visto bajar del ascensor temprano por la mañana y dirigirte directo a tu oficina sin pasar antes por mi escritorio, como solías hacer cada día.

Estabas en todo tu derecho de alejarte, no volver a dirigirme la palabra o adoptar la actitud que más cómoda te resultase, pero yo necesitaba dejar las cosas claras.

Entré y cerré la puerta a mi espalda.

—Ciro, yo… —Me miré las manos un segundo, cogí aire y me acerqué decidida—. Quiero pedirte disculpas por lo que ocurrió ayer. No tuvo nada que ver contigo —aseguré, tajante—. No quiero que te sientas mal, ¿está bien?

Me mirabas con atención, pero tu rostro permanecía impasible. No respondiste, no hiciste siquiera un mínimo movimiento, solo continuaste con tus ojos verdes anclados a los míos.

—De verdad, no fue tu culpa. No lo fue, ¿me oyes? Tiene… —aparté la vista un momento—, tiene que ver conmigo, solo conmigo —repetí para que no te quedasen dudas.

Tragué saliva y me froté las manos en la tela del vestido. Continuaste mirándome en silencio, sin pronunciar palabra, sin mover un solo músculo. Y yo ya no tenía nada más que decir.

—Bueno… te dejo seguir trabajando.

Me alejé en dirección a la puerta, pero antes de salir me giré una última vez.

—De verdad, lo siento.

Volví a mi escritorio sintiéndome más ligera.

No supe nada de ti en dos días.

26

UN NUEVO COMIENZO

Eva

Un impacto contra la superficie del escritorio me obligó a levantar la vista del documento en el que llevaba inmersa más de media hora. Había llegado temprano a la oficina, cuando todavía la ciudad parecía no haberse despertado, y reinaba un silencio perezoso que era imposible hallar en otro horario. Me había desvelado por la madrugada y ya no había podido volver a conciliar el sueño. Cansada de dar vueltas en la cama, me había levantado para dar esos mismos rodeos por el apartamento sin hallar nada útil para hacer. Entonces había decidido ducharme, arreglarme a consciencia y partir hacia la empresa para adelantar trabajo atrasado.

Encontré frente a mí un vaso negro con el logo de Lar's y, de inmediato, el inconfundible olor a vainilla, que delataba lo que había en su interior, se coló por mi nariz hasta hacerme salivar. Alcé los ojos un palmo más y tropecé con los tuyos, que me miraban de un modo radicalmente distinto a cómo lo habían hecho hasta entonces. No había rastro de diversión, burla o esa provocación con la que solías dirigirte a mí y avasallar mis espacios, solo unos iris verdes atravesados por algo nuevo a lo que no supe ponerle nombre, probablemente porque no lo tenía; condensaban demasiadas emociones.

—¿Podemos empezar de nuevo? Soy Ciro Ferraro.

Estiraste la mano en mi dirección y, por primera vez, noté un halo de nerviosismo envolviendo tus movimientos, como si te hubieses despojado de las capas de descaro, osadía y seducción con las que acostumbrabas a vestirte para salir al mundo y te encontrases fuera de tu zona de confort, sin disfraz, más desnudo; pisando suelo desconocido. Paradójicamente, cuando mantuviste la distancia, dejé que te acercaras. Te corriste del lugar de conquistador irreverente,

dejaste de jugar al gato y al ratón y de ponerme en la casilla de la presa cuya cabeza adornaría luego tu pared poblada de trofeos.

Paseé la mirada de tu palma a tus ojos y no tuve mucho más que meditar.

—Eva Martínez.

Curvé los labios y uní mi mano a la tuya.

En aquel apretón quedó sellado un nuevo comienzo. Uno que traería consigo rutinas a las que no nos costó nada habituarnos y una comodidad que jamás pensé que sentiría teniéndote a mi lado.

Tomaste una silla del escritorio vacío a tu izquierda y te sentaste frente a mí, con tu vaso de café sin azúcar entre las manos.

—Es la primera vez que me sonríes y no quiero que dejes de hacerlo.

Lo mencionaste como un comentario al pasar, pero con esas catorce palabras me dejaste en claro que tú también estabas atento a nuestras primeras veces.

Volví a sonreírte y tus labios me devolvieron el gesto.

Desayunamos en silencio, en medio de una oficina que comenzaba a desperezarse.

***

Al día siguiente la escena se repitió. Bajaste del ascensor con las manos cargadas, cogiste la silla libre y las miradas de reojo acompañaron al silencio mientras empezábamos a acomodarnos a la presencia del otro.

Al tercer día yo ya te esperaba, y tenías la silla preparada al otro lado del escritorio. Percatarte de ese detalle les dio a tus ojos un brillo que segundos atrás no poseían y te hizo sonreír. El mutismo continuó acaparando gran parte del desayuno, pero unas cuantas frases esparcidas entre sorbo y sorbo ya presagiaban que aquello cambiaría pronto.

Al cuarto día las palabras emergieron con mayor fluidez en una dirección y en otra, y si la memoria no me falla, fue al quinto día cuando me demostraste que esa intención tuya de comenzar de nuevo iba totalmente en serio.

—Eva… —Tu mano de dedos pulcros jugaba a tamborilear con el vaso vacío sobre la madera. Parecías inquieto—. Tengo una confesión que hacerte.

Me tensé cuando te vi bajar la vista al recipiente danzante. Se creó una pausa demasiado extensa que me puso más nerviosa que cualquier cosa que tuvieras para revelarme.

—Solo dilo —te apremié.

Interrumpiste la percusión, pero continuaste rodeando el vaso como si aferrarte a él, de algún modo, te brindase el coraje necesario para convertir el silencio en sonido.

—Oí la conversación entre Santiago y tú.

Hiciste un alto para dejar que las palabras se internasen en mí, y yo retuve el aire en los pulmones absorbiendo su sentido. Recién ahí elevaste el rostro y atrapaste mi mirada.

—No fue mi intención hacerlo… —Te frotaste las palmas en los pantalones y agitaste la cabeza de lado a lado—. Bueno, eso no es del todo cierto. Cuando regresé a la oficina después de… de… ya sabes —tu nuez osciló dentro de tu garganta—, Santi no estaba. Me desesperé, habíamos discutido, estaba enojado conmigo y pensé que tal vez había abandonado el edificio. Salí a buscarlo y mientras esperaba el ascensor, escuché tu voz… y luego la suya. Me alivió saber que se encontraba a salvo, y sé que tendría que haber dado media vuelta porque espiar conversaciones ajenas está mal, pero… no pude. Lo siento.

Se produjo un bache mudo en el que mi mente retrocedió hasta esa charla y revisó la información expuesta.

—No voy a justificarme porque lo que hice no está bien —proseguiste—, solo… quería que lo supieras; no me parecía justo ocultártelo. Quiero hacer las cosas bien esta vez.

Me gustó tu honestidad, que no te escondieras detrás de una excusa y te responsabilizaras por tus acciones cuando lo más fácil hubiera sido mantener la boca cerrada. Pero lo que me hizo mirarte de otra manera y tener la certeza de que tras esas sonrisas torcidas y esa imagen de gran seductor que te afanabas en mostrar había algo mucho más interesante y genuino, fue que te importara que el

vínculo que estábamos empezando a construir tuviera la sinceridad como fundamento. Eso me dijo mucho de ti.

Por unos pocos segundos me pregunté cuánto de aquella conversación habías llegado a escuchar, si me habías oído llorar o admitir que temía a los fantasmas del pasado. Me preocupé, me sentí vulnerable y un tanto indignada. Pero rápidamente mi foco de atención cambió de rumbo y esas sensaciones se diluyeron porque… si habías oído ese trozo de intimidad que compartí con tu hermano, entonces también habías sido testigo de lo que él dijo sobre ti.

Recordé los reproches, el enfado en su voz, frases como: «No sé para qué regresó» o «Estábamos bien sin él» y me sentí profundamente mal por ti. Deseé que hubieras sabido leer los temores que yacían debajo de esa aparente ira; ansié decirte que aquello no era más que una fachada.

—Comprendo —murmuraste con pesar—. La cagué otra vez.

Asentiste como si todo ese tiempo hubieras estado esperando exactamente ese desenlace, te levantaste de tu asiento y comenzaste a alejarte. Habías malinterpretado mi silencio. No estaba enojada, solo me había perdido en mis pensamientos.

—Ciro…

Detuviste la marcha, aunque no te volteaste.

—Te espero mañana.

No vi tu rostro, pero sentí los músculos de tu espalda destensarse bajo la camisa.

***

Regresaste cada día con las manos llenas, dispuesto a robarle minutos a las tareas de oficina, y yo empecé a conocer tus matices rodeada por el contraste que ejercía el negro plomizo de tu café y el tono marfil de mi té con crema. Me resultaba curioso pensar cómo la suavidad del aroma a vainilla y la intensidad de los granos tostados, dos cosas totalmente dispares, podían amalgamarse de un modo tan armónico para los sentidos. Me preguntaba si nosotros no éramos un poco como esas bebidas que rodeábamos con las manos: opuestas a

simple vista, pero con la capacidad de ensamblar esas diferencias y crear algo bonito.

Debo reconocer que, de los dos, tú eras el que tenía facilidad para las palabras, el que podía encontrar un tema de conversación hasta en la cosa más anodina y diminuta, y quien se hallaba igual de cómodo en el silencio que rodeado por el sonido de nuestras voces. Fuiste el primero en descubrirte, en quitarte de encima algunas capas de ese envoltorio que te hacía ver como un engreído para mostrarme un interior lleno de claroscuros. A mí no me resultó tan fácil hacerlo, aunque eso no pareció importarte. Me gustaba escucharte y conocerte, y creo que tú también comenzabas a vislumbrarme entre las líneas de lo poco que decía y lo mucho que callaba.

En un principio, no hacíamos más que hablar de cuestiones superficiales, vagas, que no nos involucraban directamente. Charlar sobre música o asuntos laborales era sencillo, porque no hurgaba en terrenos pedregosos ni exponía demasiada piel.

Esos primeros diálogos en territorio neutro me ayudaron a habituarme a ti, a quitarme la rigidez que solía asentarse en mis hombros cuando te tenía cerca, y fueron allanándole el camino a conversaciones más profundas que, una vez llegaron, se volvieron costumbre.

Me contaste sobre tus viajes, cómo ese deseo de moverte entre culturas, lenguas y tierras se instaló desde muy temprano en un sitio hondo de tu pecho del que ya no pudiste extirparlo y marcó como una brújula el rumbo de tu futuro. Me hablaste de tus padres, de la enfermedad que se lo llevó a él y el accidente que, años después, acabó con la vida de ella y de Antonio en apenas un suspiro.

Tu hermano y tu abuela salieron a la luz un día en el que lucías particularmente cansado. Recuerdo que bajaste del ascensor vestido con un traje negro, cargando las bebidas y caminando con esa seguridad que te caracteriza; nada fuera de lo normal excepto por una pesadez que se posaba bajo tus ojos y sobre tus hombros y te daba un aspecto que oscilaba entre el desánimo y la fatiga. Apenas tomaste asiento, esbozaste la sombra de una sonrisa y exhalaste un suspiro que me supo a tristeza.

Tu nombre fue lo único que tuve que decir antes de que volcases sobre el escritorio todo eso que te agobiaba. Me hablaste de la relación estanca con Santi, de la rehabilitación que en unos pocos días comenzaría tu abuela, la rutina, las responsabilidades, los horarios fijos.

—Ahora quiere anotarse en clases de guitarra, lo que se traduce en más compromisos, más horarios establecidos, más corridas de un lado a otro… —Las preocupaciones se sucedían unas a otras sin orden ni intervalo, casi como si las patearas hacia afuera para quitártelas de encima—. Me siento sobrepasado, asfixiado —reconociste, frotándote el rostro con las manos, y esa fatiga que traías adherida a las facciones pareció acentuarse.

Las dos citaciones que habías recibido de la escuela las pasadas semanas por el comportamiento de Santi contribuyeron a profundizar esa línea ubicada justo en el centro de tu frente que, en circunstancias normales, apenas se adivinaba, pero en días como aquel, no solo partía tu ceño en dos, sino que otorgaba a tus rasgos filosos una severidad aún mayor.

—Quiere cambiarse de colegio —declaraste consternado y volviste a refregarte la cara.

Me dio la sensación de que tenías demasiados flancos abiertos a la vez y aquello te mareaba, como cuando te ponen entre manos un menú excesivamente extenso, con tantas opciones al alcance que se te hace en verdad difícil elegir una única alternativa. Imaginaba tus pensamientos como un plato de espaguetis enmarañados que no lograbas desenredar.

—¿Y eso sería tan malo? —pregunté con suavidad.

—Es uno de los mejores colegios del país.

—Pero, tal vez, no es el mejor para él.

Tu hermano se convirtió en un tema recurrente en aquellos desayunos y pronto advertí que, más allá de las obligaciones diarias, de la libertad de movimiento a la que estabas acostumbrado y que ahora se veía restringida por tener que permanecer aquí para cuidar de los tuyos, y del cronograma apretado que regía tus semanas, lo que en verdad te pesaba, incluso te dolía, era sentir que no estabas a la altura de la tarea que tenías por delante, que fallabas a tu

familia cuando más te necesitaba. Porque a pesar de hacer malabares para encajar el trabajo, los turnos médicos, la escuela y demás actividades, fracasabas en lo más importante: el vínculo.

—Soy un hermano de mierda —te afanabas en repetir mientras no dejabas de castigarte por los errores cometidos con Santiago que, según tú, daban como resultado esa relación fallida.

En un primer momento, solo me dediqué a escuchar, a ser compañía y sitio en el que vaciarte. Pero cuando sacaste a colación todo aquello que el pequeño me había dicho de ti días antes, llevado por el enfado, en esa trinchera hecha de madera, y vi el dolor que te causaba, no pude quedarme callada.

—Para él soy un estorbo, una molestia, solo quiere que me vaya —afirmaste convencido—. Tú misma lo oíste, cree que soy el causante de todos sus males, que he venido para joderle la vida y, a lo mejor, está en lo cierto, porque no hago más que equivocarme con él.

—No seas tan duro contigo —dije, pero no pareciste oírme.

—Está tan enojado… Todo son discusiones, peleas, gruñidos, y no sé cómo cambiar esa dinámica porque la situación me sobrepasa, y en lugar de ser comprensivo, pierdo la paciencia. ¿Crees que alguna vez me ha dedicado una sonrisa? ¿Que he tenido el placer de robarle al menos una carcajada, como sí lo has hecho tú, mi abuela o la jodida vecina? Nunca. Jamás, Eva. Conmigo solo hay ceños fruncidos, miradas hostiles y frases como: «Estábamos bien sin ti» o «No veo la hora de que la abuela se cure». No hay que ser muy lúcido para saber que lo que sigue a esa oración es: «para que te largues de una maldita vez».

«Está midiéndote —pensé—. Está tirando de la soga porque el accidente de su abuela y el regreso de ese hermano al que apenas conoce y con el cual debe convivir, también es mucho para él. Está lidiando como puede con esta nueva realidad, al igual que tú».

Quise decirte tantas cosas en ese momento… Deseé regalarte otra perspectiva, convencerte de que bajo esa fachada rabiosa y encolerizada se escondía pura y exclusivamente una emoción: el miedo, el temor a sentir dolor si te hacía un hueco en su vida para luego perderte.

—Ciro…

—Me gusta cuando me llamas así.

El cambio brusco en la conversación me tomó desprevenida. Clavaste tu mirada verde en mí y un rojo febril se apoderó de mis mejillas. Fue inevitable. Es verdad que cada día me sentía un poco más cómoda a tu lado; no obstante, tu presencia no dejaba de despertarme… cosas; cosas para las que no tenía un rótulo, pero que me hacían hiperconsciente de mi cuerpo. A ver si logro explicarme…

Sabes que tienes un par de orejas, dos rodillas o cinco dedos en cada mano, aunque no los sientes todo el tiempo. Simplemente sabes que están ahí, que forman parte de ti y que puedes verlos cuando te miras al espejo. Ahora, si tienes una infección de oídos, te rompes los meniscos o sufres un esguince del pulgar izquierdo, esa porción de tu organismo se exalta, brilla por encima de todo lo demás y acapara por completo tus sentidos.

Eso es lo que producías en mí. Tus ojos descendían a mis labios y, de repente, me percataba de que tenía un corazón, porque este no dejaba de golpearme como si estuviese usando un taladro para abrir un agujero en mi pecho. Advertía cómo se aceleraba, tenía plena consciencia de que estaba allí alojado cuando, el resto del tiempo, su existencia me pasaba desapercibida. O me observabas con fijeza, con esa potencia que vive dentro de tus pupilas, y reparaba en que una lámina de vellos envolvía mis brazos porque estos, indefectiblemente, se levantaban como si una ola polar acabase de sacudirme. O, tal como en ese instante, una mera acotación, un simple: «Me gusta cuando me llamas así», y de pronto el estómago secuestraba toda mi atención porque no podía dejar de sentir sus espasmos.

—Es tu nombre —atiné a vocalizar.

—Lo que intento decir es… Me alegra ya no ser el aséptico «señor Ferraro» para ti.

Me mordí el labio con nerviosismo y tuve que romper el lazo creado entre tus iris y los míos porque tanta intensidad me resultó insostenible. Meneé la cabeza y decidí pasar por alto el comentario para retomar el tema principal.

—¿Has pensado que, tal vez, ese enfado no es más que un armazón para evitar encariñarse contigo cuando sabe que vas a volver a irte?

Tu rostro se ladeó mientras ingerías mis palabras.

«Está pidiéndote a gritos que no te vayas», quise decirte, pero no lo hice, porque tu elección de vida era otra, opuesta, y había que respetarla. Tú elegías moverte, explorar, conquistar asfalto y balancearte entre coordenadas. En esa circulación constante tú hallabas la felicidad.

—Él ha perdido mucho, Ciro… A veces es mejor mantener la puerta cerrada que correr el riesgo de abrirla y salir herido.

No supe si lo que me hizo sentir expuesta fue lo que acababa de pronunciar o la certeza de que tú también habías notado la ambigüedad en ese señalamiento. ¿Hablaba de mí o de tu hermano? ¿De sus pérdidas o de las mías? ¿De los candados que él había colocado para resguardarse, previsor, de futuros daños, o de los que yo misma había instalado para asegurar mi corazón?

—En cualquier caso —continué—, creo que deberías dejar de centrarte en cómo se relaciona con los demás y acercarte a él a tu modo. Déjalo entrar en tu vida, muéstrale ese interés que yo veo que sientes por la suya. Permítele conocerte, Ciro; estoy segura de que tiene cientos de sonrisas guardadas exclusivamente para ti.

Me observaste dubitativo; sin embargo, tuve la convicción de que tu mente ya estaba trabajando en la manera de ganarte esas sonrisas.

27

UN PASO A LA VEZ

Ciro

Pasé los siguientes días orbitando alrededor de los mismos pensamientos; una y otra vez girando en torno a la conversación de aquella mañana, rumiando la idea del cambio de colegio con la seriedad que en verdad merecía y que no le había otorgado antes. Me pregunté si lo que habías dicho sobre el enojo de mi hermano como fachada, como un escudo protector tras el cual preservar sus emociones de una nueva pérdida, era en realidad así. En parte, deseé que estuvieras en lo correcto, porque ese punto de vista me inyectaba esperanza, abría la posibilidad de que Santi albergara otros sentimientos hacia mí además de la ira y, por consiguiente, tal vez con el tiempo podría vincularme con él de una forma distinta al choque y la disputa constante. Pero, por otro lado, me entristecía pensar que siendo tan pequeño ya tuviera la necesidad de hacer uso de un mecanismo defensivo para mantenerse a salvo de posibles sufrimientos, aunque no lo hiciera de manera deliberada.

Yo no iba a faltarle; a mí no iba a perderme, pese a que me hallara en otra parte del mapa. La distancia no evitaba que me preocupara por él ni hacía que lo quisiera menos, pero estaba comenzando a pensar que Santi necesitaba otro tipo de afecto, un amor más presente, constante; uno que yo jamás le había dado por andar trotando por el mundo.

Miré a través del cristal y lo vi sentado a la mesa, merendando junto a mi abuela. Movía las manos con vehemencia, acompañando un relato que no llegaba a oír pero que intuía gracias a la actividad de sus labios y, de vez en cuando, sonreía.

Había pasado a retirarlo a la salida de la escuela, habíamos hecho una parada en la tienda para reponer víveres y otra en la farmacia en busca de remedios, por lo que habíamos llegado a casa un poco más tarde de lo habitual. Él se había ubicado en el lugar de siempre,

a la espera de su vaso de leche, y yo, luego de acomodar las bolsas de la compra y ponerme ropa cómoda, me había instalado con el portátil y un café bien cargado en la galería, dispuesto a realizar el trabajo pendiente.

Podría haberme quedado en el salón con ellos, pero lo cierto es que sentía que estorbaba, que rompía su propia dinámica, que mi hermano no era el mismo en mi presencia porque, en el fondo, yo lo incomodaba. Entonces prefería alejarme y verlo moverse con fluidez. Soy consciente de que si actuaba de esa manera era porque, en cierto punto, al igual que él, yo también me creía un impostor en esa casa, un forastero que vagaba de puntillas por temor a importunar a sus verdaderos residentes; aquellos que, a diferencia de mí, no estaban de paso. Sabía además que, si deseaba estrechar el lazo que nos unía, debía hacer exactamente lo opuesto a lo que estaba haciendo: recortar la distancia en lugar de mantenerla. Pero aún no había hallado la manera.

Me devané los sesos pensando estrategias, elucubrando planes, imaginando temas de conversación que podrían resultarle interesantes; volví a envidiar la facilidad con la que otras personas se comunicaban con él, a codiciar virtudes de las que carecía, como la paciencia o la capacidad de escucha y contención, y volví a oír el eco de tu voz insistiendo en que debía cambiar el foco, dejar de mirar hacia los costados y ser yo mismo. El tiempo te daría la razón, pero yo aún no podía relajarme y, simplemente, ser.

Permanecí contemplando a ese niño con el que no compartía apellido, rasgos físicos, ni características de personalidad. Tampoco teníamos gustos en común; nos separaba algo más que un ventanal. En realidad, gran parte de esas afirmaciones eran erróneas, porque la verdad era más triste todavía: no lo conocía.

A ti tampoco te conocía, Eva; no obstante, estaba comenzando a hacerlo.

Santi se llevó la taza azul a la boca y una idea se encendió en mi interior como una bombilla luminosa. Sabía pocas cosas de mi hermano, pero poco era mejor que nada, y si tenía intención de que aquello cambiase, esas hilachas de las que tirar representaban un buen punto de partida.

Trabajé hasta la hora de la cena y luego de secar los platos y guardarlos en su lugar, me arrellané en el sofá y busqué la película animada. A excepción de los destellos emanados por la pantalla, la casa descansaba en una completa oscuridad, porque hacía rato ya que mis compañeros de piso habían dado la jornada por concluida y se habían encerrado en sus respectivos dormitorios.

No fue sino hasta que la cinta llegó a la mitad que reparé en unos pasos, un ligero sonido proveniente del pasillo. Me volteé y vi a mi hermano aproximarse con sigilo, aferrado al conejo de crochet con el que dormía cada noche. Se lo habían regalado sus padres horas antes de morir y creo que, por esa razón, se había convertido en el único objeto del que no podía desprenderse.

Se sentó en la otra punta del sillón, acomodó al muñeco en su regazo y se limitó a disfrutar de lo que quedaba de película. Yo hice lo propio, aunque no dejé de echarle miradas de reojo sin saber muy bien cómo debía proceder. ¿Tenía que sacarle conversación o mantenerme callado?

Contemplándolo a él pensé en ti, o, mejor dicho, en cómo se habían desarrollado las cosas entre nosotros. Primero, a las patadas, dando tumbos, hablando idiomas diferentes. Éramos como dos carreteras que no confluían en ningún punto, pero luego… luego sí. Chocamos fuerte. Doloroso. Y a partir de ahí, algo cambió.

Te recordé entrando a mi despacho la mañana siguiente al episodio desagradable, con aspecto vacilante pero segura de ese «lo siento» que deseabas pronunciar. Fue la primera vez que dejaste a un lado las formalidades y me llamaste por mi nombre. Ese horrendo día en la oficina que supuso un quiebre, yo tuve la certeza de que haría lo que fuera para acercarme a ti del modo correcto, pero no me olvido de que fuiste tú quien dio el primer paso con esas disculpas que sentiste la necesidad de expresar y con ese «Ciro» sin apellido que reducía la distancia. Fuiste tú, Eva, quien sorteó el muro primero y me dio el pie para aproximarme. ¿Estaba Santi haciendo lo mismo? ¿Acortando trechos?

Al final, me decanté por la segunda opción. Iría despacio. Un paso a la vez.

Esa fue la primera noche que pasamos juntos frente al televisor. No hablamos, pero tampoco discutimos. En mi fuero interno, significó un avance. Pequeño, casi imperceptible, pero un avance al fin.

28

PEQUEÑAS VICTORIAS

Eva

—Soy Stitch.

Tus movimientos felinos se evaporaron en cuanto te derrumbaste sobre la silla con dramatismo. Menos mal que aquella mañana fui yo quien pasó por Lar's en busca del desayuno, porque de lo contrario, con semejante aterrizaje, te habrías volcado el contenido de los dos vasos encima.

Estábamos en noviembre, plena primavera, y el clima se prestaba para los paseos matutinos que tanto adoraba y tan bien me hacían. Por esa razón, algunos días a la semana salía de casa más temprano, recortaba el trayecto en subte y hacía el resto del tramo hasta el trabajo a pie, previa parada en mi cafetería favorita.

Los colores opacos del invierno ya habían dado paso a los tonos vivos y a los árboles florecidos. Buenos Aires estaba teñida del azul violáceo del jacarandá, del rosa de los lapachos y de los verdes, amarillos y dorados más vibrantes, por lo que caminar las calles de la ciudad era sinónimo de belleza, luminosidad y espectáculo para los sentidos.

Le puse el capuchón al bolígrafo, cerré el cuaderno y lo guardé en el segundo cajón del escritorio antes de prestarte toda mi atención.

—¿Qué?

—Stitch —repetiste—. Ese bicho raro de la película favorita de Santi.

—No sé de qué me estás hablando.

—He estado pensando mucho en nuestra charla. —Mi ceño arrugado te pidió que fueras más específico—. En lo que me dijiste de hallar mi propia manera de acercarme a él —precisaste y yo asentí, instándote a continuar—. Se me ocurrió que, tal vez, un buen modo de empezar a conocerlo podía ser a través de las cosas que sé que le gustan.

Te frotaste los ojos y luego parpadeaste unas cuantas veces, intentando ahuyentar el cansancio.

—¿Has dormido, Ciro?

—No mucho —respondiste, restándole importancia al hecho, como si se tratase de un detalle menor al que no podías prestarle atención porque en tu mente se concentraban temas de mayor envergadura. Cogiste el café y te lo llevaste a la boca—. La cuestión es que, después de cenar, me acomodé en el sillón, puse su filme preferido y, ¿sabes de qué trata? —Negué. Había indignación en tu voz—. Un extraterrestre, que destruye todo lo que encuentra a su paso —te señalaste el pecho con ambas manos—, llega a la Tierra y pone patas para arriba la vida de una niña huér-fa-na —acentuaste cada sílaba y el volumen de tu voz aumentó unos cuantos decibelios —. Una cría que vive con su hermana y cuyos padres han muerto en un accidente de coche.

Te dejaste caer hacia atrás hasta recargar tu cuerpo en el respaldo de la silla y expulsaste un soplido sonoro que pareció desinflarte.

—No voy a explayarme sobre las similitudes con la vida real porque son demasiado obvias —sentenciaste con aire teatral y otro suspiro cargó el ambiente. Unos segundos después, añadiste—: Yo soy ese bicho raro, ¿lo ves? Soy esa criatura que viene desde lejos a sembrar el caos.

No supe qué decirte. Lucías abrumado y me daba la sensación de que tu mente necesitaba un descanso porque había estado demasiado activa durante la noche.

—No he visto la película —señalé y me encogí de hombros.

Me hubiera gustado echar por tierra esas afirmaciones que te mantenían intranquilo y que te habían quitado el sueño, pero no conocía la trama ni a los personajes; no tenía idea de qué iba la historia, por lo que no podía darte una opinión válida. Aun así, estabas desatendiendo un aspecto importante: habías dado un primer paso en dirección a tu hermano. Deseabas llegar a él, hacerte un lugar en su vida y estabas buscando la manera. No tuve dudas de que la encontrarías.

—Habrá que ponerle remedio —dijiste y la imagen de nosotros frente a un televisor, con las luces bajas y los cuerpos próximos, compartiendo una película, se pintó en mi cerebro y me quitó el aliento.

¿He mencionado ya que, en ocasiones, tu presencia me hacía plenamente sensible a ciertas funciones del organismo que, en condiciones normales, pasaban inadvertidas? En ese instante fui consciente de que un ser humano necesita respirar para vivir. Tenía el estómago contraído y me había olvidado cómo se hacía aquello de ingresar aire para llevarlo a los pulmones; algo que parece mecánico, aunque entonces me exigió un esfuerzo.

Tú y yo no teníamos esa clase de intimidad. Ninguna intimidad, a decir verdad. Sin embargo, la foto mental había aparecido ante tu comentario sin que pudiera evitarlo.

—La cuestión es… —continuaste y exhalé agradecida—, me fui a acostar contento porque en mitad del filme Santiago se acercó y se sentó en el otro extremo del sillón. No hubo más que silencio, no me dedicó siquiera una mirada, mantuvo los ojos sobre la pantalla todo el tiempo, pero sentí…

—¿Sentiste…?

—Sentí que disfrutábamos conjuntamente de una actividad, que habitábamos el mismo espacio sin querer matarnos o gritarnos o perdernos de vista, no lo sé. Tuve la impresión de que había sido una buena noche, un leve progreso; pero luego me interné en mi habitación y mi mente comenzó a dar vueltas alrededor del dichoso argumento, el engendro azul ese que llega para trastocar la armonía de la niña y…

—¿Compartiste una película con tu hermano y en vez de venir aquí y contarme lo verdaderamente importante, me sueltas todo un discurso sobre marcianos y bichos extraños de colores?

Me miraste entre sorprendido y confuso. Abriste la boca con intención de responder, pero volviste a cerrarla casi al instante.

—Ciro…

Tu nariz se arrugó en una mueca. Si hubiera sido capaz, te habría cogido la mano.

—Anótate las pequeñas victorias.

Una sonrisa se abrió paso en tu rostro a cámara lenta.

—Anótate las pequeñas victorias —repetiste en un susurro y tus ojos ganaron intensidad.

Me dio la sensación de que ya no estábamos hablando de Santiago.

29

UN SUTIL EQUILIBRIO

Ciro

Después de aquella primera noche frente a la pantalla vinieron muchas otras. Los elementos generales eran siempre los mismos: cada uno sentado en un extremo del sillón, silencio, la casa en penumbras y una película. Pero, poco a poco, fuimos introduciendo pequeñas variantes que, a mi modo de ver, daban cuenta de que íbamos sintiéndonos más distendidos. Un bol de palomitas ubicado estratégicamente en el centro; un pote de helado compartido; las piernas estiradas y apoyadas encima de la mesita ratona o dobladas sobre el mismo tapizado del sofá, en contraposición a la postura rígida del inicio.

Una noche, el conejo tejido dejó de acompañarnos para permanecer en la habitación. En otra oportunidad, mi hermano se quedó dormido en mitad del filme, por lo que tuve que cogerlo en brazos y meterlo en la cama. Fue la primera vez que lo acosté, lo tapé y besé su frente, pero no fue la última.

¿Construimos una rutina? No lo sé. No teníamos días concretos, ya que durante la semana Santi debía irse a dormir relativamente temprano para asistir al colegio al día siguiente, y en ocasiones, yo estaba demasiado cansado como para echarme en el sofá y aguantar un mínimo de una hora y media sin que mis párpados se dieran por vencidos. Pero me encontré anhelando esos momentos, generándolos y, en especial, disfrutando de ellos. Dejé de preguntarme si debía entablar conversación, y en lugar de intentar forzar el vínculo, opté por dejarlo fluir.

Mi abuela comenzó con las sesiones de kinesiología, por lo que la grilla de horarios se ajustó aún más. No obstante, estaba tan contenta con la posibilidad de volver a manejarse sola y se esforzaba tanto por mejorar que, en vez de sentir una mayor tensión sobre mi espalda, me encontré… de buen humor. Tres días a la semana, al

atardecer, la llevaba a un centro de rehabilitación ubicado en el barrio de Belgrano y la esperaba mientras hacía ejercicios para fortalecer los músculos y ganar movilidad. Luego, regresábamos a casa y pese a hallarse agotada por el trabajo físico realizado, se empeñaba en preparar la cena. «Aquí se come comida casera», sentenciaba, dando por concluida la conversación, justo antes de ponerse manos a la obra. Santi y yo oficiábamos de ayudantes y de ese modo nos asegurábamos de que la mujer imparable y extremadamente testaruda no exigiera el cuerpo más de lo debido.

Maldecía las muletas, odiaba tener que permanecer sentada gran parte del día y, aún más, necesitar ayuda con determinadas actividades; pero creo que, en el fondo, le gustaba compartir con nosotros ciertos espacios y que la regañásemos con el objetivo de cuidar su salud.

No soy una persona aferrada a las cosas. Lo material no está ubicado en un puesto preponderante en mi lista de prioridades; tal vez por eso, cada vez que viajo o cambio de destino, lo hago únicamente con una mochila liviana al hombro. Todo lo demás lo dejo atrás: muebles, cacharros, incluso ropa. No suelo extrañar lugares, trabajos o apartamentos que me hayan servido de alojamiento durante una temporada. Habrá otros por venir que cumplirán la misma función y que serán igual de reemplazables al momento de partir. Pero, sentado a la mesa, con una lasaña de carne recién salida del horno, me di cuenta de que había echado de menos esa comida casera de la que tanto hablaba mi abuela. Quizá, mientras patinaba de un punto geográfico a otro o me hallaba conociendo nuevas culturas, no me preocupaba por los alimentos que ingería; en primer lugar, porque eran parte de la misma experiencia de descubrimiento —las ciudades se conocen con los cinco sentidos, no solo con los ojos—, y, en segundo lugar, porque eran sustituibles como todo lo demás. Me daba exactamente igual una lata de conserva, una cena en un restaurante *gourmet*, las sobras recalentadas del día anterior o un bocadillo al paso en algún puesto callejero. Sin embargo, con aquel plato ubicado frente a mis ojos —no sé si por el sabor, que permanecía adherido a mi paladar aun después de cada bocado, por el modo en que despertaba mi

olfato o por estar en casa junto a mi familia; a lo mejor por todo ello junto—, sentí que eso me había faltado.

La sensación de ahogo no desapareció; persistía y se agrandaba por momentos. Aunque había dos elementos nuevos que contribuían a aliviar esa presión que se empecinaba en comprimir la boca de mi estómago. Mis días comenzaron a mecerse entre desayunos y películas, y esa danza me gustaba.

Me despertaba pensando en los minutos que pasaría contigo, en ese hueco en la mañana en que solo existíamos tú, yo y dos bebidas calientes. El tiempo volaba, nunca era suficiente, y a menudo me encontraba elucubrando maneras de robarle unos segundos extra a esas manecillas inclementes que no hacían más que limitarnos y devolvernos al mundo real. Era en vano; ellas siempre ganaban, escribían la palabra «fin» demasiado rápido y yo regresaba a mi oficina con una sonrisa, sí, pero también con la ansiedad de querer adelantar los relojes para volver a compartir un café contigo. ¿Lo ves? Otra vez las putas agujas.

No era mucho lo que sabía de ti hasta el momento, porque tu vida privada era una completa incógnita; aunque de algo estaba seguro: *necesitabas* la distancia. No era una cuestión de gustos, elección o mero capricho; era pura y exclusiva necesidad. La imponías con el cuerpo y con el lenguaje, con los movimientos y con los silencios. El escritorio te servía de barrera y creo que eso ayudaba a la hora de relajarte en mi presencia. Mi mente barajaba un sinfín de razones, pero había dos que tenían más peso: o eras extremadamente reservada o te habían hecho tanto daño que confiar en otra persona te resultaba impensable.

No nos tocábamos. Tampoco nos rozábamos los dedos *por casualidad* al coger los vasos y ni se me cruzaba por la cabeza actuar de la forma en que lo había hecho antes del día de quiebre: aplastando los espacios intermedios hasta casi ingerir tu perfume. No buscaba incomodarte bajo ningún concepto, pero en ocasiones, no podía evitar hacer ciertos comentarios que generaban reacciones en tu piel. O mirarte de un modo más intenso de lo considerado normal.

Se me escapaban, Eva. Las palabras, las miradas, los pensamientos que, sin quererlo, me despertabas. Porque, si hay algo que siempre supiste hacer, fue no dejarme indiferente. Creí que el provocador era yo y, sin embargo, la que no dejaba de provocar cosas en mí eras tú.

La calma que impregnaba cada uno de tus movimientos; tus ojos alzándose tímidos para contemplarme a través de esa malla de pestañas; el «Ciro» en tu voz al que todavía no terminaba de acostumbrarme. Las sonrisas, Eva… Tus condenadas sonrisas me desarmaban; tocaban tantos órganos a la vez que era imposible cubrirme del impacto. La primera vez que me regalaste una, supe que estaría en problemas. Las siguientes, solo fueron una confirmación.

Qué difícil se me hacía no estirar los dedos y abandonarlos por horas, días, años, en tu boca, cuando te mordías el labio inferior sin siquiera darte cuenta. O no acariciar tus mejillas cuando se teñían de rubor. Aquel baño de color que prendía tu rostro era mi puta perdición.

Luego el café se acababa y tenía el mismo efecto que las campanadas a medianoche en el cuento de *La Cenicienta*: la fantasía se rompía y la carroza se convertía en calabaza. Yo volvía a ser un hombre trajeado embebido por las responsabilidades y obligaciones; pero entonces… —y la clave está en la existencia de ese «pero»— se avecinaba la noche. Y allí estaba Santi, sus películas y, próximamente, sus preguntas.

Un balanceo. Un sutil equilibrio entre tus mañanas y sus noches que me mantenía a flote.

***

—Ven.

Cerraste una carpeta del tamaño de una novela de Tolkien, te pusiste en pie y la acomodaste en la balda superior de la estantería. Después te giraste y volviste a tomar asiento.

—¿Qué?

Tus cejas se arrugaron, confusas.

—Ven conmigo. Hoy desayunamos en otro sitio.

Tu mirada se tornó cauta, aunque no hubo miedo ni desconfianza; nada similar a lo que percibí aquel día nefasto. Era más bien algo del orden de la precaución, combinado con lo inesperado de la propuesta.

Vi la duda treparse a tus pupilas, sentí el «no» arremolinarse en tu garganta, pero como ya había previsto la negación como primera respuesta y contemplado tus posibles excusas, decidí adelantarme:

—Demoraremos lo mismo que siempre, ni un minuto más. —Una disputa reñida colonizó tus ojos—. Lo prometo. —Te miré fijamente intentando infundirte confianza, y, a la vez, descubriéndote mis propias ganas de que dijeras que sí. Quería que confiaras en mí, Eva, con todas mis fuerzas—. Por favor…

Los segundos que tardaste en contestar se sintieron como una prueba de fuego.

—Está bien —exhalaste en un suspiro y tus hombros perdieron rigidez. A mí se me adhirió una sonrisa al rostro que permanecería por el resto del día.

—Vamos —te apremié entusiasmado e inconscientemente estiré la mano abierta en tu dirección. Tú, de manera consciente, no la tomaste.

Fue un impulso nacido en el centro mismo de mis entrañas; ni siquiera reparé en el alzamiento de mi extremidad superior derecha hasta que quedó suspendida entre nosotros y tu mirada se encalló en esa intención truncada.

Me maldije por aquel movimiento estúpido mientras bajaba el brazo con lentitud, alejándolo de ti.

—Vamos —repetí con un cabeceo que señalaba los elevadores.

Habías accedido a acompañarme y por nada del mundo iba a permitir que un acto puramente irreflexivo opacara la sorpresa. Estaba seguro de que te encantaría y no podía esperar a ver la sonrisa que, sin lugar a duda, cruzaría tu rostro. Había descubierto el sitio la tarde anterior por mera casualidad, en uno de esos momentos en que la necesidad de respirar aire puro había alcanzado la categoría de imperiosa. Apenas puse un pie allí, supe que debía llevarte.

Rodeaste el escritorio y me seguiste con paso vacilante. Intenté mantener la vista al frente para no sumar incomodidad, aunque fue imposible no reparar en lo bien que se fundía el vestido al perímetro de tu cuerpo. Llevabas las piernas al descubierto y el cabello suelto, ligeramente ondeado, caía en cascada sobre tus omóplatos. Una exquisitez, Eva. Una maldita tortura.

Me obligué a apartar de un manotazo imaginario los pensamientos en que mi tacto y tu piel no eran cosas incompatibles y pulsé el botón del ascensor al tiempo que me preguntaba, por millonésima vez, qué te habría pasado, si siempre habrías sido así, si esa señal de alarma que parecías tener hiperdesarrollada se encendía ante cualquier posibilidad de cercanía o solo ante la mía.

Entonces lo sentí. Tu palma buscando mi mano. Tus dedos encajando entre los míos. El puto corazón pegando un salto. Tuve que bajar la mirada para cerciorarme de que aquel contacto era real, aunque cada célula exaltada de mi ser me confirmaba que sí. Luego alcé los ojos y encontré los tuyos, temerosos, vacilantes y, a la vez, llenos de aplomo.

Aquel gesto no tuvo nada que ver con el amor romántico, lo sexual o la atracción; se cargó de importancia no porque estuvieses tocándome, sino porque algo del orden de la confianza asomó su cabeza. No lo hacías todavía, no confiabas en mí, pero querías hacerlo. Deseabas luchar contra esos demonios que te daban una apariencia lejana e inaccesible y ese acercamiento fue tu modo de hacerme llegar el mensaje.

La caja metálica anunció su llegada y abrió sus puertas, pero, aun así, no pude apartar la mirada de ti. Llevabas escritas tantas cosas dentro de esas circunferencias pardas que me preocupaba no poder descifrarlas todas. Me pareció escuchar una súplica muda: «No me lastimes, por favor», «No juegues conmigo», «Soy frágil, sé cuidadoso».

El tiempo me demostraría una y otra vez que estaba equivocado. Tú no pedías, Eva, tú solo entregabas.

—¿Suben?

Una voz ronca e impaciente me recordó por qué estábamos allí parados. Asentí y apreté tu mano antes de meternos en el

habitáculo.

—¿Adónde vamos? —cuestionaste desconcertada al ver que, a diferencia de lo que creías, nos dirigíamos hacia arriba.

—Ya verás —respondí, aumentando la intriga, y volví a tirar de ti en cuanto alcanzamos la planta correcta. Te guie a través de un corto tramo de escaleras y, tan pronto como empujé la pesada puerta de acero que daba acceso a la azotea, me concentré en tu rostro.

Lo primero que sentí fue tu piel desprendiéndose de la mía para ir en busca de las fabulosas vistas. Lamenté la pérdida, pero un segundo después me compensó tu sonrisa. Inició lenta, tímida, y poco a poco fue creciendo hasta que la panorámica de la ciudad se convirtió en una imagen pálida al lado del lienzo perfecto que constituían tus labios.

El viento sopló fuerte y alborotó tu vestido. No sé qué me golpeó primero, si la carcajada floja que soltaste y que sonó en mi interior con la fuerza de mil canciones, o tus pómulos arrebolados por la vergüenza.

—El rojo te sienta jodidamente bien —lancé, sin poder bloquear el comentario y sin poder quitar tampoco los ojos de tu piel encendida, lo que hizo que más sangre aún se concentrase en esa zona de tu cuerpo—. Hoy estás decidida a matarme.

¿Cuántas veces en el día pensabas dejarme sin palabras, Eva?

Llegué a casa cuando la claridad empezaba a extinguirse y fui directo a mi habitación. Cogí el globo terráqueo que descansaba en la repisa y comencé a girarlo, tal como hacía cuando era apenas un niño y viajar por el mundo no era más que un sueño alojado al interior de mis fantasías. Había sido aquello lo que me había impulsado a llevarte a esa azotea en primer lugar: mis viajes. Te había hablado sobre ellos en reiteradas ocasiones y si bien casi siempre te mantenías en silencio, escuchando con atención, en algunas oportunidades habías indagado de una manera… poco ortodoxa. Tu curiosidad pasaba por la intensidad de los colores, las diferencias de matices, las sensaciones experimentadas en el cuerpo, como si quisieras ir más allá de las meras descripciones.

Moví la mano de nuevo para que el mapa siguiera dando vueltas y, al alzar la mirada, hallé la silueta de mi hermano apostada al otro lado de la puerta abierta. Observaba el constante rodar de la bola celeste con el rostro levemente ladeado y el ceño un tanto plegado.

—Ven, acércate —me encontré diciendo incluso antes de pararme a pensar. Los ojos azules de Santi se alzaron y me contemplaron como si acabasen de reparar en mi presencia—. Ven. —Palmeé el colchón animándolo a entrar y cuando vi que lo hacía, sonreí para mis adentros—. Cierra los ojos y levanta el dedo índice —lo insté—. Así. —Me puse en posición y él reprodujo el gesto, aunque no tomó asiento, permaneció de pie frente a mí, con la esfera en el centro. La hice girar una vez más y aguardé hasta que se detuvo—. Ya puedes abrirlos. —Su dedo señalaba un pequeñísimo punto en el mapa pintado de verde—. Malta —informé—, ¿sabes algo de este lugar?

Negó enfáticamente y sus cabellos se agitaron en el aire. Hice a un lado el planeta rodante y me apresuré a tomar de otro de los estantes el libro de los países, que un día muy lejano me habían regalado mis padres. Estaba avejentado, se notaba el desgaste por el uso continuo al que había sido sometido, aunque también podía apreciarse que hacía tiempo que nadie lo abría y rebuscaba entre sus páginas. Allí solía perderme durante horas en mis años de juventud, investigando zonas geográficas y alimentando ese germen en mi cabeza que, conforme iba creciendo, iría esparciéndose a lo largo y ancho de mis venas, llenándolas con las palabras deseo, aventura y exploración.

Sabía que en la actualidad, apelando a la tecnología y con solo un clic, podría tener cualquier cantidad de información al alcance: datos demográficos, climatología de la región, costumbres gastronómicas, historia e infinidad de fotografías; pero desempolvar ese ejemplar era, en cierto modo, una forma de compartir una parte de mí con Santi.

Acaricié la tapa dura con cariño y sonreí, invadido por los recuerdos, antes de comenzar a pasar las hojas. Unas pelusas que hablaban de desuso se desprendieron y volaron por el aire. ¿Hacía cuánto que no tocaba esa cubierta? ¿Que no buceaba en las

profundidades que contenía? Quince años, por lo menos; casi la mitad de mi vida.

Le hablé a mi hermano de ese libro, de lo que significaba para mí, de la noche exacta en que me lo habían entregado, envuelto en papel multicolor y dentro de una bolsa igual de llamativa. Le conté acerca de ese mecanismo que cientos de veces había ejecutado de crío: bajar los párpados, izar el dedo y echar a andar ese mundo en miniatura para desembarcar en un territorio distinto cada vez, y luego abandonarme al trabajo de averiguación de datos.

En algún tramo del relato, finalmente se sentó en el borde de la cama, cerca de mí, y leímos juntos las carillas dedicadas a Malta.

—¿Has estado allí? —indagó, sin quitar la vista de las letras impresas.

—No todavía.

Se quedó pensativo unos segundos y, acto seguido, volteó el tronco en mi dirección.

—¿Y en qué lugares has estado?

Me miró a los ojos con atención, se recolocó sobre el colchón y aguardó mi respuesta. No puedo precisar en vueltas de reloj ni en cantidad de oraciones el lapso que permaneció escuchándome, pero sé que no paré de hablar hasta que el grito de mi abuela nos avisó que la cena estaba lista.

Me recordó a ti. Con el tiempo me iría dando cuenta de que compartían unas cuantas similitudes. Él también se sentía más cómodo absorbiendo como una esponja brochazos de mi vida que regalándome segmentos de la suya. Desde aquel primer día en que se animó a interrogarme por los sitios que había visitado, ya nunca dejó de hacerlo. Y ese interés poco a poco fue extendiéndose hasta abarcar otras cuestiones. Me pedía recuerdos familiares, pinceladas de mi infancia, cenas navideñas, paseos o recortes de algunas vacaciones que guardara en la memoria con especial cariño. Le gustaba hurgar tanto en escenas de lo más cotidianas como en sucesos absolutamente inusuales, incidentes anecdóticos o aventuras divertidas. Quería conocerme a mí, pero también a sus abuelos, a mi padre y a nuestra madre. Creo que aquel era su modo de armarse una historia que le faltaba, un mapa familiar más

completo a partir de los trocitos de información que le brindaba y que él parecía atesorar. Y, si bien le agradaba perderse en la escucha de los años previos a su nacimiento, había un tema que le atraía sobre todos los demás: mis viajes. Jamás daba el asunto por finalizado y siempre hallaba una nueva duda que le servía para continuar escarbando. En ocasiones lo imaginaba como un paleontólogo excavando en busca de restos fósiles. Sospecho que detrás de la mera curiosidad existía otra cosa, algo más… trascendental. Creo que lo que en verdad intentaba hallar era la razón por la cual yo elegía ese tipo de vida tan diferente a la suya. Anhelaba obtener respuestas para las preguntas: ¿Qué hay allá afuera tan atractivo, fascinante o cautivador como para que mi hermano escoja alejarse de su hogar y su familia? ¿Qué lo mueve a no quedarse quieto, a deslizarse de un terreno a otro sin clavar los pies en ninguno? En definitiva, averiguar el porqué de mi ausencia.

No sé si logré despejar sus dudas, pero puedo afirmar que aquellas conversaciones significaron un nuevo punto de encuentro entre los dos.

Sí, ciertamente mis días fluctuaban entre las mañanas, que llevaban escrito tu nombre, y las noches, que sonaban al ritmo de su cándida voz.

30

ALLÍ DONDE TODAVÍA ME PALPITABAS

Eva

Estábamos con los talones prácticamente en diciembre y la cantidad de trabajo que manejábamos en la oficina era abrumadora por esa precisa razón: se avecinaban la Navidad, fin de año, las vacaciones, la fiesta de la empresa y los tiempos, más que correr, parecían volar.

La campaña estaba cada vez más cerca de ser lanzada, lo que implicaba jornadas laborales más extensas, un entusiasmo generalizado que iba de la mano del nerviosismo, y una locura colectiva que mantenía a la planta diecinueve en un tenaz y sostenido bullicio.

Por suerte era viernes, el sol ya saludaba al otro lado del vidrio y en mi nevera esperaban los ingredientes para una receta nueva que me había facilitado Fernando y que no veía la hora de probar. Y, por si todo ello fuera poco, me había puesto mi vestido favorito para afrontar el largo día de trabajo con actitud positiva.

Estaba saliendo de la oficina de mi jefe cuando un grito cargado de euforia me detuvo y me obligó a voltearme.

—¡Eva!

El chillido llegó a mis tímpanos al mismo tiempo que la percusión de unos pasos apresurados. Apenas logré levantar la barbilla cuando algo sólido impactó contra mi organismo de forma brusca, haciéndome tambalear. Bajé la mirada para descubrir la alargada silueta de Santiago abrazando mis piernas.

Tal vez fue el contacto o el inesperado despliegue de efusividad; a lo mejor se debió a su sorpresiva aparición o al choque violento de todos esos factores sobre mi piel, porque, de repente, me quedé… dura. Tan quieta que parecía un cuerpo fosilizado al interior de un edificio moderno. No supe qué hacer con las manos. No supe qué hacer con nada.

Era un gesto dulce, cariñoso, y yo quería responder, pero tenía el aire atrapado entre las vértebras. Mis brazos permanecían estancos, ligeramente alzados a ambos lados del tronco en una clara postura de evitación. Y estaba segura de que mis facciones plasmaban con fidelidad lo que acontecía en las partes no visibles de mí.

Contemplé el cabello marrón, que continuaba hundido a la altura de mi abdomen, y en un movimiento burdo, acerqué la mano para desplazarla por su cabeza en lo que pretendió ser una caricia. Se sintió cálido, agradable y terminó demasiado rápido, cuando el chiquillo de ojos azules se separó para mirarme desde abajo y regalarme una sonrisa.

—Me han dejado faltar al colegio —dijo a modo de saludo y la curva de sus labios se volvió más pronunciada.

Instintivamente busqué tu mirada, que se adhirió a la mía al instante.

—Luego te cuento —farfullaste en respuesta a mi pregunta muda y me tendiste el vaso de té.

Más tarde me enteraría de que la presencia de Santi en la oficina estaba directamente relacionada con otro conflicto escolar. Aunque seguía sin contarte en detalle lo sucedido, había dejado entrever que continuaban molestándolo. Días atrás habías solicitado una reunión con los directivos de la institución, pero, al parecer, aun después de expresar tus inquietudes, seguían sin intervenir.

—Vamos —te dirigiste ahora a tu hermano—, deja a Eva trabajar, que está muy ocupada.

—¡No! —voceó el pequeño y se apalancó en la silla que cada mañana utilizabas tú en el breve desayuno que compartíamos—. ¡Quiero quedarme con ella!

—No puedes quedarte aquí, esto no es un parque de diversiones o un patio de juegos…

Comenzaste a reñirlo y me esforcé por contener la sonrisa que amenazaba con despuntar cuando las manos de Santiago se enroscaron con fuerza a las correas de su mochila y dibujó un puchero que hizo tambalear tu voz.

—Déjalo —intervine.

Tus cejas gruesas y definidas se ciñeron sobre tus ojos, oscureciéndote la mirada.

—No, pero…

—Déjalo, de verdad.

Me examinaste como si estuvieses intentando leer la nota al pie de un texto extremadamente complejo y, un instante después, despediste un suspiro prolongado.

El crío festejó el triunfo y sacó deprisa una cartuchera y un bloc de hojas en blanco, que rápidamente desplegó sobre el espacio libre del escritorio.

«Cualquier cosa me llamas», vocalizaste sin emitir sonido, pero tus pies parecían reacios a alejarse.

—Ciro, por favor…

Mi interno sonó y aproveché la interrupción para dar por finalizado el tema. Sacudí la mano en el aire, instándote a largarte, y la mañana transcurrió más tranquila de lo que imaginaba. Al mediodía te acercaste al grito de «¿quién tiene hambre?» y, pese al empeño de mi provisional compañero de actividades, tuve que rechazar la invitación. Tú no insististe, sabías que mis almuerzos con Enzo eran inamovibles.

A media tarde apareciste con cara de pocos amigos y la mandíbula agarrotada. Santi estaba absolutamente concentrado, ordenando por color unos *post-it* que se habían caído al piso.

—¿Qué ocurre? —indagué, enderezando los hombros y frotándome el cuello para destensar los músculos.

Tus ojos siguieron la ruta de mis dedos y se quedaron unos latidos de más en mi clavícula. Me pareció notar que la respiración se te aceleraba, aunque quizá la confundí con la mía. ¿Cómo podía pasar de estar cómoda en tu presencia a sentir «eso» en un microsegundo?

—Coge tus cosas —pronunciaste con el tono enronquecido—, tenemos que irnos. —La manzana de Adán se marcó en tu garganta cuando devolviste la mirada a mis ojos, a pesar de que tus palabras no iban dirigidas a mí.

Una vez más la intensidad me sobrepasó y me forzó a romper ese domo que parecía construirse a nuestro alrededor cada vez que tu

verde salvaje se incrustaba, incisivo, en lo más profundo de mis pupilas. Me recoloqué en el asiento, como si por los pliegues del vestido pudieran escabullirse las sensaciones indomeñables, y tosí para recobrar la voz.

—¡No quiero irme todavía! —se lamentó tu hermano.

—Problemas con los permisos —respondiste al fin a mi pregunta y resoplaste con desgana—, debo acercarme a una de las locaciones —añadiste, para luego acuclillarte frente al niño que acababa de dibujar una mueca de disgusto—. Santi, tengo que llevarte a casa. No puedes venir conmigo porque no sé el tiempo que tardaré, ¿entiendes?

—Pero no he terminado mi trabajo… —expuso, señalando las pequeñas hojas de papel que todavía quedaban por acomodar—, tengo que quedarme a ayudar a Eva.

Estoy segura de que agachaste el rostro para disimular la sonrisa. Ese niño te tenía comprado y la prueba fehaciente la otorgaban tus facciones angulosas, extremadamente acentuadas, dulcificándose apenas lo oías hablar. Me recordabas al cartón al ser embebido en agua: te ablandabas.

—Debo irme, Santi, y no puedo dejarte aquí —intentaste razonar.

—¿Por qué no? —cuestionó, alzando los hombros, las palmas y el ceño—. Te vas y, más tarde, vuelves a buscarme —propuso lleno de ilusión.

—Es que no sé cuánto tiem…

—¿Por qué no hacemos lo siguiente? —intervine—. Deja que se quede conmigo. Si llegas a tiempo, lo vienes a buscar; si se te hace tarde, me envías la dirección por mensaje y yo lo llevo a tu casa al terminar la jornada.

—No, pero…

—¡Por favor! ¡Por favor! ¡Por favor!

No habrías podido decirle que no a esa cara ni en un millón de años; aun así, argumenté:

—Piénsalo, Ciro, es una locura llevarlo ahora a tu casa y luego regresar al centro; el tráfico es un caos, perderías un montón de tiempo. Déjame ayudarte.

—Está bien —aceptaste tras meditarlo un momento y alzaste el índice para dedicarle una advertencia a tu hermano—, pero no hagas renegar a Eva.

Agitó la cabeza de lado a lado con ahínco, te destinó un «Adiós» expeditivo y se enfrascó con renovado entusiasmo en la tarea de clasificación.

—¿Estás segura? —Quisiste cerciorarte mientras te abrochabas el botón del saco.

Asentí con una sonrisa.

—Vete ya.

Un «gracias» mudo fue lo último que vi antes de retornar a mis labores.

***

Pasaban las seis de la tarde cuando entré en tu casa por primera vez. No tenía intención de hacerlo; el plan era tocar el timbre, dejar a Santi y partir hacia mi hogar. Pero no contaba con que detrás de esa puerta tan elegante me toparía con el encanto de tu abuela… Su encanto y su tenacidad. ¿Todos los miembros de tu familia son igual de obcecados cuando algo se les mete entre ceja y ceja? No me quedó más remedio que ceder ante su insistencia.

Manejando con pericia las muletas me saludó con un beso cálido y me guio por la casa hasta detenerse en la cocina. La vi moverse con fluidez entre hornallas y alacenas mientras preguntaba a tu hermano por su día y me hacía partícipe de la conversación como si fuésemos viejas conocidas. Se notaba que había ganado fuerza en la pierna con las sesiones de kinesiología porque lograba desplazarse tramos cortos sin necesidad de utilizar aquel bastón de metal como apoyo.

Me sentí un poco descolocada al principio, no voy a mentirte. Ya sabes que establecer vínculos con gente nueva no se me da del todo bien y, para colmo, la belleza y magnitud de tu casa me abrumaban. No podía dejar de mirarlo todo con ojos asombrados y de preguntarme cómo sería crecer en un lugar así… bonito, cálido, sin carencias de ningún tipo. Esa sensación se expandió cuando Sandra

me invitó a pasar al jardín. Casi se me cayó la bandeja que llevaba en las manos de la impresión. Había tanto verde, tanta vida, tanto mimo en cada rincón, que fue imposible acallar los gemidos de admiración y, a la vez, no hacer comparaciones.

Me maravillé con la interminable extensión de hierba, con la vasta variedad de plantas y con el cerezo, apostado justo en el centro de ese oasis, como si se tratara de la atracción principal de la feria. No obstante, la respiración se me cortó cuando alcé la vista en la galería y me encontré rodeada por una cortina de flores color malva que parecía cubrirlo todo, incluso mis fosas nasales con su aroma dulzón. Era… impresionante. Las ramas se enroscaban en las vigas de madera y las hojas violáceas se desprendían hacia abajo como colas de caballo inacabables.

Quería tocarlas; deseaba estirar mi mano y acariciar ese prolífico manto de pétalos para probar su textura.

—Hazlo.

Tu voz me atravesó la piel. La bandeja titubeó en mis brazos y te apuraste a cogerla y abandonarla sobre la mesa. No te había oído llegar, aunque debías haberlo hecho hacía al menos unos minutos, porque te habías quitado el saco y llevabas los pies descalzos.

—Hazlo —repetiste, adivinando mis pensamientos—, tócalas.

Te miré un instante a los ojos y luego lo hice. Elevé la mirada y los dedos hasta rozar esos ramilletes sedosos y alargados como plumas.

Merendamos en el porche y, aunque no hablé demasiado, me dejé abrazar por las conversaciones y la calma de ese sitio idílico que resultaba envolvente. La incomodidad inicial fue cediendo conforme las horas pasaban, la tarde moría y las personas que me acompañaban no mostraban otra cosa más que amabilidad y sencillez.

—Ven —dijiste, antes de que la luz natural se extinguiera del todo —. Quiero enseñarte algo.

—Empezaré a preparar la cena —terció tu abuela, poniéndose de pie sin dificultad y asiendo las muletas, apoyadas sobre una de las columnas—. Santi, ¿me ayudas con esto? —Cabeceó en dirección a

las tazas vacías y su nieto menor no tardó en comenzar a despejar la mesa—. Te quedas, ¿verdad?

—Yo… Es tarde, debería irme.

—¿Segura? Mira que haré mi plato estrella —insistió. ¿He mencionado ya la obstinación como rasgo característico de esa familia? —. A estos dos solo les falta lamer la vajilla cada vez que lo preparo.

—Abuela… —intercediste, en una especie de amonestación, para que no me sintiese presionada, pero una sonrisa traicionera te torció los labios. Su tozudez te hacía gracia.

—¿Miento? —se defendió ella.

—Es verdad, Eva, no miente —apostilló el pequeño—. Es la mejor comida que probarás en tu vida.

—Está bien —acepté—. Me quedo con una condición: yo me encargo del postre.

—De eso nada —rechazó Sandra al instante—. Hoy solo disfrutas; el postre lo traes la próxima vez.

Desapareció en el interior de la casa tan pronto pronunció la última palabra, dejándome con la boca abierta.

—Parece que tendrás que volver —bromeaste, soltando una carcajada divertida, y me hiciste una seña para que te siguiera.

Caminamos hacia el vértice más alejado del jardín en completo silencio. El césped estaba perfectamente recortado y podía sentir su frescura aun con los zapatos puestos. Los ojos se me disparaban en todas las direcciones porque allí donde mirase hallaba color, delicadeza, un gran sentido de la estética y, sobre todo, cuidado. Horas y horas de trabajo, esmero y meticulosidad, que daban como resultado ese sitio que parecía sacado de un cuento fantástico.

Nos detuvimos a la vez y procuré ignorar aquello que se removió a nivel subcutáneo.

—Cactus —siseé y no me hizo falta observarte para saber que tus pensamientos andaban merodeando por los mismos recuerdos que los míos.

Aquella noche lluviosa. Mis espinas. Mi defensa contra el mundo. «¿Así es como te ves, Eva?», fue la pregunta que dejaste implícita

entre todas las palabras que pronunciaste, sin advertir que con ellas algo de mí se reconstruía.

«La próxima vez que te definas como un cactus recuerda que han evolucionado para no morir y que también contienen belleza», evoqué, dando un paso más hacia ese espacio enteramente habitado por ese tipo particular de planta.

Había decenas de ellos, de diversos tamaños y formas, con distintas tonalidades de verde, algunos incluso con flores. Tomaste uno de los más pequeños entre las manos y te lanzaste a contarme la historia de tu madre, su amor por las plantas y ese edén escondido en la parte trasera de la vivienda, construido con su propio sudor.

—Este jardín era su lugar en el mundo —confesaste—, por eso no pudo mudarse cuando mi padre murió.

Sonreíste con nostalgia. No me costó entender por qué ese sitio había sido tan especial para ella; yo misma acababa de conocerlo y ya deseaba permanecer allí indefinidamente. Y no se trataba solo del obvio atractivo; la pasión de aquella mujer desbordaba por los cuatro costados, salpicaba cada mínimo detalle.

—Un cactus como este me regaló cuando era apenas un niño. —Señalaste un ejemplar algo alargado y robusto—. Lo mismo hizo con mi hermano. Son plantas resistentes y más fáciles de mantener que otras, por eso fue la primera que nos confió; quería que aprendiéramos a cuidarlos.

Hablaste tanto de ella y con tanto cariño que el pecho se me llenó de un sentimiento de congoja. Y mientras más narrabas y más oía, con más intensidad me sacudían las diferencias entre nuestras vidas; entre esa infancia tuya, luminosa y colorida, como ese jardín, y los grises perpetuos de la mía.

Entre los resquicios de mi memoria yo no guardaba más que silencios y gritos —aún hoy no sé cuál de las dos opciones ha tenido más impacto en mí o a moldeado con mayor agudeza mi personalidad—, una casa en infinita penumbra y una lóbrega sensación de vacío.

Tu madre te había enseñado a cuidar a un ser vivo, a tratarlo con afecto, a dedicarle la atención que merece para su correcto

crecimiento. Había diseñado un parque y, dentro de él, un rincón destinado a las plantas de las que se ocupaba junto a sus hijos. Aquel era parte de su legado, de lo que había dejado para ustedes y *en* ustedes.

No sé si tú lo notaste, pero era evidente. Ella estaba presente en todo lo que decías; incluso cuando no la nombrabas se te escapaba por la boca. Mi madre, en cambio, vivía en lo que yo callaba; estaba coagulada dentro.

¿Te habrías preguntado alguna vez por qué no la mencionaba?, ¿por qué no *los* mencionaba?

Santi apareció en un momento para añadir su ración de anécdotas y luego tiró de mí para llevarme a conocer su habitación. El tacto de su palma no me resultó incómodo; ya nos habíamos tomado de las manos en repetidas ocasiones ese día: al subir a la cafetería de la planta veintiocho en busca de un bocadillo, al salir de la empresa para coger un taxi y otras tantas veces en que había tenido que acompañarme a hacer alguna diligencia.

A continuación, me hizo un *tour* por la casa, pusimos la mesa y cenamos en la galería, porque la noche era perfecta para pasarla al aire libre.

—Es la mejor comida que he probado en mi vida —reconocí, después de arrasar con dos platos de carne braseada y unos buñuelos que estaban hechos de magia—, quiero la receta —pedí a tu abuela con el sabor todavía incrustado en el paladar.

El hecho de que nunca me la revelara fue parte de su estrategia para obligarme a regresar, estoy convencida.

Nos trasladamos a la sala de estar cuando se levantó una suave ventisca y mientras Sandra preparaba el café —té con limón para mí — y yo secaba la vajilla, tú elogiabas la decoración de mi escritorio a manos de tu hermano y le pedías que te enseñara a hacer «esas figuras de papel».

El crío de ojos azules y voz tierna, además de hacerme compañía y volver más amena mi mañana, había pasado gran parte de la jornada embelleciendo mi lugar de trabajo. En una de tus reiteradas visitas lo habías encontrado en pleno proceso de creación, doblando hojas en blanco hasta transformarlas en preciosas figuras y, más

tarde, habías contemplado el resultado final con una sonrisa. Mi centro de operaciones ahora estaba salpicado con siluetas de animales, flores, corazones y barcos de papel.

A Santi se le encendió la mirada con tu pedido y, unos minutos después, tenía todos los elementos dispuestos sobre la mesa y los tres prestábamos atención a sus explicaciones. Era gracioso ver cómo se le arrugaba la frente cada vez que te reñía —por cierto, cuando dibuja ese gesto es cuando más se parece a ti— y cómo tú te empeñabas en acercarte con la excusa de «copiar mejor sus movimientos».

Eras desastroso, Ciro. ¡Y ni siquiera lo hacías a propósito! Las manualidades se te daban francamente mal, tanto que tuvimos que hacer un esfuerzo para no echarnos a reír cuando dijiste que habías acabado tu modelo. Aquella pieza inclasificable parecía cualquier cosa menos una grulla.

Tu abuela se tapó la boca y yo me mordí la lengua.

—¿Qué? Es arte abstracto —te justificaste con un alzamiento de hombros.

Tu hermano estalló en un ataque de risa que le hizo perder el equilibro y acabar en el suelo; aun así, continuó carcajeándose, doblado sobre sí mismo.

Fue automático; tu mirada y la mía se encontraron a medio camino y se entendieron sin palabras. «Ahí la tienes, te la has ganado. Esa sonrisa es tuya», te dije con los ojos y alcé mi taza de té medio vacía en un simbólico brindis. Me sonreíste de lado, con la combinación perfecta entre orgullo y alegría, y luego volviste a posar la vista en él, fingiéndote ofendido.

—Bueno… Ahora sí, me voy. —Me puse en pie cuando el pequeño comenzó a refregarse la cara por el sueño y me aproximé al perchero en busca de la cartera.

—Te llevo.

Oí tus pasos a mi espalda.

—No es necesario, puedo…

—Te llevo —zanjaste en un tono que no admitía discusión.

Cogiste las llaves del auto y me esperaste mientras me despedía de tu familia. Me llevé dos besos de Sandra, un abrazo de Santi, que

esta vez logré devolver con mayor naturalidad, y la visión de cuatro aves de papel, cada una de un color diferente, colocadas muy juntas sobre el aparador.

—¿Estás bien? ¿Lo has pasado bien? —indagaste en cuanto ocupamos nuestros respectivos asientos—. Mi abuela puede llegar a ser insistente cuando quiere…

—No sé a quién me recuerda —repliqué, con un deje de diversión, poniendo los ojos en blanco.

Empinaste el ceño con sorpresa y tu boca se torció en una mueca de lo más descarada.

—Parece que la señorita Martínez está graciosa esta noche.

Me miraste con una de esas miradas tuyas capaces de causar estragos en mis partes blandas y se me contrajo el vientre de un solo y violento tirón.

Retiré los ojos a mi regazo, a mis manos apretadas sobre las flores del vestido, y aspiré aire procurando recobrar una calma que parecía inalcanzable al tenerte tan cerca.

—Tienes una familia hermosa, Ciro —aseveré, haciendo a un lado el tono jocoso de la conversación y trocándolo por uno más serio—. Eres muy afortunado.

Volví a izar la vista. Tu cabello oscuro descansaba sobre el reposacabezas y tenías el rostro levemente inclinado hacia mí. Ya no había rastro de sonrisa.

Sabías que no hablaba solo de Sandra y tu hermano sino también de tus padres, y sabías asimismo que en ese «eres muy afortunado» te exponía un pedazo de mí, aunque no ahondara en ello.

No dijiste nada. Me observaste en silencio, pusiste primera y te concentraste en conducir. La música de Imagine Dragons nos acompañó durante el viaje como un arrullo suave mientras veía desvanecerse una tras otra las luces amarillentas de las farolas a través de la luna delantera.

Tardamos poco en llegar; el tránsito a esas horas de la noche era fluido y daba la sensación de que la gente prefería aprovechar el buen clima y salir a pie a ubicarse tras el volante. Estacionaste en doble fila, a metros de mi portal, y por un instante permanecimos callados.

—Gracias por este día —vocalicé finalmente, alcanzando la manija y tirando de ella.

—Eva, espera.

Tu mano aferró mi muñeca con delicadeza y a mí algo se me desató en el pecho. No sé qué fue, pero me recorrió como un relámpago, con rapidez y voracidad, electrificándome el vello. No atiné a hablar, moverme o siquiera mirarte. Tampoco a respirar en condiciones.

Sentí que te acercabas, que la distancia se rompía y el cuerpo me fallaba en todas sus funciones. *Demons* sonaba de fondo cuando la carne de tus labios tocó mi mejilla, el margen de mi boca, y se quedó allí más tiempo del debido, como si se resistiese a alejarse.

No sé qué me produjo más temor, si la falta de ganas de huir o el apremiante deseo de girar unos centímetros el rostro hasta mezclar tu aliento y el mío.

Te separaste con tanta reticencia que hasta creí oír un quejido cuando mi piel volvió a quedar vacía.

—Buenas noches, Eva.

El calor que desprendió tu garganta me rozó el lóbulo de la oreja y se propagó, como una onda expansiva, hacia fibras más lejanas… o internas. Tu silueta terminó por retraerse, apartándose del todo, y yo continué detenida, demasiado estremecida como para enviar la orden a mis piernas y, al fin, descender del vehículo.

Lo hice poco después; bajé sin decir palabra y me encerré en mi apartamento. Dejé caer la cartera y llevé la mano allí donde todavía me palpitabas.

Tú te fuiste; el beso se quedó conmigo.

31

TAL VEZ ALGÚN DÍA

A los once años

Apreté las palmas contra mis orejas a sabiendas de que era un ejercicio inútil; los alaridos no solo no cesaban, sino que se deformaban hasta adquirir un aire macabro que los hacía asemejarse a voces fantasmales, silbidos que parecían provenir del más allá. Deseaba arrancarme los oídos, escapar del averno o sencillamente desaparecer. Eso ansiaba. Mutar a un sinfín de diminutas partículas evanescentes, incorpóreas, ingrávidas. Sabía a ciencia cierta que esa lengua entorpecida a fuerza de sustancias etílicas y esos estacazos que caían indiscriminadamente sobre la puerta no se apaciguarían; por el contrario, recrudecerían hasta lograr su propósito de liquidar el estorbo.

Si tan solo hubiese podido moverme, alzarme en toda mi longitud, caminar hacia el balcón y traspasarlo…, pero no. Los músculos, los tendones y el grumo de articulaciones habían perdido toda voluntad y habían quedado adosados a esa franja estrecha de baldosas que los soportaba.

Siempre terminaba reducida a eso: a una masa de ligamentos doblados sobre sí mismos procurando mimetizarse con el entorno, volverse aire, dejar de ser materia. ¿Cómo un cuerpo puede ocupar tan poco espacio? ¿Caber en apenas centímetros? ¿Retorcer sus partes, plegarlas hacia dentro y reducir sus dimensiones hasta parecer poco más que un ovillo?

La cama, que con esfuerzo y sudor había logrado correr de su sitio para atrancar la puerta, pegaba un salto cada vez que un nuevo batacazo llegaba. Las patas del desvencijado mueble retrocedían poco a poco, excretando lamentos en forma de chirridos estridentes, perdiendo la batalla contra el arrebato desaforado de su contrincante.

Iba a abrirla. Iba a salirse con la suya una vez más. ¿Y el golpe? ¿Me alcanzaría en esta ocasión? ¿Descubriría mi lengua el sabor de la sangre por culpa de un labio partido? ¿Mudaría de color mi tez, tornándose verdosa, amarillenta o purpúrea, según el paso de los días? ¿Mi figura sería al fin el reservorio de cardenales y magulladuras que hasta entonces se alojaban únicamente en mi mente?

Volví a cuestionarme, no sé cuántas veces lo había hecho ya a lo largo de mi corta vida, si no sería mejor que sus nudillos me encontrasen de una buena vez, en lugar de desviarse para acabar destrozando sustitutos que no conseguían saciarlo. Tal vez parece un pensamiento loco, insensato, necio incluso, anhelar la paliza; pero hoy, en mi adultez, lo entiendo. Comprendo que la incertidumbre, a veces, puede ser devastadora; que estar constantemente a la espera de aquello que nunca termina de llegar no hace más que alimentar el miedo, engordarlo, tornarlo poderoso e impredecible; que no saber a qué atenerse deja abiertas todas las posibilidades y, por ende, da lugar al vuelo libre de la imaginación.

Había algo del orden de lo sugerente en esos impactos sobre la superficie de madera, un potencial que asomaba sus garras… Todo lo que podía suceder estaba escrito en esos ruidos, en ese puño golpeando, en esos pasos deteniéndose frente a la puerta, en esa voz agitando mi nombre en el aire, despertándome escalofríos, desencadenando una cascada de reacciones ingobernables en mi cuerpo.

¿Cuántas veces esa niña podía hacerse las mismas preguntas? ¿Cuándo dejaría de cuestionarse? ¿Sería ese el día en que finalmente conocería la respuesta? ¿O tendría que continuar figurándose desenlaces?

Un nuevo berrido perforó el aire de ese cuarto umbrío y un espasmo agudo me explotó en las vértebras, trepó por ellas y se enroscó en mis bronquios hasta saquearme el oxígeno. Podía percibir los ronquidos sibilantes que emitían mis pulmones, el afán de mi aparato respiratorio por seguir funcionando, luchando, sacrificándose, pese al rotundo pánico que lo atenazaba. Destapé mis oídos y me hundí todavía más entre mis propios huesos.

Descansé mi barbilla temblorosa sobre las rodillas replegadas y me observé los antebrazos. Tenía los pelitos levantados y la piel erizada, llena de diminutas protuberancias semejantes a burbujas a punto de estallar. Imaginé que era mi corazón hecho trizas, descompuesto en minúsculas, casi microscópicas astillas, intentando escapar, hacer lo que mis extremidades entumecidas no podían; huir lejos de allí para nunca regresar. Para salvarse.

Un azote más. Otro grito. El colchón zarandeándose. Los soportes de la cama cediendo otra pulgada. Los sonidos revolviéndose hasta componer una canción aterradora.

Me tragué un sollozo y comprimí los párpados tan fuerte que un millón de puntos blancos se concentraron detrás de mis ojos. Volví a abrirlos, a fijarlos en esos vellos alzados como flechas apuntando al techo, en los relieves de mis brazos que imitaban médanos, y pensé, no por primera vez, que mi piel era tejido muerto. Peor aún, un órgano rengo, desbalanceado, capaz de recibir solo los estímulos monstruosos, repugnantes y dolorosos del mundo. Pero ¿y la otra parte? ¿El costado bonito? Debía existir, ¿o no?

Tenía que haber algo más. Otra cosa. Aunque todavía no la conociera. Aunque, quizá, nunca llegara a conocerla. Si podía sentir con tanto énfasis lo feo, lo malo, aquello susceptible de detener de forma súbita y rigurosa mi esqueleto o acelerarme el pulso hasta alcanzar niveles anómalos y malsanos, debía vivir allá afuera algo igual de poderoso, capaz de despertarme el cuerpo por razones completamente distintas, extraordinarias, bellas. Sí, eso creía. Eso quería creer.

Presioné los ojos de nuevo y, en esta ocasión, no pude enjaular el gemido que se escabulló entre mis dientes ante otra serie de estrépitos que hicieron tiritar las bisagras. Y a mí… Me hicieron tiritar a mí. La esperanza se tambaleó, pero me aferré igualmente a ella.

Algún día lo descubriría. Algún día lloraría de felicidad y temblaría de emoción, y mi vientre se sacudiría en espasmos que nada tendrían que ver con el temor, y mi respiración se volvería errática y deficiente y caótica y absolutamente demencial, por un motivo hermoso. Algún día el tambor que mora en el lado izquierdo de mi pecho retumbaría al ritmo de otra música, armónica y dulce,

agradable al oído; y el corazón apenas me cabría entre el enjambre de costillas porque se hincharía de gusto, de amor y de todo lo bueno que aún no tenía. Algún día la piel me palpitaría de besos, colores y vida...

La defensa construida flaqueó. La cama cedió. La puerta finalmente se abrió. La realidad me ganó.

Tal vez… Tal vez algún día.

32

PERÍODO DE ADAPTACIÓN

Ciro

—¡Joder!

Desapareciste tras la puerta y tuve que aprisionar las putas ganas de fundirte el timbre, colarme en tu casa y perderme en tu cuerpo hasta aprenderme tus lunares de memoria.

—¡Joder, joder, joder! —descargué, con la frente pegada al volante, sin tener muy en claro si me refería a ese contacto que había emprendido sin siquiera pensar y que tal vez debería haber evitado, o a su efecto en mí, que me había dejado la sangre en llamas.

Sabía que no te agradaba que te tocaran, que te sentías cómoda manteniendo ciertos márgenes y que debía obviar cualquier tipo de movimiento brusco para no encender tus alarmas. Sin embargo, no había podido evitarlo. Había buscado retenerte, que te quedases unos segundos más conmigo, y mi mano había salido, imprudente, al encuentro de la tuya. Te había besado. ¡Besado! No como me hubiese gustado hacerlo, pero, carajo, Eva… Si el corazón me retumbaba en los oídos con solo rozarte la mejilla, no podía ni imaginar lo que sería probar…

Un bocinazo me sacó de mis cavilaciones y me obligó a reanudar la marcha. Observé una vez más tu fachada e hice lo contrario a lo que mi cuerpo pedía: pisé el acelerador y me alejé de allí antes de cometer una locura.

Si tuviera que definir aquel día lo haría con dos palabras: extraño y, al mismo tiempo, revelador. Santi había tenido que acompañarme al trabajo porque el maldito colegio continuaba desentendiéndose de la mierda que ocurría entre sus paredes y yo quería cargarme a sus directivos uno a uno por mostrarse tan condenadamente fríos e indiferentes ante el sufrimiento de uno de sus alumnos. Lo primero que hizo al llegar a La Cala fue correr a tu encuentro, y a mí poco

me faltó para quedarme bizco al verte enfundada en ese vestido blanco con flores que se ceñía a tu cintura y luego se abría paso por tus piernas. Estabas impecable, preciosa, y cada día se me hacía más difícil mantener a raya los pensamientos… y los ojos. Los putos ojos tenían vida propia.

El modelito floreado pasó a un segundo plano cuando mi hermano, con toda su inocencia y entusiasmo, se abalanzó sobre ti y se prendió a tu cuerpo como una garrapata. Habría sentido envidia por esa cercanía si no hubiera visto el color esfumándose de tu rostro y cada uno de tus músculos endureciéndose hasta convertirse en un bloque de granito. Las preguntas acerca de ese pasado del que jamás hablabas se recrudecieron. ¿Qué mierda había ocurrido en tu vida, Eva, para que incluso el abrazo de un niño te resultara intolerable? ¿Era solo falta de costumbre o había algo más profundo detrás? En el mismo segundo me abordó una especie de alivio —egoísta y absurdo, lo sé— al comprender que la necesidad de conservar las distancias no se reducía exclusivamente a mi persona, sino que se extendía también a otros, y, a la vez, un poderoso sentimiento de congoja, por la misma exacta razón.

Me aproximé con la firme intención de desenredar a Santi de tus extremidades para liberarte de la rigidez, pero entonces, alzaste la mano y lo acariciaste. No fue un movimiento natural, aunque sí tierno. Podía notar que esa breve muestra de cariño te costaba, del mismo modo que te había acarreado un esfuerzo enlazar nuestros dedos días atrás. Te costaba, pero, aun así, lo hacías. Era como si estuvieses derrumbando algún tipo de barrera interna o batallando contra esa reacción visceral que buscaba imponerse y mantenerte apartada del resto de los humanos. Ahí tomé dimensión del valor que tiene una caricia tuya, de lo jodidamente significativo que había sido ese acto de unir tu mano a la mía.

Pasé la mañana entera asomándome por la puerta del despacho, espiándolos sin que ustedes repararan en mí. En un principio, porque quería asegurarme de que estabas a gusto en compañía de mi hermano; luego, porque observarlos interactuar era… interesante. Los vi buscar palabras en el diccionario, conversar mientras cada uno continuaba con la cabeza metida en sus tareas, colorear

dibujos, ordenar el escritorio y conectar sin un gramo de incomodidad. Inclusive, le preparaste una chocolatada a modo de desayuno con sus cereales preferidos sin un solo aro amarillo flotando en la taza. ¿Cómo carajo supiste que había que sacar los anillos de ese color? Ese detalle me hizo alucinar y pensar que las caricias no se dan únicamente con las manos.

Luego llegó la tarde y no me asombró en absoluto que mi hermano se empecinara en quedarse a tu lado. Tampoco que te ofrecieras a echarme una mano para evitarme las complicaciones del tránsito y viajes innecesarios. Lo que sí me sorprendió fue lo que vino después.

Verte parada en medio del jardín se sintió como cuando caminas distraído por la calle, sumido en tus pensamientos, y de repente vuelves a ser consciente de lo que te rodea. Hay un primer instante de extrañeza en el que observas el entorno como si no lo hubieras visto antes; segundos en que tu cabeza tarda en acomodar lo que tiene delante.

Descubrirte allí fue como ese momento de extrañeza; podía reconocer el contexto y a ti, pero se me hacía raro contemplarlos fusionados. Como si algo no encajara… o encajara demasiado bien. Estaba acostumbrado a verte dentro de la agencia o en sus inmediaciones y, de pronto, aparecías en mi casa y en una escena que golpeaba por su tinte cotidiano.

Una persona ajena ante esa estampa hubiese creído, sin lugar a duda, que eras parte de la familia. Al fin y al cabo, llevabas una bandeja en la mano y estabas a punto de sentarte a merendar en la mesa en la que mi abuela y Santi te esperaban con una sonrisa en el rostro. Lo único que delataba que aquello era nuevo para ti, era la fascinación que revestía tus ojos. Lo mirabas todo con curiosidad, admiración y algo más que no logré catalogar, pero que permaneció allí, agarrado a tus retinas, hasta el momento de tu partida.

Tu presencia en mi casa me impactó de tal modo que me quedé observándote a través del ventanal por un tiempo indefinido. El tono coral de las flores de tu vestido parecía amalgamarse a la perfección con los colores esparcidos a lo largo y ancho del jardín y, una vez más, esa belleza serena y frágil que constantemente me dejaba sin

aliento, se asentó sobre mis pulmones. Cuando reparaste en la glicina, que caía como una catarata sobre tu cabeza y tapizaba de violeta la galería, tus ojos se agrandaron tanto que no pude resistirme. Me acerqué sin pensar, liberé tus manos y te di el empujón que te faltaba para hacer lo que deseabas. Los tacones de tus zapatos se separaron del suelo, tus yemas acariciaron los pétalos y sonreíste.

Ni siquiera te diste cuenta de que tu hombro rozaba mi pecho, que la distancia entre tu cuerpo y el mío era ínfima y que el conjunto de tus facciones, deslumbradas por lo que veías, estaba imprimiendo en mis células una imagen que volvería a mi mente cada noche al cerrar los ojos.

—¿Qué? —dijiste al apartar la vista de la planta y advertir la forma en que te miraba. Otra vez tus pómulos se colorearon.

—Vas a acabar conmigo, Eva.

El rubor se extendió y yo me alejé porque… porque la alternativa se dibujó en mi cabeza de una manera tan explícita que me resultó peligrosa.

Al apagar el motor del auto y entrar en casa, lo primero que vi fueron las cuatro grullas confirmándome que tu presencia allí había sido real. Aún me costaba asimilarlo. Me senté sobre la alfombra, alumbrado únicamente por la luz del recibidor, y recargué la espalda en el sillón mientras no paraba de darle vueltas a los acontecimientos del día.

Mi hermano apareció, con ese andar silencioso que lo caracterizaba, y se acomodó a mi lado como tantas otras veces. La pregunta salió de mis labios de modo natural:

—Santi, ¿en verdad deseas cambiarte de escuela?

Me observó con cautela.

—¿Estás seguro de que es lo que quieres? —insistí.

No emitió sonido, ni siquiera atinó a despegar los labios, solo movió la cabeza afirmativamente.

—Bien, entonces empezaré los trámites.

Deberías haber visto el abrazo que vino a continuación, Eva. Se lanzó sobre mi cuerpo y lo rodeó de una manera que me puso la piel de gallina. Se sentía aliviado, agradecido, contento. Me había llevado

semanas arribar a esa decisión, convencerme de que ese cambio era, en efecto, lo mejor para él. Aún albergaba algún que otro temor, creo que era inevitable, pero en ese abrazo supe que estaba haciendo lo correcto.

Aquel día fue revelador, ya lo he dicho. Y no solo en lo que respecta a mi hermano y su futuro educativo, sino también a ti. Te había mirado tanto a lo largo de esa tarde en mi casa… Por diversos motivos; principalmente porque me costaba dejar de hacerlo, porque no terminaba de creer que estuvieras allí y porque era extraordinario advertir cómo tu comportamiento iba variando con el paso de las horas.

Tomé consciencia de algo fundamental: tú no repelías el contacto, Eva. No rechazabas cualquier tipo de acercamiento. Tan solo te movías a tus tiempos, tal vez más lentos que los del resto; necesitabas sentir confianza. Lo había visto con Santi, con ese abrazo que te había sobrepasado en un principio, pero luego, con el transcurrir del día, te habías ido relajando en su presencia hasta charlar, reír e incluso rozarlo con mayor naturalidad y seguridad. Era como si tu piel y tu mente precisaran un período de adaptación.

Conmigo te había sucedido lo mismo. Cuando te toqué en el auto, cuando tomé tu muñeca y besé tu mejilla, no te apartaste ni te encogiste sobre ti misma, pese a que me había movido con impulsividad, sin darte tiempo a prever mis intenciones. Te quedaste quieta, sí. Tu cuerpo entró en tensión, sí. Pero no saliste huyendo, como aquella vez, con un «lo siento» en los labios.

Yo ya no encendía el cartel de peligro porque estabas empezando a conocerme. Y tú, poco a poco, estabas dejándote conocer.

33

BURBUJAS, MARIPOSAS Y BARRIGAS LLENAS DE COSAS BONITAS

A los trece años

Estreché la mirada procurando distinguir las agujas del reloj, pero no hubo caso. La luz mortecina que destilaba la lámpara resultaba insuficiente para adivinar la hora. Valoré la opción de salir de la cama y acercarme al escritorio para despejar la duda, pero se estaba demasiado bien debajo de las mantas. Supuse que sería alrededor de la una de la madrugada y volví a girarme sobre mi espalda hasta quedar de cara al techo. Cerré los ojos y, una vez más, intenté dormirme. No había forma. Estaba molida, pero, aun así, el sueño se me resistía.

Los días eran tan largos, tan intensos e iguales unos de otros últimamente que, en ocasiones, no distinguía dónde acababa uno y dónde comenzaba el siguiente. Ese, en particular, era un sábado. Lo sabía porque no había tenido que asistir al colegio y porque Luca no se encontraba en casa; probablemente se hallaba en una discoteca o en la fiesta de algún amigo. Solía salir casi todos los fines de semana —de vez en cuando, también entre semana—, aunque jamás pasaba la noche fuera. Siempre regresaba relativamente temprano alegando alguna excusa: aburrimiento, cansancio, dolor de cabeza. Pero, en el fondo, yo sabía que lo hacía por mí, para no dejarme sola si había tenido un mal día al otro lado del muro.

Cogí el libro que había dejado a medias sobre el colchón, retiré el marcapáginas y me dispuse a seguir leyendo. En algún momento perdí la consciencia.

Me despertó un movimiento a mi espalda y, a continuación, sentí a mi vecino revolver cajones —seguramente en busca del pijama—, colocar el libro en la estantería y meterse en la cama con cuidado de no rozarme.

—¿Cómo está ella? —vocalizó apenas advirtió que no estaba dormida.

—Sigue mal —dije, visiblemente incómoda—. Hoy no se ha levantado en todo el día.

Mi madre llevaba meses enferma, aunque en las últimas semanas había empeorado de manera notoria. A menudo la azotaban unas jaquecas que solo se calmaban con el paso de las horas bajo una oscuridad y silencio absolutos; las pastillas, que tragaba como caramelos, ya no parecían surtirle efecto. Estaba débil, irascible, y lo peor de todo era que se ensañaba conmigo como si yo fuese la culpable de sus dolencias, la causa de que se encontrara postrada. Apenas me dirigía la palabra y creo que lo que en verdad odiaba era tener que depender forzosamente de mí hasta en las tareas más esenciales.

—¿Y tu padre?

—¿Tú qué crees? —Sonreí con tristeza o resignación, no lo sé, y aparté la vista. No quería hablar de eso. No quería hablar de nada de lo que estaba ocurriendo.

—¿Y tú? ¿Cómo estás tú? —Se aventuró luego de un largo silencio.

Resoplé, irritada por su insistencia, y me removí hasta que mi rostro quedó justo frente al suyo. Entonces lo miré con una mezcla de decisión y súplica.

—Haz que paren, por favor. —Necesitaba alejar los pensamientos, la realidad—. Distráeme. Cuéntame sobre ese aroma a frambuesa que traes impregnado.

Frunció la nariz un segundo, calculo que por la frustración de obtener otra evasiva como respuesta. Pero al instante siguiente, desplegó su sonrisa gamberra y se internó en los pormenores de la conquista nocturna.

—¿Cómo es? ¿Qué se siente? —pregunté con atención cuando llegó a la parte de los besos. Si lo repetía cada fin de semana, aunque fuera con una chica distinta, alguna gracia debía de tener.

Volvió a torcer los labios y pensó la respuesta un momento.

—Es… un cosquilleo en el estómago —describió y enseguida añadió—, como si tuvieras cientos de burbujas explotándote dentro

o unos dedos juguetones pellizcándote la panza. —Un bostezo se escabulló de su boca dejándome ver sus encías—. Es algo cálido, movedizo —concretó y se dio la vuelta—. Y ahora duerme, que ya es tarde.

Me giré yo también hacia la pared y suspiré, deseando conocer algún día esa sensación.

Esa noche soñé con burbujas, mariposas y barrigas llenas de cosas bonitas.

34

UNA REVELACIÓN

Eva

—Dios, Eva, estás… ¡Guau!

Los ojos de Fernando se arrastraron por mi cuerpo y dio unos pasos hacia atrás para poder examinarme mejor. Planché con las manos el bajo de mi vestido mientras me contemplaba una vez más en el espejo y le sonreí en el reflejo antes de girarme hacia él. Soltó un silbido apreciativo, se apoyó en el marco de la puerta y luego añadió:

—El morocho va a caer desmayado cuando te vea.

Emití una especie de gruñido y desvié la mirada al suelo. No solía hablar de ti con ellos; con nadie en verdad. Pero Vera no era tonta, tenía ojos en la cara y oídos a ambos lados del rostro, por lo que notaba el vuelco que había dado nuestra relación. De tus provocaciones constantes y mis esfuerzos por ignorarte habíamos pasado a hablar como personas civilizadas e incluso a compartir tiempo juntos. Ella desconocía el trasfondo, no tenía idea de lo que había sucedido, de aquella escena para el olvido en la oficina, del acuerdo de paz que habíamos firmado con un apretón de manos, y mucho menos estaba al tanto de las escapadas a solas a la azotea en medio de la jornada laboral o de la merienda y posterior cena en tu casa con familia incluida. Pero, repito: no era tonta, ni ingenua, ni despistada. Y me conocía más que cualquier otra persona.

Vera intuía que algo sucedía entre nosotros y había terminado por confirmarlo esa misma mañana, cuando me había oído decirte, con la cara roja y titubeos embarazosos, que agradecía tu ofrecimiento pero que acudiría a la celebración de la empresa con ella.

—¿Así que eres mi cita para el baile? —había bromeado luego—. Supongo que no follaré esta noche.

—No te vendrá mal un día de descanso —había replicado yo, siguiéndole el juego, aunque sin pizca de humor. Ambas sabíamos

que mi conducta era infantil.

—Que sepas que no estoy de acuerdo con lo que estás haciendo. Ese hombre está interesado en ti. Si no quieres ir con él a la fiesta, bien. Pero no me utilices como excusa, dile la verdad.

—¿Y qué verdad sería esa?

—Que todavía es más fuerte el miedo.

La realidad era que de solo pensar en estar otra vez encerrada contigo en un vehículo, las pulsaciones se me desmadraban. Por eso me encontraba esa noche en el apartamento de Vera, porque era menos riesgoso para mi organismo y sus funciones asistir al evento con ella.

—Es demasiado —decreté, repasando nuevamente mi vestido.

No era demasiado.

—No es demasiado —protestó Fernando, leyéndome el pensamiento.

Llevaba un escote un poco más pronunciado de lo normal, un trozo de espalda al desnudo y un atuendo de noche acorde a la ocasión, pero no era en absoluto excesivo. Seguía siendo yo, con mi maquillaje sutil, mi cabello suelto y mis tacones altos; solo que con algo más de brillo.

Era el séptimo festejo de fin de año de La Cala al que asistía y no recordaba haberme sentido así de nerviosa en ninguno de los anteriores. Tampoco había tenido dudas en cuanto a la vestimenta ni me había parado tantas veces frente al espejo a contemplar mi imagen. El problema no era la ropa ni el evento en sí, sino el hecho de que, esta vez, tú estarías allí. Y ya sé que nos veíamos a diario en el trabajo, pero… no era lo mismo.

Desde aquella noche en que me habías llevado a casa en el auto, algo en mí había cambiado. O despertado. Lo cierto es que me sentía distinta cuando te tenía cerca. No se trataba de incomodidad porque, para ser sincera, tú te comportabas igual que siempre, con esa calidez y soltura que te caracterizan. Y no habías vuelto a romper las barreras de la distancia. Sin embargo, en mí, esa exacerbación de los sentidos que solía experimentar a ratos ahora aparecía apenas te veía bajar del ascensor y ya no se marchaba; se prendía a mis cavidades con uñas y dientes y allí se quedaba.

—Estás preciosa. Y quita ya esa cara de pánico, que vas a una fiesta, no a la horca —añadió mi amigo, que ese día llevaba la cámara colgada al cuello y el cabello más encrespado que de costumbre.

—Tienes razón —admití, aunque no soné todo lo convencida que me hubiera gustado.

Me removí los nervios de los hombros con un par de sacudidas y me olvidé del asunto en cuanto Vera salió del cuarto de baño y el rostro de Fernando se iluminó como solo lo hacía cuando ella entraba en su radar. La hizo girar sobre sí misma unas cuantas veces, hasta arrancarle una carcajada, y luego la pegó a su pecho y le plantó un beso en la nariz. Esos besos siempre me hacían sonreír porque derramaban amor del bueno, intimidad y orgullo, una mezcla que no se veía con frecuencia pero que entre ellos era el pan de cada día.

—Rajas la tierra, cariño.

—Y así de rápido vuelvo a ser invisible —fingí una mueca herida.

—Eva, ya sabes que a ti te adoro, pero esta mujer es mi debilidad —contestó él, al tiempo que ella respondía.

—Vamos a ver si dices lo mismo en unas horas, cuando los ojos verdes de Ciro te quemen la piel de tanto mirarte.

La ansiedad regresó al instante.

—Vera, no la pongas más nerviosa —la regañó Fer, mientras tiraba de las solapas de su cazadora de cuero para atraerla otra vez hacia él.

No sé cómo lo hace, pero mi amiga siempre se las ingenia para grabarle su impronta a todo lo que viste. Los estampados, los colores que utiliza y el modo en que conjunta cada prenda son un fiel reflejo de su personalidad. En esa ocasión había cambiado los vaqueros rotos y los *shorts* deshilachados por una falda ajustada, combinada con una de sus eternas remeras *rockeras* y unos botines negros de tacón. La cazadora terminaba por ponerle su sello distintivo al *look* elegido para esa noche.

—¿Más nerviosa? —replicó ella, alzando mucho las cejas—. Se ha probado seis modelitos y retocado el labial cuatro veces en la última hora. —Miré para otro lado y me abstuve de protestar porque tenía

razón—. Vámonos de una vez, que si sigues aquí encerrada es probable que te dé una embolia de tanto pensar.

—Nadie se va de esta casa sin antes posar para esta belleza —rebatió Fernando, al tiempo que atrapaba la cámara entre las manos y bloqueaba la puerta con su cuerpo para impedir que nos escabulléramos.

Cuarenta y cinco minutos y unas cuantas fotografías después, bajábamos del taxi —porque la moto de Vera como medio de transporte no era una opción viable aquella noche— y entrábamos al sitio en que se celebraba la fiesta. Se trataba de una mansión antigua, aunque impecablemente conservada, de tres plantas, ubicada en medio de un jardín cuyos límites no alcanzaba a divisar. Había luces tenues por doquier, barras repletas de botellas, una piscina enorme a uno de los lados y la decoración, elegante y sobria, exquisitamente delicada, mezclaba esculturas con telas pálidas que parecían abrazarlas.

Te sentí antes de verte. O tal vez fueron los nervios de saberte allí, entre el torbellino de rostros, porque de repente un calor raudo e inoportuno me cruzó la médula hacia arriba. Por instinto te busqué, escaneé el recinto a una velocidad escandalosa y hallé tus ojos, intensos por naturaleza, amarrados a mí. Nos contemplamos unos segundos a la distancia hasta que te llevaste la mano al cuello y agitaste con dramatismo, con exagerada teatralidad, para que lo notara, el nudo de una ¿corbata? Sí, veía bien. Una corbata negra se acoplaba a tu camisa. Luego empinaste los hombros y me sonreíste divertido.

Entonces tuve una revelación.

Ese ardor en mi piel que no se apagaba, no se debía a tu mirada indomable ni a tu sonrisa descarada. Tampoco a esa seducción nata que exudabas al andar sin siquiera pretenderlo. Eras tú, Ciro, todo tú, que querías desesperadamente entrar… Y era yo, que quería dejarte hacerlo.

35

CERCENANDO DISTANCIAS

Ciro

Te vi aparecer por ese sendero flanqueado por arces y se me cortó el aliento. Eras un puto rayo de sol en medio de la oscuridad de la noche. Y no es una mera expresión, Eva. Brillabas como una jodida supernova. Las lentejuelas de tu vestido dorado, o cobre, yo qué mierda sé, danzaban con cada paso que daban tus piernas como si llevaras diminutas bailarinas cosidas a la piel.

Nunca había tenido que esforzarme tanto por hacer lo contrario a lo que cada hebra de mi cuerpo exigía como aquella noche… como aquellos días. No era fácil verte en la oficina, sentarme frente a ti con el café entre las manos y hacer de cuenta que no notaba lo extraña que estabas desde que te habías bajado del auto con un beso y mis ganas a cuestas. Mientras tú te resguardabas detrás de esa actitud distante que siempre te ha funcionado como escudo y evitabas los momentos a solas fuera de la zona segura de la empresa, yo moría por llevarte a casa una y mil veces y no dejaba de ensayar en mi mente otros desenlaces. Uno en el que mi boca navegaba unos milímetros de más y caía al fin sobre la tuya. Uno en el que tu rostro no permanecía inerte y, en cambio, se giraba hacia mí; salía a mi encuentro. Uno en el que no ponía el vehículo en marcha y me alejaba calle abajo. Uno en el que me invitabas a entrar en tu apartamento para terminar lo que habíamos comenzado.

Por más normalidad que intentásemos aparentar, ese tenue contacto entre tu piel y la mía era el gran elefante blanco en la habitación. Nos acechaba. ¿Cuánto tiempo podríamos eludirlo?

—¿Así que corbata? —Fue lo primero que formulaste al llegar a mi lado. Quise morderte la sonrisa carmesí que tironeaba de tus labios.

—La ocasión lo amerita.

—Era hora de que te vistieras de manera decente.

—¡Oh, deja de fingir! Sé que te encantan mis pantalones agujereados, especialmente el modo en que se ajustan a mi parte trasera. —Me incliné hasta que nuestras narices quedaron a un palmo de distancia y, con esa insolencia que simulabas odiar, pero que en el fondo te divertía, te guiñé el ojo—. Te he visto mirarme el culo.

—¡Ciro!

Había aprendido cómo hacerte reír y cómo cubrir de granate tus mejillas, dos cosas a las que me estaba enganchando como un toxicómano a la heroína.

—No te avergüences, mujer, tengo un culo de infarto.

—Suficiente para mí, mejor me voy a buscar una copa. —Álvaro y su acartonada personalidad. Había olvidado que estaba allí.

—¡Cuánta sensibilidad! —se burló Vera, que no perdía oportunidad para meterse con él. Ni siquiera la había saludado porque, pues…, solo tenía ojos para ti—. Discúlpenlo, es que sus orejas refinadas corren el riesgo de desprendérsele del cuerpo si oye la palabra culo. —Colocó las manos a ambos lados de la boca a modo de megáfono y gritó—: ¡Culoooo!

Esa morocha desvergonzada iba a acabar con mi amigo.

—Ay, no otra vez —te oí decir en un lamento—. Voy contigo.

Caminaste hasta ubicarte a la par de Álvaro y se alejaron en dirección a la barra.

—Tú no bebes —te grité.

—Con tal de escapar de esta conversación puedo empezar a hacerlo —replicaste, divertida, sin siquiera darte vuelta.

—Justo cuando se estaba poniendo interesante —se lamentó Vera a mi lado.

—Déjalos —me encogí de hombros—, huyen como cobardes.

—No te sientas mal, son un par de desalmados. —Me animó y frotó mi espalda—. Si sirve de algo, creo que tienes un gran culo.

***

Los entremeses y el alcohol volaban sobre las bandejas y desaparecían con igual rapidez. La música se esparcía a un volumen

tímido y yo me libraba una y otra vez de tediosas conversaciones en las que me veía envuelto por pura formalidad. Quería llegar hasta ti, pero cada vez que daba un paso hacia adelante alguien más me interceptaba. ¿Todo el mundo quería sociabilizar aquella noche?

Agradecí cuando la voz de un presentador convocó a los invitados a reunirse en la pista de baile y el sonido, tolerable hasta entonces, explotó eufórico por todo lo alto. Los cuerpos se apiñaron instantáneamente en el salón y comenzaron a moverse, con cierto pudor al principio, con mayor soltura después. Aproveché la ocasión para salir a tu encuentro y llegué justo en el instante en que una mujer de porte aristocrático e impecable estilismo se despedía de ti con dos besos.

—Es la esposa de Abel —me informaste cuando ya se había alejado lo suficiente. Asentí mientras la veía acercarse a un grupo de personas entre las que se hallaba su marido—. Hace cuarenta y dos años que están juntos —susurraste con ternura—. ¿Quieres conocer la historia?

No me asombró que la conocieras. Había notado que el vínculo que te unía al señor Bustos iba más allá de lo laboral. Si bien era un hombre parco en palabras, de aspecto severo y con fama de ser extremadamente exigente, contigo se comportaba de un modo paternal; era evidente que te tenía cariño. Y pese a que la propuesta me resultó tentadora, porque me permitiría indagar un poco más acerca de tus inicios en la empresa, lo que yo deseaba en aquel momento era otra cosa.

—Quiero bailar contigo.

Abriste mucho los ojos, descolocada, y boqueaste como si hubieses olvidado la manera de hablar.

—No, yo… —Los nervios se apoderaron de ti—. Hay mucha gente. No me gusta…

Consideré que, si te incomodaban las cercanías, era lógico que una pista de baile repleta de cuerpos amontonados no fuera tu sitio favorito; aunque, tal vez, solo se tratara de una excusa para rehuir mi contacto. De cualquier manera, no insistí.

—Dame un minuto —pedí, con una ocurrencia repentina en mente y me marché sin esperar respuesta.

Había cometido muchas locuras en mi vida, pero meterme en una casa ajena y registrar cada alcoba como si fuese un delincuente en plena faena no era una de ellas. Regresé poco después y te tendí la mano.

—Ven conmigo.

La mirada fue la misma que me destinaste en la oficina cuando te dije que desayunaríamos en un lugar distinto a tu escritorio: prudente, circunspecta. Pero, a diferencia de aquel día, en esta ocasión no dudaste en aferrar mi mano.

«Pequeñas victorias», pensé y sonreí.

Te guie escaleras arriba mientras el zumbido estridente de la canción de turno y el griterío general se desvirtuaban hasta hundirse en la calma. Serpenteé por los largos pasillos y conté la tercera puerta a la izquierda. La luz nocturna nos engulló en cuanto giré el pomo. Tardaste unos segundos en cruzar el umbral y atravesar la habitación.

—No son las vistas de la azotea, pero no están mal.

No, no estaban nada mal.

Recorriste la terraza con ese andar sereno que te caracterizaba y tus uñas esmaltadas se deslizaron por la superficie de la barandilla con la misma pausada cadencia. Las imaginé arrastrándose sobre mi piel, así, con tortuosa lentitud, y la sola idea me trastornó las entrañas. Era un puto pensamiento, Eva, ¿lo entiendes? Un dibujo que vivía exclusivamente dentro de mi cabeza y, aun así, me despertaba la carne de una manera desconocida.

Una única pregunta se prendió en mi cerebro. La misma que no paraba de reproducirse desde aquella jodida noche del auto. Si se sentía así con solo rozarlo en la fantasía, ¿cómo sería en la realidad besarte, tocarte, tenerte…? Deseaba responder esa maldita pregunta.

Apoyaste los codos en la balaustrada y alzaste la vista. Yo me perdí en tu perfil y en los destellos que fabricaba tu vestido bajo la luz de la luna.

—¿Se ve distinto? —Giraste el rostro hacia mí—. El cielo, digo. En otras partes del mundo.

Lo hacías a menudo. Me preguntabas por mis viajes y yo sacaba de mi caja de los recuerdos las mejores historias solo para ver tus ojos brillar mientras te las compartía. Te gustaba escuchar. Te sentías más cómoda oyendo mi voz, conociendo mis experiencias, que haciéndome partícipe de las tuyas. No me importaba; no iba a presionarte. Estaba seguro de que hablarías a tu tiempo.

En esos instantes, mientras yo narraba y tú oías, viajábamos juntos. Existía un lugar imaginario, construido en el interior de nuestras mentes, que recorríamos de la mano.

Esa noche te hablé de todos los cielos que había conocido. Sus colores, sus estrellas, las caras de la luna y las mil formas en que los rayos de sol jugaban a infiltrarse entre las nubes. Me deshice en palabras sobre aquellos que me habían arrebatado el aliento, los que habían ocasionado en mí una mayor impresión y otros que, de tan bonitos, ni siquiera parecían reales. Cuando quise darme cuenta, el reloj marcaba las dos de la madrugada, tu cuerpo estaba levemente reclinado en mi dirección y la garganta me pedía un respiro.

—¿Quieres beber algo? Necesito ingerir líquido con urgencia.

Sonreíste de manera suave y creí ver que me mirabas los labios.

—Cualquier cosa sin alcohol está bien.

Asentí y seguí asintiendo, porque no podía quitarte los ojos de encima. Si habitualmente me costaba hacerlo, esa noche era una misión imposible. Estabas tan cerca, tan…

—Ciro…

Volví a asentir y exhalé la frustración.

—Enseguida regreso.

Bajé los dos pisos hasta mezclarme entre la horda sudorosa de personas que danzaban como si la vida les fuera en ello. Me abrí paso hacia la barra, ordené las bebidas y, mientras aguardaba, contemplé mis alrededores. Divisé al grupo de *Marketing* en el centro de la pista saltando con los brazos en alto y a los chicos de Recursos Humanos en una de las esquinas más apartadas. Me pareció reconocer a Álvaro en el jardín, cerca de la piscina, pero fuera estaba demasiado oscuro como para confirmarlo sin acercarme y yo tenía prisa por volver a estar a solas contigo. Así que recogí el

pedido que el barman acababa de plantar frente a mí y enfilé nuevamente hacia las escaleras.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —pronuncié apenas llegué a tu lado. Te entregué el vaso y ni siquiera te di tiempo a responder… o no me di tiempo a pensar—: ¿Por qué no tomas alcohol?

Tragaste saliva y desviaste la mirada hacia el jugo que descansaba en mi mano.

—Tú tampoco tomas alcohol —replicaste, buscando la salida fácil, aunque sabías perfectamente que no me refería a ese momento en particular.

—Justo ahora, no. En un rato debo conducir y, si me lo permite, planeo llevar a casa a la chica más linda de la fiesta. —Advertí en tu boca el inicio de una sonrisa y el rosado arremolinarse en tus pómulos. Carajo, Eva, qué difícil me lo ponías—. Cruza los dedos por mí… —En tan solo un segundo vi la sonrisa agrandarse y luego desaparecer—. Esa es mi excusa, ¿cuál es la tuya?

Habíamos coincidido tan solo en un par de ocasiones fuera del ámbito laboral, pero en ninguna de ellas te había visto consumir algo distinto a gaseosas, agua o infusiones. Intuía que había una razón de peso detrás de esa decisión, que no se trataba de mero gusto o preferencia. Había algo más hondo que tal vez estaba emparentado con todo eso que callabas, con esos silencios robustos a los que te ceñías. Descubriría más tarde que habías construido tu existencia alrededor de los silencios porque habías aprendido que hablar tenía un costo demasiado alto.

Recordé una frase que dijiste una vez, en una de nuestras tantas conversaciones en la oficina: «A veces es mejor mantener la puerta cerrada que correr el riesgo de abrirla y salir herido». Me pregunté a qué le tenías miedo en verdad, si a revolver un pasado doloroso o a exponerlo ante mí, ante otros, porque pensabas que podía ser usado en tu contra. Si «salir herido» aludía a depositar tu confianza en alguien, entregarle una parte de ti y, por lo tanto, el poder de lastimarte, o si, de destapar lo que habías mantenido sellado, se te caería la mierda encima hasta ahogarte. Luego entendería que no era una cosa o la otra, sino el nudo entre ambas, porque los ayeres en vidas como la que tú habías tenido no se dejan atrás fácilmente y

tienen un impacto poderoso en todo lo que acontece después. Entendería que la separación lingüística entre pasado, presente y futuro no existía en la realidad, porque las personas de tu niñez, los vínculos, las experiencias que traías a cuestas, condicionaban la edificación de la confianza en el hoy.

Me echaste una mirada cautelosa y me arrepentí de haber abierto la boca. Nos hallábamos en una fiesta, ¡por Dios!, y yo parecía empeñado en aniquilar el aire distendido que había reinado hasta entonces. Debía entender de una vez por todas que mis ansias por conocerte no eran motivo suficiente para presionarte a hablar de aquello para lo que no estabas lista. La mayor parte del tiempo lograba contener dentro los cientos de interrogantes que me despertabas, pero en ocasiones escapaban, como todo lo demás que encendías en mí y que, sin pretenderlo, se derramaba hacia afuera.

—Lo siento —me disculpé—. No debí…

—Digamos que mi padre y la bebida siempre fueron muy buenos amigos. Y no soy tonta, sé que una o dos copas de vez en cuando no tienen por qué hacer daño, pero… —arrugaste la nariz—, no. Prefiero mantenerme alejada; no me trae buenos recuerdos.

Asentí porque aquella explicación sucinta y un tanto vaga, para mí significó un mundo. Era apenas una orilla, la punta del clavo que asomaba su cabeza; pero también era un comienzo, otro paso que cercenaba distancias, que te acercaba a mí. Creí que esa confesión era todo lo que iba a obtener de ti, porque tus ojos se perdieron en la copa de los árboles y la música que sonaba dos plantas más abajo nos envolvió durante unos largos minutos. No obstante, me equivoqué; como lo había hecho tantas veces antes, como volvería a hacerlo unas cuantas otras. Y me sorprendiste; como lo habías hecho tantas veces antes, como no dejarías de hacerlo nunca.

Aquella fue la primera vez que me hablaste de él, del chico de al lado, y también de ellos, de tus padres, porque, de un modo u otro, estaban enlazados; no podías referirte a uno sin necesariamente mencionar a los otros. En la azotea de una casona antigua, una noche cálida y estrellada de diciembre, me hablaste de ventanas, de cuentos, de palmas tendidas y sábanas prestadas; de melodías a todo volumen que acallaban sonidos desagradables, de sonrisas

pintadas de picardía y de brazos que fueron asilo, abrigo, vía de escape. Me hablaste de amor aun sin llamarlo de esa manera y te llenaste la boca de recuerdos bonitos, dejando implícitos los que no lo eran tanto. Yo sentí envidia de miradas marrones y colchones compartidos, y comencé a dotar de lógica tus silencios.

No cuestioné, no interrumpí, no escarbé, aunque mientras más parcelas me entregabas, más dudas me surgían. Estabas abriendo una compuerta que ya no volverías a cerrar, por lo que solo me limité a escucharte y a dejar el mundo estacionado fuera del perímetro de tu voz.

36

DESPERTAR

Eva

—Vamos, te llevo a casa —dijiste, tirando de mi mano con naturalidad, como si llevaras haciéndolo toda la vida.

Eran pasadas las cuatro de la madrugada, la música continuaba sonando en la planta inferior y varias parejas se besaban en el jardín con la soltura que brinda el alcohol. Para ese entonces, ya llevabas las mangas de la camisa remangadas, los dos primeros botones desprendidos y la corbata doblada en el bolsillo.

Subimos al auto y encendiste la radio antes de poner primera. Un barrio de casas elegantes y fachadas imponentes me recibió al otro lado del vidrio. No hablamos. Solo condujiste y yo cerré los ojos para dejarme mecer por el viento y tu voz tarareando la balada lenta que salía de los altavoces. Muy pronto confirmaría que siempre lo hacías. Cantar bajito mientras conducías. En ocasiones, incluso agitabas los dedos contra el volante y esa dureza de tus facciones parecía suavizarse, como si la música tuviera el poder de disolver con sus notas las preocupaciones diarias.

Volví a abrir los ojos cuando sentí que el auto reducía la velocidad. Contemplé los alrededores; no tenía idea de dónde nos encontrábamos. Te habías detenido frente a una plazoleta desierta, escasamente iluminada, y habías bajado del coche para rodearlo en mi dirección.

—Pero ¿qué…?

Abriste mi puerta y me tendiste la mano.

—Me encanta esta canción —pronunciaste en una invitación que me hizo tragar saliva.

Me quedé mirando tu palma extendida, sintiendo cómo el cuerpo dejaba de pertenecerme. Ni siquiera me habías tocado, pero la posibilidad de que lo hicieras ya era suficiente para desbocarme los latidos. No estaba segura de que eso fuera bueno.

Me recordé mentalmente todo aquello de que a mí no me gustaban las cercanías, de que era mejor mantener las distancias, pero el hecho de que tuviera que recordármelo hizo más evidente que contigo, Ciro, esa lógica no aplicaba.

—No hay gente aquí, estamos solos.

Si lo que pretendías era tranquilizarme, con esa frase conseguiste lo contrario. No era la primera vez que estábamos a solas, pero sí la primera que sentía que era peligroso; no porque mis músculos quisieran replegarse, sino más bien por el efecto opuesto.

—Vamos, Eva, es solo un baile. ¿Qué puede pasar?

«¿Qué puede pasar?», me repetí.

Tomé tu mano y me dejé llevar. Alzaste el volumen de la radio y la voz de Pablo Alborán quebró el silencio de la ciudad dormida. Dejaste las puertas del auto abiertas para que el sonido se esparciera y subimos a la acera.

—Voy a acercarme, Eva —avisaste. Te posicionaste frente a mí, mirándome a los ojos, y avanzaste el paso que nos separaba.

Me quedé muy quieta mientras tus dedos abrazaban mi cintura y te vi retener el aire cuando los míos treparon para anudarse a la piel de tu nuca.

—¿Estás bien? —preguntaste antes de comenzar a balancearte despacio.

El corazón me corría deprisa y podía sentir el calor de tu cuerpo atravesar mi ropa.

Asentí sin dejar de mirarte.

—Qué bueno que uno de los dos lo esté.

Me hiciste sonreír y ese gesto se llevó parte de los nervios que me invadían; pero entonces, tus pupilas bajaron a mis labios y lo que antes era un galope apresurado se convirtió en estampida.

Pude sentirlo. Un beso. Lo vi nacer en tus ojos y crecer en mis ganas. Lo vi revolverte la respiración y despertarme la piel dormida. Te vi tragártelo y empujarlo dentro, matarlo antes de que saliera a la superficie. Me encontré deseando que no lo hubieses hecho.

Enterré la cara en tu pecho, no sé si para esconder lo que le hacías a mi cuerpo o para descubrir lo que yo originaba en el tuyo. Y empecé a mecerme al ritmo que imponías.

«Regálame tu estrella
La que ilumina esta noche
Llena de paz y de armonía
Y te entregaré mi vida…».

Un nudo se formó en mi garganta cuando empezaste a cantarme al oído. Bajito, suave, como el roce de ese dedo en la base de mi espalda; como si temieses ahuyentarme si alzabas un poco más la voz o borrabas la ligereza de tus manos para tocarme como deseabas.

«Haces que mi cielo vuelva a tener ese azul
Pintas de colores mis mañanas, solo tú
Navego entre las olas de tu voz y
Tú, y tú, y tú, y solamente tú
Haces que mi alma se despierte con tu luz…».

Apretaste tu agarre como si quisieras retenerme en ese hueco, en ese instante, en esa noche de primavera llegando a su fin, y yo supe que no querría irme, que querría permanecer bajo aquellas farolas de luces delgadas, recostada en tus latidos.

«Enseña tus heridas
Y así las curarás
Que sepa el mundo entero
Que tu voz guarda un secreto…».

Dos lágrimas silenciosas mojaron la tela de tu camisa. No pude retenerlas. Todavía no sabías la verdad que escondían esas palabras que me regalabas en susurros, te enterarías más tarde; aun así, calaron hondo. Era solo una canción que nos había encontrado al azar en medio de la madrugada; sin embargo, por algún motivo, te había empujado a detenerte. Justo esa, no otra.

No sé en qué momento nos quedamos quietos, sin romper el abrazo. Solo sé que cuando la canción dejó de sonar, yo rodeaba tu cintura y tu barbilla descansaba sobre mi cabeza en un gesto que, con el tiempo, quedaría asociado a tu nombre. Si cierro los ojos y

pienso en ti, en nosotros, así es como nos recuerdo: anudados, con tu rostro recostado en mis cabellos.

Eso era todo.

Eso era suficiente.

Me aparté lo necesario para mirarte y sentí cómo tus brazos se resistían a ceder esa mínima distancia.

—Eva… —tu nuez se movió de arriba abajo—, voy a tocarte —volviste a anticipar. Te habías acostumbrado a hacerlo desde aquel horrible día en la oficina.

Acariciaste con el dorso de la mano mi mejilla húmeda y dotaste de un nuevo significado la palabra intimidad, algo que siempre había buscado para mí y que, curiosamente, hallaba contigo.

Me tembló el alma. Me vibró la parte de mí que había estado apagada. Y, una vez más, te vi contenerte, encerrar el impulso.

Te alejaste como si te ardiese la mano. ¿Tú también lo habías sentido? ¿A ti también te había atravesado?

—Vamos —gruñiste de mala gana y echaste a andar hacia el auto.

Solo que…

—Ciro…

Te giraste.

—Voy a besarte.

Y allí, en una plazoleta mal iluminada y desmantelada de vida, te besé por primera vez.

37

SUTIL CALIDEZ

A los catorce años

—Quiero saber qué se siente…

—Pero…

—Si no lo haces tú, entonces se lo pediré a Gael. En los recreos me mira y sus amigos dicen que yo le gusto.

Era mentira; al menos la parte referente a mis intenciones. Yo le gustaba a Gael, eso era verdad. Cada vez que me cruzaba con él en el patio o en los pasillos de la escuela, me sonreía y se quedaba observándome hasta que me perdía dentro del aula. Incluso, en ocasiones, había intentado acercarse sin llegar a lograrlo ya que conseguía escabullirme en los aseos o fingía estar sumamente ocupada con alguna tarea.

No obstante, yo nunca le hubiera pedido a un extraño al que apenas conocía de vista y con el que jamás había cruzado palabra, una cosa semejante. De solo pensarlo me moría de vergüenza. Un beso es algo demasiado íntimo como para compartirlo con cualquiera; pero eso Luca no tenía por qué saberlo.

Quería que fuese él. Era el único chico en el que confiaba lo suficiente como para permitirle acercarse y tocar mis labios con los suyos. Su proximidad no me resultaba violenta, como sí me ocurría con el resto de los muchachos. Estaba acostumbrada a tener su cuerpo a centímetros del mío, a sentir sus dedos en mi rostro cuando me acomodaba el cabello detrás de la oreja o me limpiaba las comisuras de los labios porque me habían quedado rastros de comida. Además, Luca tenía experiencia. En sus dieciséis años de vida había besado a unas cuantas chicas y avanzado otros tantos casilleros en el universo del sexo y el contacto con cuerpos ajenos; pero yo, en aquella época, todavía me sentía muy lejos de ese terreno. Sabía que existía porque Luca me contaba sus aventuras.

Yo era curiosa y él no tenía pudor alguno en transmitirme, con pelos y señales, sus saberes adquiridos en las artes amatorias. Al fin y al cabo, como él solía decir, entre nosotros no había secretos.

Ahora, mirándolo a través de la lente que otorgan los años, creo que mi curiosidad no era tal. Se trataba de algo diferente, más complejo, más elemental. Yo vivía mi vida a través de la suya. Él representaba todo lo que yo no podía hacer, los lugares a los que no tenía permitido ir, las experiencias que no podía probar en mi propia carne. Él tenía amigos con los que salir, iba a discotecas, a conciertos, a jugar al fútbol, al parque o simplemente se sentaba con ellos en un portal a pasar el rato. Salía con chicas que conocía del colegio o de alguno de los numerosos sitios que frecuentaba. En ocasiones, fumaba cigarrillos a escondidas de su madre.

Él era un adolescente normal y yo… yo jamás lo sería. Así pues, él me prestaba sus vivencias y yo las hacía un poco mías jugando a cerrar los ojos. Jugando a imaginar. Tal y como había aprendido a hacer desde pequeña con los libros.

Tal vez pueda parecerte un mecanismo un tanto triste, que hace agua por todos lados; a fin de cuentas, no podía pasarme la vida con los párpados sellados. Pero, por aquel entonces, a mí me valía. Me valía conocer el mundo a través de su voz porque era eso o la nada.

—Está bien —Luca suspiró abatido, se frotó el pelo y sentenció—: vamos a hacerlo.

Estábamos sentados sobre la cama, con las piernas cruzadas, el uno frente al otro. Me miró con los ojos poblados de una pregunta muda, que acepté del mismo modo. Envolvió mis mejillas con sus manos y esperó. Me estaba dando tiempo a arrepentirme, a soltar un «no» y enterrar la cabeza entre las páginas de una novela, como hacía cada noche. Pero aquella no era una noche cualquiera; era mi cumpleaños número catorce. Y eso, para mí, era razón suficiente para ser, por un breve instante, una adolescente común y corriente. Quería dejar a un lado los sobresaltos que marcaban mi vida para sentir algo bonito, algo que no fuese dolor, o tristeza, o miedo.

No podría. También eso me arrebatarían. Todavía no lo sabía, pero esa misma noche, horas más tarde, moriría mi madre. Se iría

de este mundo luego de apartar su mano de la mía y destinarme una sonrisa desdeñosa. «Feliz cumpleaños», me dijo. Después sonrió. Todavía recuerdo el desprecio victorioso brillándole en los labios tiesos. Nunca lograré olvidar ese gesto que se le quedó impregnado incluso cuando de su cuerpo se extinguió todo el calor de la vida.

¿Sabes lo que creo, Ciro? Que ese fue su último acto de odio, su mayor desaire. Pero, sobre aquella cama, frente a aquel chico, yo aún ignoraba esa macabra despedida.

Y entonces, Luca dejó de esperar. Se acercó y, sin más, me besó. Sus labios tocaron los míos y lo sentí.

El cosquilleo del que me había hablado.

El hormigueo en el estómago.

Una sensación cálida posándose en mi vientre.

Un sol despuntando, lamiéndome por dentro.

Luca tenía razón. Besar era exactamente como él lo había descrito.

38

CAER

Eva

Fuego. Una bomba de fuego me explotó en la panza. Me sentí arder, y caer, y volar. Un mareo violento sacudió mis sentidos. Creí que iba a desmayarme, que eso que me nublaba la consciencia y aflojaba mis músculos terminaría conmigo en el suelo. Pero entonces tú, que habías tardado en reaccionar, probablemente porque la Eva tímida que rehuía el contacto no cuadraba con la mujer que había pegado su boca a la tuya, me sujetaste como si te hubieses dado cuenta de que me fallaban los soportes. O como si quisieras caer conmigo.

Y caímos, Ciro. Vaya si lo hicimos. Fue como saltar desde miles de metros de altura sin paracaídas. A ciegas. Sin red. O rodar por una pendiente pronunciada a una velocidad vertiginosa. Demoledor y revitalizante al mismo tiempo.

Sentí la piel desnuda. El corazón al aire. Un descontrol en el cuerpo que no se asociaba al miedo sino a algo novedoso, que solo deseaba repetir. O almacenar. Una sensación adictiva y poderosa que me hacía querer lanzarme una y otra y otra vez.

Fue sencillamente perfecto.

39

VOLAR

Ciro

Un beso. Y yo, que pasé media vida viajando, descubrí que se puede volar sin despegar los pies del suelo.

40

EL LADO BELLO DE LA VIDA

Eva

No recuerdo cuánto duró, pero sí lo que vino después. Tu frente unida a la mía. Mis manos en tu pecho, palpando la percusión errante que se te había desatado dentro. Las tuyas amarradas a la tela de mi vestido. Respiraciones entremezcladas y sonoras buscando atemperarse. Un banco de hierro en el que pasamos otro par de horas conociéndonos hasta que los primeros destellos del alba cambiaron los colores de aquella esquina. Un viaje de vuelta medido en canciones.

Me llevaste a casa y nos despedimos con una sonrisa. No volvimos a besarnos, pero unas horas después apareciste en mi puerta con Santiago, una mochila y una propuesta.

—Tienes cinco minutos para vestirte —dijiste en un tono que revelaba demasiado entusiasmo—. Nos vamos de excursión.

Yo todavía tenía la almohada pegada a la cara, pero no pude negarme. Los ojos ilusionados de Santi —y los tuyos— no me lo permitieron.

—Que sean diez —respondí, haciéndome a un lado para dejarlos pasar.

—Eres coqueta hasta recién levantada —bromeaste, señalando mis zapatillas de andar por casa de peluche rosadas y repasaste mi cuerpo de un modo que me hizo sonrojar.

Tardé ocho minutos en estar lista.

—Vamos a pasear al aire libre, no a almorzar con la realeza —apuntaste, guasón, al ver el vestido y los zapatos de tacón—. Es sábado, Eva. Tus pies necesitan un respiro.

—Mis pies están perfectamente —repliqué, cogiendo la cartera.

—No le hagas caso. Estás preciosa, Eva.

Ese niño era la dulzura personificada.

—Gracias, Santi, tú también te ves muy guapo —agradecí y te dediqué una mirada divertida—. Aprende de tu hermano.

Sonreíste y subimos los tres al auto en busca de aventuras. La primera de muchas. Todavía no lo sabíamos, pero aquel día supondría el inicio de una nueva tradición que atesoraríamos tanto o más que esos desayunos en la oficina.

Pasamos el trayecto entero oyendo al pequeño hablar con fascinación sobre las clases de guitarra en las que finalmente te habías decidido a apuntarlo y a las que lo llevabas cada sábado por la mañana sin excepción. Hicimos un pícnic frente a una laguna solitaria y almorzamos a la sombra de un arce que nos brindó cobijo de los despiadados rayos de sol. Tomamos helado mientras paseamos por las callecitas de un pueblo que parecía estar durmiendo la siesta y visitamos los puestos de artesanías apostados en el parque.

—¿Recorremos la costanera en bici? —propusiste con una sonrisa frente a un local de alquiler y me sobresaltó el grito entusiasmado del pequeño.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! —chilló con los ojos iluminados.

Me miraste a la espera de respuesta y bajé la vista un poco avergonzada.

—No sé andar en bicicleta —admití.

Por tus ojos viajó una emoción que no logré capturar.

—No importa, mi hermano puede llevarte —se apuró a intervenir Santi.

Eso que había visto barrenar tu mirada se disipó. En su lugar, dibujaste una sonrisa descarada y le guiñaste un ojo en señal de aprobación. Te acercaste a mí, para que solo yo pudiera oírte, y me susurraste bajito:

—Tengo la excusa perfecta para pegarte a mi cuerpo.

Se me subieron los colores a las mejillas y vi cómo te mordías el labio para sujetarte las ganas.

No nos besamos aquel día. Tampoco los siguientes. No hubo caricias ni roces, aunque nos traicionaban las miradas. Se nos escapaba el deseo por los ojos, Ciro. Un deseo que me intimidaba porque era inédito y enorme y golpeaba con la fuerza de mil

avalanchas. Se me quedaba pegado a los dedos con cada contacto que nos negaba, pero supongo que había demasiadas razones para no lanzarme al vacío como una kamikaze, aun cuando por momentos se me olvidaban todas.

Emprendimos la vuelta después de cenar en una casa de campo y Santi cayó rendido en cuanto lo acomodaste en su butaca. Para cuando entré al apartamento estaba exhausta pero feliz. La sonrisa se negaba a desaparecer de mi boca y me costó conciliar el sueño porque en las últimas horas habían ocurrido tantas cosas que se salían de mi normalidad y me agitaban la tripa, que bajar las revoluciones y apagar los pensamientos no fue una tarea fácil. Demasiados estímulos bonitos —y, por qué no reconocerlo, atemorizantes— para procesar.

No sé lo que significaron para ti aquellos fines de semana perdidos entre naturaleza, rutas y senderos poco transitados, pero para mí, Ciro, fueron un soplo de vida; una realidad distinta a la que me había construido, más estructurada y monótona. Yo había llegado a la capital buscando estabilidad, instaurar rutinas; todo lo que no tenía en aquella existencia pasada marcada por la tensión constante. Estaba tan concentrada en encontrar tranquilidad que había olvidado que hay experiencias que merecen ser vividas y que salir de la zona de confort no necesariamente conlleva sobresaltos y emociones negativas.

Me gustaba sentarme en el asiento de copiloto y partir hacia rumbos desconocidos, no tener idea de lo que haríamos, cuántos kilómetros recorreríamos o qué vendría a continuación. Era bonito decidir sobre la marcha, no hacer caso a los relojes y simplemente disfrutar de la buena compañía. Siempre con Santi; en ocasiones, también con Sandra. Estancias, ferias gastronómicas, museos, bibliotecas, conciertos al aire libre; cualquier opción era buena para recorrerla de tu mano y armar un álbum de fotografías mentales que engordaba sábado tras sábado a medida que el vínculo entre tú y yo se estrechaba.

Fuiste generoso. Me abriste las puertas de tu casa, de tu familia y de tu vida sin parpadear, sin siquiera dudarlo un solo instante. Pocas semanas después de aquella primera escapada, ya tenía asignado mi

lugar en la mesa, me esperaban religiosamente todos los domingos para almorzar las pastas que cocinaba tu abuela y el intercambio de cartas con Santiago era tan fluido e inamovible como esas galletas caseras de canela y pasas que una vez llevé para la hora del té y que engulleron como si fueran hienas famélicas. No quedaron ni las migas, ¿recuerdas? Desde esa tarde se convirtieron en el dulce favorito para devorar en cualquier momento del día. Desayuno, almuerzo, cena, lo mismo daba; la bandeja se vaciaba en cuestión de segundos mientras algo dentro de mí se llenaba.

Fuiste una sacudida en todos los niveles, Ciro, porque despertaste mi piel, el mar calmo que era hasta entonces mi mundo y también mis ganas, no solo de ti, sino especialmente de mí. De salir del caparazón, de expandirme, de abandonar esa parcela segura en la que me había acomodado y explorar sensaciones, lugares, personas.

Fuiste un empujón, un trampolín y un salto.

Fuiste, sin duda alguna, el lado bello de la vida.

Fuiste mis ganas de ser valiente.

41

¿CÓMO SE PONE A DORMIR LO QUE YA SE HA DESPERTADO?

Ciro

Cuando las puertas del ascensor se abrieron el lunes por la mañana y vi tu rostro en la distancia, supe al instante cuatro cosas. La primera: habías dado un paso atrás. La segunda: estabas asustada. Tus ojos huidizos, tu expresión que navegaba entre la tirantez y la incomodidad, la postura almidonada y unas manos que parecían no saber muy bien a qué aferrarse o dónde refugiarse, daban buena cuenta de ello. La tercera: debía tragarme las ganas acumuladas a lo largo de todo el fin de semana de volver a besarte. Y, por último, pero no por eso menos importante: iba a tener que comportarme como si nada hubiera sucedido si quería que las cosas no se pusieran raras entre nosotros.

No sería una tarea sencilla, desde luego. Pero a juzgar por el nerviosismo que dominaba tus facciones, era eso lo que necesitabas: un respiro. «Tiempo, confianza, período de adaptación», me repetí internamente. Podía hacerlo, solo debía sacar a la luz mis dotes actorales e interpretar el mejor papel de mi vida.

Preparé la sonrisa canalla, cuadré los hombros y eché a empellones el recuerdo de tu boca llenando la mía para tenderte el vaso de té y desparramarme sobre la silla.

—¿A que no sabes lo que ha hecho Santiago ayer por la tarde? Ese crío definitivamente va a provocarme un infarto.

Y así de fácil, tu semblante se relajó y una sonrisa preciosa te amaneció en el rostro.

***

La semana transcurrió con relativa normalidad. Mi abuela continuaba con sus sesiones de rehabilitación, Santi transitaba el

último tramo escolar antes de comenzar sus vacaciones de verano y se lo notaba entusiasmado porque en poco menos de diez días acabaría el ciclo lectivo y ya no tendría que regresar a ese colegio. El año entrante lo iniciaría en la nueva institución junto a su amigo Julián. El calor de diciembre empezaba a ser agobiante y la oficina era un hervidero de trabajo que, en ocasiones, me mantenía anclado frente al ordenador hasta bien entrada la noche. Aun así, lograba armonizar las responsabilidades familiares con las laborales y eso, de momento, me bastaba.

En cuanto a ti…, qué puedo decir, Eva. No fue difícil seguir con las rutinas que teníamos instauradas; las charlas contigo siempre habían sido estimulantes. El problema era no poder tocarte cuando ya sabía cómo se sentía tenerte entre mis brazos y amordazar el impulso de saltar sobre tus labios ahora que llevaba su sabor y su textura grabada en los míos. Lo único que me daba una pizca de consuelo era ver que a ti también te costaba contenerte, que, al igual que yo, sufrías los síntomas de la abstinencia. Era un consuelo tonto y efímero, ¿sabes?, porque en cuanto notaba el deseo en tus ojos o esa pausa más larga de lo habitual en la conversación que solo habríamos podido rellenar con besos, automáticamente me asaltaban las preguntas.

¿Qué te detenía? ¿Por qué habías dado marcha atrás? ¿Por qué elegías eliminar aquella noche del panorama y actuar como si los besos, el baile a la luz de la luna y las sensaciones viscerales que nos atravesaron la piel jamás hubieran sucedido? Habías acortado un espacio que ahora volvías a instaurar.

No mencionamos el tema, jugamos a ser desmemoriados pese a que ambos éramos plenamente conscientes de que estaba ahí, latiendo entre nosotros. No requería sonido, voz o lenguaje hablado, porque nos desbordaba las pupilas, los silencios y la caja trunca que era el cuerpo, empeñándose en contener lo incontenible. Se nos escapaba por todos los putos resquicios.

Tampoco hubo más revelaciones sobre tu pasado, tu familia o el chico del dormitorio contiguo, por lo que mi lista de interrogantes se volvía cada vez más extensa. ¿Te habías arrepentido de haberme

destapado una punta de tu biografía? ¿Había sido demasiado para ti?

Yo, por mi parte, no dejaba de regresar a esa fiesta, a esa terraza y a esa plazoleta —en especial a esa plazoleta— en que un «voy a besarte» me había detonado los esquemas. Había tardado en reaccionar; mejor dicho, mi mente había demorado unos segundos en comprender que efectivamente me estabas besando, aunque mi piel sintió el impacto al instante. Pero debo confesarte que la huella de nuestros labios conociéndose no era lo único que evocaba de aquella madrugada. Fueron horas, Eva, horas en que mi cabeza se desconectó de todas las preocupaciones que la inundaban para, sencillamente, disfrutar. Horas en que solo existimos tú, yo, un banco frío y algo oxidado, y las pinceladas de un nuevo amanecer. El primero que veríamos juntos. Horas que se extendieron a ese sábado soleado y perfecto en el que experimenté una libertad que hacía tiempo no sentía y, por qué no reconocerlo, una felicidad distinta a la que me recorría las vértebras cada vez que me perdía entre carreteras, espacios verdes y aire limpio porque, en esta ocasión, era compartida.

Fue novedoso para mí disfrutar en compañía de aquello que solía hacer en soledad y descubrir que una noche, para ser memorable, no debía obligatoriamente acabar en sexo.

Si lo que necesitabas era tiempo, podía dártelo; podía callar y fingir que continuábamos habitando la normalidad previa a ese fin de semana. Pero lo que definitivamente no podía hacer era olvidar porque, ¿cómo se pone a dormir lo que ya se ha despertado?

42

UNA OBRA EN CONSTRUCCIÓN

Eva

Inflorescencia. Esa fue mi palabra elegida de la semana. La que guardé en un sobre y te entregué a ti para que se la hicieras llegar a Santi. Te habías convertido en nuestro mensajero en el intercambio que habíamos comenzado pocas semanas atrás. Me gustaba la idea de que el pequeño se entusiasmara con esa especie de juego epistolar, que se le iluminara la mirada al recibir una de mis cartas —según me contabas— y no pudiera esperar a descubrir su contenido. Si soy completamente sincera, a mí también me ilusionaba abrir la correspondencia y hallar su caligrafía prolija; me hacía sentir parte de algo y, a la vez, imaginarme el rostro concentrado de tu hermano, con el ceño ligeramente fruncido y los incisivos pellizcando el labio inferior, escarbando entre las páginas de un diccionario, me llenaba la boca de sonrisas. Él solía elegir palabras de difícil pronunciación, de esas que parecen trabársete entre la lengua y los dientes, y luego se empeñaba en introducirlas en cualquier conversación. Yo, por mi parte, las escogía porque eran estrafalarias o no las había oído antes; algunas veces las seleccionaba por su significado y otras, porque sencillamente me resultaban bonitas o melodiosas.

—¿Ya estás lista?

Apunté un nuevo término en una hoja en blanco, lo metí en un sobre y cerré el cajón del tocador. Después, me giré hacia mi amiga, que aguardaba de brazos y piernas cruzadas, recargada en el umbral de mi habitación, a que terminara de adecentarme.

Ya estaba vestida, maquillada y peinada por lo que, a efectos prácticos, la respuesta a esa pregunta era un «sí»; sin embargo…

—Define «lista».

Vera torció el morro en una mueca que rezumaba comprensión, deshizo el nudo de extremidades y se acercó para regalarme un cariñoso apretón de hombros que intentaba brindarme ánimos y

contrarrestar mi desgana. Con un sutil golpe de cadera me pidió que le hiciera un hueco a mi lado y, a continuación, tomó asiento y despidió un espeso suspiro. Nuestros ojos se encontraron en el espejo, se dijeron todo lo que tenían para decirse y esta vez fui yo quien soltó el aire de manera cansina.

—¡Vamos, será divertido! —repuso con optimismo y le obsequié una mirada escéptica.

Lo dudaba. Hubiera preferido salir a cenar, ir a un bar de copas —pese a que no bebo— o incluso a una discoteca. Cualquier plan me hubiera resultado más atractivo que el que efectivamente me esperaba aquella noche, pero como el sitio había sido elegido de forma democrática por votación, no me quedaba más remedio que acoplarme al programa establecido.

A menos que…

—Quizá sea mejor que me quede en casa.

La fiesta oficial de la empresa había sido una semana atrás. No pasaba nada si no acudía a la celebración extraoficial que organizaban mis compañeros cada diciembre para despedir el año. Tal vez quedaría como la chica rancia y aburrida a la que no le interesa estrechar vínculos fuera del horario laboral, pero me ahorraría el revoltijo de malestar que presentía iba a invadirme si asistía. No terminaría de sentirme cómoda, no disfrutaría de la velada y mi cara mustia les agriaría la noche a mis acompañantes. Vera estaría constantemente pendiente de mí y tú… prefería no pensar en el arsenal de preguntas que se sumarían a las que yo ya te suscitaba. No me veía en condiciones de responder si decidías sacar a pasear la curiosidad, pese a que había sido yo quien había elegido abrirte una rendija a mi pasado. No es que me arrepintiera, no; sencillamente era complicado y creo que, por ese motivo, me sentí aliviada cuando en la oficina actuaste como si nada entre nosotros hubiera cambiado, a pesar de que, en mi interior, aquel fin de semana había cambiado demasiadas cosas. Yo no hubiera sabido cómo afrontar ese después, y debo admitir que tú me lo pusiste fácil. Además, si volvíamos a vernos fuera de los dominios de la empresa, en un ámbito más íntimo y relajado, corríamos el peligro

de que esa naturalidad que habíamos conseguido instaurar se viniera abajo.

—Eva… —Mi nombre emergió envuelto en una clara protesta, aunque en la unión de esas tres letras se escondía asimismo un lamento, un ápice de amargura y una obvia demanda—. Mira, hagamos lo siguiente: te pones en pie, te calzas esos zapatos tan monos y altos que tienes, y salimos. Si te sientes incómoda en cualquier momento de la noche, sea la hora que sea, nos marchamos —repuso—. Lo prometo, aunque eso no sucederá, estoy segura. —Tenía razón, no ocurriría—. Debes darle una oportunidad a ese sitio, créeme, te enamorarás en cuanto pongas un pie en él. —Estaba en lo cierto también—. Es… diferente, especial. Los dueños son un encanto y las obras de Fernando están colgadas por doquier, ¿no crees que es hora ya?

No sé si fue ese interrogante el que me caló el tejido o la mirada de ojos suplicantes, pero terminé por subirme a los tacones, coger la cartera y abandonar el apartamento antes de darle siquiera la oportunidad a mi cerebro de pensar.

El Aura, el local al que nos dirigíamos, había abierto sus puertas hacía aproximadamente un año y desde entonces no había hecho más que crecer y ganar notoriedad. Según mi amiga, era una «mezcla peculiar, aunque maravillosamente ensamblada», entre un karaoke, una discoteca, un bar y un semillero de músicos. «Es inclasificable, ya lo verás», concluía y luego intentaba convencerme para que me uniera en su próxima visita. Yo, por mi parte, me imaginaba a un par de borrachos subidos a una tarima cutre y apenas iluminada después de las dos de la madrugada gracias a los altos niveles de alcohol en sangre que alientan la desinhibición y evaporan el sentido del ridículo, destrozando un tema icónico de los Guns N’ Roses y sintiéndose los amos del universo. Esa era mi versión mental de «lo inclasificable», a la que se sumaba el irritante calor de los cuerpos sudados y apretados en una pista de baile, el contenido de las copas volcándose indiscriminadamente sobre vestidos, camisas y pantalones, y un suelo de madera pegajoso y en ruinas que crujía con cada paso. No podía estar más equivocada.

Vera conocía a los dueños del establecimiento —tres músicos apasionados, uno de los cuales era el profesor de guitarra de Santi— gracias a Fernando, quien había sido convocado años atrás como fotógrafo para documentar el proceso de restauración de lo que en su momento fue un teatro de renombre, pero que, por culpa de la crisis del 2001, había tenido que cerrar al público. Durante dos décadas el recinto permaneció vacío, juntando polvo y deteriorándose cada día más por falta de mantenimiento. Hasta que los antiguos propietarios decidieron venderlo y los jóvenes que tomaron posesión invirtieron todo su capital para ponerlo en condiciones y transformarlo en el lugar mágico que ahora era.

La discreta puerta negra que nos recibió al bajar del taxi no daba pista alguna de la joya que guardaba en su interior. Por eso me sorprendí al traspasar el umbral y encontrar un grupo de distinguidas arañas colgantes, una cúpula majestuosa y un extenso escenario, luminoso y equipado con instrumentos musicales de la mejor calidad. El local era espacioso, bonito; emanaba intimidad y calidez pese a estar colmado de gente. Con el paso de las horas me iría dando cuenta de lo que mi amiga quería decir cuando lo describía como «inclasificable».

—Allí están —informó Vera, luego de pasear la mirada de un lado a otro hasta dar con nuestros compañeros.

—Adelántate, enseguida voy.

Dibujé un círculo en el aire con el índice en el gesto universal de «voy a dar una vuelta». Antes de reunirme con ellos y sentarme a la mesa deseaba contemplar las fotografías de Fer… y puede que también buscara distraerme para mantener a raya los pensamientos.

—Te acompaño —anunció solícita y enganchó su brazo al mío. Justo aquello era lo que no quería que ocurriera: que estuviese toda la noche atenta a cómo me sentía en lugar de disfrutar.

—Estoy bien, Vera. No tienes que preocuparte por mí.

—Entiende una cosa, bonita —dijo con expresión teatral, pero hablando muy en serio—. Siempre voy a cuidar de ti porque eres mi amiga y te quiero, ¿*okey*?

—*Okey* —repetí, rodando los ojos hacia atrás y sonriendo al mismo tiempo.

—Bien. —Cabeceó en un asentimiento—. Comienza por ese sector. —Señaló un punto a mi espalda y, sin más, se marchó en dirección a la mesa.

Los cuadros estaban ubicados en orden, desde el inicio hasta el fin del trabajo de reconstrucción, a lo largo de todas las paredes del lugar. Eran imágenes en blanco y negro que registraban cada fase y pequeña evolución de la reforma. En la primera de ellas, por ejemplo, se observaba un espacio que parecía abandonado, repleto de escombros, con grietas enormes en las paredes y motas de polvo flotando como luciérnagas por doquier. Se veían con tanta nitidez que le otorgaban al retrato un aire de indolente desolación.

Pasé a la siguiente fotografía y luego a las demás. Algunas mostraban únicamente los progresos alcanzados hasta el momento, donde el abismal contraste entre el antes y el después resultaba, con franqueza, alucinante. En otras, aparecían los que suponía eran los socios, acompañados por una considerable cantidad de personas con cascos y calzado de seguridad, ocupándose de distintas tareas: lijando pisos, muebles y paredes, tomando medidas, pintando, colocando enchufes o bombillas de luz, revisando planos con rostros ceñudos. En la última imagen, todos sonreían y brindaban con botellines de cerveza en un imponente e irreconocible entorno, con la satisfacción de la labor concluida chisporroteándoles en los ojos.

No pude evitar sentirme profundamente orgullosa de mi amigo por su innata capacidad para despertar emociones, retratase lo que retratase, y preguntarme cómo me vería yo sí llevase a cabo conmigo un trabajo semejante; en qué etapa de la transformación estaría. Imaginé mi llegada a la capital como ese cuadro inicial compuesto de ruinas, aridez y devastación; me alegré por ser algo diferente ahora, una obra todavía «en construcción» pero más armada y definida. Algún día, a lo mejor, sería una versión acabada. O tal vez no, quizá continuaría conociéndome, erigiéndome y desmontándome infinidad de veces. No me disgustaba esa idea. Tal vez todos somos, en definitiva, una pieza en constante remodelación.

—Suficiente. —Te paraste a mi lado, interrumpiendo el curso de mis reflexiones, y fingiéndote injuriado sentenciaste—: He venido a

batirme a duelo.

Apreté los labios sin dejar de mirar al frente.

—¿Con un cuadro?

—Con todos, si es necesario. —Mi sonrisa afloró—. Ya les has concedido demasiada atención, ¿no crees? Hay otras cosas interesantes que ver por aquí.

Ay, esa impertinencia tuya.

—¿Cómo cuáles?

—No me hagas hablar, Eva, no me hagas hablar…

Se me escapó una carcajada y finalmente me volteé. Tú hiciste lo mismo y te descubrí sonriendo. Bendita sonrisa, Ciro, que me aflojaba las convicciones.

—¿Sabes que las ha tomado Fernando? —Cambié de tema para evitar que mis cachetes levantaran temperatura.

—Algo he oído, sí.

Intercambiamos opiniones durante un par de minutos y luego nos acoplamos al grupo. En la mesa me esperaba un asiento vacío justo enfrente de ti y en cuanto llegaron los últimos rezagados, la comida y las copas comenzaron a correr como la pólvora. A diferencia de lo que creía que sucedería, no me sentí mal en ningún momento; por el contrario, disfruté de la cena y del espectáculo que suponía ver subir al escenario a personalidades tan variopintas.

—¿Pero ese no es…? —gritó Álvaro para hacerse oír por encima de la música mientras achinaba los ojos como si tuviese el escenario a miles de kilómetros y no a unos pocos metros.

—¡Sí, Jonah Keen! —completó Vera, a punto de hiperventilar, al ver a la estrella de Hollywood entonando a todo pulmón *Hot N Cold* de Katy Perry junto a su esposa y marcándose una coreografía.

Yo, que no miraba series, sabía quién era el susodicho porque mi amiga se había pasado unos cuantos meses hablándome del detective Harris y sus virtudes físicas, y, años después, su rostro acaparó las portadas de todas las revistas al contraer matrimonio con una argentina.

—¿Ese no es…? —Esa vez fui yo quien dejó el interrogante a medias al advertir a mi izquierda, a unos pasos de distancia, a un compositor cuya música me ponía la piel de gallina.

—Sí, es él —confirmó Vera luego de torcer el cuello sin disimulo.

La noche transcurrió entre rostros conocidos del ambiente musical y televisivo, jóvenes cogiendo el micrófono con el único afán de pasar un buen rato, y otros claramente dotados en el uso de algún instrumento. Una chica danzó al compás de un piano como si fuese Paloma Herrera en plena *performance* en el teatro Colón; otra, que en un principio se mostró tímida, terminó por formar un dueto asombrosamente divertido con uno de los dueños del lugar y, con el correr de las horas —y el alcohol—, en nuestra mesa comenzaron a levantarse apuestas, cada cual más disparatada que la anterior.

—Hecho. —Vera aceptó el reto que Álvaro proponía—. Pero si yo gano, usted tendrá que dejar de lado esa seriedad y esa rectitud que tanto le gusta vestir y volverse un poco loco. —La acalorada multitud que los rodeaba se alzó en chillidos enfervorizados—. Y no me refiero a quitarse la corbata o ponerse una camisa sin planchar. —La mesa estalló en risas—. ¡Quiero verlo hacer el ridículo, señor Levinton!

—¿No me cree capaz, señorita Miranda?

Se escudriñaron como dos oponentes sobre el cuadrilátero segundos antes de iniciar la pelea.

—Durante siete días —añadió ella a la negociación y empinó una ceja, desafiante.

—Tenemos un trato.

El acuerdo se selló con un sólido apretón de manos. Vera me guiñó un ojo y yo sonreí porque al pobre Álvaro le esperaba una semana agitada; no tenía ninguna chance de ganar aquel juego. Lo que sucedió en la siguiente media hora no me corresponde a mí contarlo, ya lo hará ella llegada la ocasión.

—Vamos, te toca —me azuzó Mateo, un joven que se había incorporado al departamento de Marketing hacía tan solo unos meses.

—Solo faltas tú, Eva —se unió al reclamo Catalina, compañera de equipo de Vera—. ¿Qué ocurre, tienes vergüenza? No creo que puedas hacerlo peor que ellos —apostilló, luego de señalar con un vaivén de barbilla a los cuatro muchachos achispados por la bebida que se ubicaban a su izquierda; habían hecho una versión

lamentable, aunque cómica, de *I Will Survive,* el exitoso tema de Gloria Gaynor*.*

Minutos después, mi nombre era coreado por un surtido de voces dispares y una percusión creada con golpes de palma contra la mesa le añadía énfasis y ritmo a la demanda. No era la primera vez en la noche que me apremiaban a subir al escenario, pero sí la primera que lo hacían con tanto fervor. Hasta ese momento, me había mantenido al margen de las apuestas y había logrado eludir las constantes insistencias con sonrisas educadas.

De repente, me invadió una ansiedad sustanciosa que me obligó a refugiar la mirada en mi regazo; no me gustaba sentirme presionada, me traía malos recuerdos. Busqué la cartera con los ojos y pensé en largarme; el cuerpo me pedía salir de allí. Pero entonces estiraste los brazos por encima de la mesa y cogiste mis manos entre las tuyas.

—No tienes que hacerlo si no quieres —pronunciaste con serenidad, ajeno al griterío que nos circundaba.

Te miré. Te miré por largo rato y luego me puse en pie.

Creí que lo hacía porque odiaba despertar tu instinto protector, porque quería que dejaras de verme como un ser débil que no sabe cuidarse a sí mismo. Más tarde descubriría que la razón era otra. «No tienes que hacerlo si no quieres». Con esas palabras me estabas dando lo que siempre he tenido a tu lado: opciones.

43

LA PRIMERA VEZ QUE TE VI DESNUDA

Ciro

La pista empezó a sonar y, en el momento en que debías comenzar a cantar, no lo hiciste. La melodía continuó avanzando, pero tu voz se negó a salir. Se escucharon risas por lo bajo que me hicieron apretar la mandíbula con fuerza y querer echar a patadas del local a esos irrespetuosos; seguramente se trataba de un conjunto de idiotas que no tenían ni idea de lo difícil que resulta para ciertas personas pararse delante de cientos de caras desconocidas y exponerse, aunque solo se trate de un juego, de una forma de divertirse. Ellos no te conocían como yo. Ellos no sabían que eras tímida, reservada, dulce y que tus mejillas se encendían con facilidad.

Qué equivocado estaba. Qué lejos estaba de conocerte, Eva.

Tu cuerpo lleno de curvas se mantuvo rígido aferrado al micrófono, como si ese objeto fuese tu único punto de anclaje al mundo, al aquí y ahora, a una realidad que parecía incomodarte o en la que no te sentías del todo a gusto. Lo miraste con fijeza, estudiándolo, sopesándolo, haciéndolo navegar de una mano a la otra. Pensé que tal vez lo hacías para aplacar los nervios, pero algo en tu forma de contemplarlo me susurraba al oído que nada tenía que ver con eso.

Tus ojos, cubiertos de algo que por aquel entonces no supe identificar, se deslizaron hasta nuestra mesa y, en un primer momento, creí que me buscaban a mí, que necesitaban aferrarse al verde de los míos para coger fuerza y atreverse. No lo hicieron. Iluso de mí. No necesitabas nada de este hombre que no hacía más que contener el aliento y clavar sus uñas en la mesa. Minutos después entendería que ese instante, tus pies sobre las tablas, era tu acto de valentía, y que la palabra «fuerza» se había inventado para ponerle nombre a lo que existía en tu interior.

Equivocado es un término que ni siquiera se arrima a lo que me mostraste esa noche, a lo que me quedaba por conocer, a las piezas que me faltaban encajar para aprenderte, Eva.

Seguí la dirección de tu mirada hasta la chica sentada a mi lado, Vera, que te devolvió un asentimiento sutil pero firme y que parecía incluso más nerviosa que tú. Ese lenguaje mudo, compartido, del que yo no formaba parte, me puso en alerta. Me hizo preguntarme qué ocurría, qué era lo que me estaba perdiendo.

Retorné la vista al escenario, a ti, parada imponente bajo los focos, y mi mente se dejó de cuestionamientos inútiles para grabar cada uno de tus movimientos. Giraste el rostro hacia el chico encargado de poner las pistas y le hiciste un gesto negativo. Pensé que te habías arrepentido, que te bajarías de un momento a otro para volver a tomar asiento frente a mí. Volví a equivocarme. Alzaste el micrófono hasta dejarlo a centímetros de tu boca y lo que vino a continuación… lo que vino a continuación me robó el oxígeno del cuerpo.

> «And another one bites the dust
> Oh, why can I not conquer love?».

Dos segundos fue lo que tardaste. Tan solo dos frases para silenciar a todo el puto auditorio, que quedó eclipsado contemplando a la chica de rostro angelical que se hallaba sobre las tablas como si fuese una aparición divina, un ser de otro mundo. Dos segundos para convertirme en piel de gallina, en un manojo de músculos devenido en polvo, líquido entre los dedos mecido por lo que expulsabas por la boca…, eso a lo que aún hoy no puedo ponerle nombre porque hace tambalear cimientos, porque corta alientos y pellizca entrañas hasta hacerlas llorar. Hasta que el cuerpo deja de estar bajo control para transformarse únicamente en sensaciones, latidos, revolución.

Rugiste, Eva. Sangraste. Tu voz nos engulló como un sonido animal que escapa de las profundidades y que es pura víscera. Corazón. Núcleo. Todos los ojos sobre ti. Todos los cuerpos paralizados bajo el poder que emanaba de tu garganta.

No voy a mentirte, me costó encajar el golpe. Me costó encontrar a la Eva que conocía, que creía conocer, callada, introvertida, de movimientos suaves y delicados, en la mujer que rugía a metros de mí, que destilaba seguridad y parecía haber nacido para cautivar multitudes. Ni siquiera necesitaste música, solo tu voz y la magia que derrochabas a borbotones y que tenía el poder de zambullirnos en la historia que nos contabas hasta meterla debajo de la piel.

La canción avanzaba, las estrofas seguían saliendo disparadas desde un lugar demasiado recóndito, demasiado tuyo, y a mí se me hacía cada vez más difícil articular esa potencia desorbitada, esa fortaleza arrolladora, sin fisuras, con la imagen frágil y vulnerable, de princesa de cristal, que despedías día a día. Con el tiempo entendería que fragilidad, como sinónimo de debilidad, no es un término que te represente, y que vulnerabilidad y valentía no son opuestos excluyentes, sino que se unen en tu nombre.

«You did not break me
I'm still fighting for peace…».

Cerraste los ojos y te entregaste a los versos. El mundo a tu alrededor dejó de existir porque te convertiste en tu propio universo; palabras y melodías que nacían y morían a tu antojo. Tuve la certeza de que el escenario era tu hábitat natural y cantar, aquello para lo que habías nacido. No te implicaba ningún esfuerzo. Tu voz no tenía grietas, era robusta como el tronco de un árbol bien enraizado al suelo que levanta altura, crece y crece, para finalmente abrir sus alas y explotar en cientos de ramas de hojas verdes que vuelan en todas direcciones. Eso hacían tus versos: volar, fluir en el ambiente e impactar en cada uno de los mortales que, embelesados, no podían dejar de mirarte. Pero la seguridad ilimitada que emergía en cascada de tus labios y chocaba con violencia con la Eva que hasta entonces me habías mostrado, no fue lo más impactante que me descubriste esa noche, no. Eras mi propio libro de suspenso. Ibas soltándome a cuentagotas los capítulos de tu vida y cuando creía conocerte, de repente, otro giro en la trama me sacudía.

«I've got thick skin and an elastic heart

But your blade, it might be too sharp
I'm like a rubber band until you pull too hard
Yeah, I may snap and I move fast
But you won't see me fall apart
'Cause I've got an elastic heart…».

Sospeché que la elección de la canción no había sido azarosa. Me lo confirmaste cuando tus ojos color arena volvieron a la vida y clavaste tu mirada en mí. En ese preciso instante, en ese despliegue de pestañas hacia arriba, en ese amanecer de tus pupilas, decidiste abrir tu mundo y dejarme pasar. Solo a mí. Me hiciste partícipe. Descorriste la cortina y pude atisbar el interior; otro retazo. Uno más del gran signo de interrogación que eras para mí. Expandiste tus tentáculos en forma de letras y me atrapaste con ellos. Me hablaste. Me cantaste. Me dijiste, mirándome a los ojos y con los sentimientos desbordándote por los poros, que tenías un corazón elástico y la piel gruesa, pero que había cuchillas demasiado afiladas que podían hacerte daño. Me hablaste de supervivencia y de aferrarte con ganas a la vida. Yo quise guardarte entre mis brazos y protegerte. Me gritaste a la cara que no confiabas en nadie y me anoté una pequeña victoria, porque eso no era del todo cierto. Lo hacías. Despacio. De a poco. Con tiento. De puntillas ibas mostrándome tus partes. Las que te esforzabas por esconder frente a ojos ajenos. Las que acarreabas como piedras en la espalda. Las que todavía dolían y tal vez nunca dejarían de hacerlo. Hay vivencias que marcan piel, músculo y hueso.

Tu lengua expulsó la vibración final y la sala cayó en un silencio soberbio. Dejaste un vacío. Creaste una falta. Teníamos que digerir lo que había ocurrido en los últimos cuatro minutos porque lo que habías hecho allí arriba, sin más instrumento que tu voz, no nos había dejado indiferentes. Tocaste fibras, entraste directo en los corazones, porque habías dejado el tuyo en el escenario de un karaoke del barrio de San Telmo.

Bajaste el micrófono sin desenganchar nuestros ojos. Los aplausos comenzaron a sonar como una ola que aumenta de tamaño hasta volverse enorme y aplastaron con violencia el mutismo que se

había encapsulado entre las paredes. Yo no pude moverme; tus ojos no me lo permitían. Me mantenían sujeto bajo el hechizo de todo lo que habías decidido revelarme.

Ahora te confieso que no sabía qué hacer con eso. Me tomaste desprevenido y despertaste un instinto de protección aún más bestial que el que ya acarreaba. Qué paradoja, el día en que fuiste pura seguridad y potencia, yo quise cuidarte más que nunca. Con el tiempo comprendí que no necesitabas ser salvada. El héroe y el caballero con espada eran figuras un tanto caducas. Yo no *tenía* que hacer algo con eso. No *tenía* que buscar soluciones ni remendar tu pasado. No *tenía* que guardarte en una caja para mantenerte a salvo de las crueldades externas ni pelear batallas en tu nombre. Tú solo querías entregarme otro fragmento tuyo y yo debía cogerlo y atesorarlo.

Tus ojos lloraron una única lágrima. No intentaste barrerla. También elegiste mostrármela. Tragaste saliva y la vulnerabilidad que destilabas volvió a gritar valentía. Deseé sonreírte por ser coraje allí donde otros encuentran vergüenza, pero no pude. Estaba demasiado aturdido.

Esa gota que rodaba por tu mejilla fue la primera vez que te vi desnuda. Y en ese instante te quise, aunque no estaba preparado para hacerlo. Aunque no supe estar a la altura.

Es lo que tiene lo inevitable. Que se salta todas las barreras mentales que nos construimos para frenarlo. Las arrolla, se las lleva puestas, las roza con la yema de los dedos y las reduce a ceniza.

Apoyaste el micrófono sobre la tapa del piano y tus tacos bajaron los cinco escalones que separaban el *show* de la realidad. Solo que no volviste. El movimiento de tus piernas tomó con determinación el rumbo hacia la puerta. Tardé en reaccionar; te ibas y yo seguía paralizado bajo tus efectos. El eco de esa historia que acababas de contarme con los ojos tomados por las emociones todavía resonaba en mi pecho y en los órganos encargados de la motilidad.

—Y después de seis años volvió a cantar.

Fue su voz la que me sacó del trance. La chica a mi lado y un pensamiento que, sin quererlo, escapó en voz alta. Un susurro más producto de la conmoción que de la consciencia. Giré el rostro hacia

ella, Vera, y me topé con sus pupilas humedecidas, imitación de las tuyas. Volví a sentir el agujero, los baches en la trama, los episodios de los que me privabas; todo lo que me faltaba saber de ti y que ella conocía. Abrí la boca y dudé. Quise preguntarle sobre esas ocho palabras que había dejado caer, llenándome el cuerpo de interrogantes; pero no lo hice. No le correspondía a ella enseñarme tu historia. Quería oírlo de tus labios, ser digno de tu confianza, que encontrases la manera de abrirte a mí como lo habías hecho un instante atrás. Aunque fuese de a pequeñas gotas, partícula a partícula, con canciones, imágenes, cuentos o inventando un nuevo lenguaje para comunicarte conmigo. Todo me valía.

Me puse en pie en un movimiento atropellado, con el impulso quemándome la piel.

—No lo hagas. —Su mano se posó sobre la mía en un intento por retenerme—. Necesita estar sola —me aclaró… o me pidió, no lo sé. Solo sé que lo que me agitaba las tripas y me instaba a salir detrás de ti era infinitamente más fuerte que su demanda.

Negué en un balanceo de cabeza y tomé tu cartera, que te habías dejado olvidada sobre la silla en el apuro. Cuando el aire de la madrugada golpeó mi cuerpo sentí que había llegado demasiado tarde. Ya no estabas, te habías esfumado como los copos de nieve al ser lamidos por los rayos de sol. Paseé la mirada de un lado a otro y de manera instintiva comencé a caminar hacia una de las esquinas. Apenas doblé, te vi.

—¡Eva!

Mi grito te hizo frenar en seco. Estabas a punto de subir a un taxi y giraste el rostro hasta encontrarte con el mío. Me miraste de un modo extraño, como si acabases de darte cuenta de lo que habías hecho, de lo mucho que te habías expuesto ante mí y desearas volver el tiempo atrás para no tener que lidiar con el ovillo de preguntas que habías despertado. Un puñado de segundos tardaste en reanudar tus movimientos; el mismo tiempo que yo necesité para salir del trance y correr hacia ti.

—¡Eva! —repetí, asiendo la puerta antes de que se cerrase.

—Ahora no, Ciro.

Y no fueron tus palabras ni el tono de voz que utilizaste lo que me hizo dejarte ir, sino algo del orden del desamparo que acunaba tus facciones y se adueñaba de ellas. Con un nudo en la garganta y mi piel tirando hacia ti, te entregué el pequeño bolso negro y vi cómo te alejabas con las respuestas a mis preguntas a cuestas.

Pero ambos sabemos que la paciencia no se encuentra entre mis virtudes, así pues, unas horas fueron lo máximo que pude regalarte antes de llamar a tu puerta en mitad de la madrugada. No te sorprendiste al verme. Creo que, a diferencia de la incógnita que tú representabas para mí, yo era a tus ojos esa canción que ya te habías aprendido de memoria: impulsos, ansiedad y un metro ochenta y cinco de incapacidad para tolerar la frustración.

No hablaste, solo te hiciste a un lado y me permitiste entrar en tu guarida.

Esa noche, el poder de tu voz no fue lo único que me revelaste. Esa noche, entre tazas de té y almohadones mullidos, volviste a desnudarte para mí.

44

ABRIRSE AL MUNDO

Vera

Me quedé en blanco. Hacía tanto tiempo que no la oía cantar que lo sentí como si fuese la primera vez. En verdad, lo era. Un nuevo comienzo. Un miedo superado. Una muestra más de que aquel lúgubre pasado no había podido con ella. Era tan resistente que, en ocasiones, parecía hecha enteramente de carbono. Hermética, protegiendo su interior con la garra de un titán. Me causa gracia cuando la gente se deja llevar por su apariencia y la confunde con un ser quebradizo y endeble; nada más lejos de la realidad.

Eso es lo que tiene la superficie, que engaña, muestra solo una pequeña porción mientras mantiene oculto un corazón mucho más rico. Lo que ocurre es que ese interior está disponible solo para aquellos dispuestos a coger la pala, ajarse las manos y cavar profundo. Hay que sacar capas y capas de tierra, remover piedras incrustadas y ensuciarse de pies a cabeza; pero cuando llegas al núcleo sonríes, porque el esfuerzo y el tiempo invertido han valido la pena. Y Ciro estaba decidido a meterse en las entrañas y mancharse todo lo que fuese necesario con tal de conocer a Eva.

Yo había tardado meses en convencerla de asistir a aquel lugar y a él le habían bastado solo unos pocos segundos y la frase correcta para hacer el resto del trabajo. Estoy convencida de que hay personas que llegan a tu vida en el momento justo, y no tengo dudas de que ese metro ochenta y cinco de imponente mirada animal había llegado a la de mi amiga para sacudirle todos los cimientos. Y no me refiero a hacerla temblar en la cama con ese cuerpo esculpido en mármol que tiene, sino a algo más hondo, más vital: hacerla sentir otra vez. Porque conmigo podía mantener el pico cerrado todo lo que quisiera, pero nadie me quitaría de la cabeza que ese hombre le despertaba el cuerpo, las ganas…, la mujer que

llevaba hibernando en su interior bajo una existencia rutinaria y calma.

Habían empezado con el pie izquierdo. Él, jugando su carta de seductor insufrible, provocando para generar reacciones; ella, transformándose en un muro infranqueable. Pero algo había sucedido entre ellos, estaba segura, porque Ciro había dado un volantazo de ciento ochenta grados en su actitud y su modo de vincularse con ella había cambiado de manera rotunda. La pared de cemento con la que solía chocarse día tras día iba perdiendo altura y ahora, cuando los observaba interactuar, veía posibilidades. Veía más allá de esas diferencias que Eva se empeñaba en enarbolar porque lo que transmitían al mirarse a los ojos era tan potente y bonito que desvanecía todo lo demás.

Él era el empujón que le faltaba. El impulso. Las palabras amables que la ayudaron a dar el paso y enfrentar esa parcela de su pasado a la que le había cerrado la puerta en las narices, a la que no había vuelto a asomarse siquiera desde…

—¿Estás bien?

La voz de Álvaro me sacó del vacío en el que había quedado encallada. Lo miré, todavía un tanto perdida, y sus pupilas preocupadas terminaron por hacerme reaccionar. Me encontraba parada en el lugar, ajena a lo que acontecía a mi alrededor, y no sabía cuánto tiempo llevaba ensimismada, envuelta en una quietud espeluznante. Volví a oír los sonidos circundantes: las voces, las risas, el tintineo de las copas, el quejido de las sillas al moverse, una nueva canción expandiéndose desde el escenario, pese a que, en mi interior, aún retumbaba la que ella había elegido para renacer al mundo del que nunca debería haberse ido y para gritar una letra que sentía en la carne.

El pulgar de Álvaro se acercó a mi rostro para llevarse consigo una lágrima y fui consciente de que estaba llorando. No podía definir con certeza lo que me azotaba por dentro, pero en mi estómago reverberaba una mezcla de emoción, orgullo y esperanza. También melancolía porque, con aquel acto, Eva había abierto una rendija a otra época, una vida que ya no era para ninguna de las dos, pero que, sin embargo, seguía manchando de pus el presente.

—Solo… solo preciso un momento.

Miré para todos lados, como si de repente una laguna gigante se hubiese instalado en mi cabeza y necesitase volver a orientarme en un lugar en el que ya había estado una decena de veces antes. Finalmente, tomé el pasillo en dirección a los aseos. Abrí el grifo y puse mis manos ahuecadas bajo el chorro. Me empapé el rostro hasta que las gotas de agua reemplazaron otras caídas de mis ojos y, al alzar la mirada, me encontré en el espejo.

Recordé el día en que Eva y yo nos conocimos. El día que empezó todo para mí. Aquel antro de mala muerte con olor a encierro, cerveza y sudor en que su voz brillaba. La mala iluminación, el suelo pegoteado por las bebidas derramadas, el aire viciado, el calor asfixiante. Me gustase o no, su pasado y el mío estaban entrelazados y, por ende, también lo estaban nuestros recuerdos. Bajé la vista a mi camiseta. No era la misma. Tampoco lo era yo. Había pasado demasiada vida. Demasiados sueños rotos. Demasiado dolor que nunca terminaba de irse.

«Eres tan valiente, Eva», pensé, y mi reflejo me devolvió una sonrisa triste. Ella solía decir que yo era la audaz de las dos, la que, pese a todo lo vivido, enfrentaba el futuro con una sonrisa; sin embargo, ella acababa de abrirse al mundo…, a Ciro. Se había quitado la coraza y atrevido a pisar un escenario otra vez para mostrarle a él quién era, de dónde venía; que estaba hecha de música y letras. Mientras tanto, yo había blindado ese espacio entre las costillas en el que guardaba cinco años de mi pasado y no era capaz de contarle a nadie lo más básico de mí. No sabía cómo hacerlo sin volver al punto de partida, sin reabrir heridas y desangrarme en el camino…, sin desunir los fragmentos de mí que había logrado pegar.

Eva estaba equivocada. Yo no era más que cobardía en un empaque sonriente, y ella, puro coraje. Contemplé mi imagen una vez más, me recompuse como pude, derramé un suspiro largo en el que me vacié de tensiones y, finalmente, abandoné los servicios.

—Buenas noches. —Un cuerpo sólido y una mano estirada me cortaron el paso—. Soy…

—Darío Mendoza. —Las palabras se me cayeron de la boca sin darme tiempo a atraparlas—. Compositor y productor. Ganaste un Óscar por la banda sonora de la película *Los incoherentes* en el 2017 y el Globo de Oro a mejor canción por *En la ruta del olvido*.

Hice una pausa para respirar. Había pasado una temporada entera obsesionada con esa canción. La escuchaba a todas horas e, inclusive, la había puesto como tono de llamada en el celular. La carrera de ese hombre, que no debía tener más de treinta y cinco años, era sorprendente. Había recibido premios por su labor en películas, series de televisión y obras de teatro. Había producido discos para bandas y artistas de todo el mundo y su trabajo se caracterizaba por empujar límites y romper con lo convencional.

—La mezcla de guitarra y piano de ese tema es sublime —halagué sin poder contenerme. La sonrisa que me dedicó también lo fue—. Lo siento —solté atropellada y me apuré a estrechar su palma con la mía al darme cuenta de que continuaba con la mano en alto —, Vera Miranda.

—La chica que subió a cantar es tu amiga, ¿verdad?

La pregunta fue meramente formal; ya sabía que lo era. Sonreí y asentí, abandonando su tacto y devolviendo mi brazo al costado del cuerpo. Me gustó que fuese directo, que no tirase de ceremoniales ni protocolos, y entendí, con esa sola frase, por qué había alcanzado tanto éxito. No se andaba con rodeos, sabía lo que quería e iba por ello. El orgullo que ya sentía por Eva se ensanchó al percibir la admiración que causaba en los demás, una especie de fascinación que aturdía, que te dejaba atontado, como unos focos potentes que te pegan de lleno en el rostro hasta cegarte. Ella encandilaba, tenía ese poder, aunque supo ocultarlo durante años.

—Dile que me llame. —Me tendió una tarjeta sobria en la que podía leerse su nombre acompañado de un número de teléfono—. Tengo una propuesta para hacerle.

Cogí la oportunidad en forma de rectángulo negro y volví a mover la cabeza de manera ascendente y descendente. Lo vi alejarse y chocar con Ciro, que le dedicó una mirada recelosa antes de retomar su paso rápido y plantarse frente a mí.

—¿Quién era?

Su rostro evidenciaba una dureza más marcada que de costumbre. Casi podía ver el humo saliendo de sus orejas de tantos pensamientos e interrogantes que debía de estar maquinando al mismo tiempo. Eva se había ido, tal como le había dicho que haría, y él se había quedado varado en el desconcierto, intentando ensamblar la mujer que acababa de ver sobre el escenario, capaz de comerse el mundo y acallar cientos de voces con un solo gruñido de su garganta, con esa otra de apariencia débil que creía conocer.

No me correspondía a mí sacarlo de ese estado de incertidumbre, y debo reconocer que me generó ternura ver a un hombre tan seguro de sí mismo así de desorientado por culpa de una fémina.

—Darío Mendoza —respondí. Su semblante me reveló que aquel nombre no le decía nada. Alzó una ceja para que aportase más datos—. El productor…

Sus hombros se tensaron y todo su cuerpo entró en alerta porque, de algún modo, lo supo. Aun así, busco en mí la confirmación.

—¿Qué quería?

No pude resistirme.

—A Eva.

A punto estuve de romper en una carcajada cuando el rostro se le descompuso. Sacudí la cabeza en una franca negación y le sonreí con dulzura. Posé la mano en su hombro y a pequeños empujones logré devolverlo a la mesa. Notaba su incomodidad, su silencio, su reticencia a participar de cualquier conversación. Su mente estaba ausente; se había marchado hacía rato al ritmo de unos tacones de doce centímetros.

Aquella noche lo vi fruncir el ceño, mover las piernas de manera nerviosa y ojear el reloj tantas veces que entendí que lo que había comenzado a gestarse en su interior estaba echando raíces. Alzaba la mirada hacia mí y se pinzaba el labio para morderse las ganas de saltarme a la yugular y escarbar en un ayer que a él le faltaba y a mí me sobraba por todos lados. Quería saciar esa curiosidad que sentía por Eva, ese deseo de impulsarse en su dirección sin freno hasta aprenderse de memoria sus partes llanas, las rugosas, las luminosas y también aquellas a las que no llegaba la luz, incluso sus grietas.

Pero estaba luchando contra su naturaleza arrebatada e irreflexiva porque sabía que yo no era la vía correcta, que, pese a lo que le pedía el cuerpo, debía esperar.

Miré el reloj. Habían pasado unas cuantas horas desde que la melena rubia y la opulenta voz de mi amiga habían salido por la puerta para no regresar. Volví a observarlo a él, que clavó los dientes en sus labios una vez más.

—Ciro… —La súplica y la expectativa se aunaron en su mirada verde—. Ya es hora.

La sonrisa de un niño fue lo último que vi antes de que su silueta se perdiera entre la gente.

45

ABRIRME A TI

Eva

Me obligué a no mirar por la ventanilla. Tu rostro lleno de preguntas me esperaba al otro lado y necesitaba poner en orden mis pensamientos, las sensaciones que me atravesaban el cuerpo y digerir lo que acababa de pasar antes de enfrentarme a tus dudas.

Lo había hecho. Había vuelto a cantar después de años de no hacerlo y no tenía muy claro aún cómo me sentía al respecto. En un primer momento, en cuanto pisé el escenario, pensé que no sería capaz de esbozar una sola palabra. Pero había un impulso dentro de mí, algo que latía fuerte y me repetía que ya no estaba atada a las mismas condiciones que en el pasado y que ahora, tomar un micrófono y contar una historia, era elección mía.

Llegué a casa y abrí la puerta en piloto automático. Mi mente se encontraba todavía sobre las tablas y yo vagaba por los espacios sin atender realmente a lo que hacía. Puse la pava a calentar y me perdí en el dormitorio para quitarme la ropa y embutirme dentro del pijama. Luego, me calcé las pantuflas y fui directo al cuarto de baño para desprenderme del maquillaje. Me lavé la cara y, al alzar la mirada y chocarme con mi reflejo desnudo en el espejo, sonreí. Todavía quedaban cosas por sanar, capas por remover, pero había logrado dar un paso importante y debía alegrarme por ello. Había vuelto a cantar cuando creía que ya nunca volvería a hacerlo.

Me senté en el sillón con la taza de té entre las manos y traté de centrarme en lo que había sentido al llevarme el micrófono a los labios, alejando otros recuerdos y otros tiempos que se empeñaban en trepar por mi memoria para embarrarme el presente. Había olvidado cómo sonaba mi voz al alzarla, cómo despegaba los pies del suelo y levantaba vuelo hasta desprenderme del mundo para caer de lleno en el mío, interno; cómo la piel se me daba vuelta mostrando lo que había dentro, al otro lado, allí donde descansan los miedos,

las pasiones, los deseos y los padecimientos en estado puro. Porque para mí jamás se trató de la voz, sino de las letras.

Había vuelto a disfrutarlo, a sentir placer en el acto de cantar. Me había reencontrado con ese costado lúdico que en otra época me habían arrebatado y no podía dejar de sentirme orgullosa por haberles ganado la batalla a aquellas voces que me murmuraban al oído que no podría hacerlo.

El sonido del timbre me encontró en una especie de duermevela, abrazada a un almohadón y con la manta liviana cubriéndome las piernas desnudas. No tuve que abrir la puerta para saber quién se hallaba al otro lado. Estaba segura de que aparecerías más temprano que tarde y, en el fondo, te esperaba.

Me seguiste en silencio hasta la cocina y volví a poner agua a calentar. Saqué otra taza de la alacena y mientras preparaba las bebidas, te observé. Llevabas la misma ropa y tu pie jugaba a crear un sonido rítmico al rebotar una y otra vez contra la baldosa. Me causó gracia tu impaciencia, esa que te desbordaba en forma de repiqueteo incesante y que nos acompañó hasta que saqué la pava del fuego. Pensé en lo mucho que debía haberte costado darme esas horas de tregua, dejarme espacio y sostener amarradas tus preguntas. No estabas acostumbrado a esperar. Tu vida transcurría en una constante inmediatez y aquello de respetar los tiempos de otros te suponía un trabajo mayúsculo. Sin embargo, estabas aprendiendo a hacerlo; a frenar tus zancadas de elefante, a caminar más despacio para acoplarte a mis pasos.

Habías vivido hasta ese entonces saltando de país en país, rigiéndote por lo que te dictaba el cuerpo y adueñándote del «hoy» y del «ahora» hasta cosértelos al pellejo y convertirlos en experiencias. Estabas hecho de impulsos, de alas y de ganas de volar. Tus pies no habían nacido para enraizarse a un suelo, sino para pisarlos y recorrerlos todos. Si despertabas con deseos de explorar otros territorios, simplemente tenías que meter tus pertenencias en la maleta y torcer el timón. No había brújulas que marcaran el camino de antemano. No había sogas que te ataran a lugares o personas porque existía algo más fuerte que tiraba de ti,

algo llamado libertad. Y aunque ahora te encontrabas en un paréntesis, cuando la tormenta amainase, volverías a alzar vuelo.

Te sentaste a mi lado en el sillón, apoyaste tu infusión sobre la mesa y clavaste tus ojos verdes, expectantes, en los míos; yo tuve que mantener la taza entre mis manos porque no sabía qué hacer con ellas. Estaba nerviosa. Esperaba tu avalancha de preguntas, las imaginaba cayendo sobre mí una tras otra, como una especie de interrogatorio preparado para saciar tu curiosidad. Pero entonces sonreíste.

—¿Qué haces encerrada nueve horas al día en una oficina en vez de estar brillando en los mejores escenarios del mundo?

Y me hiciste sonreír.

Ese fue el disparo de salida para que las palabras se abrieran paso a través de mi garganta y desease contártelo todo.

—Empecé a trabajar a los cinco años. Mi padre descubrió pronto que yo tenía un don e, igual que hacía con todo lo demás, decidió apropiárselo y sacarle provecho. Él hacía *changas* en obras en construcción, pero el trabajo no era fijo, por lo que la entrada de dinero tampoco lo era, e intuyo que sentarse en una esquina y recolectar monedas y billetes en un gorro requería mucho menos esfuerzo físico que levantar bolsas de arena, cemento, ladrillo o vigas de acero. —No imprimí a mi voz ningún tipo de emoción; sin embargo, vi tu gesto contraerse hasta hacer de tus labios una fina línea—. A la larga ese tipo de trabajos terminan por dañarte el cuerpo —alegué, encogiéndome de hombros.

Sentí la necesidad de justificarlo al ver tu rostro endurecerse. Centré mi mirada en el baile de vaho que emanaba de la taza caliente antes de seguir hablando.

—Todas las tardes, después del colegio, me llevaba a la misma esquina en la que me pasaba horas y horas cantando. —Una sonrisa triste se filtró en mi boca—. Al principio me gustaba —reconocí—. Atraía miradas, la gente se paraba en la calle para verme mientras yo bailaba, saltaba y me divertía. Por un rato dejaba de ser invisible, ¿a qué chico no le gusta ser el centro de atención? —Volví a encumbrar los hombros—. Era una nena —me excusé— y aquello era como un juego para mí, infinitamente mejor que pasar el día

encerrada en casa sin nada que hacer. Recuerdo que, en ocasiones, me regalaban cosas: muñecas, libros para colorear, juguetes que desaparecían por la noche porque «no necesitamos limosna de nadie» —reproduje las palabras de mi padre y tuve que tragar saliva para eliminar el regusto amargo que me sacudió al pronunciarlas—. En realidad, lo que no necesitaba eran distracciones que me alejaran de mis obligaciones, porque el efectivo siempre era bienvenido. Era lo único bienvenido —admití y di un trago a mi infusión—. Había un bar en la acera de enfrente y su dueña, Estela, me traía un sándwich de jamón y queso cada tarde para que merendara, pero a mi papá tampoco le gustaba. Decía que no se comía mientras se trabajaba porque daba una mala imagen. Así que le pidió de muy malos modos que dejase de traerme «porquerías», que por su culpa yo desatendía mis responsabilidades, lo que se traducía en una pérdida de dinero. Si tenía la boca ocupada en masticar no podía cantar. —Volví a tragar saliva—. Por consiguiente, dejó de llevarme comida. Lo que no sabía mi padre era que Estela y yo teníamos un pequeño secreto. —Sonreí con picardía, evocando a aquella niña de ojos enormes a la que la piel se le pegaba a los huesos—. Cuando necesitaba ir al baño, tenía que cruzar al bar; era el único negocio en el que me dejaban usar las instalaciones sin consumir. Y en esos escasos minutos fuera de la vista de mi padre, ella aprovechaba y me traía un bocadillo que yo engullía veloz para que él no sospechara.

Te vi aferrar un almohadón con fuerza para contener la impotencia. No había lástima en tu mirada, sino algo del orden de la tristeza. Te imaginé imaginando a esa pequeña, dibujando en tu mente una infancia radicalmente distinta a la tuya, sin puntos de unión, sin lenguaje común. Bebí otro sorbo de té y continué:

—Los primeros años, cantar fue eso: un juego. Pero con el tiempo, según maduraba, dejó de ser divertido. En especial cuando entendí que tenía que hacerlo igualmente con frío, lluvia o cuando me dolía la panza… o los pies, por pasar tantas horas parada con un calzado dos tallas más pequeño. Empecé a odiarlo, a sentir verdadero rechazo, y aquello que en un primer momento había sido placentero se transformó en lo que en realidad era: una obligación,

algo que no podía eludir ni siquiera para asistir al cumpleaños del único amigo que tenía. La voz no me pertenecía, me la habían sustraído para hacer de ella su sustento de vida. Me molestaba sentir la mirada de la gente sobre mí porque lo que veían era una niña sucia, con la ropa agujereada, muchas veces descalza. ¿Quién iba a darle dinero a una cría bien vestida, con el cabello cuidado, olor a perfume y zapatos en perfectas condiciones? Nadie. —Me aclaré la garganta—. Me daba vergüenza que me vieran así porque yo no era eso. Yo era mucho más que un cuerpo recubierto de mugre con una voz privilegiada. Eso era lo que me permitían mostrar, lo que se esperaba de mí porque se obtenía algo a cambio. Y, al contrario de lo que pueda pensarse, nunca me acostumbré a esa imagen, a esa foto de mí misma que no me representaba. Pero sí me acostumbré a ser solo eso para mis padres.

» Yo no era dueña de mi cuerpo, de mi voz, de ningún espacio ni objeto. A veces, ni siquiera lo era de mis pensamientos. Los reconocía a ellos ahí metidos, implantados. Tenían ese poder: el de colarse en mi mente y hablarme aun cuando no estaban presentes. Lo único que me ayudaba a evadirme de esa realidad eran los libros, perderme en historias prestadas, infiltrarme en palabras ajenas, ficciones que me concedían por un rato otros mundos donde residir, donde jugar a no ser yo; a ser alguien diferente. Zambullirme en aventuras que, si cerraba los ojos, podía imaginar que vivía en primera persona. Pero no podía conservarlos bajo ese techo; me los hacían pedazos. Todavía tengo grabada en las retinas la portada del primer libro que sostuve entre mis manos. —No me hizo falta cerrar los ojos para verme sentada sobre la cama, con las piernas cruzadas, admirando aquella joya que parecía tener luz propia y relucir inclusive dentro de esa casa sombría—. Era del azul más bonito que había visto jamás. Brillante y lleno de estrellas doradas, con un gato en pijama en el centro, recostado sobre la luna. —Sonreí sin ser consciente de que lo hacía y advertí el eco de ese gesto en tus labios—. No recuerdo el nombre, pero sí recuerdo tocarlo como si fuese de cristal, con un cuidado supremo, por miedo a arruinarlo. —El cuerpo se me tensó al pronunciar la siguiente frase y esa sonrisa risueña que había despertado volvió a dormirse hasta

no dejar rastro—. Mi padre no dudó un segundo en destrozarlo en cuanto lo halló pobremente escondido bajo el colchón.

Suspiré para librarme de la rigidez que mantenía mis hombros erguidos y, como una oleada de diapositivas añejas, ese 24 de abril que marcaba un punto de inflexión en mi vida, se me desplomó encima. Los gritos, el miedo, la tinta mancillada, los fragmentos de papel formando un charco en el piso, el llanto convulso ajándome las mejillas y…

—Esa noche lo conocí a él. —Él—. Y también a su madre, Claudia. Ella fue la que repuso el libro. Pasé horas llorando en su cocina. Estaba muy angustiada porque el ejemplar no era mío, debía devolvérselo a la maestra y no tenía dinero para comprar uno nuevo. Mientras más excusas pensaba para justificar la falta, más lágrimas derramaba. Claudia me calmó como pudo y, al otro día, cuando crucé de balcón prácticamente de madrugada, hallé sobre el escritorio de su hijo un paquete para mí.

Los ojos se me aguaron y una sensación acogedora me pobló el pecho, como si acabara de llegar a una cabaña luego de un largo paseo a temperaturas bajo cero y el calor de la chimenea encendida borrara todo vestigio de frío de mi cuerpo. Me ocurría cada vez que mi mente revivía ese instante.

—Esa mujer me salvó de tantas maneras que «agradecida» es una palabra que me queda demasiado chica. Yo pasaba casi todas las noches en la casa de al lado, junto a mi vecino, y devoraba cada uno de los libros que vestían sus estanterías. Creo que hasta llegué a aprendérmelos de memoria. Al principio, ni siquiera sabía leer y él lo hacía por mí. No solo me prestaba sus cuentos, sino también un espacio seguro en el cual disfrutarlos, además de su voz. Se sentaba a mi lado en la cama y leía hasta que el sueño se apoderaba de mí. Aprendí a leer tarde —confesé—. Ahora lo pienso y me pregunto: ¿cómo iba a aprender en tiempo y forma si en mi casa no me estimulaban, apenas comía, rozaba la desnutrición y me quedaba dormida en el colegio porque cerrar los ojos y descansar por las noches era una tarea casi imposible?

Negué, intentando ahuyentar esas ideas que, aunque habían dejado de doler, todavía arañaban.

—Con el paso de los años —proseguí—, conforme iba creciendo, me adentraba en su habitación incluso cuando él no estaba, elegía un ejemplar y simplemente me fugaba a la fantasía. Él siempre dejaba la ventana abierta para mí —susurré, nostálgica, y noté que había lanzado ese pensamiento en voz alta. Si te molestó, no lo evidenciaste. Solo una pequeña sombra eclipsó el verde limpio de tus ojos por un breve segundo—. Me desconectaba, soñaba con otras realidades porque, ¿quién en su sano juicio querría permanecer en la mía? Creo que así fue cómo nació mi necesidad de crear mundos. Yo quería hacer por otros lo que otros habían hecho por mí: llevarme lejos sin moverme del lugar; dibujarme una sonrisa aun con los ruidos al otro lado de la pared.

Frunciste el ceño sin entender de qué estaba hablando, pero no preguntaste. Volviste a ser paciente. A domar esos impulsos de los que estabas hecho para no presionarme, para darme tiempo… un respiro y la opción de contarte hasta donde yo decidiera. Me cediste el mando de la tiza invisible para marcar la línea, unos límites que tú te hubieras comido a mordiscones pero que, sin embargo, respetaste. Pensé en lo distinto que era ese hombre que tenía enfrente de aquel que había llegado meses antes a la oficina con el pie en el acelerador y había asaltado mi espacio, haciendo volar por los aires la distancia.

Guardé silencio y dejé que tu mirada confusa atrapara la mía. Supongo que necesitaba meditar durante unos segundos más el paso que estaba a punto de dar. Ya habías visto mucho de mí aquella noche y la posibilidad de seguir desnudándome me hizo pensar si no sería peligroso, si no estaría exponiéndome demasiado. Pero, te cuento la verdad, Ciro. Quería hacerlo. Quería que supieras quién era, mostrarte las partes de mí que no se veían a simple vista…, aquellas que solía mantener encerradas entre dos tapas. Deseaba enseñarte lo que en realidad me movía, lo que me apasionaba y llenaba mi pecho de calor. Así pues, te dejé entrar.

Me puse en pie, apoyé la taza vacía sobre la mesa y desaparecí de tu vista. Al regresar, con mi rincón más privado entre las manos, un recuerdo colonizó mi mente:

—Cierra los ojos, tengo una sorpresa para ti. —Miré su brazo escondido detrás de la espalda, sonreí e hice lo que me pedía. Tomó mi mano entre las suyas y posó un objeto en ellas—. Ya puedes abrirlos.

Lo primero que vi fueron sus ojos encendidos y su sonrisa chulesca. Con un gesto que estiró sus cejas hacia arriba me instó a bajar la vista y, otra vez, obedecí.

—Un cuaderno —susurré, acariciando la cubierta en la que se distinguía un atardecer en tonos rosados. Lo abrí y comencé a pasar las hojas en blanco.

—No, un lugar donde escribir tus propias historias.

Te tendí mi tesoro y, cuando viste de qué se trataba, abriste mucho los ojos. Luego, me preguntaste con ellos si estaba segura. Asentí y, recién ahí, te animaste a cogerlo y apoyarlo sobre tu regazo. Vi el inicio de una sonrisa investir tus labios y supe, sin temor a equivocarme, que estabas pensando en ese ultimátum que te había lanzado tiempo atrás en la oficina: «Puedes descubrirlo ahora, saciar tu curiosidad en contra de mi voluntad, o tener paciencia, ganarte mi confianza y lograr que te lo muestre porque realmente desee hacerlo». A regañadientes, habías soltado el cuaderno sin develar su contenido. Habías sido paciente y yo… yo estaba empezando a confiar en ti.

—Tal vez a tus ojos… o a tus oídos, mi voz sea un don. Para mí siempre fue una maldición. Es el elemento por el cual me usaron y explotaron durante años. Y, quizá, durante mi infancia, en esos primeros tiempos en que todavía no era consciente de lo que hacían conmigo, cantar sí conservaba un carácter lúdico. Pero luego quedó asociado a demasiadas cosas negativas. Cantar nunca fue una elección para mí, y eso que escuchaste hoy sobre el escenario es algo con lo que nací, que me vino dado y que no me implica ningún esfuerzo; en cambio —sonreí sin poder evitarlo—, las letras hay que pulirlas hasta hacerlas brillar. Escribir es mi forma de expresión, donde me dejo la piel y también lo que hay debajo.

El cuaderno continuaba cerrado encima de tus piernas, porque en ningún momento habías quitado la atención de mis palabras. Alcé la barbilla, otorgándote el permiso que buscabas, y finalmente

decidiste a abrirlo. Te perdiste en la lectura, en mi caótica caligrafía compuesta por tinta, tachones y correcciones, y yo lo hice en tus manos. Algo en tu forma de tocar el papel, en la manera de seguir mis trazos con tus dedos, como si anhelases imprimírtelos en las huellas dactilares para que nadie pudiese arrebatártelos, me conmovió y, a la vez, me resultó tremendamente erótico.

Me recordó a mi propio modo de rozar aquel primer libro, con un cuidado exquisito por miedo a dañar algo tan bello. Me pregunté si así era cómo me veías: frágil y bella. Tus rasgos duros y afilados no parecían capaces de tanta suavidad y, sin embargo, el movimiento de esas manos fue la caricia más gentil que alguna vez me han hecho. Deseé que fuera mi piel y no una hoja lo que tus yemas rasgueaban e imaginé los sonidos que podías llegar a crear en mí si tan solo estirabas los dedos.

Quise besarte. Quise besarte con tanta fuerza que, aún hoy, no sé por qué no lo hice.

—Son…

—Canciones —confirmé—. Escribo canciones. Después de todo —dije, encogiéndome de hombros—, la música es el único modo que conozco de expresarme.

—Pero no las cantas —murmuraste bajito. Y no fue una pregunta. Tampoco un reproche ni un juicio de valor; simplemente pusiste en palabras una realidad.

—No. —«Ya no»—. Estuve peleada mucho tiempo con esa parte de mí —confesé—. Y hoy volví a hacerlo por decisión propia, no porque otros me obligaran. Volví a experimentar el peso de un micrófono entre las manos, a contar una historia en tres minutos…, porque para mí se trata de eso —subrayé—: de contar historias. Y sentí que algo aquí dentro —me llevé el índice al pecho— se reconciliaba con esa parte que mantenía encerrada bajo llave, porque era sinónimo del manoseo del que había sido objeto durante años.

Comprendí en ese instante, mientras hablaba, que había estado equivocada. Yo no había subido a aquel escenario para demostrarte que no era la mujer frágil que necesita que la protejan, como tú creías que era. Lo había hecho porque deseaba que me conocieras,

mostrarte otro retazo de la Eva que había sido, pero también de la que quería ser. Una Eva que no permitía que el pasado continuara limitando su presente y que se adueñaba de lo que le pertenecía. Lo había hecho porque ansiaba abrirme a tus ojos, que me descubrieras, y porque mientras los demás me presionaban para que me parase frente a un centenar de personas, tú me habías dado opción. Ese «no tienes que hacerlo si no quieres», me había hecho quererlo. Contigo. Frente a ti.

—Él me regaló mi primer cuaderno…

«Para que dejes de garabatearme la espalda; las chicas se ponen celosas», me había dicho, con su sonrisa pilla y un guiño de ojo. No había dejado de hacerlo. Había escrito sobre su cuerpo durante años.

—… y desde entonces siempre llevo uno conmigo, porque las ideas aparecen a cualquier hora del día. Tengo tantos que ya he perdido la cuenta. —Era verdad. Tenía tres de los cuatro cajones del aparador rebosantes de letras cobijadas entre atardeceres, amaneceres y paisajes de ensueño, porque esas cubiertas con pinturas o fotos naturales me despertaban calma—. Ese es el que descubriste aquel día en el trabajo —señalé el que todavía encerrabas entre tus manos—. Gracias por elegir ser paciente.

Me observaste de una manera extraña, profunda, más cargada de lo habitual, y simplemente hiciste lo que yo no me había atrevido. Te inclinaste, aferraste mi mentón y me besaste. Fue un roce suave, dulce, una caricia hecha con los labios que volvió a desestabilizar mi mundo. Me sentí caer. Perdí el equilibrio. Como si tu aliento sobre mi boca tuviese el poder de desdibujar la superficie bajo mis pies. Una vez más sentí el mareo, el vértigo en la boca del estómago, y deseé retener esa revolución en el cuerpo, alargarla, sujetarla con cuerdas hasta volverla parte de mí. Todavía no lo sabía, pero esa sensación de caída libre quedaría tan asociada a ti que, con solo escuchar tu nombre, el precipicio aparecería ante mis ojos como una opción demasiado tentadora. Tus dedos pasearon por mi nuca y, cuando te separaste y me miraste con esa intensidad que parecías tener reservada para mí, volví a tocar tierra firme.

—Hay cosas por las que vale la pena esperar.

Juro que quise saltar sin importar las consecuencias. Porque en ese minúsculo segundo las diferencias se esfumaron. Tú dejaste de ser el chico de las alas gigantes que emprendería vuelo en cuanto la realidad cesase de ponerle trabas, y yo dejé de ser la mujer que no podía volar porque cargaba demasiado peso. En ese fugaz instante, fuimos algo posible.

—¿Puedo leerlos? —preguntaste con cautela.

—Son muchos.

—Tengo toda la noche.

Y salté. Salté porque no era la opción más sensata, pero sí la más bonita. La que despertaba mis ganas de despegar los pies del suelo y abrir mis propias alas. Unas que estaban llenas de cicatrices, juntando polvo por falta de uso, pero que seguían allí, cosidas a mi espalda. Esa noche había dado unos cuantos pasos hacia adelante. Había cogido el plumero y quitado las primeras motas de tierra. Había vuelto a cantar y a confiar, aunque todavía quedara mucho de mí por descubrirte, fracciones que aún no estaba preparada para exhumar.

Me dormí con la cabeza apoyada sobre tus piernas, entre trazos de colores y anotaciones suspendidas en los márgenes. Desperté a la mañana siguiente con la manta cubriéndome la cadera y tu mano afianzada a mi cintura, rodeada de cuadernos abiertos.

46

YA NO HAY VUELTA ATRÁS

Ciro

Me desperté rodeado de ti y contigo. Estabas en todas partes. Un micro mundo de hojas escritas desparramadas y páginas con tu alma dibujada en tinta. Yo envolvía tus curvas con mi mano, pero tú me envolvías a mí, porque mirase donde mirase te hallaba: en la cursiva clavada en cada pliego, en los colores cálidos de las paredes, en los detalles en forma de adornos, en las letras que todavía resonaban en mí… aquellas en las que me había zambullido durante la noche hasta pixelar los bordes de la realidad.

Me quedé muy quieto, con el aliento contenido entre pecho y garganta, temiendo que cualquier mínimo movimiento pudiera romper la magia. No quería despertarte. Deseaba estirar ese instante, que el peso de tu rostro apuntalado en mi regazo no se extinguiera, que los espirales delineados por tus cabellos rubios sobre mis vaqueros se impregnaran a la tela, la traspasaran y se tatuaran en la piel de mis muslos; anhelaba permanecer, como un adicto incapaz de desengancharse, flotando en tu olor.

Quise escanear el espacio con detenimiento, recrearme en él, pero mis ojos tenían otros planes y ninguna intención de abandonarlos, por lo que, haciendo gala de su independencia, tiraron hacia ti. ¡Qué se le va a hacer! Nunca supe mirar hacia otro lado cuando tú estabas delante. No creo que algún día aprenda a hacerlo.

Dormías plácidamente, sin una gota de maquillaje y con las facciones en calma. Contemplé tu tez de cristal y una risa irónica burló la barrera de mis labios. Evoqué todas las ideas erradas que me había hecho de ti al conocerte. «Es delicada». «Es ingenua». «Tiene pinta de no haber fregado un plato en su vida». «Seguro ha vivido siempre entre algodones, cubierta en papel de burbujas». Qué

poco decía de ti aquella primera impresión… Qué engañosa y desatinada. No había acertado ni uno solo de mis augurios.

Yo estaba lleno de prejuicios que tú fuiste desmontando, Eva, uno a uno y sin prisas, con ese canto que es robustez, fortaleza, garra plena; con esas composiciones que son pasión en estado puro, sin condimentos ni florituras; con esa vida sacrificada que te había tocado en suerte, saqueada de todo lo que a un niño jamás debería faltarle. Tu exterior de apariencia frágil no es más que humo que impide ver tu verdadera naturaleza.

Pensé en tus padres, en lo mucho que te quitaron, en lo que jamás te dieron, y tu forma de ser precavida cobró aún más sentido. «Tenían ese poder, el de colarse en mi mente», habías admitido con pesar, como si tus pensamientos no hubieran sido nunca del todo tuyos, como si les pertenecieran un poco a ellos... como si no pudieras establecer con claridad el límite. No sabía entonces cuánta influencia ejercía ese pasado en ti todavía, cuánta tendría en nosotros, en lo que nos esperaba.

Recargué mi brazo libre en el apoyabrazos y la punta de una hoja suelta me pinchó la piel. Sin duda alguna, el contenido de los cuadernos era lo más íntimo que me habías enseñado hasta el momento; aquello verdaderamente tuyo y de nadie más. El rincón al que ellos jamás habían podido acceder porque nacía en el sótano de tu ser, en tu abismo más profundo y, por esa misma razón, no habían podido arrancártelo.

No puedo explicarte el ramalazo de electricidad y orgullo que me aguijoneó las membranas cuando te vi aparecer con esa libreta entre las manos y, minutos más tarde, con todas las demás. Cada ápice de confianza que depositabas en mí era un triunfo anotado, porque comenzaba a ser consciente de lo que significaba para ti darte a conocer, entregarte, hacerte visible más allá de la carcasa.

Te removiste con ligereza y mis dedos se apretaron por instinto alrededor de tu cadera, como si el acto de desperezarte amenazara con estallar la pompa idílica de jabón en la que anhelaba permanecer encerrado.

No supe que estaba sonriendo hasta que abriste los ojos y vi la proyección de mi gesto en tus labios. Jodidos labios irresistibles.

—Dime que no estoy soñando —solté con suavidad, pero con un matiz ansioso y algo suplicante, que hizo que la media luna que formaba tu boca se ensanchara aún más.

«Por favor, no vuelvas a crear distancia —rogué para mis adentros —. Por favor, quédate cerca».

Había pasado la semana entera atando las ganas de besarte de nuevo con un jodido cordel de titanio porque, pese a que habías sido tú quien había dado el primer paso, quien me había besado primero, no habías vuelto a acercarte de esa manera, ni siquiera a mencionar el tema. Y yo no deseaba presionarte… o espantarte. No obstante, mis correas se habían aflojado la noche anterior cuando, vestida de una gratitud que me dejó indefenso, susurraste un «gracias por elegir ser paciente» y me permitiste verte desnuda entre renglones, encuadernaciones y anillados. Sencillamente no había podido evitarlo; había tenido que besarte. Y ahora me sucedía lo mismo. Me apetecía arrasar tus labios hasta que se confundieran con los míos, hasta que no hubiera diferencia; moldear mis manos a la medida de tu cuerpo y que esa cercanía que nos arropaba no reventara como el globo de un chicle. Pero aquello que yo quería echaba el freno de mano, porque no sabía lo que tú querías. Me batía a duelo constantemente entre mis impulsos y tus indescifrables silencios, entre los espacios que sabía que necesitabas y que procuraba respetar y la mezcla de sensaciones que aleteaban sedientas en mi panza y morían por aplacarse en la humedad de tu lengua. Siendo franco, debo admitir que vivía con el temor a dar un paso en falso que pudiera provocar tu huida. Me sentía como un buzo que descubre frente a sí un cardumen de peces exóticos e intenta mantenerse inmóvil para no ahuyentarlos con un movimiento desacertado.

La mata de pelo dorado serpenteó entre mis piernas antes de abandonarme por completo cuando, con lentitud y sin dejar de mirarme, comenzaste a incorporarte. Te sentaste a mi lado y, por un fragmento de tiempo que me pareció mortalmente largo, odié el trecho que separaba tu piel de la mía.

Lo rompiste. El trecho y el tiempo. Desvaneciste el cuarto, la realidad, la vida que habíamos sido hasta el momento y que no

hablaba en plural. Lo deshiciste todo al atrapar mi cara entre tus manos y juntar nuestros labios. «Nuestro» es el término que comenzó a gestarse en ese agarre firme y sostenido, en ese baile de lenguas y saliva embarulladas, en esos ojos que se abrieron para engancharse a los míos con determinación y atender a mi ruego.

—No estás soñando —constataste, casi sin despegarte.

Me gustó la impronta de tus dedos en mi carne. Eran dulces pero exigentes, decididos. Quemaban los puntos de anclaje como si tus huellas dactilares fueran brasas inextinguibles, y yo quise arder en tu fuego por el resto de mis días.

—Eva… —Acababas de dinamitarme los frenos y ya no había vuelta atrás. Era el condenado paso que necesitaba. Me habías besado otra vez—. Ya no voy a dejar de hacerlo.

Me urgía que lo comprendieras porque, si tenías algo que objetar, ese era el momento. Luego no pararía, no volvería a retroceder y, por descontado, no aguardaría a un costado con aparente serenidad mientras las jodidas sensaciones me consumían los órganos y mis constantes vitales enloquecían hasta perder toda su constancia.

—Bien. —Exhalaste sobre mis labios.

—Bien. —Trituré la distancia.

Mi boca se enroscó con la tuya y ya no hubo retorno. Me adueñé de tu cintura, te atraje hacia mí y respondiste sentándote de lado sobre mis piernas y tirando con la dureza justa del labio inferior hasta empujarme a la demencia. Me hiciste el amor con la boca y tus manos no dejaron de sostenerme y explorarme, al tiempo que las mías permanecían aferradas a la tela de tu pijama por temor a que te desvanecieras. Lo hiciste. No entonces. No cuando la impresión de que tú y yo juntos éramos una puta alucinación maravillosa demasiado buena para ser real y aquello me mantenía en alerta, con los puños bien ceñidos y atrancados a tu piel, sino cuando me relajé, cuando la idea de un nosotros ya se había acoplado al tejido y hecho callo… cuando mis yemas dejaron de apretar para ser caricia.

Hasta esa mañana creía que un beso era el disparo de salida, la línea de partida en una carrera mucho más larga que acababa con el pellejo resbaladizo de sudor y los músculos extenuados de tanto

empujar. Besar era lo que se hacía mientras la ropa caía y el placer migraba a la zona baja del tronco para convertirse en embestidas y orgasmos; el precalentamiento hasta que la parte arcaica del ser humano cogía el mando y el conjunto de la maquinaria corporal se ponía al servicio de ese punto culminante llamado éxtasis.

Ese sábado en el que recién comenzaba a asomar la mesurada luz del sol, descubrí que cuando se trata de ti y de mí, besar no es el inicio de algo más, es «algo más» a secas. Principio, nudo y desenlace en un solo acto que, de tan certero, te remueve hasta el último jodido átomo y te despabila la piel con un mero baile de bocas.

Supe al instante que aquello no era normal, que lo que me hacías sentir no tenía precedentes, y aunque no pensé en el futuro, las consecuencias, los posibles daños y los mañanas por venir, tuve la inexorable certeza de que quería vivirlo.

Quería vivirte, Eva. A pecho descubierto.

47

CREANDO NUEVOS RECUERDOS

Eva

Te fuiste de casa a regañadientes, cuando las manecillas del reloj anunciaron que, si querías que Santi no se quedara sin su tan esperada clase de guitarra, debías romper el nudo que formaban tus dedos y la parte superior de mi pijama y despegar tus labios de los míos.

—No quiero irme —gimoteaste, mientras guardabas la billetera y las llaves en tus bolsillos.

—Tienes que hacerlo.

—Lo sé. —Bosquejaste una mueca abatida, que dentro de tus facciones filosas resultó cómica, y me atrajiste hacia tu pecho una vez más—. Pasaremos por ti en un rato.

—Estaré esperándolos.

Sonreíste de lado, me besaste y te largaste prácticamente corriendo. Unas horas después, me montaba en tu coche y partíamos los cuatro en busca de nuevas experiencias. En aquella ocasión, la excursión no incluyó largos paseos a pie ni tramos pedaleando sobre dos ruedas, porque la pierna de Sandra no estaba aún del todo recuperada y necesitaba la ayuda de las muletas. Pero almorzamos en el mercado de San Telmo, visitamos la pintoresca galería Solar de French, con sus paraguas colgantes emulando un cielo de colores, y despedimos la tarde a orillas del Lago de Regatas. Fue tranquilo, distendido y… perfecto, como cada uno de esos sábados.

Los besos, roces y caricias quedaron reservados para los momentos a solas mientras que manteníamos las distancias frente a tu familia, nuestros amigos y compañeros de trabajo. En tu casa ya estaban adaptándose a demasiados cambios como para, encima, introducir uno más. Y, aunque no lo habíamos hablado directamente,

creo que ninguno de los dos tenía la necesidad de hacer partícipes a los demás de aquello que apenas estábamos comenzando a vivir.

Así fue como la azotea de La Cala se llenó de alientos enredados con sabor a café y me aficioné a las charlas en las que podía sentir la vibración de tus cuerdas vocales al hablar porque tu mentón descansaba una y otra vez sobre mi coronilla mientras me contenías dentro de los límites de un abrazo. Los asientos delanteros de tu coche se transformaron en el cofre en el que guardamos cientos de besos de despedida que no deseaban decirse adiós y unas manos que constantemente se encontraban a mitad de camino entre tu sitio y el mío porque, por algún loco motivo, parecían desesperadas por anudarse. Las cocheras de la empresa, los viajes en ascensor o los huecos solitarios de la escalera eran nuestros aliados a la hora de tocarnos como la piel pedía, aunque nunca resultara suficiente.

—¿Tienes planes? —soltaste, luego de saludar con un golpe de cabeza a Ramiro, que se perdía con su morral de cuero y la corbata desajustada dentro del elevador.

Había sido un día de trabajo agotador, de esos en los que no tienes un mísero respiro. Oficialmente éramos los únicos que quedábamos en el piso diecinueve y, para ser sincera, solo pensaba en llegar a casa, darme una ducha reparadora, ponerme el pijama y comerme el helado que había sobrado de la noche anterior. Hacía demasiado calor aquel día como para encender los fogones o prender el horno.

Te miré mientras te acercabas, pasándote la mano por el rostro como si de ese modo pudieras arrancarte los signos de cansancio de encima. Notaba la vista algo nublada después de tantas horas frente al ordenador, pero aun así advertí cómo tus ojos se desviaban hacia un determinado punto a mi espalda y una sombra difusa eclipsaba la luz que siempre irradiaban. No era la primera vez que lo hacías, que te extraviabas unos segundos de más en aquella zona concreta; de hecho, ocurría a menudo y creía saber el porqué.

—¿Me acompañas a comprar los regalos? —propusiste—. Sé que es tarde, pero entre las sesiones de rehabilitación de mi abuela, el turno con el traumatólogo para controlar la evolución de la herida y

el acto de fin de curso de mi hermano, no he tenido un solo momento libre y la Navidad está a la vuelta de la esquina…

Moví la cabeza afirmativamente y empecé a recoger mis cosas mientras te zambullías en un monólogo algo desordenado que empalmaba la cercanía de las fiestas navideñas, el recuerdo de unos dulces caseros de azúcar, miel y almendras tostadas que Sandra solía preparar cuando eras pequeño y la proximidad del cumpleaños de Santiago. Despejé el escritorio, me colgué la cartera al hombro y tomé la mano que me tendías para largarnos de una vez por todas de la empresa. Vi cómo volvías a posar la mirada en ese sitio, cómo el gesto se te contraía, y aunque fue un vistazo fugaz antes de regresar la vista al frente, sentí la imperiosa necesidad de erradicar aquel recuerdo.

—¿Qué haces? —inquiriste, contrariado, cuando tiré de tu mano en la dirección opuesta a la salida.

No respondí. Te guie hacia el lugar exacto entre la estantería y mi mesa de trabajo, y sencillamente te besé. Te besé hasta que tu brazo posesivo se hundió en el arco de mi espalda y comenzó a reptar hacia arriba. Te besé hasta que los pies se arrastraron en sintonía en busca de una superficie de apoyo. Te besé hasta que mis dedos se atrancaron al borde del escritorio y los sonidos que tu boca y la mía emitían amenazaron con salirse de control. Te besé una y otra vez. Y luego otra. Y otra más. Y cuando estuve segura de que no había más mundo que el que existía entre nuestros labios, recién ahí me aparté.

—¿Por qué…?

—Esto es lo que quiero que evoques cada vez que te acerques aquí. No el miedo, no las hojas desperdigadas, no lo que sucedió ese día. Esto, Ciro. ¿Crees que podrás hacerlo?

—¿Si digo que no seguirás intentándolo? —Elevaste una ceja, procurando sonar gracioso, aunque en el fondo sabía que aquello te dolía, que ese episodio te había marcado. Te sonreí con dulzura y descansaste el rostro en mi cuello, oculto entre mis cabellos, como si te costase sostenerme la mirada—. Lo siento, Eva, nunca voy a dejar de sentirlo.

Me removí, obligándote a salir de tu escondite, y enterré mis ojos en los tuyos.

—Entonces, tendré que ser más enfática.

Busqué tu boca y, en esta ocasión, solo hubo un beso. Largo, sugerente, inacabable…, de esos que te recuerdan que estás vivo. Te apreté contra mi cuerpo cuando la sensación de caída libre y el aturdimiento que siempre me sobrevenía se tornaron desmesurados. Pude sentir tu excitación, tu deseo…

—¡Por Dios, Eva! Ahora cada vez que vea este sitio tendré una erección.

—¡Ciro! —exclamé, con la risa a punto de explotarme entre los dientes y el bochorno tiñéndome las mejillas.

—No, no necesitaré verlo. Con cerrar los ojos y revivir este momento será suficiente.

—¡Ciro!

—¿Crees que los clientes se tomarán a mal que asista empalmado a las reuniones?

—¡Oh, cállate ya!

Agaché la cabeza y tapé mi cara ardiente y roja como las llamas de un incendio desbocado, aunque no logré retener la carcajada.

—Este es el recuerdo que pienso conservar —afirmaste, ya sin rastro de humor en la voz, luego de asentar los dedos en mi mentón para apremiarme a alzar la mirada—. Tú, hermosa y sonrojada.

Sonreí con timidez, acaricié el acentuado contorno de tu rostro y partimos en busca de los regalos navideños. No iba a permitir que mis miedos te salpicaran, que mi pasado flotara sobre nosotros como un manto de niebla y ensombreciera lo que teníamos. Te hablaría de él poco a poco, a tramos, pero estaba decidida a no dejar que sus huellas fangosas te ensuciaran. Lástima que, a veces, con la voluntad no alcanza, y las maletas que arrastramos son tan pesadas que nos aplastan.

48

MUROS QUE SE SALTAN EN UNA SOLA DIRECCIÓN

A los quince años

Un sonido inusual, discreto pero distinguible, me llevó a conducir la mirada hacia el ventanal.

—Pero ¡¿qué haces?! —El terror me invadió en cuanto lo vi—. No puedes estar aquí. ¡Vete! ¡Vete ahora mismo! —ordené, presa de los nervios, procurando mantener la voz lo más baja posible.

Era la primera vez que se atrevía a poner un pie en mi habitación en los casi diez años que hacía desde que nos conocíamos. Lo empujé con desesperación. Mi padre no podía encontrarlo; quién sabe lo que sería capaz de hacer si lo hallaba en sus dominios. El temor que sentía cada vez que se desataba alguna discusión o la casa ardía en chillidos alimentados de alcohol no podía equipararse a lo que experimenté en ese momento ante la posibilidad de que fuese él quien resultase herido.

No lo supe en aquel entonces, porque el miedo que me atenazaba lo abarcaba todo, pero creo que en esa angustia voraz y desesperada que me apremiaba a sacarlo de allí, se escondía una cuota de vergüenza. Vergüenza porque descubriera cómo era en verdad mi vida. No es lo mismo escuchar gritos y objetos crujiendo al otro lado de la pared, que vivirlo de primera mano. O ver a una muchacha temblorosa y con lágrimas en los ojos una vez pasada la explosión, que comprobar el modo en que se encoge hasta hacerse un ovillo. No es lo mismo imaginar que ser testigo, y yo, bajo ningún punto de vista, deseaba que él sufriera en su propia carne mi realidad. Ansiaba mantenerlo a salvo, lo más alejado posible de ese mundo; tal vez por eso no hablaba ni respondía sus preguntas cuando buscaba indagar. Además, era una forma de resguardarme a mí misma, porque no quería que sintiese lástima y me viera más

frágil y desvalida de lo que probablemente ya lo hacía. Por lo tanto, era mejor que ese balcón se cruzara en una sola dirección, que yo probara pinceladas de su vida, pero que él continuara ajeno a la crudeza de la mía.

—Espera, Ev…

—¿Cómo se te ha podido ocurrir entrar aquí? ¿En qué estabas pensando? ¡Estás loco! ¡Vete! ¡Vete antes de que…!

—Escúchame…

—¡Tienes que irte! ¡Necesito que salgas de aquí ahora! —Estaba a un paso de romper a llorar por culpa de los nervios.

—Para, Ev, escúchame un momento. —Me sujetó las muñecas para que no pudiera seguir empujándolo y habló con rapidez—: Me voy.

—Sí, vete, por favor —farfullé, sin comprender en verdad el mensaje, y volví a impulsarlo hacia la ventana.

—No. —Apretó un poco más su agarre y frenó en seco—. No estás entendiéndome, me voy al pueblo. —Lo miré atónita. Eran casi las once de la noche de un martes y al día siguiente había que asistir al colegio. Las vacaciones de verano no empezarían hasta la semana próxima y el acto de fin de curso, en el que le entregarían el diploma por haber aprobado el quinto y último año de secundaria, se celebraba ese mismo sábado—. Mi abuelo se ha caído de la escalera y se ha fracturado la cadera, está en el hospital —explicó con prisa —. Mi madre ya ha preparado las maletas, nos marchamos en diez minutos.

La información me dejó tan contrariada que perdí de vista el peligro que entrañaba que Luca continuase bajo aquel techo. Él aflojó el amarre, aunque no soltó mis manos, las retuvo entre las suyas mientras yo intentaba encajar los datos que acababa de arrojarme.

—¿Cómo… cómo se encuentra? ¿Y tú abuela? ¿Cuánto tiempo…?

—Un mes, tal vez dos —respondió antes de que pudiera terminar de formular la pregunta.

Finalmente fueron tres. Desde aquella noche de diciembre hasta mediados de marzo permanecieron a más de trescientos kilómetros de distancia y solo regresaron para el inicio del ciclo lectivo porque

Claudia no podía darse el lujo de perder el trabajo. Aquel empleo como maestra de inglés en la escuela pública y las clases particulares que impartía por las tardes, de lunes a sábados, eran su única fuente de ingresos y, si bien no pasaban penurias, tampoco nadaban en dinero.

—Ten. —Hurgó en el bolsillo delantero de sus vaqueros y extrajo algo que colocó con presteza entre mis dedos. Cuando descubrí de qué se trataba, la ansiedad se me disparó en el pecho.

—Pero ¡¿tú estás loco?! —Presioné el teléfono contra su abdomen y me alejé como si se tratase de una brasa ardiente—. ¿De dónde has sacado eso?

—Es el antiguo móvil de mi madre.

—Sabes que no puedo tener eso aquí, ¡llévatelo ahora mismo! —espeté con el rostro desencajado. Estaba haciendo verdaderos esfuerzos por no elevar la voz, aunque si no lograba que se marchara en los próximos segundos, con toda seguridad perdería los estribos.

—Lo dejaré sobre mi cama —informó mientras daba pequeños pasos hacia atrás, producto de mis insistentes empujones— y te llamaré cada madrugada, solo tienes que ponerlo a cargar de vez en cuando.

—Genial, vete.

Apenas podía prestar atención a lo que decía, lo único que me importaba era que se fuera de una vez; la visita improvisada se estaba demorando demasiado.

—He apuntado mi número de contacto por lo que, si necesitas algo, lo que sea, sencillamente debes oprimir este botón.

Asentí por inercia y conseguí que pasara medio cuerpo al otro lado del paredón.

—Espera, Ev… —masculló de nuevo y volvió a detenerse. Cerré los ojos de pura impotencia.

—Sal de aquí, Luca, por favor —supliqué al borde de las lágrimas.

—Prométeme que estarás bien.

Puse todo mi empeño en esbozar una sonrisa que se viera sincera y le brindara tranquilidad, pese a que sonreír era lo último que me apetecía en aquella situación.

—Claro que sí. —Bañé mis palabras con toda la convicción de la que fui capaz y añadí—: Y envía saludos de mi parte a Jorge y Carolina.

Nos sostuvimos la mirada durante algunos segundos y, tras un instante de vacilación, finalmente se marchó.

—La ventana permanecerá abierta —susurró a modo de despedida y se perdió al interior de su cuarto.

Exhalé de alivio mientras escuchaba el trajín en el apartamento contiguo, pero tan pronto como los vi atravesar el patio descubierto con las maletas a cuestas y desaparecer por la puerta, me invadió una profunda sensación de desamparo.

Él cumplió su promesa, llamó cada madrugada sin falta, aunque hubo noches, semanas incluso, en que yo no pude cruzar aquel umbral que separaba su vida de la mía. No fue un verano fácil, más bien todo lo contrario. Aun así, esas conversaciones a media voz y en penumbras en las que Luca me narraba sus andanzas por el pueblo que lo había visto nacer con lujo de detalles y me ponía al tanto de las novedades sobre la salud de su abuelo, me daban una falsa sensación de cercanía, de que seguía a mi lado. Manteníamos la misma dinámica que cuando compartíamos espacio: él hablaba y hablaba porque siempre tenía anécdotas que contar o modos de rellenar los silencios, y yo, escuchaba.

El tiempo había pasado, ya no éramos dos chiquillos y, sin embargo, su voz, al igual que el día en que nos habíamos conocido, continuaba haciéndome olvidar mis problemas. Tenía un efecto anestésico en mí; era como consumir un blíster de tranquilizantes. Me amainaba, me hacía sentir acompañada y me alejaba de mis tormentos, de mi mundo, enredándome en el suyo.

Hay cosas que, por más que los años pasen, permanecen estables; no obstante, otras, irremediablemente se modifican. Así es la vida, ¿no?

Aquel fue el verano en que yo cambié.

Aquel fue el verano en que todo cambió.

49

AQUÍ ESTOY YO

Eva

Subí a la cafetería a media tarde en busca de una bebida y, mientras esperaba el vuelto frente a la caja, vi aparecer a Vera con andares apresurados.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué traes esa cara?

Guardé el billete que acababa de tenderme Selena en el bolsillo del pantalón y enarqué una ceja a la espera de que mi amiga hablara. Me contempló con tiento y luego suspiró quedamente.

—Tengo algo que decirte, pero no quiero que entres en pánico, ¿está bien?

Mi cuerpo se puso en guardia automáticamente. La espalda, los hombros, los músculos faciales… todo en tensión, todo endurecido debajo de la armadura, ya dispuesta para recibir el golpe.

—Aquí tienes, Eva —oí decir a Mauro con amabilidad, al tiempo que depositaba el té sobre el mostrador. Asentí, pero no levanté los ojos de Vera.

—Habla de una vez —la apremié al notar que vacilaba. Dio un paso en mi dirección y expulsó el aire. A continuación, entreabrió los labios, pero antes de que llegase a articular palabra, entraste en escena.

—¿Has visto esto? —Tu teléfono móvil se coló delante de mí rostro.

Presionaste la tecla de reproducción y un video un tanto oscuro se puso en marcha. Una chica cantaba sobre un escenario con los ojos cerrados. Sus facciones desprendían emoción y, a la vez, cierto placer. No pude evitar sonreír.

—Mírate —musitaste embelesado, sin quitar la vista del aparato—. Mira lo que eres capaz de hacer.

La oscuridad se desvaneció de un plumazo y en su lugar me sobrevino una claridad aterradora. Esa mujer era yo. Esa voz era la

mía. Observé a Vera con el espanto impreso en la cara, buscando una desmentida que no llegaría. «Dime que no es lo que pienso», le supliqué con la mirada, aunque ya sabía la respuesta.

Volví a la grabación que sostenías ante mí. El micrófono. Mis manos abrazándolo con cuidado. La postura inerte y el movimiento de unos labios que sacaban mi interior afuera. De repente, la voz se extinguió y la imagen quedó congelada.

—¿De dónde…?

—Está por todos lados. Twitter, TikTok, YouTube… —Tu índice marcó un punto preciso en la pantalla—. Mira el número de reproducciones. ¡Es de locos! Y este es solo uno de ellos.

—¿Hay más? —El horror me apretó la garganta.

Creo que ahí fue cuando caíste en la cuenta de que no compartía tu entusiasmo.

—Bórralo —exigí, imploré, protesté, no lo sé. Fue un ladrido desesperado que se propulsó hacia afuera desde el centro mismo de mis demonios.

—Eva…

—¡Haz que desaparezcan! —te increpé, como si tú fueras el culpable de aquel catastrófico imprevisto que estaba comenzando a tapizar mi mente de pensamientos parasitarios y, por lo tanto, te correspondiera subsanarlo—. Eres abogado, ¿no? Usa tus conocimientos, algo tiene que poder hacerse en estos casos.

Para aquel entonces, todo lo que surgía de mi boca no era más que un parloteo precipitado e irreflexivo. No podía razonar, estaba cegada, secuestrada por el influjo de unas ideas que se me desmoronaban encima como capas de nieve que, tras sucumbir a la gravedad, rodaran ladera abajo.

—Escucha… —Vera intentó llamar mi atención. Sentí sus dedos apuntalarse en mi hombro izquierdo mientras mis ojos corrían por la estancia buscando la salida como si, de un momento a otro, hubieran perdido el sentido de la orientación—. Escúchame un instante, esto no tiene por qué significar…

—¡Tú mejor que nadie sabes lo que esto significa!

Me intimidó mi propia voz y me erguí consternada al notar que unas cuantas miradas se habían girado en mi dirección. Me llevé la

mano al puente de la nariz, procurando serenarme, y aspiré un hilo de aire que exilié antes de volver a hablar, esta vez, en un tono moderado:

—Tengo que regresar al trabajo —zanjé, dejándolos boquiabiertos, al tiempo que enfilaba hacia la puerta, olvidándome por completo de la dichosa infusión.

Las manos me sudaban y sentía la nuca humedecida bajo la mata de pelo. Para mi desgracia, tú permaneciste en el lugar, probablemente porque mis ríspidas contestaciones te habían dado la pauta de que no era el mejor momento para seguir ahondando en el tema, pero las pisadas aceleradas de Vera me escoltaron hasta estacionarse a centímetros de mis tacones.

—Fue un error —reconocí, oprimiendo por tercera vez el botón del elevador que, al parecer, continuaba detenido en el quinto piso—. No debería haberlo hecho. Jamás tendría que haber subido a ese escenario. Ahora… ahora estoy expuesta…

No había pensado en las consecuencias. A decir verdad, no había pensado en nada. Mi vida era tan ajena a la de años atrás que ni siquiera se me cruzó por la cabeza que mis actos pudieran hacer peligrar lo que un día había anhelado desesperadamente: pasar inadvertida.

—Pero ¿qué dices? Tendrías que haberlo hecho mucho antes.

La miré confundida.

—Yo escapé de esa vida, Vera —expuse lo evidente.

—No —objetó, tajante—. Tú escapaste de esas circunstancias, la música se quedó contigo. Forma parte de ti, aunque te hayas propuesto encapsularla porque te recuerda demasiado a todo aquello que querías dejar atrás. Pero hay cosas que no son desechables, y expresarte a través de las letras, del único modo en que sabes hacerlo, no lo es. Tarde o temprano esto iba a suceder. ¿Y sabes lo que creo? Que estás cansada de esconderte, que ya fue suficiente, y no has encontrado mejor modo de demostrarlo que plantándote delante del puto mundo y cantando unos versos que te representan. Fue tu manera de decir: «Aquí estoy yo, no me he ido a ninguna parte, solo he parado a coger aire».

El pitido del ascensor me avisó de su llegada segundos antes de que se abrieran sus puertas. Una colección de trajes, corbatas y cabelleras engominadas abandonó el interior, llevándose el bullicio. Me adentré en la cabina sin emitir sonido, pero justo cuando estaba a punto de pulsar el número de mi planta, Vera volvió a hablar:

—Aquella vida nunca fue tuya, Eva; esta, en cambio, sí. La mujer del video eres tú, tomando tus propias decisiones. Siéntete orgullosa.

Me enfrasqué en las tareas pendientes durante el resto de la tarde, aunque debo admitir que sus palabras quedaron nadando entre los confines de mi cerebro. Mi amiga estaba en lo cierto, hay cosas que laten tan fuerte en nuestro interior que es imposible silenciarlas para siempre. Por más hondo que las entierres siguen vivas, gritan, aletean, se retuercen, negándose a perecer en esa oscuridad a la que fueron relegadas. Y en ese movimiento, que no es más que una franca resistencia, logran desembarazarse de las capas de escombros que las mantenían cautivas para volver a ver la luz.

Las melodías y las letras eran parte de mí, no podía continuar dándoles la espalda. No podía renunciar a esa muchacha que exudaba sentimientos incluso a través de una pantalla, con el semblante encendido de goce y disfrute. Era tan sencillo y complicado como eso.

Aquel video perdería muy pronto su encanto, me dije, como todo lo que brilla en las redes. En un día, tal vez dos, sería olvidado y tapado por imágenes más frescas, jugosas o novedosas.

«Aquella vida nunca fue tuya, Eva; esta, en cambio, sí».

Sonreí.

50

VERTE DE TODAS LAS FORMAS

Ciro

Cuando fui a buscarte al terminar la jornada y me recibió tu escritorio desocupado, supe exactamente en qué lugar te encontraría: detrás de una puerta olvidada al fondo del pasillo. Una puerta que un día abrí por accidente, pensando que se trataba del cuarto de baño, y donde te descubrí sentada sobre una alargada mesa de metal, con las piernas cruzadas y un cuaderno entre las manos, que cerraste en cuanto me viste aparecer.

Esta vez no fue diferente. Estabas con la cabeza hundida entre las páginas de un arcaico y amarillento Manual de Derecho.

Al principio no entendía por qué te gustaba encerrarte allí. Era un cuarto minúsculo, en cierto modo asfixiante, con un tubo fluorescente escuálido que no dejaba de parpadear y que zumbaba hasta que el pitido agudo ininterrumpido se acoplaba sin compasión a tus tímpanos. Además, no se veían las paredes debido a la apabullante cantidad de textos, compendios y obras obsoletas que dormitaban en las igualmente añosas estanterías.

Ahora sabía que, pese al ruido irritante, la penosa iluminación, la estrechez del espacio y el cariz descuidado que bañaba todo lo que yacía ahí dentro, adorabas ese cubículo por el olor a libro viejo que desprendía y por el tacto áspero de las hojas atravesadas por el tiempo.

Tan pronto como asomé el rostro por la puerta, alzaste tu mirada melancólica e hiciste a un lado el abultado ejemplar. El silencio nos arañó durante un par de segundos antes de que lo mutilaras con la voz floja y desanimada.

—Lamento mi comportamiento y que hayas tenido que verme así.

Ese fue el pie para que entrara y cerrara la puerta tras de mí. En dos zancadas fulminé la distancia, atrapé tus manos, que se apretaban nerviosas sobre el regazo, y me acuclillé para quedar

justo delante de esos diamantes castaños que contenían la lluvia dentro de sus márgenes.

—Yo quiero verte de todas las formas, Eva.

No existía verdad más rotunda ni manera más clara de decírtela. Esbozaste una sonrisa de ojos encapotados y luego agachaste la cabeza un instante, hacia ese punto en que tu cuerpo y el mío se tocaban, para volver a alzarla con decisión.

—Tuve que huir, Ciro —confesaste—. Tuve que convertirme en una sombra y salir del radar, porque no podía arriesgarme a que él…

—Lo sé.

¿Cómo no ibas a huir de esa casa, de esa vida, de ese padre?

—Ya no quiero ser invisible.

La niña que siempre lo había sido me desarmó, pero la mujer valiente que batallaba contra los fantasmas de ese pasado y elegía mostrarse, me conquistó. Ahora fui yo quien sonrió.

—Tú no podrías ser invisible ni aunque te lo propusieras.

51

OJOS QUE MIRAN DISTINTO

A los quince años

A mí la adolescencia me llegó tarde, o al menos así me lo pareció entonces. Me faltaba poco para cumplir los dieciséis cuando empecé a notar las primeras modificaciones. Claro que yo nunca sería la típica adolescente; la casa en la que vivía y la vida que me tocaba llevar no eran compatibles con las fiestas hasta altas horas de la noche, recorridos por un amplio abanico de discotecas, morreos sin una gota de pudor a plena luz del día y coqueteo con distintos tipos de sustancias y bebidas —de esto último ya tenía suficiente a diario —. Pero, a nivel físico, fue aquel verano de calores asfixiantes y porcentajes de humedad desconcertantes, ese que pasé tan sola como triste y agobiada, el que eligieron las hormonas para hacer acto de presencia. No tenía amigas con quien compartir los cambios que mi cuerpo estaba sufriendo y mucho menos un referente a quien acudir en busca de información o contención, por lo que tuve que apañármelas sola. Hasta ese momento, el único síntoma que había padecido en carne propia de esa etapa del desarrollo había sido un brote desagradable de acné que, cómo no, fue motivo de burlas entre mis compañeros —motivo que venía a sumarse a todos los que ya podían considerarse habituales—. Por lo demás, mi figura continuaba siendo similar a una tabla rigurosamente lijada: chata, sin una sola curva; infantil.

Yo siempre había sido una niña espigada, larga, aunque «de talla pequeña», lo que no es más que un modo disimulado y sutil de decir que estaba mal alimentada y por debajo del peso considerado normal. Mi peso no mejoró, pero sí aumentó —aún más— mi altura. Lo que comúnmente se conoce como «pegar el estirón», en mi caso vino acompañado de unas caderas más anchas, unos pechos que

dejaron de ser llanuras para agrandarse repentinamente y una silueta que comenzó a tomar forma.

El primer período llegó para complicarme la existencia, no solo por las explicaciones —ruegos— que tuve que dar a mi padre para conseguir el dinero necesario para la visita a la farmacia, sino por los intensos dolores abdominales, que me azotaron por varios días y me hicieron añorar a Claudia aún más de lo que ya lo hacía. La necesidad de un sujetador que se acoplara a mis nuevas medidas fue otro punto de disputa —todo gasto extraordinario lo era—, y aunque pueda resultar tonto, incluso ingenuo, durante mi expedición a la tienda me sentí tan sola que deseé tener a mi madre conmigo.

No fue fácil adaptarme a la imagen que me devolvía el espejo, porque aquellos cambios habían sucedido, a mi modo de ver, en un espacio de tiempo demasiado corto y todos a la vez. Mi piel había perdido la textura granulosa, ahora se sentía más tersa, y mis muslos, si bien continuaban siendo delgados, habían adquirido una redondez de la que antes carecían.

Él también las notó; las alteraciones de las que había sido objeto mi cuerpo no le pasaron desapercibidas, aunque intentó disimularlo. Regresó a casa un martes por la noche; las clases comenzaban al día siguiente y hacía seis días que no hablábamos por teléfono —no porque Luca no hubiera llamado, sino porque yo no había podido cruzar al otro lado—, por lo que su llegada me tomó por sorpresa.

Cuando mi padre finalmente se marchó al bar y el piso quedó en silencio, no tardé ni dos segundos en colarme por su balcón. Estaba de espaldas a mí, guardando una pila de camisetas dobladas en uno de los estantes superiores del armario. Debió de oírme llegar porque amagó a darse la vuelta, pero mi exaltación era tal que no pude esperar a que lo hiciera y prácticamente me arrojé sobre él. Lo abracé y me aferré a su torso sin importar que lo llevara descubierto, sin importar que no pudiera devolverme el abrazo por encontrarse de espaldas y sin importar tampoco que aquel arrebato de espontaneidad no casara con mi habitual actitud reservada y distante.

Era tan grande el alivio que sentía por tenerlo de nuevo a mi lado que enterré el rostro entre sus omóplatos y reprimí las ganas de

largarme a llorar. Quería pedirle que no volviera a marcharse, que no volviera a dejarme sola; pero, en su lugar, emití un suspiro extenso y me mantuve pegada a su piel.

Si le extrañó mi contacto, no lo demostró. Simplemente rio con esa risa que tanta falta me había hecho y soltó un «Parece que alguien me ha echado de menos» antes de girarse para encerrarme entre sus brazos. Solo que no llegó a hacerlo. O no de inmediato. Porque en cuanto sus pupilas dieron con las mías, frenó a mitad de camino y se quedó contemplándome como si estuviese viéndome por primera vez. Fueron apenas segundos que se perdieron en el olvido cuando finalmente me rodeó y me acercó a su pecho; pero lo sentí. Sentí cómo a sus ojos dejaba de ser la niña que había sido hasta entonces y me transformaba en una mujer, en la Eva que sería de allí en adelante.

52

TRES PALABRAS PARA TI

Eva

Diciembre pasó tan rápido que, cuando quise darme cuenta, estaba vistiendo la mesa con el festivo mantel de renos y llenando cuencos con frutos secos, turrones y trozos de pan dulce. Fernando ocupaba su sitio en la cocina frente al horno y los fogones para controlar la cocción de los platos que cenaríamos esa noche y Vera sacaba la vajilla y las copas de las alacenas mientras robaba impunemente puñados de almendras que luego yo tendría que volver a rellenar.

Pasar las Navidades juntos, solo los tres, ya era una tradición. Algo así como las cenas de los jueves, pero con la sala recargada de adornos y comida elaborada a montones. No era una celebración multitudinaria ni demasiado pomposa, pero me gustaba su simplicidad y que mantuviéramos ciertos rituales como reunirnos temprano para compartir los preparativos, confeccionar muñecos de nieve con malvaviscos, regaliz y chispas de chocolate que luego engullíamos al abrir los regalos y seleccionar las mejores fotografías de ese año para agregar al árbol navideño. Verás, de nuestro árbol no colgaban bolas doradas, copos de nieve o campanas engalanadas con lazos, no. De sus ramas pendían pura y exclusivamente imágenes, fotos de los tres que, a nuestro criterio, eran las más bonitas, divertidas o inmortalizaban instantes memorables.

Ver aquel pino colmado de retratos era lo que más disfrutaba de aquellas fechas, porque me recordaba que había algo estable en mi vida, algo que se mantenía inalterable pese al paso del tiempo.

El timbre sonó poco después de medianoche, cuando ya habíamos arrasado con los postres y Fernando acababa de descorchar la segunda botella de champaña.

—Hola —pronunciaste con timidez en cuanto abrí la puerta. No te esperaba.

—¿Qué haces aquí? ¿No habíamos quedado…?

—Sí —me interrumpiste—. Mañana. Almuerzo. —Tu boca se frunció en un mohín—. Pero no pude aguantarme. Ya sabes…, esperar no es lo mío. —Estiraste los brazos en mi dirección—. Quería darte esto.

Era un cactus. Un cactus tan pequeño que cabía en una sola de tus manos, pero en cuyo extremo superior despuntaba una gran flor color púrpura.

—Es hermoso —declaré, con la emoción atorada en el paladar, mientras lo cogía con cuidado. Era inevitable pensar en el significado que escondía ese obsequio entre sus «hojas modificadas para sobrevivir». Rememoré aquella conversación y sonreí.

—Como tú. —Alzaste mi barbilla para que te mirara—. Donde tú ves esto —señalaste las espinas—, yo veo esto. —Acariciaste con el envés de los dedos uno de los estilizados pétalos de la flor. Luego, esa seriedad que llenaba tu voz se transformó en un deseo expresado entre susurros—. Quisiera poder prestarte mis ojos.

Tragué saliva y me guardé la convicción de que ya lo hacías, de que, de algún modo, con tu llegada a mi vida, me estabas enseñando a ver el mundo, el futuro, a mí, con una nueva lente.

—¿Me enseñas a cuidarlo? —consulté con cierto pudor.

—Contaba con que me lo pidieras. —La sonrisa te colonizó la cara —. ¿Vas a invitarme a pasar? Creo que es hora de que me entregues mi regalo, aunque dudo que sea tan bueno como el mío.

—Oh, no. Deberás tener paciencia, Ferraro —repliqué jocosa al tiempo que me hacía a un lado y sostenía la puerta entreabierta—, porque ya sabes…, esperar sí es lo mío.

Me dedicaste una mirada juguetona y te adentraste en mi morada.

—Ciro, ¡qué extraño verte por aquí! —saludó mi amiga plagada de ironía—. ¿Trabajando en Nochebuena? ¿Necesitas que Eva te redacte un contrato con suma urgencia? ¿O tienes por costumbre visitar de madrugada a todos tus *compañeros de oficina*? —recalcó con énfasis la categoría de «compañeros».

—Vera… —la regañó Fernando, aunque tuvo que llevarse la bebida espumosa a la boca para disimular la sonrisa.

—Solo ha venido a traer algo —tercié.

—¿Un cactus? —El semblante de la morocha se arrugó entre divertido y contrariado—. ¡Tú sí que sabes cómo conquistar a una chica!

—Déjalo en paz —intervine, negando y sonriendo a la vez, mientras cruzaba el salón contigo pisándome los talones.

Coloqué la planta en el centro de la mesa de la cocina y abandonaste la mochila gris que traías colgada a la espalda sobre una de las sillas. Los minutos siguientes atendí a tus explicaciones sobre riego, temperatura, luz y demás datos relevantes.

—Es solo la primera clase, señorita Martínez, no se crea que hemos terminado. —Te erguiste en toda tu altura y te aproximaste con estudiada lentitud. El negro de tus pupilas avasalló el verde y a mí se me perdió un latido—. Pero es que… —Un paso más— este condenado vestido no me permite concentrarme.

Me acorralaste contra la encimera y rozaste, en una caricia etérea, la orilla superior de la prenda. La piel de mi pecho ardió de deseo.

—Ciro… —Suspiré con la respiración entrecortada, sin tener muy en claro si aquello era una advertencia para que te detuvieras o una súplica para que continuaras.

Sentí tu aliento húmedo caldear mi cuello y, un segundo después, tus labios trazando un reguero de besos que bajaban apasionados por mi clavícula.

—Ciro… —Lloriqueé con la consciencia nublada y con el característico temblor, que me sacudía cada vez que te tenía así de cerca, empezando a hacer de las suyas.

—¡Oh, lo siento! —Me aparté al instante y noté mi rostro entrar en combustión—. ¿Interrumpo? —Vera se llevó la mano a la boca con fingida inocencia y seguidamente atrapó el paquete de nueces —. Es que se han acabado —expuso risueña y volcó el contenido en un recipiente de cerámica. Cuando estaba a punto de regresar a la sala, apuntilló—: ¿Piensan quedarse aquí? Porque hay lugares más cómodos para fo…

—Ya vamos —la frené antes de que terminara la frase.

Salió por la puerta lo más campante y yo me cubrí la cara, abochornada. Tú negaste, despreocupado, y retiraste mis palmas para admirar el sofoco que me asaltaba los pómulos.

—El rojo es definitivamente tu color —proclamaste—. Combinas con la Navidad.

¡Dios!, qué facilidad tenías para derretirme, sonrojarme y atiborrarme a sonrisas. Contigo naufragaba toda una paleta de sensaciones en un mísero segundo.

—¿Le han gustado los regalos a Santi? —Cambié adrede el rumbo de la conversación mientras te instaba a coger, con un cabeceo, otra copa de la alacena.

Precisaba disminuir la intensidad, la temperatura… En especial, la temperatura que aún pulsaba en determinados puntos de mi cuerpo. Te di la espalda y me planché el vestido con las manos como si esa acción fuera a removerme la fiebre de encima. Luego comencé a colocar bombones, galletas y bastones de caramelo en un plato con la simple intención de mantenerme ocupada.

—No ha querido abrirlos. Ha dicho que prefería esperar hasta mañana para hacerlo contigo.

Suspendí mi frenética actividad y te miré. Si un minuto atrás estaba acalorada, ahora tenía una pelota de emoción presionándome los bronquios y empujando hacia arriba para salirme por los ojos.

—¿Eso ha dicho? —La voz inestable me dejó en evidencia.

—Eso ha dicho. —Tu semblante se tiñó de ternura y acercaste tu boca a mi oreja para entregarme una confidencia—. Entre tú y yo, creo que está ansioso porque hay un paquete con tu nombre bajo el árbol y quiere descubrir si es lo que ha pedido a Santa Claus para ti.

—¿Ha pedido algo para mí?

La pelota aumentó de tamaño. Volviste a asentir.

—¿Tú sabes lo que es para un niño reprimir las ganas de rasgar los envoltorios para ver lo que contienen dentro? No podrá dormir en toda la noche.

—No hubo manera de convencerlo, Eva. Y, créeme, lo hemos intentado.

Regresamos a la sala con la copa, la fuente rebosante de empalagosas exquisiteces y la conmoción haciendo mella en mi

panza. Estaba revuelta, y ansiosa, y dispersa. Yo no tenía muchas personas en mi vida y entablar vínculos con otros no se me daba nada bien, pero Sandra, Santi y tú se estaban metiendo debajo de mi piel con una rapidez inigualable.

—Y ahora que se han dignado a salir de su guarida —vocalizó Vera con tono provocador—, tengo algo para ti.

—¿Para mí? —Me sorprendí—. ¡Si ya nos hemos dado los regalos!

—No es un regalo.

—Y entonces, ¿qué es?

Mis amigos se dedicaron una mirada sospechosa y luego volvieron la vista hacia mí, sonrientes. Él se rastrilló con los dedos los mechones ensortijados para despejarse la cara mientras ella deslizaba sobre el mantel, como si se hallara en una partida de póker, un papel.

—Tendría que habértelo dado antes —se excusó—, pero…, bueno, han sido unos días intensos y me pareció conveniente esperar a que se calmaran un poco las aguas.

No, no era un papel. Era una tarjeta.

—¿Qué es esto? —cuestioné, leyendo los pocos datos que contenía.

Una tipografía elegante y esbelta. Unas letras doradas sobre un fondo negro. Un nombre, un apellido y un número de teléfono.

Contemplé a Vera esperando una explicación.

—¿Cómo qué es? —habló atropelladamente—. ¡Darío Mendoza! —deletreó envuelta en una especie de delirio acalorado.

—Reconozco el nombre, pero…

—Pero ¿qué? Es simple. Te ha visto cantar, ha quedado enloquecido contigo y quiere hacerte una propuesta. Tienes que llamarlo —decretó con contundencia y una pizca de ilusión.

—¡Claro que sí! —secundó Fernando al tiempo que mordía el extremo de un bastón de menta. Durante los segundos siguientes, lo único que se oyó fueron los estallidos del dulce entre sus dientes a medida que lo reducía a pedazos cada vez más pequeños—. Ya te imagino, Eva, con un vestido de gala, radiante, sobre un escenario…

Dejé de escuchar. El cuerpo me palpitaba entero. No podía pensar en eso y mucho menos después de los acontecimientos de la

semana anterior. Acababa de cantar luego de ¿cuánto? ¿Seis? ¿Siete años sin hacerlo? ¿Y ya pretendían que me pusiera en contacto con un prestigioso productor? No sabía lo que ese hombre quería de mí, pero tampoco estaba segura de querer averiguarlo.

—Bueno, ya tendrá tiempo para evaluarlo…

Fue tu voz calma la que se alzó ahora, cortando la oratoria de Fernando y desviando con maestría el tema. Debiste notar el cambio en mi expresión porque te pusiste de pie y me quitaste con suavidad la tarjeta de las manos antes de encaminarte hacia la cocina. Las puntas de los dedos me quedaron vacías. Con total naturalidad, fijaste el sobrio rectángulo a la puerta del refrigerador con un imán para luego darte la vuelta y abrir el cierre de tu mochila. Exploraste en su interior hasta dar con lo que buscabas y, seguidamente, emprendiste el camino de vuelta.

—… pero hoy es 25 de diciembre —proseguiste y lanzaste por los aires una bolsa blanca que aterrizó sobre la mesa, justo entre el bol de frutos secos y las *cookies* de canela—, los dulces que ha preparado mi abuela no van a comerse solos y a mí nadie me ha rellenado la copa todavía. ¿Qué clase de anfitriones son ustedes?

Mis dos amigos prácticamente saltaron encima de las golosinas de almendra y miel como lo haría una manada de leones sobre un pobre antílope; cualquier cosa comestible elaborada por las mágicas manos de Sandra vale su peso en oro, pero esos dulces en particular tenían una reputación altísima.

Deseé enroscarme a tu cuello y besarte, por comprenderme, por apartar la atención de mí, por no presionarme. Sabías que ese trozo de cartón, que concienzudamente habías dejado a la vista, iba a robarme infinidad de pensamientos…, que me negaría el sueño más de una noche. Pero sabías también que levantar el teléfono y oír una propuesta que podría cambiar mi vida no era algo que me tomaría a la ligera. Necesitaba tiempo. Espacio. Meditarlo con tranquilidad.

Mi mirada, aguada y agradecida, que se esmeraba por retener dentro la emoción, encontró la tuya, que dejó caer un guiño cómplice adosado a una sonrisa. Trenzaste nuestros dedos por debajo del mantel y oprimiste mi muslo en un gesto cariñoso. Luego el aire se llenó de gemidos extasiados con sabor a azúcar y los

halagos sobre las habilidades gastronómicas de tu abuela dieron paso a una conversación sobre pastelería alemana que terminó con el fotógrafo hablando hasta por los codos.

Yo me mantuve al margen, continuaba con una extraña sensación de inquietud prendida a la barriga que no lograba erradicar. Era el cactus y el mensaje que me entregabas a través de él. Era el modo en que me veías, me leías y derrumbabas las corazas puntiagudas con que solía vestirme para permanecer aislada. Era la forma en que me demostrabas que contigo no las necesitaba, que podía quitármelas de encima y, aun así, desarmada, desnuda, estaría a salvo. Era el comentario de tu hermano, su espera, su manera de integrarme. Era tu familia entera haciéndome espacio. Era lo que nacía en mí cuando me respirabas, cuando tu piel me reclamaba y tu lengua me embestía, pero también cuando me tomabas de la mano sin más propósito que tenerme cerca. Era aquella oportunidad que habías clavado con inteligencia en mi nevera para que no pudiese eludirla, para que mis ojos tropezaran con ella a cada rato y cada día, para que no la pasara por alto. Era la rareza de ser cuatro en una mesa navideña donde comúnmente éramos tres.

Eras tú, despertándome. Era yo, sintiendo.

¿Creías que no podía emocionarme más esa madrugada? Pues, sí. Todavía quedaba otra escena reservada y su consecuente eco en mi vientre.

De repente, el ruido seco de un manotazo me restituyó a la realidad. Pegué un brinco, sobresaltada.

—¡Auch! —Te quejaste y sacudiste el brazo en el aire.

—¡¿Qué haces?! —clamó Vera, algo achispada por las burbujas ingeridas, con la palma en guardia.

—¿Qué hago yo?, ¿qué haces tú? ¿Por qué me has golpeado? —interrogaste, aferrándote la muñeca con aire teatral.

—¡Si ha sido apenas una caricia! —se defendió ella, encumbrando los hombros.

—Yo solo quería probar uno de esos monigotes.

—¡Monigot…! —Abrió mucho los ojos y torció el morro, injuriada —. Para tu información, son muñecos de nieve.

—Si tú lo dices…

Cuando se enzarzaban en esas batallas pueriles me entraban ganas de ahorcarlos y reír en la misma medida. Parecían críos de preescolar disputándose un juguete.

—Tienes que hacerlo tú mismo —comunicó.

Esas cejas oscuras y espesas que encuadran tu mirada verde volaron hacia arriba.

—¿Tengo que hacer mi propio monigote?

—Muñeco de nieve —corrigió y comenzó a asentir—. Si quieres comerlo, entonces sí. Es una tradición.

—Es una broma, ¿verdad? —Rotaste el cuello hacia Fer, que te obsequió una mueca afligida, y luego frenaste tus pupilas en mí.

—Lo siento, así son las reglas.

Guardaste silencio un momento.

—Pero ¡si hay un montón! —protestaste.

—¡Ay! Déjalo ya, Ciro —zanjó Vera, ofuscada—. Come otra cosa.

Era una tontería, sí, pero nos miraste con detenimiento y comprendiste que esa tontería tenía sentido para nosotros.

—Trae eso aquí.

Y lo hiciste. Fabricaste tu propio dulce navideño, un poco inclinado hacia el lado derecho y con un brazo desproporcionadamente largo con relación al otro; pero lo hiciste.

—¿Podemos comer ya?

Ahora el manotazo te lo propinó Fernando.

—¡Cuánta impaciencia, hombre! Que todavía falta algo.

Un minuto después, su cámara instantánea enfocaba cuatro figuras construidas a base de regaliz, chocolate y malvaviscos y disparaba un clic.

Diez minutos después, esa fotografía colgaba del árbol y en mi estómago tenía lugar un sismo que removía cada una de mis capas.

No fui capaz de emitir sonido el resto de la noche o, mejor dicho, el resto del tiempo que ellos tardaron en marcharse y dejarnos a solas. Solo tenía tres palabras por decir y eran tuyas. De nadie más. Me quemaban bajo la lengua, me pedían a empujones que las dejara salir.

Cuando al fin se largaron, te descubrí admirando los retratos que adornaban las ramas de aquel arbusto, sonriéndole a la Eva actual,

pero también a otras versiones de mí, más jóvenes, distintas, capturadas en el papel. Me pregunté si le sonreirías de ese modo a las que aún te quedaban por conocer.

Atraje tu rostro hacia mí y te besé. El alivio fue inmediato. Tu sonrisa y mi ansiedad se evaporaron en el instante en que nuestros labios entraron en contacto para dar paso a otras sensaciones. Esas que únicamente afloraban contigo y explotaban como pompas de lava por cada parcela del cuerpo, sin dejar órganos intactos. Busqué tu mano, siempre afianzada con firmeza a mi espalda, y te conduje a la habitación. Cerré la puerta detrás de mí.

—Quítame la ropa, Ciro —expulsé, y volví a respirar con normalidad. Listo, estaban fuera.

—¿Estás segura?

—Ya me has visto desnuda.

Aquella afirmación no era del todo cierta. No entonces. Todavía quedaban velos por descorrer, los que cubrían mis verdades más negras, complejas e impronunciables. Esas que quemaban si salían a la superficie y, por lo tanto, era mejor mantener en reposo. Quietas. Aisladas. Hundidas en profundidades inaccesibles.

Con el tiempo acabaría por contártelo. Abriría mi pecho a la mitad para que vieses cada una de mis cicatrices, rajaduras y agujeros. Pero ahora… ahora solo quería sentirte.

53

SI NO ES CON ÉL, NO SERÁ CON NADIE

A los diecisiete años

Luego de aquellas vacaciones que pasamos distanciados, nuestro vínculo permaneció igual y, a la vez…, a la vez, no. A ver si logro explicarme. Luca siguió saliendo de fiesta, acostándose con chicas e incluso se echó algunas novias, que no le duraron más que unos pocos meses, aunque nunca las presentó a su madre y cada madrugada regresaba para dormir junto a mí. Yo, por mi parte, continué filtrándome por su ventana, cobijándome bajo sus sábanas y preguntándole por todo aquello que me despertaba intriga, porque él era mi fuente más confiable. Mi única fuente, en verdad. Seguía siendo mi modo de dispersar la mente y de zambullirme de cabeza en una realidad que nada tenía que ver con la mía.

—¿Qué se siente? —Habíamos mantenido cientos de conversaciones de este estilo.

—¿Qué? ¿Follar? ¿Tener un orgasmo? ¿Joder hasta que el cuerpo diga basta?

—¡Luca! —yo lo reprendía, muerta de vergüenza, aunque no podía contener la sonrisa, y él se carcajeaba porque mi pudor siempre le hacía gracia—. ¡No tienes que ser tan bruto!

—No soy bruto, soy sincero —replicaba cada vez, para luego adentrarse en laberínticas explicaciones y ejemplos prácticos que aludían a «calambres abdominales», «calores agudos» y «palpitaciones en la entrepierna», entre otras cosas.

Mi vecino podía parlotear sobre sexo o relatar anécdotas embarazosas con la misma liviandad con la que opinaba sobre el cambio climático, las asignaturas escolares o la música. Todo ese recato que a mí me venía de fábrica y me dificultaba pronunciar ciertas palabras o hablar de determinados temas porque automáticamente me ponía de color bermellón, a él parecía faltarle.

Era deslenguado, descarado y se tomaba muy en serio el rol de catedrático que sacaba a relucir cuando a mí me picaba la curiosidad.

Luca era la experiencia, el mundo al que yo no tenía acceso porque mi vida iba por otro carril; sin embargo, algo me faltaba en aquellas descripciones de los vínculos con el sexo opuesto y las relaciones íntimas. Un elemento que no hallaba y que dejaba el interrogante abierto.

—¿Y el amor? ¿Cómo es estar enamorado?

En la casa en la que yo vivía no había nada parecido a eso, en ninguna de sus variantes, y pese a que en el apartamento limítrofe veía constantes demostraciones de afecto entre madre e hijo, tampoco había rastro de amor romántico. No le había conocido en todos esos años, que no eran pocos, una pareja a Claudia, y jamás la había oído hablar del padre de Luca.

Acababa de cumplir los dieciséis cuando se me ocurrió soltarle esa pregunta a mi vecino al verlo regresar con los labios hinchados y un pañuelo anudado al cuello que, por el perfume que emanaba y los tonos llamativos de la tela, claramente pertenecía a Marina, la chica con la que llevaba saliendo un par de semanas.

Esa noche su sonrisa chulesca se había diluido y la atmósfera de la habitación había cambiado por completo.

—No lo sé, Ev, con eso no puedo ayudarte. Nunca lo he estado.

No volvimos a hablar de amor, aunque no dejó de revolotearme la duda acerca de cómo se sentiría. De hecho, los cuestionamientos jamás se saldaban del todo porque por más relatos que él me regalase, para mí seguían siendo pura teoría; pero, una vez más, ante la falta de experiencias propias me conformaba con las suyas.

En esencia, nuestra manera de relacionarnos después de aquel verano no distaba demasiado de los años previos, pero había variantes, pequeñas y esporádicas, que no me pasaban por alto. En ocasiones, lo pillaba mirándome con una intensidad que nunca me había dedicado, o bien me rozaba sin previo aviso para luego justificarse. Como cuando acomodaba el cuello desbocado de esas camisetas anchas y raídas por el uso que yo vestía y se escudaba en que tenía el hombro al aire. Es verdad que de tan estiradas que

estaban solían resbalar hacia uno de los lados, pero es verdad también que eso había sido así desde tiempos inmemoriales y mis trozos de piel desnuda no le habían despertado hasta entonces mayor interés. Tampoco se había afanado en cubrirlos con tanto empeño ni acostado casi al borde de la cama, con riesgo de caer al suelo, como si esas distancias que yo imponía ahora fuesen una necesidad categórica para él.

Cuando escribía sobre su cuerpo de madrugada porque me desvelaba con nuevas letras o con unas líneas sueltas que precisaba apuntar de inmediato para que no se esfumaran en la bruma nocturna, su vientre se contraía y la respiración se le aligeraba como si fuesen mis manos las que estuviesen patinando sobre su tronco descubierto y no la punta de un rotulador. Entonces llegaba la mirada enfática, una tos incómoda y la excusa del sueño para escurrirse bajo las mantas y darme la espalda. Esa huida también era nueva; a lo largo de los años había actuado de lienzo viviente en incontables oportunidades y jamás había experimentado una mínima cosquilla. Algunas veces, incluso, había llegado a quedarse profundamente dormido mientras yo seguía deslizando trazos y, más tarde, al despabilarse, se contemplaba como si no entendiera de dónde habían salido aquellos bosquejos espiralados de color negro. Luca empezó a oscilar entre las caricias furtivas, que ocultaba detrás de una ristra de pretextos, y la lejanía física que, en ocasiones, de tan súbita resultaba chocante.

Al principio, solo lo noté en él. Esas alteraciones que mi cercanía le provocaba. Pero luego… luego reparé en que a mí ya no me era imprescindible la señal anticipatoria o el gesto de advertencia cuando, por algún motivo, pensaba tocarme; que era yo quien por momentos lo rozaba sin que me apremiara la necesidad de apartarme de inmediato y que esos ojos negros, cuando se paraban con fijeza en los míos, me producían… cosas.

Luca tenía diecinueve años, ya no era un adolescente en plena metamorfosis. Los cambios en la estatura, el largo de las extremidades, el desarrollo muscular y la gravedad del timbre de voz habían acontecido mucho tiempo atrás, y si bien los había percibido porque no era ciega ni sorda, no me habían generado ningún tipo de

impacto; sin embargo, ahora su voz se me antojaba más ronca o rasposa cuando me hablaba entre susurros para no despertar a Claudia, y sus rasgos me parecían más definidos, menos aniñados, como si hubieran ganado madurez bajo el foco lánguido del velador.

Por momentos seguíamos siendo esos niños que compartían auriculares y melodías a mitad de la noche o pasaban el tiempo entre silencios y comentarios banales, pero había instantes, cada vez más frecuentes, cada vez más notorios, en que se volvía extremadamente obvio que habíamos crecido y algo distinto, intangible, flameaba entre nosotros. Y no sé si atribuírselo a la edad, a unas hormonas que actuaban con independencia de mi voluntad, pero lo cierto es que comencé a sentir que el contacto ya no me resultaba tan dificultoso, que los espacios se acortaban y las fronteras nítidas se desteñían.

De pronto, él regresaba más temprano a casa y había fines de semana en que ni siquiera salía alegando falta de ganas o «cosas que hacer», aunque ambos sabíamos el verdadero motivo. Cuando me quedaba dormida sobre la alfombra mientras estudiaba, en lugar de despertarme con un «Ev, vamos a la cama» murmurado a la distancia, como solía hacer desde que éramos unos críos, me alzaba en brazos y me recostaba sobre el colchón. Yo fingía que continuaba entre sueños y él simulaba que aquello no era más que un acto altruista para evitar que mis huesos y músculos se resintieran.

La primera noche que me abrazó por debajo de las sábanas me tensé de tal manera que olvidé cómo respirar. «Todo está bien, Ev. Solo soy yo», dijo, intentando vestir de normalidad una situación que, en realidad, era nueva para ambos. Llevábamos más de diez años durmiendo en la misma cama, pero nunca habíamos dormido juntos. Para algunos podrá ser una diferencia irrisoria, para otros podrá no existir diferencia; no obstante, para mí, significó un cambio abismal.

Ese «Soy yo» que hablaba de una historia compartida, de dos jóvenes que habían crecido a la par y que se conocían más allá de la piel, me relajó lo suficiente como para volver a tragar aire. Aun así, no pegué un ojo en toda la noche y me tomó tiempo adaptarme a una intimidad que, conforme los días pasaban, se hacía más y más

grande. Luego llegaron los besos, las piernas enroscadas sobre un colchón cuyas líneas divisorias ya se habían borrado del todo, y unas pulsiones que exigían saciarse y que semana a semana se hacía más arduo controlar.

Siempre me había gustado estar con Luca y supongo que querer estar de esa manera también fue algo natural. Él no tenía una belleza obvia, pero algo te hacía notarlo en una habitación llena de gente; lo sabía aun sin haber salido nunca de la suya, aunque más tarde lo comprobaría. Era algo que te hacía querer acercarte a él y permanecer a su lado.

Luca era magnético, revoltoso, arrollador, como si la energía le rebalsara el cuerpo. Estaba constantemente rodeado de amigos, de chicas. Tenía esa aura de rebelde sin causa, de que todo se la sudaba, como si estuviese más allá de las preocupaciones terrenales que azotaban al noventa y nueve por ciento de los humanos, que lo volvía tremendamente atrayente. Era como si el mundo fuese un lugar de posibilidades infinitas y todas estuvieran a su alcance. Y para mí, una chica atrapada en una vida sin opciones, ese aire ilimitado resultaba irresistible.

La madrugada de invierno en que finalmente su mano franqueó los límites y se aventuró entre la camiseta y mi vientre, el oxígeno volvió a faltarme.

—Quiero saber qué se siente —pronunció mirándome a los ojos.

Entendí que no hablaba de sexo sino de amor, de enamorarnos, de aquella pregunta que tiempo atrás no había sabido responderme. Estaba diciéndome que ese cariño que ya nos teníamos podía mutar hacia otra cosa, cambiar como lo habían hecho nuestros cuerpos, crecer como lo estábamos haciendo nosotros. Pensé entonces que, si no era con él, no sería con nadie, porque no lograría forjar con otra persona una confianza semejante. Si la confianza con Luca, luego de una década de conocernos, tenía límites y había espacios a los que no le permitía entrar, ¿cómo iba a abrirme por completo ante alguien más? Pensé asimismo que, aunque ya se hubiera acostado con una decena de mujeres, aquella también sería una primera vez para él, porque sería conmigo y el lazo que nos unía lo hacía diferente.

Solté con lentitud su muñeca, que había aferrado segundos atrás en un acto reflejo para evitar que continuara avanzando, y asentí. Su boca se cernió sobre la mía y sus dedos reanudaron el viaje, explorando territorios desconocidos.

«Si no es con él, no será con nadie», me repetí antes de cerrar los ojos y dejarme llevar.

54

LAS MEJORES NAVIDADES DE MI VIDA

Ciro

Me temblaban las manos. Los botones delanteros de tu vestido se me resistían porque te deseaba tanto, Eva, que no lograba pasarlos por el ojal. Parecía un maldito primerizo. La seguridad que afirmas que llevo impresa se había extinguido al compás del «quítame la ropa».

Tenías la respiración agitada, pero, a diferencia de mí, estabas abrumadoramente calma. Tus puños se enredaron en el final de mi camiseta y tiraste hacia arriba con decisión, sin apartar tu mirada oscurecida de la mía. Luego te acercaste con ese sosiego que siempre impregnaba tus movimientos y me besaste el corazón. Posaste los labios en esa porción de piel y allí te quedaste, acariciándome los latidos con el calor de tu aliento.

Esta vez no había música ni un cielo estrellado sobre nuestras cabezas, pero se sintió como aquella primera noche. La misma intimidad apabullante. Inmensa. Tenía la impresión de que todo lo que vivía contigo era de una cualidad diferente, más vibrante, o colorido, o intenso, aunque se tratara de actos mil veces ejecutados antes.

Tu boca viajó por mi pecho trazando su propia ruta, clavando banderas imaginarias capaces de traspasar mis superficies, construyendo un camino de besos etéreos que, sin embargo, quemaban. Buscaste mis manos e hiciste lo mismo con mis dedos. Los besaste con una dedicación que me fascinaba y enloquecía a la vez.

Mientras tanto, yo seguía paralizado. Me ardía la sangre, me recorría una acuciante necesidad de conocer al fin el sabor de tu cuerpo, de aprenderte con el tacto y también con mis otros sentidos, de caer sobre el colchón y desgastarnos a roces; pero no sé si lo que me mantenía estático eran los nervios, la ansiedad de estar

habitando el momento que en tantas oportunidades había ilustrado en mi imaginación, o esa serenidad tuya que chocaba con mi anárquico bullicio interno.

Cubriste mis manos y las guiaste hacia tu escote para reemprender la tarea. Fuimos soltando uno a uno los botones, destapando juntos sectores de ti, hasta que la tela se escurrió grácil por tus curvas y aterrizó a nuestros pies.

Los pulmones se me cerraron.

Habías dejado las luces de noche encendidas y tu figura, sinuosa y perfecta, destacaba envuelta únicamente en un delicioso encaje negro. Mis ojos emprendieron vuelo y se deslizaron por tu piel, llenándose de ti, sumando ganas. ¿Qué mierda estabas haciendo conmigo, Eva? Me palpitaban las putas venas. Y no solo era mi sexo, que empujaba impaciente detrás de los vaqueros, era… tu entrega, tus palmas dirigiendo mis movimientos, las ansias de que te descubriera. Me sentía borracho. Aturdido.

—Eres preciosa —jadeé excitado, y esta vez fui yo quien se acercó un paso para besarte.

Te atrapé por la nuca y hundí mi lengua en tu boca. No despegamos los labios hasta que mi mano descendió despacio y se escurrió por debajo de la copa de tu sostén. El gemido que soltaste cuando alcancé tu pezón erguido me reverberó en la entrepierna. Tenías los ojos cerrados y la cabeza caída hacia atrás; eras una maldita locura.

Alejé un palmo mi rostro porque no grabarme esa expresión hubiera sido un pecado y continué vagando por tus costas, arrancándote suspiros. Mis dedos resbalaron por tu abdomen, pero al llegar al ombligo te sentí tiritar. Abriste los ojos de golpe. Yo frené con igual rapidez.

Tu mirada se comió la mía y en mi interior supliqué que no te estuvieses arrepintiendo… que no tuvieses dudas. «Dime que no es eso», pensé. «Dime que la razón es otra».

—Estás temblando —balbuceé—, ¿tienes frío?

—Tengo ganas.

—Joder, Eva. —Reí de puro alivio—. Vas a acabar con mi cordura.

Aferré tus muslos y te levanté a pulso. En menos de tres segundos tenía tus piernas enroscadas a mi cadera, tus labios sobre los míos y nos desplomábamos sobre la cama con el deseo tomando las riendas.

***

—Ciro…

Tu voz dulce, perdida en el arco de mi cuello, me calentó la piel. Era una excelente forma de comenzar el día, ¿verdad? Contigo arremolinada entre mis brazos, bien pegadita a mi desnudez. Solo que no quería hacerlo; no todavía. Se estaba de puta madre en esa cama, en esa postura y con el jodido aire oliendo a sexo del bueno amarrándose a las paredes de mi nariz. «No, Eva, vuelve a acurrucarte en mi hombro y duerme un rato más. Unos minutos más, por favor», supliqué sin emitir palabra.

—Ciro, despierta —insististe y bufé cuando sentí que te incorporabas.

Una risa suave, modesta y algo adormilada, pero absolutamente genuina, se me incrustó en los tímpanos y pensé «joder con la rubia y sus despertares».

—¿Así de gruñón te levantas todos los días?

Abrí los ojos y una oscuridad plena me invadió. Manoteé la mesa de noche en busca del móvil y enarqué el ceño al descubrir que eran apenas las cinco menos veinte de la madrugada.

¿Cuánto habíamos dormido? ¿Media hora? Una como máximo.

—Eva, hasta el sol está roncando a esta hora. —Solté el aparato entre quejas y me giré con la firme convicción de atraerte hacia mí para volver a hundirnos en los brazos de Morfeo—. Ven aqu…

El sonido se me atoró en la tráquea. La luz débil que desprendía la pantalla del teléfono iluminaba tu silueta, la mano que aferraba la sábana a la altura de los senos con intención de cubrir tu intimidad, el cabello alocado y salvaje y los ojos levemente achinados por el cansancio.

—Joder contigo y con tu jodido despertar.

Esta vez lo formulé en alto, aunque la acústica salió un tanto fallida por la impresión. Parecía que tenía un gallo atravesado en la garganta, ¿recuerdas? Te causó gracia ese altibajo en mi voz y reíste de nuevo.

¿Cómo no iba a hacerlo, Eva? ¿Cómo no iba a enamorarme de ti?

Dijiste algo así como:

—Utilizas demasiado esa palabra, ¿no crees?

—Es que, joder, eres hermosa —respondí, enfático y sincero, y tu cuerpo se convulsionó por tercera vez.

Con el movimiento, la melena despeinada cayó como una cortina sobre tu rostro y las puntas me rozaron el ombligo, provocándome una contracción violenta. Nada de hormigueo sutil o cosquillitas cariñosas. Un puto fustazo me atravesó el vientre.

Tuve que besarte y lo hice. Me incorporé, tomé tu nuca y saboreé tus labios durante una pizca de segundos en los que la tela que sostenías resbaló por tu piel y la suavidad de tus pezones se adaptó a las formas de mi pecho. Luego te separaste y anclaste las cinco yemas de tu mano izquierda en mi abdomen a modo de dique de contención.

—Vamos, vístete. —Las cejas se me arrugaron.

—No lo dices en serio.

—Vístete —repetiste con sobriedad. Tardé un instante en poder hablar.

—¿Me estás echando en plena madrugada?

Me habría acojonado si no hubieras soltado una carcajada y, casi a la par, acunado mi cara con dulzura.

—Hay un niño ahí fuera ansioso por abrir sus regalos, no lo hagamos esperar más.

Sonreíste, abandonaste el colchón y sacaste entusiasmada del armario una bolsa llena de paquetes. Yo, observándote, pensé: «Hay una niña igual de ansiosa en esta habitación».

¿Cómo no iba a hacerlo, Eva? ¿Cómo no iba a enamorarme hasta la médula si en el nosotros los incluiste a ellos, si siempre pusiste a Santi por delante, si me aceptaste con todo lo que traía y me entregaste todo lo que eras?

Fueron las mejores Navidades de mi vida. El crío pasado de energía que no había podido pegar un ojo por la impaciencia y saltó de la cama en cuanto te vio asomarte por la puerta; la abuela en pijama y muletas adornadas con guirnaldas navideñas; tú, casi igual de ilusionada que el pequeño, y yo, que no podía dejar de mirar de reojo las cuatro grullas alineadas sobre el aparador, preguntándome si serían un presagio de lo que vendría.

Abrimos los regalos antes de que dieran las seis de la mañana. Mi hermano se alegró con su guitarra nueva, pero el gesto de auténtica felicidad le brotó cuando vio que efectivamente el obsequio que llevaba tu nombre contenía las zapatillas que él mismo había escogido para ti. Habíamos tenido que rehacer la carta destinada a Papá Noel para incluir aquel pedido de último momento. Eran las deportivas más rosadas y brillantes que había visto en mis treinta y tres años de vida; estaba seguro de que si las contemplabas de frente durante más de una fracción de segundos te dañarían las córneas de manera irreversible. Pero él se había quedado embrujado delante del escaparate y me había dicho que eran perfectas para ti porque con ellas estarías, cito textual, «cómoda pero coqueta». No tuve nada que objetar a ese argumento, por lo que nos encaminamos a la librería más cercana, compramos papel, lápiz y un nuevo sobre, y nos apostamos en un banco de plaza a reescribir la carta que una hora y cuarenta minutos después, el chiquillo entregaba en mano a Santa Claus en la juguetería de Galerías Pacífico.

Te deshiciste de los zapatos de tacón en un santiamén y vestiste tus pies de centelleante y cegador *glitter*. No te importó que el calzado no combinase con el vestido color cereza que lucías ese día ni que tu rostro atravesado por la emoción quedase a la vista de todos los presentes. Solo lloraste y sonreíste al mismo tiempo, esbozaste un «son hermosas» algo ahogado pero genuino y te marchaste a la cocina.

Desayunamos junto al árbol, con la luz del sol jugando a crear destellos iridiscentes al acariciar tus zapatillas y los dedos de Santi arañando las cuerdas del recién estrenado instrumento musical, rodeados de envoltorios rasgados.

Sí, definitivamente fueron las mejores Navidades de mi vida.

55

ESCRIBIENDO UN NOSOTROS

Ciro

Te besé por primera vez delante de mi familia y todos nuestros amigos en plena cena de fin de año. Mi abuela se había encargado personalmente de levantar el teléfono para extender las invitaciones y no había aceptado un no por respuesta. Había pasado el día entero cocinando sus platos más especiales y preparado la mesa en el jardín con esmero para que luciera impecable. Tú habías llegado armada con dos bandejas de galletas de canela y pasas, que aun dentro del envoltorio desprendían su inconfundible aroma, y el religioso sobre para Santi, que no dudó en arrebatarte de las manos incluso antes de que cruzaras el umbral de la puerta. Álvaro se había encargado del vino, Fer de los postres, yo de la limpieza del hogar y las compras de último momento, y Vera había aparecido con una bolsa extragrande de chucherías para mi hermano que le destruirían el estómago, pero lo harían inmensamente feliz.

Faltaban unos minutos para que el reloj marcara las doce cuando el cielo se llenó de fuegos artificiales. Alzaste el rostro y sonreíste relajada, despreocupada, como llevabas haciéndolo toda la noche. Luego paseaste la mirada satisfecha por cada uno de los integrantes de la mesa, que también contemplaban el despliegue de colores que acontecía en lo alto, como si estuvieses agradecida y, al mismo tiempo, infinitamente orgullosa de tener a esas personas en tu vida.

—¡Mira, Eva! —exclamó Santiago con asombro, sin quitar la vista del firmamento. Tiró de la tela de tu vestido reclamando atención y señaló la lluvia de haces luminosos.

Besaste su cabello con ternura, con una espontaneidad que semanas atrás no hubieras creído posible, y volviste a sonreír. La escena, la noche, la vida… todo se me antojó sencillamente perfecto. Una nueva explosión de tonos vibrantes refulgió en tus

pupilas y tuvo un eco en mi estómago. Entonces, me incliné hacia ti y te besé. No podría haberlo evitado ni aunque hubiese querido.

Nuestros labios se desengancharon un momento después, pero los ojos no lo hicieron. Al menos no hasta que llegó el silbido inicial, al que pronto se le unieron aplausos y felicitaciones. Tus mejillas no tardaron en adoptar el color de las fresas y por un instante percibí el temor corriéndote por la piel; sin embargo, buscaste mi mirada una vez más y algo allí pareció tranquilizarte.

—Verecundo —se oyó de golpe la voz infantil y *a posteriori* remató—: Que se avergüenza con facilidad.

La mesa quedó en silencio por un segundo y luego estalló en carcajadas. Tú te cubriste el rostro con las manos, más sonrojada que antes, pero también reíste. Casualmente, aquella había sido tu palabra de la semana, la que le habías entregado al llegar.

Me abrazaste para esconder la timidez en mi pecho y en ese mismo acto aceptaste, delante de aquel público, lo que existía entre los dos. Si hubiese sido por mí, lo habría gritado delante del mundo entero el primer día; no tenía nada que esperar, silenciar o mantener oculto. Pero tú necesitabas caminar a paso lento, adaptarte al terreno que pisabas, coger confianza con cada movimiento hasta encontrarte cómoda.

Desde esa noche, Santiago expandió su repertorio de preguntas. Ya no solo indagaba con avidez acerca de mis viajes o buceaba en la historia familiar, sino que ahora también se interesaba por *nuestra* historia: «¿Cómo se conocieron?», «¿cuándo se besaron por primera vez?», «¿adónde fueron en su primera cita?». Ante este último interrogante los dos sonreímos y recordamos la cena en Los Corales de Mirasol, aunque nunca habíamos tenido una cita propiamente dicha. Él no se conformaba con mis respuestas o las tuyas; tener una única versión de los acontecimientos no le resultaba suficiente, era como acceder al cincuenta por ciento de la información. Necesitaba ambos relatos, ambas fuentes.

Inteligente el crío, ¿no crees? Tan pequeño y ya tenía claro que la historia varía según los labios que la cuentan, la piel que la vive, el corazón que la siente.

Recibimos el nuevo año con las copas en alto y el «nosotros» escribiéndose entre los pliegues de nuestros dedos trenzados. El calor inescrupuloso de enero llegó acompañado de prácticas ya instaladas —como los viajes por carretera sin brújulas ni mapas trazados con antelación; los desayunos de Lar's cada mañana en la oficina; la pasta de los domingos y los besos en la azotea con vistas al río— y otras que poco a poco se convertirían en hábitos de esos que parecen anodinos, pero cuando te faltan se sienten como un foso sin fondo. Un foso imposible de rellenar con otra cosa.

Así ocurrió con las noches de los sábados, que se transformaron en las noches de películas por excelencia gracias a una experiencia fallida.

—¿Cómo que no tienes televisión?

Era un viernes nublado y húmedo. Nos habías invitado a cenar a tu casa por primera vez y acabábamos de vaciar la fuente de croquetas de calabaza y queso que habías preparado especialmente porque sabías, por boca de mi abuela, que eran el plato preferido de mi hermano. El pastel de zanahoria aún aguardaba en la nevera.

—¿Por qué no tienes televisión? —se interesó el chiquillo, más extrañado que afligido, mientras veía sus planes desvanecerse y volvía a meter dentro de la mochila las tres películas que había sacado segundos atrás. Había despejado con minuciosidad el mantel, colocado frente a ti las opciones, y, en un gesto caballeroso, te había pedido que escogieras.

A mí también me resultó curioso ese detalle, pero sobre todo me asombró no haberme percatado de ello cuando había estado en ese salón varias veces antes. Te encogiste de hombros y declaraste:

—Prefiero un buen libro. —Y si bien la explicación no tenía nada de ilógica, me dio la sensación de que había algo más tras aquella falta.

—Eso es porque todavía no has visto una película con nosotros —apostillé con picardía—, ¿verdad, Santi?

Él asintió, aunque sin entusiasmo, y tú buscaste una alternativa que ofrecerle porque no soportabas ver su rostro desilusionado.

—Podemos verla en el ordenador si quieres… —propusiste esperanzada.

—De ninguna manera. —Ambos voltearon la mirada hacia mí—. Si lo vamos a hacer, lo haremos bien.

Fijamos la hora para el día siguiente y te esperamos en casa con el cuenco de palomitas, el pote de helado en el congelador, los almohadones esparcidos por el suelo y mantas ligeras sobre el sillón. Inauguramos la función nocturna con el filme favorito de mi hermano y, a partir de entonces, los sábados se vistieron de imágenes animadas. Esa fue la primera noche que te quedaste a dormir allí.

Semanas después, quisimos sorprenderte con las entradas para un concierto, por lo que aparecimos en tu apartamento sin previo aviso. La sorpresa nos la llevamos nosotros.

—Esperaba tener todo listo para el próximo sábado —esbozaste en voz muy baja y con cierta timidez. A mí me costó disimular la ola de emoción que me atravesó.

Las cajas y las tiras de espuma de polietileno todavía yacían en medio de la sala de estar. Habías comprado un televisor que Fernando estaba ayudándote a conectar, un reproductor y un número considerable de películas; algunas infantiles para compartir con mi hermano y otras antiguas, joyas del séptimo arte de las que te había hablado con fervor y te había dicho que algún día debíamos ver juntos.

Un paso tras otro, Eva. No dejabas de darlos, de abreviar las distancias, de acercarte a mí…, a nosotros. Además de los fines de semana que disfrutábamos juntos, pasabas tiempo a solas con Santi. Lo llevabas a merendar y jugabas a inventar letras que canturreabas en voz alta mientras él acariciaba las cuerdas de la guitarra intentando reproducir lo aprendido en las clases. También ensayabas con mi abuela sabores nuevos a la par que la casa se colmaba de aromas deliciosos, charlas triviales y música suave que, en ocasiones, yo no podía ignorar y terminaba cantándote al oído. Insistías para que te revelara la receta de su plato estrella, pero ella, hábil y testaruda, mantenía el misterio.

—Lo pensaré —decía, con una sonrisa enigmática en los labios. Entonces no te quedaba más remedio que regresar.

Mis días favoritos eran aquellos en los que me acostaba y despertaba a tu lado. No eran tan frecuentes como hubiese querido por cuestiones de agenda, familia y responsabilidades, pero definitivamente eran los mejores.

A lo largo de esos meses de verano visitamos un acuario, el Jardín Botánico, la Reserva Ecológica, el Rosedal y un sinfín de parques nos vieron reponer fuerzas luego de largas caminatas.

Volviste a abrirme una rendija a tu vieja vida. Salpicaste tardes y anocheceres con memorias que agitaban tus emociones y, al igual que en oportunidades anteriores, tuve la sensación de que te conocía un poco mejor, que rellenaba porciones de tu existencia, pero, a la vez, se multiplicaban los interrogantes. Pasaste de puntillas por la muerte de tu madre y el alcoholismo de tu padre, mencionaste lo que significaba para ti residir en aquella casa, aunque sin ahondar demasiado, y me entregaste unos cuantos eslabones más de esa cadena de experiencias que te unían al chico de al lado. Me hablaste de su pasión por la música, de páginas amarillentas y libros añejos que no se cansaban de leer a media voz; de camisetas prestadas, estrofas garabateadas en la piel y ventanas que siempre, siempre, aguardaban tu llegada.

Los imaginaba, ¿sabes? No ya de niños, sino como dos adolescentes. Mi mente los retrataba como si fuese un pincel en manos de un habilidoso artista. Te figuraba con la cabeza apoyada sobre sus muslos mientras escuchabas con atención una de sus lecturas, lo veía a él esforzándose por arrancarte sonrisas con el objetivo de mantenerte apartada de la horrible realidad que habitabas —en mi fantasía siempre lo conseguía—, o los esbozaba bajo la intimidad de una manta sosteniendo conversaciones inagotables.

Había temporadas en que te deshacías en recuerdos y períodos de silencio absoluto. Daba la impresión de que no lograbas encontrar un punto medio. Por momentos apretabas el acelerador al máximo, cogías velocidad y derramabas historia a borbotones; en otras ocasiones, clavabas el freno con ímpetu. Nos movíamos a bandazos en lo que a tu pasado se refiere.

Tuvimos nuestra primera cita formal una noche en que Santi se quedó a dormir en casa de Julián. No fuimos a cenar ni terminamos en la cama. Vimos *Los puentes de Madison* en un histórico autocine de las afueras de la ciudad y admiramos por horas un cielo sin estrellas recostados sobre el capó, a un lado de la carretera.

—¿Puedes parar un instante, por favor?

Era de madrugada y únicamente nos rodeaban amplias extensiones de hierba. Detuve el vehículo unos metros más adelante.

—Apaga las luces. —Tu voz sonó dulce pero resuelta. Hice lo que me pedías.

En cuanto abriste la puerta, la melodía que brotaba de la radio pareció enredarse en el viento y expandirse por los prados. Bajé también, aunque me quedé muy quieto ante el negro espeso que me envolvía. La oscuridad era soberbia. Cegadora. Cubría los ojos como un tapiz compacto y viscoso. De pronto sentí tu mano buscar a tientas la mía, atraparla, tirar de ella. No veía nada, pero me dejé guiar en silencio. Anduviste unos pocos pasos y te diste la vuelta; luego me rodeaste con los brazos y acomodaste el rostro justo en la curvatura de mi cuello, en ese sitio reservado para ti.

Se me estremeció el alma cuando soltaste el verso inicial y comprendí que, por primera vez, me estabas cantando sin un público delante. Siempre era yo quien lo hacía, quien tomaba letras prestadas y se abrazaba a tu cuerpo con la única intención de tenerte cerca. Pero tú no. Tú eras cuidadosa con lo que enseñabas y con lo que reservabas para ti, con lo que salía de tu boca con o sin música delante. Si me entregabas en la intimidad de un campo adormecido esas palabras, era porque el mensaje tenía un significado.

Intuí tu sonrojo, tu pudor, y supe que la escasez lumínica te funcionaba de aliada para expresar aquello que, de otro modo, tal vez, no te animarías. Nos mecimos despacio, como lo habíamos hecho en aquella plazoleta deshabitada, y agradecí la negrura intrusiva que me apagaba la vista porque eso solo intensificaba los demás sentidos. Sentí cómo vibraba tu garganta con cada sonido exhalado, cómo tus yemas vagaban por mi nuca en un hipnótico

vaivén, cómo ese «Vas a entrar sin pedirme la llave» hizo que te flaqueara la voz, y cómo tus uñas incisivas se apretaron un poco más en mi piel cuando la canción acabó, porque, al igual que yo, deseabas estirar ese instante.

Fue el segundo amanecer que contemplamos juntos.

Entre escapadas familiares y caricias a solas, me regalaste otro puñado de anécdotas con él. Otro paso hacia mí. Una nueva demostración de confianza. Viajabas entre edades y anudabas los recuerdos de tal manera que a veces se me hacía imposible determinar si estabas hablando de la infancia, la pubertad o la adolescencia. Sin embargo, el chico de al lado aparecía como la única constante, lo que se repetía indefectiblemente. Y luego, un salto temporal, un pozo ciego que se tragaba los años intermedios entre la entrada a la adultez y tu llegada a la capital. Entonces mis dudas se incrementaban: ¿Qué había ocurrido en ese espacio vacío? ¿Qué había pasado con él? ¿Dónde estaba? ¿Cómo se pasa de una presencia tan estable a una ausencia tan categórica? Quería saber, tenía un hambre voraz por rellenar los huecos, pero a la vez te miraba y… no quería revolverte la mierda. No quería devolverte a lugares a los que no deseabas regresar.

Cuando finalmente me atreví a formular la pregunta, ni siquiera logré completarla.

—¿Qué pasó con…?

—Él se fue —me interrumpiste con una rotundidad que hablaba de heridas que aún escocían y que no daba lugar a réplicas.

Yo solo acerté a pensar: «Cómo pudo hacerlo, cómo fue capaz de dejarte sola en ese infierno».

56

SOLA

A los veintiún años

Caí sobre la cama y automáticamente retrocedí hasta adosar la espalda al cabecero. Sus ojos rojos e intransigentes me destinaron una mirada glacial antes de largarse con un súbito portazo. Pegué un respingo cuando oí el primer golpe y las lágrimas se me saltaron al sentir los siguientes. Quise gritar. Quise deshacerme en aullidos escalofriantes, pero me contuve, tal y como hacía él; a fin de cuentas, no era mi piel quien recibía la descarga.

Esperé. Esperé hasta escuchar el segundo portazo, ese que hundía la casa en silencio, y entonces sí me permití gritar. Grité con todas mis fuerzas, me dejé la garganta en bramidos, me desquité con la almohada a manotazos y… lloré. Lloré porque ya no tenía balcón al que cruzar, ventana que abrir, ni habitación en la que refugiarme.

Ya no tenía adónde escapar.

Estaba sola.

57

DEJAR DE ESTAR DORMIDO

Eva

Los meses de verano nos sumimos en una dulce y vibrante rutina. Era a la vez tranquila, plácida y novedosa. Los desayunos de cafés y tés de vainilla eran intocables; los sábados de paseos, una fuente inagotable de sitios por descubrir. Íbamos y volvíamos juntos del trabajo y aprovechábamos cada segundo libre que teníamos para vernos. Álvaro y tú se sumaron a las cenas de los jueves, yo me acoplé a los almuerzos de domingo. Mi pequeño círculo de confianza se expandía y eso me gustaba.

«Aglutinar: Aunar o reunir cosas diversas para formar un todo». Doblé el papel y lo metí en el sobre con una sonrisa asomándome en los labios. Nos veía un poco así, ¿sabes? Un grupo de edades y personalidades de lo más dispares que, no obstante, había coincidido gracias a las vueltas de la vida y disfrutaba compartiendo momentos.

—Tengo una idea, pero voy a necesitar tu ayuda.

Apareciste a media tarde envuelto en una actitud entusiasta que resultaba contagiosa. Era un lunes de un calor escandaloso, estábamos casi a mediados de enero y el cumpleaños de Santiago se hallaba a la vuelta de la esquina. Te desplomaste sobre la silla, al otro lado de mi escritorio, y adoptaste esa postura relajada que me recuerda demasiado a Vera. Son tan similares en algunos aspectos…

En ocasiones me resultaba extraño que te hubieras fijado en mí. Con esto no estoy diciendo que deberías haber puesto el ojo en ella, es solo que… parecía más lógico. Tienen personalidades afines, con esas lenguas que sueltan maldiciones y guarradas sin pudor alguno, con esa comodidad que sienten habitando su propio cuerpo, con esa manera directa y clara de decir las cosas. Hasta la forma de moverse, de vestir, de caminar, refleja esa soltura y desparpajo que tanto fascina a quienes los rodean. Pero supongo que te

encaprichaste conmigo —no gastes saliva en discutir, sabes tan bien como yo que en un principio solo fui un capricho para ti— porque la indiferencia te parecía una ofensa inaceptable, peor incluso que el rechazo. Me transformé, aun sin quererlo, en una cuestión de principios. Nadie ignora a Ciro Ferraro y aquel que lo intenta… bueno, que se atenga a las consecuencias.

Tu innegable atractivo te había abierto tantas puertas que dudaba que alguna vez hubieras tenido que esforzarte para obtener lo que querías de una mujer. En tu presencia solo se suspiraba y se agitaban las pestañas con aire seductor. En ese panorama entré yo: la chica que buscaba pasar desapercibida. La chica que evitaba los problemas. La chica educada que se limitaba a hacer sus tareas y cuyo único error fue una mueca hastiada que se le escabulló sin siquiera pretenderlo.

No pudiste dejarlo pasar, ¿verdad? Tu ego necesitaba demostrar que, indefectiblemente, todas caían.

—¿De qué te ríes? —Me examinaste con la ceja levantada y la pregunta me apartó de la ruta por la que estaban pululando mis pensamientos.

—De nada. —Negué y me incliné hacia adelante—. Cuéntame.

Te tendí el sobre para Santi, que guardaste pulcramente en el bolsillo del traje, mientras comenzabas a diseccionar tus propósitos. Básicamente, tu plan consistía en llenar la casa de figuras de papel. Comprendía la razón: a tu hermano le encantaban y deseabas sorprenderlo. Sin embargo, no debían ser tan fáciles de ejecutar como pensabas o tu ánimo exaltado te animaba a creer. Había una técnica precisa detrás, o varias, que él llevaba tiempo aprendiendo a base de ensayos, repeticiones, errores y paciencia… En especial, paciencia.

Cuando terminaste de enumerar todas las formas que tenías en mente —algunas de ellas me parecían imposibles—, te erguiste en el asiento y cruzaste los brazos.

—Eva, ¿qué piensas?

Me tomé un minuto antes de responder. A ese plan le veía varios agujeros, entre ellos la escasez de tiempo para llevar adelante tamaña tarea, aunque el inconveniente principal era otro.

—Lamento ser yo quien te diga esto, Ciro —balbuceé—, pero eres un desastre haciendo figuras de papel.

Me miraste en silencio por tanto rato que creí que había herido tu orgullo. No obstante, muy lentamente, tu boca se estiró en una sonrisa.

—¡Qué cruel eres, mujer! —bromeaste—. Y qué poco confías en mis habilidades.

Torcí los labios al recordar esa figura amorfa que nada tenía que ver con una grulla y que todavía se exhibía orgullosa junto a las otras en el recibidor de tu casa. Recordé también a tu hermano doblado de la risa en el suelo. «A las pruebas me remito», pensé, aunque me abstuve de decirlo en voz alta. Entonces agregaste:

—He estado practicando.

La seriedad con la que pronunciaste aquello me provocó un borboteo en el estómago. En realidad, la confesión en sí me llenó el cuerpo de calidez, como si los cristales del edificio de repente se hubieran evaporado y el sol pleno que encendía las calles me estuviese acariciando la piel. Si no hubiéramos estado en la empresa rodeados de gente, te habría besado con fuerza. Por lo que significaba ese gesto. Por lo mucho que deseabas hacer feliz a ese niño. Por no dejar de buscar modos de acercarte a él… Por tu forma de querer.

Lo nuestro empezó de la manera incorrecta, como un juego obstinado, una competencia para reparar tu hombría herida. Sin embargo, debo darte la razón en algo, Ciro: eres excepcionalmente hermoso y digno de atención. Pero no por las razones que tú creías, sino por lo que guardas detrás, lo que solo se aprecia cuando dejas de jugar la carta del atractivo físico. Cuando te quitas el disfraz de galán irresistible, ese que de tanto brillar encandila, ahí sí que no puedo quitarte los ojos de encima. Eres hermoso, no gracias a tu belleza, sino a pesar de ella.

Mi escudo siempre fue la distancia, ahora sé que el tuyo era ese exterior inmaculado. Nuestro primer encuentro fue un choque de armaduras; conocernos fue tirarlas abajo.

—Hey, ¿por qué lloras?

Me sequé unas lágrimas escurridizas y negué.

—Haremos que pase el mejor cumpleaños de su vida.

***

No sé si fue el mejor, pero definitivamente fue maravilloso. Pasamos dos noches sin dormir plegando papeles de colores, vimos una cantidad obscena de tutoriales de YouTube y contamos con las manos salvadoras de Sandra, Vera, Fer y Álvaro, que se encargaron del resto de las tareas. Para cuando llegó la mañana del sábado y Santiago asomó su mirada, todavía achinada por el sueño, por la puerta de la habitación, la casa parecía sacada de las páginas de un cuento.

—Prácticamente no tiene amigos, Eva —habías expresado con preocupación unos días antes.

—Tiene los suficientes —había respondido yo, convencida de que, si algo no le faltaba a ese crío, era amor en su vida. Y estaba en lo cierto.

Julián y Mabel se unieron a la celebración con un regalo y una torta —en total hubo tres— y el domingo pasamos la tarde entera en un parque de atracciones entre carruseles, norias y montañas rusas.

Las noches de películas fueron otra agradable sorpresa de aquel verano, no solo porque me incluyeron en una práctica que hasta entonces les pertenecía a ustedes dos, sino porque le otorgaron un sentido completamente distinto a ese artefacto que solía mirar con recelo. Para mí, la televisión era sinónimo de silencio, soledad y oscuridad. Era persianas bajas, encierro y una mirada siempre extraviada. En la casa de mi infancia, sentarse frente a una pantalla y disfrutar de una película jamás constituyó una actividad para compartir en familia. Más bien, era un recurso que utilizaba mi madre para evadirse de la realidad, para alejarse de mi padre y de mí. Era el aislamiento en su versión más pura.

Cuando me recibieron aquel primer sábado con la sala acogedoramente preparada y vi el modo en que tu hermano y tú interactuaban, cómo comentaban diálogos o analizaban escenas, cómo reían y en ocasiones discutían con los personajes, cómo ese pasatiempo era un punto de unión y placer y no una táctica para

desconectarse del mundo… quise eso para mí. Equipar mi salón para que pudiésemos recrear aquello fue una forma de expresar mi agradecimiento por incorporarme a sus rutinas, por dejarme formar parte de ellas, y, a la vez, un intento por demostrarles el lugar destacado que ocupaban en mi vida, lo mucho que la habían transformado con su presencia.

No sé si logré transmitirles el mensaje. Nunca se me han dado bien las palabras, creo que me desenvuelvo mejor en otros lenguajes.

A fines de enero te presentaste con otra propuesta. En esta oportunidad te veías ansioso y no soltaste prenda hasta que el ascensor se abrió en la última planta y la brisa lánguida que soplaba aquel día nos recibió en la azotea.

—¡Cuánto misterio! —rezongué, al ver que comenzabas a dar vueltas a mi alrededor como si no pudieras quedarte quieto.

—Te tomas vacaciones, ¿verdad? —pronunciaste sin dejar de moverte. No fue una pregunta propiamente dicha, sino más bien la reafirmación en voz alta de algo que ya sabías. Aun así, asentí—. ¿Qué te parece si nos vamos una semana a la playa los cuatro? Estoy seguro de que a Santi y a mi abuela les encantará la idea. Los últimos meses no han sido fáciles y se me ocurrió que tal vez les vendría bien un cambio de aire.

—Pero tú no tienes vacaciones —repliqué con el entrecejo arrugado.

—¿Y si las tuviera?

—Ciro, hace menos de cinco meses que trabajas en la empresa. No creo que…

—Déjame ese tema a mí, tú solo cierra los ojos e imagina.

Te paraste a mi espalda y cubriste mis párpados con la palma de una de tus manos. Las monumentales estructuras que nos circundaban desaparecieron de inmediato de mi campo de visión. Luego sentí tus labios acariciarme el lóbulo de la oreja y el cosquilleo de esa ligera barba que te habías dejado crecer.

—Podríamos dormir hasta tarde y desayunar frente al mar, caminar por la orilla al tiempo que las olas nos salpican los tobillos y

tomar batidos en cada chiringuito mientras *I'm Good* en la versión de David Guetta nos envuelve los oídos.

No pude evitar sonreír.

—¿Con banda sonora y todo? —bromeé.

—¡Shhh! Calla y escucha. —Rodeaste mi cintura y tus dedos se instalaron en mi estómago—. Podríamos dar paseos nocturnos con el arrullo del oleaje de fondo y la arena enredándose en nuestros pies descalzos, comer mariscos hasta que nos duela la panza y recolectar otro racimo de atardeceres.

—¿Y qué haríamos por las mañanas? —curioseé, siguiéndote la corriente. No quería que pararas. Me gustaba tu profusa imaginación y el modo en que le dabas vida a través del relato.

—Por las mañanas nos bañaríamos en el mar y yo aprovecharía para meterte mano por debajo del bikini, porque esa diminuta tela mojada me volvería tan loco que no me dejaría otra opción. —El vientre se me contrajo por la risa—. Luego tú te echarías al sol con un libro entre las manos y el sombrero de paja…

—¿Sombrero de paja?

—… que yo te habría regalado el primer día para resguardarte de los rayos. Tienes la piel muy blanca, Eva, debes cuidarte.

—Protector solar y sombrero, entonces.

—Exacto. Pero tu lectura se vería interrumpida porque no podrías apartar la mirada de mi piel bronceada. ¡Vamos! Estoy justo delante de ti, con el bañador empapado y las gotas saladas cayéndome por el torso desnudo. ¡Irresistible! ¡Querrías follarme allí mismo!

—Ya lo creo que sí —dije divertida y me mordí el labio—. Me parece que te olvidas de que no estaríamos solos.

—Oh, no, claro que no me olvido. Por eso tendrías que controlar tus desenfrenados impulsos y esperar hasta la noche. ¡Lo siento, mujer, no puedo saciar tus necesidades a todas horas!

Rompí en una carcajada, y en cuanto abrí los ojos, choqué con los tuyos.

—Podríamos despertar juntos una semana entera, Eva —pronunciaste, ahora con seriedad. Había anhelo en tu voz. Y súplica. Y deseo—. Toda una maldita semana. —Cada sílaba vibró con énfasis—. ¿Qué me dices?

Tu verde salvaje me atravesó. El corazón me latió fuerte.

Miré tu boca, sus orillas curvadas. Estaba escrito ahí, en tu sonrisa. Decía que saltara.

—Que sí, Ciro. ¿Acaso hay otra respuesta posible?

Me levantaste en el aire y me comiste los labios. Yo disfruté del vuelo, que no cesó aun después de que mis tacones aterrizaran en el suelo.

—Ve preparando las valijas.

Unos días después, guardábamos el equipaje en el maletero del auto y partíamos rumbo a la costa. Lo habías conseguido, ¿alguien albergaba alguna duda? Esa personalidad seductora tuya era infalible; podías meterte en el bolsillo al señor Bustos, al presidente de la empresa y al departamento completo de Recursos Humanos.

Alquilaste una casa a metros de la playa con un bonito patio trasero en el que destacaba un manzano y dos columpios de madera. Santi los acaparaba por las tardes y tú y yo los ocupábamos de noche, cuando el cielo se vestía de estrellas y únicamente nos acompañaba el canto rítmico de unos grillos. No nos empachamos de mariscos, pero sí de helados, y la canción de David Guetta fue solo una de las tantas que musicalizaron nuestra estadía. Saqué a pasear tres novelas que, para tu deleite, retornaron intactas, y el sol me doró la piel pese a tu terco empeño por mantenerla constantemente untada en crema. Sandra nos mimó el estómago en cada cena y yo descubrí que, entre otras cosas, podía reír hasta sentir la mandíbula acalambrada. Y las mejillas. Las mejillas tensas como si mi boca fuese una cuerda tironeada en dos direcciones opuestas. No recuerdo haber reído de ese modo en mi vida.

En ocasiones, la imaginación se nos queda corta, ¿sabes? Aquella fue una de esas veces en que la realidad superó a la fantasía. Fueron unas vacaciones hermosas.

«Podríamos despertar juntos una semana entera, Eva. Toda una maldita semana». Cada vez estoy más convencida de que eso es lo que has hecho conmigo, Ciro: despertarme. El cuerpo, la mente y el apetito por lo desconocido…, por lo que ignoraba de mí misma y del mundo.

—Te veré mañana —gruñiste con malhumor tras apoyar mi valija en el portal del edificio. Besaste mis labios y te alejaste rezongando.

—Te veré mañana —murmuré, con idénticas ganas de separarme de ti.

Saludé a Santi, que agitaba su mano desde el asiento trasero, y metí la llave en la cerradura.

—¡Espera!

Regresaste sobre tus pasos y volviste a besarme. Una mano en mi nuca, la otra en mi espalda y, una vez más, el precario equilibrio cediendo ante la enormidad del precipicio justo a mis pies.

Entré en el apartamento, abandoné la maleta a un costado y cogí el cuaderno. Los dedos me palpitaban, las ideas bullían.

«Despertar. Dejar de estar dormido…».

Cuando solté el bolígrafo, el reloj marcaba las tres de la madrugada.

58

EL MUNDO DEJÓ DE GIRAR

Ciro

Enmarcaste mi rostro con tus manos y me besaste. Tu sonrisa fue lo último que vi antes de que pegaras media vuelta y tus tacones se alejaran aplastando, con arrolladora seguridad, esas inquietudes que te habían mantenido alejada del escenario hasta entonces. Solo era la segunda vez que te veía coger un micrófono y pararte frente a una cantidad nada desdeñable de espectadores, pero estaba convencido de que tu futuro estaba allí, sobre las tablas, enamorando a todo aquel que se detuviese a escucharte, cantando tus propias letras, entregándote como lo hacías: entera, con el corazón en un puño.

Hay personas que cantan bien, pero otras, como tú, tienen algo que decir, que gritarle al mundo, y no pueden no hacerlo, porque les nace de las entrañas, de un lugar subterráneo demasiado propio, demasiado escondido, pero que, a la vez, empuja con todas sus fuerzas para salir y ser compartido. Aquel día, sin yo saberlo, estabas dando un paso más hacia adelante, reconciliándote con otro pedazo de pasado que cargabas sobre los hombros para llevarlo dentro, no ya como un peso, sino solo como recuerdo. Ibas soltando equipaje para seguir camino más ligera. No te desprendías de tus ayeres dolorosos, sino que te adueñabas de ellos, los aceptabas, los mirabas a la cara y les sonreías, porque sabías que te pertenecían, que eran parte de la mujer en la que te estabas convirtiendo.

El Aura estaba tan lleno como la vez anterior, aunque ese viernes de febrero no había mesa numerosa ni celebración especial. Solo Vera, Álvaro, tú y yo en una salida nocturna y distendida. Habíamos regresado de las vacaciones poco menos de quince días atrás, yo me había reincorporado al trabajo de inmediato mientras que tú habías tardado otra semana en hacerlo. Semana que habías pasado

malcriando a mi hermano y paseando junto a él por la ciudad al tiempo que yo me aburría en la oficina.

Empezaste a cantar y, una vez más, un indisciplinado orgullo me rebalsó el pecho. Te sentí invencible, enorme, más Eva que nunca, y aunque quise mirar a mi alrededor para comprobar tu efecto sobre los demás, no pude desanudar mis ojos de los tuyos. Creo que nunca he podido. Contigo en la misma habitación lo demás pierde consistencia, se vuelve volátil, inestable…, se desvanecen todos los putos contornos. Por eso nos encontramos en el punto en que nos encontramos hoy. Porque no supe verlo. Porque no le di la importancia que merecía.

En esa ocasión, elegiste deleitarnos con *Mi vida en tu mirada*, la canción que había catapultado a la fama, cuatro años atrás, al grupo La Última Palabra. El tema causó furor en el mundo entero; se escuchaba a todas horas, en todos los puntos del globo. Se mantuvo en el puesto número uno en Argentina por quince semanas consecutivas y alcanzó esa misma posición en más de cincuenta países. Ganó dos premios Grammy y fue reversionada por varios artistas, Shakira entre otros. Es una de esas bestias musicales que tarareas de manera inconsciente bajo la ducha y te empuja a subir el volumen cuando suena en la radio.

> «Dicen que cuando te alcanza la muerte
> La vida que fuiste pasa frente a tus ojos
> Escenas, brochazos, retales cosidos con hilo y aguja
> Que enseñan la historia que deja de ser».

No pude evitar que tu voz azotara mi piel ni que se me colara una sonrisa embelesada y un tanto alucinada cuando comenzaste a moverte con una soltura que te era natural y el público te siguió como un rebaño al pastor. Coreaban a la par tuya las estrofas de una canción que retrata ese segundo en que la vida te cambia para siempre, ese diminuto pero arrollador parpadeo en que todo lo anterior se extingue porque lo único que tiene sentido es lo que está frente a tus ojos.

> «Alcé la mirada en aquel escenario

Y tus pupilas me contaron la vida que podíamos ser
Caricias, besos, sonrisas, piel».

Seguiste cantando con esa voz recia, visceral, contaminada de sentimientos, que aún hoy no deja de sorprenderme. Una voz que toca una hebra en mí a la que otros no llegan, y hace que te sienta tan dentro que a menudo me pregunto si ese espacio en mi interior en verdad no te pertenece desde siempre; si no lleva grabado tu nombre.

Continuaste entonando esa historia que habla de futuros posibles y pasados caducos, de flechazos demoledores que rompen con una vida que se creía sólida, de lo eterno encerrado en la ingravidez de un instante. Una canción que trata sobre un hombre que reconoce que está frente al amor de su vida porque en cuanto tropieza con sus ojos, ve pasar en ellos, como una serie de fotogramas, la vida que podrían ser juntos. Y compara ese momento con aquel previo a la muerte.

«El cadáver del hombre que fui
El nosotros que se erige ante mí».

La letra era una jodida pieza de arte. Tus caderas serpenteaban al ritmo de esa melodía *rockera* agitada por guitarra, bajo y batería, y tu voz se mecía en un perfecto equilibrio entre una sensibilidad inmaculada y la rudeza más animal.

Pensé en lo distinta que era la chica que tenía frente a mí de aquella que había cantado tiempo atrás en ese mismo escenario. No quedaba rastro de vacilación, ni miedo, ni dudas. Solo la libertad con la que te movías, que gritaba a los cuatro vientos lo segura que te sentías en tu propia piel. Eras puro aplomo, determinación y disfrute. Volvías a paladear ese costado lúdico del que tanto me habías hablado y que creías perdido. Y yo no podía dejar de sentirme terriblemente orgulloso y agradecido de que eligieses compartirlo conmigo, de que me permitieses presenciarlo.

—Parece hecha a su medida —susurré embelesado.

El tema te sentaba a la perfección, como un traje cosido directamente sobre tu cuerpo, destinado a realzar cada una de tus

curvas. Sonaba distinto a la versión original, más melancólica y oscura, pero no por eso menos intensa. Simplemente… más tuya. No encuentro otro modo de describirlo. Tienes esa capacidad, Eva, de dejar tu impronta en todo lo que tocas, de apropiártelo y grabarle tu huella.

—Cómo no va a parecer hecha a su medida si la escribió ella.

El sonido del micrófono al impactar contra el suelo fue ensordecedor. Tanto que relegó a un segundo plano las palabras de Vera. Tanto que, en un acto reflejo, giré el rostro y cubrí mis oídos. Pero el chirriar de una silla y un movimiento violento a mi lado, me dejaron aún más confuso.

—¿Vera?

La miré extrañado. Se había puesto de pie con una urgencia desconocida. Tenía el rostro demudado y el cuerpo tan rígido que parecía a un paso de fragmentarse en pedazos. Sus ojos se adosaron a algo o alguien a mi espalda y sus hombros se cuadraron, adoptando una postura bélica que prendió todas mis alarmas.

—¿Qué ocurre?

La pregunta salió acuciante de mi boca, pero no esperé respuesta. Me volteé presuroso, acompañado por un mal presagio.

Entonces lo vi. Y lo supe.

Te miraba como se miran las cosas que te pertenecen, esas que nunca dejas de sentir como tuyas a pesar del tiempo y la distancia. Porque aquello que los unía era tan intenso que trascendía las nociones espacio temporales; categorías demasiado inútiles, vacías y desprovistas de poder para derruir un vínculo semejante. Porque los meses, los años y la tierra de por medio perdieron todo su peso ante una sola mirada.

Debo reconocer que lo imaginaba distinto, aunque jamás, en todas las ocasiones en que me habías hablado de él, habías hecho referencia a sus características físicas. No tenía más descripción que unos ojos marrones y un cabello oscuro; no obstante, en mi mente lo concebía más grande, musculoso, robusto. Tal vez porque siempre lo habías mencionado como tu protector, el guardián de tus sueños, los brazos entre los que te sentías a salvo, el cuerpo en el que te enredabas cada noche para dormir tranquila. En cambio, el hombre

que tenía frente a mí y que no te quitaba los ojos de encima era desgarbado, alto, y sus brazos parecían torneados más por efecto de la propia delgadez que a base de ejercicio en un gimnasio. Sin embargo, algo en su mirada emanaba fuerza. Una capaz de mantener congelada a una sala entera. Una de la que no podías deshacerte, porque tus iris almendrados continuaban pegados a los suyos, negros.

Me sentí un intruso. Como si ese instante les perteneciera y yo estuviese profanándolo con mi sola presencia. Me había convertido en un vulgar espía que no tenía derecho a ser testigo de tal intimidad, pero, a la vez, necesitaba experimentarla en mi propia carne, verla en vivo y en directo. Me avergüenzo de decirlo, pero sentí que lo que habíamos construido juntos en unos pocos meses era irrisorio, no tenía nada que hacer frente a la enormidad de lo que reflejaban sus figuras estáticas, sus ojos enquistándose en los del otro. Tal vez porque conmigo te movías despacio, con pies de plomo, mientras con él parecías pura entrega.

No era verdad, Eva. Estaba tan equivocado que, ahora, viéndolo a la distancia, no puedo más que enfurecerme por haber siquiera pensado algo tan… tan… errado. Estúpido. Alejado de la realidad. Subestimé el nosotros que habíamos comenzado a forjar. Creí estar abriendo los ojos, no obstante, estaba más ciego que nunca.

No reparé en el silencio sepulcral en que se había sumido el local hasta que lo vi a él romper la quietud y caminar hacia ti. Quise cogerte entre mis manos y llevarte bien lejos. Lo odié por volver a tu vida cuando se suponía que era mi momento, mi oportunidad. Él ya había desperdiciado la suya. No era justo. Pero, una vez más, tanta historia, la de ustedes, se me cayó encima y me aplastó. Me impidió ver que un pasado en común no lo es todo y que lo que sentía mi cuerpo cada vez que se juntaba con el tuyo era la única verdad de la que jamás debí haber dudado.

Avanzó con determinación, apoyó una mano en el escenario y subió de un salto hasta respirar tú mismo aire. No te tocó; al menos no entonces. Sin embargo, sus pupilas te mantenían sujeta, como gruesas cadenas de las que eras incapaz de soltarte.

Cómo deseé que lo hicieras, Eva. Que rompieras el embrujo y te alejaras. Que vinieras a mí. Que eligieras el presente a un tiempo pretérito del que yo no formaba parte. Que *nos* eligieras. Pero no lo hiciste. Te quedaste amarrada a él, al chico de al lado, al que te unía una infancia, una adolescencia y miles de recuerdos.

Debí haber apartado la vista, porque lo que vino a continuación me resultó insoportable. Te tomó por la nuca y lo que mis ojos percibieron como una caricia posesiva, mi estómago lo sintió como un puño certero y demoledor.

Te transformaste en una muñeca entre sus manos. Dócil. Sumisa. Un material maleable que moldeaba a su antojo. Sus dedos recorrían tu piel y esta respondía acomodándose laxa a sus movimientos. Tu cabeza cayó hacia atrás, tus ojos siguieron atados al marrón de los suyos y la parálisis que mordía tus músculos me dolió tan hondo que hasta tocó hueso. Cuando su pulgar se esparció por tu cuello y terminó por engancharse a tus labios, lo vi todo rojo. Me puse en pie en un impulso, pero entonces pareciste reaccionar.

Su boca derramó algo en tu oído y volviste a despertar al mundo, al presente, a la vida. A esa que había quedado suspendida por la irrupción abrupta del pasado. Capturaste su muñeca y lo apartaste, a la vez que rehuiste su mirada… Y te fuiste. Te alejaste como si, de repente, el aire se hubiera tornado irrespirable, dejándolo todo atrás.

A él.

A mí.

Un eco de esa actividad se contagió a mi cuerpo y salí detrás de ti. Algo sucedió allí dentro, porque el silencio cerrado que había predominado hasta entonces reventó por los aires y fue trocado por gritos. Voces indistinguibles, pasos apresurados y ruidos sofocados que enmudecieron en cuanto atravesé la puerta y la ciudad dormida me recibió con los brazos abiertos.

Sufrí un *déjà vu.* Tú, huyendo; yo, siguiéndote. Me pregunté si algún día lograríamos caminar a la par o si nuestros ritmos serían siempre disonantes. No encontré respuesta, pero sí te hallé a ti, recostada sobre la pared de una callecita estrecha y mal iluminada. No me viste llegar, tenías los ojos cerrados y respirabas con dificultad.

—Eva…

Alzaste los párpados e intentaste sonreírme, aunque el gesto quedó a medias, trunco dentro de un rostro ausente y más pálido de lo habitual. No había reparado en ese detalle antes, pero ahora que te tenía a escasos centímetros, el tono blanquecino de tu piel se me hacía más que evidente. Temblabas; todo tu cuerpo lo hacía. Me asusté. Algo estaba tremendamente mal. Tu pecho se hinchó en busca de oxígeno y me miraste suplicante, pidiéndome con ojos aterrados que te lo diera porque no lograbas alcanzarlo.

—Eva, mírame.

Me comí el espacio entre nosotros con el pánico trepándome por la espalda y tomé tu cara con firmeza.

—Respira, Eva, respira.

Procuraste hacerlo, pero de tu garganta escapaban únicamente sonidos estrangulados. Te llevaste la mano al cuello, movida por la desesperación, y yo solo atiné a abrazarte. Te acoplé a mi tronco, pegué tu mejilla a mi tórax e inhalé con fuerza.

—Siénteme, Eva. —No tenía ni la más puta idea de lo que hacía, pero necesitaba que cogieras aire—. Escucha mis latidos, ¿los oyes? —Asentiste despacio—. Siente cómo se expande mi pecho.

Repetí el ejercicio. Inspiré de nuevo y te ajusté otro palmo a mi piel, con más ganas de ayudarte que pericia.

Acaricié tu pelo con lentitud. No dejé de hacerlo mientras tu corazón se serenaba y poco a poco volvía a galopar a una cadencia normal. No te solté, ni siquiera cuando las palabras que odiaba, pero necesitaba pronunciar, salieron de mi interior. Era mejor así, lanzarlo sin mirarte a los ojos.

—Sé que es él, Eva. Basta ver cómo reaccionaste a su presencia para comprender que sigues queriéndolo, que ese lazo no está muerto ni olvidado y que aquello que los une es incluso más intenso de lo que imaginaba.

Me habías hablado mucho de él. Muchísimo. Tanto que creía tener una imagen bastante clara de tu pasado, de la llegada de ese niño a tu vida y su impacto en ella según madurabas. Pero no era así. La estampa que había formado en mi mente quedaba muy por debajo

de la cruda realidad que acababa de presenciar. No sabía por qué se había ido, pero estaba de vuelta, y eso… eso era todo.

—¿Qué…?

Procuraste alzar la cabeza en busca de mis pupilas, pero no te lo permití. En su lugar, hundí las yemas de mis dedos en tu cabello una vez más y te respiré. Me concentré en tu fragancia sutil, esa mezcla de jazmín y vainilla que no iba a volver a sentir porque era demasiado suave como para percibirla a la distancia, y yo ya no volvería a tenerte así de cerca. Lo tenía claro, pero dolía. Joder, cómo dolía.

—No tienes que darme explicaciones. Lo entiendo, de verdad que lo hago.

—No, no lo hac…

—Shhh…

Te revolviste entre mis brazos y despegaste el rostro de mi pecho, con idéntica intención que un instante atrás. Sin embargo, no estaba listo para verte partir todavía. Necesitaba robarte otro puñado de segundos. Un último instante de calor, de tus hebras doradas enredadas entre mis dedos, de la textura aterciopelada de tu piel en contacto con la mía, de sentir lo que solo sentía a tu lado. Era rastrero, pero, aun así, te retuve. Cuando mis manos dejaran de envolverte ya no habría vuelta atrás. Sería el final de lo que apenas había llegado a comenzar.

—Te quiero, Eva —confesé, esquivando tu mirada y devolviendo tu pómulo a su lugar original, justo sobre mis latidos. Era más fácil de esa manera.

Comprendí que llevaba tiempo haciéndolo, pero recién ahora, cuando estaba a un paso de perderte, me permitía aceptarlo. Era una putada, sí, pero era lo más honesto que tenía.

—Y sé que tú también me quieres —continué—, pero él es el chico con el que te criaste. El de los cuentos, la música, la ventana abierta y todas tus primeras veces. Es la sonrisa pícara y el pelo alborotado de los que un día te enamoraste; la piel que convertiste en cuaderno donde encerrar tus letras…

—Ciro…

—No.

Necesitaba exponer en voz alta las razones porque, de otro modo, no encontraría el valor para alejarme. Volviste a agitarte y yo, a afianzarte a mi cuerpo. Era una puta contradicción andante. Mi cabeza me ordenaba soltarte, pero cada uno de mis malditos músculos se resistía.

—Él fue refugio durante muchos años, aunque no pudiera evitar los golpes de tu padre.

Tu palma presionó mi pecho. Tus ojos, llenos de un dolor insondable, se abrieron paso hasta los míos. Me atravesó un escalofrío.

—Mi papá nunca me puso una mano encima.

Y el mundo dejó de girar.

59

QUÉ VA A QUEDAR DE MÍ

A los veintidós años

Oigo el chirriar de las bisagras de la puerta y contengo el aliento. Mi tronco rueda sobre el colchón hasta quedar de cara a la pared y me encojo bajo la sábana como si pudiera desaparecer entre los pliegues de la tela.

La suela de sus zapatillas cruje contra los escalones a medida que sube la escalera y me quedo totalmente inmóvil mientras mis sentidos se agudizan. Unos pocos pasos más y silencio. Un silencio espeluznante que empina los vellos de mis brazos.

Aprieto los párpados con fuerza y suelto el aire a trompicones. «Respira, Eva. Serénate y hazte la dormida». Lo intento… Lo intento, pero mi organismo se rehúsa a obedecer las directrices de mi mente porque sabe que esta vez es diferente.

Sigue parado detrás de la puerta. No lo escucho, pero cada molécula de mi ser lo intuye porque guarda la memoria de experiencias pasadas. Me aferro con ambas manos a la almohada y ahogo un gemido justo en el instante en que se adentra en la habitación.

Hunde su rodilla en el colchón y la respiración se me corta. Presiono los ojos aún más. La sábana que cubría mi silueta comienza a escurrirse con lentitud hacia abajo; tira de ella despacio hasta descubrirme por completo. Se acerca, se mueve y, aunque no me toca, puedo sentir su cuerpo cerniéndose sobre el mío.

Un segundo de silencio. Dos. Tres.

—¿Por qué lo has hecho?

Su voz ruda, afilada, roza mi oído, y su aliento penetra en mi sistema al tiempo que el mío huye al advertir su proximidad, como si supiera que escapar es el único camino posible.

—No me sentía bien —logro exhalar en un tono espectral que apenas resbala por mi garganta.

—No luces enferma. De hecho, pareces perfectamente saludable.

Me gira, dejándome boca arriba, y el olor a alcohol, cigarro y sudor me produce el mismo rechazo que la mano que cuela por debajo de mi camiseta. Mi vientre se contrae de inmediato, como si pretendiera meterse para dentro e imponer una distancia que no existe. Su palma se arrastra por mi estómago, deja atrás mi ombligo, sigue subiendo...

—Déjame. Ya te he dicho que no me siento bien.

Escapo por el hueco que ha dejado su mano y abandono la cama.

—¡Vuelve aquí, que te estoy hablando!

No freno, salgo al pasillo y me encamino al baño. Siento las piernas débiles y temblorosas, pero aún responden. «Calma, Eva, mantén la calma».

—Hablaremos mañana cuando…

—Esto no funciona así. —Entra detrás de mí y me acorrala contra la pared. Otra vez cercena los centímetros entre su piel y la mía—. Me has fallado. Nos has fallado a todos.

Vuelve a apretar su mano contra mi estómago, aunque en esta ocasión, por encima de la ropa. Quiero quitarla de allí, apartarla de un empujón, pero lo único que sale de mi interior es un soplo raquítico de aire.

Trepa torpe por mi torso hasta ceñirse a mi garganta y, con una ligera presión, me obliga a alzar la mirada. Está oscuro, pero sé lo que encontraría si la luz estuviese encendida: sus rasgos endurecidos, los ojos rojos, unos iris inexistentes, avasallados por el negro henchido de las pupilas, y la mirada sucia, acusadora, fabricada de arrogancia y desprecio.

Si existiera un hilo de claridad, él solo vería miedo.

—No voy… no voy a seguir haciéndolo —tartamudeo. Sus dedos se acomodan alrededor de mi piel.

—¿Qué has dicho?

Algo en su voz me estremece. Algo oscuro, calculado, contenido, que, sin embargo, se derrama y dispara en mí una ola de frío. Me

odio por ese movimiento espasmódico e incontrolable que le otorga poder y le permite ver lo que hace conmigo.

—Ya me oíste.

—Repítelo.

Me mantengo en silencio.

—¡He dicho que lo repitas!

Su puño libre impacta contra la pared, justo al lado de mi rostro, y el pulso se me desboca. Un ruido indefinible emigra de mi boca mientras intento evadir las lágrimas.

—Para, por favor, no hagas esto.

—¿Para…? —reitera, lleno de desdén—. ¿Tú me dejas tirado y soy yo el que tiene la culpa? No lo creo, Ev.

—No te he dejad…

—¡Sí lo has hecho!

El estruendo ronco de otro golpe, igual de cercano que el anterior, me hace volver el rostro y replegarme, pero su mano en mi cuello me retiene en el lugar.

—¡¿Tienes idea de lo mal que me has hecho quedar esta noche?! —ruge sobre el lóbulo de mi oreja y recarga el peso de su cuerpo sobre el mío, inmovilizándome. Una sensación de repulsión enorme se abre paso por mis extremidades y se instala en mi panza, mi tórax, mi sexo… en todas las porciones de mí que entran forzosamente en contacto con las suyas—. ¡No tienes ni puta idea porque eres una maldita egoísta! ¿Crees que puedes hacer lo que te dé la gana?

—Suéltame, Luca, por favor —imploro, presionando su pecho con el objetivo de alejarlo. No lo consigo.

—Deberías ser más agradecida, ¿o te olvidas de que estás donde estás gracias a mí? Mañana por la noche tienes un compromiso, no volverás a faltar.

—Suéltame —pido, con las lágrimas a punto de salir.

—¡No volverás a faltar! Dilo.

—No.

—¿No?

—Ya no quiero seguir haciéndolo, ya no…

El aturdimiento llega antes que la comprensión. Un pitido estentóreo me invade los oídos y apaga las palabras. Mi voz se desvanece; sus gritos también. Solo hay neblina, confusión y un constante palpitar en mi cabeza que me deja atontada. Es como si mi cerebro estuviera expandiéndose, buscando un orificio de salida, ejerciendo presión sobre las paredes del cráneo. No puedo identificar un lugar preciso, porque la cabeza entera me bulle. Lo que sí sé es que hubiera preferido permanecer en ese estado, porque cuando el entendimiento de lo que acaba de ocurrir me alcanza, algo dentro de mí muere. Yo muero; la mujer que fui hasta entonces.

Su voz y la sucesión de amenazas que escupe vuelven a ser audibles, y una ferocidad que no conocía toma el control de mi cuerpo. Lo empujo. Lo empujo hasta que la opresión en mi garganta se libera y echo a correr.

Corro por el pasillo y, aunque no me giro, sé que está demasiado cerca. Puedo sentirlo. El peligro pisándome los talones, sus manos buscando atraparme, su aliento rozándome la nuca. El eco de mis pisadas se confunde con las suyas. Sus dedos se enganchan al cuello de mi camiseta y, como una marioneta movida por hilos ajenos, salgo despedida hacia atrás. Mis pies se enredan entre ellos, trastabillo y pierdo el equilibrio. Ni siquiera reparo en la caída, solo alzo los brazos instintivamente y me cubro la cabeza. Apenas veo, la oscuridad de la noche y los ojos nublados por las lágrimas no me lo permiten; aun así, lucho por liberarme de sus garras. Me agito con tanta violencia que mis piernas arrojan patadas al aire con la esperanza de que alguna de ellas, al menos una, caiga sobre su carne.

¿Qué es esto? Este cuerpo alienado que se sacude convulsivamente no soy yo. No me reconozco. ¿Qué me ha hecho? ¿Por qué me ha convertido en esta bestia? Siento las partes de mí volar con cada patada; los fragmentos rotos de la persona que un día fui salen expulsados cada vez que mis rodillas se retraen para coger impulso. Aquello que apenas se mantenía en pie en mi interior, atado con alambre, ahora ya no existe, se aleja, se pierde, cae en el olvido. Dejo de ser una persona para convertirme en adrenalina pura, músculos movidos por el miedo, un órgano bombeando sangre

en todas direcciones a un ritmo frenético, anormal. Un manojo de tejido y hueso tratando de sobrevivir.

Quiero hacerme una bola en el suelo y llorar por lo que perdí, por lo que se lleva de mí con cada exhalación que suelto, por lo que va a quedar cuando esto acabe… si es que algo queda. Pero replegarme en posición fetal y lamentarme no es una opción. No ahora, cuando necesito cada gota de energía concentrada en mis piernas.

Su aullido de dolor y la libertad me llegan en simultáneo, y mi cuerpo, consciente de que todo segundo cuenta, vuelve a levantarse para emprender la huida. El mareo me desestabiliza y la nube difusa que enturbia mis ojos se torna aún más oscura, pero nada de eso me detiene. Corro hacia el único lugar posible. Corro con la respiración entrecortada y el terror deslizándose por mis venas, mezclándose con mi sangre, volviéndose parte de ella. Una vez más lo siento a mi espalda, pero antes de que sus garfios se hagan con el control de mi pelo, alcanzo mi objetivo y cierro la puerta detrás de mí. Descargo todo el peso de mi cuerpo sobre la madera, como si ese acto pudiera detenerlo…, como si así pudiera mantenerme a salvo.

La lluvia de golpes llega al instante. Uno tras otro. Al ruido le sigue el temblor de la puerta y, luego, el latigazo que zarandea mi figura al completo. Cierro los ojos buscando una calma que amaine la desesperación, pero no llega, porque la secuencia se repite sin descanso. Una vez. Y otra. Y otra. Ruido, temblor, latigazo. Ruido, temblor, latigazo. Las lágrimas se me saltan y el sollozo que había estado conteniendo se abre paso desaforado. Me tapo la boca en un acto reflejo para acallar los gemidos. No quiero que me escuche. Me da miedo que pueda oírme. La furia estalla con más fuerza cuando lloro. No le gusta que lo haga, no le gusta que me sitúe en «el papel de víctima». No lo soy; soy la culpable de que él se ponga de esta manera.

—¡Abre la puta puerta!

Su grito me sobresalta y un escalofrío violento explota en mi columna vertebral, como una corriente eléctrica que golpea mi carne y me trae de vuelta a la realidad. Abro los ojos cargados de agua y contemplo la estancia. «Piensa, piensa, piensa», repito sin parar,

escaneando el espacio en busca de algo que me sirva de refugio… o defensa. No tengo llave, tampoco pestillo, solo mi cuerpo cansado y dolorido impidiéndole el paso. Diviso la silla del pequeño escritorio a mi izquierda y… me arriesgo. No tengo opción. Su fuerza es muy superior a la mía y, tal como me encuentro, no voy a resistir mucho más.

Entre un golpe y otro, me muevo con rapidez y encajo la silla entre la puerta y la cama, trabando la manija con el respaldo. Me tambaleo hacia el lado opuesto de la habitación y me acurruco como un animal herido en el rincón más apartado. Los golpes recrudecen, la madera tiembla con cada impacto y los gritos escalan en volumen e intensidad. Puedo ver el frío de sus ojos convertirse en hielo sin necesidad de tenerlo enfrente; lo llevo grabado en las retinas. El momento del «clic», el levantamiento de todas las barreras, la ira saliéndose de control sin nada que funcione de freno. Algo ínfimo pero enorme que se condensa en sus pupilas y me avisa que ya no hay vuelta atrás.

Me dejo caer sobre la pared y me deslizo hasta acabar en el suelo. Un dolor agudo punza mi costado derecho y automáticamente me llevo las manos a las costillas sin dejar de tiritar. Palpo la zona con cuidado; los dedos apenas me responden y, con la vista velada, procuro examinar el daño. Otro mareo me sobreviene y el miedo a perder la consciencia justo ahora lo coloniza todo. Mi mano viaja temerosa a la parte trasera de mi cabeza, al punto exacto que no deja de latir como si el corazón hubiera abandonado mi pecho y aterrizado en ese espacio.

Las lágrimas me rebalsan incluso antes de ver la sangre tiñendo mis dedos, y entonces, en un rapto de lucidez que me atraviesa de repente, lo recuerdo. Recuerdo sus palabras y mi negación como respuesta. Recuerdo su insistencia, la mirada firme que me dedicó, y su tacto cálido al encerrar el objeto entre mis manos. Recuerdo el temor al ingresar en casa con él a cuestas, sepultado entre las capas de ropa que me vestían.

Parpadeo unas cuantas veces para ganar claridad y me arrastro como puedo; dolorida, casi sin energías, repto por las baldosas antiguas hasta alcanzar el borde de la cama y meto la mano por

debajo. Tanteo la madera con desesperación, con más temblores que seguridad, y al fin, hallo lo que busco.

Vuelvo a arrebujarme en esa esquina de la habitación que me sirve de guarida y miro el móvil con vacilación. Dudo. Si lo hago, ya no hay vuelta atrás. Si lo hago…

Un sonido metálico me hiela la sangre. Ya no son sus puños los que intentan derribar la puerta, sino algo rígido, resistente, robusto. Mi pulso se dispara y el miedo muta a algo tan terrorífico y aplastante que se me enreda en las tripas hasta dejarme sin aire.

«Acaba de dar un paso más».

El llanto me arrasa como un azote inesperado y los ruidos se agarran a mis tímpanos hasta fundirse con ellos. Golpes, gritos, sollozos, respiraciones agitadas… todo indiferenciado, amplificado, ensordecedor. Y yo ya no sé si la voz que explota en aullidos desgarradores es la mía, la suya o una mera ilusión de mis sentidos atrofiados.

La puerta se sacude con tanta vehemencia que la sensación de ahogo es absoluta. Empiezo a presionar los botones del teléfono con urgencia, sin saber muy bien qué estoy haciendo, con la angustia amarrada al cuello. Me llevo el aparato al oído. Un tono. Dos. Tres.

—Hola, ¿estás bien?

La voz alarmada al otro lado de la línea me insufla una pizca de esperanza. Mínima. Minúscula. Casi ridícula.

Tomo aire. Cierro los ojos. Siento el sabor amargo de mis propias lágrimas, me las trago y finalmente hago lo que tendría que haber hecho hace tiempo.

—Necesito ayuda, va a matarme.

Apoyo el móvil a mi lado y el mundo se vuelve negro.

60

ME DOLÍAS

Ciro

—Me encontraron inconsciente, acurrucada junto a la cama, y a él desmayado al otro lado de la puerta, con un matafuego al lado. Cuando abrí los ojos, me topé con dos caras desconocidas que me subieron a una ambulancia y me sacaron de allí. Esa fue la última vez que lo vi. Nunca volví. Vera recogió algunas de mis cosas, saqué todo el dinero que tenía en el banco y… acá estoy.

Un segundo. Dos. Tres. ¿Alguna vez sentiste el corazón en carne viva? ¿La total certeza de que serías capaz de todo? ¿De cometer una puta locura porque lo que te atraviesa el cuerpo es algo enteramente animal? ¿Como si todo lo que te hace humano se hubiese desvanecido para dejar solo un manojo de instintos?

—Lo mato.

Me lancé impulsivo, cegado, hacia la puerta de entrada del local, porque en mi cabeza solo cabía una idea: golpearlo hasta que carne, hueso y sangre se convirtieran en una pasta indiferenciada. Iba a hacerlo. Iba a matarlo. No me importaba absolutamente nada.

La puerta se abrió antes de que llegara a ella y vi salir a Álvaro cargando a una Vera descontrolada.

—¡Suéltame!

La sujetaba con fuerza por el abdomen y había logrado apresar los brazos de la morocha entre los suyos. Ella no dejaba de sacudirse y lanzar patadas al aire en un estado de absoluta enajenación en el que me sentí reflejado.

—¡Bájame ya, Álvaro, no estoy jugando! ¡Voy a matarlo!

—¡Tú no vas a matar a nadie! —chilló mi amigo, depositándola en el suelo, pero sin aflojar su amarre. Vera continuó forcejeando, eufórica, desatada, sin entrar en razones.

—Ella no, pero yo sí.

Pasé por su lado, envuelto en esa bruma febril que dirigía mis pasos, dispuesto a generar una masacre. Había solo una forma de vaciar la inmundicia que llenaba mi cuerpo y era dejarla salir a través de mis puños.

—¡Mierda, Ciro, no!

Sentí un tirón en el hombro que me hizo retroceder unos centímetros. Un instante después, tenía a mi amigo delante, cerrándome el paso. El uso de la fuerza podía funcionarle con Vera, pero no conmigo. Yo era más grande, más fuerte y, en esos momentos, una masa irreflexiva compuesta de odio.

—Te conviene hacerte a un lado —pronuncié, con todo eso que me roía por dentro filtrándose en cada letra—. No voy a volver a repetírtelo.

—No vas a entrar.

—¿Y quién crees que va a prohibírmelo?

—¡Basta ya, Ciro! ¡Los dos! —añadió, echándole una mirada igual de irritada a Vera—. ¡Dejen de comportarse como idiotas y miren a su alrededor! ¿Les parece que esta mierda de escena es lo que Eva necesita?

Tu nombre fue como un baño de agua fría que rompió el embrujo y me escupió de nuevo en la realidad. Aparté la vista de esa puerta que me separaba de mi objetivo y me giré, buscándote. Unas cuantas personas se habían congregado, atraídas por los gritos, en esa callecita que minutos atrás estaba desierta. Me encontré siendo el centro de las miradas, que aguardaban morbosas a que la pelea se desatara. Navegué entre esos rostros sin nombre hasta hallar el tuyo y agradecí internamente a Álvaro por haberme devuelto la cordura antes de cruzar un límite que no tendría retorno.

No sé qué habría sido de nosotros, Eva, si me hubiese convertido en aquello de lo que te habías escapado, si me hubieses visto descargar la furia que nacía de mis entrañas hasta quedarme bien a gusto.

Si hubieses tenido el poder de leer mis pensamientos, habrías visto que guardaba un monstruo en mi interior y habrías salido corriendo, muerta de miedo, en la dirección contraria hasta

convertirme en un punto a tu espalda…, en otro capítulo a olvidar. Al menos, eso es lo que creí en aquel momento.

Hoy, sin embargo, estoy convencido de que viste al ogro en mis ojos, leíste a la perfección todo lo que deseaba sacar afuera y no solo no te asustaste, sino que te sentiste orgullosa de que hubiera logrado mantenerlo a raya, de que no me hubiera dejado devorar por él; de que no fuera únicamente impulsos sino también un haz de lucidez. Fuiste capaz de percibir la negrura que me envolvía, pero también el diminuto destello de luz que había quedado en pie y había pisado el freno.

Nuestras miradas permanecieron enganchadas en la distancia. Estabas tan desarmada, tan herida, Eva, que me dolías. Me dolía la parte de tu historia que ya conocía y la que me quedaba por conocer.

—Se ha ido.

Una voz suave me obligó a desatar el lazo que me mantenía engarzado a tus iris. Era una chica menuda de cabello ondulado a la que no había visto en mi vida.

—El chico… se ha ido —repitió con semblante serio, como si supiera que esa información era importante para mí.

Asentí agradecido y me acerqué a ti con la mano tendida. Todavía tiritabas y tus ojos continuaban soltando lágrimas silenciosas que nos acompañaron todo el camino de vuelta. Toda la noche, en verdad.

—Gracias por traerme —pronunciaste en cuanto estacioné frente a tu casa.

Estabas muy equivocada si pensabas que iba a dejarte sola. Sentía terror de que ese tipo apareciera en mitad de la madrugada buscando reanudar lo que se había visto interrumpido en el karaoke.

—Voy a pasar la noche aquí.

Abriste la boca, pero te corté antes de que pudieras emitir sonido.

—No es negociable, Eva. No tienes que hablar si no quieres, no voy a presionarte; ya lo harás cuando te sientas lista. Puedes permanecer en silencio, acostarte a dormir o ignorarme por completo, pero no voy a irme. Es un hecho. No gastes energía en convencerme porque no hay chance de que me mueva de tu lado.

Apagué el motor y abrí la puerta para descender, pero el tacto de tu mano sobre mi muñeca me detuvo.

—Solo iba a decirte gracias. —Alcé la vista; tu mirada vidriosa ya me esperaba. Las puntas de tus dedos se abrieron paso y acariciaron mi palma con dulzura. Yo te aferré con fuerza. Entrelacé nuestras manos hasta que tu calor y el mío se fundieron en uno—. Gracias por quedarte.

61

EL CHICO DE AL LADO

Ciro

Te llevé directo al dormitorio, besé tus labios y te desvestí tan despacio que el tiempo pareció perder consistencia. Te dejaste hacer como si todo rastro de energía hubiera abandonado tu cuerpo…, como si el peso de la noche se te hubiera desplomado encima. Aun así, apenas acabé de colocarte el pijama, fuiste tú quien se acercó a mi boca para depositar en ella un beso y tirar de mí hacia el sillón.

—Mi padre murió cuando yo tenía dieciocho años —soltaste incluso antes de acomodarte a mi lado—. Lo encontraron tirado en un callejón sucio y oscuro, junto a un contenedor de basura que daba a la puerta trasera del bar en el que solía emborracharse hasta perder la consciencia. Por aquellos tiempos, mi vida, la que yo elegía, si puede decirse de esa manera, tenía lugar por las noches. Acababa de terminar la secundaria, por lo que, por las mañanas, mientras él dormía, me ocupaba de la casa: limpiaba, hacía las compras, pagaba las facturas, planchaba y preparaba la comida para que estuviese lista cuando él despertara. Después de almorzar, me iba a trabajar a la misma esquina de siempre, la misma cantidad de horas; a veces, más. Él ya no me acompañaba porque, por aquel entonces, se encontraba muy deteriorado. Había perdido peso, sufría una tos crónica que le dificultaba la respiración y su cuerpo estaba demasiado débil. Había días en que apenas podía levantarse de la cama, y en otros, los mejores, lograba hacerlo para ir directo a repantigarse en una silla, en su segundo hogar, y perder la noción del tiempo a base de litros y litros de alcohol. Estaba enfermo y yo era lo único que le quedaba —dijiste, a modo de explicación, al ver la dureza instalada en mis facciones.

No podía evitarlo. Oírte hablar de ese pasado tan lleno de carencias y tan falto de amor me despertaba… bronca, impotencia, rechazo. No me malinterpretes, me sentía afortunado cada vez que

me entregabas fascículos de tu historia porque era una muestra de confianza, un avance en ese camino de apertura que transitábamos de la mano y poco a poco. Pero dolía escucharlo, Eva. Y todavía más imaginarlo, bosquejarlo en mi mente hasta sentir los matices de tu antigua vida astillándome la piel.

—Aun así —continuaste—, recuerdo que en ocasiones venía con su fatiga y esforzando sus pulmones al máximo, a ver si yo me encontraba donde debía: trabajando, haciendo dinero. —Sonreíste con tristeza y te apartaste un mechón de pelo del rostro—. Lo veía parado en la acera de enfrente, vigilándome, corroborando que seguía estando bajo sus órdenes, que continuaba teniendo poder sobre mí aun sin estar presente. —Chasqueaste la lengua y tus ojos dejaron de ser barrera para transformarse en agua—. ¿Adónde iba a ir? Era mi padre, mi familia… No iba a dejarlo solo cuando más me necesitaba.

Te encogiste de hombros con tanta amargura que en esa frase y ese gesto te definiste. Me mostraste tu esencia, de lo que estabas hecha. ¿Crees que todas las personas hubieran hecho lo mismo? ¿Crees que otro, en tu lugar, se hubiera quedado cuidando a ese borracho abusivo cuando lo más fácil y lógico hubiera sido largarse?

—El caso es que mi vida comenzaba cuando él desaparecía por la puerta para irse al bar o cuando caía rendido en la cama. Me había convertido en una criatura nocturna: tomaba clases de inglés con Claudia después de la cena, estudiaba y hacía las tareas que ella me dejaba. Luego, a medianoche, partía con mi vecino a casa de un amigo suyo para encerrarnos en un garaje a ensayar.

Fruncí el ceño, confundido, y tú, adelantándote a la pregunta que asomaba en mi semblante, volviste a sorprenderme. Sentía que nunca dejabas de hacerlo. Primero había sido el descubrimiento de esa voz que me quitaba el aliento cada vez que la alzabas. Luego, las letras, tu verdadera pasión. Una vida de dolor que jamás hubiese imaginado cuando te vi por primera vez, sentada detrás de tu escritorio. Unos padres nefastos. Un novio del que todavía me faltaban demasiadas pinceladas para poder ver el cuadro completo y en el que intentaba no pensar porque la bilis volvía a quemarme la garganta.

—Yo cantaba en una banda —confesaste y abrí mucho los ojos por el asombro—. Al menos, lo hice durante un tiempo.

Alzaste la palma en un ademán mudo que pedía paciencia y me demostraba, una vez más, cuánto me conocías. Sabías que estaba rebalsado de interrogantes y que deseaba arrojarlos fuera como si se tratase de bolas de fuego que incendiaban mis entrañas. Pero yo también te había aprendido, Eva, y entendía que mientras más avasallante me mostraba, más te replegabas sobre ti misma. Podía domar mis impulsos y respetar tus tiempos; era un ínfimo precio por pagar si la ganancia era descubrir otra parcela de tu existencia, un trozo más de esa mujer que deseaba conocer del derecho y del revés. Era otra fracción de confianza que ponías en mis manos.

—Sé que estarás preguntándote cómo es posible si te dije que odiaba cantar, que desde que aquello se había vuelto una obligación, un trabajo forzado en el que yo era un mero objeto del que otros se beneficiaban, había perdido toda diversión para mí. —Asentí en silencio—. Déjame explicarte. Aún falta una parte de la historia… —Desviaste la mirada como si te costase sostenerla en alto—. La parte anudada a él.

Antes de que el espacio entre nosotros se llenase de recuerdos, comprendí que por algún motivo que todavía desconocía, pero que pronto me descubrirías, hablar de él te suponía un esfuerzo inmensamente mayor que hacerlo de tus padres. Que «el chico de al lado» te dolía distinto, más hondo.

—Desde que mi madre murió hasta que lo hizo mi padre, me transformé en un espectro. Si antes era delgada y huesuda, ese espacio de cuatro años terminó por consumirme. Casi no dormía entre la casa, el trabajo, la escuela, mi padre enfermo —«enfermo» era un eufemismo bondadoso para ese pedazo de mierda, Eva— y esas clases nocturnas de inglés que me rehusaba a abandonar porque sentía que eran lo único que hacía por mí, por un futuro que apenas podía bocetar en mi mente, pero al que no estaba dispuesta a renunciar. Estaba agotada, saturada de responsabilidades y en constante tensión porque la vida en aquel piso jamás dejó de ser asfixiante. Solo pude respirar cuando él…

Arrugaste la nariz y los labios en una expresión que denotaba incomodidad.

—… murió —completé cuando te vi tragar saliva.

¿Te sentías culpable, Eva? ¿Te pesaba el alivio que había traído su muerte?

—Recién ahí, cuando me liberé de la esclavitud de ese trabajo, de esa esquina que no quería volver a pisar en mi vida, y me deshice de la casa, sentí que comenzaba a crear un camino que podía llamar «mío». —Exhalaste una sonrisa mordaz—. No podía estar más equivocada. —Negaste como si pensar en ello te resultase insoportable y cerraste los ojos, desperdigando otro fajo de lágrimas —. Conseguí empleo en un bar porque las cuentas se acumulaban y de algún modo tenía que pagarlas; contacté con un abogado para iniciar los trámites de la sucesión de la casa y, en cuanto pude, la vendí. Ese lugar coagulaba demasiados recuerdos dañinos con los que no quería seguir conviviendo.

Tu mente viajó al pasado mientras perdías la vista en un punto indefinido a mi espalda. Soltaste un sollozo que me astilló el pecho y el vello de los brazos se te erizó como si estuvieses habitando ese recuerdo, viviéndolo, sintiéndolo latir más fuerte que el presente en que te hallabas.

—Aquella tarde había recibido una llamada telefónica del abogado para informarme que habían hecho una oferta por la casa. Estaba tan eufórica por la noticia que apenas me despedí del letrado, marqué su número para contarle las últimas novedades. —Él, siempre él—. Cuando acabé mi turno en el bar, salí y lo encontré esperándome, con su cuerpo recargado contra un poste de luz en esa postura de chico malo y *rockero* torturado que tantas miradas levantaba. Sus ojos marrones estaban llenos de ansiedad. Nos conocíamos demasiado… o eso creía. —Volviste a apretar los párpados—. Recuerdo que se punzó el labio, sonrió con esa sonrisa traviesa de medio lado que era su marca personal y, en cuanto di un paso hacia él, las palabras se le despeñaron de la boca: «¿Por qué no nos vamos a vivir juntos?», soltó de golpe. Ni siquiera me había dado tiempo a acortar la distancia que nos separaba. Habíamos hablado en alguna oportunidad sobre lo que haría una vez pudiera

desprenderme de la casa. Yo no tenía grandes pretensiones, únicamente me urgía largarme de ese sitio que solo encerraba memorias amargas. Quería mudarme más que cualquier otra cosa en el mundo. Deseaba una hoja en blanco que no contuviera las huellas de mis padres. Me quedé clavada en el lugar sin saber qué responder; la propuesta me había tomado por sorpresa. Sus ojos brillaban de ilusión. Una sola vez lo había visto así de ilusionado, cuando Claudia le regaló su primera batería. «Vamos, Ev, dime que sí», dijo, acercándose hasta pararse frente a mí. No puedo decir que la idea no me resultara atrayente, pero creo que, en el fondo, lo que no quería era estar sola, a pesar de que en aquella casa siempre lo había estado. Así que acepté, y menos de dos meses después, luego de concretar la venta y con dinero en el banco, Luca Blanco y yo compartíamos techo.

Esa fue la primera vez que pronunciaste su nombre, la primera vez que oía esa conjunción de sílabas que hasta entonces siempre habías suplantado con otras combinaciones. En todos tus relatos te referías a él como «el vecino» o «el chico de al lado». Me extrañó no haber reparado antes en esa falta obvia y me resultó evidente por qué ahora sí lo mencionabas en alto, con nombre y apellido. Me habías hablado de él en cientos de ocasiones, pero recién ahora me lo presentabas, entero, completo: las dos partes de la historia. Aquella que te desbordaba el pecho de emociones bonitas, y la otra, la oculta. La que te costaba articular porque cada letra te sangraba en los labios. La que llevabas enquistada y te abría al medio con solo evocarla. Esa que estabas a un paso de revelarme hasta quedar completamente desnuda ante mis ojos.

Esa noche, «valiente» y «vulnerable» volvieron a confluir en tu nombre.

62

LA OTRA PARTE DE LA HISTORIA

Ciro

Posé la taza de té sobre la mesa y tus manos temblorosas la abrazaron, buscando cobijo. La cocina sustituyó al sillón del *living* como confesionario, y entre arabescos dibujados con la punta de los dedos sobre el mantel y nubes de vaho con aroma a vainilla, las palabras volvieron a fluir de tu boca. El dolor no tardó en esparcirse por el ambiente hasta acaparar cada molécula de aire. Costaba respirar.

—Cuando tenía diecisiete años, me llevó por primera vez a la casa de Pablo, uno de los miembros de la banda de la que Luca formaba parte hacía más de tres años. Llevaba meses intentando convencerme, diciéndome que no tenía que cantar si no lo deseaba, pero que al menos lo acompañara. Quería presentarme a sus amigos y que escuchara en vivo cómo sonaban. Hasta ese momento, solo los había oído a través de las grabaciones que traía y que compartíamos en ese pequeño mundo de dos que era su habitación. Al principio me negué; ya tenía suficiente con pasar cada tarde de mi vida haciendo algo que odiaba para llevar dinero a casa como para, encima, ocupar también las noches. Pero… —te encogiste de hombros—, era importante para él. No dejaba de hablar sobre el nuevo vocalista que se había incorporado al grupo solo unos meses atrás; decía que era infinitamente mejor que el anterior. Pasaba horas describiéndome con lujo de detalles cada ensayo, cada arreglo que hacían a las canciones, las nuevas letras... Eran buenos haciendo *covers,* pero tenían serios problemas para componer —precisaste, y un destello distinto, lejano a la tristeza, conquistó tus ojos—. El punto es que finalmente accedí, y no tardé en enamorarme de lo que ocurría en aquel garaje. Eran cuatro chicos haciendo lo que les apasionaba, soñando con tocar algún día frente a miles de personas, llenar estadios, tener *fans*, recorrer continentes

al ritmo de sus melodías y vivir de la música. Pero, por encima de todo, eran un grupo de amigos divirtiéndose, riendo a carcajadas, aporreando instrumentos, disfrutando y olvidándose del mundo… dejándolo al otro lado de la puerta para transformarse en acordes y risas. Muchas, Ciro. Verdaderas. De esas que nacen en la tripa y sacuden el cuerpo entero. Esas que en otro lugar atraerían miradas irritadas porque no entienden de modales ni discreción, porque estallan en el aire con ruido y con ganas, como un *show* de fuegos artificiales de fin de año. Pronto, esa atmósfera alegre y distendida empezó a impregnar mi piel, y unas tres semanas más tarde, entonaba mi primera canción delante de aquellos chicos que, a partir de entonces, se convertirían en parte de mi vida. Recuerdo que una sensación de victoria se alzó en mi pecho, algo que me hizo reír y llorar a la vez. Fue como redescubrir una parte de mí que ni siquiera sabía que seguía existiendo, como cavar en la arena y hallar un juguete perdido hace años. Así se sintió: sorpresivo. Conocido y nuevo al mismo tiempo. Esperanzador.

Llevaste la taza a tus labios y dibujaste una mueca de placer cuando el sabor a vainilla se esparció garganta abajo.

—Desde aquel día, mis noches se partieron en dos: estudio y disfrute. Comencé a cantar mis propias canciones, esas que había escrito tiempo atrás pero nunca habían salido de las entrañas del cuaderno. Aunque lo mejor de todo fue ver a otros cantar aquello nacido de mi puño y letra. Fue una época luminosa y muy productiva. Las ideas llegaban en oleadas y me recuerdo siempre con un lápiz entre las manos, ya que mis dedos no dejaban de danzar sobre el papel, trazando música.

Diste otro sorbo al té y algo parecido a una sonrisa empinó tus comisuras.

—El aire relajado y jubiloso que se respiraba en aquel garaje me ayudó incluso a transitar la muerte de mi padre, porque me contagiaba hasta tal punto que yo también lograba dejar aparcadas, bajo el árbol que adornaba la entrada, las preocupaciones diarias, la bolsa de responsabilidades… la vida entera. Yo también mutaba hasta convertirme en versos, notas y melodías. Y me gustaba porque no era forzado, no dependía de la voluntad de otro. Era

elección mía. —Llevaste el índice al pecho, enfatizando tus palabras —. Sabes, Ciro… «Libertad», «independencia», «opciones», siempre han sido conceptos abstractos para mí, algo tan lejano e inalcanzable como esa línea en la que mar y cielo se tocan. Aquella etapa fue lo más parecido a ser libre que había experimentado hasta entonces. Cuando la casa, mi padre y las tardes de vender mi voz a cambio de unas monedas quedaron en el recuerdo, me deshice también de los pocos harapos que tenía y de una imagen en la que nunca me había reconocido. La paga en el bar no era gran cosa, y una buena parte se iba en el alquiler y los gastos comunes, pero solía reservar una pequeña porción para mí. Comencé a comprarme ropa, calzado, a establecer rutinas alimentarias sanas y a dormir más horas. Me anoté en algunos cursos que mi apretada economía me permitió costear y, si no recuerdo mal, fue por esos meses que empezaron a llamarnos para presentarnos en bares o salas de conciertos. Al principio, junto a otras bandas y a cambio de unas cervezas que yo no consumía. Con el tiempo, comenzamos a ganar algo de dinero. Ínfimo —sonreíste—, pero inmensamente valioso. Aquellos billetes significaban más para nosotros que un sueldo desorbitado en un trabajo que no nos provocaba cosquillas en la piel.

—No lo entiendo, Eva.

Tuve que frenarte porque me sentía cada vez más perdido. Todo lo que contabas era bonito, llenaba tus ojos de un brillo que nada tenía que ver con la angustia, el miedo o la tristeza. No encajaba esa vida tuya que parecía empezar a despegar ni ese chico que parecía quererte con locura, con el horror que me habías develado unas horas antes y del cual no te había quedado más remedio que huir.

—Yo sí —afirmaste con gesto apenado—. Me llevó años advertir ciertos detalles que había pasado por alto; comprender que, si bien las drogas y el alcohol hicieron su trabajo, había otras cuestiones que no había sabido ver. O tal vez no había podido, no lo sé. Es difícil encontrar fealdad en lo único que te mantiene viva la esperanza. Y Luca había sido eso para mí: mi punto de anclaje a la cordura, la creencia de que el mundo tenía un costado amable y bello, pese a que en aquel entonces yo no tuviera acceso a él.

Inflaste de aire tus pulmones y me lo contaste todo. Meticulosa y desgarradoramente todo. Cómo, en un lapso de tres años, el grupo empezó a crecer, las presentaciones se tornaron frecuentes y las noches se alargaron; cómo comenzaste una vez más a hacer malabares entre trabajo, casa, estudio y ese espacio de creación, letras y ritmos al que tampoco querías renunciar; cómo las compañías de Luca fueron cambiando, igual que su carácter; cómo volvías sola a casa después de cada aparición en público, porque para él la noche solo acababa cuando el sol se alzaba en lo alto del cielo y la cruda luz del día destronaba a la oscuridad en la que se amparaban los excesos.

No te guardaste nada, Eva. Compartiste cada hebra de dolor que te rompía al trepar por la garganta. Fuiste llanto desconsolado, lágrima silenciosa, pasado en carne viva y la muestra viviente y más hermosa de la palabra resiliencia.

Te convertiste en susurros ahogados al caminar por la cornisa de la memoria para narrarme esa escalada de violencia en la que quisiste vestirte de heroína y luchar para traer de vuelta a un chico que ya no existía, blandiendo las ganas como única arma. Poderosa pero insuficiente. Volviste a encontrarte sola peleando contra un monstruo demasiado grande, igual que lo habías hecho de pequeña. ¿A cuántas puertas se puede llamar pidiendo ayuda hasta bajar los brazos? Si yo estoy hecho de impulsos, tú lo estás de tenacidad, firmeza y puños incansables.

Me relataste cómo las mentiras, los portazos y los agujeros en el lado izquierdo de la cama fueron convirtiéndose en moneda corriente; cómo las caricias se tornaron posesivas y dieron paso a amarres demasiado fuertes, muñecas marcadas, empujones, moretones en brazos, objetos rotos y nudillos despellejados de tanto impactar contra las paredes; cómo los gritos y las discusiones reemplazaron a esos libros compartidos bajo el calor de una manta y las estrofas dibujadas con tinta en la piel.

Cuando hablaste con la voz quebrada de lo crudo que se volvió el sexo, de ese pasaje también escalonado de lo amoroso a lo violento, me resquebrajé. Imaginé tu cuerpo delicado en manos bruscas y

desconsideradas y quise deshacer ese pasado. Asesinarlo. Verlo arder lejos de tu recuerdo.

Cuando me confesaste que te encerró en el baño más de una vez, simplemente me rompí. Las grietas alargadas que surcaban mis membranas no resistieron el golpe y tuve que abandonar la cocina porque el oxígeno dejó de ser respirable. La estancia estaba tan henchida de sufrimiento que apenas quedaba espacio para nuestros cuerpos.

—El miedo fue una constante en mi vida de la que creí haberme librado. Hui en cuanto pude, solo para darme cuenta de que había caído en el mismo lugar —declaraste con la voz muerta—. Otra habitación, otras paredes, otros puños golpeando, otra voz gritando mi nombre al otro lado de la puerta, pero la misma jaula, los mismos barrotes, idénticas ganas de desaparecer. «Esto ya lo viví», pensaba acurrucada en una esquina de la bañera. Sentía cómo me encogía, y ya no quería hacerme pequeña para que los demás se sintiesen grandes. No sé qué consumía, porque no lo hacía delante de mí. Tampoco sé cuánto ni en qué momento exacto comenzó a hacerlo. Lo único que sé es que todo lo que ahora parece excesivamente obvio, en su momento no lo fue. Fue un cambio paulatino, lento, y a pesar de que notaba esas pequeñas variaciones, no conseguí imaginar lo que vendría. Tampoco fui capaz de dejar de insistir. ¿Cómo se hace? ¿Cómo se deja de intentar? ¿Cómo se suelta la mano de quien quieres en su peor momento? —Negaste, exhausta, y te mordiste la tristeza; la empujaste dentro—. No pude aceptarlo, dar la vuelta y marcharme, hasta que fue demasiado tarde.

—Pero… dijiste que se había ido. Pensé…

—Es que lo hizo, se fue. El chico que yo conocía, el que me prestaba su colchón, ponía música en mis oídos y mantenía sus estanterías llenas de ejemplares para mí, fue desapareciendo poco a poco. Pero hubo señales, sabes. Previas. Anteriores a la bebida, los polvos blancos, los desfases y excesos de todo tipo. No sé explicarlo con claridad y tampoco supe reconocerlas en aquel entonces. Tal vez porque fueron sutiles, porque aparecieron diseminadas entre otras muchas cosas que, por esos tiempos, tenían más peso. Quizá, por esa razón, no alcancé a ver en ellas el germen de lo que luego se

expandiría y escalaría posiciones. No logré otorgarles la importancia que en verdad merecían hasta que la bola fue demasiado grande y ya no pude frenarla. Pero estaban ahí, a la vista de quien estuviese dispuesto a mirar con atención. El problema es que nadie lo hizo. Nadie prestó atención.

Te acercaste a la nevera en busca de un vaso de agua. Las manos no dejaban de temblarte, parecían las lánguidas hojas de un árbol sometidas a los caprichos del viento. La jarra de vidrio se tambaleaba entre tus palmas y el líquido transparente en su interior danzaba de un lado a otro sin timidez. Aferré tu brazo con el mío hasta que el recipiente dejó de oscilar y te dejaste caer sobre mi pecho, como si sostenerte en pie fuese una proeza. Coloqué el agua sobre la mesa y te abracé todo lo fuerte que pude. No sé si intentaba mantener unidos los pedazos en que te estabas deshaciendo a medida que te desnudabas o si trataba de sujetar los míos. Tal vez buscaba recomponernos un poco a ambos, o prolongar ese paréntesis en el que únicamente hablamos el lenguaje de la piel, sin que las palabras que todavía quedaban por decirse terminaran de destrozarnos. A lo mejor, todo lo que quise fue rozarte, sentirte. O quizá fue la forma que encontré de hacerte saber que yo era el cuerpo sobre el que podrías apoyarte siempre que las fuerzas te abandonaran, el lugar donde podías descargar parte del peso que arrastrabas; ya no tenías que cargarlo sola.

Tus ojos eran dos rendijas hinchadas, vestidas de rojo y coronadas por manchones de pintura negra que hablaban de cansancio y desconsuelo. Tenías los labios secos, agrietados, y la mirada extraviada en el ayer. Bebiste hasta vaciar el vaso y, sin soltarme, nos condujiste al sillón. La historia se reanudó. Tus cuerdas vocales encontraron el sonido. Tu mano y la mía no volvieron a separarse.

—Él solía meterse en muchas peleas de adolescente. Demasiadas. Cada dos por tres aparecía con un ojo morado o los nudillos lastimados. Pero era tan encantador… Tenía tal facilidad de palabra que siempre terminaba por convencerme de que había sido por una buena razón. Y no tenía motivos para no creerle, porque, ¡vamos!, era Luca, el chico que me lo daba todo. En mi mente, él era pura

bondad; no había espacio para pensamientos de otra naturaleza. Hasta bien entrada la adolescencia, nuestra relación se concentró pura y exclusivamente en una habitación; unos metros cuadrados que actuaban como una burbuja compartida. Pero no olvides que él tenía una vida afuera. Yo, en cambio, no. Solo contaba con una existencia forzada de la que buscaba escapar y esa vida suya que me prestaba, como todo lo demás. Como esas sábanas en las que dormía o esos libros en los que metía la cabeza para anestesiarme de una realidad insoportable. Yo vivía a través de sus palabras, de sus experiencias. Cuando comencé a salir, a formar parte de la banda y presenciar esas peleas… algo no encajó.

63

COMPLETAMENTE DESNUDA

Eva

—Luca no era el típico hombre celoso que le dice a su chica cómo debe vestirse, qué prendas evitar o que busca trocar faldas por pantalones y aberturas por cuellos altos. Por el contrario, me incitaba a usar vestidos cortos, minifaldas, escotes. Le gustaba verme *sexy*, sus ojos se encendían y su sonrisa pícara perdía todo rastro de inocencia. Le encantaba mi cuerpo, pero más le gustaba repetir que era suyo. —Tragué saliva y te vi apretar los dientes hasta convertir tus labios en apenas una línea—. Adoraba mostrarse conmigo, que los demás vieran que estaba con él, que lo elogiaran por la mujer que tenía a su lado, ya sea por mi apariencia, mi voz o por el modo de moverme sobre el escenario; daba igual el halago. Ahora, si se acercaban a mí, si me felicitaban o alababan directamente a mí, lo sentía como un ataque, como si fuesen a robarle algo suyo, algo que era de su propiedad. Entonces se desataba el caos.

«¡Basta! ¡Vas a matarlo!».

«Por favor, Luca, suéltalo».

«¿Qué haces? ¡Para!».

Sacudí la cabeza para apartar los gritos, los sonidos de la piel desgarrándose, los huesos quebrándose bajo unos puños imparables que no conocían el término piedad. Mi llanto histérico. El chirriar de las mesas al ser impactadas por los cuerpos.

—Aparecían los gritos, las trompadas desenfrenadas, la furia en estado puro, los ojos inyectados en sangre, para finalmente culparme a mí por provocar esa situación. Decía que yo los seducía, que coqueteaba, que lo hacía quedar en ridículo.

«¿Te gusta verme así?».

«¿Te divierte ponerme celoso?».

Me empeñé en empujar los recuerdos, pero continuaban llegando como ramalazos ardientes dispuestos a dejar marca.

«Cómo te gusta ponerlo nervioso. Siempre buscando atención».

«¿Te gusta hacer enojar a tu padre?».

La misma lógica perversa que manejaba mi madre. El mismo mecanismo que regía en la casa en la que crecí. La culpa, una y otra vez, cayendo sobre mí.

—Al principio, en las primeras presentaciones, creía que se sentía orgulloso de mí, de verme parada bajo los focos con un micrófono entre las manos, porque de alguna manera eso simbolizaba una especie de triunfo. Les había ganado a esos años de trabajo maquinal, de canto impuesto por otro, para volver a hallar en ese acto el disfrute, la diversión, el costado placentero que me habían arrebatado a golpe de rutina y arbitrariedad. Me miraba con tal adoración… —Más lágrimas se desprendieron de mis ojos—. Pero, con el paso del tiempo, fui comprendiendo que la razón era bien distinta. Mi voz atraía miradas, captaba la atención; siempre lo había hecho. Yo era… era su posesión. Algo para mostrar. Comencé a sentirme igual que cuando era pequeña y mi padre me paraba durante horas en aquella esquina, como si fuese un mono obligado a hacer su gracia. Volvía a ser un objeto en exposición. Una vez más, se apropiaban de algo que no les pertenecía, a la misma velocidad que en mí moría eso que había renacido. Por eso fue tan importante, Ciro, subir a un escenario aquel día en el karaoke y cantar. Porque no me robaron una, sino dos veces la voz. —Me llevé la mano al cuello; el dolor me ahogaba—. Porque cuando creí haber reencontrado la alegría, el juego, en eso que una vez me había apasionado, volvieron a quitármelo. Primero, mi padre; luego, Luca. Ambos de distinto modo. Uno exponiéndome con la suciedad en el cuerpo y la ropa salpicada de agujeros para provocar lástima y obtener dinero. El otro, enseñándome como «la vocalista», como un efecto personal, sentándome sobre su regazo, besándome delante de todos para marcar territorio. Exhibiéndome.

Tu rostro era un eco del mío. Tenías la mirada apagada, el verde que siempre irradiaba vida ahora era una esfera cubierta por el agua, y aunque sentía tu dolor en cada retazo de biografía que te

entregaba, no podía parar. Quería abrirme al medio y mostrarte las entrañas. Quería arrancarme la pena del pecho y extenderla ante tus ojos. Que la vieras. Que *me* vieras.

«Solo se aprende a compartir cuando tienes algo para dar. Y yo no tenía nada», te había dicho una vez. Y era cierto. «Nada» es todo lo que tuve la mayor parte de mi vida. ¿Y ahora era esto lo único que tenía para compartir contigo?

«Oye, Ciro, esto que apenas puedes oír, que ni siquiera soportas mirar, soy yo. Este engrudo de angustia, horror, recuerdos tormentosos y heridas mal cicatrizadas, soy yo. Este cuerpo que no pronuncia groserías, pero arroja verdades imposibles de escuchar, soy yo. Esto que te hace huir de la habitación porque te resulta intolerable, soy yo».

Ojalá hubiera tenido algo más bonito para ofrecerte.

Aun así, quise mostrártelo. Aun así, te animaste a verlo.

—Puede parecer tonto, pero creo que incluso el modo de referirse a mí, como Ev, arrancándome una letra, llamándome como nadie más lo hacía, era una forma de recalcar esa propiedad. De despojarme de algo «mío» para convertirlo en «suyo».

No sé si podías seguir mi lógica, si encontrabas sentido en lo que decía o si mi mente corría demasiado deprisa mientras mi boca se expresaba un tanto desordenada. No hablaste mucho durante la noche, te guardaste todas las palabras para el alegato final. Ese que me rajó al medio y me recompuso a la vez. Tampoco hiciste demasiadas preguntas, te limitaste a consumir en silencio lo que iba arrojándote como balas, a tragar mi basura y a prestarme tu pecho para descansar mi peso.

—Y a eso se le sumaron las peleas —seguí. Ya no existía la posibilidad de parar—. Un momento todo eran risas y al siguiente arremetía con saña contra el chico de turno por el simple hecho de que había osado aproximarse para felicitarme por tal o cual canción. Y luego, yo era la responsable por propiciar esos desenlaces, la culpable de desatar su violencia. El mecanismo era tan retorcido que llegó un punto en el que empecé a fijarme en la ropa, a descartar cualquier trozo de tela que pudiera dar lugar a interpretaciones erróneas y a mostrarme hosca con la gente. Si notaba que alguien

me miraba o sonreía, sencillamente me alejaba para evitar situaciones desagradables. Era agotador. Otra vez no decidía sobre cómo vestirme o con quién relacionarme. De nuevo me hallaba a merced de otro.

Cogí aire y lo exhalé en pequeñas dosis.

—Canté por última vez dos días antes de que todo estallase por los aires. De hecho, esa fatídica madrugada, la final, todo se desencadenó porque no me presenté en un concierto.

—¡Lo que ocurrió no fue tu culpa!

No tardaste ni un segundo en alzar la voz. Tu mirada tomó la mía con firmeza…, con la misma firmeza con que acababas de disparar esa afirmación. Querías erradicar cualquier resquicio de duda en mí.

—Ahora lo sé.

Tu semblante pensativo se perdió en nuestras manos, esas que permanecían unidas sobre tu regazo sin intención de desenredarse.

—Y después de seis años volvió a cantar… —susurraste bajito, empezando a dibujar espirales en mi palma.

—¿Qué?

—Eso fue lo que dijo Vera la primera vez que fuimos a El Aura, cuando nos dejaste a todos con el corazón temblando. No entendí en aquel momento el motivo de sus lágrimas ni por qué era tan importante que hubieras vuelto a hacerlo. Ahora… ahora comprendo.

El silencio onduló entre nosotros hasta acomodarse y volverse compañía. No sé cuánto tardé en hacerlo añicos con todas las palabras que todavía me quedaban por decir. El tiempo había perdido sentido y conceptos como «noche», «día», «amanecer» o «atardecer» parecían haber colisionado hasta fundirse y ser una única y misma cosa.

«Mira lo que me haces hacer». «¿Te gusta hacerme quedar en ridículo?». «Nadie va a quererte como yo». «Entre nosotros no hay secretos». «Te necesito». «Me necesitas».

Las señales. Todos los indicios estaban ahí, a mi alcance, delante de mis ojos.

—El cuarto de Luca fue mi refugio, pero a la vez funcionó como caja de cristal. No hubo problemas mientras fuimos solo dos niños jugando a construir su propio mundo, uno que cabía en una

reducida ración de metros. Una díada cerrada, consolidada e inaccesible. Ahora, cuando las paredes de la caja cayeron y ese universo de dos comenzó a expandirse, la cosa cambió. Dejé de ser la chica fantasma que solo habitaba bajo aquel techo para salir a la vida. La real. La que incluía a otras personas, otros terrenos y experiencias para vivir en mi propia piel.

«Esa boca es mía, solo mía». «Ella es *mi* chica».

Sus frases golpearon las orillas de mi cerebro como un péndulo incesante. ¿Cómo no lo notaste, Eva? ¿Cómo fuiste incapaz de verlo?

—Él nunca había tenido que marcar territorio porque yo era *su* territorio. De nadie más. Pertenecía a ese dormitorio-cápsula que nos mantenía aislados del exterior, no me movía de aquellos márgenes conformados por un ventanal, un trozo de alfombra, un escritorio, una cama de una plaza y una serie de repisas. —Mi respiración se desbocó cuando otro recuerdo llegó para golpearme con su nitidez—. En la casa en la que me crie, jamás se me permitió tener nada propio, y en la de Luca, todo me fue prestado. Cuando me regaló mi primer cuaderno, ni siquiera se me pasó por la cabeza cruzarlo al otro lado del balcón; ya te he hablado de la morbosa inclinación de mi padre por destruir objetos y aquel guardaba demasiado valor para mí, no podía permitir que acabara del mismo modo que sus antecesores. Ese atardecer rosáceo con pinceladas lilas y anaranjadas contenía dentro *mi* lienzo en blanco en el que pintar *mi* interior, el sitio en el que vaciarme y exponerme del único modo en que sabía hacerlo: escribiendo. Empapando renglones de trazos. Así pues, lo coloqué entre dos libros, en el tercer estante, y poco a poco fui rellenándolo con capas de mí, desnudándome en esas hojas, caminándolas con el alma descalza, porque dentro de ese paisaje crepuscular yo podía ser sin miedo. No tenía que tragarme las palabras y desangrarme en el mutismo por temor a las consecuencias. No debía preocuparme por alientos etílicos y movimientos torpes capaces de silenciarme con su mera presencia. Podía fluir, liberarme, sentir sin fronteras y poner contraste en ese papel pálido con el negro de la tinta.

Comencé a llorar o, tal vez, nunca había dejado de hacerlo. No estoy segura. Solo sé que podía sentir las lágrimas negras acariciar

la curva de mis mejillas, arrastrar restos de maquillaje y caer muertas sobre mi ropa.

—Un día salté el paredón, atravesé el ventanal que Luca siempre dejaba entreabierto para mí, y lo vi. Estaba sentado en la cama leyendo mi cuaderno. —El recorrido de tus dedos por mi mano se detuvo—. Debió advertir mis pisadas a su alrededor porque, sin levantar la vista de la página donde sus ojos reposaban, dijo: «Esta es mi preferida» y comenzó a leer en voz alta lo que hasta entonces creía solo mío. —Me costó seguir. La voz se perdió dentro de mi boca como si hubiera olvidado el camino de salida. Carraspeé y volví a intentarlo—. Recuerdo su rostro sonriente al tiempo que marcaba con el dedo el pasaje que iba recitando. Sonreía con naturalidad, como si todo estuviera bien, mientras en mi interior no podía dejar de sentir que había algo que estaba profundamente mal en ese acto, que, una vez más, el concepto de intimidad se desvanecía; que yo les pertenecía a todos, pero nada me pertenecía a mí. ¿Comprendes ahora por qué fue tan significativo que eligieras no leer mi cuaderno aquel día en el trabajo? ¿Que te mordieras las ganas, acordonaras tus impulsos y tu curiosidad, y me lo devolvieras cerrado, tal como lo habías encontrado? Me respetaste. El chico que jugaba a quebrantar todos los límites no cruzó esa línea. La de lo privado. ¿Ves las señales, Ciro? ¿Las ves?

El llanto se tornó desesperado, caótico, igual que los pensamientos que me atravesaban, igual que las palabras que quería arrancarme de dentro y expulsar en manada, todas juntas y embrolladas. No me importaba. Solo necesitaba exiliarlas, desalojarlas de ese recoveco en el que se habían acuartelado hacía años y verlas volar lejos.

Parecía hecha de enunciados. Frases que otros habían cosido sobre mi piel a base de incesante repetición. Con puntadas certeras, firmes. Con nudos apretados. Estaba escrita en una lengua ajena y aprender mi propio idioma, desgarrar esos hilos, era un trabajo en pleno proceso.

—«No hay secretos entre nosotros» es la frase que más ruido me hace. ¿Sabes cuántas veces la oí? ¿Durante cuántos años? —Barrí de un manotazo un grupo de lágrimas hacinadas bajo mis ojos—.

¿Suena romántica? No lo es. Es tóxica. ¿Sabes por qué? Porque su columna vertebral es lo indiscriminado. La no diferencia. Lo borroso. Para que una relación sea sana *tiene* que haber diferencia. *Tiene* que haber un «yo» y un «tú». *Tiene* que haber una puerta que pueda cerrarse para distinguir lo propio de lo ajeno.

Fueron tus pulgares los que ahora limpiaron con gentileza otro charco de agua salada que apenas me permitía ver.

—Yo salté de «lo tuyo» a «lo nuestro» sin escalas. ¿Notas lo que falta, Ciro? Lo propio. Lo «mío» —chillé, clavándome el puño en el pecho—. Lo único que me pasé buscando la vida entera. Nací y crecí en una casa en la que nada me pertenecía, dormí parte de mi infancia y mi adolescencia al completo en un cuarto en el que todo era suyo, de Luca, y luego nos mudamos juntos a un piso «nuestro».

Me puse en pie, agitada. Mi tórax se hinchaba y convulsionaba al ritmo disfuncional que marcaban mis sollozos.

—Necesito… necesito parar —modulé entre hipidos.

Quería calmarme, mojar mi cara, beber agua, tomar otra taza de té caliente… cualquier cosa que ayudara a desacelerar el bombeo demencial de mi corazón y a frenar las constantes sacudidas de mis manos. No pude. Continué desparramando, como una metralleta salida de control, las emociones que habían despertado al tenerlo, luego de tantos años, nuevamente frente a mí.

La habitación me daba vueltas. Mi estómago se zarandeaba con furia y el llanto se transformó en una tormenta sin visos de amainar. Todas las señales que había pasado por alto, mi madre, mi padre, Luca, la pequeña Eva y una verdad que estaba a punto de escupir, tal vez la más intrincada, dolorosa y difícil de aceptar, me explotaron dentro.

—Eso que yo veía en él, partía de mi necesidad; era una mirada sesgada, una imagen incompleta. Todo lo bueno se comía a mordiscos lo malo hasta eliminarlo del panorama. ¿Sabes lo que sentí al verlo?

Tiraste con delicadeza de mi mano y volviste a sentarme a tu lado. Tu figura era un manchón velado, apenas visible detrás de las láminas de líquido que nublaban mis ojos. Aun así, noté la tensión

que se apoderó de tu cuerpo ante esa pregunta. Sin embargo, no supe distinguir si se debía a que no deseabas oír otra escena de terror como la que había puesto fin a lo que Luca y yo un día tuvimos, o si temías que te hablase de amor. A fin de cuentas, ese había sido tu primer pensamiento al ver mi reacción en el karaoke.

—Miedo —confesé—. El mismo pánico crudo de aquella noche, de la última vez que lo vi. ¿Alguna vez lo has sentido, Ciro? Y no me refiero a esas burbujas molestas que parecen reventar en tu panza ante la posibilidad de reprobar el examen final de la carrera para el que llevas meses preparándote, o a esa sensación que te provoca la mala costumbre del amigo bromista cuando se acerca por detrás, cogiéndote desprevenido, y te pega el susto del siglo. No. Hablo del miedo real. Esa bestia que te chupa el oxígeno del cuerpo en cuestión de segundos y repta por tu espina dorsal como si cientos de insectos caminaran sobre tu piel a la vez, paralizándote. Esa mano que se cierra sobre tu garganta y aprieta hasta que respirar se convierte en una utopía, en algo casi inalcanzable. Sabes… el miedo no es racional. Estábamos en un lugar lleno de gente, había cientos de ojos a nuestro alrededor, numerosas manos capaces de intervenir; era imposible que me lastimara. Sin embargo, mi cabeza fue incapaz de usar la lógica en ese instante porque las sensaciones se apoderaron de todo. Han pasado más de seis años, Ciro… —mi voz se quebró. El aire se llenó de lamentos que no había forma de contener y la mezcla de tristeza, enfado y desilusión halló el resquicio necesario para salir a la luz—, más de seis años y con su sola presencia sentí que me moría, que mi vida corría peligro, que el cuerpo me traicionaba porque no me respondía, porque lo controlaba él, igual que aquel día. ¿Cómo puede ser? ¿Cómo puede seguir teniendo un poder tan grande sobre mí después de tanto tiempo? Fue verlo y volver a esa habitación, a ese suelo, a ser la chica replegada sobre sí misma que se abrazaba las rodillas y se cubría la boca para intentar acallar los sollozos, porque oírme llorar lo sacaba de quicio.

Quisiste tocarme y te aparté.

—¿Y sabes qué es lo peor? ¿Lo que me ocurrió aquella noche y también hoy? ¿Lo más retorcido, enrevesado y jodidamente

enfermo?

Ahí estaba. Un «jodidamente» que en otras circunstancias jamás hubiera verbalizado. Una verdad instalada tan hondo, tan dentro, que pronunciarla en alto y delante de otra persona se sentía como extirparme un órgano. Amputarme una extremidad. Arrancarme una parte de mí.

Me puse en pie y me alejé. No podía mirarte a la cara mientras te vomitaba lo estropeada que estaba. ¡Sorpresa! La chica impecable por fuera tenía el interior más podrido y negro que habías conocido jamás.

Mi cabeza pesaba. Mis ojos ardían.

—Lo peor es que, al salir de ese estado de estupor, cuando mi cuerpo se relaja y el frío deja de viajarme por las venas, algo dentro de mí, muy profundo, muy arraigado, me dice que ese chico sería incapaz de hacerme daño. Es como si mi mente se empeñara en negar la evidencia, como si creyese que aquel fatídico día fue solo un sueño, o un error, o producto de mi imaginación. Como si nunca hubiese existido ese hombre desencajado, drogado hasta las cejas, tirando la puerta abajo con un matafuego, dispuesto… dispuesto a todo. ¿Existe algo más patológico? Hay… hay algo mal en mí. —Te miré entre lágrimas, no sé si para que me lo confirmaras o para que lo notaras si aún no lo habías hecho—. ¿Cómo puedo tener dentro semejante dualidad? Porque me quedo paralizada del miedo al verlo y, a la vez, pienso que no me lastimaría jamás. Es… es enfermizo.

Me moví nerviosa, cansada, frustrada. No podía mantenerme quieta. Quería gritar y llorar y vaciarme hasta que dejara de doler. Hasta dejar de sentir. La piel estaba demasiado sensible y yo, demasiado expuesta. Traslúcida. Pero aún no acababa.

—¿Sabes lo que ocurre? Que lo que me une a él, lo que siento por Luca, es mucho más complejo que la relación que tuve con mis padres. Ellos nunca fueron refugio, ni calor, ni manos amables, ni cobijo. Jamás fueron afectuosos conmigo. Solo eran dos adultos a cargo de una niña porque la sangre así lo dictaminaba. No me despiertan estos sentimientos ambiguos porque siempre han estado anclados en el mismo lado de la balanza. En cambio, él… —Me abracé a mí misma; me estaba rompiendo en pedazos—. Él fue

hogar y peligro a la vez. Casa y miedo. El pecho en el que me sentí más segura, pero también más desamparada. Fue el chico amable que me cuidaba, me abrazaba por las noches y cubría mis oídos para ahuyentar los gritos. Era quien me cedía su espacio para que pudiera huir de aquel que nunca llegó a ser mío. El niño que gastó sus ahorros en unas zapatillas para que no anduviera descalza…

Sentí tus brazos rodearme. Mi frente descansó en tu pecho y me besaste con ternura el cabello antes de apoyar tu mentón sobre mi coronilla para quedarte allí, sosteniéndome, mientras continuaba despojándome.

—Mi primer par de zapatillas nuevas, que no habían conocido otros pies y que me duraron menos de un día. —Me estremecí ante el recuerdo. Me abrazaste más fuerte—. Él fue cuentos, y sonrisas, y una ventana siempre abierta. Fue caricias, manos gentiles, palabras tiernas y un espacio de no peligro… Al menos, durante los primeros años. —Alcé la mirada aguada para buscar la tuya—. Él fue un par de ojos oscuros viéndome cuando nadie más me veía, ¿entiendes? —Asentiste y tu nuez bailó de arriba abajo—. El peso a uno de los lados de la balanza.

Una lágrima muda rodó por tu piel hasta acariciar tu boca. No pude resistirme y la atrapé entre mis dedos. Me quedé contemplando esa gota de humedad que llevaba escrito mi nombre cuando, con suavidad, comenzaste a besar las mías. Instintivamente cerré los ojos. Cubriste mis mejillas, mis párpados, mis pestañas. Rememoré aquel cuadro que un día me interpeló al otro lado de una vidriera y me vi más reflejada que nunca en ese niño al que deseé cercenarle la tristeza con la punta del índice. Sentí que tú querías lo mismo: sanarme, suprimir el dolor, borrarlo con tus labios. Y aunque no podías desaparecer mi pasado ni retroceder el tiempo para reescribir la historia, hubo algo reparador en ese acto. Algo cálido y puro que me emocionó.

Una a una, te llevaste mis lágrimas. Las lamiste con paciencia, como se lamen las heridas, y luego volviste a acurrucarme sobre el palpitar de tu corazón, dispuesto a seguir escuchando.

—Sin embargo… —me costó continuar—, por otra parte, también fue la repetición textual. El ruido detrás de la puerta, los pasos

acercándose, que tenían el poder de tensionarme hasta el último músculo, el estado de alerta permanente, el despertar de unas sensaciones descontroladas y la parálisis de los órganos motores. Él se transformó en jaula, en frío, en la mano abusiva sobre mi piel; la misma que antes me había amado cientos de veces... El lado opuesto de la balanza. Y no logro unirlos —reconocí con pesar—. Mi cabeza no puede armonizar esas dos caras tan antagónicas, no puede comprender que en un mismo cuerpo habiten ambas cosas: el amor bonito y el terror visceral. Sencillamente, no… Es como si tuviera el pecho partido en dos mitades irreconciliables.

Una nueva oleada de llanto convulso me azotó con ferocidad y desbancó a las palabras. Mi cuerpo tiritaba como si un ser invisible y malvado lo estuviese sacudiendo, y me sentía tan débil que, si no hubiera estado bajo el abrigo de tus brazos, seguramente me habría desplomado. Cada imagen en mi mente, cada recuerdo evocado, cada verdad revelada, cada vocablo articulado, me había drenado la fuerza, la energía, el aire. Y pese a la laxitud de mis músculos y el agotamiento físico, los sollozos continuaban invadiéndome como una avalancha irrefrenable.

Mareada. Sobrepasada. Movilizada. Exhausta. Saturada de emociones. Fuera de control. Así me sentía, inmersa en un ataque de nervios que parecía no tener fin.

—¿Sigues queriéndolo?

Tu voz fue apenas un suspiro. No lo comprendías, ¿verdad? Nada de todo aquello se trataba de él.

Me separé como pude. Puse centímetros de distancia entre tu cuerpo y el mío y busqué tus ojos.

—No lo entiendes. No lloro por él, aunque una parte de mí siempre va a querer a ese chico que me cuidó y me quiso cuando a mí nadie me quería. Ese que con solo estirar la mano me ofreció un refugio en el que podía cerrar los ojos y dormir tranquila, sin sentirme amenazada. Pero no lloro por eso. ¿Has visto… has visto su muñeca?

Asentiste y los pedazos que quedaban de mí terminaron por deshacerse.

—Lloro porque esa pulsera deshilachada, que no vale ni dos centavos, también soy yo. Esos trozos de cordón anudados a su muñeca son parte de mí, representan la infancia que tuve, el mundo en el que viví. Son una ventana a la chica que fui, a mis raíces, a lo que siempre llevaré dentro. Lloro porque la mujer que tienes enfrente, esa a la que siempre ves de punta en blanco, con vestidos a la moda, zapatos de taco alto, maquillaje impecable y uñas arregladas, la que come como si le fuera la vida en ello y encierra mundos inventados dentro de un cuaderno, es la misma a la que se le notaban las costillas cuando se miraba al espejo y era objeto de burlas en el colegio por llevar la ropa sucia y el pelo grasiento. La misma a la que le dolía la panza por el hambre y los pies por usar zapatillas dos tallas más pequeñas. Y la alternativa no era comprar un par nuevo, sino andar descalza. ¿Sabes lo que es sentir hambre todo el tiempo? ¿Suplicar por un pedazo de comida y, aun así, no conseguirlo? La mujer que tienes delante de los ojos es la misma a la que obligaron a trabajar para pagar las cuentas y los vicios de su padre, cuando debería haber estado jugando. Porque eso era lo que le correspondía, ese era su derecho. Es la chica a la que le festejaron por primera vez un cumpleaños a los siete años, Claudia y Luca, con una torta y globos plateados, porque sus padres eran incapaces de hacer algo bonito por ella. La misma a la que le cortaron el pelo bien corto para que dejara de quejarse por llevarlo mugriento y lleno de nudos, porque era más fácil coger unas tijeras y acabar con el problema, «darle una lección a la niña», que mantenerla limpia y tomarse el tiempo de desenredarle el cabello con frecuencia. Me llamaron «niño» durante años en la escuela… —Un quejido entrecortado me obligó a detenerme para llevar oxígeno a los pulmones—. Soy la chica que se arrancó los cordones de su único par de zapatillas para hacerle un regalo de cumpleaños a su amigo. Porque no tenía otra cosa…, porque no tenía nada. Nada, Ciro. ¿Sabes lo que es *nada*? ¿Que no te permitan tener un juguete, un libro, un mísero cuaderno, porque «en esta casa se trabaja y no se pierde el tiempo»? Esa era la forma en que mis padres ejercían poder sobre mí, quitándomelo todo: los objetos, la autoestima, la voz, las ganas. —Más lágrimas resbalaron por mis mejillas, pero ni

siquiera hice el intento de barrerlas; estaba demasiado cansada—. Ese acto de rebeldía —dije, refiriéndome a la deslucida pulsera trenzada— me trajo como castigo tres horas más de trabajo al día durante dos semanas, «para aprender el valor de las cosas».

Me sorbí los mocos y encogí mis hombros. Ya no podía seguir.

—Entonces, Ciro, lloro porque en esos retazos de cordón entretejido, rasgado y sin valor, se condensa lo que fue mi vida. Porque esa pulsera me define mejor y cuenta más de mí que toda la ristra de palabras interminables que acabo de soltarte.

El silencio se cernió sobre nosotros. Ni una sola palabra salió de tu boca, y la mía ya las había vertido todas. Te marchaste del piso cuando el alba era tan solo un recuerdo lejano y no me quedaba nada dentro, ni siquiera agua por derramar. O eso creía. En mi teléfono brillaban una decena de llamadas perdidas de Vera, que no estaba en condiciones de devolver. El único movimiento que fui capaz de hacer antes de caer rendida en el sofá fue abrir cada una de las ventanas de la casa, en un intento por barrer el aire viciado que dificultaba la respiración. Perdí la noción del tiempo y la consciencia en el instante en que mi cabeza tocó la superficie acolchonada.

64

LA MUJER QUE ERES

Eva

Una serie de timbrazos obstinados me devolvieron a la realidad. No sabía si había dormido horas o unos pocos minutos, aunque los destellos dorados que salpicaban el *living* sugerían que era más probable la segunda opción. Me erguí, todavía embotada, y abrí la puerta de un tirón.

—¿Ciro? ¿Qué haces aquí todavía?

Seguías teniendo mal aspecto, aunque si me hubiera mirado al espejo, probablemente el reflejo me habría devuelto una imagen peor o semejante. Tus ojos conservaban los rastros de la noche anterior; estaban irritados y rodeados por unos pronunciados surcos violáceos. Sin embargo, tu semblante irradiaba una sospechosa tranquilidad.

No respondiste, solo me observaste en completo mutismo. Alcé una ceja instándote a hablar, pero al ver que seguías callado, decidí hacerlo yo. Necesitaba descansar; había sido una noche extremadamente larga y movilizadora.

—Estoy exhausta, no…

—La mujer que tengo enfrente —arrancaste de repente, con la voz enronquecida— cierra la puerta del despacho cada vez que entra o sale. Cierra la puerta de la habitación cuando va a cambiarse de ropa, aunque ya la haya visto desnuda unas cuantas veces. Y también lo hace cuando está a punto de hacer el amor, incluso si no hay nadie más que nosotros en la casa.

Te miré confundida mientras guardabas silencio, como si estuvieras poniendo en orden la información antes de soltarla por la boca.

—Ciro, no entiendo… —balbuceé.

Levantaste la palma, pidiéndome que aguardara un instante. Te vi inhalar con fuerza, cerrar los ojos un manojo incalculable de

segundos y tragar saliva.

—Yo ya te escuché, ahora escúchame tú a mí.

Asentí sin pronunciar palabra. Ni siquiera tuve el tino de hacerme a un lado y dejarte pasar; tu rostro serio transmitía algo demasiado poderoso que me mantenía clavada al piso. Algo del orden de la urgencia que se aferraba a tus facciones y gritaba que lo que necesitabas decirme era importante para ti.

Esperé. Esperé hasta que tus pensamientos y las emociones que yacían debajo se hicieron audibles.

—La mujer que tengo delante sabe muy bien lo que es la intimidad, ha luchado con uñas y dientes para conseguirla. La niña de la que hablas, esa que no era dueña de su voz, de su cuerpo, de ningún espacio ni objeto porque la privaban de todo, porque la «nada» era la condición de su existencia, no se quedó quieta, no se resignó nunca. Yo te miro, Eva, ¿y sabes lo que veo? Una nena pequeña y delicada, con el estómago vacío y las rodillas huesudas, poniendo un pestillo en la puerta de su habitación para reclamar privacidad. Como un grito de guerra, un levantamiento contra la autoridad que exigía un espacio propio, que se negaba a aceptar la mezcla indiferenciada de lo «tuyo», lo «mío» y lo «nuestro» como una forma natural de vida. Una cría que, para protegerse de una amenaza que las tenía todas de su parte, porque, admitámoslo, tus padres te superaban en fuerza, altura y otras áreas, colocó un pasador en la puerta. Y cuando se lo sacaron, puso una cama para obstruir el paso. Y luego una silla. Y luego su propio cuerpo. ¿Ves hacia dónde voy? Esa niña no dejó de luchar, no dejó de rebelarse. Le rompían los libros y cuadernos por puro placer, por pura maldad, y, aun así, la pequeña guerrera saltaba por la ventana y se refugiaba entre hojas prestadas. No dejó de leer. No dejó de escribir. Solo tuvo que encontrar un sitio diferente en el cual hacerlo. Creciste en un ambiente violento, destructivo y abusivo en el que el despojo fue el deporte favorito de tus padres. Tu miedo los hacía sentir poderosos y te quitaban hasta lo más básico, como la comida, como un par de zapatos, simplemente porque podían.

Negaste y bajaste la mirada a tus pies, como si la sola idea te resultara inconcebible. Volviste a alzarla antes de proseguir.

—Lo que intento decir es que… tuviste unos padres de mierda, nefastos…

—Ciro…

—Unos padres que no te quisieron…

—Ciro… —advertí.

—… que te maltrataron de cientos de maneras inimaginables; porque el hambre también es maltrato, el frío también es maltrato, y el miedo, que alguien se empodere haciéndote sentir pequeña y desvalida, que alguien te provoque escalofríos, palpitaciones y ganas de desaparecer, también es maltrato.

—Basta, Ciro —supliqué en un hilo de voz. Notaba la presión líquida detrás de los ojos buscando liberarse.

—Y, aun así, fallaron —afirmaste con rotundidad, pero también con infinita ternura—. No te lo quitaron todo, no pudieron. A pesar de tener todas las probabilidades en tu contra, te has convertido en la mujer que ahora tengo delante. La que luchó por su cuerpo, por su intimidad, por su vida. La que no se dejó vencer por el miedo y sobrevivió a él. La que supo decir basta y se salvó a sí misma. La que crea sus propios mundos porque ya no necesita perderse en historias ajenas para escapar de una realidad imposible. La que volvió a cantar por decisión propia, porque usaron tu voz, sí, se aprovecharon de ella, pero no pudieron arrebatártela. —Otra vez esa contundencia que se aferraba a cada palabra que soltabas y ponía mi piel de gallina—. La que se montó en un autobús, sola, con el corazón más roto que nunca, pero también más libre que nunca, y encontró un pedazo de suelo en el que armarse una vida. Suya, propia, de nadie más. La que se construyó un hogar, cálido y precioso, igualito a ti, Eva —sonreíste—, porque es tu fiel reflejo. La que tejió vínculos profundos y duraderos hasta crear su propia familia. No es de sangre, pero hay lazos que se asientan sobre cimientos mucho más sólidos que un mero líquido y los que te unen a Vera, a Fernando, a… —te interrumpiste y sacudiste la cabeza. Deseé que te hubieses animado a incluir tu nombre—, son de ese tipo. Lo intentaron, Eva. Una y otra y otra vez. Convertirte en una persona apagada, triste, dependiente, gris, con cada frase de tu madre buscando destrozar tu autoestima, con cada gesto de desdén

o, peor aún, con la más aniquiladora indiferencia. Con cada grito de tu padre procurando reducirte a una mera bolita acurrucada en el suelo, llenando tu cuerpo de miedo y vaciándote de cualquier objeto que pudiera regalarte un mínimo de felicidad. Porque tú eras el objeto, la pertenencia en sus manos de titiritero. Y no pudieron vencerte. No pudieron apagar ni silenciar lo que brilla aquí dentro.

Posaste la mano en mi pecho y tus ojos se vistieron de orgullo; los míos, de lágrimas y de algo que, si no era amor, se le parecía demasiado.

—Ellos te utilizaban como si fueras un objeto al que se le puede sacar partido hasta desgastarlo, te herían hasta dejarte los ojos hinchados de tanto llorar, y tú seguías teniendo amor para darles. —Una sonrisa carente de humor se dibujó en tus labios—. ¿Cómo es posible, Eva? Eres la nena que cuidaba de su padre cuando lo encontraba borracho y envuelto en su propia inmundicia; la que se sentaba junto a él, lo limpiaba y dejaba un beso en su sien. Hablamos del mismo padre que tiraba tu puerta abajo hasta hacerte mear encima del pánico; ese que te obligaba a trabajar con frío, lluvia y hambre para pagar sus malas costumbres. Eres la chiquilla a la que su madre no dejó de despreciar y denigrar permanentemente, la que te decía que no eras amada y te negaba la comida «por tu bien», para que no te volvieras gorda. —Una mezcla de asco y tristeza arañó tus rasgos—. Y, aun así, cuidaste de ella en su peor momento y le aferraste la mano en su lecho de muerte. Dios, Eva, pienso en esa nena y siento escalofríos. ¿Qué clase de mujer no vive llena de rencor después de todo lo que te hicieron? Solamente tú, que sigues teniendo el corazón más puro y hermoso que conozco.

Lo que brotaba de tu boca dolía y sanaba a la vez, pero lo segundo era enormemente más intenso, porque la historia ya la conocía, en cambio, tu mirada, saber que me veías de ese modo… eso era nuevo.

—Todas las condiciones estaban dadas para que no pudieras salir de ese círculo mortífero, para terminar de la peor manera. Sin embargo, pudiste hacerlo: irte. Llena de cicatrices, pero con el alma intacta.

A ti también te dolía. Imaginarlo, pronunciarlo, darle entidad al construirlo en tu lengua y expulsarlo al mundo en alto. No obstante, todo lo que expresabas estaba atravesado por una abrumadora serenidad y una fuerte determinación que lograbas contagiarme.

—Eres la mujer que hizo todo lo que estuvo en su mano para salvar al chico que amaba de sí mismo. Te quedaste a su lado viendo cómo se autodestruía y te arrastraba con él, contemplando cómo el niño que un día había tapado tus oídos para resguardarte de los gritos y te había leído cientos de cuentos bajo las sábanas se desdibujaba ante tus ojos y mutaba a algo desconocido... O demasiado conocido, pero en un cuerpo que jamás hubieras creído que te lastimaría. —Sentía los senderos de lágrimas cruzar mis mejillas—. Intentaste hacerlo entrar en razón, alejarlo de las malas compañías. Recurriste a su madre y a sus amigos en busca de apoyo. Incluso buscaste ayuda profesional y seguiste allí, con él, tirando de su mano hacia arriba para evitar que se hundiera por completo en la mierda. Permaneciste cuando las cosas se pusieron realmente feas porque te negabas a darte por vencida y deseabas ayudarlo como Luca había hecho contigo en el pasado. Lo cuidaste, Eva, y lo quisiste hasta que redujo tu mundo a una cuestión de supervivencia. Fue tu elección más difícil, no tengo dudas. Y, seguramente, conociéndote como lo hago, te has preguntado miles de veces qué habría pasado si te hubieses quedado, si habrías podido hacer algo más por él. ¿Quieres la respuesta? Porque yo la sé. La respuesta es «no»; habrías terminado muerta.

Un gemido ahogado cayó de tus labios y te obligó a coger aire. Sentí el efecto de esa afirmación en tu piel, la reacción involuntaria que erizó el vello de tus brazos en la misma medida en que aceleró mis pulsaciones.

—Supiste alejarte a tiempo del chico que había sido todo tu mundo, y eso tiene un mérito enorme porque lo amabas muchísimo. Pero más te amabas a ti misma. A veces, huir es la única manera de elegir la vida, y tú elegiste la tuya. Te elegiste a ti.

«Te elegiste a ti».

La frase quedó reverberando en mi cerebro. Muchas veces me pregunté si efectivamente mi marcha tuvo que ver con una elección

o si fue solo el producto de los acontecimientos. No sé si habría podido salir de la situación en la que me encontraba si esa última madrugada no hubiera tenido lugar. Pero hoy, sí puedo asegurar que esa noche y todas las siguientes, elegí no regresar. Me antepuse a todo lo demás y tomé la decisión de mantenerme alejada, incluso cuando la distancia y la soledad se me hicieron cuesta arriba y cada hebra de mi cuerpo me pedía regresar; aun cargando con esa incertidumbre que tan bien supiste leer en mí, esa que mantenía vivo el interrogante de si habría podido hacer más…, si habría podido hacerlo mejor o distinto.

Diste un paso hacia adelante, acortando la distancia entre nuestros cuerpos. Besaste el rocío que humedecía mi rostro, igual que lo habías hecho horas atrás, y fui yo quien se abrazó a tu cintura, porque el deseo de sentirte se volvió necesidad. Perdiste las manos entre mis cabellos de una forma un tanto desesperada, y tu nariz jugó con la mía de ese modo que me hacía avistar el precipicio, paladearlo, incluso antes de lanzarme hacia él. Cuando por fin te respiré, cuando acaricié con las ganas antes que con los labios el beso suspendido en el ínfimo aire que nos separaba, volviste a hablar. Escribiste sobre mi boca con tinta indeleble hecha de palabras y lágrimas:

—Pero te equivocas en algo, Eva. Esa pulsera deshilachada que crees que no vale nada, en realidad, lo vale todo, porque contiene tu esencia. Tú eres esos cordones entrelazados como también eres los sobres con palabras extrañas, las caras sonrientes sobre una taza de café y los *muffins* de colores que guardan en su interior el remedio para sanar cualquier tipo de dolencia. Te convertiste en la mujer que eres, tan inmensa, tan hermosa, tan llena de amor y vacía de rencores, a pesar de ellos… A pesar de tus padres. A pesar de Luca. Aun no entiendo cómo, pero de algún modo te las has ingeniado para tamizar ese pasado y guardarte solo lo bueno. Y no imaginas cuánto agradezco, Eva, que sigas siendo la chica de la pulsera, porque eso solo significa que no han podido contigo.

El beso llegó cuando creía que ya no lo haría para arrojarme una vez más al vacío. Para aturdirme, sacudir mis sentidos y poner mi estómago del revés. La cabeza me daba vueltas, o tal vez era el

mundo el que no paraba de girar, vertiginoso, a mi alrededor. Las lenguas de fuego azotaban mi piel, la encendían, estallaban. El pecho se expandía con la misma rapidez con que los pies se separaban del suelo y la caída, ese abismo dulce y cautivador que me tragaba me ponía nuevamente frente a una certeza.

Quise decírtelo. Quise decirte que tú también te equivocabas en algo: estabas anudando el amor al nombre incorrecto. Porque querer y amar distan mucho de ser lo mismo, como no son lo mismo calor y fuego, cosquilleo y temblor, burbujeo y vértigo. El amor linda con la libertad y se separa tajantemente de la necesidad y la dependencia. Ahora, que podía ver el pasado con los ojos de la distancia, lo sabía. Quise decirte que la piel no miente, y tu boca en la mía tampoco, porque me bastó un beso para comprenderlo, para entender que no había sentido con tanta intensidad en mis veintiocho años. Pero ¿cómo se dicen las palabras que no has pronunciado jamás, que no han formado parte de tu vocabulario en toda tu vida? ¿Cómo se expresan unos sentimientos del todo inéditos y desconocidos a los que ni siquiera te has acostumbrado todavía?

Así que callé. Guardé las letras en mi interior y me dejé arrastrar por las sensaciones.

65

MUFFINS SANADORES

Ciro

Tocamos el timbre de tu casa a las seis de la tarde. No habían pasado siquiera siete horas desde que me había ido de allí luego de una noche larguísima, repleta de emociones fuertes y confesiones, y aunque mi intención inicial era dejarte descansar, la insistencia de Santiago por verte me había puesto las cosas verdaderamente difíciles. No lo culpo. Desde que los sábados se convirtieron en los días de paseos, aventuras, juegos y sitios nuevos para conocer en familia —y cuando digo familia, te incluyo también a ti, Eva—, se pasaba la semana entera esperando con ansia la llegada de ese día.

Mabel, la vecina, me había hecho el favor de llevarlo por la mañana a la clase de guitarra para que no perdiera aquella actividad, pero en cuanto puse un pie en mi casa y le informé que se cancelaba la salida porque te sentías un tanto descompuesta, su rostro se convirtió en la imagen de la desilusión. Ya conoces a Santi, es un niño sensible y comprensivo, por lo que no montó ningún berrinche ni se aferró a la ley del silencio. Solo se preocupó por ti, me hizo unas cuantas preguntas acerca de tu estado de salud y luego me riñó por haberte dejado sola. «¿Cómo se te ocurre dejarla sola si está enferma?», fueron sus palabras exactas. A continuación, me dirigió una mirada reprobatoria y se perdió en su habitación. No iba a contarle que, en realidad, la causa de tu malestar no era física, sino emocional, y que necesitabas esa soledad para, en primer lugar, dormir después de casi treinta horas despierta y, en segundo lugar, asimilar lo ocurrido. O, al menos, comenzar a hacerlo. Yo mismo me encontraba exhausto, con la cabeza desbordada de información y el cuerpo inundado de sensaciones.

A diferencia de mi hermano, a mi abuela no pude colarle la excusa de tu indisposición. Empezaba a creer que la mujer tenía un radar para detectar mentiras, aunque fueran piadosas, e incluso

verdades a medias. O tal vez mi cara de muerto viviente y mis ojos hinchados como huevos eran demasiado reveladores.

—¿Qué ha ocurrido, hijo? —fue lo primero que soltó en cuanto Santi se internó en su dormitorio.

No le conté la historia completa, porque esa solo te pertenecía a ti, aunque hubieras decidido compartirla conmigo. Únicamente mencioné la reaparición de una persona de tu pasado y eso pareció ser suficiente porque asintió, tragó saliva, apretó mis manos en una especie de consuelo silencioso —hoy me pregunto si para mí o para ella—, y como si fuera un niño, me envió a mi cuarto a dormir. Me dio la sensación de que sus ojos se aguaban, pero no tuve ocasión de comprobarlo porque rápidamente se giró para centrar su atención en las hornallas.

Creo que siempre lo supo, Eva. Que acarreabas un bolso demasiado pesado, que estabas herida, pero que también poseías la fuerza y el empuje como para rearmarte todas las veces que fueran necesarias. Supo que iba a enamorarme de ti de un modo fulminante y visceral…, y que ellos también lo harían, porque era imposible no hacerlo. Supo que habías llegado a nuestras vidas para cambiarlas, embellecerlas y quedarte en ellas. También que nosotros cumpliríamos un papel igual de importante en la tuya. Pero pienso que, por encima de todas las cosas, supo verte a ti, tal y como eres, desde el inicio. Transparente. Bondadosa. Sensible. Exenta de maldad.

No pude dormir más que un par de horas. El resto del tiempo lo pasé dando vueltas en la cama, reviviendo detalles de la noche anterior, reconstruyendo en mi memoria gestos, miradas, frases. Llevaba el sabor de tus lágrimas todavía impregnado en la lengua y un estado de tristeza general pegado a mis extremidades. Me preocupaba que ese hombre volviera a aparecer, sabía que tarde o temprano lo haría y esa idea me ponía la carne de gallina. Si hubiera sido por mí, me habría plantado en tu casa, habría armado una maleta y te habría llevado a vivir con nosotros para que no estuvieras sola, para poder respirar tranquilo y protegerte ante cualquier peligro… o el peligro encarnado en la piel de un hombre desgarbado y de mirada afilada. Pero sabía que esa decisión no me

correspondía y que, a pesar del *shock* inicial, ya no eras la misma mujer que había huido seis años atrás. Estabas parada en otro lugar, más sano y libre de toxicidad. Tenías otras herramientas y una red de contención firme.

Me levanté de la cama cuando advertí que ya no volvería a dormirme, y al abrir la puerta, seguí el sonido de la voz de Santi. No llegaba a comprender lo que decía porque hablaba en murmullos, pero al chocarme con la panorámica que tenía lugar en la cocina, qué puedo decir, me enterneció el corazón.

—Oh, ¿te despertamos? —se lamentó mi abuela—. Hemos intentado no hacer demasiado ruido…

La isla estaba llena de utensilios, recipientes y pequeños frascos de colores. Sobre uno de los laterales del mármol, bajo la ventana abierta, descansaba una bandeja de *cupcakes* de un tono remolacha furioso que, al contrario de lo que pudiera pensarse, lucían sospechosamente bien, mientras una segunda tanda, perteneciente a la gama de los anaranjados, salía justo en ese instante del horno en manos de mi hermano.

Tenía los cachetes, parte del cabello y la punta de la nariz, espolvoreados con harina. Apoyó la fuente con cuidado, se quitó las manoplas y me miró con los ojos azules cargados de anhelo.

—Tenemos que llevarle a Eva, si no, no va a curarse.

Si tú le habías metido esa idea en la cabeza, si lo habías convencido de que esos pastelitos de colores tenían la capacidad de sanar, quién era yo para decirle lo contrario.

Me derretí ante el gesto y comprendí al mismo tiempo que ya eras una más de nosotros. En realidad, esa escena de ingredientes desparramados y deliciosos aromas serpenteando en el aire me hizo reparar en algo que hasta entonces me había pasado desapercibido. Yo también, ahora, me sentía parte de la familia. La incomodidad y ese sentimiento de ajenidad que tanto me habían asfixiado al llegar a Buenos Aires, habían ido diluyéndose en los últimos meses y, sin duda, tú habías tenido mucho que ver en ello. No sé si sin tus intervenciones, sin las largas charlas, los consejos, e incluso el tiempo pasado con nosotros, mi relación con Santi hubiera dado el vuelco que dio o si seguiríamos encerrados en ese bucle de

discusiones, motines, caras mustias y portazos del que parecíamos no saber salir. El vínculo con mi hermano había cambiado por completo y yo ya no representaba ese agente hostil que había regresado al país para poner su vida patas para arriba. Tampoco me sentía un intruso en la casa ni me azotaban diariamente las ganas de coger un avión sin destino preestablecido.

—¿Podemos ir? —indagó con cautela ante mi mutismo y la expectación hizo que sus ojos se abrieran aún más—. ¡Porfi! ¡Porfi! ¡Porfi!

Sus palmas se unieron en un gesto de súplica que me obligó a morderme el labio para ocultar la sonrisa.

—Ella trajo los *cupcakes* verdes cuando a mí me dolía la panza, ¿recuerdas?

Por supuesto que lo recordaba, aunque hubiera preferido no hacerlo. Un compañero de clase festejaba su cumpleaños y había invitado a todo el curso, excepto a él. El «dolor de panza» había sido en realidad tristeza; de otro modo, no lo habría dejado comerse cinco de esos pastelitos de «propiedades curativas» que mágicamente habían logrado una mejora instantánea en su estado de ánimo.

—Y a la abuela le preparó los amarillos para que la herida de la pierna sanara más rápido —continuó su discurso de convencimiento con efusividad—. Incluso a ti te horneó unos cuantos con los colores del arcoíris para el dolor de cabeza —apuntó y giró el rostro hacia la mujer de la casa en busca de apoyo. Ella asintió con semblante fingidamente serio, pero una sutil curva en los labios me reveló que la actitud de mi hermano le provocaba la misma ternura que a mí. No era ningún secreto que ese niño flacucho y reservado te adoraba y que esa mujer enérgica e imparable te había adoptado como una nieta más—. Eva nos prepara *muffins* a todos, ¿quién se los prepara a ella?

Me quedé helado.

—Nadie debería estar solo si se siente mal —concluyó con un deje de amargura. Y su lógica me resultó tan aplastante, tan jodidamente irrefutable que… allí estábamos, detrás de tu puerta, con dos docenas de «*muffins* sanadores» en las manos.

Cuando abriste, lo primero que pensé fue que presentarnos de improviso no había sido una buena idea. Si yo estaba demacrado por la falta de sueño, tu rostro… tu rostro directamente alcanzaba otro nivel. Se notaba a la legua que no habías podido dormir y, con toda probabilidad, tampoco habías dejado de llorar. No ayudó que el primer comentario de mi querido hermano fuera un «Uy, sí que debes sentirte mal» acompañado de una expresión a medio camino entre el susto y el asombro.

Las ganas de estrangularlo me asaltaron con fuerza, pero entonces de tu boca salió un sonido similar a una risa. Murió prácticamente en el acto; sin embargo, no importó. Supe que solo por eso la visita había valido la pena.

Con un vago movimiento de mano nos invitaste a entrar.

—No tendrías que haberlo traído —me regañaste bajito al oído cuando pasé por tu lado—. ¿Por qué dejas que me vea así?

Negué y besé tus labios.

—No funciona así, Eva.

—Tú nos cuidas a nosotros, nosotros te cuidamos a ti —apostilló Santiago, con carácter de veredicto inapelable, quitándome las palabras de la boca. Luego te tendió lo que sostenía entre sus dedos.

Yo no podría haberlo expresado mejor, y creo que el hecho de que fuese él quien pronunciase en voz alta esa verdad tuvo un impacto en ti mucho mayor. Fuiste consciente de que formabas parte de algo más grande que tú misma, y que ninguno de nosotros dejaría que te lamieras las heridas en soledad. Pertenecías a la familia Ferraro-De la Cruz-Heredia, y cada uno de sus integrantes velaría por tu bienestar y felicidad.

Ojeaste el interior de la bolsa y, al reparar en su contenido, vi la emoción colonizar tus ojos.

—No más lágrimas, por favor —pedí cuando adiviné lo que estaba por venir. Besé con suavidad tu frente—, solo se aceptan sonrisas.

Asentiste y nos desparramamos por la casa, como tantas veces antes habíamos hecho. Santi fue el primero en acomodarse en el sillón y sacar el fajo de películas, que extendió parsimoniosamente en abanico sobre la mesita ratona, para tomarse sus vastos minutos

escudriñando las cubiertas, como si de esa elección dependiera el futuro de la humanidad. Yo me dispuse a sacar los *muffins* del envoltorio y tú pusiste el agua a calentar para luego perderte en el aseo. Regresaste un momento después con la cara lavada y el pelo atado en una cola. Preparaste nuestras infusiones, el tazón de leche, y comenzaste a separar los Froot Loops amarillos del resto de colores, una muestra más de que ya eras parte de la familia.

Permanecí contemplándote a la distancia: el movimiento de tu espalda al atrapar una caja de las alacenas superiores; las puntas doradas del cabello bailándote sobre los omóplatos o la nuca según volteabas el rostro; la caída de la seda del pijama sobre tu pálida piel.

Un recuerdo me vino a la cabeza mientras te miraba. Sabes, mi abuelo paterno era carpintero. Tenía un pequeño taller abarrotado de herramientas, máquinas y una gran mesa de trabajo en el centro. A pesar de que el espacio estaba continuamente colmado de listones de madera, muebles a medio hacer, ya terminados o por restaurar, lo mantenía siempre en riguroso orden. Era un hombre meticuloso y enamorado del oficio que trataba a la madera como si esta fuera su gran amor. La acariciaba con esmerada delicadeza y, en ocasiones, lo veía cerrar los ojos para abandonarse enteramente al tacto. «Se trata de sentir, Ciro», solía decirme mientras cogía mi mano entre las suyas para iniciar un recorrido en el que palpábamos juntos la superficie de la pieza en cuestión y descubríamos hendiduras, relieves, rasguños, golpes, asperezas.

Podía hablar por horas sobre el proceso de restauración de la madera, la reparación del daño o las huellas más comunes del desgaste; la importancia del lijado para borrar imperfecciones y obtener una superficie uniforme; la aplicación de aceites, selladores, tintes y demás químicos para lograr un acabado perfecto. Entonces, el producto terminado era un mueble de apariencia impecable.

Tú, Eva, habías hecho el trabajo inverso. En lugar de tapar, te habías afanado en descubrir. Habías quitado las capas externas hasta dejar al aire cada grieta, cada raspón, cada corte. Roturas, desgarros, rugosidades, nudos, estrías, marcas, astillas, salientes,

depresiones y cada puta imperfección. Te habías desnudado entera, y yo jamás te había visto tan bonita.

Como mi abuelo, habías acoplado mi palma a la tuya y me habías hecho palpar todo eso que no se ve a simple vista. «Se trata de sentir, Ciro». Y yo contigo siempre sentí a manos llenas.

Santi palmeó el sitio a su lado en cuanto te vio aparecer con su taza rebosante de anillitos de colores, aquella vestida de notas musicales que habías comprado exclusivamente para él y cuya asa era una guitarra eléctrica como las que tanto le gustaba admirar en las revistas. Agradecí que se embarcara en un soliloquio sobre las bondades de los *cupcakes* y sus cualidades terapéuticas, porque eso no te dejó más opción que ingerir dos unidades, aun teniendo el estómago cerrado. Estoy seguro de que no fue el contenido del discurso lo que te convenció, sino la ilusión en los ojos de mi hermano, las ganas de ser él quien cuidase de ti por una vez y su franca preocupación.

Merendamos frente al televisor con un filme animado al que ninguno de los dos prestó atención. Tú, porque los párpados se te cerraban sin que pudieras hacer nada al respecto, y yo, pues…, porque tenía algo más importante delante de mí.

—Eva —susurré en tu oído—, tienes que dormir. ¿Por qué no aprovechas y te acuestas un rato?

Negaste como si te hubiera propuesto una locura y tus ojos asustados me hablaron antes de que tu boca lo hiciera:

—Las pesadillas… han vuelto.

Noté el matiz de desesperación que se enroscaba en tu voz y no supe qué decirte. Simplemente asentí y te pegué a mi pecho.

—Vamos a tener que hacer *muffins* violetas. —El repentino despertar del pequeño, que hasta entonces parecía haber sido abducido por la pantalla, nos sobresaltó a los dos. Su mirada azulada, en la que se reflejaban como llamas zigzagueantes las imágenes de la película, se internó en la tuya—. Son para ahuyentar los malos sueños.

No tardó ni una milésima de segundo en ponerse de pie, invitándote a hacer lo mismo. El niño no iba a parar hasta verte bien

y yo no tenía nada que objetar a esa misión. Pero a medio camino entre la cocina y la sala de estar, frenaste en seco:

—¿Qué les parece si vamos a su casa? —propusiste—. Tal vez la abuela quiera cocinar con nosotros.

A Santi se le iluminó el rostro, y a mí… a mí también.

En esa sugerencia se aunaban tu deseo de no estar sola y la intención de que Sandra tampoco lo estuviera. Siempre pensabas en ella, la incluías en cada uno de nuestros planes. O, tal vez, lo que en realidad pretendías era rodearte de gente, mantenerte activa, ocupada, para intentar eludir el sueño. En cualquier caso, tendrías que dormir más tarde o más temprano, y yo iba a asegurarme de estar a tu lado cuando despertaras.

¿Recuerdas lo que ocurrió, Eva?

Caíste desmayada. Luego de hornear los pastelitos violetas y de cenar los buñuelos de verdura de mi abuela que tanto te gustan y que había preparado especialmente para ti, te quedaste dormida en cuanto apoyaste la cabeza en mi regazo. Creo que no llegaste a ver siquiera los títulos de la película. No descansaste del tirón; despertaste dos veces en medio de la noche, agitada y confusa. Pero en cuanto te orientaste en el espacio y me supiste a tu lado, volviste a cerrar los ojos. No sé si fue un acto de valentía o de confianza. Me gusta pensar que fue un poco de ambos: que, a pesar del contenido de esas pesadillas —o recuerdos—, decidiste que el pasado no te ganaría la partida y que te sentiste lo suficientemente segura entre mis brazos como para abandonarte al estado de inconsciencia.

Sí, definitivamente eso es lo que quiero pensar.

66

SUICIDIO EMOCIONAL

Eva

Diez días. Diez días enteros con sus noches habían pasado desde que Luca se había presentado en aquel karaoke. Doscientas cuarenta horas sin volver a tener noticias suyas, como si se lo hubiera tragado la tierra. Catorce mil cuatrocientos minutos en estado de alerta constante, esperando encontrármelo al doblar cada esquina, a la salida del trabajo, frente al portal de mi casa, en la estación del metro, fuera del consultorio de terapia… en todos lados.

No. Aquello no podía continuar así. Tenía que hacer algo.

Para colmo, las pesadillas habían regresado. No cada noche, pero sí de manera intermitente, como una falla aleatoria en el sistema: sabes que va a suceder, pero desconoces cuándo. Tampoco eran las mismas que me habían castigado, madrugada tras madrugada, años atrás. Si tuviera que describirlas, diría que aquellas eran más… vívidas, reales, intensas. Como si se tratara de un trozo de recuerdo recortado y reproducido al milímetro durante mis horas de sueño. Y era justamente ese carácter verídico, esa naturaleza auténtica, lo que me hacía despertar en mitad de la noche, sudorosa, resollando y con el corazón flagelándome el pecho.

Ahora se trataba de otra cosa. Eran distintas: borrosas, difusas; como cuando te paras frente a la ventana un día de tormenta, con la lluvia crujiendo contra el cristal, y lo único que logras distinguir al otro lado son meras siluetas imprecisas, manchones vagos velados por la cortina de agua.

Las imágenes no eran nítidas, pero los sonidos sí. Secuencias de pasos: unos pesados, como cuando mi padre entraba borracho y tambaleante a la habitación; otros ágiles y veloces, como los de Luca aquella noche. Golpes en la puerta: apremiantes, persistentes, infatigables. Variaciones bruscas de puñetazos a patadas y, luego, ese sonido compacto del acero. Palabras que no llegaban a serlo

porque parecían deformadas, distorsionadas, partidas a la mitad, pero ambas voces reconocibles se mezclaban entre sí hasta volverse una sola, de la que emanaban bramidos atronadores.

Había pasado mi vida entera temiéndole a los ruidos. Desde mi infancia significaron la antesala de todo lo que podía ocurrir, la semilla que contenía en su interior un mundo de posibilidades. Esos ruidos eran el disparo que accionaba mi mente y mi corazón en una carrera patética, desgarradora e irrefrenable. Las pisadas, los berridos, las respiraciones jadeantes, el repentino silencio al otro lado de la pared que me amputaba el aliento y señalaba la inminencia del horror.

Hacía diez días que Luca había aparecido como una visión fantasmagórica ante mis ojos para desaparecer de la misma manera. Aquello no había sido una casualidad y estaba segura de que, si había estado buscándome, ahora que finalmente me había encontrado, no dudaría en acercarse otra vez. Era por esa precisa razón, porque no volvería a estar a su merced, que en mi mente había empezado a fraguarse una idea que con el correr de los días iría asentándose hasta echar raíces. Había tenido tiempo suficiente para darle vueltas, desgranarla e incorporarla a mi sistema, y pese a que me sentía incómoda, nerviosa y llena de ansiedad, no veía otra solución posible.

Sí, lo sé, podía salir muy mal. Pero para mis neuronas era la única opción válida. No iba a sentarme a esperar y tampoco iba a dejarme arrastrar nuevamente por los miedos. Una semana y media me había bastado para darme cuenta de que mirando constantemente por encima de mi hombro en una actitud de vigilancia paranoica no era cómo quería vivir mi vida. Ya había pasado por eso y no tenía intención alguna de ceder un terreno que había tardado años en conquistar.

Desde que Luca había vuelto a cruzarse en mi camino, no me sentía yo misma. Me notaba lejana, fría, pensativa. Estaba dispersa y ausente, replegada sobre mí misma y poco conectada con el resto. Me costaba concentrarme en cualquier tarea, por más pequeña y sencilla que fuera, porque toda la atención estaba puesta en ese impulso que sentía latir, arder, entre el corazón y los pulmones. Yo

no me definiría como una persona impulsiva; no obstante, no hallaba otro modo de nominar a ese empuje irreflexivo, atropellado y puede que imprudente, que me impelía a arrojarme de cabeza hacia lo que Vera y tú llamarían luego «soberana estupidez», «puta locura» o «suicidio emocional», pero que para mí se explicaba con una sola palabra: necesario.

Ahora tenía una vida que me gustaba, me llenaba y me había costado mucho construir. No iba a huir solo porque él hubiera aparecido. No pensaba destrozar todo lo que había levantado a mano para meter cuatro cosas en una maleta y, en lo que dura un chasquido de dedos, transformarme en humo. No. No iba a dejar que me robara más de lo que ya me había robado. Le demostraría a él, pero sobre todo a mí misma, que ya no era la chica aturdida, sobrepasada e indefensa que había subido sus pies a un autobús. Ahora tenía una casa, un trabajo y, en especial, un grupo de personas que deseaba conservar y que no dejaría que me arrebatara del mismo modo en que se empeñaba en arrancar el último trozo de mi nombre.

El eco de esas dos letras que había alcanzado a derramar en mi oído todavía me provocaba escalofríos. «Ev». Apenas un rumor etéreo que, sin embargo, logró sacarme del trance en el que había caído al verlo. Una vocal y una consonante que produjeron el mismo efecto en mí que una bofetada con la mano abierta y resucitaron mis extremidades muertas. La inmovilidad que me había dominado hasta entonces dio paso a la huida, a un escape que era mezcla de temor y *shock* por tenerlo de pie frente a mí luego de tantos años, y que me impulsó a salir del local con urgencia. Pero ya no iba a volver a huir. Por eso debía ser rápida y mover ficha primero, antes de que pudiera tomarme desprevenida nuevamente.

Miré el teléfono una vez más mientras mis dedos tamborileaban contra el escritorio y mis pensamientos seguían su curso.

La canción. Otra cosa que había tomado de manera descarada e indecente; todos ellos lo habían hecho. Se habían apropiado de *Mi vida en tu mirada,* un tema que llevaba mi firma, la profundidad de mis trazos y la prolijidad de mi redondeada caligrafía, para esparcirla por los escenarios del mundo, llenarse los bolsillos de billetes, la vida

de lujos y aterrizar con estilo en la categoría de «famosos». Yo no había podido volver a cantarla hasta ese día en el karaoke. En verdad, no había sido capaz de entonar ninguna letra de mi autoría —ni de otros autores— en todos esos años y, en cambio, ellos no habían tenido reparo alguno en adjudicársela como propia y repetirla sin fin para sacarle el máximo provecho, como quien explota un pozo petrolífero y drena hasta la última gota.

Tendría que hacer algo con eso también. Y no se trataba del dinero, no. Sencillamente estaba cansada de que se adueñaran de lo que no les correspondía y, encima, actuaran como si les perteneciera por derecho. Ahora el nombre de la banda y los suyos propios ocupaban un lugar privilegiado en la cima del mundo musical; habían logrado hacer realidad sus sueños de vivir entre instrumentos, notas y acordes mientras un coro de fanáticos pedía a gritos otro bis. Pero todo aquel ascenso meteórico hacia la existencia anhelada se hallaba asentado en un sucio y vil hurto.

No, definitivamente aquello no podía seguir así.

Detuve el golpeteo incesante de mis uñas, escaneé los alrededores para no toparme con interrupciones indeseadas, y aspiré una buena bocanada de aire. Descolgué el teléfono. Dejé de pensar y actué.

67

CONTRASTE

A los veintidós años

—No puedo seguir aquí, ¿lo entiendes? ¡Va a encontrarme! ¡Va a encontrarme! Cuando despierte, cuando vuelva a estar consciente, vendrá a buscarme, lo sé. —Me encontraría. No tenía dudas al respecto—. Tengo que irme, no puedo seguir perdiendo el tiempo.

Las manos no habían dejado de temblarme desde que había abierto los ojos, alelada y dolorida, para chocarme con una escena dantesca antes de ser arrastrada, en pleno ataque de nervios, al interior de una ambulancia.

—No estás perdiendo el tiempo, Eva, estás lastimada. Tienen que curarte las heridas, hacerte estudios... Sufriste un golpe importante en la cabeza; ni siquiera recuerdas con claridad lo ocurrido.

—Estoy bien —mentí. La cabeza me latía y pesaba a partes iguales, un dolor agudo me atenazaba entre las costillas cada vez que intentaba tomar aire y sentía los ojos en llamas—, solo un poco magullada. En unos días estaré como nueva, pero ahora debo irme, Vera.

Necesitaba que dejaran de inspeccionarme como si fuera un objeto de estudio y largarme de ese sitio que olía a desinfectante, fármacos y demás sustancias hospitalarias.

—Irte, ¿adónde? Tienes que hacer la denuncia.

—¿Pero de qué denuncia me estás hablando? No pienso hacer ninguna denuncia.

—Pero…

—Solo quiero largarme antes de que venga por mí —expliqué, intentando mantener la calma—. No podré hacerlo de otro modo…

La voz me tembló como si un viento helado hubiese abofeteado mis cuerdas vocales.

—Puedes venir a casa si quieres —propuso mi amiga con la mejor de las intenciones—. Llamaré yo misma a la policía si intenta acercarse…

Tragué saliva. Realmente apreciaba todo lo que estaba haciendo por mí; si no hubiera sido por Vera y ese teléfono móvil que había puesto en mis manos tiempo atrás, no sé qué habría sido de mí. Prefiero no pensar en lo que podría haber sucedido. Pero mudarme con ella no sería una solución, sino una prolongación del infierno, y yo no estaba dispuesta a seguir viviendo en él y mucho menos a arrastrar a otras personas conmigo.

Negué. Los ojos se me aguaron una vez más. La ansiedad erupcionó en mi nuca y me recorrió como un latigazo furioso la columna.

—No lo entiendes, ¿verdad? —pronuncié con la angustia anidando en mi pecho—. No puedo volver a mi casa, ni a la tuya, ni al trabajo. No puedo pisar ningún sitio conocido. No puedo volver a verlo. No puedo dejar que se acerque a mí. ¡Tengo que salir de este hospital ahora! —La necesidad de escabullirme de aquel lugar se tornó tan acuciante que me incorporé en la camilla sin importar los intentos del enfermero por retenerme—. ¡Ay!

El mareo me sobrevino inmediatamente, junto con una repentina punzada en el costado derecho que me hizo gemir de dolor y encorvarme hacia delante. Aun así, no me detuve. Cada minuto que pasaba en esa habitación era una nueva posibilidad de que él me hallara.

—¿Qué haces? Quédate quieta. ¡Para!

—Me largo.

Intenté sonar convincente, pero un nuevo pinchazo me atravesó y partió mi voz a la mitad.

—Tómate un segundo. Piensa, por favor —suplicó Vera, con una combinación de agobio y preocupación rasgándole el tono—. No tienes dinero, ni ropa, ni un puto par de zapatillas. Estás descalza, ¡por Dios! ¡No tienes adónde ir!

—¡Crees que no lo sé! —chillé con desesperación—. Pero no puedo volver, no puedo dejar que me encuentre. Yo no…

Me tapé el rostro cuando el llanto brotó de mi cuerpo como si de un grifo roto se tratara, sacudiendo mis hombros, mi abdomen, mis extremidades.

—Puede quedarse en mi casa.

El silencio se adueñó de cada átomo de oxígeno. Por un instante creí haber escuchado mal, pero la única palabra que balbuceó Vera a continuación corroboró que mis oídos aún funcionaban.

—Marcos…

Examiné por entre las láminas de agua al chico de uniforme verde que un instante atrás había estado trabajando cuidadosamente sobre mis lesiones. El enfermero era conocido de Vera, habían cursado juntos el colegio secundario y, pese a que luego eligieron carreras distintas, no habían perdido la comunicación. Lo sabía porque ella misma me lo recalcó cuando me negué en rotundo a que me examinaran. Si en condiciones normales solía rehuir el contacto, lo que menos deseaba en aquel momento era que alguien me tocase. Pero había cedido a las súplicas de mi amiga porque tenía un corte en la cabeza y temía volver a desmayarme.

Permanecí en el lugar contemplando a ese sujeto con una mezcla de prudencia, desconfianza y perplejidad. Él se deshizo de una gasa manchada que llevaba entre las manos y se acercó a mí, cauteloso pero decidido.

—Eva, ¿verdad? —Asentí cohibida—. Escucha, mi turno termina en menos de una hora, puedo sacarte de aquí. Te vienes conmigo y te quedas en mi apartamento unos días hasta que logres reunir algo de dinero, documentos, un par de prendas de vestir…

—Pero…

—Vera tiene razón —terció con convicción—, no puedes irte en estas condiciones, no llegarías muy lejos. —Desvié la mirada, consciente de que estaba en lo cierto. Se aproximó otro paso y buscó mis ojos—. Déjame ayudarte. —Su voz sonó sincera—. Tú consigues tiempo para planificar tus próximos pasos y yo me aseguro de que tus heridas sanen como deben hacerlo.

Miré a mi amiga, aunque no sé bien con qué propósito. Tal vez esperando hallar en su rostro algún indicio de lo que debía hacer. En esos momentos mi cabeza era una cavidad inservible, incapaz de

llevar a cabo una reflexión o elaborar una idea coherente. Un hombre al que no conocía de nada me estaba ofreciendo su ayuda, y aunque probablemente aquella fuera la opción más conveniente, dadas mis circunstancias, no dejaba de ser un extraño.

El semblante de Vera, pese a permanecer estático, era puro movimiento. Podía captar en sus ojos la agilidad con que los pensamientos se desplazaban al interior de su mente. Se frotó la frente, como si quisiera barrer unas gotas de sudor invisibles, y luego comenzó a asentir de manera compulsiva. Fue entonces cuando su mirada ausente, introspectiva, abandonó sus propias profundidades para adherirse a mis pupilas:

—Podría… —titubeó sin dejar de afirmar—, yo podría hablar con algunas personas por el tema del trabajo y sacar lo imprescindible de tu casa, pero necesitamos tiempo.

La decisión quedó flotando en ese espacio intermedio entre sus iris y los míos. Aparté la vista para dirigirla nuevamente hacia el sujeto que había permanecido en un discreto segundo plano, y como si tuviera el poder de leer mis pensamientos, mi amiga añadió:

—Puedes confiar en él.

¿Podía? «Confianza» era una palabra destartalada, ultrajada hasta el hartazgo, que había perdido todo sentido para mi yo de aquella época. Debió notar la duda en mi semblante, porque enseguida agregó:

—Estarás a salvo en su casa. No sabe quién es, no lo conoce, por ende, no va a buscarte allí.

Tragué saliva. Tenía razón.

—Estarás bien —repitió, no sé si para convencerme a mí o a ella misma—. Vamos a lograrlo, Eva. Vamos a sacarte de aquí.

La decisión estaba tomada. Huiría. Desaparecería sin dejar rastro.

68

MIRAR AL MIEDO A LA CARA

Eva

De ninguna manera volvería a huir. La época de desvanecerme como por arte de magia había llegado a su fin.

Cerré los ojos. Ingresé aire a mi sistema por la nariz y lo despedí por la boca. Ya era hora. Me puse en pie, alisé mi falda con las manos y recogí el bolso antes de girarme hacia la oficina del señor Bustos. Llamé a la puerta con tres golpes de nudillo.

—Adelante.

Asomé el rostro en cuanto me dio paso.

—Abel, me retiro. Recuerde que hoy ya no vuelvo.

El día anterior le había avisado que me tomaría libre aquella tarde debido a un trámite personal de suma importancia. En eso se había convertido Luca: un mero «trámite personal».

Despegó los ojos del documento a medio leer y los alzó hacia mí, asintiendo. Asentí yo también en un acto reflejo y esbocé una mueca que intentó ser sonrisa antes de despedirme con un breve adiós.

—Eva… —Su voz me frenó cuando ya tenía un pie fuera del despacho—. ¿Seguro que estás bien?

No, claro que no. Me sentía a un paso del infarto, con las piernas gelatinosas y los órganos revueltos. Había hecho bien en no almorzar ese mediodía porque estaba segura de que, si hubiera metido un solo bocado en mi estómago, habría terminado echándolo fuera en ese preciso instante. Tenía pleno convencimiento de que lo que estaba a punto de hacer era, en efecto, lo correcto, pero eso no evitaba que me sintiese insegura y al borde del colapso. No obstante, perfilé mi mejor sonrisa y zarandeé la cabeza en un movimiento vertical, intentando resultar creíble. Cerré la puerta a mi espalda y dejé atrás el piso diecinueve, la torre acristalada con el logo de La Cala y el Dique 3.

Me enfadó darme cuenta de que, sin pretenderlo, miraba hacia atrás e inspeccionaba mis alrededores al llegar a cada esquina por temor a que se apareciera de manera repentina. Reparar en ese comportamiento involuntario me reforzó la idea de que necesitaba hacer aquello, de que era ineludible si deseaba salir a la calle sin sentirme amenazada. Tenía que tomar al toro por las astas. Ese que intentaba embestirme y llevarse puesto todo lo que había logrado edificar, imponiéndome su presencia a su antojo.

Mis tacos se movían por inercia hacia adelante y en mis oídos perseveraba un zumbido cuya intensidad era directamente proporcional al malestar que atacaba mi tripa. Avisté la fachada de la cafetería y ralenticé mis pasos. Necesitaba un momento que fuera lo suficientemente extenso como para serenarme, pero no tanto como para permitirme pensar, arrepentirme y echar a correr en la dirección contraria. Maniobraba dentro de unos límites demasiado delgados.

Llegaba a la «cita» con quince minutos de retraso, tal y como lo había planificado de antemano. Precisaba sentir que tenía cierto control sobre la situación. No sabía exactamente con qué me encontraría al ingresar a aquel café ni qué resultaría de aquella conversación, pero al menos había sido yo quien había puesto las condiciones. Había elegido el día y el lugar según mi conveniencia, justamente para evitar una aparición súbita que terminara por provocarme toda esa cascada de reacciones corporales desestabilizantes que no deseaba volver a experimentar nunca más.

Escudriñé el interior del local a través del cristal y entonces lo vi. El corazón me brincó en el pecho como si quisiera escapar de la piel que lo contenía para darse a la fuga. Todo en mí gritaba que pegara la vuelta y me alejara, tal como había hecho en el karaoke. Pero muy dentro sabía que el único modo de vivir tranquila sería enfrentando mis miedos.

Aguardaba sentado en una de las mesas del fondo. Iba vestido de riguroso negro y llevaba puesta una gorra y anteojos de sol, imagino que para evitar ser reconocido y cercado por una horda de fanáticos o fotografiado por la prensa. Al fin y al cabo, era el baterista de una de las bandas más afamadas del momento.

Eché un vistazo a mi alrededor y el alivio fue instantáneo. Las mesas ubicadas en la acera estaban todas ocupadas y por la calle peregrinaban un sinfín de siluetas. Una de las razones por la que había escogido ese sitio como punto de encuentro era su emplazamiento en pleno centro de la ciudad. Me sentía más segura al saberme rodeada de personas.

Mi teléfono vibró dentro del bolso cuando estaba a punto de cruzar la puerta. No tendría que haberlo sacado. Tu nombre iluminó la pantalla y me quedé observándolo latir entre mis manos hasta que el negro se tragó las letras y una quietud absoluta suplantó al movimiento. Cuando brilló por segunda vez, supe que comenzarías a preocuparte, que se prenderían tus alarmas y que «el chico de al lado» emergería en tu mente como la señal más obvia.

Lo siento, Ciro, pero no podía atenderte en ese momento. Devolví el aparato a las profundidades e imploré para mis adentros que dejases de insistir. No lo hiciste. Me tuve que conformar con sacudir la cabeza para echarte de mis pensamientos.

«Puedes hacerlo», me animé. Cogí con fuerza las asas del bolso y suspiré. Había llegado la hora de mirar al miedo a la cara.

69

SEÑAL DE ALARMA

Ciro

—Eva, ¿me estás escuchando?

Despegaste la frente de la ventanilla y tus ojos castaños se centraron en mí. Quité la vista de la avenida por un segundo y te miré de soslayo.

—Sí. —Tu voz salió titubeante—. Sí, claro que sí. —Lo intentaste de nuevo, esta vez, con más seguridad, buscando sonar creíble. Sin embargo, tu rostro me decía lo contrario. No tenías ni idea de lo que te estaba hablando.

Tragué saliva y decidí dejarlo estar. Desde aquella noche en el karaoke estabas… distante, abstraída, inusualmente callada.

Entendía que ver a Luca después de una temporada tan larga había avivado hasta el más anodino de los recuerdos y que el flujo renovado de pesadillas no ayudaba a volver a la normalidad, pero… sentía que había algo más. Algo que te mantenía meditabunda, girando una y otra vez dentro de tus propios pensamientos. Era como si hubieras perdido el interés en el mundo exterior, como si no lograras conectar verdaderamente con las personas… conmigo.

Sin ánimo de ofender, parecías un marciano que acababa de caer en el planeta Tierra. En ocasiones, te quedabas tildada observándome como si llevara escrito en la frente un acertijo indescifrable, o como si te resultara incomprensible el lenguaje en el que te hablaba. Las tareas cotidianas que antes ejecutabas con fluidez, como archivar un documento, poner agua a calentar o comunicarte con mi hermano, ahora te implicaban un esfuerzo que incluso se notaba en tu expresión. Como quien fuerza la vista para leer las letras pequeñas de un anuncio. Se sentía como si necesitaras hacer uso de toda tu concentración para llevar a cabo lo que previamente te salía de manera natural.

Para colmo, no había podido pasar tanto tiempo contigo como me hubiera gustado porque había estado a tope de trabajo. El lanzamiento de la marca se acercaba y las jornadas en la oficina se extendían sin previo aviso. Y a eso debía sumarle que, en unos pocos días, Santi comenzaría las clases en el colegio nuevo. Él se hallaba rebosante de felicidad, con ganas de conocer a sus compañeros y maestros, pero a mí no había quien me quitara la ansiedad. Continuaba preguntándome si había tomado la decisión correcta, si en verdad el cambio era lo mejor para él, y aunque sospechaba que sí, no me quedaría realmente tranquilo hasta verlo adaptado y contento.

La semana anterior habíamos ido a comprar todo lo necesario para el inicio del ciclo lectivo: mochila, útiles escolares, uniforme. Y debo reconocer que, además de los nervios por la incertidumbre sobre el futuro de mi hermano en la nueva institución, me había embargado una especie de melancolía dulce, por describirlo de alguna manera. Por un lado, me sentía expectante y alegre por poder compartir junto a él el inicio del segundo grado. Pero, por otro lado, no dejaba de pensar en todo lo que me había perdido: los años de jardín de infantes, preescolar, el paso a la primaria… Por primera vez, era consciente de aquello a lo que renunciaba por llevar el estilo de vida que elegía. Y me pesó.

Un bocinazo me descolgó bruscamente de mis pensamientos y me percaté de que el semáforo se había puesto en verde. Doblé a la derecha e hice oídos sordos a la ristra de improperios —algunos bastante creativos— que me dedicó el conductor del vehículo que venía detrás de mí. Menos de cinco minutos después, estacioné en el *parking* de la empresa.

Bajaste del auto con aire ausente —para variar— y pareciste percatarte de mi presencia recién cuando te tomé de la mano. Contemplaste nuestros dedos entrelazados como si se tratase de un cuadro nunca visto, y luego tu mirada reptó despacio hasta encallarse en el verde de mis ojos.

—Eva… —comencé a decir, pero me frenaste, adivinando mis intenciones.

—Solo estoy un poco cansada, no pasé una buena noche —te excusaste y automáticamente diste media vuelta rumbo a los ascensores.

En efecto, unas líneas azuladas bajo los párpados inferiores corroboraban tu historia. Pero sabía que había algo más. Algo que callabas y reservabas solo para ti.

Te vi mirar por encima de tus hombros, revolear los ojos en ambas direcciones y, aunque procuraste ser disimulada, el gesto no me pasó inadvertido. Maldije a Luca y a todo tu pasado de mierda por impregnarte al cuerpo un miedo que no sabía cómo quitarte, cómo ayudarte a combatir. Aquel movimiento, en los últimos días, había adquirido el carácter de ritual. Lo repetías cada vez que pisabas la calle, cuando entrabas o salías de algún sitio, antes de subir al auto o meter la llave en la cerradura de tu casa. Había empezado a formar parte de tu vida y esperaba fervientemente que se tratara de algo pasajero, que fuera diluyéndose con el paso del tiempo hasta permitirte retornar a la normalidad. Odiaba que te sintieras insegura y, como una vez te había oído decirle a mi hermano, temieras el regreso de los fantasmas. Fantasmas de carne y hueso que te habían jodido la existencia.

Nos despedimos con un beso comedido al llegar a la planta diecinueve y antes siquiera de darme cuenta, el trabajo ya me había engullido. Perdí la noción del tiempo y solo te envié un texto a media mañana para avisarte que la reunión se había extendido más de lo planeado y no podría ir por nuestro religioso café diario —té para ti —. Prometí que te compensaría e imaginé tu rostro ruborizándose al interpretar el significado de mis palabras. Tu respuesta, un escueto «No te preocupes», quedó en la bandeja de entrada como mensaje no leído hasta pasado el mediodía. Me salté el almuerzo y recién pude hacerme un hueco para ir a verte alrededor de las tres de la tarde. O las cuatro, no lo sé.

Estaba deseando arrastrarte a la azotea y dejarte los labios del mismo tono que las mejillas, comerme tu labial a mordiscos para que tu boca solo vistiera el rosado intenso que le provocaba la mía.

Con esas intenciones impuras en mente descendí a zancadas los escalones de los dos pisos que nos separaban y me planté delante

de tu escritorio. Me pasé la mano por el pelo, extrañado, porque el ordenador se encontraba apagado y sobre el mueble reinaba un perfecto orden... La clase de orden que uno deja en la oficina al terminar el día, no al ausentarse por un breve lapso para hacer un recado o acercarse a la máquina expendedora en busca de un dulce.

Estaba a punto de sacar el móvil del bolsillo para verificar si tenía llamadas o mensajes tuyos, cuando la puerta de la oficina del señor Bustos se abrió y dos ejecutivos salieron con sus maletines de cuero a cuestas. Permanecí inmóvil mientras sus rostros, cargados de aburrimiento, se deshacían en despedidas protocolares y luego se perdían rumbo a los elevadores.

—¿Buscas a Eva?

Mi ceño arrugado era así de obvio; no dejaba margen para la duda. Al director financiero no se le ocurrió pensar que el motivo de mi visita era la imperiosa necesidad de discutir un asunto laboral que, bajo ningún concepto, podía esperar hasta el otro día. No. Ciro Ferraro estaba allí con el único propósito de ver a Eva Martínez.

Asentí, aunque podría no haberlo hecho; el hombre ya conocía la respuesta.

—Ya se retiró.

—¿Cómo que ya se retiró? —cuestioné precipitadamente, con cierta brusquedad, y mi entrecejo se frunció aún más, si es que eso era posible.

—Sí, debía hacer algún tipo de trámite.

—Trámite —repetí, abstraído.

No me habías comentado nada. No era como si tuvieras que notificarme acerca de cada paso que dabas, pero generalmente hablábamos sobre nuestros planes para el día o sobre lo que haríamos al salir del trabajo.

—Personal —agregó, como si ese dato fuera de suma utilidad.

No pude evitar que se encendieran mis alarmas. Era extraño que abandonaras tu puesto de trabajo en mitad del día. Algo… algo no cuadraba.

Giré para ir en busca de Vera, pero me detuve cuando tan solo había dado tres pasos.

—Una última pregunta. —Clavé mis ojos preocupados en Abel—: ¿Cuándo le avisó que debía retirarse temprano?

El gesto serio, exigente, prácticamente inmutable, del sujeto que tenía delante, se suavizó. Atisbé incluso una huella de inquietud. Entrecerró los ojos y se frotó la barbilla, pensativo.

—Ayer —pronunció al cabo de unos segundos—. Sí, sí, ayer —confirmó, y acto seguido añadió—: ¿Por qué? ¿Pasa algo con Eva?

Negué, más como un intento de convencerme a mí mismo que a él de que todo marchaba bien.

—Espero que no.

Salí de allí con un mal presentimiento trepándome por la espalda. Procuré mantener la calma, aunque en mi mente bailaba, como un puto cartel titilante de neón, el nombre de tu maldito exnovio.

El teléfono me quemó entre las manos y, tal como esperaba, no atendiste. Me encerré en la oficina porque, sinceramente, no sabía hacia dónde ir. No recuerdo cuántas veces te llamé, pero fueron las suficientes como para que tu voz en el contestador me encrespara los nervios.

—Hola, Vera.

Cambié de táctica. Probé suerte con tu amiga, que atendió al segundo tono.

—¿Ciro? —inquirió, extrañada.

Sí, resultaba raro que estuviera llamándola. Nos hallábamos a tan solo dos plantas de distancia y nos habíamos visto apenas unos minutos atrás.

—¿Sabes algo de Eva? —me apuré a indagar.

—Mmm… no. No la he visto hoy.

—No está aquí —informé en un murmullo que dejó al descubierto cada una de las emociones que me atravesaban.

La línea cayó en un completo silencio por lo que seguramente fueron segundos, aunque a mí me pareció un instante perpetuo. No quería pensarlo, menos aún pronunciarlo en alto, pero necesitaba formular la pregunta:

—¿Crees que…?

—Luca.

Oírlo de su propia voz me sentó como una patada al hígado. Fue la confirmación de que sus pensamientos iban por la misma carretera que los míos y aquello disparó mis miedos hasta hacerme estremecer. Por lo visto, no había sido el único en notar esa brecha que habías instalado la pasada semana entre tú y el mundo… no había sido el único en sentirte distante y hermética.

Sentí un escalofrío zigzaguear como un reptil por mi columna y trepar hasta mis tímpanos para convertirse en un pitido agudo. Rogué que se tratara de otra cosa, que efectivamente hubieras tenido que salir a hacer alguna gestión, asistir a un turno médico o, no lo sé, que unas ganas tremendas de disfrutar de una tarde soleada te hubieran asaltado de improviso. Cualquier motivo que no llevara escrito tu pasado me valía. Pero…

—Ayer avisó al señor Bustos que se tomaría la tarde de hoy porque debía realizar un trámite personal, ¿no te ha mencionado…?

—No —me cortó con sequedad y la esperanza de que mi mente estuviese actuando de manera paranoica se desinfló como un globo al que se le deshace el nudo. O ya éramos dos los paranoicos, o la preocupación que sentíamos y que había encendido la señal de peligro en nuestras cabezas estaba debidamente justificada. Un puñado de segundos después y con deliberada lentitud, como si deseara que el mensaje calase en mí, añadió—: Jamás, en todos estos años, se ha tomado un día libre, Ciro. Nunca. Tampoco una mañana o un par de horas por la tarde.

Otro silencio viscoso se coló entre nosotros y se adhirió a mi pellejo. Mis pies caminaban maquinalmente en círculos y podía escuchar mi respiración pesada cada vez más desbocada.

—¡No puede haber ido a encontrarse con él, Vera! —exclamé, entrando en pánico—. Tú misma has visto cómo reaccionó el otro día al verlo, apenas… —la voz me falló—, apenas podía respirar. ¿Por qué se pondría a sí misma en esa situación? ¿Por qué se pondría en riesgo voluntariamente?

Pero entonces, tus palabras irrumpieron en mi mente con intensidad para darme la respuesta:

«¿Y sabes qué es lo peor? ¿Lo que me ocurrió aquella noche y también hoy? ¿Lo más retorcido, enrevesado y jodidamente

enfermo? Que, al salir de ese estado de estupor, cuando mi cuerpo se relaja y el frío deja de viajarme por las venas, algo dentro de mí, muy profundo, muy arraigado, me dice que ese chico sería incapaz de hacerme daño».

Me llevé la mano a la cabeza y abandoné el despacho en una exhalación.

—¡Me cago en todo! —bufé en una mezcla de gruñido y grito lleno de desesperación.

—¿Qué haces? ¿Qué es ese ruido?

Ese ruido era yo bajando las escaleras a toda velocidad, comiéndome los peldaños de dos en dos sin saber exactamente hacia dónde ir, pero sabiendo con certeza que quedarme quieto no era una opción. Tenía que encontrarte.

—Voy a salir a buscarla —pronuncié con el pulso revolucionado mientras mis piernas no cesaban de moverse apresuradas.

Quisiera poder decir que mantenía viva la ilusión de que te hallaras en cualquier otra parte, lejos de ese hombre al que no deseaba volver a cruzarme en la vida, mucho menos que lo hicieras tú. Pero a medida que descendía escalones, la idea de que estabas con él brillaba con más fuerza.

¿Era eso lo que callabas, Eva? ¿Ese «algo más» que flotaba entre nosotros y nos mantenía alejados? ¿Luca había vuelto a contactar contigo? ¿De eso se trataba? ¿Ese era el motivo de tu retraimiento? ¿La razón de tu mutismo, tu mirada extraviada y tus músculos desganados?

—Tengo que dejarte, Vera —anuncié al llegar a la planta baja. Atravesé el *lobby,* que aquel día parecía más extenso que nunca, y al tocar la acera me lamió el rostro un sol cegador. Hacía un calor capaz de derretir el asfalto y la ausencia total de viento no ayudaba a regresar la respiración a su cauce—. Necesito llamar a Álvaro, tal vez él la vio por la mañana y…

—Álvaro está aquí conmigo, no sabe nada de Eva —confirmó y un sonido tosco, de pasos apurados y ¿papeles?, se filtró en la línea—. Estamos saliendo a buscarla también, aunque… Ciro… —titubeó—, ni siquiera sé por dónde empezar.

Su voz sonó terriblemente angustiada, agujereada por el agobio. Reconocí en ella los mismos nervios que llevaban rato arañándome la médula y un rastro de enfado que no logró mantener cautivo.

—¡Cuando la encuentre voy a matarla por ser tan estúpida! —chilló a continuación y noté que estaba a punto de empezar a llorar.

Oí una retahíla ininteligible de lo que me parecieron maldiciones, pero ya tenía suficiente con lo que lidiar. Precisaba la cabeza despejada para pensar y el móvil libre para localizarte.

—Eso no es lo importante ahora —repliqué—, solo…

—Sí, lo sé, lo sé —me interrumpió y la imaginé agitando la mano en el aire con impaciencia—. Voy a llamar a Fernando —informó—, él puede acercarse a casa de Eva; su estudio queda a unas pocas cuadras de distancia, tal vez esté allí.

—No está allí —aseveré.

Eso sí que sería estúpido. Dejarlo entrar en tu casa para estar a solas con él. No, no te sentirías segura y no, no podía pensar en esa posibilidad porque se me aflojaban las rodillas. Estarías en un sitio lleno de personas y aunque el miedo te atacaría igualmente, como lo había hecho en El Aura, al menos tendrías la sensación de estar amparada.

—¿Cómo…?

—Tengo que colgar, Vera —repetí, alterado—. Mantenme informado.

—Tú igual.

Te llamé cientos de veces. Con cada llamada no atendida la preocupación alcanzaba un puesto más alto y la sensación de punzante malestar se tornaba más aguda.

Seguí aquella lógica. La única que tenía sentido para mí. Me aferré a esa idea: lugar con gente, multitudes, espacios conocidos, y erradiqué de mi cerebro cualquier pensamiento que te situara exclusivamente con Luca, aislados del resto de la humanidad.

Y no sé si fue mi mente quien encontró el rumbo, mi corazón o mis pies, pero supe exactamente adónde tenía que ir.

70

EXPOSICIÓN

Eva

«Tú puedes», «tú puedes», «tú puedes», me repetí mientras lanzaba una exhalación infinita y empujaba la puerta de entrada. El sonido de la campanilla anunció mi presencia y automáticamente se quitó las gafas de sol y noté sus ojos sobre mí. Abandonó la postura despatarrada y se retrepó en la silla hasta quedar erguido. Bien…, al menos no era la única nerviosa allí. Me obligué a sostenerle la mirada, pese a que mis pupilas deseaban perderse en cualquier otro punto del establecimiento.

Cuando llegué a su lado advertí cómo su vista soltaba mi rostro y vagaba por mi cuerpo en un viaje apreciativo que me hizo sentir incómoda. No había nada libidinoso o sexual en su mirada; no se trataba de un repaso de esas características, sino más bien de una valoración de los cambios. Lo entendía. Mi figura era totalmente distinta a la que debía habitar en su memoria. Ahora tenía carne, curvas, la cara más llena y el cabello brillante y sano. Incluso mi ropa formal, el aspecto cuidado de mis uñas, el maquillaje… todo hacía contraste con la muchacha que él había conocido.

Yo tampoco pude evitar reparar, nada más tomar asiento, en sus mejillas menos hundidas, en su apariencia más recompuesta que la que recordaba de aquellos últimos tiempos juntos y en sus ojos. Sus ojos ya no lucían rojos, apagados y entrecerrados como una bandera izada a media asta. Ahora el marrón de sus iris destacaba sobre un fondo blanco, limpio. Volvían a ser los ojos del niño que yo reconocía.

—Ev… —deslizó a modo de saludo.

Otra vez ese sonido incompleto que despertaba mis ganas de agregar la letra que faltaba. Colgué el bolso en el respaldo de la silla para ganar segundos, para acostumbrarme a la idea de tenerlo enfrente, y me aclaré la garganta.

—Hola, Luca.

—Creí que nunca volvería a verte —susurró en lo que me pareció un suspiro de alivio.

—Esa era la idea —solté sin pensar y yo misma me sorprendí ante la brusquedad de mis palabras.

No pretendía discutir, hacer reproches ni sonar desagradable. No había ido con esa intención, pero tampoco podía evitar estar con la guardia alta, lo cual era lógico después de cómo habíamos acabado.

Intentaba mantenerme serena, pero los nervios no dejaban de morder con saña la boca de mi estómago. Era evidente que no quería estar allí, que la situación me resultaba de lo más incómoda y que no veía la hora de largarme. Estaba luchando contra el torrente de sensaciones negativas que removían mi interior porque en verdad creía que aquella conversación era necesaria. Y porque no quería que notara lo que provocaba en mi cuerpo.

Mi comentario lo golpeó, tal vez porque no esperaba una contestación así de mi parte o porque su cabeza se había figurado un motivo completamente distinto y erróneo de ese encuentro, y aunque se puso rígido al instante, enseguida procuró disimularlo.

«Genial», pensé. Acabábamos de llegar y la tensión ya era insostenible.

—Hola, Eva, ¿cómo estás? —Una voz alegre y conocida me apremió a alzar la mirada. Me recibió una sonrisa de dientes blancos acompañada por unos hoyuelos encantadores—. Casi no te reconozco sin el cuaderno y los rotuladores desparramados por la mesa —bromeó y, para mi sorpresa, me arrancó una sonrisa.

—Hola, Fran.

Aquella era la segunda razón por la que había escogido ese sitio. Solía ir con frecuencia a escribir, por lo que los camareros y el dueño, un hombre de mediana edad, calvo y de aspecto risueño, me conocían. Me sentía… resguardada. Tal vez había tomado demasiadas precauciones, pero prefería pecar de excesiva que de incauta.

—¿Te traigo lo mismo de siempre?

—Sí, gracias.

Se giró hacia mi acompañante con idéntico gesto amable.

—Señor, ¿desea ver el menú?

—Un agua sin gas —ordenó en tono cortante.

—Enseguida.

No me pasó inadvertida la mirada endurecida que le dedicó ni cómo esta se suavizó cuando volvió a engancharse a mi rostro. Me despertó malos recuerdos. Conocía bien esa mirada y que hubiera podido desmontarla en apenas un segundo y trocarla por otra me produjo un escalofrío.

—¿Podemos ir a un lugar más privado? —rompió el silencio—. Quiero… me gustaría que hablásemos tranquilos, sin interrupciones. No me malinterpretes —se atajó, alzando las palmas—. Lo digo por la exposición; hay demasiada gente aquí.

Me resultó curioso pensar en el significado diametralmente opuesto que esa palabra tenía para ambos. Para Luca, exponerse significaba estar rodeado de personas; para mí, estar a solas con él.

—Es lo que hay —declaré, y para mi total asombro, soné serena —. Lo tomas o lo dejas.

Sus ojos me examinaron con tal fijeza que me obligué a no mover un solo músculo de la cara. La presión que ceñía mi vientre se multiplicó, pero ya podrían explotarme los órganos que no iba a dejarle ver lo que su presencia me ocasionaba. Y es que Luca tenía una forma de mirar que me subyugaba, me sometía. Cuando sonreía, sus pupilas se llenaban de picardía, de un brillo provocador que mezclaba la dosis justa de inocencia y malicia, haciéndolo parecer el chico malo y el ángel al mismo tiempo. Siempre había adorado esa mirada. Pero cuando su rostro se vestía de esa seriedad posesiva que lo enviaba directamente al otro lado de la balanza, me hacía sentir… indefensa. Era como si sus ojos se transformasen en grilletes de los que no podía desamarrarme, tal y como me había ocurrido en el karaoke hasta que un odioso «Ev» murmurado al oído me había devuelto la sangre al cuerpo y me había hecho reaccionar.

Ahora me contemplaba del mismo modo: posesivo, dominante, oscuro. Me forcé a mantener los párpados en alto y el semblante inmóvil. Aquel instante pareció durar una eternidad. Finalmente, suspiró derrotado y se echó hacia atrás, recostándose sobre el respaldo.

—Bien —aceptó.

—De todos modos, no vamos a tardar mucho, es corto lo que tengo para decirte.

Adiós serenidad. Ahí estaba otra vez la Eva con el escudo alzado. Seca. Directa. La que buscaba fervientemente mantener las riendas de la situación.

—¿Cómo me encontraste? —inquirí, cortante.

—Vi tus videos cantando.

Asentí; no fue necesario que dijera nada más. En un primer momento, maldije esas grabaciones que habían sido subidas a YouTube y a Twitter por temor a que pudiera hallarme. Pero luego comprendí que, gracias a esos videos publicados en las redes, yo había dejado de huir.

—Había olvidado cómo sonaba tu voz…

No pude evitar que el comentario sacudiera mi armadura. Parecía sincero. Me recordó al chico de mi infancia, ese que no lograba compaginar con la otra cara. Aun así, no bajé la guardia, sencillamente porque a su lado ya no me sentía cómoda.

—¿Para qué me buscaste?

Sus ojos se abrieron en una mezcla de indignación y asombro, como si no pudiera creer que en verdad estuviera preguntando aquello. Como si le resultase inconcebible, casi un agravio, que desconociera la respuesta.

—Desapareciste, Ev. ¿Qué querías que hiciera?

Aluciné. ¿Era reproche lo que salpicaba su voz? No, no podía ser. Debía haber malinterpretado el tono. «Desapareciste, Ev», se propagó como un eco dentro de los márgenes de mi cerebro. Como si de repente me hubiese desvanecido sin causa aparente. Como si quedarme hubiese sido una opción viable. Como si no le hubiese dejado otra alternativa más que revolver debajo de las piedras para hallarme.

No, había escuchado bien. La frase había salido de su boca envuelta en una queja que me revolvió el estómago. ¿Dónde estaba el trozo que le faltaba a esa oración? ¿El motivo por el cual había tenido que tomar una medida así de drástica? ¿Su parte en la ecuación que había derivado en ese resultado?

—¡¿No te pareció un mensaje suficiente?! ¿No se te ocurrió pensar que si lo hice fue porque no quería que me encontraras? ¡Y deja de llamarme Ev de una vez! Mi nombre es Eva. ¡Eva! —chillé, completamente anonadada.

Justo en ese momento llegó nuestro pedido. El rostro de Fran apareció en mi campo de visión y la interrupción me sirvió para tranquilizarme y recobrar el ritmo normal de la respiración. O todo lo normal que podía ser, dadas las circunstancias.

—¿Está todo bien? —consultó, mirándome directamente a mí, luego de dejar las bebidas sobre la mesa. No había rastro de la sonrisa con la que solía dirigirse siempre a los clientes; en cambio, su expresión seria me informó que sabía que estaba lidiando con una situación difícil y que permanecería atento por si llegaba a necesitarlo.

Asentí y compuse una mueca tras la cual lo vi alejarse y rodear el mostrador.

Un silencio incómodo se sentó a la mesa con nosotros. Contemplé la taza de té que quedaría intacta. De ningún modo descubriría mis manos temblorosas; las mantendría fuera de su vista, sobre mi regazo.

—Dime de una vez lo que tengas que decirme, no va a haber otra oportunidad.

Ya no me importó sonar fría ni tajante. Prefería ir al grano y volver a mi rutina pacífica lo más pronto posible. Y no sé si fue la firmeza en mi voz o la contundencia de mis palabras, pero le quedó claro que no iba a andarme con rodeos.

Dio un trago largo a su agua, como si necesitase hidratar los labios o limpiar su garganta, y luego me miró:

—¿Por qué… por qué te fuiste?

Tenía que ser una broma.

—Sé que no te puse las cosas especialmente fáciles —se apuró a continuar, y a mí el ceño se me disparó hacia arriba porque aquel era un modo demasiado vago, lavado, de referirse a su comportamiento que, dicho sea de paso, no se reducía a un error de una sola noche—, pero ¿largarte?, ¿dejarme de ese modo después

de toda una vida juntos como si no te importara una mierda? ¿Como si no hubiese significado nada para ti?

Se me llenaron los ojos de lágrimas. No podía creer lo que estaba oyendo. En otro momento de mi vida, su reproche me habría hecho vacilar. Habría acrecentado la culpa que durante años sentí y removido todas aquellas preguntas que no había dejado de hacerme: ¿podría haber hecho más para ayudarlo?, ¿podría haber hecho algo distinto? Pero ya no. No había trabajado más de un lustro en terapia en vano.

—Me golpeaste —apunté sin salir de mi asombro.

—Podríamos haberlo superado juntos —prosiguió, ignorando mi intervención—. ¿Sabes lo solo que me sentí? ¿Sabes por el infierno que tuve que pasar? ¿Lo que me costó desintoxicarme?

—Me golpeaste —repetí con dureza—. Tuve que encerrarme en una habitación y pedir ayuda porque no sé qué hubiera sido de mí si llegabas a atizarme con ese matafuego.

Chasqueó la lengua restándole importancia.

—Después de todo lo que yo hice por ti…

Aquella frase que había escuchado por años fue mi límite.

—Y te agradezco por eso, pero no iba a dejar que me mataras para devolverte el favor.

La crudeza de mis palabras nos silenció a los dos y creo que, por primera vez, lo vi todo con una claridad meridiana.

Ya sabía que alejarme había sido la mejor opción, que la relación era tóxica, insalubre y se asentaba en la dependencia, pero en ese instante, en ese preciso instante, me inundó una lucidez que erradicó cualquier vestigio de duda o culpa que pudiera albergar.

—Escucha, Ev…

—Ya te dije que no me llamaras así.

Estiró su brazo con la intención de tomar mis manos que, en algún punto de la discusión, habían decidido abandonar mi falda para aferrarse al filo de la madera. Me aparté de inmediato.

Su gesto se contrajo como si le hubiera soltado un golpe.

—Antes era el único que podía tocarte —musitó, con una voz hecha de recuerdos que nada tenía que ver con la que había utilizado minutos atrás.

—Supongo que perdiste ese derecho.

Resopló, frustrado, y agitó la cabeza como si deseara reencauzar sus ideas. El silencio sobrevoló una vez más la distancia que nos separaba.

—Lo siento —pronunció finalmente. Los ojos se le aguaron—. Tal vez debí haber comenzado por ahí —se reprendió a sí mismo—. Lo siento de verdad, Ev, pero tienes que entender que no era yo.

—Ah, ¿no? ¿Y entonces quién era?

La pregunta saltó irónica de mis labios sin que pudiera hacer nada para retenerla. No me agradó el tono punzante que acababa de emplear, ni esa postura defensiva y contestataria que parecía llevar encima como una armadura. Yo no era así. Yo no hablaba de esa forma. Estimo que los nervios y las ganas de terminar de una vez con aquello estaban afectándome más de lo que me hubiera gustado. Omití decirle que, si *no era él*, por qué entonces me pedía perdón.

No pude evitar que me embargara cierta decepción. No había acudido a ese encuentro esperando explicaciones ni disculpas, pero el hecho de que después de casi siete años no pudiera esbozar un arrepentimiento sincero sin justificarse tras una excusa, sin colocar una coma en la frase y desligarse de la responsabilidad con un simple «no era yo», me llenó de pena.

Me había llevado muchísimo tiempo y trabajo arduo aceptar lo sucedido aquella noche; ni siquiera estaba segura de haberlo superado todavía porque mi cuerpo aún guardaba los resabios del miedo y, en cambio, él tenía la capacidad de simplificar en tres palabras todo un océano de dolor. Entendí que esas siete letras le habían bastado para cerrar aquel capítulo; para no hacerse preguntas; para no cuestionarse por el «cómo»: cómo había llegado a eso, a golpearme, a querer tirar abajo una puerta a base de constantes embestidas… cómo habíamos terminado así. Había preferido descargar la culpa sobre mí, hablar de *desapariciones* como si un agujero negro me hubiera tragado, en vez de indagar en las causas.

Sentí pena por él y, a la vez, un soplo de alivio por mí. Yo había hecho el trabajo inverso. Había buceado en el dolor, en las causas y

en mi parte en toda aquella historia para asegurarme de no repetirla. Para construirme un camino diferente, sano, libre de las cadenas del pasado.

—No puedo dejar de pensar en lo que tuvimos —declaré entonces y me percaté de que me había quedado ensimismada en mi propia telaraña de pensamientos—, en lo especial que era, en cómo se destrozó en una sola noche.

La sensación de pesar se hizo todavía más profunda. «No fue *en una sola noche*, Luca», pensé. Y tampoco *se destrozó* solo. No terminamos como lo hicimos por efecto de una bola de demolición que reventó nuestros cimientos, ni por un movimiento sísmico que detonó nuestra estabilidad, ni por la intervención oscura y malintencionada de algún agente externo. Pero callé. No tenía sentido pronunciarlo en voz alta.

—No pude volver a construir algo similar con nadie —confesó—. Ya no recuerdo lo que es sentir… ¿Te acuerdas de cuando me preguntabas si había algo mal en ti? —Asentí con la humedad abandonando mis lagrimales. Él bajó la vista empañada como si hubiera viajado en el tiempo—. Siempre indagabas, querías saber cómo se sentía que te besaran, acostarse con alguien, hacer el amor… Creo que algo está mal conmigo, no porque no soporte que me toquen, como te pasa a ti, sino porque no siento nada cuando lo hacen.

Me sacudió un recuerdo olvidado y la voz del Luca adolescente se esparció por mis oídos: «Eres como una estrella. Brillas mucho, Ev, aunque eres distante y lejana».

Pero entonces, en mi mente apareciste tú para asegurarme que aquello no era así, para rebatir esa definición que durante mucho tiempo había creído real. Y vi tus manos ásperas, tremendamente tiernas, perdiéndose entre mis hebras rubias; y vi tu boca llevándose mis lágrimas en un intento por quitarme el dolor de encima; y vi tus ojos honestos y orgullosos, transparentes, reforzando lo que tus labios pronunciaban: «Esa pulsera deshilachada que crees que no vale nada, en realidad, lo vale todo, porque contiene tu esencia. Tú eres esos cordones entrelazados como también eres los sobres con palabras extrañas, las caras sonrientes sobre una taza de café, y los

muffins de colores que guardan en su interior el remedio para sanar cualquier tipo de dolencia».

Tú me veías. Tú sabías que no era un astro remoto e intocable. Yo simplemente llevaba a cuestas una historia que me volvía… cauta. Precavida. Aprensiva, incluso. Me suponía un esfuerzo mayor que a los demás abrirme y dejarme conocer; necesitaba más tiempo para confiar y sentirme cómoda, pero no era fría, ni lejana, ni inalcanzable. No estaba hecha de hielo o espinas. Sencillamente iba un poco más lento; a mi propio ritmo. Me costaba, sí. Tal vez no era cariñosa o expresiva de un modo evidente. Quizá no proclamaba a los cuatro vientos el amor que sentía por las personas que formaban parte de mi vida, pero sí lo demostraba a mi manera: con un plato de comida casera, una bebida caliente, horneando galletas o buscando palabras exóticas en el diccionario para compartir con un niño por correspondencia; separando Froot Loops por colores, ayudando con las asignaturas escolares como un día me habían ayudado a mí, o aprendiendo a afrontar temores para cantarte al oído. Cantar frente a un público anónimo no me producía vergüenza, lo había hecho toda la vida, pero recitarte letras que me hablaban de ti aún sofocaba mis mejillas, porque suponía un nivel de intimidad al que todavía no acababa de acostumbrarme.

Mi cabeza se llenó de momentos, risas, abrazos, conversaciones, incluso silencios. Películas, cenas, cafés de media mañana, canciones, llamadas, fotografías, excursiones. Con Santi, con tu abuela, con Vera, con Fer, con Álvaro, con Enzo.

Yo sentía, claro que lo hacía. Mucho. Fuerte. Con todas las partes de mi cuerpo. Y contigo, Ciro, no había una sola célula que no se echase a vibrar cuando estabas delante.

Ya no era la chica que tenía que preguntar para imaginarse las sensaciones, ni quien tomaba definiciones prestadas de lo que era un beso o una caricia. Tampoco aquella que se ponía rígida con un roce. Yo era la que iba en busca de tu boca porque allí se originaba el vértigo, la que quería tus manos en mi piel porque en ellas se encontraba el verdadero significado de la palabra «sentir», y la que había aprendido que para desnudarse y tocar rincones ocultos no hacía falta quitarse la ropa.

Ya había oído suficiente.

—A veces creo que me dejaste vacío, que te llevaste todo el amor que tenía. Estoy viviendo la vida que siempre soñé y, sin embargo, no soy feliz. —Sonrió con tristeza, y al mirarme, hallé en sus ojos una rendija al niño del balcón, ese que un día me tendió su palma… ese que una vez quise—. La felicidad eras tú apareciendo por mi ventana.

—¿Me quieres? —cuestioné después de un largo silencio.

—¿Que si te quiero? Te adoro, Ev…

Me sequé las lágrimas con el antebrazo y de algún sitio saqué el valor para sonreír.

—Estoy viviendo la vida que *nunca* soñé y, sin embargo, *soy* feliz. Mucho, Luca. Tanto que a veces temo abrir los ojos por la mañana y comprobar que, en realidad, se trata de un sueño. —Inhalé y me humedecí los labios—. Ya no tienes que seguir buscando. Ya me encontraste. Estoy bien. Acepta ahora que tú y yo solo somos un recuerdo. Intenta, al menos, que sea bonito.

Me puse en pie, tomé el bolso y dejé un billete sobre la mesa.

—Adiós, Luca. Si en verdad me quieres o alguna vez lo hiciste, espero no volver a verte.

Atravesé la puerta y en cuanto el sol de la tarde calentó mi rostro, sonreí.

Sonreí porque había enfrentado mi miedo, porque no me había dejado vencer por él.

Sonreí porque sentí mis hombros más ligeros.

Y principalmente sonreí porque lo primero que vi fue tu rostro, muerto de preocupación, que no obstante me devolvió la sonrisa. Y el de Vera. Y el de Álvaro. Y el de Fernando.

Y supe que nunca más estaría sola.

71

FANTASMAS

Ciro

Te colgaste a mi cuello y me besaste con una efusividad que te era impropia.

—Sabes que vas a matarme, ¿verdad? —dije con el corazón todavía galopándome a la altura de la boca.

—No sé cómo me has hallado, pero gracias por estar aquí.

Te acurrucaste en mi pecho y te quedaste prendida a mi cintura como si necesitaras un ancla a tierra.

—No ibas a ser tan tonta de encontrarte con él a solas, así que tu casa quedó descartada. Debía ser un lugar público, en el que te sintieras cómoda y segura. Mis posibilidades eran dos: Lar's o aquí. Pero Lar's es nuestro lugar, no ibas a arriesgarte a arruinarlo con un mal recuerdo, por lo que… aquí estamos.

Te separaste lo justo para mirarme; yo aproveché para inspeccionarte. Era improbable, sí, pero necesitaba asegurarme de que no tenías un solo rasguño.

—Desconocía esas capacidades deductivas, Sherlock —bromeaste, pero en el fondo de tus ojos alcancé a ver una genuina sorpresa y un nudo de emoción, no sé si por haberte encontrado o porque hubiera salido a buscarte en primer lugar.

Rastrillé tu cabello hacia atrás y recorrí tu rostro al milímetro. Habías llorado y tenías los labios enrojecidos, señal inequívoca de que, por culpa de los nervios, habías jugado a mordisquearlos.

—¿Qué haces?

—Te miro —mentí.

—Estoy bien —aseveraste, descubriendo mis verdaderas intenciones.

—¡Ya está todo solucionado! —exclamó Vera, saliendo del bar y acercándose a nosotros. Ni siquiera me había dado cuenta de que había entrado al local—. Ese pibe no jode más.

Tu espalda se irguió.

—¿Qué has hecho? —consultaste con prudencia, casi como si prefirieras no saberlo.

—Solo mantuvimos una pequeña charla en la que yo hablé y él escuchó y acató.

Te tragaste un suspiro y le dedicaste una mirada matadora a nuestros dos acompañantes masculinos por no haberla frenado a tiempo.

—¿Qué? —se defendió Fernando, captando al vuelo el mensaje—. A esta mujer no hay quien la pare, ya la conoces. —Alzó los hombros para librarse de culpa y cargo, y tú devolviste el castaño de tus ojos a tu amiga.

—Vera, ¿qué le has dicho?

Fingiste una mirada cansina, pero podía notar que, aunque intentaras esconderlo, estabas agradecida y emocionada de que estuvieran allí a tu lado.

—Créeme, no quieres saberlo —escupió entre dolida y enfadada, sin dejar de pasar el peso de su cuerpo de un pie a otro—. Y esa ni siquiera es la cuestión. La cuestión es ¿cómo se te ocurre hacernos una cosa así, preocuparnos de esta manera? ¡¿Es que estás loca?!

El reproche salió gobernado por los nervios. Se notaba que estaba verdaderamente afectada y, aunque el enfado parecía cubrirlo todo, en realidad no era más que la punta del iceberg; debajo había una genuina intranquilidad y un núcleo de angustia que amenazaba con desbordarle los ojos.

—Lo siento, no fue mi intención preocuparlos. Yo solo…

—¿Que no fue tu intención? ¿En qué cabeza cabe la tontería que has cometido? ¿Someterte a sus caprichos y aceptar reunirte con él? ¿Es que no has aprendido ya? ¿No has tenido suficiente? ¿Crees que quiero volver a verte como te vi hace seis años? ¿Crees que muero de ganas de llevarte otra vez al hospital?

—No, no es así. Tú no entiendes…

—No, claro que no entiendo. Ninguna persona en su sano juicio comprendería lo que acabas de hacer, porque simplemente es una estupidez. ¿Cómo se te ocurre no avisar a nadie? ¿Cómo puedes…? —La voz se le cuarteó—. Después de todo lo que te ha hecho —

completó con dificultad, haciendo un verdadero esfuerzo por mantener la compostura—. No tienes derecho; no tienes ningún derecho.

Los hombros se le aflojaron y el llanto desconsolado finalmente se liberó. La entendía, porque yo mismo me notaba al borde del colapso. Mientras la tensión dura y los fluidos que componen tu organismo bullen por efecto de las hormonas segregadas, te conservas en pie, pero una vez superado ese momento, cuando el cuerpo se relaja, las extremidades caen en un estado de debilidad tal que temes abrir un agujero en el suelo con el golpe.

—Lo siento, de verdad. No quise… —Tus ojos pasearon desesperados por los cuatro rostros que tenías delante—. Tienen que creerme. *Tienes* que creerme —repetiste, deteniéndote en los míos.

—Eva… —Ahora que ya había constatado que estabas sana y salva, podía pasar a la siguiente etapa: regañarte—, ¿por qué lo hiciste? ¿Por qué accediste a encontrarte con él? Podría haberte hecho daño.

Estabas bien, sí, pero eso no quita que no deberías haberte puesto en esa situación.

—No *accedí* a encontrarme con él. No fue Luca quien se puso en contacto conmigo. Fui yo quien forzó este encuentro.

—¡¿Perdona?!

—¡¿Qué?!

—¡¿Cómo?!

—¡¿Qué acabas de decir?!

Cuatro expresiones descolocadas se alzaron en un coro de aullidos. Solté tu cintura y me alejé unos centímetros porque no podía concebir lo que escuchaba. Admito que, en ese instante, no supe si considerarte terriblemente tonta o valiente.

—¿Por qué? —acerté a vocalizar, y todas las emociones enmarañadas, contradictorias y salvajes que me atenazaban, se concentraron en ese escueto sonido interrogativo.

—Necesitaba dejar de huir, darle un cierre a esa historia, a esa parte de mi vida —explicaste con la mirada aguada—. Estoy cansada de tener miedo, de mirar hacia todos lados por temor a toparme con

él en cualquier esquina. —Alzaste los hombros con sencillez y en ese movimiento encerraste un mensaje: «Era la única opción posible»—. Necesitaba poner un punto final, los puntos suspensivos ya no me sirven.

Asentimos en silencio porque, pese a que podíamos cuestionar tus modos, comprendíamos tus razones. Dimos por finalizado el tema y volví a rodearte entre mis brazos, aunque la sensación de flacidez muscular y los pensamientos desagradables me acompañaron hasta bien entrada la noche.

—Te quiero, Eva. No vuelvas a hacerme una cosa así, por favor —supliqué, consternado, antes de besar cada átomo de tu rostro. Tú solo cogiste el mío en tus manos y profundizaste el beso.

Jamás supe lo que se habló en aquella mesa. Nunca me lo contaste; yo tampoco insistí. Supongo que quise respetar ese punto final al que habías hecho mención. Aunque, tal vez, de haberlo sabido, de haberme enterado cómo te habías sentido en su presencia, qué pensamientos se habían despertado en tu interior, a qué conclusiones habías llegado y qué efectos había tenido esa conversación en ti, las cosas se hubieran desarrollado de manera diferente. O quizá no; no lo sé. Tal vez era así como debían suceder. Pienso mucho en ello, ¿sabes?, en la forma y la rapidez con que todo se torció, y en que, una vez más, fallé en leerte, subestimé lo nuestro y le otorgué a ese pasado tuyo, a él, un poder demasiado grande.

Esa noche salimos a cenar los cinco a un restaurante asiático. Brindamos por las cuentas saldadas, por plantarle cara al miedo, por los amigos y por el presente. La comida se nos fue entre risas, besos y miradas que no dejaban de buscarse. Yo me pegué a tu costado y no me separé de ti en las más de dos horas que duró la velada. Estabas… exultante, luminosa, tranquila. El malestar que arrastraba adherido a los huesos desde que había hallado tu escritorio vacío se encogió unos cuantos centímetros, porque el brillo que irradiabas era como una bengala en plena oscuridad. Entramos a tu casa tomados de la mano y fuimos directo a la habitación. Hicimos el amor durante horas. Te sentí tanto y tan dentro que, cuando llegó la hora de irme, deseé no tener que hacerlo. Abandoné un beso en tu espalda

desnuda, otro te quiero de esos que ya no podía callar, muy cerca de tu oído, y salí del dormitorio luego de contemplarte dormida una última vez.

Llegué a casa con el tiempo justo para darme una ducha, cambiarme de ropa, beber un café y partir hacia el trabajo. Tu llamada me pilló por sorpresa cuando acababa de aparcar el auto en el estacionamiento de la empresa.

—Ciro… —Tu voz de ultratumba me puso el estómago del revés—. No voy a ir a la agencia hoy —me tensé al instante—, pero no te preocupes, es solo que no me siento bien —te apuraste a añadir—. No he podido parar de vomitar desde que me desperté.

Fruncí el ceño, confuso, y atiné a hablar, pero un sonido extraño, como de pasos apresurados, y un «lo siento, tengo que colgar», me dejaron con la palabra en la boca. Encendí el auto y puse rumbo a tu hogar mientras avisaba que yo tampoco aparecería por la oficina ese día. Al abrir la puerta tenías la mirada vidriosa, el cabello atado de cualquier manera y el rostro pálido y ojeroso. Menos de diez minutos después, estabas deshaciéndote en arcadas y lanzando dentro del váter hasta la primera papilla. Pese a eso, no dejaste de repetirme que no era para tanto y que debía irme a trabajar porque podías arreglártelas sola, aunque tu propio cuerpo se encargó de contradecirte cuando las náuseas regresaron y te obligaron a encerrarte otra vez en el aseo.

Llamé al médico a pesar de tu reticencia, pero antes de que llegase siquiera, ya sabíamos de qué se trataba. Vera y Fernando amanecieron con los mismos síntomas que tú, por lo que no fue difícil arribar al diagnóstico: intoxicación alimentaria. Yo caí unas horas más tarde, y el único que se salvó fue Álvaro, porque había cenado un plato distinto al nuestro.

Pasamos los siguientes tres días en mi casa, en cama, sintiéndonos como el culo, pero bien juntitos. Me había costado un triunfo convencerte de que metieras unas cuantas cosas en un bolso y te mudaras provisionalmente conmigo; no lo habría logrado si no hubiese contado con la tozudez y la mano firme de mi abuela y la capacidad de persuasión de Santiago. Sabes que mi equipo es implacable; ya te lo había dicho mi hermano tiempo atrás: «Tú nos

cuidas a nosotros, nosotros te cuidamos a ti». Fue así entonces, es así ahora y continuará siendo así toda la vida, Eva, aunque te resistas a entenderlo.

No iba a dejarte sola en ese estado y menos aun cuando las personas con las que solías contar a diario se hallaban en la misma situación que tú. Así que no te quedó más remedio que barrerte los reparos y la vergüenza de encima y resignarte, en palabras de mi abuela, «a recibir un poco de amor». Yo fui el primero en reponerme o, al menos, en sentirme otra vez como un ser humano decente; sin embargo, tú lo pasaste verdaderamente mal. Los vómitos no cedían, apenas eras capaz de ingerir algo de líquido a pequeños sorbos y por momentos te castigaban unos escalofríos que hacían vibrar hasta las plantas de tus pies. Al cuarto día, más recompuesta, te empeñaste en regresar a tu casa, y a la semana siguiente retomaste las tareas en la empresa, ya plenamente recuperada.

No volvimos a mencionar aquel encuentro con tu ex. Yo me tragué los cabos sueltos que pendían en mi mente como los hilos de un *jean* al que se le han abierto las costuras y los dos jugamos a tener amnesia, a esconder bajo la alfombra aquello que deberíamos haber hablado y a seguir hacia delante como si tus miedos al pasado y los míos a que algo te sucediera hubieran caducado en el mismo instante en que saliste por la puerta de aquel bar.

No dejaste de mirar por encima de tu hombro automáticamente, pero con el paso de los días, esa postura de vigilancia comenzó a ceder. Él no volvió a aparecer y tú…, tú tampoco. No volviste a ser la misma. Algo en ti cambió. Al principio hubo un esbozo de la Eva que yo conocía: la que había roto cadenas y mensajes tóxicos incrustados en las neuronas a fuerza de repetición; la que sonreía de verdad, con ganas, sin medirse, dejando al aire los dientes; la que estaba desnuda frente a mí, aun con ropa, y la que me había permitido descubrirla mientras se descubría a sí misma.

Pero fue solo eso, un bosquejo, como esa mejoría anterior a la muerte que, según dicen, experimentan algunos pacientes terminales, porque pronto tu ánimo empezó a decaer, a apagarse otra vez. Volviste a retraerte, a meter la cabeza en el caparazón como una tortuga, a cerrarte sobre ti misma y desconectarte de los

demás. De mí. Insistías en que nada pasaba, en que todo estaba bien, pero no era verdad. Yo lo sabía, tú lo sabías, todos los que estábamos a tu alrededor y teníamos ojos en la cara lo sabíamos. Era imposible no verlo, Eva. Pero no hablabas conmigo y sospechaba que ni siquiera lo hacías con Vera. Y como la incertidumbre, los interrogantes y los putos silencios se hacían cada vez más grandes, fue cuestión de tiempo comenzar a llenarlos con teorías.

Supongo que es parte de la naturaleza humana intentar encontrarle un sentido a lo que se nos presenta como inentendible, a lo que escapa a nuestra lógica; tapar los agujeros, cubrirlos con algo, aunque ese algo sea tan endeble como una mera especulación, un conjunto de hipótesis o una explicación que en otro momento descartarías por disparatada. Porque el agujero en sí, el vacío, es sencillamente insoportable.

A falta de certezas, a falta de tu verdad pronunciada, lo único que pude hacer fue dar rienda suelta a los fantasmas.

72

UNA VOZ INAGOTABLE

Eva

Los golpes en la puerta no cesaban. Las vibraciones del timbre tampoco. La voz de Vera perseveraba desde el pasillo, pero me sentía demasiado cansada como para levantarme de la cama. Bastante me costaba ya seguir operando con normalidad, si puede llamarse de ese modo al funcionamiento mecánico y apático que repetía día tras día. Me obligaba a hacerlo, a abandonar cada mañana el refugio cálido del colchón para acudir al trabajo y fingir por unas horas que el mundo no se había detenido una tarde de martes, en pleno mes de marzo, para no volver a ponerse en marcha. No funcionaba. El bullicio en mi cabeza no se apagaba nunca y yo no sabía aparentar que todo seguía igual que siempre, porque nada lo hacía.

Tienes que entender algo, Ciro, solo supe encerrarme y ni siquiera lo hice de manera consciente. Sencillamente, era lo conocido, mi mecanismo de defensa cuando la realidad se me tornaba hostil o inhabitable. No era una elección, era puro reflejo. Tú no dejaste de existir, fui yo quien lo hizo, aunque sospecho que, a esta altura, ya no sirven las explicaciones; el daño está hecho.

Una pieza se movió y la imagen del rompecabezas que venía armando se me tornó irreconocible. Di pasos hacia atrás o, tal vez, aquello que creía haber avanzado era meramente ilusorio porque no podría escapar jamás de mi pasado y estaba condenada a regresar una y otra vez a él. Como esas películas en las que no importa qué puerta decidas abrir, qué pasadizo escojas tomar, porque todos los caminos desembocan en el mismo e inexorable lugar.

Vera tenía un juego de llaves de mi apartamento, por lo que, si hubiera estado lúcida, podría haberme preguntado por qué no lo usaba como en otras ocasiones y se dejaba de insistir con tanto ruido molesto. Pero… ya sabes, no había una gota de claridad en mi

mente por aquellos días; solo existía un único pensamiento que me tenía completamente abducida.

Cerré los ojos con la esperanza de que el sueño me atrapara y las horas fluyeran con mayor rapidez; sin embargo, me pareció escuchar un ruido metálico pertinaz, suave por momentos, furioso en otros, seguido de una letanía de insultos que se volvieron más audibles conforme mi amiga se acercaba y se interrumpieron de manera abrupta cuando sus ojos chocaron con mi cuerpo tendido.

No reparé en el suspiro de alivio que cayó irrefrenable de su boca, ni en la mano que voló a su pecho para atajar un corazón que pulsaba con demasiada garra. Tampoco noté el tono lechoso que inundaba sus facciones ni el revoleo de unas pupilas ansiosas que se apresuraron a escanear la habitación, mi rostro y mi silueta con la intención de asegurarse de que todo estaba en su sitio, de que efectivamente me encontraba bien. Mi aislamiento era tal que hasta los detalles más obvios me pasaban desapercibidos.

—Has dejado la llave puesta en la cerradura, no podía entrar —explicó.

Percibí su voz como el envés de unos dedos que parecían querer acariciarme. Era cuidadosa, discreta, en extremo delicada. Me hablaba como si temiera que cualquier palabra equivocada, un acento mal puesto, un volumen ligeramente más alto o una simple inflexión desacertada, pudiesen funcionar como detonante de esa bomba que yo era. Lo que ella no sabía es que el artefacto explosivo ya había estallado y ese cuerpo silente que yacía delante de sus retinas era el remanente, lo que quedaba luego del bombazo.

No me reprochó que hubiera faltado a la cita de los jueves, que en esa oportunidad había tenido lugar en casa de Fernando. Tampoco que no hubiera respondido sus llamadas ni abierto la puerta cuando era evidente que la había oído. Ella solo se dejó caer en el extremo de la cama, frotó sus palmas en el regazo en un gesto que evidenciaba nerviosismo y arrugó los labios antes de musitar:

—Tienes que decirme qué ocurre, Eva.

Me miró fijamente y negó con la cabeza. El movimiento le aflojó unos mechones de ese cabello negro que siempre llevaba recogido en un rodete destartalado y estos cayeron sobre su frente hasta

cosquillearle la nariz. Los enganchó entre sus dedos y se los retiró del rostro, desplazándolos hacia atrás.

—¿Qué es lo que pasa? No puedo ayudarte si no me dices.

Aunque se lo contara no podría hacerlo; no esta vez. Me incorporé despacio y me senté con las piernas cruzadas, apoyando el tronco en el respaldo y reteniendo la delgada manta que cubría la parte inferior de mi cuerpo entre las manos. Necesité un esfuerzo extra para ejecutar esa acción. Últimamente, cualquier desplazamiento me insumía una inversión mayor de energía; era como si estuviese funcionando con la reserva de gasolina y, de un momento a otro, fuese a quedarme con el tanque vacío.

—Estamos preocupados por ti —prosiguió, sin variar el tono sedoso de su voz—. Todos —precisó—. Estabas bien cuando saliste de ese puto café, y seguiré pensando que deberías habernos avisado de tus planes en lugar de meterte sola en esa situación, pero creí… creí que habías logrado dejar atrás esa parte de tu vida. —Me tomó varios segundos comprender que se refería a mi encuentro con Luca —. Algo tiene que haber ocurrido allí para que estés de esta manera. ¿Te ha dicho algo? ¿Ha vuelto a aparecer? ¿Está molestándote de algún modo? —Su zozobra se materializó en la torpeza con que despedía las palabras—. Dímelo, Eva, porque es evidente que no estás pudiendo lidiar con ello. Y no tienes que hacerlo, ya no sé en qué idioma hablarte o cuántas veces debo repetírtelo: no estás sola. Tienes muchas personas a tu alrededor dispuestas a ayudarte en lo que sea. Has progresado mucho en estos años… No te encierres otra vez, no le des el poder de quitarte lo que tanto te ha costado conseguir. No vuelvas a ser la chica que se traga el dolor hasta pudrirse por dentro, sé la mujer que lo pronuncia en voz alta porque sabe que puede compartirlo.

Ella hablaba de dolor, sin embargo, yo no sentía eso. Yo no sentía nada. Agaché el rostro y me centré en las ondas que formaba el cobertor; pequeños montículos que no me gasté en alisar porque la tarea supondría un dinamismo del que adolecía en aquel entonces. Al alzar la vista, sus ojos seguían sobre mí, analizando mi actitud circunspecta, intentando desentrañarla. Una sospecha pareció

incubarse en ellos que, poco a poco, se infestaron de un fulgor similar al terror.

—Te ha… ¿te ha hecho algo? Dime que no es eso, Eva, que no ha vuelto a ponerte una mano encima porque…

Negué de forma mecánica.

—¿Qué es entonces? Llevas semanas así… ausente, impenetrable, sufriendo en silencio. —Se levantó, impulsada por esa misma inquietud que descollaba en su discurso, para venir a acuclillarse frente a mí. Su mirada cariñosa, acongojada, buscó la mía, y sus manos descansaron en mis muslos, reforzando el mensaje—. Porque sé que estás sufriendo. Estoy aquí para ti. —Acarició mi frente y me colocó el pelo detrás de la oreja—. Suéltalo, Eva, dime…

—Estoy embarazada.

Era la primera vez que lo pronunciaba en voz alta y fue como si hubiera lanzado una granada en el medio del dormitorio: ruido sordo y luego silencio. No sé si lo hice por mí o por ella, porque necesitaba contárselo a alguien luego de callarlo por más de un mes o porque quería que dejara de figurarse ideas erróneas como que Luca era la causa de mi mutismo.

Su reacción fue todo lo que no había sido la mía al momento de enterarme de la noticia; Vera estaba llena de emociones, intrincadas como las briznas de hierba que conforman un nido de pájaros, y también de pensamientos igual de desordenados y sorpresivos. Podía notarlo en la expresión pétrea de su rostro, en su silueta tiesa y en lo hondo de su mirada. Envidié esa respuesta física porque demostraba que, aun con la confusión, en su interior pasaban cosas. Mientras tanto, yo seguía desconectada, no solo del resto del mundo, sino principalmente de mí misma, de mis sentimientos, de mi costado afectivo.

Me embargaba una sensación de irrealidad, de estar viviendo algo que no lograba asimilar porque nunca siquiera lo había imaginado; jamás había cruzado por mi cabeza. Era como si la información rebotara constantemente contra las paredes externas del cráneo, pero sin lograr traspasarlo, sin llegar a ingresar a mi sistema. Mi mente rechazaba de manera incesante y tenaz esa noticia porque

era impensable. Yo madre. Yo con un hijo. Simplemente inconcebible.

Hay momentos en que notas que tu vida, a partir de ahí, ya no será la misma. Lo sabes mientras ocurre, lo sientes en el cuerpo. Algo acaba de cambiar, está cambiando justo en ese segundo. No puedes evitarlo, tan solo abrazas la certeza. Eres consciente de que algo muere, deja de ser, pierde valor, y otra cosa nace ya consistente, con peso propio, con una robustez demoledora, porque ocupa espacio, todos tus espacios, hasta ser lo único que tiene sentido. No necesitas que pasen los años y mirar hacia atrás para reconocer ese instante; lo distingues en el ahora, en el durante, en su mismo transcurrir. Lo vives. Te atraviesa. Te modifica.

Es un comienzo y un final a la vez en el que pasado y futuro no son parte de una línea continua sino una visible ruptura.

Como aquella canción que compuse hace años, *Mi vida en tu mirada*, que no habla de mí, su letra no está basada en mi historia, pero sí fui testigo del momento exacto en que dos mundos reventaron, sepultaron lo que eran y mutaron a algo diferente. O como esa madrugada en que Luca estrelló mi cabeza por primera y única vez contra la pared y supe, en ese mismo instante, que si lograba salir con vida de allí, ya no regresaría nunca.

Un quiebre. Un ayer que se desbarata y un mañana que se mira con otros ojos.

Contigo ocurrió en dos ocasiones. La primera fue un golpe, la colisión de un vaso de plástico contra la superficie de un escritorio que me habló de treguas, de principios y de intenciones. La segunda fueron tus dedos afianzándose con fuerza al final de mi espalda para mantenerme apretada a tu cuerpo, con el rostro sumergido en el agresivo bombear de tu corazón. No puedo explicar el sentido de pertenencia que experimenté en ese vaivén de pieles entrelazadas, en esa plazoleta apenas alumbrada y desierta, pero te puedo asegurar que quise quedarme allí, sencillamente, cerrar los ojos y perpetuarme en tu pecho. Ahí fue cuando supe que no pasarías por mi vida sin más.

Descubrir que estaba embarazada no fue uno de esos momentos. No hubo punto de inflexión y, por lo tanto, un horizonte nuevo. Fue

el horizonte desvaneciéndose, el futuro borrándose del mapa, un porvenir que se desdibujó y se pintó de un blanco que, de tan incierto, hacía daño a la vista.

En ese consultorio árido se detuvo de manera abrupta mi existencia, en esa silla de metal y respaldo acolchonado, en los labios del médico expulsando la noticia. Porque lo que apareció inmediatamente después de esa revelación, fue un veredicto que cayó sobre mí como una cruz asfixiante: «Tú no puedes ser madre». Y no sé si la voz que no dejaba de repetírmelo era la mía, la de mis padres, la del pasado que tuve o la niña que fui, pero era lo único audible. Funcionaba de muro entre esa vida que estaba gestándose en mi vientre y mis sentimientos. Me impedía sentir, apreciar algún tipo de emoción, incluso pensar.

«No puedes ser madre, no puedes ser madre, no puedes ser madre».

—Yo… yo no puedo ser madre —entoné, expresando el mandato, por primera vez también, en alto.

Vera me miró con pena, pero, sobre todo, con entendimiento. Ella podía adivinar el alcance que esa frase tenía. Yo carecía de herramientas, no contaba con modelos positivos. Mi infancia había sido un infierno y mis progenitores, lo más lejano a un ejemplo a seguir. Esa función me venía grande y las dos sílabas del «Ma-má» referidas a mí eran lo más ajeno e incoherente que había oído en años.

Sus ojos dorados, de esa tonalidad ambarina tan atípica como atrayente, se habían humedecido y el agua se derramaba hacia abajo como filamentos transparentes. Pese a tener la tez mojada y el corazón revuelto, insinuó una sonrisa afectuosa en la que pude ver comprensión y una bondad infinita.

—Claro que puedes, Eva —susurró, acomodándose a mi lado antes de volver a acariciar el perfil de mi rostro que, a diferencia del suyo, permanecía inexpresivo y seco—. Si eso es lo que quieres, claro que puedes.

¿Cómo iba a saber lo que quería si no conseguía digerir la información? ¿Si me había transformado en una especie de muñeca de hojalata incapaz de palpar afectos?

Negué, con ese adormecimiento que parecía residir en mis vasos sanguíneos, con esa anestesia que había tomado el control de mi alma, y alcé la punta del índice. Retuve una lágrima que aguardaba en su mentón a un paso de alzar vuelo y verter los vestigios de la emoción que contenía sobre el edredón, para luego esparcir su esencia entre mis dedos.

—Yo no siento esto —declaré indolente—. Y tampoco esto. —Rocé el margen de su boca, que todavía sonreía—. ¿Soy un monstruo por no sentir nada?

—Pero ¿qué dices?

Sus músculos faciales se contrajeron de tristeza y sus brazos amorosos no tardaron en envolverme como lo hace el calor de una estufa en un día helado.

—Estoy más rota de lo que creía. Hay algo muerto dentro de mí. Mírate, Vera. —Apoyé la palma en su hombro y me alejé unos centímetros para atrapar su mirada—. Estás llorando y riendo, hay cosas sucediendo en tu interior que te rebalsan y se ven a simple vista. Y fíjate en mí… no hay nada. Estoy escarchada. Entumecida. ¿Por qué no puedo experimentar alegría, felicidad, rabia, o amargura? Algo, cualquier cosa. ¿Por qué no logro conmoverme?

Me atrajo hacia su pecho una vez más con dulzura.

—Es mucho para procesar, Eva. No eres un ogro, solo tienes miedo.

Cerré los ojos con brío y quise creerle. Deseé que tuviera razón, que esa nube de irrealidad que me cubría como una humareda viscosa concentrada en el aire se evaporara y me dejara respirar, ver con claridad.

Anhelaba volver a la vida, aplastar esa voz inagotable para oír lo que había debajo; descubrir si me pertenecía, si en verdad era yo quien pensaba aquello o eran otras bocas, otras personas, otros tiempos, los que cantaban ese estribillo que funcionaba de cepo, sujetándome de pies y manos, manteniéndome anquilosada.

—Solo tienes miedo —recalcó, rodeándome con más fuerza.

Me quedé allí, con el rostro hundido en el arco de su cuello, arropada en su amistad.

73

EL PRINCIPIO DEL FIN

Eva

Los días continuaban despidiéndose unos a otros y esa monotonía aletargada en la que me encontraba sumida, que parecía tenerme bajo los efectos de algún sedante, se negaba a soltarme.

Se me hacía cuesta arriba concentrarme, nunca sabía con seguridad en qué fecha me hallaba, debía verificarlo a cada rato ya que todas las horas eran iguales a las anteriores y a las que venían después; no estaba plenamente presente en ninguna de las actividades que ejecutaba porque aunque el cuerpo estuviese tecleando informes, ensayando una nueva postura en clase de yoga o mordiendo kilómetros de ruta contigo, el pensamiento yacía fijado, como una nota clavada con una chincheta en una pizarra de corcho, en ese título que me anulaba: «Tú no puedes ser madre».

Estaba atrapada allí y no tenía idea de cómo salir. Y lo peor de todo era que cada vez me aplastaba más el peso de ese fallo que se cernía inmisericorde sobre mí.

Después de la noche en que le revelé la verdad a Vera, volvimos a hablar del tema en contadas ocasiones. Menos de las que ella hubiera querido, pero definitivamente más de las que a mí me hubiesen gustado. Le confesé cómo el médico, antes de realizarme una radiografía de rutina, me había preguntado al pasar si existía alguna posibilidad de embarazo. En un primer momento, lo había mirado como si acabara de arrojar la mayor tontería jamás dicha, pero entonces, había comenzado a sacar cuentas en el aire de manera desesperada y poco después, tenía la confirmación dentro de un sobre blanco repleto de valores y gráficos que apenas podía sostener porque los dedos me temblaban en exceso. Le relaté también cómo ese mismo doctor me había explicado, horas más tarde, que seguramente los efectos de las pastillas anticonceptivas se habían visto reducidos por los incesantes vómitos, producto de la

intoxicación alimentaria. Yo, que jamás me saltaba una toma. Yo, que siempre había sido extremadamente cuidadosa. Ese día salí de la clínica y empecé a caminar sin rumbo fijo. Me perdí por calles desconocidas y regresé a casa a medianoche para refugiarme bajo las sábanas sin molestarme en reparar en el móvil saturado de llamadas y mensajes. Esa madrugada apareciste en mi portal, preocupado, con el rostro descompuesto, y me fundiste el timbre a manotazos, ¿te acuerdas? Yo recuerdo cómo mi voz monocorde y sin vida expulsó una excusa que tú diste por válida y luego me llevaste a la habitación y me abrazaste la noche entera. Allí empezó todo, Ciro. O acabó, no lo sé. Ese fue el principio de nuestro fin, porque la Eva que ambos conocíamos dejó de existir.

Ese fue el día también en que aquella oportunidad que lucía radiante en la puerta de mi nevera pasó a morir en las oscuras profundidades de un cajón.

La realidad era que Vera tenía demasiados interrogantes y yo, ninguna respuesta. Cuando tienes el juicio nublado y el corazón aterido como un reloj que se ha quedado sin pilas y por lo tanto señala siempre la misma hora, es difícil hallar algo que decir. Su lucidez mental contrastaba con mi acentuada abulia y, por esa razón, cada vez que me preguntaba por el futuro, por más inmediato que este fuera, cada vez que su boca arrojaba un «¿Qué planeas hacer?» o «¿Cuándo piensas hablar con Ciro?», lo único que lograba devolverle era una mirada de ojos confusos y cejas fruncidas que venía a significar un enorme «¿Qué me estás diciendo?».

Vera no comprendía que, para mí, en el estado de parálisis en que me hallaba, «futuro» era poco más que una palabra sin sentido, sílabas conjuntadas que no representaban absolutamente nada porque estaba varada en un tiempo muerto, en un constante presente, y que para poder reflexionar sobre todas esas cuestiones que ella sí se planteaba, para poder siquiera concebirlas en mi mente, primero tendría que asimilar la información. ¿Cómo iba a hablar contigo de hijos si yo misma no lograba procesar lo que ocurría, el desvío que había tomado mi vida, la idea de que un ser humano crecía se formaba y residía en mi interior?

Cerré la carpeta, cuyas letras tintadas bailaban inentendibles frente a mis ojos, y me alejé por inercia. Presioné el botón del elevador y, en cuanto puse un pie en la azotea, inhalé el aire que me faltaba. Últimamente frecuentaba mucho ese espacio que una mañana no tan lejana me habías descubierto. Lo hacía cuando la realidad apretaba con especial fervor y me impedía continuar con la rutina. No podía huir de mi cabeza, pero sí de miradas ajenas, por lo que ese día, como otros, me apuré a coger el móvil y subí a ese espacio amplio y deshabitado, libre de techos que se me vinieran encima.

Abrí la lista de reproducción, esa que combinaba con mi estado de ánimo lánguido y deprimido, y apoyé el teléfono en un lateral, sobre el suelo, antes de encaminarme hacia el ángulo de la barandilla desde el que se obtenía una panorámica majestuosa de la ciudad.

La música siempre ha sido un elemento neurálgico en mi vida. De pequeña me había ayudado a evadirme, a concentrarme en compases, estrofas, fusiones de instrumentos y colores de voz que erradicaban gritos, insultos y demás ruidos macabros. Me había dado de comer durante años y me había abierto sus puertas en más de una ocasión. Ahora, sin embargo, la necesitaba como compañía; menguaba un poco la incesante verborrea de mis pensamientos… O de ese único pensamiento encolado a mis neuronas con adhesivo compacto.

Una capa neblinosa flotaba sobre la ciudad, por lo que, desde aquella altura, únicamente se llegaba a ver la cúspide de los edificios aledaños que parecían emerger de ese manto blanquecino como crestas de acero y vidrio. Era una imagen un tanto oscura, espectral, pero bonita.

Me dejé arrullar por la melodía, que se propagaba por el aire como si fuese una continuación de esa bruma que lo envolvía todo, y me dediqué a respirar. Cuando apenas llevaba unos minutos disfrutando la calma, el chirrido metálico de la puerta me obligó a voltearme. Tu figura sólida vestida de gris y el negro profundo de tu pelo se materializaron ante mí.

—Hola —musitaste en un balbuceo entre extrañado y aturdido.

No esperaba encontrarte allí y, a juzgar por tu semblante, tú tampoco.

—Hola —devolví sin emoción alguna.

Tardaste unos segundos en salir de la inmovilidad o en rearmarte tras descubrir mi presencia, no lo sé; solo recuerdo que te acodaste a mi derecha y perdiste la vista al frente. Así estábamos: uno al lado del otro, con la mirada y las ideas extraviadas; la piel tan cerca y, sin embargo, más lejana que nunca. Nos acompañaba un silencio que llevaba semanas cavando el hoyo abismal que, aunque invisible, se abría entre nosotros. Ya se había abierto. Ya no podríamos cerrarlo.

En otras circunstancias, tu cuerpo y el mío jamás habrían tenido aire de por medio, tus manos viriles habrían buscado el refugio de mi vientre para asentarse en él con firmeza y las ondas de mis cabellos habrían acariciado, como besos hechos de cosquillas, el perfil acentuado de tu rostro. Pero las circunstancias eran esas: agujeros por los que se drenaban los roces, centímetros de distancia que figuraban montañas altísimas, imposibles de sortear, y pupilas desencontradas… esquivas.

—Eva…

Mi nombre salió reticente de tus labios, hecho jirones, como si hubiese tenido que atravesar un camino rocoso y áspero para alcanzar el paladar y luego la luz exterior; como si dejarlo ir te hubiese rajado el tejido a su paso. Como si hubieras preferido no tener que pronunciarlo.

Llevabas las mangas de la camisa recogidas a la altura del codo y las venas de tus antebrazos se acentuaban más de lo normal por la fuerza con que apretabas los puños. Parecían riachuelos secundarios que viajaban zigzagueantes bajo la superficie de la piel. Me había pasado noches enteras recorriendo esas líneas que solían terminar en tus falanges estrechando mi cintura o rodeando mi estómago al quedarte dormido con el aliento besándome el oído; ahora confluían en el arco de tus palmas, ajenas a mí, remotas.

Alcé la vista y un millar de preguntas me asaltaron con intempestivo rigor. ¿Hacía cuánto que no te miraba aun teniéndote enfrente? ¿Que no me adentraba en ese mar límpido que eran tus ojos? ¿Cuándo había dejado de ser nuestra esa azotea para

convertirse en mi válvula de escape de un presente en el que me costaba horrores habitar? ¿Cuándo había sido la última vez que habíamos subido juntos, admirado las vistas, compartido un café o nos habíamos desayunado a besos? ¿En qué momento había dejado de tocarte, de buscar tus manos, de necesitarlas sobre mí? No podía evocar la última vez que tu mentón se había recostado en mi coronilla mientras nos manteníamos encerrados en uno de esos abrazos que hablaban de amor sin nombrarlo.

—… tengo algo que decirte.

Me dio la sensación de que esos interrogantes te embestían a ti también, que no era la única que se cuestionaba, que tenía lagunas por rellenar. La diferencia radicaba en que tú llevabas tiempo conviviendo con esas dudas y ya habías encontrado tus propias respuestas. Habías cogido la pala, baldes, cestas, y te habías afanado en cubrir los baches. Habías marcado con impecable exactitud un «cuándo» en el calendario, uno que no era verdadero, que no tenía sustento en la realidad, y lo habías engordado con montones de «porqués» igual de mentirosos. Y yo, sin pretenderlo, con mis silencios, te había ayudado a darles entidad.

—Me voy —articulaste con la voz ajada.

Noté el esfuerzo que hicieron tus cuerdas vocales para edificar esas palabras y advertí el que hacían mis vísceras para soportarlas.

¿Puede sorprenderte algo que ya esperabas? ¿Puede dolerte algo que sabías que sucedería? En realidad, doler no es la palabra. Tu nombre está asociado a infinidad de sentimientos, pero ninguno de ellos es dolor. Tú no dueles, Ciro. Tú te enraízas a la piel y allí te quedas.

Tenía claro que ese día llegaría; aun así, me descolocó. Había estado tan fuera del mundo, tan disociada de lo que acontecía a mi alrededor, incluso de mí misma, que no lo había visto venir. Mi existencia se reducía a esa frase corta, aunque llena de potencia, que insistía y machacaba y regresaba con aplastante severidad: «Tú no puedes ser madre, tú no puedes ser madre, tú no puedes ser madre». Un enunciado. Una sentencia que no daba lugar a otra cosa.

Sin embargo, el «Me voy» halló un poro agrietado y se coló.

De repente, tu mirada aceitunada, que recordaba a un bosque frondoso en el que podría internarme por horas, por años, se escondió tras una pátina brumosa y me percaté de que tenía los ojos anegados en lágrimas. Por instinto, llevé la mano hacia allí y rocé el líquido que se coagulaba en la zona. ¿Hacía cuánto que no lloraba?

«Algo continúa vivo en mi interior», pensé.

Fue curioso advertir que seguía sintiendo, que no había perdido esa capacidad, que mi corazón no se había transformado en un iceberg ni mi sangre en estalactitas.

«Me voy». El mensaje reverberó como un trueno en mi cavidad craneal, dentro de mi caja torácica, en el ir y venir de mis conductos sanguíneos. Mordió todos mis recodos. Y como si fuera una broma del destino, la voz melancólica de Brielle Von Hugel se filtró letal por los altavoces del móvil para recitarnos entre confidencias, al oído, como una docena de veces lo habías hecho tú, como tantas otras lo había hecho yo, como hacía tiempo que ninguno de los dos lo hacía, otro camino posible.

Una alternativa diversa.

Un final distinto.

> «In another life
> I would be your girl.
> We keep all our promises
> Be us against the world.
> In another life
> I would make you stay
> So I don’t have to say you were
> The one that got away».

En otra vida, tal vez. Pero no en esta.

Nunca habíamos tenido la necesidad de colgarnos títulos al cuello, entre otras cosas, porque con sentirnos bastaba. Porque lo que habíamos construido estaba hecho a medida, era puramente artesanal, moldeado con nuestras propias manos, y, por ende, resultaba imposible utilizar categorías estandarizadas para definirlo. Las cajas prefabricadas no eran compatibles con ese vínculo que

habíamos tejido con mimo, poniendo el corazón en cada puntada. Pero, principalmente, no habíamos precisado colocarnos bajo el rótulo de ninguna etiqueta porque siempre habíamos tenido en claro que seríamos solo un capítulo en la vida del otro, uno importante —de esos que marcan, que dan un giro violento e inesperado en la trama; esos que te ponen la piel del revés y de los que cuesta reponerse… aquellos de los que nunca sales igual que como entras porque haberlos atravesado, saboreado, vivido, te cambia—, pero un capítulo al fin, dentro de una historia mucho más larga.

Pese al pinchazo de tristeza que me encogió los órganos, sonreí. Me alegré por ti, de verdad que sí. Reparé, con una sensación agridulce, en que tú te ibas, pero yo me había ido primero, y aunque ya no era la misma persona, a pesar de que no sabía siquiera dónde estaba la Eva que un día había llegado a ser, esa en cuya piel me sentía a gusto, tú sí seguías siendo el mismo.

Yo no podía retenerte. No quería. Si eras mi chico golondrina, el trotamundos, el del perpetuo movimiento y el alma itinerante. Eras, por definición, lo indomesticable, los atardeceres por descubrir, las andanzas inagotables. Eras la libertad más hermosa que había conocido, Ciro. ¿Cómo iba a hacerlo?

Por mucho que te amara, por mucho que fuera a extrañarte, por más que llevara un hijo tuyo que no habíamos buscado dentro de mí. Eras alas y yo… yo jamás sería ancla.

—¿Cuándo?

Fue todo lo que pude responder. Fue lo único que mi interior, saturado de emociones, me permitió proyectar.

Tú ya habías tomado tu decisión. Ahora debía tomar la mía.

74

LA PIEL DESPIERTA

Ciro

Mi transitar por el mundo siempre había seguido ciertos patrones. Llevaba años deambulando de un lado a otro, por lo que ya sabía lo que sucedía en mi interior cada vez que la necesidad de pegar un nuevo salto y cambiar de ciudad comenzaba a ganar territorio. Era algo mental, sí, pero también físico. Una sensación de apatía, aburrimiento y desgana iba conquistando espacio a pequeños mordiscos, hasta que me avisaba que ya era hora de partir. Reconocía los síntomas cuando los escenarios pasaban de resultarme atractivos a indiferentes, las labores diarias se tornaban tediosas y la ilusión del principio menguaba, incluso en los momentos en que me alejaba de la rutina para perderme en esa paleta variada y amplia de actividades que siempre tenía a mano, porque constituía una vía de escape. Cuando el deseo se transformaba en inercia era tiempo de armar la maleta; así de sencillo.

No fue eso lo que me ocurrió en aquella ocasión.

La propuesta llegó una tarde de miércoles, mientras un granizo violento fustigaba la ciudad y tu mirada ausente atravesaba el ventanal que daba al jardín, sin detenerse en ningún punto en particular. Tus ojos estaban igual de lejos que el resto de tu cuerpo. No sé por qué lugares vagaba tu cabeza o qué clase de pensamientos la atormentaban, pero sí sé que yo tenía el acceso denegado. Debían ser potentes, inflexibles y lo suficientemente tercos, porque se negaban a soltarte y consumían toda tu energía. O tal vez eras tú quien se aferraba a ellos, incapaz de dejarlos ir. No lo sé. Si rememoro ese último tiempo, lo único que obtengo es una enorme e inquietante incertidumbre.

Estaba colocando galletas en una bandeja cuando el móvil vibró en el bolsillo de mis vaqueros. Había ido a buscarte a la salida de la

empresa porque, pese a que yo ya no trabajaba allí, el viaje de vuelta a casa, la tuya o la mía, lo mismo daba, era algo a lo que no quería renunciar. La lluvia había empezado a descargar a mitad de camino, aunque había cogido intensidad casi al final del trayecto.

Atendí la llamada, me alejé unos pasos de la cocina cuando advertí de qué se trataba, y mantuve una conversación breve que acabó con un: «Gracias por tenerme en consideración, pero no estoy interesado». Rechacé la propuesta sin siquiera valorarla con seriedad y, para ser honesto, durante los minutos que duró la charla, te presté más atención a ti que a las condiciones laborales que me ofrecían.

Contemplabas el más allá, el vacío, los glóbulos de hielo impactar sobre la hierba. Reparé con cierta tristeza en que, de haber sostenido aquel diálogo justo a tu lado, tampoco te habrías enterado de nada. Estabas en otra galaxia… una en la que no había sitio para nadie más que tú. No te habrías dado cuenta del cambio del castellano al francés, ni de la ligera alteración en mi gesto al conocer el motivo de la llamada. No habrías notado la incomodidad que me despertó aquella oferta porque, en el fondo, algo de ella permaneció cosquilleando en mi cerebro. Pero no por las razones correctas —ilusión, ganas, interés ante nuevos desafíos o anhelo de reemprender la travesía para seguir conociendo tierras—, sino por los putos agujeros de sentido que no paraban de crecer.

Tú no te habrías enterado de nada porque habitabas un universo paralelo, pero yo sí me daba cuenta de que ya no me veías, de que ya no estabas. Y eso… eso escocía.

La verdad era que nunca me había planteado quedarme, sentar base permanente aquí; ya sabes que siempre he sido más de presente que de planes a futuro. Aunque, si debo ser sincero, durante el tiempo que estuvimos juntos tampoco pensé en marcharme. Al menos no hasta esos días en que tu retraimiento, tu actitud esquiva, el sentirte más lejos que nunca aun teniéndote a mi lado, y los «te quiero» que jamás me devolviste, aunaron fuerzas con las conjeturas que mi cabeza había estado urdiendo y… ya conoces el resultado.

No podía entender cómo, tras meses de desencuentros, de no saber de qué manera vincularnos o de hacerlo mal, otros tantos de trabajo de hormiga construyendo puentes para finalmente encontrarnos y crear algo nuestro, bonito, real y honesto, ahora prácticamente regresábamos a la casilla de salida.

Otra vez distancia. Otra vez muros tan invisibles como innegables entre dos pieles que ya habían hallado la manera de comunicarse y que, no solo se entendían jodidamente bien, sino que habían inventado un lenguaje propio, a base de caricias, que gritaba la palabra confianza. Porque, Eva, nunca has tenido púas, ni espinas, ni apéndices afilados, como solías creer… como la vida que tuviste o las personas con las que creciste te habían hecho creer. Tan solo eras una mujer cauta con una piel hecha de miedos. Miedos que te mantenían alejada de los demás y de un mundo de sensaciones que pensabas que no estaba hecho para ti. Miedos que te habías atrevido a exponer ante mis ojos, me habías dejado acariciar y ayudarte a desmontar hasta descubrir lo que había debajo. Pero ¿sabes una cosa? Yo tampoco conocía ese mundo de sensaciones; lo descubrí contigo.

Yo no había tenido una infancia dura como la tuya ni cargaba temores comparables, no contaba con cruces que de tan pesadas eran capaces de obstruir pulmones y anclar los pies al pavimento; sin embargo, también tenía la piel dormida, porque no había sentido antes con tanta magnitud, con tal espectro de colores y con todas y cada una de las terminaciones nerviosas encendidas.

¿Cómo podía ser que después de abrirte en canal para mostrarme tus sombras, tus recuerdos menos felices y tus contradicciones más salvajes y clandestinas, volvieras a cerrarte en banda? ¿Cómo pateabas esa confianza que tanto nos había costado labrar del tablero y me hacías a un lado?

Nos habíamos desnudado enteros, Eva. No solo tú, también yo lo había hecho al enseñarte mis inseguridades, lo desbordado que me encontraba por unas responsabilidades que me habían caído encima de pronto, la incapacidad para relacionarme con mi propio hermano y esa asfixia que día a día se tornaba más exigente y en la que habías tenido un papel vital para que comenzara a ceder. Me habías

destripado la mierda de infancia en la que viviste, la porquería de padres que te tocaron en suerte, situaciones tan dolorosas a las que, aún hoy, no comprendo cómo has podido sobreponerte y los sentimientos complejos, ambiguos, incluso opuestos, que experimentabas cuando de Luca se trataba. Habíamos tejido una intimidad que, al menos yo, desconocía, que no había alcanzado jamás con otra persona… Habíamos construido algo excepcional, Eva, que valía la pena y que creía sólido. Entonces, ¿por qué deshiciste el camino ya recorrido para regresar al inicio? ¿A la soledad, el mutismo y las millas de distancia?

En mi cerebro había una única respuesta plausible: él.

El chico de al lado se me presentó como la razón más obvia. Y no es que quiera excusarme, porque, en definitiva, quien tomó la decisión de irse fui yo. Pero a mi favor debo decir que nada podría haberme hecho imaginar el verdadero motivo de tu hermetismo.

Hasta entonces, Luca había sido el pasado abierto, la presencia constante aun sin estar presente, lo inconcluso en tu vida, lo que había quedado a medias, sin cerrar. El gran fantasma.

Creí que después de unos días de aparente normalidad habías comenzado a extrañarlo, a asimilar lo que ese punto final significaba: la expulsión definitiva de ese hombre de tu vida. Y que, sencillamente, no podías soportarlo. Porque te había hecho daño, sí, pero también lo querías. No eran inventos míos, eran tus propias palabras: «Siempre voy a querer a ese chico», me habías confesado. Y ahí era cuando la voz de mi consciencia se empeñaba en recordarme todas las veces que yo te había declarado ese sentimiento y tú no me habías correspondido.

Fue lo más lógico… Ante el vacío, ante las lagunas que tu aislamiento e impermeabilidad me generaban, lo más razonable fue ligar ese decreciente estado de ánimo a aquel evento, a ese encuentro que supuso un adiós en una cafetería del centro de la ciudad. ¿De qué otro modo podía explicar tu comportamiento?

Así que esa conjetura fue tomando forma, como la horma de un zapato que en un principio no calza del todo bien, pero, según pasan los días, va amoldándose al pie hasta parecer hecho a medida. Eso fue lo que ocurrió. El tiempo siguió pasando, tu retraimiento se tornó

cada vez más patente y lo que comenzó como una mera suposición, como un «¿Será posible que…?», acabó por convertirse en mi mente en una certeza. Se ensanchó, ganó espacio y ya no quedó resquicio para un pensamiento distinto. Así pues, se erigió como verdad.

A eso se sumó que las razones que me habían traído a Argentina en primer lugar ya no existían: mi abuela estaba completamente recuperada, por lo que podía valerse por sí misma y cuidar de Santi sin inconvenientes. Sus vidas habían vuelto a su cauce natural, de modo que yo ya no les hacía falta. Más bien era un estorbo, porque estaba desempleado. La campaña en la que había participado había llegado a su fin y no tenía otros empleos a la vista. El tiempo libre no ayudaba a que dejase de comerme la cabeza y tenerte cerca, Eva, era un recordatorio constante de lo que habíamos sido pero ya no éramos… de aquello en lo que nos habíamos convertido.

¿Sabes lo que pasa, Eva? Que, cuando conoces lo extraordinario, ya no te conformas con menos, y todo lo que queda por debajo de esa categoría parece diluido, sabe a poco. No quería quedarme a ver cómo lo nuestro continuaba marchitándose, de manera que volver a lo conocido, regresar a mi antigua vida sin preocupaciones, cambiar de aire, no solo no me resultó una mala idea, sino que hasta la encontré tentadora.

Pensé que ya no tenía motivos para permanecer aquí; en consecuencia, levanté el teléfono y volví a poner sobre la mesa la oferta previamente descartada. Fue pura ironía, supongo. Me iba del país del mismo modo en que había llegado: aceptando un trabajo al que en un principio no había dudado en cerrarle la puerta, excepto que, en aquel entonces, esa decisión me había llevado hasta ti.

No tardé mucho en comprenderlo: me fui de la misma forma en que llegué, sí, con una realidad que se había alterado demasiado rápido y me había empujado a subir a un avión. Pero yo ya no era el mismo. El vínculo con Santi y con mi abuela me había cambiado. Tú me habías cambiado, en ese viaje que habíamos emprendido juntos y de la mano hasta dejar las almas desnudas. Sabía que irme no significaba olvidarte, pero nunca creí que sería tan duro.

Cuando empecé a valorar seriamente la propuesta, fui yo quien se alejó, pero… ni siquiera te diste cuenta, y creo que eso, que no lo

notaras, que no me observaras lo suficiente como para percatarte de que algo estaba fraguándose en mi interior, me dio el empujón que me faltaba. Aunque hubo un escalón más, un último detalle que terminó por convencerme de que la decisión tomada era, en efecto, la correcta. Si lo pienso con detenimiento, creo que en realidad fue ese día, en ese instante, con tu respuesta, que yo acabé por decidirme; que aquel fallo concerniente a mi futuro próximo se asentó como inamovible. Hasta entonces, aún guardaba una esperanza; la idea de partir permanecía en mi cabeza como una posibilidad entre otras… Otras que se borraron de un plumazo con tu silencio, con tu sonrisa apenada aunque sincera, con tu inacción. Esa aceptación pasiva de la situación fue el factor determinante.

—Me voy.

—¿Cuándo?

«¿Cuándo?», dijiste. No «No te vayas» o «¿Por qué? ¿Cómo es posible? No puedes irte».

Un «cuándo» que selló un contrato laboral, compró mi billete a Lyon y colocó el punto final en la canción que escribimos juntos.

Fue punzante, triste y, tal vez, lo que debía ser.

No todas las historias de amor están hechas para durar toda la vida. Algunas solo llegan para derrumbar tus creencias y enseñarte que no importa cuántos suelos pises ni cuántos cielos atravieses, porque hay mundos enteros que caben en una cama, miradas que agitan más que mil mareas y besos que son eternos porque se quedan contigo y los llevas allí donde vayas; que fugaz y perpetuo no son conceptos opuestos, que en ocasiones confluyen y, cuando lo hacen, es demoledor y al mismo tiempo maravilloso; que hay nombres que tienen el poder de poner una sonrisa en tu rostro con solo escucharlos, cada maldita vez, y que no interesa la cantidad de kilómetros que te comas con la mochila a la espalda porque sentirse vivo es otra cosa.

No todas las historias de amor están hechas para durar toda la vida, algunas… algunas solo llegan para despertarte la piel.

EPÍLOGO

Eva

Nos dijimos adiós una madrugada de viernes en que llovía a cántaros; yo llevaba mis pantuflas rosadas y tú, tus pantalones agujereados. No hubo grandes despedidas, solo un beso que habló por nosotros, unas manos a las que les costó soltarse y dos sonrisas licuadas que terminaron de desteñirse en cuanto vieron cerrarse la puerta.

Crimen de Cerati sonaba bajito en el reproductor de música y se desparramaba por la estancia. Unos platos dormían sin lavar en el fregadero, y las sábanas todavía guardaban el eco de tu perfume anudado al mío. Una taza de té a medio tomar pernoctaba sobre el mantel a cuadros en la cocina y aplastaba el extremo de un periódico con las noticias del día. Un poemario, con sus hojas aún sin descubrir, descansaba junto al despertador en mi mesa de luz. Y una camisa tuya quedaba olvidada en el fondo del canasto de la ropa sucia, mezclada con el conjunto de mis prendas.

Coldplay acababa de dar su décimo y último concierto en Argentina. Un incendio en una fábrica textil del barrio de Flores cubría la ciudad de humo negro. Un accidente en la autopista Panamericana dejaba al tráfico clavado en su sitio por más de dos horas. Y tú te ibas.

El otoño ya hacía días que había empezado a desplegar sus colores: los marrones, anaranjados y ocres borraban del panorama otros tonos más festivos mientras el calor asfixiante cedía el paso a los abrigos de media estación. Y tú te ibas.

Ya no habitaríamos las mismas calles, no dormiríamos en la misma cama y tus dedos no jugarían a repiquetear sobre el volante, al son de una melodía, para luego aferrarse a mi muslo. Mis labios tampoco seguirían susurrándote canciones al oído, aunque nunca dejarían de pensar en ti al entonarlas. Ya ni siquiera compartiríamos idioma; nuestros relojes marcarían horas diferentes. Tú verías

florecer los árboles en una gloriosa primavera, y yo oiría el crujir de las hojas secas bajo la suela de mis botas.

Me acerqué al espejo, me quité la bata y me observé. El cuerpo era el mismo a simple vista; sin embargo, no lo era en absoluto. La niña de la piel muerta y acorazada había aprendido a sentir… de tu mano, con tus manos. La chica que un día creyó estar hecha para anidar en las distancias, para observar de reojo lo bonito del mundo sin apreciarlo en la carne, ahora sabía que deseo no era solo una palabra, que ternura era sinónimo del tacto de tus dedos y que el amor vestía el color verde de tu mirada.

Paseé las uñas por mi clavícula; el rastro de tus besos todavía coloreaba de rosáceo mi palidez. Cerré los ojos y te rememoré allí, en ese hueco, recorriéndome, encendiéndome, calcando la forma de tus labios en todas mis aristas. Recordé la primera vez que toqué tu boca con la mía: el vértigo explotándome en la sangre, los escudos cayendo, el moho deshaciéndose con la ligereza de un diente de león al ser soplado, para dejar aflorar lo real, eso que tú y yo éramos juntos.

Eso es lo que fuimos, Ciro: presente, realidad, emoción y la desnudez más pura. Fuimos la Tierra deteniéndose a orillas de la cama y lo efímero transformándose en eterno. Fuimos versos escritos en la piel del otro sin tinta; tú escribiste en mí, pero, sobre todo, escribiste conmigo. Y yo no conocí letra más bonita que aquella que creamos juntos.

Fuimos tan de verdad que lo anterior a ti se me antojó mentira, no solo porque contigo descubrí lo que es querer con intensidad, sino porque nunca me sentí más yo misma que cuando estuve a tu lado.

Hay amores que se llevan una parte de ti. Otros te rompen en tantos pedazos que, cuando todo termina, ni siquiera te reconoces a ti mismo. Y luego estás tú, que te paraste frente a mí, me miraste, y en el reflejo de tus ojos me vi. Vi la mujer que tú veías, la que ya era y la que podía llegar a ser… la que *quería* llegar a ser. Vi los fragmentos de mí que había dejado atrás en el afán de la huida y que deseaba recuperar porque me pertenecían, porque me representaban, porque no eran sustituibles; porque eran combustible

para que el corazón dejara de latir a media máquina. Pero también vislumbré otras puertas, puertas que abriste para mí con esa generosidad tuya que llevo prendida al alma y que me mostraban mundos con los que jamás me había siquiera atrevido a soñar.

Tu avión partió a las cuatro y veinte de la madrugada. El cielo ya solo lloraba una leve llovizna que estaba pronta a cesar; luego despuntaría la luz de un sol algo tímido que, aun entre las nubes, encontraría su lugar para brillar.

Cargabas únicamente una mochila. Me pregunté cuántos recuerdos cabían en su interior, si alguno de ellos tenía que ver conmigo… si había dejado una huella permanente en ti, como tú lo habías hecho en mí, pese a lo fugaces que fuimos.

Me ovillé en la cama, respiré los restos de tu aroma enraizado en la funda de la almohada y miré una vez más las agujas que, al igual que tú y a diferencia de mí, se movían siempre hacia delante. Ya habías abandonado tierra firme. Ya volabas. Ya volvías a ser tú.

Llevé los ojos a la ventana, a esas gotas rezagadas que se pegaban al vidrio y se escurrían hacia abajo, y aunque dos lágrimas escaparon de mí, sonreí. Seguías siendo el chico que viajaba con poco equipaje, el que sabía soltar para andar liviano. El de las alas abiertas y los cielos infinitos. Yo, en cambio, pese a no ser la misma mujer que había bajado de un autobús unos cuantos inviernos atrás, con el dolor y el miedo consumiéndole los pulmones, continuaba siendo rehén de mi historia y cargando maletas demasiado gordas. Tú eras libertad y yo ataduras. Tú eras inmensidad, yo raíces gruesas bien arraigadas a otros tiempos.

Hubo un día en que supimos hacer de nuestras diferencias algo hermoso. Ahora, sin embargo, esas diferencias nos alejaban más que nunca. Yo me apagaba, Ciro. La Eva en la que me había convertido era derrotada y, en su lugar, tomaban el mando los fantasmas. Unos fantasmas que, al contrario de lo que atestiguan los cuentos infantiles, no vivían debajo de la cama o dentro del armario, sino en mi interior. Me habitaban, me mordían con sus dientes de acero, se adueñaban de mis cuerdas vocales y hablaban en mi nombre. Las voces del pasado latían mucho más fuerte que la mía,

me impedían escucharme, tiraban de mí hacia atrás, como un coche en perpetua reversa, devolviéndome a agujeros oscuros.

Tú no tenías monstruos que exorcizar ni murmullos que acallar. No te correspondía a ti librar batallas con olor a rancio. Era yo quien debía sumergirme en mis profundidades hasta silenciar el bullicio.

Hasta encontrar mi propia voz.

¿Cómo iba a aferrarte la mano y arrastrarte conmigo mientras las hienas feroces del ayer me devoraban? ¿Cómo iba a atarte a una vida que no elegías? ¿Cómo la chica que quería ser libre iba a mantenerte en cautiverio?

No.

Aquí se separaban tu camino y el mío.

Aquí el «nosotros» llegaba a su fin.

Aquí nos decíamos adiós.

AGRADECIMIENTOS

Desde que una historia nace en la cabeza del autor hasta que finalmente ve la luz, pueden pasar meses, incluso años, como en este caso. Años en los que los personajes, primero borrosos y luego cada vez más nítidos, van contigo a todos lados, forman parte de tu vida (y la de tu familia), te quitan el sueño, se convierten en tu tema favorito de conversación y te dejan, más veces de las que te gustaría admitir, mirando el horizonte mientras piensas en ellos. Años en los que ocupan tu tiempo y tu espacio, y en los que escribes, borras, te bloqueas, te frustras y pasas por un sinfín de emociones. Por eso, porque no es un camino fácil, quisiera agradecer a todos aquellos que me acompañaron en algún punto del proceso.

El primer GRACIAS, así, en mayúsculas, es para mi marido, Seba: por los domingos de llevar al pequeño a la plaza «para que mamá pueda escribir unas horas», por las noches de hacerme compañía en silencio mientras corrijo, y por creer en mí y en mis historias, aun en los momentos en que ni yo misma creo. Sobre todo en esos momentos.

A mi hijo, por llegar en el momento justo y darme el empujón para saltar al

vacío. Por ser mis ganas de ser valiente.

A mi familia. Si escribo historias de amor, en parte, es porque crecí con ustedes.

A Nati, la mejor amiga que una persona podría tener. Por soportarme en los días malos y hacerlos un poquito más buenos (o menos malos). Por alegrarte como si mis logros fueran los tuyos.

A mis lectores beta, que con sus consejos y sugerencias sinceras me ayudaron a mejorar esta novela.

A Eva y Ciro, por despertarme la piel; aún vuelvo a ustedes y me emociono.

Y, por último, pero no por eso menos importante, a vos, lector, que tenés este libro en tus manos, que lo elegiste entre muchos otros. No sabes lo que eso significa para mí. Gracias infinitas a los que me acompañan desde el inicio de este viaje maravilloso que son las letras, y a los que se unen ahora. Gracias por acoger con tanto cariño mis historias. Espero que mis chicos se hayan ganado un huequito en tu corazón, así como lo hicieron en el mío.

REFERENCIAS A LAS CANCIONES

Demons, © 2013 Interscope Records, interpretada por Imagine Dragons. *(N. de la A.).*

Solamente Tú, © 2010 EMI Music, interpretada por Pablo Alborán. *(N. de la A.).*

I Will Survive, © 1978 Polydor Records, interpretada por Gloria Gaynor. *(N. de la A.).*

Hot N Cold, © 2008 Capitol Records, interpretada por Katy Perry. *(N. de la A.).*

Elastic Heart, © 2013 RCA Records, interpretada por Sia. *(N. de la A.).*

La Llave, © 2007 Sony Music, interpretada por Abel Pintos. *(N. de la A.).*

I'm Good (Blue), © 2022 Warner Music, interpretada por David Guetta & Bebe Rexha. *(N. de la A.).*

The One That Got Away, © 2011 Capitol Records, interpretada por Katy Perry. *(N. de la A.).*

Crimen, © 2006 Sony Music, interpretada por Gustavo Cerati. *(N. de la A.).*